



messi

GUILLEM BALAGUE

Leo Messi es el jugador de fútbol más conocido del planeta, pero también un enigma como persona. En el primer libro autorizado que se publica en el mundo, justo en la cumbre de su carrera, Guillem Balagué analiza qué motiva a la Pulga y qué le ha llevado hasta lo más alto. Nos descubre que su camino estuvo siempre plagado de obstáculos, sacrificios y responsabilidades. Esta es la historia de un futbolista singular, quizá el mejor de la historia, pero también una visión de su país, del club que lo acogió y de la mentalidad que se requiere para ser jugador de élite. En estas páginas, además, Pep Guardiola analiza con detalle los años mágicos en los que compartieron vestuario. El prólogo está escrito por el seleccionador argentino Alejandro Sabella y el epílogo por el presidente del FC Barcelona, Sandro Rosell, que nos desvela lo fundamental que es Messi para el club.



Guillem Balagué

Messi

ePub r1.0

Rov 05.01.15

Título original: *Messi*
Guillem Balagué, 2014

Editor digital: Rov
ePub base r1.2

más libros en Bajaebooks.com

*A mi padre, que ha empezado a leer de nuevo.
A mi madre, que es la persona más fuerte que conozco.
A Maribel, mi hada buena*

Prólogo

La primera vez que hablé con Leo fue aquí, en Barcelona. Ocurrió en 2011, cuando me nombraron técnico de la selección. Al poco de asumir el cargo, calculo que en una semana o un poco menos, viajé para encontrarme con los jugadores que participaban en equipos europeos. La primera parada fue Portugal y la siguiente, Barcelona. Yo no conocía a Leo personalmente aún y quería hablar con él y con Javier [Mascherano], con quien sí había tenido algún encuentro previo, para plantearles que Leo fuera el capitán de la selección. El motivo principal de aquel viaje era presentarme y conocer a los jugadores, fundamentalmente a quienes no conocía, como a Leo. Además, para mí el tema de la capitania era importante y también que todos supieran que Leo era el líder; que liderara como le fuera natural, pero que fuera reconocido como tal.

Nos reunimos los tres y luego me marché a Italia, dejando que lo hablaran entre ellos y me avisaran con la respuesta. Creo que fue Javier quien me llamó para decirme que sí, que Leo sería el capitán.

Después de esa reunión nos encontramos en la India para jugar uno de los primeros partidos de la selección, un amistoso con Venezuela, y más tarde otro con Nigeria en Bangladesh. Se acababa de jugar la Copa América en Argentina y la selección había sido eliminada sin perder ningún partido: empató los dos primeros y le ganó a Costa Rica en la fase de grupos, y después empató con Uruguay y perdió en la tanda de penales en los cuartos de final. Cuando un equipo con una potencia de jugadores como éste juega en un torneo de esa índole, ve como una frustración el hecho de no ser campeón. Aunque no haya perdido ningún partido, como ocurrió en

este caso.

Es normal que los jugadores, cuando se inicia un nuevo ciclo, cuando hay un técnico nuevo, renueven sus expectativas, sus ilusiones, sus esperanzas, pero en ese momento se venía de un golpe por no haber podido seguir un poco más en la Copa América. Yo palpaba ambas cosas. Afortunadamente, pese a todo, ganaba la motivación, las perspectivas por comenzar una nueva etapa.

Si hubo un partido que nos marcó, ése fue el que disputamos ante Colombia en las eliminatorias sudamericanas para el Mundial de Brasil. Se vivió un momento difícil en Barranquilla, aunque por suerte los muchachos pudieron darle la vuelta al marcador cuando el calor era sofocante y se perdía 1-0 con un gol que llegó por Dorlan Pabón y que se desvió en Mascherano. Pero Messi empató y, sobre el final, Agüero concretó el 1-2. Como suele decirse a veces, en el fútbol hay partidos que marcan, que sirven de empujón, de espaldarazo para emprender un camino nuevo. Y pienso que ese partido tal vez fue el inicio, porque se empezó a crear una especie de círculo virtuoso, en el que el grupo está bien, se obtienen resultados, hay buen ánimo, y si la gente está contenta de repente se potencian las cosas buenas. Así, sólo tratamos de disimular las carencias.

Me preguntan si ese partido no sólo marcó a la selección, sino también al propio Leo, pues fue a partir de ese encuentro que se le empezó a mirar de forma distinta en Argentina. Pero creo que hubo que esperar un tiempo aún, hasta el 29 de febrero, el día que jugamos en Suiza contra su selección nacional. El día que Leo hizo tres goles. Era la primera vez que marcaba tres goles con la selección. Con el Barcelona lo había hecho tantas veces... pero aquélla fue la primera vez con la camiseta de la albiceleste. Luego

vinieron otros tres goles a Brasil. Sí, ese partido de Colombia fue un empuje anímico, técnico y futbolístico enorme.

Lo que yo puedo decir de Leo es que es una persona muy tranquila, muy callada, que tiene un liderazgo natural producto, me parece a mí, de la extraordinaria capacidad que posee; un liderazgo aceptado por todos.

Me gusta dar libertad a los futbolistas, y a Leo también. Ya viven con suficiente presión y prefiero que se muevan libremente. Al capitán le toca más responsabilidad, pero Leo lo sabe y le está ayudando a madurar y a crecer. Y eso también es bueno para los compañeros.

Cuando habla, más allá de la charla previa a los partidos como capitán, lo que dice queda ahí, entre los chicos, con sus compañeros, en las conversaciones de habitación, en los viajes o en alguna reunión; son cosas privadas. Pero sí, yo noto que hay una mayor alegría en general en el grupo, eso es indudable, se palpa en el ambiente esa tranquilidad, se respira un clima más allá de lo que es el trabajo y la profesión, una atmósfera de cierta distensión y alegría.

Leo se tiene que sentir cómodo y primero debe ser libre. Debe saber que puede hacer lo que desee sobre el campo en cada momento. Pero en realidad hablo lo justo y necesario con él. No me gusta agregarle presión extra, los futbolistas ya saben de la importancia de los partidos, de su presencia en el seleccionado.

Si hay que hablar de Messi, hay que hablar de su evolución. Porque, como se suele decir, lo difícil no es llegar, sino mantenerse. Ya el hecho de haber ganado el Balón de Oro durante cuatro años

seguidos es un progreso. Obviamente, ganar un Balón de Oro es difícil, pero llegar a ganar cuatro consecutivos aún lo es más, y eso significa que sí, que ha ido evolucionando. En todo este tiempo ha adquirido una madurez importante, ha ido creciendo más allá de las extraordinarias condiciones que tiene, a las que le ha ido sumando cosas que lo han hecho aún mejor. Ya es difícil ser mejor de lo que es, pero él lo ha conseguido. Ostentar la capitania de la selección argentina creo que le ha hecho bien, al igual que el tener más años.

El 2012 fue un gran año para Leo con la selección, producto de la maduración lógica de su edad. Pero cuando alguien dice que un jugador ha tocado techo, ¿qué se supone que ha de hacer uno? ¿No decirle nada? Uno es educador y, si ve algo que vale la pena decir, por muy grande que sea el jugador se lo tiene que comunicar.

Para ilustrar sus inmensas condiciones como jugador no hay más que fijarse, por ejemplo, en el partido que inauguró la Liga española en la temporada 2013-2014, contra el Levante, un partido que el Barcelona ganó por siete goles a cero. Cuando Leo va a robar una pelota lo hace con una convicción y una determinación tales que lo consigue, como lo hizo ese día: la robó y vino el gol, creo que el tercero. Le he visto incluso hacer goles de cabeza, como si fuera un gran cabeceador. O sea que sí, que es de esos jugadores extraordinarios de los que siempre se puede esperar que mejoren todavía más, por difícil que sea.

El Barcelona le había llevado a jugar a la zona central y es algo que, al llegar a la selección, preferimos copiar, no cambiarlo, porque a ellos les salió bien. Leo toca más pelotas en esa zona y, cuantas más toque, mejor para todos. Y con Higuaín y Agüero abriéndole espacios y Di María abierto en banda, Leo puede decidir desde su posición central dónde seguir la jugada. Está claro que con

esos jugadores Leo se potencia, y viceversa.

Para que salga bien, les pido a todos que hagan un poco más de esfuerzo para recuperar el balón, que ayuden a los de atrás, que se sacrifiquen más. Y Leo debe defender según donde esté en la jugada y dentro de sus posibilidades. A nadie le pido esfuerzos milagrosos porque lo principal es lo que Leo u otros hacen con la pelota. Ahí es donde deben rendir.

Normalmente, los mejores jugadores del mundo juegan en los mejores equipos del mundo, y son los que tienen las temporadas más largas, más cantidad de partidos, y eso puede afectar un poco. Pero si hablamos en líneas generales, lo importante es llegar en el momento idóneo, en el pico justo, algo que en ocasiones se puede lograr y en otras no. Ahora tenemos un grupo que juega bien, que da una imagen de solidez, de ser un equipo; así se demostró en el amistoso que jugamos contra Italia el 14 de agosto de 2013. De todas maneras, más allá de esto, cualquier equipo en el que juega Messi no es el mismo cuando Messi no está. De lo que se trata es de disimular lo mejor que se pueda la falta de Messi. Nunca se va a poder encubrir del todo, se puede disfrazar en mayor o en menor medida. Para mí aquel día hicimos un partido excelente, pero esto no quiere decir que Messi no sea un jugador insustituible.

Messi es nuestro emblema. Un jugador extraordinario que juega en un equipo extraordinario. Quizá sea el mejor de todos los tiempos.

ALEJANDRO SABELLA
Entrenador de la selección argentina de fútbol

Introducción

Pasando el rubicón

«¿Dónde está Lio?»

Lo preguntaban en el aula de su escuela de enseñanza media número 436, Juan Mantovani, cerca de la casa de los Messi en Las Heras, al sur de la ciudad de Rosario. Se había perdido una semana de clases y, de chaval, uno casi nunca deja de ir a la escuela a no ser que esté enfermo. Quedó un pupitre vacío y, a la hora del recreo, cuando alguien sacó una pelota, los partidillos fueron todavía más confusos: no hay un campo de fútbol en el Juan Mantovani y sobra gente para tan poco patio. Leo era el que cogía el balón y el resto le seguía como una manada obediente. Sin él, se instalaba el caos y se daban muchas más patadas al aire. Pero hacía días que no se lo veía. ¿Qué le pasaba? Sólo la directora del centro conocía el porqué de su ausencia.

Era el último trimestre antes de fin de curso, que en Argentina llega en diciembre, y había examen por esas fechas. Leo no pudo asistir. Se pidió a la profesora que se lo hiciera otro día, que le diera trabajos mientras estaba fuera. No hubo caso.

«¿Ha venido Lio hoy?»

Sus compañeros del equipo juvenil del Newell's Old Boys (NOB, también conocido como Ñuls) tenían la misma duda. Se había perdido varios entrenamientos en los campos de las Malvinas y no estuvo tampoco para el partido del fin de semana. «Hepatitis —dijo alguien de la institución—. Tiene hepatitis». Ah, será eso. Nadie tenía claro en qué consistía la enfermedad, pero sonaba tremendo, algo que, si lo coges, seguro que no te deja jugar al fútbol. «Sí, el

Maestro tiene hepatitis». Eso será.

El Maestro. Messi a veces también era el Piqui en la escuela, pero en el equipo de fútbol lo habían bautizado el Maestro: casi nadie tiene nombre y apellidos en el fútbol argentino. Estaba el Clark Ken, el Gallego, el Pocitos, el Galgo, el Coreano, el Peinado... Y así consta en la lista oficial de la plantilla: nombre, fecha de nacimiento, altura, mote: el Laucha, el Betún, el Cortocircuito...

«¿Dónde estará Lio?»

Adrián Coria era el entrenador de aquel grupo tan dispar, su primer preparador de equipo de once, y también desconocía su paradero. «Es raro, en septiembre y desaparece». Y además de raro, resultaba un problema: costaba más ganar sin Lionel. A Quique Domínguez, su anterior entrenador en las inferiores del Ñuls, lo llamó alguno para preguntárselo: «Ni idea, no sé dónde está». Pero suponía que algo debía estar tramándose: era un crío que siempre cumplía pero, cuando fue a probar con el River un año y pico antes, tampoco nadie avisó de nada. ¿Se lo habrá llevado el River finalmente? Dicen que tiene hepatitis...

Había acabado el mercado de traspasos de verano en Europa y los Messi habían recibido una llamada: «Venid ya, traeros al chiquito». Tanto tiempo esperando, y de repente les vinieron con prisas. Tuvieron solamente una semana para hacer los preparativos.

Y a viajar. Bien lejos.

A Newell's no se le pidió permiso. Ni un solo entrenador, coordinador o jugador en el club sabía lo que se avecinaba. Ni Leo ni su padre Jorge, siempre pendiente de la carrera de su hijo, quisieron avisar a nadie. No costó morderse la lengua: los dos son discretos, igualmente reservados. Hechos con el mismo molde para

tantas cosas.

Por esas fechas, como apoderado por una premonición, el diario rosarino *La Capital* dedicó casi una página entera al chaval. La primera en la prensa argentina. Era el 3 de septiembre de 2000. «Un leprosito^[1] que se las trae», el titular. Y a un lado, un Leo sonriente con la cabeza ladeada y camiseta del NOB.

Era el suplemento dedicado a la información rojinegra. Y el texto se iniciaba así: «Lionel Messi es jugador de la décima división y el enganche del equipo. Como chico, no sólo es una de las promesas de la cantera leprosa, sino que tiene un futuro enorme porque, a pesar de su estatura, él se las arregla para pasar a uno, dos, gambetear, hacer goles pero, por sobre todas las cosas, se divierte con la redonda y hoy se presenta en sociedad». Gambetear, enganche; las palabras, los conceptos, todo muy argentino, muy potrero...

En el artículo, Leo contaba otras cosas. Decía que siempre sería «leproso», ferviente seguidor del Ñuls; el club rosarino lo era «todo» en su vida. Había quedado campeón de la décima división con su grupo, y eso era «un orgullo». Y con la voz queda y la cabeza gacha (costó sacar la foto del chico sonriente), compartió con el periodista alguno de sus sueños. Quería ser profesor de educación física. Y jugar en Primera, claro.

Y llegar a la selección argentina juvenil. Quedaba lejos, pero sí, claro, llegar a la selección, un sueño. Le gustaba el pollo. ¿Su libro favorito? «Eeeeh... La Biblia». El primero que se le vino a la cabeza. No es de leer libros. Si no fuera futbolista y tuviera que escoger otro deporte... «¿Hace falta contestar ésa? No sé, el balonmano igual». Pero sí, se veía de preparador de educación física. Era la única asignatura del colegio que disfrutaba. Igual

podría ser profesor de eso.

Leo no fue la portada de aquel número 97 del suplemento. Eso quedó para Claudio París, del primer equipo, que había decidido, hacía unos días, seguir en el club.

Ese artículo, fotocopiado en blanco y negro, cruzó por fax el Atlántico.

Se habló del mismo durante las tres horas que se tarda en llegar desde Rosario hasta el aeropuerto de Ezeiza, en Buenos Aires; un paseo aburrido adornado con valles anónimos y señales de tráfico que alejaban a Jorge y a su hijo Leo, acompañados de un amigo, de casa. Lionel miraba sin ver a través de la ventana del coche en el asiento de atrás.

Era el domingo 17 de septiembre de 2000.

De Ezeiza marcharon, sólo con el conocimiento de los más allegados y de la directora del colegio, a Barcelona. Tenían por delante veinticuatro horas de viaje.

«[El primer viaje] fue bueno, porque era una experiencia completamente nueva. Yo nunca había subido a un avión, nunca había hecho un viaje tan largo y lo disfruté todo, hasta que el avión se empezó a mover un poco...». (Leo Messi, *Revista BARÇA*).

Qué traviesa es la memoria. El vuelo no fue bueno en realidad, estuvo lleno de turbulencias. A la hora de la primera comida, el avión se movía y Lio dejó de comer y se puso a dormir, estirado en tres asientos. Con pantalones cortos, mostrando las piernas menudas y delgadas. Tenía náuseas, se le revolvió el estómago. Durmió a ratos pero se encontraba mal.

Años después, y a menudo, iba a sentir la misma náusea antes de saltar al campo; alguna vez se preguntó si la sensación de vómito de aquel viaje fue, en realidad, causada por la turbulencia.

El grupo llegó a Barcelona al mediodía del lunes 18 de septiembre, siete meses después de grabar un vídeo casero que demostraba, a ojos de unos, que era el nuevo Maradona, y de otros ojos más cercanos, que era un talento natural que podía convertirse en futbolista si todo salía bien.

El vídeo. Qué gran idea fue aquel vídeo.

A Messi le habían acercado a casa un kilo de naranjas y unas pelotas de tenis. Le pidieron que practicara con ellas una semana. Justo a los siete días se grabó la cinta de VHS en la que daba 113 toques a una naranja. La de tenis se mostró más dócil: 140 jueguitos, como se dice en Argentina.

También había por ahí una pelota de ping-pong. «Dale, Lio». Le dio. Veintinueve veces seguidas. Inténtalo, a ver si llegas a tres.

Ocho años después, MasterCard hizo un anuncio publicitario con aquellas imágenes. Están en YouTube.

Aquel Leo crío partía con una ventaja sobre el resto de nosotros: estaba todo el día con la pelota. Todo el santo día. Entre partidos, durante el partido, en casa, en el patio del colegio. Dormía con el balón.

Desde que en febrero se grabara aquel vídeo, los Messi se preguntaban: «¿Cuándo nos vamos? ¿Dónde nos vamos? ¿Nos vamos?», Se convirtió en un comentario diario, en una cuestión recurrente de respuesta inquietante. E ilusionante.

Ese vídeo, acompañado de algún otro con regates y eslálones de Leo en el campo de Malvinas con la camiseta del Ñuls, había llegado al despacho de Josep Maria Minguella, un conocido representante de jugadores con mucha entrada en el Barcelona. Y socio del club catalán. No lo tuvo muy claro al principio: la edad y el origen distante del chaval le hicieron dudar. No sería el único. Sin

embargo, acabó convencido meses después tras la insistencia de algunos de sus colaboradores y utilizó toda su influencia para que el Barça le realizara una prueba al niño. Justo antes de que el Real Madrid diera un paso adelante e intentara su fichaje.

Desde la oficina de Minguella se llamó a Argentina para que los Messi cogieran sus cosas y llegaran a Barcelona cuanto antes. «Venid ya. Traeros al chiquito».

Leo acabó por coger su primer avión. Y saltó el océano por primera vez.

* * *

Dice la canción de David Sudbury *El rey de Roma* que, cuando uno vive en el West End de Derby, un barrio muy modesto de la ciudad inglesa, los sueños no se cumplen. «Ya lo sé», reconoce uno que intenta rebelarse contra el destino. «Pero un hombre puede arrastrarse o puede aprender a volar. Y si vives por estos lares, uno apenas puede despegarse del suelo». En Rosario, en el año 2000, costaba más que nunca aprender a volar.

El Newell's rechazó la posibilidad de ayudar a los Messi, que necesitaban un presupuesto considerable para pagar unas inyecciones que servían para reemplazar la hormona del crecimiento que el cuerpo de Leo no producía. Si lo hubieran costado, Leo nunca se hubiese marchado de Argentina. O, al menos, no tan pronto.

El River Plate, tras realizarle una prueba con once años, tampoco quiso negociar un posible traspaso con el Newell's.

Y el país se desmoronaba. La puerta de salida daba al exilio.

Sin embargo, nadie conocía a nadie que hubiera cruzado el

charco tan joven en busca de fortuna futbolística: ni se salía a los trece años de Argentina ni era común que se ficharan en Europa jugadores de esa edad y procedencia. Nadie había tenido tampoco la oportunidad tan temprano. Nadie sospechó lo que estaba pasando con el Maestro. «Parece que Leo tiene hepatitis». «¿Ah, sí? Será eso...».

En Barcelona, a Minguella le había llegado la información de que, si el Barcelona se encargaba del caro tratamiento para el crecimiento y su padre obtenía un trabajo, regularizando así el traspaso internacional del crío, Leo se venía. Existieron llamadas al Real Madrid y al Atlético de Madrid, pero no se concretó nada. «De todos modos, si muestran interés, mejor el Barça», pensaron tanto los más allegados como los que trabajaban para que Leo Messi llegara a Europa.

Josep Maria Minguella: «La mayoría de quienes nos dedicábamos a esto no estábamos negociando ni tratando con jugadores tan jóvenes. Por ejemplo, yo entré en contacto con Pep Guardiola, o él conmigo, cuando éste tenía veinte años, en el momento en que pasó al primer equipo. Toda esta mecánica que hay ahora de jugadores de doce, trece o catorce años, antes no existía. Así que, cuando nuestros contactos en Argentina nos hablaron de un chaval que era diferente y no sé qué... mi primera reacción fue casi la de pensar: bueno, ¿y qué haremos ahora con un chaval de esta edad? Yo, de entrada, dudo de este tipo de cosas, pero insistieron tanto que lo tomé algo más en serio. Al final me hicieron llegar un vídeo —ése en el que se lo ve con una pelota en los pies y, casi desde la portería contraria, se regatea a mil y marca— y, sí... me pareció que era algo distinto. Al cabo de unos meses lo hablé con el presidente, Joan Gaspart, con Anton Parera (director

deportivo del club) y con Charly (director técnico y asesor del presidente)».

Charly Rexach: «Un día, jugando al tenis, Minguella me contó que había un tío que era un fenómeno... algo parecido a Maradona. Pero como eso lo había oído tantas veces... Luego me dijo que estaba en Argentina. Yo pensé: “Ah, un chico de dieciocho o diecinueve años”. Y me dijo que tenía doce. Y exclamé: “¿Tú estás loco o qué? Tú te crees que yo me voy a poner ahora a...”. En fin...».

Joaquim Rifé: «Yo era el director de fútbol base del Barça. Y el niño vino a mí. Carles Rexach era el jefe deportivo del Barça, más centrado, obviamente, en el primer equipo. Lo que ocurre es que Charly es bastante amigo de Josep Maria Minguella, que fue quien introdujo al chico en el Barça».

Charly Rexach: «Aquí hay un funcionamiento. Si a mí me dicen que hay un tío en Zaragoza que es un fenómeno, yo pregunto quién es, dónde juega y dónde tengo que ir a verlo, y envío a dos o tres personas para que lo estudien; a continuación, si uno me dice que sí y el otro que no, entonces ya voy yo, y después decido sí o no, desempato. Luego hay que buscarle lugar en el equipo y una serie de cosas. Hay otra posibilidad: si, por ejemplo, mañana un ex jugador del Barça, pongamos Rivaldo, me cuenta: “Oye, hay un chaval de doce o trece años en Brasil que es un prodigio”, yo, automáticamente, sólo porque me lo explica Rivaldo, lo tengo en cuenta... Si me lo comenta otra persona, lo pongo en cuarentena. Pero si me piden que vaya a verlo, respondo: “No, hagámoslo al revés, si es tan pequeño y viene de tan lejos..., envíamelo aquí, lo tenemos quince días, que lo vean los técnicos del fútbol base con tranquilidad. Y aunque los primeros días pueda estar un poco

nervioso, lo superará...”. Imagina que nos vamos a Argentina o donde sea y el chaval se pone malo o no puede jugar o lo que sea. En ocasiones, el protocolo te lo saltas un poco a la torera, ¿me entiendes? Porque, a veces, si el que te pone sobre aviso es de confianza, piensas: “Si este tío me dice que es muy bueno, tiene que ser muy bueno”. Pero, ojo, tenía que ser requetebueno para saltarnos todas las reglas».

Josep Maria Minguella: «Los padres y el chico iban a salir de Argentina de todos modos. Si no podían quedarse en el Barça, tenían pensado probar en otros clubes. Le dije a Charly que estaba siguiendo un tratamiento médico y que no se lo pagaban en su país, que el Barcelona debía hacerse cargo de ello».

Charly Rexach: «Así que me dice Minguella, del que me fío mucho: “Hay un tío que me han dicho que es un fenómeno”. ¿Y cómo lo hacemos?».

Y así, sin prisa, van pasando los meses desde aquellos vídeos de los jueguitos y las gambetas que llegaron a manos de Minguella. Meses de incertidumbre para los Messi, que preguntaban qué había pasado con aquella cinta, aquel interés, aquellos contactos, qué debían decirle a Leo.

Charly Rexach: «Así que le expliqué que para ir a ver a un crío de doce años no iba a irme tan lejos. Si hubiese sido mayor, diecinueve, veinte años... Entonces fue cuando le comenté que, por Semana Santa o Navidad o cuando fuera, debíamos buscar una fecha para que el chico viniera con sus padres y estuviesen quince días aquí».

Joaquim Rifé: «Yo le dije a Rexach que había montado un partido

para ver al niño».

Gaspart, Parera, Rifé, Minguella, Rexach... Aristocracia del Barcelona para tratar con un chaval que venía de Argentina. Pesos pesados. Y esa relevancia de los «padrinos» del chaval no pasó desapercibida para los que estaban en el ruedo, para los entrenadores de la cantera que iban a juzgar o a entrenar a Leo durante esas casi dos semanas cruciales.

Rodolfo Borrell: «Me acuerdo de que un día, en la oficina, no sé quién me dio dos fotocopias a doble cara, en blanco y negro, de unos artículos en un diario argentino que hablaban de Messi. Y me comentaron que ese chico iba a venir a probar. Estas fotocopias las he estado buscando, y estoy convencido de que están en casa de mis padres, debería encontrarlas... Y lo recuerdo porque era la primera vez que oí la palabra “gambeta”, la gambeta de Messi, y también “enganche”, que es muy argentino, esa posición detrás del delantero. Me dijeron que el chaval iba a unirse a mi grupo porque había nacido en 1987. Yo siempre cuento que, si entrené a Messi, fue porque yo estaba con el Infantil A del Barça. Debes haber oído que hay diez mil primeros entrenadores de Messi, ¿no?».

* * *

Del avión bajó procedente de Buenos Aires, en una húmeda Barcelona de final de verano, un chaval argentino de tan sólo trece años, con una pierna prodigiosa y una maleta. Con la ilusión de probarse frente a rivales y compañeros nuevos, en un club grande,

de muy lejos.

Quien lo vio por primera vez, tan poquita cosa, pensó que el Barcelona, los que lo recomendaban, el padre, se habían metido todos en un lío. Tantas gestiones para esto... ¡Cómo iba a ser buen futbolista aquella cosa tan pequeña!

«Yo empecé a seguir al Barça en la época de Ronaldo y poco tiempo después salió la posibilidad de venir aquí. En este momento, la verdad es que estaba ilusionado, con muchas ganas de venir, de ver cómo era todo esto, porque yo lo veía desde muy lejos. Para cuando llegué no sabía que sería todo tan difícil como fue».

No era Lionel Messi quien iba a pasar una prueba. Por aquel entonces, era solamente un niño argentino.

* * *

A Leo y a Jorge les esperó en el aeropuerto de El Prat aquel mediodía de lunes Juan Mateo, que trabajaba en la oficina de Minguella. Los llevó al norte de Barcelona, donde el conocido representante tenía su despacho. En el ascensor, los Messi se cruzaron con Txiki Begiristain, el futuro director deportivo del Barcelona y cercano a Minguella. «Venimos de Argentina», se atrevió a decir alguno. Y Txiki, tocando el pelo de Leo, dijo: «Éste debe de ser bueno, porque es chiquito».

Tras conversar con el agente catalán, Jorge y Leo se dirigieron al hotel Plaza. No fue el Barcelona quien se encargó de los gastos de aquel viaje, no los pagaron nunca. Minguella, que conocía al dueño del hotel, situado en la plaza de España, consiguió que los Messi se quedaran en la habitación 546. Con vistas. Desde la ventana se

podían divisar los pabellones de la feria de Barcelona. Al fondo, el Palacio Nacional y las fuentes de Montjuïc, que por la noche se iluminaban con colores y música. Más cerca, las torres que flanquean la avenida de la Reina María Cristina, levantadas para la Exposición Universal de 1929. Y en primer plano, la fuente de la plaza de España con su alegoría clásica al país.

Los Messi dejaron sus maletas en la habitación. El joven futbolista se encontraba mejor del ajetreado viaje, pero todavía estaba algo pálido. Aun así, Rifé hizo saber a Jorge que le gustaría verlo entrenar esa misma tarde. A las seis. Hubo que ir.

Rodolfo Borrell iba a ser su primer entrenador en el Fútbol Club Barcelona.

Rodo, hoy director de la Academia del Liverpool, tenía entre sus manos, en aquella temporada 2000-2001, un Infantil (el A) que iba a ser histórico: la famosa generación de 1987 de Cesc Fàbregas, Gerard Piqué, Marc Pedraza, Marc Valiente, Víctor Vázquez, Toni Calvo, Sito Riera, Rafael Blázquez... Uno de los mejores conjuntos infantiles que ha tenido el Barcelona, al que se iba a añadir, de momento durante un rato, un chavalillo argentino que venía precedido de cierta fama.

Aquella tarde de lunes, los responsables del fútbol base (Quimet Rifé, Quique Costas, Asensi, los entrenadores Rodolfo Borrell, Xavi Llorens, Albert Benaiges) se encontraron en los campos número dos y tres, pegados al Miniestadi, uno de césped sintético y otro de tierra, para seguir el entrenamiento de aquel grupo y, en especial, del chico nuevo.

No estaba presente *Charly* Rexach, pues había viajado a Sídney para ver partidos del competitivo torneo de fútbol olímpico, poblado de jóvenes conocidos (Tamudo, Xavi, Puyol, Zamorano,

Suazo, Mboma, Lauren o Eto'o). En realidad, aquel asunto del menudo argentino no necesitaba imperiosamente de su presencia: él era, en especial, responsable de las decisiones del primer equipo, no de la cantera. Si ahí abajo, en la cocina del talento de las inferiores, se ponían todos de acuerdo, aquel chaval que le recomendó Minguella iba a ser fichado. Si no, pues nada. Charly había facilitado la prueba; de momento, no precisaba hacer mucho más.

Messi, de camino a su primer día de entrenamiento, se sentía tranquilo: estaba allí porque hacía tiempo que quiso aquello y que imaginó aquello. Tenía una semana, como mucho (había que volver a la escuela), para demostrar lo que sabía hacer con el balón. Estaba seguro de que eso iba a salir bien.

Imagina no haber visto nunca el Camp Nou o el Miniestadi y contemplarlo por primera vez, como hizo Leo aquella tarde.

Llegando a los campos contiguos, a la miniatura del Camp Nou que llaman el Miniestadi, y antes de llegar a los vestuarios, la Pulga se detuvo. Le dio vergüenza juntarse con los otros chavales, que ya habían empezado a cambiarse. Su timidez (no, no es tímido, es reservado) se extremó. Empezó a ponerse la ropa deportiva que le habían dado fuera del vestuario pero acabó dentro, en una esquina donde nadie se le acercó, apartado del resto del grupo.

Imagina no haber visto nunca a Lionel Messi. Como aquel grupo de jugadores de su misma edad o aquellos entrenadores.

«¡Qué pequeño es!», repetían los chavales. Rodo estaba dentro del vestuario. «Siéntese, joven», le espetó a Leo, que no había dicho hola al entrar al vestuario. Por lo menos, el ruido que dejó caer, con la cabeza gacha, no pareció un hola.

Para Cesc, para Piqué, que ya estaban preparados para saltar al

césped, el argentino era uno más de los jóvenes que venían de prueba al Barcelona, raramente extranjeros. Llegaban un par de nuevos cada mes. Rodo se acercó al grupo y, sin que Leo le oyera, les dijo: «Tened cuidado con él, es muy pequeño, no vayáis a lesionarlo».

Gerard Piqué: «En esa primera semana, Leo estaba apartado, muy apartado. Si había un grupito de gente hablando o haciendo bromas, él estaba en el banquillo, al final del todo, muy cohibido».

Cesc Fàbregas: «Venían tantos nuevos que no le dimos importancia, pero recuerdo perfectamente su primer día».

Cayeron miradas burlonas de los jóvenes blaugranas cuando Messi empezó a vendarse los tobillos. Un ayudante de Borrell se preocupó. Vio cómo se ponía vendas y preguntó si estaba lesionado. «No, no, es una tradición argentina. Para evitar esguinces».

Gerard Piqué: «Era muy bajito, casi no hablaba y nadie podía imaginar lo que iba a pasar».

Medía un metro y cuarenta y ocho centímetros.

Cesc Fàbregas: «Llevaba un pelo así, larguito, hablaba un argentino fino, bajito, apenas se le oía. De hecho, apenas hablaba. Y era un fideo. Pensamos: “Este tío, básicamente, es un pamplinas...”».

Ésa fue la conclusión general.

Las bromas se reproducían en aquel grupo de chavales de doce y trece años. «Es un enano, el tío».

Leo no decía nada.

Messi saltó finalmente al campo y a su lado Piqué, que le doblaba la altura. Leo le llegaba a la cintura.

Jorge estaba en la grada y oía lo que se decía: «Es muy pequeño, es *demasiado* pequeño».

El grupo empezó a calentar. Siempre con balón. Tocaba dominar el esférico. Leo no dejó caer la pelota: un toque, dos, tres, cuatro... diez, once... «¿No se le cae?», dijo uno en la grada. Veinte, veintiuno...

Cesc Fàbregas: «Cuando empezó a tocar la pelota, vimos que era diferente al resto de los niños que venían a probar».

Al poco, Rodolfo Borrell ordenó hacer unos contra unos y tiro a portería. Y cuando le tocó a Leo, la lió.

Cesc Fàbregas: «A la primera, me hace un traje... y la clava dentro. Y eso que yo, de pequeño, tenía un don especial en el uno contra uno defensivo. Ahora lo he perdido. Robaba los balones con una facilidad... no sé cómo lo hacía. El tío me hizo un traje de la hostia. Vale, primero no te lo esperas, estás un poco más relajado. Pero es que me lo hizo otra vez, y otra».

Messi estaba siendo brillante, en el regate, en la definición, en la continuidad. Los chavales empezaron a entretenerse siguiendo las evoluciones del nuevo. Se había ganado el respeto del grupo. A partir de entonces, el que le llamaba «enano» lo hacía desde la admiración, incluso el cariño. Desde el deseo de proteger al más pequeño. «Enano» no es un insulto cuando no se lanza como tal y cuando tampoco se recibe como tal.

Desde la grada se oía: «Bueno, bueno, esto es un caso serio».

* * *

A partir de ese día, Leo se acercó al Miniestadi y a los campos contiguos en metro desde la plaza de España. Línea verde y cuatro paradas, hasta Les Corts. Los lunes, miércoles y jueves, era uno más del grupo, que generalmente trabajaba en el campo de tierra. El viernes se hacía algo táctico y participaba un poco menos. El día de partido, sábado normalmente, quedaba libre. También los domingos.

Hacia sol de verano todavía en septiembre, menos fiero que en agosto y más abierto al paseo a cualquier hora. Con su padre y alguno de los colaboradores de Jorge o de Minguella, llenaban las horas libres con paseos por el puerto y alguna visita a un museo que no le dejó demasiada huella. El autobús turístico los llevó a la Sagrada Familia, al puerto, al zoo. Se acercaron a Sitges, pasaron mañanas en la playa de Gavà. Cuando se cansaban, paraban a comer una pizza o una hamburguesa o un poco de pasta.

Incluso una visita iniciática al Camp Nou. El primer sábado de su estancia vieron jugar al Barcelona, que se enfrentaba al Racing de Santander. Marcó Patrick Kluivert un par de tantos, Marc Overmars el otro. Los de Llorenç Serra Ferrer —un entrenador que, como el equipo, no enamoraba— vencieron 3-1. Leo se tomó una foto en la grada. El estadio era enorme, a la afición se la escuchaba poco.

Quisieron ir al Barcelona-Milán del 26 de septiembre, liguilla de la Champions. No pudieron conseguir entradas. Ganaron los italianos, 0-2.

El resto del tiempo, Leo nunca estaba lejos de un balón. Daba

toques con la cabeza en la habitación del hotel, se lo llevaba a la terraza para regatear rivales imaginarios, para mantenerlo en el aire, para acompañarlo. La tele rellenó otros huecos.

No decía mucho Lionel, no tímido sino introvertido, cariñoso con los que se le acercaban, monosilábico con sus compañeros en esos primeros días. Fuera del campo, se dejaba llevar, siempre en su sitio, un paso detrás de todos, matando las horas mientras se esperaba el regreso de *Charly* Rexach de Sídney porque nadie quería aprobar su fichaje sin su aquiescencia.

Cuando se quedaba solo en la habitación, o justo antes de dormir, con la única luz de la lámpara de la mesita de noche, sacaba una especie de lápiz grueso y se pinchaba la pierna que tocaba.

Y la misma rutina al día siguiente: toques con el balón, visita a la ciudad, pizza, entreno por la tarde y pinchazo.

* * *

«Leo, haz lo que sabés. Cogés el balón, no pases a nadie, y hasta la portería». El consejo de Jorge Messi tenía que ver con la explotación de sus características, esas que le habían llevado a Barcelona, pero también con la reacción a la exigencia de Borrell, quien, como entrenador del Barcelona que era, le pedía que jugara a un toque o a dos. «Tenemos que venir con nuestro juego, muéstrate como sos». Si algo sabía hacer, era regatear. Mientras el resto del grupo pasaba el balón y se mantenía, obediente, en su espacio, Messi ofrecía otra cosa.

Así lo fue haciendo un día y otro y otro. Se preparaba con el grupo del Infantil A, y al final de los entrenamientos solía jugarse un

encuentro con el Infantil B. Su padre lo observaba desde la grada o apoyado en la valla que separaba los dos campos.

Un día marcó cinco tantos y mandó dos tiros al palo.

Era diferente, le costaba entender el juego, pero definía con tanto talento, tanta insistencia, que no merecía la pena corregirlo. «A un toque, Leo —gritaba Rodo, pero por gritar, casi más para que el resto del grupo no lo olvidara—. A uno o dos toques como máximo». Tanto daba lo que se le dijera. Lio jugaba como lo había hecho siempre allá en Rosario, con pequeños toques, con velocidad, con desborde, con gambetas. Un jugador más de pelota que de fútbol.

Otro día marcó seis tantos.

Jorge no tenía muy claro si la presión le iba bien o mal a su hijo. En algún momento, un amigo de Minguella le propuso a Leo premiar sus goles con regalos y su padre prefirió no intervenir. Si había una mochila o unas botas de fútbol que le gustaban, se las regalaría a cambio de un número determinado de goles. El desafío le motivó.

Cada entrenamiento se convirtió en un espectáculo. En una ocasión se le había prometido otro regalo si marcaba cinco tantos: hizo cuatro, pero un balón golpeó la madera y pareció entrar. No, no había entrado, se le dijo. Leo se enojó. Hubo discusión. Y se le acabó comprando el regalo.

Pasada la primera semana, se acercó Migueli, ex futbolista que por aquel entonces trabajaba en las categorías inferiores del club, y preguntó: «¿Cuál es el chico ese que ha venido a probar desde Argentina?». Se le señaló a Leo, que estaba entrenando. «Ese pequeñito de allá, el que está en medio del campo». Lo miró con atención. Tenía un balón sobre su pie izquierdo. Estaba esperando instrucciones. «No hace falta verlo jugar a fútbol; por la forma en

que está ahí parado, ya se ve que es un buen jugador». Así. Sin más.

La clavó.

Estaba en el campo 2, el de tierra, frente al Mini. Era ya tarde, sobre las ocho. Migueli siguió toda la sesión. «¿Y qué está haciendo esta gente aquí que no lo fichan ya? Este chaval es el más parecido que he visto a Maradona». Y lo decía con conocimiento de causa: el ex central del Barcelona jugó con Diego.

Pero pasaban los días y nadie le decía nada a Jorge. Y menos a Leo. Esperaban la decisión del director del fútbol base, Rifé, y éste el regreso de Rexach, que seguía fuera. Pero había que volver a casa, se estaba perdiendo ya demasiados días de escuela. Jorge insistió en que no podían quedarse más de una semana. Llevaban ocho días.

Algo no iba bien.

* * *

Hay un evento o momento de la mitología de Messi que se ha malinterpretado. Se dice que algunos entrenadores del Barcelona no tenían claro fichar a Leo, que no supieron ver su talento, que decían cosas por delante y otras, contrarias a Messi, por detrás. Sus nombres se mencionan en voz baja porque algunos están todavía en el club y otros tienen carreras prestigiosas fuera del Camp Nou que, se dice, podrían verse dañadas si se supiera todo ello. La interpretación de Rexach confunde todavía más el asunto: «Estaba el típico tío que decía: “Pues es demasiado pequeño, ese chaval es para jugar al fútbol sala, éste es un jugador de fútbolín... ¡lo típico!”».

En realidad, la prueba estaba siendo buena. Más que eso: determinante. No cabían muchas elucubraciones, los técnicos avalaban sus características. ¡Cinco minutos siguiendo cualquier entreno acreditaban su talento! No debería haber hecho falta que Rexach apareciera por el campo 2 o 3 para ver a Messi y, como lo define el propio *Charly*, «desempatar». No debería haber sido necesario ese último juicio.

Pero al final se tuvo que convocar al directivo del primer equipo y retrasar el regreso de los Messi a Argentina porque parecía que nadie quería hacerse responsable no tanto del posible fracaso (o incluso éxito en el mejor de los casos) de su adquisición, sino del riesgo de fichar a un chaval argentino de trece años.

El «caso Messi» se convirtió en la comidilla de aquellas semanas y se crearon grandes expectativas: los colegas de Rodolfo Borrell se pasaban a ver sus entrenamientos siempre que podían. Se debatía no tanto acerca del talento del chico, sino de cómo encajar su impulso individualista en un club con una idea de juego tan implantada y colectiva.

Pero la presencia de pesos pesados del club en el posible traspaso de un infantil (Rexach en espíritu, Minguella, Anton Parera, Rifé) hacía aquella prueba algo especial, poco habitual. Leo llegaba «apadrinado», algo se cocía cuando había tanto nombre conocido metido en el asunto, o así se veía desde los banquillos de los equipos inferiores.

Pero ese respaldo directivo no era lo más extraño de todo. En 2000, traer a un jugador a la categoría infantil desde Argentina era una barbaridad. No se hacía.

Era evidente que Leo era «la hostia en patinete, porque hacía lo mismo que hace ahora pero en pequeño, lo mismo», como precisa

desde el anonimato uno de los que lo vio aquellos días. Supone una injusticia histórica creer que no se le quería por ser pequeño. Se trataba de otra cosa.

Ahora se considera una situación corriente traer de cualquier parte del mundo a un chico de cualquier edad; son conocidas las peleas por fichar a chavales incluso de ocho años. Pero en el año 2000 se estaba recorriendo camino nuevo. Cinco años antes, fichar a un jugador infantil (doce o trece años) de Mataró, Granollers, Santpedor (ciudades a menos de una hora de Barcelona) era sinónimo de traerlo desde muy lejos. Los cadetes (catorce o quince) sí procedían de toda España.

Se consideraba que, por muy bueno que fuera un jugador de esa edad, nadie podía garantizar que llegara al primer equipo. O incluso que acabara siendo futbolista profesional. «Así que sacarlo de la estructura familiar, del contexto de su país, de sus amigos, de todo eso, en una situación que no garantizaba nada, era un riesgo enorme. Claro, después ha sido el mejor jugador del mundo y ésta es una historia muy bonita, pero...». Así habla otro testigo de aquel peculiar aterrizaje.

No eran los entrenadores del fútbol base los que iban a decidir su futuro, pero se hablaba de ese peligro entre ellos: del mismo modo que el club había sido reticente a fichar a jugadores de una zona geográfica española lejana, lo lógico —se decía— era que Leo recibiera el mismo trato. Oriol Tort, uno de los principales cazatalentos históricos, ideólogos y responsables de la cantera del Barcelona, siempre insistió en que era preferible que a La Masía se llegara desde fuera de Catalunya con quince o dieciséis años. Así estaban las cosas en el año 2000.

Para muestra, un botón: Andrés Iniesta. De alevín (doce años,

nacido en 1996) participó en el Torneo Nacional de Brunete, con equipos que conformaban la Primera División. Como ocurría en cualquier torneo de importancia, el club desplazó a varios ojeadores. El mejor jugador de esa edición fue el propio Iniesta, entonces en el Albacete, y el segundo, Jorge Troiteiro, del Mérida. No había premio para el segundo, pero el debate giraba en torno a quién de los dos era mejor. El Barcelona tomó nota, habló con la familia de Iniesta, se aseguró el control del futbolista, pero se decidió que se quedara en casa; iban a valorar desde la distancia su evolución. La idea era llevarlo a La Masía cuando se acercara la edad de cadete, dos o tres años después.

El padre de Troiteiro no se quiso dar por derrotado y se plantó en coche desde Mérida en las oficinas del Barça; cruzó la Península, vaya. Su hijo iba a ser futbolista sí o sí. Sabía que el club tenía un informe positivo del chico y a la familia le apetecía el Barcelona. Y o le fichaban ya o se iba a Madrid o a Valencia o a donde fuera, porque el chaval iba a ser jugador. El Barcelona le había explicado a la familia que debían tener en cuenta los estudios, que el desarraigo era peligroso..., pero eso al padre le daba igual. Era su hijo, y lo iba a meter en un grande.

El Barcelona, pese a las objeciones iniciales, cedió ante la presión porque era un hábil extremo con un gran potencial, y pronto lo iba a demostrar en las categorías inferiores. Pero no había ni un niño de doce años en La Masía; de hecho, no había uno solo menor de dieciséis años. ¿Qué hizo el Barça? Llamar a Iniesta, también manchego como su compañero, y traérselo a Barcelona para que Troiteiro no estuviera solo.

Jorge Troiteiro acabó expulsado de La Masía por indisciplina. Iniesta, que lloró mucho en su habitación de la casa rural donde

vivían los jugadores que eran de fuera de Barcelona, marcó, años después, el gol que dio el primer Mundial a España.

Existen miedos, dudas, promesas; hoy, hasta una metodología de trabajo en la famosa cantera del Barcelona, pero ni una sola garantía de éxito.

* * *

¿Qué pensaba Leo después de ocho días de entrenamiento? ¿Le seguía pareciendo buena idea lo de fichar por el Barcelona? ¿Se le preguntó alguien? Lo hizo Rodo Borrell. Leo le dijo que sí, que le gustaba la forma de entrenar, que en su Rosario era todo más físico, que acá los trabajos eran con balón, que eso le complacía. Que veía la enormidad del club. Y del reto.

Que quería quedarse. A sus trece años, lo tenía clarísimo.

Pero pasaban los días, sin respuesta del club. Diez días después de su llegada al aeropuerto de El Prat, poco quedaba por ver de la ciudad. Nada que descubrir del futbolista. Estaba todo hecho. Estaba claro que cualquier equipo hubiera querido a Leo, pero aquélla era una experiencia única para el Barcelona y nadie quería arriesgar: había que esperar a *Charly*.

Jorge estaba listo para volverse. «Quédense un día más, el lunes tenemos a *Charly* aquí», le pidieron desde el club.

El asesor del presidente regresó finalmente de Australia y se reunió con Rifé. Había varios asuntos sobre la mesa; entre ellos, el del chico argentino. «Que juegue con un equipo superior, el juvenil, dos años mayores que él. Quiero ver cómo se desenvuelve con chicos más grandes», solicitó Rexach.

Charly Rexach: «Entré en este asunto para desempatar, porque, si los de abajo hubieran dicho directamente “lo fichamos”, no hubiera hecho falta que me implicara yo...».

La prueba final iba a tener lugar el día 2 de octubre. Seis de la tarde. En lugar del campo de tierra donde había jugado la mayor parte del tiempo, el escenario era el campo 3, el de césped artificial, detrás de la bolera, frente al Miniestadi.

Era el momento, no había marcha atrás. Al día siguiente Jorge y Leo se volvían a Argentina. Lio, con su metro cuarenta y poco, iba a enfrentarse a chavales dos años mayores que él.

Se acercó Migueli a verlo. Y Rifé, claro. Y Quique Costas, Xavi Llorens, Albert Benaiges, incluso Rodolfo Borrell, que lo había tenido durante dos semanas en su equipo. Se sentaron en el banco de los suplentes.

Empezó el partido. Y Carles Rexach no había llegado todavía. Llegaba tarde de una comida. Recién llegado de Australia, tenía los horarios desencajados.

Dos minutos después, *Charly* subía por las escaleras de acceso al campo.

Charly Rexach: «Hice lo típico: andas un poquito, te paras cuando ves que él coge el balón...».

Rexach ingresó por la puerta, pasó delante del banderín de córner, cruzó por detrás de la portería.

Charly Rexach: «Era fácil de localizar, porque era pequeñito, el impacto visual, ¿no?».

Messi cogió el balón en el centro del campo y se puso a driblar a todo el que le salía por delante.

Jorge Messi: «Viene entrando Carlos y Leo hace una jugada...».

Charly Rexach: «Lo que te digo: di la vuelta por detrás de la portería, llegué al otro córner...».

Leo dribló a dos, luego al portero. Definió.

Jorge Messi: «Una jugada... Gol».

Fue el único tanto de los suyos, que acabarían perdiendo 2-1.

Rexach llegó hasta el banco de los suplentes, donde estaban todos los entrenadores.

Charly Rexach: «Tardé siete u ocho minutos en completar el recorrido. Fui a sentarme allí, en aquel banquillo, y...».

Diez minutos después de llegar, *Charly* Rexach abandonó el campo 3. Se había sentado un par de minutos en el banquillo de los preparadores del fútbol base, dio la vuelta y se fue por donde había venido.

Tanto esperarle. ¡Y no vio nada!

Jorge Messi pensó que Rexach no le había dado importancia al asunto, al fichaje, a su viaje, a los días de espera. Pero, en ese rato que Carles estuvo presenciando el encuentro, Leo había hecho un par de cosas, lo que se esperaba de él. Suficiente. Seguramente suficiente. Ojalá.

Al acabar el partido, Leo no dijo nada. Siempre calladito, él

escuchaba...

PRIMERA PARTE

EN ROSARIO

«Patéala, Leo.»***Pero Leo no la pateá***

Cada domingo, tonto el último. Leo llegaba cuanto antes a casa de su abuela Celia y, en el asfalto frente a la residencia, hacía unos rondos con sus hermanos Rodrigo y Matías, aunque a aquello no le llamaban rondos. O se competía a fut-tenis. Hasta que llegaban los primos, Maxi, mayor, y Emanuel, chico como él. Bruno, el tercero de los hijos de Claudio y Marcela, llegó al mundo años después.

Esta piedra y esta hacen de arco. A seis goles. Ahí se iniciaba el «picadito».

La abuela, con la ayuda de sus hijas Celia y Marcela, preparaba la pasta que luego iba a servir con salsa. Los maridos, Jorge y Claudio, y el abuelo Antonio pasaban ratos charlando sentados en el sofá del comedor estrecho y pequeño. O fuera, en la calle, echando una ojeada a los chicos. «Cómo la toca éste», «te fijaste la gambeta de Emanuel», «Leo, con lo chico que es y lo que cuesta sacársela». «Buena, Maxi, buena», podía gritar Jorge, quien, hasta el servicio militar, jugó en las inferiores del Newell's Old Boys.

«¡A comer!». La orden no se cumplía a la primera.

Había que lavarse las manos antes de sentarse en la mesa de aquella casa modesta de dos dormitorios de la que nadie quería marchar, a la que siempre se regresaba y que sirvió durante cientos de domingos de punto de encuentro de los cuñados Claudio y Jorge, de las hermanas Celia y Marcela, de los primos que

siempre querían jugar al fútbol. A veces el sofá hacía de cama para alguno de los chicos, el que aquel día insistía más en quedarse. La adoraban a doña Celia, y no era por la pasta buenísima o el arroz que nunca sobraba. Celia era de esas abuelas que no tenía nunca un «no» para sus nietos.

Se comía a toda prisa. Estaba todo bueno, pero había que salir cuanto antes con el balón bajo el brazo, deshaciéndose en la boca todavía el dulce de leche, los cinco chavales camino de la plaza del barrio de La Bajada.

Y ahí se acababa lo que se había dejado a medias, o se empezaba otro partido a seis. A muerte, otra vez. Cuatro horas seguidas o a veces más. Se iban pelando por el asfalto.

Nunca salían partidos desiguales, nunca. A veces los mayores, Rodrigo, nacido en 1980, Maxi, de 1984, y Matías, de 1982, retaban a los peques, Leo, de 1987, y Emanuel, de 1988, que era buen portero. Ni así. Se repartían las patadas más bravas, nada que ver con las que se encontraban a veces en los partidos de las inferiores. Eran peores. A Leo, a Emanuel, se los sacudía de impotencia. Especialmente a Leo. «Matías, hombre, cuidado», debía avisar Jorge.

Y Leo corría como pollo descabezado detrás del balón, lo quería y luego no lo soltaba. Las venas hinchadas, la cara roja como un tomate maduro, así lo recuerda su tío Claudio. Y cuidado que perdiera. Empezaba a llorar y armaba un quilombo. Quería pegar a quien fuera que jugaba en su contra. Así que había que seguir hasta que ganara.

«Terminábamos mal, siempre peleados. Aunque ganáramos nosotros, mi hermano me fastidiaba igual porque sabía que me calentaba. Siempre terminábamos mal, yo llorando y recaliente».

Eso dijo Leo a la revista argentina El Gráfico.

A menudo los desafíos eran barriales. Los partidos que acababan en la placita de al lado de la casa de la abuela los domingos podían ser contra cualquiera. Y los Messi-Cuccittini nunca perdían. Lo cuenta Matías: «Al principio no nos querían dejar jugar porque Leo era muy chiquito y Emanuel también, pero terminaban felicitándolo. Leo tenía nueve años y jugaba contra pibes de dieciocho o diecinueve y no lo podían parar».

¿Cómo no iba a salir de ese «picadito» al menos un par de futbolistas?

Rodrigo fue fichado a los once años para los infantiles del Newell's tras haber militado, como todos los Messi, en el Grandoli. Era un delantero centro con gran facilidad para hacer goles, rápido y habilidoso. Fijo de la selección de Rosario para chicos de su edad. Leo contó su final en el Corriere della Sera: «Sí, era muy bueno. Por desgracia, tuvo un accidente de coche, se fracturó la tibia y el peroné y, en aquel tiempo, si te pasaba algo así, se terminaba tu carrera». Eso y que quizá le faltara la tenacidad de los que acaban siendo profesionales. Su pasión la descubrió en la cocina, quería ser chef.

Matías fue defensor del Newell's en sus categorías inferiores durante un año y prefirió no seguir. Pero insistió con el fútbol años después y su último equipo fue el Club Atlético Empalme Central, que participa en la Liga Regional de Rosario, donde jugó hasta los veintisiete años.

Maximiliano, de metro sesenta y cinco, y el mayor de los tres hijos de Marcela y Claudio, juega en un equipo brasileño, el Esporte Clube Vitória, del campeonato brasileño de Serie A, después de haber pasado por Argentina (San Lorenzo de Almagro),

Paraguay, México y el Flamengo. En el entrenamiento inaugural con su primer equipo paraguayo, el Libertad, se fracturó el cráneo. Pero es testarudo y persistió. Al día siguiente de nacer su hija Valentina, que fue prematura y tuvo que pasar por la incubadora, Maxi marcó con el Flamengo. Messi hizo un hat-trick con el Barcelona ante el Valencia el mismo día, y le dedicó a Valen los tres tantos. Hoy está goleando habitualmente en el Vitória.

Emanuel, rosarino también e inseparable de Leo de niño desde que compartiera vestuario en el Grandoli, empezó de portero y pasó por el Newell's, durante un año, antes de dar el salto a Europa. Ahora es mediocentro zurdo. Llegó a Alemania en 2008 para jugar en el reserva del TSV 1860 München y la temporada siguiente subió al primer equipo. Estuvo también en el Girona, de la Segunda División española. Juega ahora en el Club Olimpia de la Primera División paraguaya con su metro setenta y siete. Un día querría formar, en el mismo equipo de los Ñuls, con Maxi y Leo.

Bruno llegó en 1996, se perdió esos partidos de calle pero jugó muchos otros «picaditos» con otros chicos, y fue una de las grandes esperanzas, decían, del Renato Cesarini, de donde salieron Fernando Redondo o Santi Solari, hijo de uno de los fundadores del club. Cuentan que también se parecía a Leo. En el modo de correr, de tocar el balón. Hasta en las celebraciones. Hay que ir con cuidado con las comparaciones. Hoy, en su cuenta de Twitter y de Facebook, pone textualmente: «La vida no es lo mismo sin fútbol» (fechado en febrero de 2012). Lo dejó en su día y hoy está intentando reengancharse a ese tren de alta velocidad que es el balompié.

Leo se fue a Barcelona con trece años y las comidas de los

primos fueron, a partir de entonces, menos habituales. Y los «picados», claro, se fueron perdiendo. Los niños se hicieron mayores, la vida los separó.

La abuela Celia murió cuando Leo tenía diez años.

* * *

Un río, el espeso Paraná, el Monumento a la Bandera, dos grandes clubes. Su gente. Sobre todo su gente. Eso es Rosario para el visitante.

¿Qué tiene Rosario?

Rosario está a trescientos kilómetros de la capital, a tres horas de Buenos Aires por una carretera que parece trazada con regla en un folio: es recta y corta un enorme valle sin mucho que contar entre ambas urbes. Parece así alejada del mundanal ruido, aislada, un pequeño país con su orgullo (no son de la provincia de Santa Fe, sino rosarinos) y su derbi, leprosos contra canallas, Newell's Old Boys contra Rosario Central, la mitad más uno de los habitantes de la ciudad contra la otra mitad más uno, «el partido más pasional de todos», insiste aquel a quien se le pregunta, y muchos prefieren olvidar que, a veces, la pasión se confunde y se transforma en violencia.

Leo es leproso, como admite en el *Corriere della Sera*: «Sí, claro. Los de Newell's se llaman así porque hace un siglo fueron invitados a un partido de beneficencia para los enfermos de lepra. Y aceptaron. Los del Rosario se negaron. Desde entonces ellos son canallas».

Llegando desde Buenos Aires por la autopista hay que coger la

salida a la circunvalación, una larga «C» flanqueada a su derecha por un barrio de casas de chapa que anuncia, con los colores de Rosario Central, que se está entrando en la ciudad de los canallas. Habrá pronto pruebas que confirmen esto y lo contrario: no, no, es «la ciudad de los leprosos», se leerá en otras paredes pintadas con el rojo y negro del Newell's Old Boys. Las estadísticas y los muros no se ponen de acuerdo. Esas chapas que guardan a tantas familias a las afueras de Rosario tienen ventanas con vistas a la autopista. Son villas pobres, con suelos de tierra y gente que va en motos antiguas sin casco. Siguiendo la carretera, la pobreza desaparece, reemplazada por fábricas y grandes superficies. El resto de conductores debe andar contemplando el paisaje y tomando notas también, porque nadie lleva el coche entre las líneas que marca el suelo de la circunvalación. Eso o, como dicen algunos argentinos, es que las señales de tráfico se hicieron para estorbar su camino.

Antes de que surja al final de la mirada el perfil de una ciudad bonita, con rascacielos de varios tamaños, se llena el camino de árboles y, de repente, a la derecha, emerge una fábrica gigantesca que parece de cemento, de esas de tubos laberínticos que no se sabe si son horrorosas u horrorosamente hermosas. Se nutre del río Paraná que tiene a su espalda, la primera visión de esa arteria crucial del comercio fluvial, fértil abono y fuente histórica de riqueza. Y, tras los árboles y la fábrica, unos llanos y un cielo enorme son el pie de la ciudad a la que se entra por un nuevo parque antes de que empiecen a salpicarnos casitas de dos plantas a ambos lados que tosen de vez en cuando a un edificio más alto. La circunvalación se convierte en una gran avenida, ya sí flanqueada por el perfil de una ciudad, alta, medio pintada, señorial.

De Rosario, de este puerto de salida de La Pampa que se mueve

a la velocidad de un pueblo, proceden el Che Guevara, Fito Páez, *el Negro* Fontanarrosa, Marcelo Bielsa, César Luis Menotti... retadores de lo establecido. Y miles de millares de inmigrantes europeos. Y aquí nacieron también símbolos argentinos: en Rosario se izó por primera vez la bandera celeste y blanca allá por 1812, diseñada así para distinguirla de la de las tropas españolas a las que combatían.

De camino al centro, aparece el parque de la Independencia que, como describe el periodista Eduardo van der Kooy, es «donde la ciudad empieza a definir un estilo y una personalidad. Desde el parque arranca la elegancia del Boulevard Oroño convertida en postal parisina. Hundido en esa gigantesca fronda de árboles añosos está Newell's. Las calles se estrechan y en los cruces —y hay muchos, el centro es cuadriculado— no queda claro quién tiene prioridad: debe ser el primero que llega. El blanco grisea en las paredes y las cafeterías tienen techos muy altos, vidrieras grandes y mesas pequeñas. Desde el interior muchos se entretienen mirando a las chicas, muy guapas, y las señoras, también las más mayores, se deleitan mirando los cuerpos de futbolistas de los jóvenes rosarinos».

Son de Rosario, lo dicen todos, las más bellas mujeres de Argentina, esa irresistible mezcla serbia e italiana que las hace rubias, de piel trigueña y ojos claros. Algo tendrá que ver también la buena alimentación: es Santa Fe una de las zonas agrarias más productivas del país, rodeada de campos ideales para producir cereales y aceite, donde crecen niños con una fuerte formación física.

No se ven muchas camisetas de fútbol, ni de Central ni de Newell's, tampoco de la selección, pero hay canchas en todas

partes, en algunas zonas casi cada dos cuadras. Se juegan cinco o seis ligas y los mismos jugadores se ven en varias: acabas un partido, coges la moto y te vas a otro de otra liga. En Rosario, el que no es futbolista, es coordinador, entrenador, árbitro, lo que sea. Incluso ellas.

«Es diferente a otras ciudades por su pasión única por el fútbol y la cultura —cuenta Gerardo *Tata* Martino, ex entrenador del Newell's y actual técnico del Barcelona—. La zona aledaña a la ciudad es una usina [factoría] generadora de talentos que tiene en Rosario el objetivo central de sus sueños de fútbol. Son chicos “bien comidos”, como decimos por aquí, y con una enorme pasión por el fútbol. Por eso la cantera rosarina es tan importante y en ella se han forjado estrellas como Valdano, Batistuta y una interminable nómina en la que Messi es la guinda del postre».

Podría haber nombrado también a Mario Alberto Kempes, Abel Balbo, Roberto Sensini, Mauricio Pochettino y tantos otros. De hecho, diez de los futbolistas habituales de Alejandro Sabella durante la fase de clasificación del Mundial de 2014 son de Rosario, entre ellos Javier Mascherano, Ever Banega, Ángel di María, Ezequiel Lavezzi, Maxi Rodríguez, Ignacio Scocco, Ezequiel Garay... y Leo, claro.

En Rosario surgió la «Iglesia Maradoniana», devota (medio en broma, se imagina uno) de Diego, al que consideran el más grande de la historia y en cuyo honor celebra una ceremonia pagana cada 30 de octubre, fecha de su cumpleaños. Maradona tuvo un fugaz paso por Newell's en 1993. Leo estuvo en su debut.

Fútbol es vida en Rosario, y vida es fútbol. Y por ello el espíritu de la ciudad se refleja adecuadamente en un gol, el más festejado de la historia: lo dice el *Libro Guinness de los récords* o, como diría el

cantautor Javier Krahe, «ese libro de excesos que hay en inglés». Ocurrió bajo un calor sofocante el 19 de diciembre de 1971 y en Buenos Aires, pero fue durante un clásico rosarino, la única vez que un Newell's-Central se jugó en la Capital Federal, las semifinales del Campeonato Nacional, y ninguno de los dos conjuntos era capaz de encontrar la puerta contraria en un partido que se perdía en la lucha por las pelotas divididas hasta que, a falta de trece minutos para el final, se produjo una falta cerca del área de Newell's.

El 9 de Rosario Central, el ariete Aldo Pedro Poy, se dirigió al área, ese rectángulo amigo a veces y enemigo otras donde llevaba años ganándose el pan. De camino, una advertencia, o premonición o predicción o lo que fuera, a un reportero gráfico: «Prepara la máquina, que ésta la emboco». Y sí, Poy se codeó con su marcador, se despegó del mismo y voló, cuerpo arqueado, brazos extendidos. Marcó. Cabezazo de palomita. Qué más da que el balón rozara el estómago del central Di Rienzo y despistara al arquero.

Gol.

Tanto definitivo: el eterno rival quedó eliminado de las semifinales. Rosario Central ganó también la final, su primer título de la historia, pero no es eso lo que se celebra, sino la palomita de Poy. Lo monta la Organización Canalla para América Latina, de nombre ambicioso pues, que se reúne desde hace más de tres décadas y todos los 19 de diciembre en el césped del estadio del Central: ese día, alguien centra un balón y éste, puntual, es rematado por Poy, quien se arroja al campo repitiendo su mítica palomita. El problema de Poy ahora, dice él mismo, ya no es tirarse, «sino levantarse».

Eso es Rosario. Eso es fútbol. Messi no surge de la nada. Tampoco lo hicieron Alfredo di Stéfano o Diego Armando

Maradona. Quizá no se trate de un gen argentino, pero ciertamente los tres nacieron en un país en el que el fútbol te lleva todos los días a la gloria grande (la fama, el dinero) y la pequeña (el reconocimiento de todos).

Como cuenta el *Tata Martino* a la revista *Panenka*, esa materia prima de excelencia y esa pasión que se encuentra en las calles de Rosario hay que canalizarla de algún modo: «Para ello ha sido vital el trabajo de Jorge Griffa. Un hombre que, apenas se retiró como jugador, ya lo tenía muy claro. No tenía por meta ser técnico de Primera, quería ser formador de jugadores y jamás traicionó su idea original. Desde mediados de los años setenta y durante veinte años, dejó una marca indeleble en Newell's Old Boys. Luego continuó su carrera de técnico juvenil en Boca, pero siempre con la misma idea: ser forjador de futbolistas. Griffa tiene gran capacidad en esa materia y un ojo clínico para encontrar talentos. Y hasta para encontrar colaboradores. Marcelo Bielsa fue uno de sus asistentes en esos gloriosos años. Se recorrió el país de punta a punta, no sólo Rosario y sus alrededores, buscando y buscando perlas perdidas. Bielsa hizo miles de kilómetros a bordo de un pequeño Fiat 147 en esa investigación incansable que tantos frutos dio a los leprosos. Aquel duro trabajo tuvo su premio: Newell's fue campeón en 1988 con José Yudica y en 1991 y 1992 con Marcelo Bielsa como técnicos del primer equipo». Griffa también supo ver el talento de Messi en un momento crucial de su, entonces, corta carrera futbolística.

Se respira fútbol por todos lados en Rosario, pero curiosamente huele muy poco a Messi. Apenas hay fotos ni imágenes ni publicidad con Leo. Todo el mundo tiene una historia de la Pulga, pero la ciudad santaferina parece no querer regodearse. Como si no hiciera

falta tenerlo en todas partes o como si quisiera respetar su bajo perfil.

Pero, para Leo, Rosario sí lo es todo; para empezar, su lugar de origen, de donde procede todo y todos, o los más importantes. Cuando se le pregunta cuál es su recuerdo favorito, no duda: «Mi casa, mi barrio, donde yo nací».

* * *

Los Messi vivieron durante décadas en una casita de la calle Lavalleja, ubicada en un barrio a cuatro kilómetros al sudeste del centro de Rosario que unos llaman La Bajada, otros Las Heras y algunos dicen que no tiene nombre. Es de esos distritos de casas bajas en los que las puertas se dejan abiertas, se oye cumbia en el interior de alguna de ellas y los niños juegan sobre el asfalto porque apenas pasan coches. Donde el reloj parece detenido. En ese refugio de trabajadores de ritmo pausado, en el número 525 de la estrecha calle Estado de Israel, antes Lavalleja, cerca de la avenida Uriburu y el Boulevard Oroño, al final de un laberinto de calles de poco recorrido, que parecen iguales, casi en la esquina, donde sólo cabe un coche y medio, justo ahí es donde está la casa que levantó el propio Jorge Messi.

Su padre Eusebio es albañil de profesión y Jorge aprendió rápido a hacer de todo. Los dos Messi aprovechaban los fines de semana para poner ladrillo sobre ladrillo en un terreno de trescientos metros cuadrados adquirido por la familia. Fue casi siempre de una planta, como el resto de la calle, y con un patio trasero donde se jugó a todo y cuyo muro asomaba a la casa de

Cintia Arellano, de la misma edad que Leo, su mejor amiga.

Hoy a la calle se le ha mejorado el asfaltado, el alumbrado público, el alcantarillado, y la residencia tiene una segunda planta, una cerca que no tienen las otras y una cámara de seguridad. Pero casi siempre permanece cerrada.

En esa casa vivieron Jorge Messi, Celia Cuccittini y sus cuatro hijos. Era, como reconoce Leo al *Corriere della Sera*, «pequeña. Una cocina, una sala de estar, dos dormitorios. En uno dormían mi papá y mi mamá, y en el otro yo y todos los demás hermanos».

La calle de Leo se encuentra a doscientos metros de un terreno irregular vallado, con césped duro y salvaje donde se juega al fútbol; ahí al lado queda también el quiosco en el que trabajó Matías cuando Leo ya estaba en Barcelona, justo al lado de la casa que perteneció al propio Matías y que éste regaló hace un tiempo a un familiar. Subes y por ahí quedaba Grandoli. La abuela Celia vivía aquí al lado y, un poquito más allá, los primos, donde se comieron tantos arroces y milanesas. Y por ahí cerca están todavía los abuelos paternos, doña Rosa María y don Eusebio Messi Baró, que a sus ochenta y seis años, abandonada la construcción, se levanta por la mañana para abrir la modesta panadería que instaló en una habitación de la casa en la que residen desde hace cincuenta años.

Todo empieza y acaba en el barrio. La familia, como se ve, es el abono fértil sobre el que crecen todos los Messi y todos los Cuccittini. Leo siente devoción por sus padres, por sus hermanos, por los primos, los tíos. Por la madre, sobre todo por la madre: tiene tatuado el rostro de Celia en la espalda. «Lo hizo sin decir nada a nadie. Un día llegó a casa y nos lo enseñó. Casi nos desmayamos del susto. No teníamos ni idea de que quisiera hacer eso. Pero es su cuerpo, y poco le podemos decir», relata su padre en *Educados*

para ganar, el libro de Sique Rodríguez en el que hablan los progenitores de los futbolistas más conocidos salidos de La Masía del Barcelona.

De ahí son también los mejores amigos de Leo, con los que se junta todavía. Para Messi, Rosario, La Bajada o como quiera que se llame, son las raíces, es la infancia, «la verdadera patria del hombre» que diría Rilke. El escenario al que quiere volver (al que regresa constantemente) y del que no se hubiera ido nunca; el paraje que ha recreado en Barcelona para que todo se le haga más ligero. Leo vive en Rosario incluso cuando vive en Barcelona.

Por eso vuelve a su ciudad cada vez que puede. Ahí vive su madre la mayor parte del tiempo, dos de sus hermanos, y es donde su padre pasa temporadas. Ahí se escapa cuando hay un parón suficientemente largo, en algún momento del verano, en Navidad. Ya no se le ve tanto en el barrio desde que compró una propiedad mayor a las afueras, pero en otras épocas lo ha visto paseando en bicicleta. Se lo puede encontrar por Rosario o, en ocasiones, por regiones vecinas, como en el verano de 2013 cuando lo descubrieron en un supermercado con un carrito lleno de madalenas, vinos y grisines (panes): estaba pasando el día en Gualaguaychú, en el sur de Entre Ríos, ciudad dormida. Ese día le tocó hacer la compra y, descubierta pese a la capucha, posó para una o diez fotos. Ha tenido que acostumbrarse a las cámaras, a que lo paren por la calle. Nunca va con protección.

Hasta la novia la ha sacado de su ciudad. A Antonella Rocuzzo, rosarina como él y prima de su mejor amigo Lucas Scaglia, jugador del Deportivo Cali en Colombia, la conoció cuando tenía cinco años. Hoy es la madre de su hijo Thiago, pero todo pudo ser diferente: Antonella y Leo dejaron de verse durante un tiempo

cuando él era solamente un chaval que quería llamar su atención y ella una niña guapa que no se dejaba engatusar. Leo marchó a Barcelona y, en una vuelta a casa por vacaciones, aquel desigual inicio de romance se transformó en otra cosa.

Fíjense: Rocuzzo, Scaglia, Leo es Messi y, de segundo apellido, Cuccittini. Son, pues, nietos y bisnietos de los emigrantes italianos que llegaron a Rosario procedentes de Recanati y Ancona. Lionel también tiene sangre española. Rosario atrajo a los europeos, mayormente de España e Italia, que llegaron a ser la mitad de la población en las primeras décadas de la ciudad. Una bisabuela de Leo, doña Rosa Mateu i Gesé, procede de Blancafort de Tragó de Noguera, un rincón de los Pirineos de Lleida; emigró a Argentina de niña. Cruzando el océano, conoció a un caballero de Belcaire d'Urgell, José Pérez Solé. Cuando uno se marcha de casa, las nuevas relaciones nacen fuertes y duraderas, son la boya del emigrante, y ése es el verdadero Nuevo Mundo, las bases de la nueva vida. Rosa y José reconocieron esa necesidad y se apoyaron: acabaron casándose en Argentina y tuvieron tres hijas: una de ellas Rosa María, esposa de Eusebio Messi, padres de Jorge Messi.

Recientemente el *Corriere della Sera* realizó con Leo un interesante ejercicio, recordándole la procedencia de la rama Messi:

—Eran de Recanati, como Giacomo Leopardi.

—¿Quién era?

—Un gran poeta: «*Sempre caro mi fu quest'ermo colle / e questa siepe, che da tanta parte / dell'ultimo orizzonte il guardo esclude*».

—Nunca he oído hablar de él. Lo siento.

—Tal vez conozca la Virgen de Loreto. Está cerca...

—No. Lo siento. ¿Dónde está?

—Marca. Italia central. ¿Nunca ha tenido la curiosidad de ir a ver de dónde vienen sus abuelos?

—No. Creo que mi padre conoce el lugar. Ha estado ahí y ha visto a nuestros parientes. Tal vez un día yo también vaya.

—Habrá visto, al menos, el Hotel de Inmigrantes de Buenos Aires. Era donde se concentraban los italianos que llegaban al país.

—No, no lo conozco.

En ese momento, el periodista le mostró viejas fotos en blanco y negro de los que buscaron fortuna en La Pampa: «Mujeres austeras con chal y faldas largas y negras. Niños flacos y descalzos. Enormes cacerolas para el rancho. Los hombres con chaqueta oscura, camisa blanca y sombrero de fieltro. Las miradas perdidas en el vacío que se habrían cantado en un foxtrot de nostalgia». Leo las ojeó con curiosidad, poco más.

Todo empieza y todo acaba en Rosario para Leo.

La familia Messi-Pérez se instaló en el barrio de Las Heras. Cerca de allí vivían los Cuccittini Olivera, padres de Celia y también de ascendencia italiana. En el barrio surgió la chispa del amor entre Jorge y Celia, y no perdieron el tiempo: con quince y trece años, identificaron lo que les ocurría y no lucharon contra ello. Cinco años después, a la vuelta del servicio militar de Jorge, se casaron.

Al poco tiempo se plantearon ir a vivir a Australia. ¿Hubiera sido futbolista, o estrella del fútbol, un Leo australiano? Luego recuperaremos la hipótesis, pero los Messi prefirieron continuar en

el barrio de sus padres. Celia trabajó durante años en un taller de bobinas magnéticas y, como todos, Jorge hizo de todo cuando se inició en el mundo laboral: tornillos en un taller metalúrgico desde las seis de la mañana o cobrador de mensualidades de un instituto médico puerta por puerta. Pero sabía que, para mejorar, para asegurar el futuro de la familia, debía prepararse bien: no salió lo de convertirse en futbolista tras cuatro años en el Newell's Old Boys de chico, así que se puso a estudiar por la noche al acabar el trabajo, de cinco a nueve, para ser técnico químico. Le costó ocho años acabar la carrera. Tenía veintidós años y las prioridades en orden: sabía que el esfuerzo tenía su recompensa.

Jorge ingresó en Acindar, uno de los principales productores de acero plano de Argentina, en 1980, el año del nacimiento de su primer hijo, Rodrigo. Para llegar a la fábrica en Villa Constitución, a cincuenta kilómetros de Rosario, había que coger el autobús de la empresa. Se alentaba la competitividad y Jorge fue adquiriendo responsabilidades hasta alcanzar el cargo de gerente. El sueldo daba para mantener sin penuria una familia de tres. Incluso de cuatro: Matías llegó en 1982. «Mi papá —dice el segundo Messi Cuccittini— era obrero; nunca nos faltó nada, pero siempre como ahora, humilde. Siempre la peleamos, mi viejo, mi vieja... y todos los hermanos pudimos estudiar bien, en las mejores escuelas. Nunca nos faltó nada».

Era una casa donde se comía de todo, siempre una buena referencia. Habla Leo al periodista del *Corriere della Sera*: «Cocina argentina e italiana. Espaguetis, raviolis, bife de chorizo... Mi pasión es la milanesa. Mi mamá la sabe hacer como nadie. Excepcional. Normal o con la salsa, tomate y queso. La nuestra era una familia modesta, pero no pobre. Honestamente, nunca nos faltó

nada».

Existe una idea universal y equivocada sobre el origen de los futbolistas argentinos: en una aplastante mayoría, provienen de lo que allí se denomina clase media y que en la Europa Occidental se describiría como clase obrera, pero no baja. Lo mismo que los Messi, pues. No hay demasiados casos de jugadores que hayan salido de familias sin recursos y hayan tenido éxito en el fútbol argentino. Al menos, desde que Maradona, de la villa de Fiorito, al sur de Buenos Aires, irrumpiera en la Argentina de los setenta.

Lo habitual es que los que son pobres de verdad no lleguen a probarse en los clubes, o bien por falta de contactos, o bien por escasez de recursos que les impide viajar a los entrenamientos, comprar ropa, estar debidamente alimentados o entrar en una escuela de fútbol con sus gastos correspondientes: sin ese último paso, casi nadie se convierte en profesional. Y los de clase baja que consiguen entrar en un club no suelen tener continuidad o perseverancia por la falta de una estructura familiar potente, por vivir en villas donde no se alienta la disciplina o el sacrificio, donde la droga los distrae. Son muy raros, pues, los casos de profesionales de la pelota de origen pobre como René Houseman (Mundial'78), Maradona (aunque nunca pasó hambre), Carlos Tévez, tal vez Ezequiel Lavezzi o *el Chipi* Barijho (un jugador del Boca de Carlos Bianchi de los años dos mil que hoy se dedica a devolver lo que le dio el fútbol: saca pibes de la calle, les da de comer y les entrena en Bajo Flores). Pocos más.

Los futbolistas argentinos son, pues, de clase media, un segmento de la sociedad que, en la última década del siglo XX, iba a experimentar la dificultad de enfrentarse a una inflación que hacía que el peso perdiera valor cada día. Con el mismo dinero, se podían

comprar cada vez menos cosas. Argentina dejó de crecer.

Daba miedo imaginarse el futuro más inmediato.

* * *

A Argentina le estaba cambiando la cara en los ochenta. La guerra de las Malvinas en 1982, la reclamación militar de los archipiélagos ocupados por Gran Bretaña, intentaba desviar la atención ante el continuo y progresivo desastre del plan económico de la junta militar que gobernaba el país. La tensión social era palpable y la inflación, imparable. Morían argentinos y esperanzas. Pero el fracaso militar en las Malvinas universalizó la indignación y se convirtió finalmente en el golpe definitivo que iba a derrocar al régimen. En diciembre de 1983 se recuperó la democracia.

Cuatro años después, el país se encontraba al borde de la guerra civil tras el alzamiento de un grupo de jóvenes oficiales conocidos como los *carapintadas* bajo la dirección del coronel Aldo Rico. Una parte del Ejército no podía soportar lo que entendía como una humillación y pretendía acabar con los procesos judiciales contra el régimen militar, juzgado por violaciones de los derechos humanos. Pese a que los argentinos salieron a la calle para defender la democracia y pese a las huelgas generales que se llevaron a cabo en todo el país, también en Rosario, el presidente Raúl Alfonsín cedió ante la presión y finalmente se aprobó la Ley de Obediencia Debida, que exoneraba a muchos militares de rango medio y bajo de sus crímenes.

Hasta quince artefactos explosivos crearon el caos en varias ciudades y también en Villa Constitución, cerca de la fábrica donde

trabajaba Jorge Messi: era la banda sonora de los argentinos avergonzados que no querían aceptar ni la obligación de olvidar el pasado negro ni el chantaje militar. En los meses siguientes, las calles del país se llenaron de protestas en busca también de mejoras salariales y de una política económica más justa.

El 24 de junio de 1987, en medio de la crisis económica y política, casi un año después de que Maradona levantara la Copa del Mundo en México, en plena conmemoración del 52.º aniversario de la muerte de Carlos Gardel, nació Lionel Andrés Messi. Tras un susto.

Se temió que fuera necesario provocar el parto con un fórceps porque se advirtió un sufrimiento fetal agudo. Jorge temía las consecuencias para el bebé, que acabó por nacer de modo natural, aunque un poco más colorado de lo habitual y con una oreja doblada. «No, no será para siempre, veréis como mañana se pone bien», anunció a los padres el ginecólogo Norberto Odetto.

El tercer hijo de Celia Cuccittini, veintisiete años, y Jorge Messi, veintinueve, había visto la luz en la Clínica Italiana de Rosario, pesó 3,600 kilos y midió 47 centímetros.

Leo. Lionel. ¿Leonel? Así decidieron los padres llamar al bebé. Pero no fue Lionel Richie la inspiración, como cuenta la leyenda, aunque el cantante, que gustaba en la casa de los Messi, estaba en plena fama.

Jorge acudió al registro civil tras acordar que Leonel iba a ser su nombre. Sonaba bonito, pero no del todo, pensó. Al llegar preguntó si había otro nombre listado que pudiera utilizarse: no quería que a su hijo le llamaran Leo. La lista incluía Lionel, que era como se decía en inglés. Le gustó. Lionel iba a poner en el registro. Hubo tormenta en casa porque eso no era lo que se había decidido,

hombre de Dios. Fue pasajera, pero tormenta al fin y al cabo. A Jorge le castigó, en parte, el destino: casi todo el mundo, y eso es mucha gente, llama Leo a su hijo. Afortunadamente para el padre, en Argentina quedó Lio.

Lio empezó a andar con nueve meses y se le descubría a menudo persiguiendo un balón de fútbol que tenían sus hermanos en casa. A los pocos días de aventurarse a dos patas, el niño se atrevió a salir a la calle. La puerta de entrada solía quedar abierta, no pasaban coches, el suelo no estaba asfaltado; recuerden que vivían en ese tipo de barrio.

Pasó una bici y lo arrolló.

Lio lloró, claro, pero pareció no haberse hecho daño. Mientras dormía, el pequeño hacía ruiditos. Tenía el brazo hinchado. De hecho, más que eso: fisura del cúbito del brazo izquierdo fue lo que le diagnosticaron en el hospital. Primeras señales de un cuerpo débil. Y de una resistencia al dolor extraordinaria.

En su primer cumpleaños cayó la primera camiseta del NOB. Toda la familia es leprosa. Toda menos el más rebelde, Matías: de Central, claro.

Ya jugaba con la pelota de sus hermanos aquel niño que se quedaba prendado viendo fútbol, más a menudo que dibujos animados, y que en su tercer cumpleaños recibió de regalo un balón con rombos rojos. «¡Cuídenle!», gritaba su madre cuando salía a jugar «picaditos» con los mayores, ya con cuatro años. «Mi mamá me dejaba salir a jugar al fútbol, pero, como era el menor de todos, siempre se ponía a un lado a mirarme por si me ponía a llorar. Eso me marcó mucho», cuenta Leo en la revista colombiana *Soho*.

Lo que sigue les sonará a muchos, a los que crecieron creyendo y queriendo ser futbolistas, especialmente a los que llegaron a serlo.

En la cama, Leo no descansaba bien sin balón, si no lo sentía cerca, a los pies normalmente. Y se desesperaba cuando se lo quitaban mientras dormía. La pelota era para él como el pan en la comida, siempre presente. Cuando su mamá lo enviaba a hacer compras, Leo iba con el esférico. Si no, no iba. Y si no tenía uno disponible, lo montaba con bolsas o medias, lo que tuviera al alcance. «Leo salía de casa con el balón, vivía con el balón y dormía con el balón. Sólo quería el balón», recordó Rodrigo Messi en un vídeo durante la gala de entrega del Balón de Oro 2012. Jorge insiste en que hacía otras cosas con sus amigos, se iba en bicicleta, jugaba a las bolitas (canicas), o a la Play con los vecinos, miraba la tele. Era un chico normal, repite. Pero, como reconoce en la revista *Kicker*, «desde que tuvo uso de razón, siempre con la pelota».

Jorge, que mostró dotes de centrocampista con visión de juego en las inferiores del NOB pero que no consiguió ser profesional, reconoció a Ramiro Martín, en el libro *Un genio en la escuela del fútbol*, que, un día, Leo sorprendió a todos.

«Fue durante un rondo que estábamos haciendo con todos mis hijos en la calle... Mi hijo Rodrigo llevaba la pelota en los pies y Leo estaba en el medio, persiguiéndola. En un momento se lanzó a los pies de su hermano y se la quitó. Todos nos miramos, sorprendidos. Nadie le había dicho cómo se hacía eso. Le salió naturalmente».

La mirada de todos se dirigió desde ese momento hacia el niño y su talento. Cayeron elogios, el crío se sentía a gusto haciéndolos disfrutar, quería, como todos los chicos, más: más balón, que era también más atención, más disfrute.

En *El Gráfico*, Jorge admitió que siempre se acuerda de que «a los cuatro años ya notamos que era distinto. Hacía jueguitos y

dormía la pelota en la punta del botín. No lo podíamos creer. Un poquito más grande, jugaba con los hermanos, que le llevan siete y cinco años, y los bailaba. Es un don, es algo que nació con él».

Aquel crío pequeño, que crecía callado, que se la pasaba o en casa o donde su tía Marcela o en lo de su abuela, al que «sólo le gustaba el fútbol», como recuerda su amiga y vecina Cintia Arellano, empezó a llamar la atención muy pronto en la estrecha calle Estado de Israel. Como queda dicho, la casa de Cintia, nacida mes y medio antes que Leo, linda con la de los Messi. Compartió con él el jardín y la primaria, los primeros años de escolarización, pues, y se sentaba a su lado en las aulas o detrás de él si había examen. Con Cintia, el Piqui hablaba más («Sí, lo apodaban así. Un día un chico le gritó “Piqui, vení”, y le quedó», recuerda su mejor amiga, hoy licenciada en Psicología y maestra de niños con deficiencias).

Cintia era la que lo iba a buscar para ir al colegio. La que transmitía a veces lo que él quería decir. La que le pasaba los «machetes» (las chuletas), en la regla o en las gomas. La que rellenaba el papelito que le pasaba Lio en los exámenes. La que le compraba la merienda. La que le decía: «Te vas a arrepentir si ahora no aprendes cosas», y era la que oía: «Sí, me arrepiento, pero es que no me sale». La que excusaba su ausencia si algún día se saltaba la clase, lo que alguna vez pasaba. La que decía que era su prima.

La que, sin embargo, se enteró de que se inyectaba hormonas (o que sufría un déficit de la hormona del crecimiento, lo mismo da) porque, en un viaje de fin de curso, la madre de Lio le pidió a su madre, que los acompañaba en la excursión, que controlara que el pequeño se inyectara cada noche.

«Lionel era chiquitito, siempre andaba descalzo por acá y jugaba

a la pelota —cuenta Rubén Manicabale, vecino también—. Muchas veces le metíamos medio bronca y lo agarrábamos y lo tirábamos al suelo y él se levantaba y seguía jugando».

Un integrante de la familia Quiroga, vecinos de enfrente, recuerda que «los chicos no jugaban todo el día a la pelota, pero él sí. Se iban todos y él seguía solo, en el portón. Mi suegra lo retó muchas veces porque era tarde y seguía con los pelotazos, ja, ja».

Se dice que fue Rodrigo el primero que le llamó la Pulga. En realidad, nadie le dio ese nombre en el barrio. La familia cree que fue un comentarista de televisión de fútbol mexicano quien años después le sacó el mote. Se refieren a Enrique Bermúdez, considerado una de las voces más prestigiosas en castellano, adalid del entretenimiento más puro, narrador de lo que Jorge Valdano denomina «lo más importante de lo menos importante». *El Perro* Bermúdez, que así se lo conoce, fue roquero y jipi, cantante y extra de películas, antes que narrador. Una vida de lo más interesante, creador de cientos de alias (Adolfo Ríos pasó a ser «el arquero de Cristo»; Rafael Márquez, «el Káiser de Zamora»; David Beckham, «el Blue shoes», por sus zapatos color pitufo) y de esta peculiar descripción del estilo futbolístico del Barcelona de Pep Guardiola: «Tuya, mía, tenla, te la presto, acaríciala, bésala, dámela». Pero Bermúdez nunca clamó ser el creador del apodo: queda ese reconocimiento, pues, desierto.

En todo caso, se veía claro que Leo tenía algo especial. «Era un iluminado de Dios. ¿Viste cuando uno dice: “Éste va a ser así”? Él es futbolista desde que nació», cuenta la madre de Cintia, Claudia, que en ocasiones cuidaba de Lionel cuando su madre estaba fuera.

«Se jugaba con una pelota número 5, así de grandota, que picaba por todos lados, y él la controlaba con toda normalidad —recuerda

su hermano Matías—. Era algo muy lindo, tenías que verlo y, el que lo veía por primera vez, lo iba a ver siempre». El balón, con un diámetro que le llegaba a la rodilla, parecía pegado a su bota izquierda, nunca demasiado lejos, pequeños toques que le permitían mantener el control, golpecitos ligeros con la punta del pie, la pelota siempre a ras de suelo, evitando que un gesto técnico erróneo le diera a la rodilla o la tibia y se le fuera lejos, donde los mayores podían recuperarla.

Tenía, pues, una extraordinaria coordinación, una estatura que le ayudaba a controlar el balón, velocidad, se retaba con chicos mayores y destacaba. ¿Es eso un don divino, puro talento? Habrá tiempo de discutirlo.

Además (cara roja como un tomate maduro), era un gran competidor. O mejor dicho, muy competitivo. O mejor todavía: tenía un carácter bravío y no le gustaba perder. Detrás de sus silencios, había un niño. Llegaba a menudo a casa con una bolsa llena de canicas que había ganado en la calle. Las contaba y, si alguna vez faltaba una, se ponía hecho una fiera.

Lo cuentan los padres en el «Informe Robinson» que descubría a Leo:

Celia Cuccittini: Cuando era chiquito era muy travieso acá en casa.

Jugábamos a las cartas y nadie quería jugar porque sabíamos que él, tarde o temprano, nos iba a hacer una trampa.

Jorge Messi: Él no quería perder a nada.

Celia Cuccittini: Si no ganaba, desparramaba todas las cartas. Él no quería ir al colegio, decía que no, que no quería ir...

Leo (a *El Gráfico*): Una vez me peleé con mi primo en su casa,

estaba mi abuela también. Terminaron todos en mi contra, me echaron y no me dejaban entrar. Entonces empecé a tirarle piedras al portón y a darle patadas.

Celia Cuccittini: Cuando lo dejaba en la puerta empezaba a tirarme piedras, decía que no iba a volver al mediodía, me cascoteaba la casa, entonces yo salía y le decía: “¡Se lo voy a decir a papá!”. Y él se burlaba, era muy consentido... Tiene una personalidad muy fuerte, que creo ha sido adquirida de los dos, pero algo más de mí. Es una persona que expresa lo que siente, lo bueno y lo malo, porque no trata de esconder su fastidio o su alegría. Del padre sacó la responsabilidad y es muy justo.

La fiereza no se puede disimular; si se tiene, se tiene, y sale a pasear y enseña los dientes de vez en cuando.

* * *

La canchita del Club de Fútbol Grandoli está rodeada de monobloques de estilo soviético, de ciudad dormitorio, de barrio periférico y humilde, ahora peligroso y duro, dicen algunos. Si se mira con atención, entre los edificios, se pueden ver los barcos que van río abajo desde el puerto de Rosario. El campo es de pura tierra con jirones verdes en las bandas, el único lugar por el que no corren los críos. Los altos bloques parecen acechar, como gigantes sin aspás, a los pequeños jugadores, porque son muy pequeños, críos de cinco, seis, siete años, y algunos más mayores, hasta doce. Un portón de un color entre el turquesa y el óxido

flanquea la entrada, mientras una alambrada desigual rodea el campo para evitar balones fuera. Cuelga un cartel que dice «Lavar aquí los botines». La tribuna tiene sólo tres escalones y en la segunda fila se sientan algunos padres y la abuela Celia, que ha venido de la mano del pequeño Lio a ver a su nieto Matías. Rodrigo, que también había vestido la camiseta rojiblanca del Grandoli, juega ahora en las inferiores de Newell's.

Lio anda pateando un balón contra la pared.

El grupo lo lleva Salvador Ricardo Aparicio, un tipo flaco y sereno que ha pasado cuatro décadas en el fútbol formativo. Aquel día falta uno para que los de la categoría de 1986 puedan jugar un partido de siete contra siete como corresponde a esa categoría benjamín; pasa en ocasiones. Salvador espera por si aparece uno más.

«Ponlo a él, ponlo a él», dice la abuela refiriéndose al chiquitín de cinco años al que algunos llamaban el Piqui, porque todavía no era el Pulga.

«Es demasiado pequeño, mujer. Le pueden hacer daño», le contesta Aparicio.

«Ponlo, ponlo», insiste Celia.

«Yo te lo pongo acá. Si vos ves que llora o se asusta, lo sacás. Abrís la puerta y lo sacá».

Y el míster lo pone, aunque tiene un año menos que los demás cuando todavía esas diferencias se notan mucho.

Sale el renacuajo. La pelota, cuando se le acerca por primera vez, parece más grande que él.

Y pasa lo que tiene que pasar, lo normal.

El balón le llega a la pierna derecha. Lio lo mira y le pasa de largo. El chiquito ni se mueve.

Aparicio alza las cejas, nada que no esperara.

Leo recibe un nuevo pase. La pelota le llega esta vez a su pierna izquierda; en realidad, le pega en su pierna. Pero da dos pasos y la acomoda, la controla. Y con pequeños toques inicia una carrera de obstáculos en diagonal hacia el centro de la cancha, gambeteando al contrario que se cruza en su camino.

«Patéala, patéala —grita Aparicio—. Lárgala, lárgala, Le».

La abuela sonrío y mira al entrenador con ojos de «ya te lo dije».

Leo no la pateo.

Pero desde ese día el entrenador no le volvió a sacar de la cancha. «Jugaba como si lo hubiera hecho toda la vida, él contra los otros trece», recordó Salvador años después. Aquel año participó en el resto de partidos del Grandoli, categoría de 1986. Ganó títulos.

Lio no recuerda nada de aquel día. Su abuela le contó mucho después que había marcado dos o tres goles.

* * *

Lio quería jugar, por supuesto, en la placita, en la calle, solo o con sus primos y con Rodrigo y Matías, pero también con equipación, con una camisola de equipo, en un conjunto, como lo hacían sus hermanos. Así que, con cinco años, y después de aquel día de sorpresas bajo la mirada sonriente de su abuela Celia, incluso antes de iniciar la escuela primaria, empezó a practicar semanalmente lo que llaman *baby fútbol* (se juega de los cinco a los doce años y siete contra siete) en el club barrial de su localidad natal, el Grandoli,

ubicado sobre la calle Laferrere 4700, una institución fundada en febrero del 1980 por un grupo de padres que proporciona formación y competición a los chicos de la zona.

Echad una ojeada a este vídeo:www.youtube.com/watch?v=ojUNSuW6DHg.

Leo tiene cinco años. Ya contaba, salvando las distancias, con la misma facilidad para el *dribling* y para el cambio de ritmo que tiene hoy. La misma alegría en la celebración. La misma talla menuda con respecto al resto.

El Piqui coge el balón y busca un hueco, conduce, regatea. Le siguen todos los rivales. Y los suyos. Si por ese lado no puede entrar, sigue con la pelota. Busca la otra banda, a su lado los de su equipo y los otros. Hay que entender que en Argentina se considera vulgar eso de marcar; es mejor lo de *enganchar*, y también dejar atrás contrarios. Por eso, durante mucho tiempo, muchos pensaron que a ese genio había poco que corregirle. Volvió a oír pocas veces más lo de «¡lárgala, Leo!». En algún momento, se abre el camino y Leo lanza un balón ajustado al palo, lejos del portero. Gol.

Hay quien gusta de decir, para provocar seguramente, que habría que ver si Messi sería capaz de funcionar un miércoles por la noche de un invierno helado y mojado en Stoke, Inglaterra. Tendrían que ver los desniveles, las piedrecitas, los pequeños trozos de vidrio del terreno de tierra irregular que fue el primer escenario de su fútbol en equipo, el campo de Grandoli, prestado por la municipalidad y que sólo se puede utilizar de noche porque de día lo usa una escuela. La iluminación era también escasa.

Las quince cuadras que separan la casa de los Messi de su primer club fueron recorridas por Lionel y su abuela materna desde que el pequeño tenía dos años, agarrado al brazo de Celia, apenas

incapaz de andar, pero acompañado de un balón bajo el brazo. Para ver a Rodrigo y Matías. Luego a Matías. Finalmente, ya en el equipo de chicos un año mayores que él, el paseo se hacía para cada entrenamiento, los lunes, miércoles y viernes. Se jugaba partido los sábados.

«Era demasiado buena. Vivía por nosotros, los nietos. Nos bancaba todos los caprichos, los primos nos peleábamos por dormir en su casa... —recordó Leo a *Mundo Deportivo* en 2009—. No sé si mi abuela entendía de fútbol, pero era ella la que nos llevaba a jugar. Ella fue mi primer hincha en los entrenamientos, en los partidos. Sus gritos de ánimo siempre me acompañan».

Celia no veía encuentros por la tele, ni se la descubría en el estadio del Newell's. Para ella el fútbol era allí donde jugaban sus nietos. Y para los nietos, la vida giraba alrededor de la abuela, el referente absoluto de esta unidad matriarcal de origen italiano donde el respeto mutuo y el soporte familiar eran la piedra angular.

A pie iban Lio y su abuela, de casa a Grandoli y de vuelta. Cuando empezó a ir a la escuela; de ahí lo recogía Celia a las cinco de la tarde, tomaban algo y, acompañados de Matías, se iban a entrenar. «La verdad es que fue una etapa muy linda, hemos disfrutado de Lio porque ya pintaba de chiquito lo que era. Después mi abuela falleció pero todo empezó por ella», dice Matías Messi.

Fue la abuela la que convenció a los padres para que le compraran sus primeros botines de fútbol. La que le quitó miedos no al propio Leo, sino a los que jugaban contra él, o con él, incluso a los que lo entrenaban.

«Tocarla a Lionel, tocarla al chiquilín. Él sí que mete goles», gritaba. La abuela sí sabía de fútbol.

Y, por descendencia más directa, tenía todavía más sangre latina

que el resto, así que podía contener incluso menos su ímpetu, mostraba sus cartas más a menudo. Grandoli tiene, como todos los clubes del mundo, sus rivales eternos, eternísimos, de mucho antes del principio de los tiempos. Y juegan partidos que no se pueden perder. El Alice es uno de ellos. Eran encuentros de pierna dura y de alguna revuelta que acababa con los padres enzarzados en palabras y algún manotazo. Celia, en uno de esos partidos que se salían de madre, le dio un botellazo, de vidrio, a la cabeza de uno de Alice. «Dejen de liarla», chilló. No lo lastimó mucho. Ese día, por cierto, ganó Grandoli.

Poco después se supo que Celia tenía alzhéimer.

Lo cuenta Toni Frieros en su biografía temprana de Messi, *Leo Messi. El tesoro del Barça*: «Celia empezó poco a poco a perder la memoria, a tener dificultades con el lenguaje y a confundir a las personas, por eso sus últimos meses de vida no fueron agradables para nadie de la familia, ver cómo se consumía una persona tan vital. A Leo se le fue parte de sí mismo».

Hubo que asumir su muerte anunciada.

Justo antes de cumplir once años, se le fue la abuela a Lio, el 8 de mayo de 1998.

Celia no lo vio jugar en Primera, o en el Barcelona.

«Para todos fue una pérdida muy grande y todos sin excepción sentimos mucho dolor. Sin embargo, aún me emociono recordando a Leo agarrado al ataúd llorando desconsoladamente», rememora la tía Marcela.

«Un golpe terrible», dice ahora Leo. Desde entonces, en la celebración de cada gol, Messi mira al cielo y señala con sus dedos índices hacia allí. «Pienso mucho en ella y le dedico mis goles, querría que estuviera aquí, pero se fue antes de verme triunfar. Eso

es lo que más rabia me da», confesó a *Mundo Deportivo*.

«Pobrecita, no lo vio triunfar, pero fue como una propulsora», explica Alberto Arellano, padre de Cintia y vecino de los Messi.

«Cuando él estaba haciendo su carrera, siempre me decía que él, por las noches, le hablaba a la abuela y le pedía que lo ayudase — recuerda la madre de Lio e hija de doña Celia—. Es una lástima que hoy no pueda verlo. Quién sabe si, desde allá arriba o donde esté, ve en qué se ha convertido y es feliz por ese nieto suyo al que tanto quería».

Leo cree en Dios, aunque no practique, como todos los Messi. Y necesita recordar después de cada gol a la abuela, quien descansa allá arriba, y siente que lo acompaña en su ser más íntimo. Porque seguramente lo acompaña. La única vez que no levantó los dedos justo después de marcar un gol fue cuando se lo dedicó a su hijo Thiago. Para después hacer el gesto hacia el cielo.

Leo salió de su barrio por primera vez con once años. Era sábado, un día de primavera. Cogió el autobús con su amigo Diego Vallejos, hermano de la esposa de Matías, por cierto. Del barrio también. Los dos críos se dirigieron a media hora de distancia, a Villa Gobernador Gálvez, al sur de la ciudad.

A visitar la tumba de la abuela de Lio.

* * *

Lio estuvo en Grandoli de los cinco a los seis, casi siete años. En aquel equipo de 1987, llevaba el diez y su primo Emanuel era el portero. Lo ganaron casi todo y Lionel siempre tenía la pelota.

Antes de cada práctica, de cada encuentro (y cada uno de ellos

era siempre el más importante de todos), Lio se preparaba con todo detalle y sin ayuda. Primero las botas, que limpiaba con agua y un trapo, y luego cepillaba. Se vendaba los tobillos. Era como un profesional, menudo y serio.

Salvador Aparicio fue su primer entrenador y en los entrenamientos les hacía trotar, les pedía que se soltaran un poco y pronto incluía el balón. La cosa consistía, a esas edades, en jugar y jugar y jugar. Bonita historia la de Salvador, don Apa, que no fue su descubridor sino el conducto de un talento imparable. Nunca presumió de haber sido nada más que eso aquel ex empleado ferroviario que murió en 2008 a los setenta y nueve años afectado por una fisura cerebral por donde le salía el aire de algunos relatos: «Yo no lo descubrí. Yo fui el primero que lo puso en una cancha. Para mí es un orgullo».

Don Apa, como cientos de entrenadores o coordinadores anónimos del país, convenció a docenas de niños del barrio de cuatro a doce años para que dejaran la calle un rato y se pasaran por el Grandoli, donde recuperaban cierto orden y la alegría. Suyos son los vídeos de un Lio desbocado con la camiseta rojiblanca, regateando rivales, buscando el área contraria desde la suya, marcando y recuperando el balón para dejarlo en el punto central y volver a empezar.

«Hacía seis o siete goles todos los partidos. Se instalaba en el medio de la cancha y esperaba a que el otro arquero pateara la pelota. Pateaba la pelota, la paraba un compañero, él se la quitaba y salía a gambetear. Era algo sobrenatural. —Así recordó a Lio don Apa en varias entrevistas—. Cuando íbamos a una cancha, la gente se amontonaba para verlo. Cuando agarraba la pelota, la rompía. Era terrible, no lo podían parar. Contra el Club de Amanecer metió uno

como los de la publicidad. Me lo recuerdo bien: gambeteó a todos, arquero incluido. ¿Que cómo jugaba? Como ahora, libre. Era un chico serio, se ponía siempre al lado de su abuela, calladito. Nunca protestaba. Si le pegaban, algunas veces lloraba pero se levantaba y seguía corriendo. Cada vez que lo veo jugar me pongo a llorar; cuando vi el gol ese, el de Maradona —el que le marcó al Getafe—, me acuerdo de cuando era chiquito».

David Treves, que reemplazó a don Apa, es hoy el presidente del Grandoli que muestra orgulloso los trofeos del club y las fotos de equipo. Messi es el pequeñín al que le queda la camiseta grande. «Era muy raro que un niño de su edad hiciera todo eso, marcharse con tanta facilidad de los rivales —afirma Treves—. Se decía que teníamos al siguiente Maradona y, cuando jugaba, personas que ni siquiera estaban conectadas con el club venían, todo el vecindario quería ver el partido. Su equipo fue campeón de todo. El mejor jugador de fútbol del mundo comenzó aquí y su primera camiseta fue la nuestra».

«Él agarraba la pelota y la jugada terminaba en gol. Marcaba la diferencia aunque le pegaran. Acá es así: si sos chiquito y jugás bien, te rompen todo». Así lo recuerda Gonzalo Díaz, quien jugó con Lio todo el tiempo que estuvo en el Grandoli. Y que lo ganó todo, pues.

Matías Messi tiene facilidad para transportarse de palabra a aquellos días, un pasado en el que él mismo vivía la esperanza de ser futbolista. Y, como el resto de los Messi o el espectador anónimo agudo, creía estar viviendo algo especial: «Muchas veces ha habido problemas por eso, porque jugaba tan bien, tan bien, que algunos técnicos de los demás chicos mandaban a los suyos a bajarlo. Porque, si no le podían sacar la pelota a las buenas, se la sacaban de

otra manera. Era algo que lo tenías que ver, porque si te lo contaban no te lo creías; cómo un nene tan chico puede hacer esas cosas que él hacía. Hasta había gente del otro equipo que aplaudía por jugadas que hacía él y la gente de ese equipo rival le decía: “¿Qué hacés?!”».

A veces parece que al que se recuerda no es al niño que hacía buen fútbol, al jugador de jugada más que de equipo, pero también goleador incansable, sino al Lionel Messi de hoy; no se habla de un crío, sino de un crío que hoy es el mejor del mundo. No es lo mismo: es fácil endiosar e idealizar al triunfador. Por eso cuesta encontrar a los que se atreven a poner un «pero». «Acá hay muchos que se destacan. Vi a varios que podrían haber sido como Messi, pero no tuvieron constancia para entrenar», declara Gonzalo Díaz.

Ah, la constancia. Sin eso, lo de ser futbolista no sale.

* * *

Jorge Messi, el padre de Leo, también soñó con ser futbolista. Pero a la edad en la que los jugadores empiezan a despuntar, cuando se comienza a llamar a la puerta del primer equipo (en su caso, el del NOB, donde jugaba desde los trece años), Jorge se fue a hacer el servicio militar y, al volver, se casó. A la edad en que los futbolistas alcanzan su plenitud, sobre los veintinueve años, tuvo a Leo.

Jorge siempre tuvo claras bastantes cosas y las expone, más con los hechos que con las palabras: para llegar a donde se quiera llegar, por ejemplo, hay que trabajar duro, hay que ser persistente, hay que ser humilde. Quizá por eso Leo idolatra el trabajo y no el mito, no se deja deslumbrar por las luces de neón de los grandes

nombres. Pero para Jorge, poco mitómano también, al igual que para la mayoría aplastante de los argentinos de su generación, existía una percepción: el fútbol tenía el inevitable pero irresistible rostro de Maradona, del que tenía vídeos que puso en ocasiones a sus hijos, una gastada cinta de VHS que se guardaba como oro en paño.

El padre de Leo, pues, legó a los suyos el aprecio por la figura del centrocampista que alza la vista para dirigir a un conjunto, que define cuando hay que hacerlo, que crea con el pie una sinfonía de soluciones. Para Lionel, y para muchos de los de su generación, esa figura se encarnó también en Pablo Aimar, el ex del River. Leo no tenía ídolos, pero le gustaba ver a Aimar. ¿De verdad no idolatraba a nadie? ¿No es cierto que todos tenemos alguna referencia? Cuando le preguntaron a los doce años por su único ídolo, dijo que tenía dos: «Mi padre y mi padrino Claudio». En esa misma entrevista, admitió que la humildad es la mejor de las virtudes. Algo que hubiera firmado su progenitor.

Lio, como sus hermanos, soñó con emular a su padre ex futbolista, un hombre algo distante pero nunca demasiado, buen centrocampista al que el pequeño iba a ver cuando jugaba encuentros con sus compañeros de la fábrica Acindar. Entendedor del fútbol, un deporte que le apasiona. Los Messi acudían todos los fines de semana a Grandoli a ver jugar a Matías y a Lionel, y un día un directivo le propuso a Jorge que se hiciera cargo del equipo de niños de la categoría de 1987. Se convirtió así en el segundo entrenador de Lio. «Formábamos parte de la Liga Alfi, una de las muchas competiciones independientes que se disputan en Rosario y en toda su municipalidad. Había distintas categorías, hasta los doce años, y los niños jugaban siempre en cancha de siete», recuerda Jorge en el libro que Toni Frieros escribió sobre Messi, *Leo Messi*.

El tesoro del Barça.

Practicaba tres veces por semana con sencillos ejercicios de trabajo individual, siempre con pelota para mejorar la técnica, y algún ejercicio táctico que los chicos asimilaban a toda velocidad, pequeñas esponjas que seguían, encantadas, las instrucciones de Jorge. Lio no hizo nunca trabajo específico, nunca se pasaba las tardes dándole con la derecha o regateando piedras con su pierna mala. Nunca se lo pidió su padre tampoco. Simplemente jugaba y Jorge intentaba respetar ese espíritu en los entrenamientos semanales.

Era 1994, Lio tenía seis años.

El equipo de Jorge Messi no perdió nunca en su único año de entrenador: «Ganamos la Liga y todos los torneos que disputamos, así como los amistosos. Quizá esté feo decirlo, pero ese equipo causaba sensación por el nivel tan alto que tenía y, en él, Lio brillaba con luz propia», contó a la prensa argentina. «En ese equipo no digo todo, pero prácticamente todo lo bueno lo hacía él: los goles, las situaciones peligrosas; quien marcó la diferencia fue él, quien sobresalió también fue él. Bueno, soy el padre, es mi hijo, pero no lo digo por eso, sino porque fue así», manifestó a la revista alemana *Kicker*.

El periodista de esta publicación aborda a continuación un asunto poco banal y tremendamente fascinante: «Lionel futbolista, ¿a quién le hacía más caso, al entrenador Jorge Messi o al padre?». Jorge contesta: «Siempre fue muy ordenado en jugar, siempre cumplía y hacía lo que uno le pedía. Siempre fue de hacerme caso a lo que le dije como entrenador. Incluso hoy día él es así. O cuando Frank Rijkaard en el Barça lo puso por la derecha. Siempre cumplía con lo que le pedía un entrenador, siempre jugaba ahí donde le pidió

el entrenador, no importaba quien fuese. Y nunca se quejó en este sentido. Siempre fue así».

«En la vida hay misión, visión y valores, los tres elementos», afirma la prestigiosa psicóloga deportiva Liliana Grabin. La herencia de un padre es el modo en que recorre el camino, la transmisión de valores. Leo lleva auestas la fuerte personalidad de su madre y la serenidad, ante todos y ante todo, de su padre: extraña combinación; el yin y el yang, supongamos. También le impartió la humildad, el sacrificio, la tenacidad.

Los hijos son la consecuencia de la mirada y de la visión de los padres. Jorge dijo en una ocasión que oír corear su nombre es lo mejor que le puede pasar a un ser humano. Si eso es su sueño, eso se hereda. Jorge poseía una visión. Cuando vio jugar a Leo y entendió que tenía talento, la mirada era la de un padre orgulloso que destacó a su hijo entre iguales. Y el hijo quiere siempre complacer al padre, busca constantemente seguir complaciéndolo. La visión, la mirada. Todo ello marca el pasaje. Jorge puso luz en el mismo: tú puedes ser futbolista.

«Los valores los tenía la familia, la visión es el futuro, la misión es jugar al fútbol. Jorge tuvo visión, la familia tuvo visión. Evidentemente, él tiene un talento, y un padre y una madre que tienen visión», insiste Grabin.

Después, el padre ayudó a Leo a recorrer el camino, desde su faceta de entrenador, de consejero, de mánager incluso. Lo elogió poco entre tanto elogio universal, le dio perspectiva. Y cuando fue necesario, le corrigió a partir de los valores que considera ideales. En algún momento lo mantuvo en la tierra, cuando el éxito lo confundió.

Jorge, pues, ha sido desde el principio padre, guía, espejo,

mentor, contrapeso, su héroe. El hombre al que hay que seguir, contra quien, en algún momento, hay que rebelarse, pero al que hay que reconocer como compañero de camino. A quien Leo le dio una confianza absoluta, una fe que se sospecha inquebrantable.

Fue Jorge el que decidió que se había llegado al final del camino del Grandoli. Toda la familia iba a ver los partidos de Matías y de Leo, pero en una ocasión no pudo pagar los dos pesos de la entrada. Pidió que, por esa vez, le dejaran pasar. Le contestaron que no.

Leo jugó esa tarde, pero no volvió a vestir la camiseta del Grandoli.

* * *

Habla la profesora Mónica Dómina. Tuvo a Leo en su clase del colegio de Las Heras a los seis, siete y ocho años de edad, en primer, segundo, tercer y cuarto grado, los primeros de la enseñanza primaria.

«[...] lo que ocurre es que él fue un niño tranquilo. Yo me doy cuenta de eso con lo que pasa diariamente. Lamentablemente, uno se acuerda mejor de los que se portaban mal, los que traían problemas. Y él era tranquilo, educado, a veces muy introvertido en sus cosas, que no las quería mostrar. Era un niño protegido porque, ya con sus compañeritas, como Cintia, se sentaban juntos, iban al mismo grado y ella era como la mamá, era del doble de altura que él porque él era muy, muy chiquito, parecía un nene de jardín en primer grado. Y era muy risueño, su carita... es lo mismo que ahora, ¡dan ganas de abrazarlo! Y antes, más todavía. Antes la maestra era como la segunda mamá. No es el sentimiento que las maestras tienen ahora...

que trabajan, sí, pero estas chicas jóvenes no tienen esta cuestión maternal. Nosotros jugábamos con otras cosas, los sentaba encima de una, en el regazo, y esas cosas ahora no pasan. Y él era uno de esos nenes que daba para tenerlo como un bebé, como un nene chiquito, levantarlo y sentarlo al lado de uno o encima de uno y charlar con él.

»Él se dejaba, pero no hablaba casi nada. Eso sí, recuerdo mucho una cosa: yo trataba de que él hablara. Eso pasaba en las horas libres o especiales, cuando había materias como dibujo. Ahí lo tenía muy cerca, pero él no contestaba nada. Sólo “sí” o “no”, no contaba nada más. Pero cuando le preguntaba de mis áreas, como Matemática y Lengua, él me respondía, y yo me quedaba tranquila.

»Generalmente Lio se sentaba en los primeros bancos de la clase, era muy reservado, callado, le costaba participar en clase, hacía sus trabajos pero no revolucionaba el grado. Le iba bien, hacía los trabajos para aprobar las materias y lo entregaba todo justo a tiempo.

»Nosotros, el profesorado, tratábamos de ayudarlo y él hacía las cosas; pero no era que no podía. No. Era que no quería, porque su interés era otro, sólo quería la pelota. Pero no era mal alumno: era un chico normal, tampoco sobresalía.

»Él era responsable, hacía sus trabajos, pero bueno, hasta ahí. No estudiaba tanto. En séptimo tuvo notas muy buenas. La directora de la escuela le dejó fotografiar a un diario el libro donde apuntan todas las notas y ahí aparecen todas. Era de los mejores en Educación física, le iba bien Plástica y Música. En Lengua y Matemática, lo justo, siete, que era con la nota que ellos pasaban, así que estaba ahí, ahí.

»Pero la primera imagen de él es jugando con la pelota en el

patio, con la pelota desde muy atrás, haciendo esas gambetitas. Aunque no siempre tenían pelota, y a veces la fabricaban con lo que podían, ya sea medias que habían atado hechas una bolita, o bolsas de nailon o boligoma, que es una plasticola para pegar. Con lo que encontraban, jugaban en el patio.

»Pero lo normal es que hubiera una pelota. El profesor de Educación física tenía un armario donde ellos iban y buscaban la pelota y la guardaban, la sacaban y a veces se la traían de casa. Ellos ya sabían si estaba o no el profesor y, si no, la guardaba la maestra.

»Se le dejaba una pelota. Ahora no se deja la pelota pero antes la usaban para jugar al fútbol. Ahora la pelota la usan para darle en la cabeza al compañero o lastimarlo. O sea, la cantidad de alumnos que había antes, no afectaba. Ahora, con veinte alumnos, ya se están lastimando, porque ahora son todos violentos. Antes, no. Se cuidaban. Entonces los chicos podían jugar al fútbol.

»Todos los amigos le tenían como un príncipe, eligieron ponerlo a él en el centro de la foto de clase, lo amaban todos, lo amaban. Lo esperaban, lo abrazaban, “¡vamos a jugar!”. Lo admiraban porque él brillaba. Corría de un lado a otro con el balón y nadie se lo arrebatava; era una pulga, un muñeco de juguetería; disfrutaba y hacía disfrutar.

»Jamás hizo una travesura, pero esos ojitos llamaban a que era un hijo que hacía de las suyas. Yo creo que la familia... siempre me quedó por preguntarle a la madre cómo era en casa, porque él se portaba muy bien en el colegio para no perder la posibilidad de jugar al fútbol. Porque en el salón era quietito, pero tocaba la campana y salía corriendo y ¡todos atrás de él! Yo me acuerdo de que todos iban detrás de él. Ya desde ahí era el líder con el que

todos querían jugar. Uno veía en la escuela donde está ese SUM (Salón de Usos Múltiples) grande, era todo un campito, con los dos arcos al costado, entonces, los chicos desesperados. El recreo era un campeonato de fútbol.

»Jugaba con la pelotita entre clase y clase. Antes eran todas las clases así: cuarenta minutos, un recreo, cuarenta minutos, un recreo. Ahora hicieron un bloque de una hora y quince minutos. Ellos jugaban en ese recreo grande de quince minutos. Entonces tenían su tiempito para jugar. Eran como minipartidos, a lo mejor hacían un tiempo y, en el otro recreo, hacían el otro.

»Entonces, él salía ese cuarto de hora y los niños también, y era otra persona y, aunque hubiera siete contra siete o lo que fuera, él agarraba la pelota y su juego consistía en llevarlos a todos de arriba abajo. Porque ahí no se jugaba al fútbol, era a regatea. Él ya estaba practicando... como se dice... en la escuelita de fútbol. Entonces, muchos de los chicos que estaban con él también estaban practicando.

»Yo siempre digo que, cuando la mamá venía con todos los trofeos y se paraba en la puerta del salón, orgullosa como todas las madres estarían, él no quería que la madre pasara, no quería contar lo que él hacía. O sea, que de muy chico él no quiso mostrar esta cuestión, porque él jugaba porque le gustaba jugar, tenía pasión, como es ahora... No va a demostrar que él es el mejor porque lo lleva adentro. Él siempre quiso que se lo tratara como uno más, no quería magnificaciones. Y ahora es igual.

»Un ángel. Pero ángel como persona. Yo siempre me la encuentro a la madre acá en el supermercado cerca, porque la mamá anda por la ciudad y no va diciendo “soy la mamá de Messi”. Ella anda como cualquier mujer, vestida lo más modesta, nada vanidosa,

porque conozco a las mamás de otros futbolistas, y bueno... algunas son “yo sooooooy la madre deeeeeee”. Los padres, no tanto, pero las madres... Pero esta señora es muy sencilla, y bueno, así es él. No vive diciendo “tengo tantos millones”, no. Él vive su vida simple, lo más simple posible, supongo. Porque así era él. Tampoco hacía alarde si goleaba o no goleaba... porque hay muchos chicos que “¿vivo señorita?, yo...”, y él no, nada que ver. Entonces, la familia, la madre, así le enseñaron y así le dieron normas de convivencia, por eso en el jardín era muy callado, muy introvertido, porque así le enseñó la mamá, que tenía que ser educado, atento».

* * *

No tenía que caminar mucho el pequeño Lionel para llegar a su escuela, la número 66 de Las Heras. Apenas poner un pie en la calle, con la pelota pegada a sus pies, caminaba con ella hasta el muro que encierra los terrenos del ex batallón 121 y cruzaba las canchas (o las rodeaba un poco) para desembocar en pocos minutos en Buenos Aires, justo cuando la larga avenida se encuentra con la plaza Juan Hernández. La escuelita, pintada de blanco con toques verdes, con sus ventanas enrejadas, ocupa un costado de la plaza cuadrada, de esas con árboles y bancos cansados, y baldosas de cemento por cuyas juntas asoman rebeldes espigas de hierba.

Aunque la profesora Dómina quizá no esté de acuerdo, es uno de esos raros colegios de barrio de niños tranquilos, como el distrito, cuando lo habitual, dicen, son críos rosarinos inquietos. Lo más valioso no es el edificio, sino la cultura escolar que desprende. Cuando el niño entra, ya sabe de los modos, los valores que debe

aprender o mantener dentro: la pertenencia al barrio, el esfuerzo colectivo, capacitarse. Una buena escuela pública, pues.

El patio al que daban las aulas, con un arco enmarcando la entrada y un árbol justo en el centro, era tan pequeño que apenas alcanzaba para practicar jueguitos o igual jugar a una portería. Por eso los niños preferían explayarse en una zona que hoy es de usos múltiples.

«Algo que recuerdo mucho y que me causa mucha gracia hasta el día de hoy es que todos corrían detrás de la pelota y nadie lo alcanzaba; entonces venían a protestarme, a decirme “¡seño, no nos presta la pelota!”, que es algo que yo rememoro de esa época con mucha alegría. —Habla Diana Torreto, que tuvo de alumno a un Lio de seis años, y a quien a menudo le tiemblan las palabras recordando que por ahí pasó la Pulga—. Me acuerdo de que era un nene muy alegre. Introverso, sí, pero alegre. Con una familia muy presente, que siempre preguntaba las cosas que hacía en la escuela porque en la casa era bastante travieso, así que la mamá preguntaba cómo era aquí».

Estaba, pues, el Leo con la pelota, el Leo en la casa y el Leo en la escuela. Un Leo dentro del aula y un Leo fuera, libre, en el patio, compitiendo. Sigue la conversación con Diana:

—¿A qué se debe esa necesidad de protegerlo por parte de la familia, de la escuela, de sus compañeros?

—Él genera eso, esa necesidad de estar siempre pendientes de él, por eso era tan amigüero. Los compañeritos lo querían mucho. Cuando creció y se evidenció toda la habilidad que tenía con la pelota, lo admiraban, pero, cuando era pequeño, generaba algo de

líder. Contradictorio a la vez, porque en la sala era bastante callado. Pero cuando salía, los compañeros lo seguían. Organizaba el juego y los llevaba a todos a la actividad que a él le gustaba, que era jugar a la pelota.

—Eso es extraordinario, ese salto de la timidez, o mejor, de esa actitud reservada, al liderazgo...

—Sí, eran dos nenes distintos.

—Y si Leo no hubiera sido Messi y, de repente, por esa cosa futbolística, no hubiera sido profesional, ¿dónde estaría ahora?

—Me parece que estaría con su familia. A lo mejor habría formado una familia propia, como la que tiene, de la cual estamos muy orgullosos y esperamos que algún día traiga a su hijo Thiago a que conozca la escuela donde concurrió. Eso siempre lo esperamos todos los maestros. Pienso que sí, que estaría rodeado de toda su familia... Me emociono cuando hablo de él.

»93, seis años, el año del nacimiento de María Sol, la primera niña... mal en adaptación al medio escolar, prácticas de higiene, perseverancia en el esfuerzo, expresión manual, musical, gráfica y física.

»94, bajo tutela de Mónica Dómina. Mal en adaptación al medio escolar, creatividad y perseverancia en el esfuerzo...

»95, ocho años... progresión espectacular. Muy bien en Matemáticas. Muy bien en expresión escrita, bien en expresión oral. Ni un mal. Cintia le echó una buena mano. “Una extensión de él mismo, siempre juntos”, como dice Dómina. Diez en Educación física, conducta muy buena».

Extracto del libro *Leo Messi. El tesoro del Barça*,

A Leo lo protegían los adultos y los niños. Por ser pequeño. Por ser bueno al balón. Por ser bueno. Por ser hijo, o hijo de los amigos. Por esa sonrisa pícara. Porque era retraído. Nadie se atrevía con él, tenía a todos ganados.

Los niños, en el colegio, pasan por un examen sin papel: el resto del patio les empuja al límite del acoso, pasa siempre. La infancia es cruel. Cuando te toca, asegúrate de que sales bien parado. Leo jugaba muy bien al balón y eso atraía a la gente, le ayudaba a ser respetado, querido, necesitado, protegido. Era pequeño y era consciente de ser pequeño, pero el resto del patio ignoró esa diferencia porque no dejaba de impresionar al que jugaba a su lado, al que le miraba mientras jugaba. A todos, en definitiva. Había peleas para estar en su equipo porque con él se ganaba seguro. Y los partidos del patio era mejor ganarlos que perderlos, porque se arrastraba la derrota todo el día. Incluso, cuando faltaban chicos en otros grados, lo invitaban para que les ayudara a ser campeones. Y Leo cumplía, lideraba, como ahora: por hechos más que por palabras.

Pero el fútbol no podía serlo todo, los profesores no podían dejar que la pasión por la pelota, por el partido del patio, acalorara al alumnado hasta tal punto que olvidaran que se había acabado el recreo. La pelea de los maestros era por desenganchar a Leo del partido. Y por alejarlo del balón; esa conexión invisible, pero tan tangible, acabó por ser una lucha diaria.

«¿Hoy las profesoras citan a Messi como ejemplo de...?».

La pregunta está dirigida a Cristina Castañeira, nueva directora

del colegio de Las Heras que no conoció a Leo, y que ve, pues, el fenómeno de su presencia desde cierta distancia y sorpresa.

—No lo sé, no lo sé..., casi todos los que vienen a esta escuela a estudiar saben de Leo, saben que estuvo aquí. No sé si es explícito pero está, circula todo el tiempo. Ahora que estoy yo, vamos a ver si hacemos un rincón de Messi, con todos los recortes... No hay nada en ningún lado.

—¿Es bueno eso para el alumnado, hacerle una esquina especial?

—No sé, pero se hacen tantas cosas que...

—¿Siente que hay que hacer algo para que sirva de ejemplo, de motivación...?

—Qué sé yo..., nosotros tenemos..., la cultura argentina permite estas cuestiones... nosotros somos muy de...

—... la leyenda, el mito...

—Sí, sí. Por supuesto, no va a estar en el currículo el éxito de Messi, pero estaría bien tener algo cuando viene gente de fuera, porque estamos acostumbrados a recibir todo el tiempo visitas. O si algún día regresa él, porque ya ha estado en la escuela alguna vez. Yo tengo treinta años en esta profesión y siempre me mantengo dentro de las normas. Esto es como salirse un poquito, pero bueno, no importa. No hay que ser tan estrictos. No creo que me aplaudan por ello, pero la idea no es ésta; la idea es que un rincón de Messi sirva para recordarlo.

—Leo, el Leo público, representa una serie de valores recomendables.

—Claro, sobre todo eso, porque él es una persona de la que uno

puede estar orgulloso. Messi arrasa con todo y está dentro de los valores que uno quiere inculcar.

—Un amigo argentino que es futbolista me dijo que sería una buena idea que el Gobierno pillara a Messi una vez por mes y que dijera cosas del estilo «Lavaos los dientes», porque, de repente, todo el país se los lavaría o... «No seáis malos en la escuela» y, de repente, el país cambiaría. No sé si a tanto llega, pero podría...

—Sí, podría...

Al salir de clase, a eso de las cinco de la tarde, esperaba la abuela Celia o la madre Celia, quienes, después de tomar algo, acompañaban a Leo y a Matías a entrenar al club Abanderado Grandoli, al este de Las Heras. Volvían, seguramente, a cruzar las canchas del cuartel viejo y de lo que en un futuro será, quién sabe, un Parque Tecnológico o tal vez —si, como dicen, ha sido cedido a los Messi— campos preparados para entrenar a jugadores con los mismos sueños que Leo.

Si no había entrenamiento, el chico se juntaba para jugar con unos amigos, entre ellos, Diego Vallejos: «[Frente a la casa de Leo] Aquí compartimos muchos momentos, siempre había algún tecnifutbol, siempre había alguna *popa*^[2] o algo para hacer. Y travesuras, como romper las plantas con la pelota, patear los portones, jugar con las pistoletas de balines..., muchas cosas compartimos con él. Saliendo de su casa a mano izquierda, a doscientos metros, hay un descampado: esto sería el Camp Nou de la Argentina. Acá es donde él tuvo sus primeros pasos en el fútbol, hacíamos picadito, corríamos, la escondíamos..., era nuestro lugar».

En lo de Fragotti, el almacén vecino, Leo tiraba paredes con un

balón de trapo o goma para evitar que sus amigos se lo robaran. Era una época en la que no existían el tiempo ni las líneas de cal, había pocos límites al margen de los marcados por la escuela y los padres.

«Cortábamos los alambres [que rodeaban el viejo cuartel] para poder jugar, y cada dos por tres un militar nos sacaba corriendo, porque no podíamos estar ahí dentro —recuerda otro vecino, Walter Barrera—. Pero es que ese campo era perfecto para jugar al fútbol, porque tenía un pasto impresionante que no lo pisaba nadie y se jugaba bárbaro. A veces nos sorprendían jugando a la pelota y nos llevaban para allá dentro, porque tienen un calabozo. Pero no pasaba nada, pues te llevaban y luego te sacaban por la otra puerta; más que nada, para asustar».

Leo hizo la primaria en Las Heras, y la pasó bien, y empezó la secundaria con trece años en el Juan Mantovani, avenida Uriburu 549, también cerca de casa, pero a los cuatro meses lo dejó: estaba pensando en marchar del país. En el Mantovani ya no estaba su inseparable Cintia; hasta el escenario más cotidiano empezaba a cambiar.

Leo es benefactor no de aquélla, sino de la primera escuela de Las Heras: en la pasada década donó el equivalente a dos años de presupuesto. Y la visitó en 2005. Una maestra tenía un hijo que había jugado con él al fútbol y aprovechó el contacto para invitarlo al aniversario del colegio. Había un acto y acudió. No era tan conocido como ahora, pero revolucionó el día. Y una tarde, en el turno vespertino, dos años después, volvió a pasarse para ver a su primo Bruno Biancucchi. Llegó de sorpresa, con la cabeza gacha, escondido tras la presencia de la madre de Bruno, su tía Marcela: se moría de la vergüenza.

Pero, de repente, algo se disparó en su cabeza. Comenzó a

conectarse con los otros niños, a conversar. Recorrió todas las aulas, repartió besos y autógrafos y se dejó echar fotos. Tres horas en las que los alumnos y los padres compartieron un rato memorable en esa escuela en la que, quizá excepto durante los ratos de patio, nunca pasa casi nada.

Un chico de primer grado, de no más de cinco años, le dijo a un amiguito de más o menos la misma estatura y edad, con parecidos pantaloncitos cortos y la misma batita: «Pellízcame».

*Esperando a Lio (*1)*

Historia real (con escenarios y encuentros fantaseados) en dos actos.

Personajes (*2)

La acción tiene lugar en Rosario, a finales de los noventa los últimos años de la Argentina positiva. El primer acto se desarrolla en la cafetería que hay en Malvinas, el centro de entrenamiento de las inferiores del Newell's. El segundo acto, algo más dramático, tiene lugar en varios escenarios.

Escuchamos a compañeros de equipo, entrenadores y directivos de Leo durante sus años en Newell's, a algún rival, a vecinos y algún otro que se ha colado en la obra. Hablan con una devoción que emociona pero que sugiere que, a medida que pasa el tiempo, aquella época se ha teñido de melancolía. Suele ocurrir si ha pasado un ser con halo de genialidad, o de lo que ellos consideran genialidad, por su lado.

Son muchos los nombres que aparecen, y todos tienen una relevancia gigantesca; es su historia además de la de Leo. Pero déjate llevar por la lectura. No tienes que recordar quién es quién, o quién dice qué. En cierto modo, todos simbolizan ese personaje único que representa a quienes le acompañaron durante su infancia en Rosario. Así que, si te pierdes en la vorágine de nombres, cógete de la mano de aquel niño que no crecía.

PRIMER ACTO

Uno

Se oyen voces en off en un escenario iluminado por una sola luz.

—¿Dónde está Leo?

—Tiene hepatitis, dicen.

—Ah.

Se oscurece el escenario y aparecen las palabras «Seis años atrás». Sobre la pared del escenario, oscuro de nuevo, se proyecta un vídeo: www.youtube.com/watch?v=ojUNSuW6DHg.

En la pantalla vemos a un Messi de cinco años que recoge el balón y lo conduce, no lo pasa, sino que busca el camino al gol. Si no ve el espacio por un lado, se dirige al contrario, hasta que puede chutar ajustado, lejos del portero. Y marca. Se da la vuelta y corre a su campo, apenas sin gesticular. Dando pasitos. A esperar a que se reemprenda el partido. Más adelante, su equipo saca de centro y el primer toque es para Messi, quien corre hacia portería, regateando al que se le cruza. El balón le llega a la rodilla. Son partidos que se juegan en Malvinas.

Malvinas, un nombre de homenaje evidente, es donde los chavales practican fútbol siete o *baby* fútbol. El sencillo centro deportivo está dividido en dos partes por la avenida Vera Mujica y los encuentros se juegan, principalmente, en el Malvinas 1, el campo mejor cuidado, que cuenta con una grada lateral.

Caminar hasta él desde la casa de Leo era imposible, demasiado lejos, así que siempre había alguien que lo llevaba —el papá, la

mamá, el papá de un compañero tal vez, a menudo en el Renault 12 blanco del padre de su amigo Agustín, que había recorrido la avenida Uriburu y atravesado más tarde el parque de la Independencia (allí donde está el estadio del Newell's, qué bueno cruzarse con el premio final todos los días) hasta la avenida Pellegrini; luego se llegaba a Francia, dos cuadras y un giro por Zeballos—. En el número 3185 está la puerta principal. En el interior, un mural con los nombres de los jugadores que llegaron a Primera. El suyo aún no aparece.

Entre el acceso al recinto y la portería del campo 1 hay dos pequeñas edificaciones: la cafetería, con mesas y sillas, y la zona de oficinas. Por ahí siempre hay movimiento: padres, niños vestidos con la camiseta del NOB, gente que entra y sale, señores mayores que pertenecieron al club y ahora se pasean para curiosoear, amigos de los padres...

Sentados en la cafetería de Malvinas, mientras se oye a unos chiquillos jugando en el campo contiguo, un grupo de amigos conversan con cerveza y café sobre las mesas redondas. Es media tarde. El letrero que colgaba de la entrada está ahora abandonado en un rincón, con las esquinas oxidadas. Pintado sobre la pared del fondo del escenario, un edificio de dos plantas. La inferior tiene una puerta que se abre a unas oficinas con papeles desordenados y trofeos repartidos entre el suelo y las estanterías. En la segunda planta hay dibujada una puerta que, extrañamente, da al vacío. Nadie sabe explicar muy bien por qué. Igual es que se acabó el presupuesto y no alcanzó para poner una escalera. Casi nadie sube al segundo piso, la oficina del club deportivo está en el

primero. En el borde del escenario, entre los actores y la audiencia, a un lado, se divisan unas redes de portería.

Gabriel Digerolamo (entrenador del NOB): El día que me lo trajeron yo dije «bueno, esto es algo distinto a todo lo que uno podía suponer, ¿no?».

Ernesto Vecchio (entrenador del NOB): Tiene una técnica espectacular; eso no se lo enseñó nadie, ya nació así.

Gabriel Digerolamo (entrenador del NOB): Uno nunca podía suponer que algo que fuera tan diminuto aparecería con una explosión bárbara. Era una persona que pensaba y, aquello que pensaba, lo hacía: iba de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de centro, tirado atrás, y siempre área, arco, siempre la meta ahí, en la cabeza.

Ernesto Vecchio (entrenador del NOB): Antes de que llegara a Newell's, en todo Rosario ya se hablaba del talento de un chico que jugaba en Abanderado Grandoli.

Diego Rovira (nueve en las categorías inferiores del NOB): Yo había llegado a Newell's a mediados de 1998. Mi primera práctica fue en el predio de Bella Vista, donde se entrena la Primera. Jugamos un amistoso contra Renato Cesarini. Ganamos como 7-0, una cosa así. Tres goles los metió un pibe chiquitito, rápido, hábil. Yo no conocía a nadie, pero fue el primero que me llamó la atención. Era Leo.

Rosario empezaba a conocer a Lionel porque destacaba en los torneos interescolares, como la Liga Alfí. Ahí se encontraban

coordinadores, ojeadores, entrenadores de ojos afilados por años de observar prácticas y encuentros de *baby* fútbol. Rodrigo y Matías formaban parte de las categorías inferiores del NOB, y el primero sugirió al coordinador de las mismas, Jorge Griffa, que Leo estaba preparado para participar en un torneo preliminar al inicio de la temporada rosarina. Así que, con seis años y siete meses, a principios de 1994, jugó durante un mes con varios equipos del Newell's, tarde y noche.

Roberto Mensi (directivo del NOB): A la hora de seleccionar a un jugador, principalmente se tienen en cuenta sus cualidades técnicas, luego sus aptitudes físicas y, por último, se realiza un trabajo de investigación de la situación social del chico.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): En Newell's había una especie de lema, impulsado por Jorge Bernardo Griffa, un ex jugador del Atlético de Madrid: «Newell's tiene que tener los mejores jugadores. Newell's no se puede dar el lujo de perder a un talento». Así que uno va con el auto y se queda cinco minutos viendo un encuentro de chicos y si hay uno que arranca... Me bajo del auto, llego, pregunto «Usted es la mamá», «Sí», «¿Está fichado en algún club?», «Sí, está fichado», «¿Y no querría venir a jugar a Newell's?»... Lo robamos, antes de que lo roben... Así que, por esa selección *natural* si quieres, Leo jugaba con lo mejorcito de la zona.

Gabriel Digerolamo (entrenador del NOB): Vino a verme Claudio Vivas, el que fue ayudante de campo de Marcelo Bielsa, y me dijo: «Vas a tener a un niño que es un fuera de serie». Con mi equipo jugó tres o cuatro partidos y con otros técnicos del club,

como Walter Lucero, otros cuantos.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): A la hora de hacer la diferencia individual con los rivales ¡era abismal, pero abismal! Siempre se gana y se pierde, pero, de diez pelotas, Leo ganaba ocho, dividía una y perdía una. Era colosal. Hoy Leo sigue teniendo una diferencia abismal en relación con el resto, y me refiero a cuando juega contra el Madrid, o contra equipos italianos..., él marca una diferencia.

Gabriel Digerolamo (entrenador del NOB): Al acabar el torneo preliminar le dijimos a Leo si quería quedarse a jugar con nosotros.

Ernesto Vecchio (entrenador del NOB): Después de que se le viera jugar, se charló con sus padres y se pusieron de acuerdo. Quedó incorporado al Newell's. Todos los Messi son del Ñuls.

Menos Matías, que es de Rosario Central.

Así pues, el 21 de marzo de 1994, sin tener todavía siete años, tuvo su primera ficha como jugador, con su nombre escrito de puño y letra y firmada por sus padres. Un Leo de metro veintidós llegaba al Ñuls, donde tres meses antes Diego Armando Maradona, que se preparaba para el Mundial de ese mismo año, había jugado un último partido en su efímero paso por el club rosarino.

Jorge Valdano (ex jugador del NOB): [Newell's] tiene una muy buena escuela de fútbol en una ciudad que mantiene una relación claramente exagerada con el fútbol y en una zona que es un gigantesco campo de fútbol.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Uno estimula lo que hacen mejor y va puliendo disimuladamente, por eso tengo ganado mi nombre en la escuelita de fútbol. No grito, no amenazo, no reprendo, no humillo, no presiono nada; eso hizo mi viejo conmigo y con mis hermanos. Entonces, si vos os mandás una cagada muy grande yo quiero que vos lo entiendas, no quiero que no lo hagás de nuevo por miedo, sino que lo entiendas, que la próxima vez que lo hagas sea porque lo entiendas.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Teníamos todos siete, ocho años, y jugábamos en cancha de siete y hacíamos entrenamientos normales, de chico: un poco de velocidad, jueguitos o técnica..., pero en ese momento lo importante era que uno supiese jugar con los pies. Practicábamos martes, jueves y viernes, y jugábamos sábado y domingo.

Quique Domínguez(entrenador del NOB): Sí, hacíamos esos ejercicios típicos de la forma de pasar y parar la pelota en el entrenamiento. Una vez, como entrenador, pregunté cuántas formas de tocar la pelota tenía un jugador. Y decían: diez, quince, doce..., y en realidad son casi doscientas. Hay formas de pararla hasta con la espalda. Entonces, ¿cuántas formas hay de pasar la pelota? Bueno, lo que nosotros intentábamos en la escuela de fútbol era que el pibe conociera todo eso: cómo pasar la pelota, cómo pararla, cómo imaginar la jugada, saber que el compañero no puede llegar hasta acá de un pelotazo..., intentamos el desarrollo de la técnica.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Nos divertíamos, sobre todo porque éramos un grupo de amigos, no se trataba de un grupo de trabajo donde no se hablaba nadie, qué va; éramos un grupo de amigos. Es más, yo no veía la hora de

salir de la escuela para ir a comer e irme a entrenar.

Quique Domínguez(entrenador del NOB): Les enseñábamos también las situaciones que se podían dar en un partido. Y estimulábamos, a veces, la competencia: enseñábamos lo que acá llamamos «loco» y en Barcelona llaman «rondo», aunque nadie quiere ir al medio, hay discusiones. De alguna manera, fomentás también la picardía, aunque el argentino se ha ido a veces demasiado a ello, como el gol con la mano de Maradona. Pero en juegos así, de muchos, la picardía es principal.

Hay seis categorías para los niños de seis a doce años en Malvinas y, aunque hoy tienen unos trescientos chicos, se dice que ha habido ocasiones donde Newell's ha llegado a controlar ochocientos. De sus campos de tierra (ahora césped en el Malvinas 1) salieron Bielsa, Sensini, Balbo, Batistuta, Valdano, Pochettino, Solari. Y ésta es solamente una de las escuelitas de fútbol repartidas por toda Argentina. Miles de niños se apuntan a ellas, el camino ineludible para llegar a lo más alto. Pero, por lo general, tras un par de años, casi todos aparcan sus sueños futbolísticos.

Jorge Valdano (ex jugador del NOB): Yo salía de mi casa y me encontraba con un campo de fútbol de mil kilómetros cuadrados: una llanura sólo interrumpida por alguna vaca y algún árbol, todo lo demás era campo de fútbol. Y aquella era una zona muy bien alimentada, que también cuenta, porque hay otras más deprimidas donde el problema de la nutrición no favorece el surgimiento de grandes futbolistas.

Se mueve pasión y sentimiento, esperanza y frustración. Y se aprende de fútbol, sí, pero sobre todo se ganan amigos, se entiende en qué consiste la colectividad, se crean narrativas de vida que perduran para siempre; Argentina crea su imaginario social en torno al balón. Se juega la vida: aunque nunca sea de verdad, ésta es la sensación que queda. Se juega para ganar y eso les hace mejores. El fútbol a estas edades es puro, antiguo, auténtico e irrepetible, aunque ya amenacen las leyes mercantiles, aunque los formadores legendarios (como lo fue Griffa) no hacen futbolistas para vender, sino personas que juegan al balompié.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): La forma de competir también resulta muy importante, porque no es divertido que te metan cuatro goles, es divertido meterlos, o remontarlos. Y hay que enseñar que se acaba el partido y se saluda a todos los pibes, no porque les ganamos diez a cero no les saludás: vamos, los saludamos, si no nos quieren saludar, no hay problema, porque seguramente estarán dolidos, como nosotros lo podemos estar en otras ocasiones...

Jorge Valdano (ex jugador del NOB): Creo que lo esencial fue una escuela de fútbol creada y proyectada por Jorge Griffa, uno de los gurús de la formación en Argentina, y eso ha colocado a Newell's en un lugar de honor en la proyección de futbolistas.

Quique Domínguez(entrenador del NOB): Y de Newell's, Leo se

llevó técnica, el oficio, y el ser ganador. Yo siempre les dije a mis chicos: entramos a la cancha, ganamos uno a cero, buscamos el dos a cero, buscamos el tres a cero, el cuatro a cero..., eso si el árbitro no indica que, a los seis, se para. Hubo una época acá que ganábamos diez a cero, quince a cero, y, claro, llegaba un momento en que los pibes del otro equipo, al décimo gol, ya no querían jugar más; entonces pusieron como tope seis a cero. Al seis a cero, se suspendía el partido.

Ernesto Vecchio (entrenador del NOB): Puede ser que el nivel del *baby* fútbol haya bajado un poco, pero es porque la parte social cambió. Hay chicos a los que los padres no los pueden llevar a jugar porque no pueden pagar. En fin. Tampoco los chicos de hoy son como los de antes. Son más rebeldes. Contestatarios. No te escuchan. Antes eran más manejables, ahora son más difíciles. Otra cosa que influye es que ya no hay tantos potreros como antes. Faltan canchitas. Hoy la tecnología afectó a los chicos, que prefieren estar con la computadora, la PlayStation, Internet, y no les interesa tanto hacer deporte. Lamentablemente.

Dos

Sobre un escenario de nuevo oscuro, se proyecta otro vídeo en el que un Messi de ocho años marca tantos con las dos piernas, no le pasa el balón a casi nadie, muestra su espíritu competitivo cuando le pegan, le voltean, se para primero, pero luego sigue. Se observa que no es como el resto ni en eso. Y luego, en el minuto cuatro y pico, vemos un momento muy rosarino: el pequeño Messi y el resto del equipo, que acaban de ganar un partido, reciben la orden del entrenador de ir a consolar al contrario. Lio corre hacia un chico que yace en el suelo lamentándose de la derrota. Nadie le pide que lo haga corriendo. Ni que se arrodille. Ni que abrace al rival que está en el suelo. A esa edad no existe la hipocresía, todo eso no se puede forzar.

Uno de los personajes se inclina sobre el diario deportivo Olé y empieza a leer en voz alta: «Lionel Messi tiene claro que en el futuro no se ve como entrenador. No se imagina dando indicaciones en un banco. No le interesa. Sin embargo, cuando se engancha a hablar de fútbol, sus referencias terminan siempre en el mismo lado y subrayando los mismos rasgos: un equipo que ataque siempre, una línea defensiva adelantada, mucha presión en la salida para obligar al rival a tirar el pelotazo, y goles. Muchos goles. ¿El Barcelona de Pep? No: la Máquina de la 87, un equipo invencible que integró en las Infantiles de Newell's: Leguizamón, Pecce, Gianantonio, Casanova, Scaglia, González, Giménez, Ruani, Mazzia, Bravo, Miró, entre tantos nenes».

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB):
Creo que eso de «la Máquina del 87» se lo pusieron mucho después. Yo no recuerdo que nadie llamara al equipo así.

Diego Rovira (nueve en las categorías inferiores de NOB): La 87 de Newell's. El equipo de Quique. Quique Domínguez, el padre de Seba, el que juega en Vélez, el central. Atajaba Juan Cruz Leguizamón, que ahora está en Central Córdoba. De cinco jugaba Lucas Scaglia, un monstruo. Pulpo, le decían. Ahora está en el Once Caldas, en Colombia. Rosso, hoy en el Brescia. Grighini, que también jugó en Italia. Leandro Giménez, que después se fue a River, y otro Leandro: Benítez. Y Leo, Roncaglia y yo. «La 87 de Newell's es invencible», se repetía. Jugamos todo 1999 y casi todo 2000. Y así salían los partidos: 8-0, 7-2, perdíamos la cuenta.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB):
En Rosario se hablaba de esa categoría sobre todo porque estaba Leo, Juan Cruz [Leguizamón], Lucas [Scaglia]... eran muy buenos jugadores. Empezamos en canchita chiquita. El Lio sólo las metía de tres o cuatro.

Diego Rovira (nueve en las categorías inferiores de NOB): Aquella delantera era tremenda. Leo, de diez. De siete, Roncaglia. Roncaglia, sí. Rápido, tiraba muy buenos centros, me acuerdo. Bergessio, ponlo. Una onda Bergessio. Y arriba, de nueve, yo.

El mismo personaje de antes (puede ser cualquiera) vuelve a recitar en voz alta un nuevo párrafo del artículo de Olé: «El equipo funcionaba como el comportamiento solidario de las

hormigas obreras: los pibes se potenciaban entre sí. Y Leo, a los ocho años, ya era la nota distintiva, el ancho de espadas de una Máquina mancomunada».

Diego Rovira (nueve en las categorías inferiores del NOB): En 1999 se jugaron tres torneos y los ganamos todos. Es más: hasta me acuerdo de que ganamos también todos los partidos, algo así como 45, quince cada torneo, una bestialidad; todos, bueno, menos uno: contra Central. Era el único equipo que nos hacía partido, aunque una vuelta, en Bella Vista, lo goleamos 4-0. No nos llegaban al arco, era muy raro que un equipo nos llegara al arco.

Diego Rovira (nueve en las categorías inferiores del NOB): Una vuelta, a uno de los ayudantes de Quique se le ocurrió que compitiéramos entre nosotros, para motivarnos. El Newell's del primer tiempo contra el Newell's del segundo tiempo. ¿El primer tiempo lo ganamos 3-0? Perfecto. ¿Y el segundo? ¿Cuatro? Entonces ganaba el Newell's del segundo tiempo por 4-3. Era una joda. Con Leo era una joda.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): De Newell's, Leo se lleva el espíritu ganador. De acá se lleva la técnica natural que él trajo y la técnica del jugador sudamericano, la que tiene Neymar, la que tenía Ronaldinho, la técnica de Riquelme, la técnica de acomodar el cuerpo para acomodar la pelota, para darle cabida a la pelota. Pero, sobre todo, se lleva ese espíritu ganador.

Leandro Benítez (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): En aquel entonces él era una sensación, llegábamos a todas las canchas y los rivales decían «por éste no doy dos pesos», pero,

cuando te agarraba la pelota, te pintaba la cara.

Ernesto Vecchio (entrenador del NOB): Era una maravilla. Tenía sabiduría, tenía pique corto, dejaba la pelota muerta, jugaba para sus compañeros. Una vez, en la cancha 1 de Malvinas, el arquero le dio la pelota en posición de dos y él se recorrió todo el campo de arco a arco y convirtió un gol estupendo. No había que enseñarle nada. ¿Qué se puede enseñar a un Maradona o a un Pelé? La única cosa que puede hacer un técnico es corregir cositas.

Juan Cruz Leguizamón (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): En Europa se hizo famoso por el gol al Getafe, pero, para nosotros, en Leo eso era algo normal, le hemos visto hacer esos goles habitualmente.

Diego Rovira (nuevo en las categorías inferiores de NOB): A Leo, cada vez que lo veo me sonrío de las barbaridades que hace, qué animal. Como cuando le metió cinco goles al Bayer Leverkusen: ¿A quién se le ocurre meter cinco goles en un partido, y en la Champions League? ¿Y cómo hacés, además? En Newell's ya era así, tal cual. Menos aceleración, menos explosión, pero igual.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Tenía una coordinación fabulosa para su edad. Para Leo la pelota es como que forma parte de su cuerpo, si le viene es capaz de bajarla con la cabeza y el cachete porque sabe que es como mejor va a amortiguar. Tal vez otro chico le pone antes la frente, porque sabe que es lo más duro y lo que más acostumbrado tiene al golpe. ¿Por qué? Porque Leo es diferente al resto en lo deportivo, en lo personal.

Gabriel Digerolamo (entrenador del NOB): Técnicamente estaba dotado como nunca vi a un niño. Era tan bueno que yo muchas veces le cambiaba de posición para que se fuera adaptando y

tomara todas las referencias de la cancha. En cierta ocasión lo coloqué atrás, de líbero, y cuál fue mi sorpresa cuando jugó como si lo hubiera hecho toda la vida.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Suelo decir que no sé quién aprendió más de quién: si Leo de nosotros o nosotros de Leo.

Adrián Coria (entrenador del NOB): «Vos no dirigís este equipo cuando está Leo», me decían.

Diego Rovira (nueve en las categorías inferiores del NOB): Leo apilaba a un par y me dejaba para un mano a mano. Siempre era así. Yo tenía que mantenerme habilitado, paradito sobre la última línea del rival, y listo: mano a mano seguro. La otra era «el bochazo»: si se complicaba, cosa rara, Leguizamón, el arquero, me apuntaba a mí. «Vos bajamelá», me pedía Leo. Imaginate: una cabeza les sacaba yo a los rivales.

Juan Cruz Leguizamón (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Me acuerdo de que, en una final de un torneo, si salíamos campeones ganábamos una bicicleta, y empezamos el partido sin Leo, no llegaba, no llegaba... y terminó el primer tiempo sin Leo e íbamos perdiendo uno a cero y bueno, él llegó tarde porque se había quedado encerrado en el baño de la casa y para salir golpeó el vidrio de la puerta del baño y llegó a tiempo, y ganamos, salimos campeones con tres goles de Leo. Pero así como te cuento esto, millones de partidos. Fueron muchas cosas las que vivimos juntos, toda una infancia.

—Bruno Milanesio (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Recuerdo contarle a mi abuela Elda, que me vio cabizbajo, que Leo se había doblado el tobillo y no iba a poder jugar la final al día siguiente. Mi abuela es curandera y me preguntó cómo se

llamaba el chico. «Leo, Leo Messi», le dije. Mi abuela nunca me quiso contar qué había hecho, ni yo le quise contar a Leo que mi abuela lo había... bueno, que lo había curado... pero, a la mañana siguiente, Leo se levantó como si nada, con el tobillo desinflamado. Jugó y salimos campeones. Años después estaba en casa de mi abuela y en la tele estaba Messi, que ya jugaba en el Barcelona. «Abuela, ¿te acordás de él?», le pregunté. Cuando la abuela me dijo que no, que para nada, se lo recordé. Ahora cuando ve a Messi en la tele, sonrío y se jacta: «Ese chico... Yo curé a ese chico una vez».

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB):
Nosotros, en ese momento, ni responsabilidad teníamos. Podíamos habérsela dado a él, la pelota, y ya estaba, se terminaba. Podía perderla una o dos veces, pero en la tercera o cuarta, dos goles íbamos a hacer, seguro.

Ángel Ruani (padre del ex jugador del NOB Luli Ruani): Tal vez la gente, hoy en día, no se lo crea, pero Leo marcaba cerca de cien goles por temporada entre todos los partidos que jugábamos. Si tenemos en cuenta que entró en Newell's en 1994 y se marchó en 2000, estamos hablando de más de quinientos goles en su etapa infantil, lo cual es una auténtica barbaridad.

Adrián Coria (entrenador del NOB): Quizá no fuera consciente entonces, pero es una virtud ser pequeño de estatura, ya que controla mejor la pelota, es más ágil y más rápido que los demás.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Él pasaba una pelota y no la empujaba, sino que la tenía que levantar y hacer un par de jueguitos. Leo es fútbol, el más puro, no el más enfermizo por la plata, no, es el fútbol por diversión, por juego.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB):
En la cancha de Newell's, los dirigentes le pidieron que hiciera

jueguitos antes de los partidos o a la media parte, y después, cuando, por ejemplo, íbamos a Mar del Plata o por ahí, se ponía antes de cada partido a hacer jueguitos y le tiraban plata. ¡Pasaban quince minutos y no se le había caído la pelota! Entonces la gente iba y le lanzaba una moneda. En Perú me parece que llegó a hacer 1200 jueguitos. Tenía nueve años.

Franco Casanova (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): En la despedida de Newell's del legendario Gerardo Martino, el actual entrenador del Barcelona, en el verano de 1996, los chicos de Newell's dieron la vuelta olímpica en el entretiempo. Habían sido campeones. De repente se pararon en la mitad de la cancha y empujaron a Leo al medio. Las tribunas se vinieron abajo. «¡¡¡Maradó, Maradó!!!», coreaba la gente mientras Messi hacía jueguitos.

Néstor Rozín (ex dirigente del NOB): Por cada cien jueguitos, a veces le daban un helado y creo que hizo 1100 jueguitos, y le dieron diez helados.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): A los once años salté con él de cancha de siete a cancha de once. Se jugaba el sábado de siete y, el domingo, de once. Para ir acostumbrándote... Y en once destacaba incluso más, había más campo, más espacio. Era rápido. Muy rápido. Se metía por donde no cabía, era increíble.

Adrián Coria (entrenador del NOB): Jugaba, conmigo, detrás de los delanteros en un 4-3-1-2, libre o de enganche.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Los rivales disimulaban, pero se lo miraban de arriba abajo cuando lo veían pasar, generaba algo que es inexplicable en un pibe que tenía diez u once años.

Diego Rovira (nueve en las categorías inferiores del NOB): Las charlas entre los centrales rivales eran maravillosas:

»—A este pibe no se lo puede parar.

»—No.

»—¿Y qué hacemos?

»—Y qué sé yo. ¿No dijiste que no se lo podía parar?

»Tenían razón. Una vez, en un entrenamiento, un técnico de Newell's me probó atrás.

»—Mamá, me hacen jugar de seis y encima tengo que marcar al Leo. Ni de la pechera lo puedo agarrar. Y no le voy a pegar al Leo.

»Pobre mi vieja, todavía se acuerda.

»—Dale, Leo, dejate de joder, no corrás más —le insistía yo, mientras él se me cagaba de risa. Era divertido, el Leo. Jodón.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Jugábamos contra Morning Star y se acerca el técnico y me pide si por favor no podía sacar medio tiempo a Lionel, a lo que obviamente le dije que no, porque, a Leo y al arquero, Leguizamón, no los sacaba nunca.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Una vez cinco sombreritos le tiró a un jugador. El jugador se tiró al suelo y le agarró los pies [risas]. Claro, cinco sombreritos, seguidos, uno detrás del otro. Encima, él medía menos de metro cuarenta y el otro, metro setenta. Así se divertía. No es que lo haga como para presumir... noooo. De lengua nada, de lengua nada, jamás. En la Liga Rosarina, Oriental, Río Negro..., son

equipos de barrio a los que les gusta pegar y topetear, y noooo, le puteaban, le decían cosas, y él no decía nada. Él lo demostraba con el fútbol.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Yo he visto partidos en inferiores acá, en Argentina, que son batallas campales. Si vos me gambeteás a mí, está bien, la próxima vez te la pongo acá; a mí me echan, pero no me lo volvéis a hacer. Eso se da mucho acá. A Leo se lo hubieran hecho si se hubiese quedado más años, yo he visto jugadores a los que les han pegado de una manera increíble. Una de las pocas indicaciones que yo le daba era que soltara la pelota rápido, porque venía y de alguna forma había que pararlo. Y los pibes, a veces por indicaciones de los grandes y a veces por motu proprio, si no lo podían parar, le metían un codazo. Leo tiene un ojo muy, muy especial, para ver cuándo le vienen a pegar.

Adrián Coria (entrenador del NOB): Parecía que las faltas le encendían la mecha; cuanto más iban a por él, más le encaraba.

Ángel Ruani (padre del ex jugador del NOB Luli Ruani): En cierta ocasión, en el campo de Adiur, los padres nos enojamos mucho y le pedimos a Gabriel que lo sacara del campo porque no paraban de pegarlo. Otra vez, en casa de Vélez Sarsfield, le hicieron una entrada muy dura, cayó mal y se lastimó el brazo. Su mamá y mi esposa lo llevaron al hospital.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): A Leo, los que lo protegían eran los árbitros. Porque Leo no te pegaba, no te reclamaba, no te agarraba de la camiseta, no hablaba con los rivales..., entonces, cuando le torpedeaban, generaba una necesidad de protegerlo..., chiquitito, la carita chiquitita, de pícaro, con la sonrisa...

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB):
Leo igualmente tenía mucha fuerza. Se le tiraba mucha gente a torpedearlo, y él tenía fuerza, lo aguantaba. Si otro de los nuestros caía, ahí se quedaba. Y seguramente armaba la bronca. Pero si es él no, él se cae y sigue con la pelota. No sé de dónde sale eso, uno de cada millón debe de salir así.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Nunca arrugaba..., y eso que... Mientras todos los chicos esperaban que les diera la camiseta, Lio era el único que se daba la vuelta para sacarse la remera y ponerse la diez rojinegra. Siempre pensé que era por pudor. La vez que lo vi me impresioné, es que casi no tenía caja torácica, estaba hundida: mirarle el pecho daba miedo. Una vez se cayó y se quebró una de las muñecas con desplazamiento, problemas óseos, era muy frágil, pero no vi ni un gesto de dolor ni gesto desencajado. Se quedó sin jugar los siguientes partidos de una competición que llamábamos Mundialito. Pero él, el primer día de torneo, vimos que llevaba como un bolsito, y yo intrigado pregunté a una madre para saber qué llevaba allá dentro. Me dijeron que les dijo que llevaba los botines, las canilleras... Por si podía jugar, y todavía le quedaban quince días de yeso. Y él dijo: «Yo sé que, si Quique me necesita, me va a poner». ¡¡¡Ni loco!!! Y algún día le dije en la segunda parte si se animaba a jugar y él respondió que sí, pero ni loco lo hacía jugar así. Era un niño débil por fuera, pero muy fuerte por dentro.

Leo Messi llegó a decir en una ocasión: «La última vez que sentí la presión era de jugador del NOB con ocho años. Desde entonces,

entro a disfrutar...». Tenía por aquel entonces veintitrés años y ya había jugado dos finales de la Liga de Campeones, dos Mundiales, finales de Copa. Pero la presión-presión, se la dejó en una cancha de Rosario.

Gazzo (periodista): Rosario Central y Newell's A jugaban la final de un torneo que llevaba el nombre de mi programa de radio, «Baby Gol». El encuentro finalizó con empate a dos goles y claro, con lo pequeños que eran, no fallaban ni un penal, y llegaron a ir empatados 22-22. En este punto, un jugador de Rosario lanzó el suyo y lo erró. Todo quedaba en pies de Leo. Si marcaba, el torneo era para Newell's.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Una vez me preguntaron cuál era la característica más sobresaliente que yo le veía a Leo, y respondí que la naturalidad. Todo, desde que te saluda, aunque lo veas reservado, todo es natural. Cuando Leo tenía doce años, terminaba la jornada y se iba a casa de su amigo Lucas, primo de Antonella, y ahí se quedaba el fin de semana. A veces, los jueves, después de la práctica, se instalaba en la casa de Lucas. Por supuesto, su actual esposa no le daba ni cinco de pelota. Es decir, hoy está viviendo y formando una pareja, un hogar, tiene un hijo con la mujer que amó toda la vida. Y no tuvo necesidad de hacer una boda fastuosa, ni nada. Yo noto que las cosas al lado de Leo suceden con naturalidad, se dan con naturalidad; Argentina empieza a jugar bien con naturalidad, porque se enganchan... Vos te encolumnás atrás de Leo. Mi vieja se murió hace tres años, y ella me decía «la gran diferencia entre un caudillo y un líder: el caudillo es el que se impone, y el líder es a quien lo siguen, lo

eligen». Y Leo, sin gritar, sin hacerse alharacas, es un tipo que es seguido. A él, cuando hacía un gol en el *baby*, todos lo iban a saludar, pero cuando los demás hacían un gol, él iba también y los saludaba. Normal, con naturalidad, sin gestos de divo. Y estamos hablando del Leo Messi de los doce años de un Rosario en el que era tan ídolo, y tan figura, y tan gigante en el fútbol infantil como lo es hoy en el mundo. Y por ahí, un chico de doce años no maneja el riesgo, o ese tipo de presiones. Para él era todo natural. Él hacía los goles así, porque pensaba que era natural, y volvemos a empezar.

Gazzo (periodista): Leo marcó. El penalti definitivo.

En enero de 1996, el equipo de Leo jugó el Torneo Internacional Copa de la Amistad, en Lima. Era su primera salida al extranjero. Tenía nueve años. Messi sorprendió a todos con su capacidad para controlar el balón, con sus malabarismos. La pelota, ya a esa edad, estaba mansa. Ganaron la competición, claro. Les dieron un trofeo en forma de delfín. Pero sufrió para jugar el primer partido.

Gabriel Digerolamo (entrenador del NOB): Cuando llegamos al aeropuerto nos estaban esperando los papás de algunos de los chicos del equipo peruano. Nos fuimos distribuyendo y cada familia se hizo cargo de uno de mis muchachos, así se ahorra en hoteles una fortuna. Al día siguiente me trajeron a Leo casi llorando, triste, bucólico y con síntomas de deshidratación. Le dimos una bebida isotónica y a la media hora ya estaba en la cancha haciendo jueguitos.

Kevin Méndez (hijo de la familia que hospedó a Leo): Una noche comió pollo a la brasa y le cayó mal. Al otro día, no podía moverse y al otro... tenía el partido. Ahí, cuando llegó a la cancha, Messi se desmayó y un entrenador dijo: «Ustedes jueguen el partido que me llevo a Leo al hospital». Al oírlo, se recompuso, tomó un Gatorade y pidió jugar. Newell's ganó 10-0 y él hizo ocho goles, por si quedaban dudas de que era el mejor y de que su pasión era el fútbol. Antes de irse me dejó su camiseta.

William Méndez (padre de la familia que hospedó a Leo): En una cena, les preguntamos a él y a otro chico de allá con qué objetivo venían. Somos argentinos: donde vamos, ganamos y nos volvemos.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): En la cancha hacía pucheros si perdía, las pocas veces que perdíamos; no le gustaba perder a nada, siempre ganar. Y en ocasiones había incluso discusiones..., a veces dentro de la cancha, porque éramos como hermanos, éramos muy amigos entre todos, hasta que terminaba el partido y bueno, seguramente terminábamos ganando porque su enojo lo hacía llegar a convertir y a ganar los partidos. Me acuerdo de varias de esas.

Adrián Coria (entrenador del NOB): Tenía mucho amor propio.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Os cuento. Una de las cosas que más presente tengo es un torneo que salimos a jugar en el interior. Fuimos a Pujato, perdíamos 2-0 a los diez o quince minutos. Leo se puso nervioso, no le gustaba perder. Y, faltando ocho o nueve minutos, hizo tres goles. Y ganamos, claro. Era increíble. Yo el otro día estaba viendo un partido y vi que estaban perdiendo y dije: «¡Hijo de puta, te fastidiaste! ¡Como antes!»». Porque la tuvo, igual, faltando tres o

cuatro minutos: robó la pelota y se encaró al arquero como diciendo ¡la puta madre! Se puteaba si perdía, y puteaba a éste, al otro.

Adrián Coria (entrenador del NOB): La estampilla tenía que estar hecha por él. Le dolía cuando perdía. En los «picados» le gustaba elegir el equipo. Todo jugador con sed de gloria tiene ese perfil de mucha competencia.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Y más... Perdimos un campeonato —culpa mía— en el Torneo de Artiaga, que es un mundialito que se hace cuando tienes once años. Les ganábamos a todos 8-0, 9-1 y así. Llegamos a la semifinal contra la selección de Ardyti, que es una liga que está acá en Rosario, con ocho o nueve equipos. Empieza el partido, bolea el arquero de ellos —yo jugaba de central en ese momento—, pero el arquero lanza más lejos de lo que esperaba y yo para atrás, tac, de cabeza se la doy al delantero rival. Venía corriendo atrás mío... Luego se pusieron los once atrás y era imposible. Perdimos 1-0, la semifinal. Leo estaba enojadísimo, ¿te imaginás? No me habló durante dos o tres días. Nada, no le gustaba perder nada, nada, nada.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): En la 87, me daba la sensación de que Mazzia, otro delantero que a veces jugaba con Leo, era un poco individualista. No lo llegué a conocer lo suficiente como para decir que había una competencia con Leo, porque podría haber competido con él en cuanto a técnica, manejo... Pero había que priorizar al equipo. Es como la manzana, y a lo mejor es mala la comparación, como la manzana fea en el cesto. Lo que yo buscaba era que quien tuviese todo el peso del juego fuese Leo, y que este pibe, Mazzia, hiciese lo

mismo que Leo en la 87A, pero en otra categoría, y le pasé a la 87B, para que creciera y, si llegaba a superar a Leo, fuera problema de ellos dos, porque al año siguiente se juntaban en cancha de once. Y ahí es a cara de perro, es durísima, no se saluda nadie, se termina la infancia... Ya los padres no existen; es más, si un padre asomaba la cabeza, lo miraban feo.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Los delanteros, con Leo, terminaban todos los partidos en pelea, porque Leo quería hacer más goles, el otro quería hacer más goles... A él le encanta tener la pelota..., si pudiera jugar con dos pelotas, mejor el partido: una para él y otra para los otros [risas]. Si me meto dentro de la cabeza de él, de cómo era él antes, cuando estaba con nosotros..., es así, así es como es. Había instrucciones de los entrenadores que yo ahora no recuerdo, pero había una que nos hacía poner mal a nosotros: nuestro técnico, Adrián Coria, nos decía que Leo podía hacer lo que él quisiera, ¡y nosotros nos poníamos celosos! Porque decíamos «por qué él sí y nosotros no». Así que ésa era la recomendación: dénsela a él, que hace lo que quiere. Era lo más fácil.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Cuando acababa la práctica no se quería ir. Y eso a mí me regocijaba, no se quería ir de la práctica. A veces nos comían los mosquitos, y los padres se acercaban en grupitos, a veces ya era en medio de la noche, con neblina de la humedad...

Claudio Vivas (entrenador del NOB): Yo me acuerdo de que, cuando él jugaba en los torneos de barrio y terminaba el partido..., detrás de la cancha 1 de Malvinas hay un quincho [un espacio para hacer parrilladas, un asador] a su derecha y a su izquierda

hay unas mesas para comer al aire libre. Bueno, pues él iba armado a su canchita, todos los días una pelea, pero una pelea sana: «Pero Lionel, no puedes jugar aquí, hay gente comiendo, se rompen las cosas...». O sea, él terminaba de jugar su partido y seguía jugando, no había forma. O le decía al papá que le cruzara a la cancha de en frente, ¿viste que en frente había dos canchas más de tierra? Que lo cruce para seguir jugando con los amigos.

Adrián Coria (entrenador del NOB): Contra la pared y contra la pared, contra la pared, contra la pared... Le decían: «Y uno viste que cuida las cosas, que la pared se ensucia, tranquilo, que ahora vas a jugar, descansa». Y él: dale, dale, dale. Otro técnico amigo mío me comentaba: «No hay forma de pararlo a este chico, está todo el día jugando y quiere jugar».

Ernesto Vecchio (entrenador del NOB): Y si le faltaba la salud, igual. Un día, teníamos partido en la cancha de Adiur, y él había estado medio enfermito y quiso venir lo mismo. Lo tenía sentado en el banco, íbamos perdiendo uno a cero, y faltando cinco minutos le pregunté si quería jugar. Apenas me contestó que sí, le dije: «Bueno, andá y ganame el partido». Y ese tiempo le alcanzó. Obviamente ganamos.

Claudio Vivas (entrenador del NOB): Le gusta el fútbol, jugarlo y verlo. Messi vivía cerca de la cancha del Central Córdoba y yo, cuando volvía de Europa, iba a ver a mi cuñado que jugaba ahí, y siempre me lo cruzaba, a Leo... El Central Córdoba es como si fuera un Alavés o un Éibar..., un equipo de barrio, de Primera C, Primera B, Segunda B, de Tercera.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Entonces... hay jugadores que en la escuela de fútbol han sido fenómenos, fuera de serie, y que en divisiones inferiores se han ido apagando y no han

llegado. Leo continuó siendo, hasta los doce años, un jugador fuera de serie. La vida me ha regalado haber podido entrenar a tres fantásticos jugadores: Maxi Rodríguez, Billy Rodas y Leo Messi. De los tres, el que tenía un potencial increíble era Billy. La diferencia entre Billy y Leo era la familia.

Ernesto Vecchio (entrenador del NOB): Los padres siempre lo acompañaban. Al papá recuerdo que siempre lo veía detrás de los arcos. No abría la boca, y tampoco se juntaba mucho con los otros padres.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Leo era el hijo de cada uno de los demás padres y el hermano de cada uno de los demás pibes. Y eso no sólo en mi equipo, en otro equipo donde estuvo también. La madre de Leo sí era de estar con el grupo, pero normalmente Jorge se iba a un costado.

Ernesto Vecchio (entrenador del NOB): Fuimos al Torneo de Cantolao y en la 87 viajó Messi, y en la 86 viajaba Gustavo *Billy* Rodas, que era famoso por haber debutado en primera a los dieciséis años, pero bueno... fueron criados de manera distinta. Da pena ver dónde está Rodas ahora, creo que en Perú, porque es un chico que tenía unas condiciones extraordinarias y podría haber llegado muy alto. Desde el club se lo ayudó, pero él no puso de su parte. El entorno lo complicó. En cambio, Lionel tuvo otra crianza. Una familia conformada.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Yo digo que mi gran mérito, y de eso siempre me voy a jactar, es haber protegido lo que los jugadores traían de natural, haberlo fomentado. Creo que, para llegar a ser lo que eres, debés tener condiciones futbolísticas, pero Leo es como que tiene, ¿cómo te puedo decir?, una obra de arte pero con una base tremenda, que no se puede

caer, es imposible. Porque hay jugadores, y tenemos la experiencia de nuestro máximo ídolo anterior, a los que derrotaron la bebida, las fiestas, el ego de ser el mejor y discutir... Leo no está en eso.

Tres

Sobre el escenario de nuevo oscuro, se proyecta este vídeo:
www.youtube.com/watch?v=I2rpU8AIKN0

Tiene diez años. Los compañeros lo buscan. Es el que lleva la diez rojinegra; el número le cubre toda la espalda. Con un toque la controla antes de meterla por la escuadra. En vez de romperla, la coloca. Da el pase desde fuera del área y está para el rechace tras el centro de su compañero. Como se ha visto tantas veces desde entonces. Desde el saque de centro, regatea a uno, a dos, a tres y al llegar al borde del área lanza un disparo. Ésta sí la detiene el portero. Le envían un ladrillo que, al recibirlo, vuelve a convertirse en pelota con su pie izquierdo, se abre y marca, cruzado, sí, como tantas otras veces desde entonces. Gol de falta, gol con la derecha, con la zurda. Tras robar el balón, tras regatear a varios, tras levantársela al portero. Corre a abrazarse con el grupo. Tras el pitido final, el rival, humillado, se acerca a pedirle una foto. O a que haga unos jueguitos. El mundo se para y se coloca a su alrededor para verlo llegar a ciento y pico.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Se hacían precalentamientos con la pelota alrededor de la cancha, para que lo que lleva delante sea la pelota, no un cascote. Leo era a veces el encargado del precalentamiento, yo hacía la planilla, venían todos, firmaban, y yo le decía a Leo «lleváelos», y Leo venía trotando. Si Leo venía con la pierna así, todos con la pierna así; se iban al fondo, Leo con la rodilla así, todos igual. Pero no era

una imposición mía, o que él lo dijera, era porque era lo imitable, el modelo a seguir, era natural. La imagen que yo tenía era como la de una pata con los patitos detrás.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): No teníamos un líder único. En ese grupo éramos dieciséis, y bastantes de nosotros tomábamos decisiones... Leo, yo también tenía voz pesada en el grupo, Leandro Benítez..., Lucas —el primo de Leo— no tanto, pero nos seguía a nosotros tres. Había otro, Juan, que quería venir, pero cuando sos pibe a veces chocás, y..., bueno. Leo tenía sus momentos de líder, pero no de esos prepotentes, sino que era el mejor en jugar al fútbol, y había que seguirlo.

Adrián Coria (entrenador del NOB): Escuchaba los consejos del técnico, era respetuoso. Hacía caso. Nunca dijo «juego yo», nunca dijo «soy el mejor». Los compañeros lo adoraban. Lo único..., no le gustaban los ejercicios. A él le encantaba la pelota. Por eso, un día lo dejé fuera del entrenamiento. No soy ni un ogro ni un sargento, pero siempre me ha gustado la seriedad. Estábamos haciendo un loco [un rondo] cuando él seguía toqueteando y jugando con la pelota. Lo llamé una vez, dos veces, pero hacía como si nada... Al final le dije: «Dame la pelota, cambiate y vete a tu casa». Diez minutos después lo vi con el bolso en la espalda pegado a la alambrada, mirando la cancha. Me dio lástima y tristeza verlo así. «Te fuiste sin darme un beso», le grité. Regresó, me saludó y yo le mandé al vestuario para que retomase la práctica. Era un chico tímido y duro de carácter, pero aquélla fue la única vez que tuve que decirle algo.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): ¿Vio a esos jugadores que intentan una pared, le devuelven un cascote y la corren de todas

formas? Leo lo hacía. Alguno se queda a media carrera si no se la devuelven como la quiere.

Ernesto Vecchio (entrenador del NOB): Una tarde de sábado, con mucho sol, en las Malvinas, nos medíamos al equipo de Pablo VI. Él recibe una pelota del arquero, arranca de nuestra área, empieza a eliminar rivales, elude al arquero y, en el afán de frenarlo, éste cae al piso doblándose el tobillo. El chico emitió algún quejido de dolor que evidentemente llamó la atención de Lionel, pues en vez de convertir el gol que ya era seguro, se frenó, pegó media vuelta y no sólo se acercó para asistirlo, sino que llamó de inmediato al árbitro para que lo hiciera atender. Eso me quedó muy grabado.

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Además era discreto, no gritaba ni era efusivo. Hasta en la joda. Una vez Newell's nos dio un buzo [una sudadera] y un bolso... y cuando Leo me vio llegar me dijo: «Qué hacés, Papá Noel, estás todo rojo».

Diego Rovira (nueve en las categorías inferiores de NOB): Por esa época habíamos agarrado la costumbre de merendar en mi casa. Scaglia, Benítez, Leo y yo. Nos juntábamos a jugar a la Nintendo. Lo que nos reíamos. Mientras mi vieja nos preparaba la merienda, nos preparábamos nosotros también: abríamos los cajones del ropero de mi habitación y nos vestíamos con mis camisetas del fútbol europeo. Mi viejo es médico, viajaba a congresos, esas cosas, y siempre me traía una camiseta: Barcelona, Manchester United, Real Madrid. Yo ni las usaba, de *souvenir* las tenía. Dos cajones llenos de camisetas. Y antes de jugar a la Nintendo, entonces, cada uno elegía una. Grighini se ponía la del Real Madrid, por ejemplo. Y Leo, la del Barcelona. La de los cien años del Barcelona, esa que era mitad y mitad. La

de Rivaldo, ¿no? Siempre hacía lo mismo: llegaba a casa y se iba a buscar la del Barcelona. Leo, con una camiseta mía. Parecía que se había puesto un camión. «Bueno, yo ésta me la llevo», me decía después, cuando todos ya habían devuelto la suya donde correspondía: mi cajón. Pero el Leo no: «Dale, damelá». Me lo pedía sonriendo, a unos pasos de la puerta de casa: «¿Sí?». Era mi única camiseta del Barça, mirá si se la iba a dar.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Él dice que es hincha de Newell's, pero cuando éramos chicos era hincha de River. Yo era hincha de River; Lucas, de Newell's, y Leandro, de Boca. Él era fanático de Aimar, que en ese momento jugaba en River, y mirábamos los partidos y los dos hinchábamos para River. Pasamos muchas horas juntos. Solíamos quedarnos en la pensión los fines de semana previos a cuando teníamos que jugar.

Néstor Rozín (ex dirigente del NOB): Nosotros, para mejorar el rendimiento de los chicos, teníamos una pensión, donde venían los chicos de fuera. Como responsable tenían que dormir bien, comer bien.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Leo, la ardillita, dormía arriba del todo de las literas, dormía en la tercera cama. Lo pasábamos bien, teníamos un objetivo en común: tratar de estar todos bien. En ese momento la Coca-Cola de dos litros, la retornable, estaba a 1,25 pesos. Eso era el año 2000, era el Mundialito de Artiaga, y llevábamos unos veinte días viviendo todos juntos en la pensión. Había llovido la noche anterior, y queríamos tomar Coca-Cola, pero ¡nadie tenía un peso! En ese momento estaban haciendo furor los chicos que limpiaban vidrios, y decíamos: «¿Vamos a limpiar vidrios? Al

menos unas monedas». Y a Leo se le ocurrió bañarse de barro, con el barro que había en la cuneta de la vereda, y le caía a la gente que salía del supermercado, y pedía: «Señora, ¿una monedita?», y la señora daba dos pesos. «Señora, ¿una monedita?», ¡paf!, un peso cincuenta, dos pesos... ¡56 Coca-Colas compramos ese día! [risas]. El día de mañana, cuando tenga hijos, les contaré que fui amigo, que jugué, que compartí todo ese tipo de cosas con el mejor del mundo..., ¡va a ser enorme!

Quique Domínguez (entrenador del NOB): Yo le había dicho a mi hijo Sebastián [internacional argentino] que, cuando debutara, y encima le tocó hacerlo con Boca —yo tenía mi corazoncito de River—, le iba a regalaba el Ford Sierra que yo tenía. Ese mismo día, de la emoción, llegué tarde al entrenamiento y, al acabar, salí del vestuario y me di cuenta de que no tenía las llaves del Sierra que le había prometido a mi hijo. Y cuando preocupado volví al vestuario, porque no las encontraba, vi que los chicos estaban sentados, como formados en un colectivo [un autobús], y con Lio en el medio, como si fuera manejándolo, haciendo ruido, como si acelerara, con el juego de llaves en la mano. «Busca esto, Papá Noel», me dijo Lio.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Nosotros, en esa época, en Rosario, al ser tan chicos, no podíamos ir a la discoteca. Entonces lo que hacíamos era hacer reuniones entre amigos e invitábamos a las compañeritas de curso. Por ejemplo, si hacía los años yo, invitaba a mi casa a mis compañeros de fútbol, y a mis amigos de la escuela. Entonces, tratábamos de hacer parejitas. Y siempre estaban invitadas las tres primas de Lucas: Antonella —la mujer de Leo—, Carla —la

más chica— y Paula, que es la más grande. Y Leo siempre, pero siempre —te digo, tenía diez años, once— siempre enamorado de Antonella, siempre, siempre. La verdad es que en ese momento no había *feeling*. Después, supongo que Lucas hizo su trabajo y se conocieron mejor... En las reuniones donde estábamos todos juntos era tímido, no bailaba, se quedaba... Le decíamos: «¡Dale, Leo, dale! ¿Por qué no te hacés el canchero, como todos? ¡Cuando estás en el fútbol te llevás la pelota!». Pero él era tímido, se quedaba sentadito. ¿Travesuras? No, éramos chicos tranquilos. Las travesuras eran eso, salir a pedir monedas, pero nada más. Igual nos juntábamos en su casa a jugar a la PlayStation. O en la de Lucas. El papá de Lucas tenía dos canchitas de fútbol cinco, y nos juntábamos también ahí y seguíamos jugando al fútbol.

Ernesto Vecchio (entrenador del NOB): Siempre dije que tenía un futuro enorme y no me equivoqué. Me hubiera gustado que llegara Rodas también, Depetris, pibes que tenían una técnica espectacular. Pero bueno...

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Yo, cuando jugaba, me daba cuenta de que Leandro Benítez, Lucas y Leo tenían condiciones para jugar en Primera. Lo que nunca me iba a imaginar es que él iba a ser el mejor del mundo. «¿Cuál es tu sueño?», nos preguntábamos, siempre hablábamos de eso. «Llegar a Primera». Su sueño era jugar en Newell's. Luego pasaron las cosas que pasaron y estuvo en el Barcelona, pero para mí que no van a pasar más de cinco años y va a volver a Newell's, seguramente. A los treinta, yo creo que viene a Newell's. Una vez que gane el Mundial —que ojalá que Dios quiera que nos dé el Mundial que viene—, para mí es como que

ya se encuentra realizado.

Adrián Coria (entrenador del NOB): Yo tenía que ir viendo los que comenzarían a jugar en cancha de once. Franco Falleroni, Hugo Tudor e Imanol Caturano eran los jugadores que participaban en esa división. De la misma categoría era Lionel Messi. Lio tenía problemas de crecimiento. No había nadie que pudiera generar el dinero que se necesitaba para el tratamiento. Yo le decía a Pepeto [Roberto Puppo, coordinador de las categorías inferiores de Newell's]: «Vos que tenés influencia y contactos, ¿por qué no te ocupás de ayudarlo? Cuando Lio sea mejor que Diego, te lo va a devolver. Creo que de la plata que estamos hablando para las vacunas es de dos mil pesos por mes». Por suerte tengo de testigo a Falleroni, para que ratifique lo que yo presagiaba. A veces lo comento con el *Tata* Martino y con otros amigos importantes del fútbol.

SEGUNDO ACTO

Uno

En la pared del fondo del escenario a oscuras se proyecta el siguiente vídeo, un anuncio de Adidas con la voz de Leo: www.youtube.com/watch?v=7U2k1EqZp68.

«Cuando tenía once años se me descubrió un problema de hormona de crecimiento y tuve que empezar a hacerme el tratamiento para poder crecer con normalidad. Me tenía que poner todas las noches una inyección en las piernas, una noche en una y otra noche, en otra, todos los días de la semana, y eso tuve que hacerlo durante tres años seguidos.

»Era tan bajito que tenía once años y tenía las medidas de un chico de ocho o nueve años, o menos, y eso se notaba dentro del campo de juego y en la calle con mis amigos.

»Contaban que, cuando entraba al campo, o cuando iba al colegio, a la hora del almuerzo, siempre era el más chiquito de todos y con mucha diferencia con los demás, siempre así hasta que terminé de hacer el tratamiento y pude terminar de crecer bien.

»Yo creo que, al ser más chico que los demás, quizá era un poco más rápido y más ágil, y eso me ayudaba a la hora de jugar al fútbol.

»De toda esta experiencia, lo que he aprendido es que, al principio, lo que parecía todo mal y todo feo, se convirtió en todo positivo y pude conseguir mucho, bueno, estas cosas, lo que he conseguido con mucho trabajo y mucho esfuerzo».

Se proyecta otro vídeo con la imagen de dos piernecitas con pantalones cortos, un estuche con lo que parece un lápiz y es, en realidad, una jeringuilla. Vemos cómo monta la jeringuilla y se

pincha en la pierna. La imagen funde a negro para volver a verse, a los pocos segundos, el mismo ejercicio: dos piernas, un estuche, una inyección, esta vez en la otra pierna. Todo mientras se oye la voz de un chico argentino:

Leo Messi en *El Gráfico*: «Estaba un poco más chico que los demás, pero adentro de la cancha no se notaba... La gente que me veía [inyectarme] se sorprendía o se ponía mal. A mí no me molestaba ni me dolía. A cualquier lado que iba llevaba la jeringa en un estuche y la ponía en seguida en la heladera. Después agarraba y me la aplicaba yo mismo en el cuádriceps. Todas las noches era así. Un día en una pierna y otro día, en otra».

Se encienden las luces del escenario, débiles porque figura que está cayendo la noche. Sentados en la mesa de Malvinas quedan unos pocos haciendo la última cerveza.

Néstor Rozín (ex dirigente del NOB): Cuando pasa de la cancha de siete a la de once, notamos la diferencia, porque Newell's se caracterizaba por traer jugadores del interior corpulentos, bien alimentados, y él era chiquito.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Se las ponía [las inyecciones] como algo normal. Él nunca me contó lo que significaba. Llevaba una valijita chiquitita, como una heladera, con hielo, y adentro llevaba las ampollitas con el líquido, y era tipo una lapicera con una agujita, y tenía un hueco

donde metía la ampollita, giraba, se la ponía en la piernecita y caía el líquido directamente adentro del cuerpo. Una semana en una y otra semana en la otra, todos los días. Antes de dormir. Siete días en una pierna, siete días en la otra. Él lo hacía muy normal, así, ¡tasca! Listo, se la sacaba, no es que se quedara mirando como para que le preguntáramos, no. Cuando estábamos todos en la pensión, que éramos como dieciséis chicos de once años, imagínate... Pero él ni reía, ni contaba, ni nada.

Juan Cruz Leguizamón (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Vos le mirabas las piernas y las tenía llenas de pinchaduras, pero no sabíamos bien lo que era. Éramos chicos y a esa edad no tomás conciencia. Solamente nos interesaba jugar.

Matías Messi (hermano de Leo): Sí que fue algo pesado para toda la familia; en realidad, los hermanos mucho no lo sentíamos, porque éramos muy chicos, pero la familia sí lo sentía.

Gerardo Grighini (ex jugador de las categorías inferiores del NOB): Lo que le ha llevado tan alto es el talento, seguramente, y creer en él mismo. Yo no creo que cualquier persona tenga la capacidad mental de decir: «Esto me lo hago porque yo sé que me va a servir en un futuro», teniendo diez u once años; él solito se clavaba la jeringa, se ponía la inyección, se iba a dormir; él sabía que eso, en un futuro, le iba a ayudar, porque él tenía que cumplir con su sueño, que era llegar a Primera.

Lucas Scaglia (mejor amigo de Leo, futbolista): No lloró nunca [con lo de las inyecciones].

Dos

La familia Messi decidió ir a un doctor especializado porque veían que, a los diez años, su hijo Leo no tenía la estatura de otros. Tuvieron que hacerle unas pruebas.

Sobre el escenario vemos la reproducción de la consulta del doctor Diego Schwarzstein, una casa antigua cedida por su padre años atrás. Es un cuarto pequeño, de tres por tres metros, situado en un primer piso al que se accede por una escalera de madera, señorial, de esas de boiserie que se hacían hace un siglo. Junto a la consulta, una pequeña sala de espera. Vemos al doctor Schwarzstein, con bata blanca, buscando papeles en una cajonera que tiene al lado de su mediana mesa de escritorio. Empieza a hablar mientras repasa informes antiguos.

«... bueno, “uno de estos chicos —me dijeron—, concretamente tenemos uno que es el mejor, es un fenómeno, pero necesitamos que crezca”. Cada tanto, cuando en Newell’s algo les llamaba la atención, cuando los médicos veían algo en lo que era bueno que interviniera un endocrinólogo, me llamaban y me decían: “Queremos que veas a este paciente”. Y bueno, en ese contexto, con ese sistema, llegó Leo a mi consultorio, con su madre.

»En realidad de algunas cosas me acuerdo y de otras me fui acordando después, porque te imaginás que la historia clínica de él la tuve que releer muchas veces. Para contestar a preguntas, y otras

veces para mirar, ¿no? Porque a mí mismo me daba curiosidad. Mirá el pibe este..., a ver cómo era la cosa antes, ¿no? Fue el día de mi cumpleaños cuando vino a mi consulta la primera vez. Un detalle curioso, el 31 de enero de 1997, si no recuerdo mal. Vino con su madre y yo le expliqué un poco lo que les explico a todos los chicos: que la medicina no puede ayudar a crecer a todo aquel que se proponga crecer, la medicina puede ayudar a crecer al que tenga problemas que le impidan crecer normalmente. Entonces, no existe un tratamiento o un medicamento para crecer, lo que sí existen son problemas que impiden o dificultan el crecimiento normal. Y cuando nosotros detectamos estos problemas es cuando podemos ayudar a que los chicos crezcan. No es frecuente su caso, pasa en uno de cada veinte mil nacimientos, y a veces requiere de hasta seis años de inyecciones. Pero ¿no es un experimento, eh! Llevamos más de treinta años usando este tratamiento. Le dije de hacer unas pruebas.

»En todo caso, un chico que mide lo que le toca medir, porque así lo ha decidido su genética, puede estar contento o no, pero la medicina no puede cambiar esa situación.

»Yo les explico esto porque a veces los pacientes tienen la expectativa de que el médico les va a dar una pastilla mágica que los va a llevar a jugar a la NBA. Y eso no existe. Lo cuento para no crearles falsas expectativas y, bueno, a partir de ahí empiezo a estudiar. Lo que recuerdo de Leo, que no sé si es de la primera vez o de la siguiente, es que era un chico introvertido, reservado...

»Pero como a él le gusta mucho el fútbol y a mí también, rápidamente pudimos romper el hielo hablando de quién era su ídolo, y de lo que a él le gustaba, y de qué jugaba... En seguida pudimos establecer una buena relación, y supe que a él lo que le importaba era ser jugador de fútbol. O sea, cuando le planteaba que

por ahí tenía que hacer un estudio un poco agresivo, o un poco incómodo, o que había determinadas etapas, o... Yo pensaba que se podía poner ansioso y él me decía: “Yo quiero jugar al fútbol”. Lo que le preocupaba era si iba a crecer lo suficiente como para ser jugador de fútbol.

»Bueno, el diagnóstico es un tanto engorroso, pero llegamos al mismo relativamente pronto. Esto es: hacen falta algunas pruebas, que en ese momento más que ahora, tardaban. Te digo, sobre todo, a finales de los noventa, cuando no teníamos otras técnicas bioquímicas, diagnósticas. A veces también en Argentina es laborioso que la Seguridad Social te autorice a realizar el estudio. Si los estudios dicen que el problema de falta de hormona de crecimiento existe, hay que realizar nuevas pruebas confirmatorias, para tener plena certeza del diagnóstico. Y, además, uno de los elementos que usamos para diagnosticar es la velocidad de crecimiento, y la única manera que tenemos de medir la velocidad de crecimiento es medir a alguien hoy y volver a medirlo dentro de unos meses. Con lo cual, en general éste es un diagnóstico que lleva no menos de tres o cuatro meses y, en el caso de Leo llegó, si no me equivoco, a seis.

»Y, sí, bueno, lo que faltaba es una hormona. Se obtiene por ingeniería genética exactamente lo mismo que falta y se inyecta de forma subcutánea una vez por día. El tratamiento consiste en darle al cuerpo, al organismo, una cosa que le está faltando. El propio organismo no lo fabrica; entonces se recibe de forma externa. Es caro, sí, es un tratamiento caro, mil quinientos dólares por mes, más o menos.

»“Hay que pincharse”, le dije».

El doctor saca de un armario un estuche pequeño que va abriendo mientras habla.

«¿Que cómo reaccionó? Pues no me acuerdo. Con lo cual quiero decir que reaccionó como reacciona cualquiera ante estas circunstancias, porque no recuerdo nada en especial.

»La jeringuilla es un lápiz que en lugar de tinta tiene hormona de crecimiento, y en lugar de lapicera, una aguja. Entonces, primero se carga la dosis, tiene un regulador, se pincha, la aguja puede estar tapada, está efectivamente tapada... y bueno, se pincha. Normalmente el primero lo pongo yo en el consultorio, y bueno..., o los ayudo o se los pongo directamente yo, y superviso hasta que aprenden a hacerlo solos. Se pueden poner en el muslo, se pueden poner en el abdomen, se pueden poner en el brazo. Es muy similar a la insulina, habréis visto gente pinchándose insulina. Cada uno elige la zona que le queda más cómoda para pincharse, que le duele menos, que..., que le gusta. Y bueno, evidentemente Leo privilegiaba los pinchazos en las piernas por encima de otras ubicaciones.

»Cuando se lo doy a mis pacientes les digo: “Quedate tranquilo que esto no duele nada”. A la hora de la verdad... es un pinchazo, ¿sí? Un mosquito duele más. O sea, es un pinchazo, se usan unas agujas que realmente cuesta verlas. Son agujas que se cambian todos los días, nunca se desafilan, eh..., son cortísimas. Hoy en día hay agujas que miden tres milímetros. Entonces vos decís: ¿duele? Mirá, si yo te pincho mirando para otro lado, según dónde te pinche, no te enterás.

»Estos son pacientes que uno ve más o menos seguido. En la etapa diagnóstica lo debo haber visto entre cuatro y cinco veces en un semestre. Y después lo veía más o menos trimestralmente. Le preguntaba: ¿cómo te va?, ¿quién te entrena?, ¿ves a los grandes en las prácticas?... y estas cosas, pero después uno va estableciendo una relación que excede lo técnico, el parte médico del paciente. Y un día viene con el papá y entonces le preguntás por la mamá..., y otro día viene con la mamá y le preguntás por el papá, y... ¡Qué sé yo! Entonces te dice: mi papá no vino porque está haciendo tal cosa..., vas charlando, vas estableciendo una relación, ¿no? Por lo menos ése es mi estilo.

»Y me decía: “Yo lo que quiero es jugar al fútbol”.

»Siempre intento explicarles que el tratamiento no tiene que ver con ser o no futbolista, tiene que ver con crecer. Es decir, si yo hubiera querido ser taxista hubiera tenido que recibir el mismo tratamiento, a no ser que hubiera querido ser un taxista muy petiso [bajito]... Ja, ja, ja. La diferencia es que siendo muy, muy petiso, hubieras podido ser igualmente taxista, y en una de esas le costaba mucho ser futbolista, pero... tampoco es que el tratamiento... O sea, la relación entre el tratamiento y el fútbol era más indirecta. El tratamiento era para crecer, y el crecer lo iba a ayudar en el fútbol, pero... Él tenía claro que iba por ese lado.

»No recuerdo verle llorar. No. ¿En mi consultorio? No, no recuerdo a Leo llorando. Es más, yo tengo claro que si le preguntás cuáles fueron sus peores momentos, lo que más sufrió, lo que más le costó... Yo no creo que él se acuerde siquiera del tratamiento. No recuerdo que el tratamiento haya sido especialmente traumático. O sea, evidentemente, para todos los chicos, cuando vos les decís que tienen un problema y que se va a solucionar poniéndose unas

inyecciones, les genera una dualidad. Primero se ponen contentos cuando vos les decís que el problema es fácilmente solucionable. O, por lo menos, no sé si fácilmente, pero totalmente solucionable. Y entonces esta dificultad para crecer va a desaparecer y van a crecer con normalidad, y van a superar las limitaciones que esto les impone..., se ponen muy contentos. Y cuando les decís que la solución es ponerse una inyección durante los próximos dos mil días, o..., no sé..., tres, cuatro años..., no les hace mucha gracia. Pero no me acuerdo de que su reacción fuese llorar. Sí, evidentemente cuando le dije: “Che, te vas a tener que poner una inyección”, no le gustó nada, pero ¿a quién le gusta?

»Si vos te fijás, los jugadores..., es raro encontrar a un jugador como Cristiano Ronaldo, que es talentoso y grandote. En general, los talentosos son pequeños. En Argentina, son los casos de Orteguita, que supo jugar en el Valencia, o... de Maradona, o del mismo Neymar; no son jugadores grandotes. Me parece que, por el tipo de juego y por el tipo de regates que hacen, deben tener el centro de gravedad bastante bajo, y... Por cuestiones de movimiento, ¿no? Pero después... El talento que tiene Leo para jugar a la pelota es increíble».

El doctor va ordenando los papeles en su mesa de despacho. Se saca la bata blanca. Está cerrando la consulta.

«A ver, el tratamiento que hizo Leo no tiene absolutamente ninguna injerencia en su maduración emocional, por decirlo de alguna manera. Pero lo que sí está claro, yo te lo digo incluso como petiso... Soy petiso, mido 1,70 y era petiso en mi infancia también.

Y en un determinado momento te supone una cierta desventaja. Con tus compañeros que son más grandotes... A ver, en los chicos es común que uno llegue a la pelea, y acá no estoy hablando de Messi en particular, estoy hablando en general. En los chicos es fácil llegar a la pelea por cualquier tontería y, si sos chiquito, cobrás. Si sos grandote es más fácil ir al frente, ¿no? Y con las chicas, tres cuartos de lo mismo: a las chicas les gustan los tíos más cachas. Cuando sos pequeñito, pero muy pequeñito, o sea... Realmente el caso de Leo era patológico, le faltaba una hormona. Él estaba por debajo de lo que se consideran estándares normales. Evidentemente todo eso te genera también, más allá de tus rasgos de personalidad, una cierta inhibición, inseguridad... Entonces, cuando el cuerpo te permite, o por lo menos no te genera limitaciones, bueno..., uno tendrá los rasgos de personalidad que tenga, pero una persona de por sí reservada, introvertida, si tiene algún tipo de limitación, se puede sentir más insegura.

»¿Que si es dopaje? La hormona de crecimiento se ha utilizado como un suplemento en adultos que no la requieren, con el objetivo de obtener algún tipo de ventaja deportiva. Lo que pasa es que hay que diferenciar el tratamiento con hormona de crecimiento en un adulto que no la requiere, a las dosis necesarias para que produzca beneficios físicos del tratamiento de un retraso fisiológico de un chico con déficit. Y atención que son dosis altas y que no están exentas de generar algún inconveniente de efecto colateral negativo, aunque no fue el caso de Leo.

»Lo primero que hay que decir es que Leo era un chico de nueve años, y yo creo que ni siquiera él se imaginaba este presente. Es más, si uno pudiera preguntarle: cuando vos tenías nueve, diez, once años, ¿qué soñabas? Yo no creo que él haya soñado esto, creo que

esto excede cualquier sueño. A ver, yo cuando era chico soñaba que un día iban a ponerme la camiseta número nueve de Ñuls, iba a entrar faltando cinco minutos e iba a hacer el gol del triunfo. Eso soñaba, que me iban a poner la número nueve de Argentina y le iba a hacer el gol en el último minuto de la final del Mundial. Pero, si se cumple, hay que decir que excede todo sueño y, por supuesto, de ninguna manera el tratamiento que él hizo apuntaba a conseguir esto. Él era un chico de nueve años al que le gustaba el fútbol como al 99 por ciento de los chicos de nueve años en Argentina, y que..., bueno, jugaba en las divisiones inferiores de un club y quería llegar a jugar en la Primera División de ese club. Imaginate que en Newell's debe haber hoy, entre los ocho y los diez años, cien chicos a quienes les podemos dar las mismas condiciones y entonces les damos el mismo tratamiento, ¡así tenemos cien Messis! Y ni hablar de La Masía del Barcelona, que tienen una capacidad económica muy superior a la nuestra, y probablemente divisiones inferiores también superiores a las nuestras. Ellos deben estar fabricando ahora, con hormonas de crecimiento, unos diez o doce Messis por año.

»Yo tengo un hijo adolescente, así que, cuando yo le di este tratamiento a Leo en 1997, mi hijo tenía tres años. Si darle este tratamiento a un chico lo transforma en el mejor jugador del mundo, se lo hubiera dado a mi hijo, no a Leo.

»Además, el tratamiento este se interrumpió, si no me acuerdo mal, cuando Leo tenía quince o estaba a punto de cumplirlos. Ya en Barcelona. Se dice que el crecimiento como el suyo fuerza el cuerpo y provoca problemas musculares como los que tuvo de adolescente, pero no tiene nada que ver, porque en realidad cualquier chico con déficit de hormona de crecimiento crece menos de lo que corresponde. Y cuando el tratamiento repone el déficit y el niño deja

de tener este déficit, empieza a crecer normalmente igual que su vecino de al lado, ¿se entiende?

»De alguna manera esto también te explica por qué no es dopaje: el que tiene un déficit de hormona de crecimiento tiene una desventaja respecto a los demás. Y al compensar el déficit, al sustituir con la hormona que falta lo que falta, lo que hace es dejar de tener la desventaja, pero no tiene ninguna ventaja.

»Pero era ciertamente un tratamiento caro. En realidad, la Obra Social de Jorge, [la Seguridad Social del padre del jugador] se portó muy bien durante mucho tiempo. Lo que pasa es que este país se prendió fuego en el año 2000 o 2001, se rompió toda la red social, y fueron muchas las situaciones en las que los tratamientos perdían continuidad, se interrumpían..., generaban mucha incertidumbre. Digamos que este país, literalmente, se prendió fuego. Quizás en ese momento Newell's pudo haber hecho algo más.

»En el campo nunca lo vi jugar con la camiseta de Newell's, espero verlo algún día. Lo he visto sobre todo por la tele. A ver, lo vi jugar con la camiseta de Argentina. Igual un día lo veo con la rojinegra. Espero que sí, porque, además, cuando él tenía dudas acerca de si iba a ser futbolista o no, yo le decía: "Quedate tranquilo que sí, y me vas a dedicar un gol. Yo te voy a decir en dónde estoy, dónde me siento, y vos vas a venir y me vas a dedicar un gol". Y cuando lo veo, le digo: "Me debes ese gol". Ja, ja..., con la camiseta de Newell's en el Coloso, en la cancha nuestra».

El doctor cierra todas las luces menos una, se planta delante de la puerta que va a dar a una salita pequeña contigua. Coge su sombrero, porque los médicos siempre deberían llevar sombrero.

«En algún momento él me miraba y decía: “Éste es el médico que me ayuda a crecer”, y seguramente me miraba desde abajo y yo era como una imagen muy fuerte para él. Y hoy yo lo miro y digo: “Y éste es el mejor jugador del mundo”».

Se oye la voz de un niño: «¿Creceré?».

«“Vas a ser más alto que Maradona. No sé si vas a ser mejor, pero serás más alto”.

»Eso le dije».

Tres

Se oye la voz de un locutor de radio argentino, podría ser Gazzo, hablando del baby fútbol de Newell's. Sobre la pared del escenario aparecen en grandes letras los siguientes datos, uno a uno y finalmente todos a la vez:

Con diez años, en enero de 1997, Leo medía 1,27 centímetros. Edad ósea retrasada.

Cuando Leo cumplió los once años, medía 1,32 centímetros, pesaba 30 kilos.

Con doce años, Leo medía 1,48 centímetros y pesaba 39 kilos.

Hoy, mide 1,69 centímetros, dos centímetros más que Maradona.

Una familia de tres chicos y una chica, la más pequeña, con la madre y el padre también presentes, se reúne alrededor de una mesa en un comedor pequeño y hablan entre ellos, especialmente el padre al resto, aunque todo el mundo interviene.

En un televisor de cuerpo grande de los que todavía quedaban en el año 2000 se ven imágenes de una Argentina con dificultades.

De repente, todas las luces menos una se apagan. La única que queda se dirige hacia el padre de familia, quien se gira hacia la audiencia y responde las preguntas que le hace una voz en off profunda y con acento alemán. Lo que sigue es una entrevista que Jorge Messi concedió a la revista Kicker.

Kicker: ...hubo muchos nervios y miedo e incertidumbre.

Jorge Messi: Bueno, dentro de todo yo tenía un trabajo en Acindar, donde me iban a esperar y yo estaba bien ahí. Era la época del «uno a uno» y mi sueldo de 1600 pesos no estaba tan mal. Salvo que el tratamiento costaba 900, así que más de la mitad. Y la Obra Social sólo me reconoció el tratamiento durante dos años, el tercero ya era muy difícil.

Kicker: E hicieron falta dos años más, como nos explicó el médico endocrinólogo Diego Schwarzstein, que estaba a cargo del tratamiento.

Jorge Messi: Sí, y es mentira lo que dice uno u otro de que el Estado se hubiese hecho cargo de esto. El Estado nunca me llamó y yo tampoco no pude lograr nada. A lo mejor si yo hubiese logrado hablar con gente de altas esferas..., pero era un ciudadano común, nadie me conocía.

Kicker: Usted dijo alguna vez que «hoy, capaz que no haría esto otra vez...».

Jorge Messi: Fue un riesgo, por más que en mi trabajo me esperaban a ver cómo nos salía todo en España. Pero esas idas y vueltas, la incertidumbre y todo, no fue para nada fácil.

Kicker: ¿Y qué dijeron? [Cuando fueron a hablar con el River.]

Jorge Messi: Cuando volvimos, dijeron en Newell's «nosotros pagamos el tratamiento, quedate tranquilo». Pero no pasó nada, volví a hablarlo, era como pedir una limosna, me dieron trescientos pesos más y nunca más nada. Pero no fue Newell's como institución la que falló, fue la gente que en ese momento mandaba ahí.

Kicker: En síntesis: ¿si algún club argentino hubiese pagado el tratamiento, Lionel no se hubiese ido de Argentina?

Jorge Messi: Si lo hubiesen pagado, por supuesto que se quedaba en Newell's.

[...]

Kicker: ¿Y qué dijo Leo?

Jorge Messi: Él tenía ilusión de ir [al Barcelona].

Se apagan las luces.

Cuatro

Sergio Levinsky, autor, sociólogo, periodista, se dirige a la audiencia desde un escenario sobre cuyo telón de fondo se van proyectando, incluso sobre su persona, datos o imágenes de chavales jugando al fútbol, o abuelos exigiendo su dinero, o bancos cerrados, o aficionados iracundos, imágenes de la televisión argentina de 1999, 2000 y 2001, cosas así, relacionadas con lo que Sergio va contando.

Como dicen en su libro, *La infancia hecha pelota* (2000), Sandra Comisso y Carlos Benítez: «Una cosa es tener un hijo al que le gusta el fútbol, y que además juega bien, y otra, muy distinta, es formar un crack, con todo lo que eso significa». No parece que sean casualidades ni el año en el que el libro apareció, ni que el prólogo haya sido escrito por el genial humorista, ya fallecido, Roberto Fontanarrosa, uno de los mejores lectores de la realidad argentina y nacido, como Lionel Messi, en Rosario.

El libro, que está dividido en siete capítulos y que al final contiene fichas orientadoras sobre cómo organizar y conducir el entrenamiento infantil, ayuda a no cometer errores y a desarrollar la preparación física adecuada a la edad y posibilidades de cada chico; bucea en la forma en la que el fútbol se fue convirtiendo en un negocio que se traslada a los niños, y en cómo éstos son presionados por muchos de sus padres, entrenadores y representantes para dejar de ser un placer y transformarse en una obligación cuasi profesional.

En todo caso, en el prólogo, Fontanarrosa afirma, con acierto,

que «nadie tiene derecho, me parece, a frustrar los sueños de un pibe». Entre tantas cosas, el libro se pregunta si será posible que un chico que no llega a los diez años pueda soportar la carga de ser el sostén económico de una familia jugando al fútbol.

Y es que, en Argentina, desde hace ya muchos años, pero acentuado en el principio del siglo XXI, la frustración socioeconómica de un vasto sector de su población (se calcula que un cuarto del total de unos cuarenta millones de habitantes según el último censo nacional de población de 2011), terminó viendo en el fútbol su tabla de salvación, a falta de otros caminos.

¿Cómo se llegó a esto? Por un lado, hay que entender que Argentina vivió, de 1999 a 2001, la etapa final de un plan económico que duró exactamente un cuarto de siglo (1976-2001), perpetrado por los sectores oligárquico-financieros, apoyados por la Iglesia, desde un sangriento golpe de Estado que terminó con un saldo de treinta mil desaparecidos, a partir del 24 de marzo de 1976.

Este plan consistió, como en el resto del continente sudamericano, en que los bancos norteamericanos prestaran a Argentina a una altísima tasa de interés. El país quedó endeudado de tal manera que terminó exánime y, al aumentar los intereses, fue siendo monitorizado desde organismos como el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Así fue que, tras la caída del gobierno de una alianza de centroizquierda en 2001 presidida por Fernando de la Rúa, en la última semana de diciembre, Argentina, sacudida desde todos los rincones por una movilización popular que exigía «que se vayan todos», llegó a tener cinco mandatarios distintos en una semana hasta que la clase dirigente optó por designar en el cargo, sin elecciones,

al poderoso peronista Eduardo Duhalde a principios de 2002.

Por esos tiempos, el país vivía atrapado por el «corralito» y por el «corralón».

El hecho de que los grandes bancos extranjeros, ante la crisis, se llevaran sus fondos a sus casas matrices, derivó en que no se pudiera sacar en los cajeros ningún dólar norteamericano (la moneda fetiche para los argentinos, siempre desconfiados de su moneda nacional) y, lo que fue peor, se colocó un límite bajísimo para cualquier extracción de pesos, una medida innecesaria quizá: en realidad, los cajeros dejaron de funcionar (corralito).

En ese caos, en determinado momento se decretó un feriado bancario (vacaciones bancarias), cuando aún persistía la paridad dólar-peso 1-1. Y, cuando tras varios días se recuperó la actividad, el dólar valía el triple. De repente, mucha gente pasó a tener solamente un tercio de sus ahorros de un día para el otro sin poder hacer nada al respecto (corralón).

En otras palabras, los bancos le habían robado a la gente, pero con guante blanco. Esto derivó en manifestaciones masivas a las puertas de los bancos (cuyas persianas se mantenían cerradas), jubilados golpeando los ventanales hasta con martillos o palos y un lógico descreimiento total en el sistema bancario argentino.

Por esos tiempos, también, ante la falta de dinero circulante, desde el Gobierno se implementó un sistema de papeles pintados. Bonos que en cada provincia tenían nombres diferentes (Patacones, Lecor, Lecop, dólar tucumano), que cotizaban menos que el peso, y algunos comercios anunciaron en sus vidrieras que aceptaban muchos de esos bonos, al igual que dólares, pesos, reales y todo tipo de tarjetas de crédito. Aún muchos recuerdan aquella vana promesa de Duhalde de que quienes tenían dólares en sus cuentas «recibirán

dólares» así como los que tenían pesos «recibirán pesos».

Es en aquellos tiempos, en la más grave crisis institucional que haya vivido Argentina, cuando el fútbol terminó de ocupar un lugar preponderante que ya venía construyéndose en el imaginario colectivo.

Si los triunfos de los equipos representaban en aquellos años uno de los pocos éxitos en la vida de cada miembro de las clases más frustradas, derrotados en los partidos del día a día, la única posibilidad de emerger de esa situación de desasosiego era mediante la aspiración a que algún familiar con condiciones técnicas se convirtiera en futbolista profesional y «salvara» al resto del desastre al que parecían estar condenados desde el mismo nacimiento (se repetía una frase que caló: «yo soy yo y mi tío de América»). El argentino recibió ayuda de los afortunados que triunfaron o ganaron dinero fuera del país).

Por cierto, parecía increíble escuchar desde las tribunas, en partidos de Primera, que muchísima gente desocupada o en situación desesperada, pudiera gritarle «¡fracasado, fracasado!», a un jugador por el sólo hecho de no triunfar deportivamente en Europa, pero hay que tener en cuenta el simbolismo que eso representaba. En los noventa asistimos a la impregnación, incluso en los niños, del mensaje menemista de la falta de escrúpulos, que es lo que el poder desprendía: eso acabó trasladándose al fútbol, a los partidos. En los años dos mil, asistimos a niños-profesionales que juegan soportando los gritos desaforados de sus padres en los entrenamientos y partidos de sus categorías, con marcas de indumentaria que los persiguen para los primeros contratos, la aparición de agentes que bucean en los talentos futuros y posturas de estrellas a muy corta edad.

Así se llegó a que en el llamado *baby* fútbol aparecieran casos de padres que golpeaban a sus entrenadores y a árbitros, clubes que robaban jugadores, partidos con presencia policial y empresarios que aprovechaban la ansiedad familiar.

En ese contexto, se hizo común el caso de niños o jovencitos que, con padres más o menos exigentes según cada historia familiar, carácter o contexto social, se fueron acostumbrando a mantener sus hogares o la economía familiar, muchas veces teniendo a su cargo enormes estructuras.

Algunos pocos han tenido la suerte de encontrarse con entrenadores valiosos, que se preocuparon primero por su condición humana. Uno de ellos fue Carlos Timoteo Griguol, hacedor del Ferrocarril Oeste preponderante en los años ochenta o de Gimnasia y Esgrima La Plata en los noventa. «Él nos aconsejaba que el primer gran dinero que cobráramos fuera para comprarnos la casa, y se volvía loco si nos veía en un coche último modelo», suelen sostener sus ex jugadores. También Griguol fue uno de los pioneros en exigir buenas notas en los estudios como condición para jugar en el equipo, algo que era poco usual. Quique Domínguez o Ernesto Vecchio pertenecen también a esta clase de entrenadores con sensibilidad.

Ya a principios de los ochenta, el propio Diego Maradona fue el prototipo de uno de los casos más claros de cómo un joven terminaba manteniendo a toda una enorme familia cuando primero logró que Argentinos Juniors comprara una casa en Buenos Aires y terminara con su vida inicial en una *villa miseria* cerca de Lanús. Ya en Barcelona desde 1982, se supo que en su casa alquilada vivían desde su novia Claudia hasta una buena cantidad de amigos y que giraba mucho dinero a su familia.

En ese contexto se encuentra la familia Messi en el año 2000.

Como tantas miles de familias en el país, los Messi entienden que merece la pena arriesgar para que su hijo triunfe en el gran fútbol del mundo.

Y así la familia, de manera lógica y con muchísima fuerza espiritual, decide comenzar una gran aventura.

Cinco

Con el inicio de siglo, empieza un período de exilio para los argentinos que cruzan el Atlántico en busca de un sueño. La crisis acentuó el proceso de las canteras como semillero del fútbol del país. Un jugador empezó a convertirse en un activo y en muchos casos el principal ingreso de los clubes, instituciones donde a menudo iban de la mano la urgencia económica y la expoliación de algunos dirigentes y empresarios. Así pues, el exilio futbolístico también empezó a convertirse en un cosa habitual y fue creciendo con el paso de los primeros años del siglo XXI (entre 2009 y 2010, Argentina exportó casi dos mil jugadores de fútbol, más incluso que Brasil, el histórico exportador de futbolistas número uno).

Estamos en una cafetería de techos altos. En una esquina, una pantalla de televisión de 2000, parecida a la anterior —o la misma si no hay más presupuesto—, donde se emite la animada conversación familiar que vimos antes, pero sin voz. Alrededor de la mesa, los personajes toman café. A un lado, una gran cristalera. Lluve fuera.

Doctor Schwarzstein (endocrinólogo): La Argentina ha sido un país expulsivo en toda esa época, de hecho, entre el año 2000 y 2003 o 2004, la cantidad de argentinos que marcharon a España a trabajar de lo que sea se multiplicó por un número elevadísimo.

Liliana Grabin (psicóloga deportiva): En verdad fuimos

«expulsados» del país porque hasta mi hija se fue de Argentina, a Estados Unidos. Fue la debacle total.

Sergio Levinsky (sociólogo): Jorge Messi trabajaba en Acindar, que era una empresa estatal y, en muchos casos, como el país estaba mal, había una pregunta subyacente acerca de lo que les podía llegar a pasar. Ante esta situación, con la chance que tenía Leo y al confiar en su talento, me parece que puso muchas fichas allí.

Liliana Grabin (psicóloga deportiva): El de los Messi fue un gran desafío. Es desafiar lo instituido, lo dado y decir «puedo construir desde otro lugar con una mejor visión de futuro». Cuántas personas habrán dicho «yo de acá no me muevo, tengo miedo, esto es lo seguro» y en verdad hubo gente que se fue y, con su visión de futuro, habilidad y talento, lo logró. No cualquiera lo conseguía.

Sergio Levinsky (sociólogo): Desde la sociología hay tres niveles de expulsión o de salida de argentinos en los últimos años: la de La Noche de los Bastones Largos (1966), que es la que expulsa más que nada a los científicos, que son «los Milstein», por César Milstein, ganador del Premio Nobel de Medicina (1984) y que generó un gran impacto. Ya había hecho su vida en Londres y, aunque le ofrecieron volver, ya no era posible para él. La segunda generación fue la de la dictadura militar en 1976, que fue la de exiliados, más que nada, políticos. Entre ellos, se puede dar como ejemplo a un periodista como Ernesto Ekaizer. Y la tercera es la de 2000-2001, la de los expulsados por la situación económica, por el menemismo. La de Messi es la tercera.

Liliana Grabin (psicóloga deportiva): Argentina es expulsiva cada diez-quince años. Creo que, así como es la tierra a la que nuestros abuelos quisieron venir para hacer las Américas, hoy

decididamente es una tierra expulsiva con dos o tres generaciones con malos gobiernos, que hicieron que nos quisiéramos volver nuevamente a Europa.

Federico Vairo (supervisor de la prueba en River, ya fallecido): Yo iba a buscar chicos y hay muchos en Rosario. Un amigo me trajo a Messi, lo vi chiquitito. El padre me dijo que le gustaría que lo viera. Iba a cumplir doce años y tenía pruebas de los de dieciséis. Le expliqué eso, pero el padre me dijo que estaba acostumbrado a jugar con más mayores.

Eduardo Abrahamian (ex dirigente del River, ya fallecido): Fue en 2000. Messi tenía doce años y lo trajeron sus padres a River junto a otro chico de apellido Giménez, con el que hacía dupla de ataque en Newell's. Los infantiles se entrenaban en la Ciudad Universitaria. Ya el primer día que lo vi me maravilló y llamé a Délem, que era el coordinador de las inferiores, para que lo viniera a ver.

Leandro Giménez (ex jugador de las categorías inferiores del NOB y del River): Vinimos juntos a la prueba. Viajamos en auto con Federico Vairo, y nuestros padres vinieron aparte, en el auto de Jorge [Messi]. Estábamos muy nerviosos. ¡Nos íbamos a probar en River! Yo estaba tan nervioso que hasta me olvidé los botines en mi casa. Menos mal que vino mi viejo y los trajo. Nos sobresaltamos de entrada cuando escuchamos cómo un preparador físico les gritaba a los jugadores de River: «Estos pendejos vienen a sacarles el puesto, así que los tienen que matar».

En la pantalla de televisión se emite el «Informe Robinson»

sobre Messi. Un personaje grita: «Mirá, es Jorge Messi». El resto se vuelve hacia la pantalla y escucha a Jorge.

Jorge Messi (en «Informe Robinson»): Se forjó la fila de jugadores que estaban a prueba y a él lo vieron y, como era el más chiquito, le dijeron, ponte ahí. Último. Y empezaron a entrar los chicos a probarse y él era el último y no lo llamaban, y yo estaba en el tejido del alambrado y le decía: «Vigilá a ver si te ponen, que se va a terminar la prueba». Y nada de nada hasta que el que estaba manejando este tipo de pruebas se giró de vuelta así, lo miró y le preguntó: «¿De qué juegas?». Y él le dijo: «De media punta, enganche». Y le contestó: «Bueno, pues *entrá, jugá...*». Pero así, de esta forma, sin darle demasiada importancia. Pasaron dos minutos, tres, hasta que recibió la pelota y, cuando recibió la pelota, hizo dos o tres cosas que para nosotros eran normales, ya que lo hacía siempre.

Leandro Giménez (ex jugador de las categorías inferiores del NOB y del River): Cuando entró, en la primera jugada, le tiró un caño a un central que medía como dos metros. En la segunda, le tiró otro.

Jorge Messi (en «Informe Robinson»): Y el que lo estaba manejando, lo miró así (cara de sorprendido) y dijo: «¿Quién es el padre?». Entonces me doy la vuelta y le respondo: «Soy yo». Dice: «Lo queremos, ¡eh!». ¡En dos pelotas que tocó! Porque hizo tac-tac y le pegó al arco y el arquero tuvo que esforzarse para pararla. Me preguntó si podríamos traerlo a River y yo contesté: «No..., la verdad es que está en Newell's, pero si ustedes manejan la situación y hablan con Newell's para traer y manejar

el pase, ningún problema». Dijo: «No, pero que nos van a pedir dinero, que esto que lo otro...». Bueno, en definitiva, cayó en seco.

Leandro Giménez (ex jugador de las categorías inferiores del NOB y del River): Abrahamian nos pidió que volviéramos el martes. Ese día nos puso a los dos. Jugamos contra un selectivo de chicos que también se iban a probar...

Federico Vairo (supervisor de la prueba en River, ya fallecido): A los diez minutos, lo llamé. Lionel pensó que lo iba a retar porque gambeteaba a todos, pero le dije: «No le des la pelota a nadie y, si me ves a mí en el camino, también me *tenés* que gambetear».

Leandro Giménez (ex jugador de las categorías inferiores del NOB y del River): ...y ganamos como 15 a 0. Leo hizo entre ocho y diez goles. Abrahamian nos anunció que nos querían fichar.

Federico Vairo (supervisor de la prueba en River, ya fallecido): El pequeño Messi se aseguró así la oportunidad de intentar acceder al club riverplatense. De la Subcomisión de Fútbol lo vieron muy chiquito. Había que darle una pensión, pero en Infantiles no había pensión.

Leandro Giménez (ex jugador de las categorías inferiores del NOB y del River): Previo al viaje de vuelta a Rosario, Messi estaba preocupado: tenía doce años y en la pensión de River recién se podían alojar pibes a partir de los trece. «¿Me puedo quedar con vos?», me preguntó. Si me quedaba, ya tenía decidido que me vendría a vivir donde mis abuelos. Pero él no tenía nada. Le contesté que sí, que se podía venir a vivir conmigo. Ya en el auto, sin embargo, discutimos: adelante viajaban Vairo y un ayudante, y atrás, Messi, yo mismo y otro chico de Rosario. No sé el nombre y nunca más lo vi. Ni él ni yo queríamos ir en el medio, pero Leo

me durmió. Yo estaba recaliente [risas]. Le dije: «Listo, andá contra la ventanilla, pero buscate casa en Buenos Aires». Y Leo lo miró al otro y, aunque no lo conocía, le dijo: «Me voy con vos entonces». Días después, me mudé donde mis abuelos, pero Messi nunca apareció. Me enteré por mi papá, que había hablado con Jorge, de que Leo no iba a venir. No le explicó por qué.

Federico Vairo (supervisor de la prueba en River, ya fallecido): Yo les insistí [a la Subcomisión de Fútbol] y me dijeron que en River se probaba tanta gente que si perdíamos a ese chico no iba a haber problemas. Les dije que era diferente, una mezcla de Sívori con Maradona, pero no hubo caso. Creo que el asunto venía porque un grupo de ex jugadores de River tenía muchos intereses en Renato Cesarini [club de Santa Fe]; ellos colocaron a sus jugadores y Messi no quedó por ese problema.

Jorge Messi llevó a Lio a probar para medir fuerzas con Newell's, donde le habían prometido que se iban a hacer cargo del tratamiento. En realidad, tuvo que ir a buscar ese dinero docenas de veces y, de los novecientos pesos que necesitaba, le daban cuatrocientos, cuando le daban algo. Por eso decidió ir a Buenos Aires, a ver qué pasaba, a ver qué decían en Newell's. Por cierto, no es verdad que *el Pipita* Higuaín formara parte de aquellas pruebas del River que tuvieron lugar en las canchas auxiliares del Monumental. Cuando los dirigentes del Newell's se enteraron del viaje a la capital, el dirigente Almirón, encargado del *baby* fútbol de Malvinas, apareció en la casa de los Messi acompañado de un técnico. Venía a pedir que no le sacaran del club, que ellos se iban a hacer cargo del tratamiento, que esta vez iba en serio. Y los Messi

volvieron a ir a Malvinas, en repetidas noches, de nuevo en busca de lo que le habían prometido. Y a Almirón un día no le alcanzaba. Otro no estaba. Para qué aguantar todo esto, se dijeron.

Seis

El decorado se compone solamente de una mesa pequeña y alta, y un teléfono. Por un lateral aparece el padre de familia, al que hemos ido viendo primero en el escenario, luego en la televisión. Parece golpeado por un mazazo: el de una realidad que no se le escapa a nadie. Su hijo, el futbolista talentoso, no podía seguir en su país. Pasó semanas hablando con su mujer Celia, con sus hijos. El sueño era doble, ayudar a Lionel y mejorar sus vidas, ahora que la crisis les redujo drásticamente el porvenir. Se fue diseñando, comida a comida, charla a charla, la decisión final. Si alguien estaba dispuesto a pagar el tratamiento de Lio, si alguien decidía cuidarlo, tratarlo con cariño, ése iba a convertirse en el club de fútbol donde iba a jugar sus próximos partidos. Se habló de Italia (pero no hubo prueba en el Como por mucho que lo deseara un imaginativo dirigente del club italiano).

Unas semanas antes, y tras la prueba de River, unos intermediarios relacionados con el prestigioso agente catalán Josep Maria Minguella, cercano al Fútbol Club Barcelona, se habían puesto en contacto con el padre y le habían dejado una tarjeta de visita.

Jorge la mira.

Y levanta el teléfono.

ADIÓS, LIO

«¿Quién es ése?», dijo Charly Rexach cuando llegó, tras un lento paseo como de sobremesa, a los banquillos donde varios entrenadores de la cantera del Barcelona seguían el partido. Era una pregunta retórica. Aquel chaval que llevaba el balón pegado a los pies, de velocidad superior y driblador, debía ser el argentino a quien se le estaba realizando la prueba, al que se le había hecho jugar con chicos mayores que él y contra un rival también de edad superior.

Migueli y Rifé le respondieron a Charly sin dejar de mirar al campo: «Messi».

—Collons, l'hem de fitxar ara mateix!^[3]

Charly lo quería fichar inmediatamente. «Estuvo quince días, pero ya te digo: sobraron catorce... Si hubiera pasado un marciano por allí, se habría dado cuenta de que era muy especial». Es el 2 de octubre de 2000.

Jorge y Leo regresaron a Argentina al día siguiente. «No os preocupéis, os lo solucionamos todo y volvéis cuando empiece la temporada. O antes»; ésa era la promesa de Charly.

Pero Leo era extranjero, con lo que no podía participar en competiciones nacionales.

Y bajito como los muñequitos de un fútbolín.

Y tenía trece años.

Y había que buscarle un trabajo a su padre para regularizar su situación a ojos de la FIFA.

Y el primer equipo, que no funcionaba, era la prioridad en una

institución inestable.

Y había que hacerle un contrato elevado para un infantil, algo que no se hacía.

Y «cuando sea un crack, ya no estaremos», llegó a decir un directivo.

Que nadie se atrevía a tomar la responsabilidad, vamos.

«¿De verdad crees que merece la pena, Charly?». Eso le preguntó el presidente del club, Joan Gaspart.

Mientras tanto, en Rosario se esperaba una respuesta.

La esperaba el chico, que volvió a jugar en las categorías inferiores de Newell's.

La esperaba el padre, que experimentaba la incertidumbre de su trabajo.

La esperaba una familia que no sabía si preparar las maletas y abandonar el país, y los amigos, y los entrenamientos, y la escuela. O no.

Pasó un mes.

Como los días tienen veinticuatro horas y la semana siete días, tomada la decisión de permitir que el talento del niño crezca en el hábitat ideal, en el país que se animara a recogerles, fuera donde fuera, pónganse a contar el tiempo mientras se espera.

Y pasó otro mes más. Estamos ya en diciembre.

Les estaban tomando el pelo. ¿No les había gustado? ¿No se habían hecho promesas? Los correos electrónicos, a menudo agua fresca en quemadura, no se utilizaban como ahora. El teléfono no sonaba.

Así que el Barcelona recibió un ultimátum: o se firmaba algo ya o el chico se iba a buscar la vida en otro lado. En Italia. En el AC Milan, una opción apetecible. En el Atlético de Madrid.

Existían contactos. En el Real Madrid, el club que había hecho una rasgadura dolorosísima en el alma del Barcelona solamente unos meses antes, cuando se llevó a su capitán Luís Figo. Ésa era una herida sin cicatrizar. El director deportivo blanco Jorge Valdano se mantenía a la espera de novedades con Leo.

Rexach les insistía a todos acerca de que merecía la pena ficharlo, que todo lo demás, bueno, ya se vería. Charly buscaba la respuesta que pudiera convencer a los que dudaban. «Nos lo estamos tomando en serio, díselo a Jorge», fue el mensaje que Rexach hizo llegar a los Messi. Pero no era suficiente.

«¿Jugamos unos dobles a tenis, Charly?». La oferta era de Josep Maria Minguella, el representante catalán famoso por llevar a Maradona al Barcelona, cercano a la directiva y socio culé, y que se había hecho cargo de los gastos de los Messi mientras se realizaba la prueba. Los dos se reunían a menudo en el Club de Tenis Pompeya, regentado por el propio agente y, como ocurría a veces, se apuntó Horacio Gaggioli, del despacho de Minguella y cicerone de los Messi en sus inicios en la Ciudad Condal.

Era el 14 de diciembre, diez semanas después de la visita de los Messi a Barcelona.

Tras el partido, la cervecita. Y en la mesa con vistas a los campos de tenis, tarde noche ya, Minguella sacó el tema: «Charly, deberíamos llamar a la familia; les vamos diciendo que sí, que está todo bien, pero todavía no tenemos nada concreto, habría que firmar un contrato o alg».

Horacio insistió: «Charly, hasta aquí hemos llegado. Tú eres el director deportivo del club, te tienes que comprometer en la contratación de Leo hoy. Y, si no, déjalo, no pasa nada, tú sigues tu

camino y nosotros el nuestro, y ya está».

Se había llegado a un punto sin retorno. El Barcelona estaba a punto de perder a Lio.

Y Charly, que entiende poco de protocolos, impaciente también, contestó: «A ver, dame un papel».

«Jefe, un boli y un papel», le pidió al camarero. Éste tenía bolígrafo. Pero no papel. La oficina del club estaba cerrada.

«Pues aquí». «Aquí» era una servilleta de esas que están prisioneras en una caja de metal.

«Para que veas que la cosa va en serio», dijo Rexach.

«En Barcelona, a 14 de diciembre de 2000 y en presencia de los señores Minguella y Horacio, Carles Rexach, Secretario Técnico del F.C.B., se compromete, bajo su responsabilidad y a pesar de algunas opiniones en contra, a fichar a Lionel Messi siempre y cuando se mantengan las cantidades acordada».

Ya está. Eso pensó Minguella. Y Horacio, que protocolizó ante notario la servilleta y la guardó en una caja fuerte. Y Rexach, que es de los de tomar decisiones rápidas. En el fútbol y en la vida. Se trataba de un compromiso de caballeros y amigos. Como los de antes, como darse la mano y con aquello se iba a misa.

Para algunos, éste es documento más importante de la historia moderna del Barcelona. Para otros, Rexach por ejemplo, un papel sin trascendencia, firmado para tranquilizar a Jorge y a Leo, y que unos años después iba a convertirse en la anécdota más repetida del fichaje del argentino. Y que convertirían a Rexach, en el mundo entero, en el señor que firmó a Messi.

Los Messi nunca han visto ese papel.

Pero ¿qué hace el Barcelona llegando a acuerdos que se firman en una servilleta?

«Cuando un jugador funciona, todo el mundo tiene algo que decir: que si yo ya lo había dicho, yo ya lo había hecho. Y cuando se tuerce, nadie se hace responsable de nada». Eso afirma Charly Rexach, que es una de las figuras más reconocidas de un club en el que ingresó con doce años y con el que ha mantenido una relación contractual de más de cuatro décadas, como jugador, asistente de Johan Cruyff, entrenador o mano derecha de varios presidentes. Charly no puede recuperar ningún informe suyo sobre Leo, ni falta que le hace: «Yo no hice ninguno, simplemente les dije lo bueno que era».

Jorge Messi le da más relevancia a su participación. El padre de Leo considera que si su hijo juega en el Barcelona hoy es por dos razones: la insistencia de Charly, y que Leo y él decidieron quedarse en Barcelona cuando se complicaron las cosas.

Jorge y Charly se conocieron años después de esa prueba. El encuentro ocurrió en la final de la Copa de Europa en Wembley y por casualidad. Mira que el estadio es grande, pero Rexach acabó sentado en la grada al lado de Jorge. «A veces me da hasta vergüenza oír, como oigo, cuando me ven, que soy el descubridor de Messi. No es que me enfade, pero pienso “joder, toda la vida jugando al fútbol y ahora me recuerdan por descubrir a Messi cuando ya he dicho muchas veces que Messi se descubre solo”. Y eso se lo contaba yo a su padre». Y Jorge se reía. «¡Qué valor el del chico, qué valor el vuestro..., sobre todo, el del chico! —le comentó Rexach al padre de Leo—. Qué cojones le puso dejando su país. El triunfo de Messi es exclusivamente suyo».

En diciembre de 2000 llegó una llamada a casa de los Messi.

«Charly ha firmado un papel», se le dijo a Jorge. La servilleta sirvió para tranquilizar a los Messi, aunque sorprende su uso en un club que siempre ha presumido de contar con un fútbol base de filosofía clara y estructura sólida. En realidad, se estaba caminando por territorio inexplorado. Y ahora, tras un acuerdo tan sui géneris, había que dar forma al compromiso.

Pero antes de las celebraciones, del éxito, hubo que pasar por otros peajes, incluidas promesas incumplidas y alguna que otra sorpresa desagradable.

El Barcelona debía cumplir las peticiones de los Messi que Rexach aceptaba al firmar la servilleta: una casa para la familia, el importe del viaje desde Argentina y un trabajo para Jorge Messi, en parte porque debía dejar Acindar y en parte para poder cumplir con los requisitos de la FIFA, que prohibía los traspasos internacionales de menores de dieciocho años a no ser, en uno de tres posibles casos, que los padres del futbolista lo acompañasen en el cambio de domicilio.

Así que Leo, aunque venía de fuera, no iba a pisar La Masía, donde vivían los chicos que procedían de fuera de Barcelona, sino que compartiría piso con sus progenitores. Otra petición novedosa. «Desde el primer momento, sus padres —y yo los entiendo— quisieron vivir con él y vigilar a su hijo de cerca. No había ningún otro jugador que dijera “vengo con toda la familia, me instalo en Barcelona...”», recuerda hoy Joan Gaspart, el presidente que finalmente dio permiso para el fichaje, pero al que nadie le reconocerá su importancia en el asunto. Ahí hay un pequeño drama de esos que abundan en el fútbol: su imagen, de vicepresidente duro durante veintidós años y de presidente sin títulos durante dos años y medio en plena crisis de identidad del club, le ha destripado de

reconocimiento.

Por aquel entonces el primer equipo lo llevaba un impopular Louis van Gaal que se enemistaba con el que dudaba de él. El holandés nunca supo explicar su proyecto, clave en la progresión del club por su trabajo de puertas para adentro, por su valiente implantación de metodología, su apuesta por la cantera y la insistencia en el juego de posición del que se beneficiaron los siguientes entrenadores. Louis era antipático para muchos y tampoco supo fichar bien: no encajaron Juan Román Riquelme, ni Javier Saviola, ni muchos otros. Era un momento muy convulso de la historia del F.C. Barcelona, los tiempos de las «urgencias históricas», que decía Jorge Valdano; lo ganaba todo el Madrid con Luís Figo de estrella, fichado en el verano de 2000. «Yo he traído muchos jugadores que no han funcionado bien: Giovanni, Rochemback. Y cuando hablan de su fracaso, hablan del presidente, aunque el presidente no ficha, pues sólo hace caso a sus técnicos, que son los que deciden. Cuando un fichaje sale mal, los técnicos desaparecen», cuenta Gaspart.

Más abajo, en las galeras de La Masía, se redactó un informe sobre Leo que le llegó al presidente: «Excelente capacidad de regate, rapidísimo con el balón en los pies, punto de gravedad bajo que le permite un gran equilibrio en carrera, habilísimo, eléctrico, muy potente para su edad, buena capacidad de recuperación —puede hacer ocho o diez carreras al *sprint* en un partido—, mira puerta con facilidad, goleador, inteligente y rápido mentalmente, excesivamente individualista en algunas ocasiones pero en su caso es una virtud por su verticalidad en el juego, intuitivo y polivalente en cualquier posición de ataque». Con una única pega: «Es muy pequeño, pero está realizando un tratamiento con hormonas de crecimiento».

Otro coste para el Barcelona, el tratamiento.

Era caro, el chico. Eso le dijo el presidente a Joaquim Rifé, el director de la escuela de fútbol base. El presupuesto de la cantera era por aquel entonces de unos trece millones de euros y estaba ajustado; cada categoría tenía un coste y Messi rompía los esquemas económicos. De ahí, los encuentros calientes antes y después de la servilleta, los altos y bajos, la tensión. “¿Por qué tantas reuniones?”, preguntaba Rifé. Lo secundaba Rexach. Igual era porque las reuniones sirven de cloroformo para cualquier asunto y lo retrasan todo. A Rifé, Jorge Messi le dijo: “Mi hijo va a ser un futbolista grande para el Barcelona y les resultará muy barato”».

Eran reuniones de entrenadores y ejecutiva donde el presidente insistía en que él no iba a estar pensando en un chiquito de trece años, que lo que había que hacer era fichar a dos o tres jugadores para ganarle al Real Madrid. Nadie se imaginaba que Leo iba a debutar con el primer equipo tres años después. «Si lo ficháis, os vais a apuntar un tanto en el futuro», llegó a decir Rexach. Suele ser un argumento de peso ante el típico directivo de fútbol.

Gaspart, sin embargo, lo explica de otro modo: «Charly era adjunto al presidente, mi hombre de confianza, porque es un tío que sabe ver el fútbol muy, muy bien. Estábamos en el club, en mi oficina. No hablábamos sólo de Messi, discutíamos de cosas variadas y en ese momento Charly me hizo ver que había un jugador excepcional que no podemos dejar escapar. “Esto es muy sencillo, lo que tú digas”, repuse, y él me contestó: “Pero ¿tú estás de acuerdo en que se le monte una situación de alojamiento especial?”, y yo le pregunté: “¿Tú crees que es un fuera de serie?”. “Sí”. “Pues adelante”».

Algún entrenador no aconsejó el fichaje, pero era sobre todo

parte de la directiva la que no lo quería. El director general adjunto responsable del fútbol base, Joan Lacueva, defendió la contratación, confiaba en Rexach, y empezó a montar lo que Charly denomina el «traje a medida» para Leo, el respaldo contractual de la servilleta.

* * *

A la vuelta de la Ciudad Condal, Lio había jugado con la denominada Décima de Newell's (otro nombre para los infantiles, chicos de doce a trece años) bajo las órdenes de Adrián Coria, que hoy trabaja con el *Tata* Martino en el Barcelona como analista de partidos. Ganó el Apertura de la décima división y el chico se convirtió en el máximo goleador.

La mayoría de los que estaban cerca de la Pulga no sospechaban lo estaba a punto de ocurrir, pero alguno se imaginaba que algo se estaba cocinando. El empresario rosarino Néstor Casal recuerda que, un día, comiendo con Jorge Messi, éste le comentó que después de un gran partido de Leo se le acercó un representante que dijo ser del Barcelona y que quería hablar con él. Jorge aquel día se guardó su tarjeta de visita.

Poco después el padre le dijo a su hijo: «¡Uy! ¿Te imaginás? ¡Harías la misma trayectoria que Maradona! ¡Imaginate que vas a Barcelona y luego vienes y te retirás en Newell's!».

El sueño estaba cerca.

Habla Quique Domínguez: «En octubre de 2000, estaba esperando que llegasen los pibes y veo que viene Jorge Messi, que se ponía siempre a un lado, separado. Lo saludo. “Hola, Jorge, ¿cómo estás?”, y me acuerdo de sus palabras textuales, y hasta de

cómo estaba yo parado, cuando me dijo: “Disfruté de él estos últimos dos meses, porque me lo llevo”. “¿Adónde te lo llevás? ¡No lo vas a llevar a ningún lado!”, le respondí. “Sí, me lo llevo”, repitió. “Bueno —le digo—, mientras no te lo llevés a Central (porque eso sería una traición) está todo bien”. Cuando acabó la práctica lo busqué para preguntarle, pero ya se había ido. El sábado siguiente competimos, de visitantes. Jorge se estaba yendo, lo paro y le pregunto: “¿Qué me dijiste el último día que te lo llevabas a Leo?”. “Sí —me dice—, me lo llevo. El tratamiento me lo estuvieron cubriendo durante dos años la Obra Social de Acindar en un cincuenta por ciento y ASIMRA (la Asociación de Supervisores de la Industria Metalmeccánica) en otro cincuenta por ciento, pero, como me quedé sin Obra Social, no se lo puedo pagar”. Y entonces le pregunté si por eso se lo llevaba y me contestó: “No, fui a hablar con Pupo y me dijo que para eso no había presupuesto”. Pupo era el coordinador de las inferiores de Newell’s. “¿Pupo te dijo eso? —indagué—, ¿y vos que le dijiste?”. “Que si era de esa manera, me lo llevaba, y él repuso: usted sabe lo que hace”».

A veces las decisiones se toman por cuestiones que no se ven, que cuentan pero que no son visibles. En Rosario se dice que Pupo tenía un problema personal con Jorge. Rodrigo, el hermano mayor de Leo, un ocho con calidad, perdió la posibilidad de formar parte de una de las selecciones que de vez en cuando hacía la Federación Argentina y había sido traspasado al Central Córdoba, ya no iba a jugar más en su Newell’s. Dos sueños malogrados por decisión directiva, y se cuenta que Pupo estaba detrás de ambas. ¿Qué tenía Pupo contra los Messi? ¿No aceptaba quizá la presión ejercida para que Leo se quedara? A veces los que mandan creen saber más que nadie. Y no siempre es el caso. Los hay que no aceptan que se les

diga qué hacer. Igual eso es lo que fue, pero a nadie le queda claro.

«A Rodrigo lo llevan a un club donde tenía que ir a entrenar a la reconcha de la lora [al quinto pino], otro ambiente de entrenamiento... Rodrigo se malogra —reflexiona Quique Domínguez—. Y a mí me da la impresión de que Pupo hace de su problema personal la respuesta cuando le dice a Jorge que no hay presupuesto para el tratamiento. El que sabía que en Newell's les habían dicho que no había presupuesto, decía: ¡es un tarado!, ¡un loco!».

Jorge llevaba seis meses analizando desde todos los ángulos si merecía la pena cambiar tanto de vida y habló, uno a uno, con todos los miembros de la familia. Un día los sentó a todos alrededor de la mesa del comedor. Rodrigo tenía veinte años. Matías, dieciocho. Leo, trece. María Sol tenía cinco años. Buscó la aprobación de todos antes de que se confirmara, como parecía, la respuesta del Barcelona. Cabía la posibilidad de Italia, pero España creaba menos dudas, más ilusión: desde que Lionel supo del Barça, nunca pensó en otro club.

Se le preguntó de todo a todos, también a la niña. Porque se tenía que hablar de muchas cosas, no sólo de Leo.

No se trataba exclusivamente de que Lionel pudiera triunfar apoyado por una institución que ofreciera las mayores garantías. Había que extenderse en otras consideraciones: los Messi querían que Rodrigo continuara en el fútbol. Estaba jugando en el Central Córdoba, que por entonces peleaba por el ascenso, y Jorge consideraba que tenía condiciones suficientes para ganarse la vida como futbolista en España. Y de paso Matías y María Sol iban a crecer en un país que parecía más sólido, con más posibilidades de futuro que el suyo. Se estaba hablando de «Ir a Europa», así, en

mayúsculas, algo que muchos deseaban pero no todos podían alcanzar.

Leo le había dicho a Rodrigo, por esas fechas, que quería ganar el Balón de Oro. «Sin esa voluntad loca de darlo todo y de progresar, su gran talento no habría servido de nada», señala ahora su hermano. Y nadie quería parar esa progresión.

¿Sí? ¿No?

Sí, salió sí. Se iban todos a Barcelona. Con dos cojones.

Si llegaba el acuerdo final del Barcelona.

El 8 de enero de 2001 se dio un nuevo y definitivo paso. En una cena en la capital catalana en la que estuvieron presentes Joan Lacueva y Rifé, el club ultimó los detalles del contrato: el futbolista iba a cobrar cien millones de pesetas al año (600 000 euros), además de pagos por conceptos de imagen, otra novedad en un acuerdo con un infantil. Asimismo, se les iba a pagar un dinero para que alquilaran un piso y siete millones de pesetas (unos 42 000 euros) para el padre, como remuneración por el trabajo que debía realizar para Barna Porters, una empresa propiedad del Barcelona que contrataba a los bedeles del club.

A partir de la firma del contrato, se iba a costear el tratamiento hormonal que, se calculaba, lo iba a estirar hasta 1,67. Acabará midiendo 1,69 centímetros.

Siete días después, Charly Rexach escribía una carta oficial a Jorge Messi, con el sello del club, comprometiéndose a cumplir todo lo acordado por sus representantes en Barcelona. Y tres días después de ésta, Joan Lacueva redactaba otra misiva en la que confirmaba el acuerdo económico.

Con el sí del Barcelona y el sí de la familia Messi, nada podía detener el acuerdo. Seguramente Rosario iba a quedar atrás. Pero

quedaba una cosa por hacer.

Jorge y un amigo se hicieron 75 kilómetros caminando para agradecerle la conclusión del asunto a la Virgen de San Nicolás. Salieron a las cinco de la mañana y tardaron catorce horas para hacer el camino. Leo se les unió, descalzo, los últimos 800 metros. Volvieron en coche, claro. Y con ampollas. Y muertos del calor y del esfuerzo.

El 15 de febrero de 2001, tras semanas de preparativos y tensión —un ajetreo con los pasaportes, autorización de viaje, maletas—, los Messi iniciaron el viaje a Barcelona.

* * *

«Leo desapareció de Newell's al terminar el campeonato —recuerda Quique Domínguez—. Ernesto Bocha, un técnico, me llamó y me preguntó por Leo, pero yo no sabía dónde estaba. Nadie sabía nada, te lo juro, ¡nadie sabía nada! Le digo que a mí también me llamaron preguntando por Leo, pero que no tenía ni la más mínima idea de qué había pasado con él. Y me dijo: “No está más en Rosario, porque he hablado con familiares y amigos y nadie sabe nada”. Pasaron cuatro, cinco meses, y me llamó Ernesto y me soltó: “¿Adiviná dónde está Leo? En el Barcelona”. Y automáticamente a mí se me ocurrió el Barcelona de Ecuador, el más cercano, porque no me cerraba que hubiese pegado semejante viaje para allá. Para nosotros Europa sigue siendo algo muy lejano, distante, no sólo en espacio físico. Entonces me aclaró él: “No, en el Barcelona, España”. “¿En serio? ¿Y qué hace ahí?”. Me dijo: “Se lo llevó el Barcelona y le van a hacer el tratamiento”.

»“Uuuuuy, buenísimo —le respondo—, mejor, mejor”. Eso me puso muy feliz, muy feliz. Sabíamos dónde había caído, sabíamos que no era un club que lo iba a usar —como normalmente se hace en el fútbol, te pagan un contrato y te usan—, por una cuestión cultural que está a años luz de nosotros; te dan, pero no te usan: “Vos tenés tus convicciones, tus sueños, tu forma de ser, nosotros te hacemos el tratamiento, te protegemos”, eso le dijeron en el Barcelona. Se decía que le habían dado laburo [trabajo] al padre, al final le deben haber dicho: “Figura, que trabajas acá”... hasta hoy. Así que los dos, el club y el jugador, abonaron el arbolito hasta que hoy, mutuamente..., no se usan, sino que comparten. Yo veo que pienso: “Gracias a Dios que cayó donde cayó”.

»Presumo —insiste Quique Domínguez— que el presidente de Newell’s debió de haber dicho: “¿Cómo? ¿Leo Messi jugaba en Newell’s?”. Vamos y le preguntamos: “¡Pupo!, ¿fuieste vos? ¡Andate de acá! ¿Cómo dejaste ir a un jugador así?”. Y no es que no lo viera, nosotros entrenábamos ahí, ¡Pupo veía las prácticas! Pupo era el coordinador. Era quien decidía dónde ibas, ni siquiera el técnico era el que decidía. El presidente tenía suficiente con la Primera División, no conocía a Leo.

»En realidad, el presidente de Newell’s, Eduardo López, tampoco puso reparos en la partida de Lionel: “No hay problema, que se vaya Messi, queda el mejor: Gustavo Rodas”. Rodas debutó a los dieciséis años en Newell’s, vistió la camiseta del diez de la Sub-17 de Argentina y fue campeón en el Campeonato Sudamericano en Bolivia. Lo volvieron a citar en una selección de menores, pero nunca más se volvió a presentar. Sin poder consolidarse en su club, probó en Tiro Federal, El Porvenir, Cúcuta Deportivo..., hasta que llegó a Perú, donde destacó en Bolognesi y León de Huánuco.

Actualmente no se conoce su paradero. Nadie duda de que, por aquel entonces, Rodas parecía poder rellenar el hueco de Leo, pero ¿desde cuándo sobra el talento?».

Eduardo van der Kooy, periodista y coautor de *La vida en rojo y negro* con Rafael Bielsa, el hermano del conocido preparador, se atreve a más: «Leo se fue de Newell's porque la mafia enquistada en esa época infausta del club descreyó que semejante pequeñez física podría encerrar tanto virtuosismo. Se fue porque lo abandonaron cuando su cuerpo requería ayuda espiritual y material. Pero Newell's lo sigue sintiendo propio y Leo siente que ése es su club. Al que podría volver, aun encanecido».

Newell's es un club nutrido históricamente de sus divisiones inferiores, un club exportador, vendedor de jugadores que proceden de la cantera, el orgullo del club. En el año 1988, salió campeón con todos los jugadores titulares, todos los suplentes y el cuerpo técnico de la casa, un caso singular en la historia argentina. «Y a continuación se inició un proceso de catorce años de destrucción, un proyecto unipersonal en connivencia con la justicia y con algunos sectores de la sociedad que permitieron que un señor destruyera el club», así lo define anónimamente un reconocido rosarino que apunta a Eduardo López, presidente entonces del Newell's y dueño del juego en Rosario, con casinos y otros negocios, algunos de los cuales le hizo ser conocido por la policía. Otros hablan de responsables más directos: por ejemplo, Sergio Almirón, antiguo extremo zurdo de Newell's, campeón del mundo de 1986 y director deportivo de aquella época. Cuando Jorge lo llamaba en busca de ayuda, nunca lo encontraba: cancelaba la cita a última hora o le daba cuarenta pesos cuando el tratamiento costaba veinticinco veces más. Y no cada mes, sino cuando a Almirón le diera por ser generoso.

Otro, pues, que tampoco apostó por Leo.

En 2008, las elecciones para la presidencia del club permitieron que cambiara de manos. López se presentó a dos elecciones: las que ganó y, catorce años después, las que perdió. Entre medio se las arregló para que se suspendieran los comicios, para que se impugnaran las listas, para que la justicia no autorizara el desarrollo de las votaciones y cosas por el estilo. Desde el año 2008, el club está apuntando a volver a ser lo que era: fue campeón en 2013 con *Tata Martino* antes de que éste aterrizara en el Barcelona.

Cuando Celia, la madre de Messi, declaró en 2010: «yo hablo por mí, ni siquiera por mi marido: para mí, Newell's no existe», se refería al antiguo Newell's. La actual directiva es cercana a Jorge y a Leo, tanto que los Messi incluso han invertido en un nuevo gimnasio para la ciudad deportiva y algún otro arreglo. Hay quien se imagina a Jorge de directivo del club con Leo vistiendo la camiseta rojinegra. Algún día.

La marcha de Leo, pues, ha dejado cicatrices. Así lo explica Wright Thompson en ESPN: «[Ernesto Vecchio] durante años se sintió agraviado por su ex jugador. Algo ocurrió aquí, en esta escuela, un poco de magia, y Vecchio jugó un papel importante. Muchas personas lo hicieron. Debe haber algún reconocimiento. En su lugar, se los conoce como los tontos miopes que dejaron ir a una leyenda. El antiguo responsable de los pagos de las hormonas de crecimiento de Messi aún carga con los recibos, que parecen más bien falsificaciones, tratando de demostrar que él no tomó la más tonta de las decisiones en la historia del deporte profesional».

¿Y Lio? Cuando le preguntaron en 2009 qué sentía por el Newell's, Messi decidió ser diplomático: «Bronca no, porque yo soy así, no me sale. Aprecio sí, porque iba a la cancha de chico y

soñaba con, algún día, estar ahí adentro».

* * *

O sea: Lio estaba rodeado de gente que lo valoraba, que lo protegía, empujones intangibles que le ayudaban a crecer. Todos le querían ver triunfar. Todos, menos la institución en la que jugaba, su club. O, mejor dicho, los que lo representaban.

«Cuando nos enteramos de que el club no le iba a pagar los gastos, nos pusimos todos muy tristes —recuerda Cintia Arellano—. Cuando los chicos del barrio le hicieron la despedida a Lio, estuve con él. Me abrazaba y me decía: “No llores, no llores”».

La gente de su calle quiso decirle adiós. Los Messi se iban, seguramente, para no volver. «Aquí nos quedamos nosotros», les decían los vecinos. «Sois muy valientes. Que tengáis suerte».

«Dejábamos el barrio, Las Heras, y salieron a despedirnos todos nuestros amigos, toda nuestra gente», contó Leo a Cristina Cubero en el rotativo deportivo catalán *Mundo Deportivo* en 2005. «Todos estaban en la calle. Nos íbamos la familia al completo, mis padres Jorge y Celia, y mis hermanos Rodrigo, Matías y la pequeña María Sol, que tenía entonces cinco años. Ese día estábamos tan tristes que mi hermano Matías y yo lloramos, lloramos mucho. Todo el viaje fue tristísimo, añorábamos a la familia, a mis tíos, la gente».

Hoy se recuerda aquel camino como la marcha de la ilusión, como la de los interrogantes, pero en su día fue terrible, hasta el otro lado del océano se oía cómo las raíces estaban siendo arrancadas. Ocurre en cada vuelo, es un sonido muy poderoso.

«Se fue de un día para el otro, no sabíamos nada de él —

recuerda Gerardo Grighini—. Él es una persona reservada, no es uno que sabe algo y va y lo cuenta. Y seguramente, en familia, se le habrá dicho: che, no se tiene que decir nada. Es más, él se había ido a River Plate, estuvo en River una semana y después se fue al Barcelona. Y tampoco supimos nada de River ni de la prueba del Barcelona, lo supimos después, una vez que ya estuvo en España».

«Lo fui a saludar al hotel cuando vino con la selección a Rosario, para enfrentar a Brasil, pero no pudo bajar al *hall*». Éste es Vecchio. «Bajaron los padres, con los que sí hablé bastante. Lo único que pude dispensarle fue un saludo cuando estaba sentado ya en el colectivo. Él me vio y me sonrió..., guardo ese recuerdo».

Esto lo cuenta Ángel Ruani, padre de Luli, compañero de Leo: «La última vez que lo vi se fue con mi hijo y unos amigos a despedir el año 2005 y regresaron a casa cerca de las cinco de la madrugada. Me despertaron para felicitarme el nuevo año. ¿Qué gran corazón, no?».

Y esto, Néstor Rozín: «Uno guarda en su corazón, en su mente, las cosas buenas que hizo y, bueno, si algún día me toca partir, yo creo que en el corazón y en la mente de más de uno estará que lo ayudé».

«Hace poco lo encontré en la Copa América en Venezuela, después de varios años, y me vino a saludar. Eso es gratificante, del mismo modo que cuando lo tuve en Novena y en Décima. Vino y me dio un abrazo... Eso creo que le interesa a la gente: sigue siendo la misma persona que conocí cuando era un gurrumín [chiquillo].» Éste es Adrián Coria que, siendo asistente de Martino en la selección paraguaya en el Mundial de Sudáfrica de 2010, volvió a verlo tres años después de aquel encuentro del abrazo. Entrando en el campo de entrenamiento, coincidió con Argentina, que salía. A lo lejos, Leo

lo vio, se sacó su camiseta y se la dio. Adrián la puso en su despacho en Rosario.

El chaval que probó en River con Leo, el tal Giménez, nunca más volvió a ver a Messi en persona. Ni a hablar con él: «Me dejé su teléfono cuando se fue a Barcelona, pero nunca lo llamé. No sé por qué. Antes del último Mundial, le dejé un mensaje en el Facebook. Le dije que era un orgullo para todos los argentinos. Agradeció en general todos los mensajes y al mío le puso un pulgar para arriba», sonrío. Hoy, a los veinticuatro años, Giménez vive en Buenos Aires y trabaja en una empresa de comercio exterior. No quiere volver a jugar, salvo con sus amigos, los sábados. Acabó desganado.

Grighini, que pasó seis años en Italia, se lo encontró en el aeropuerto. «Pero todavía no era famoso. En ese momento, como nos habíamos distanciado y no compartíamos más el día a día, era el chico tímido, era de nuevo el timidón: “Sí, no, me va bien, qué se yo, Barcelona...”. Te hablo de cuanto él tenía dieciséis años, recién había empezado a jugar. Para mí tendríamos que tener un diálogo de un día, y tal vez al otro día volveríamos al “te acordás cuando...” y todas las anécdotas. Pero, al inicio, es como que es medio reservado... pero claro, yo lo tengo como un ídolo. Primero habría que romper la barrera de la timidez esa que tiene, y yo igual. Luego, nos encontramos otra vez en Rosario, pero era... Para mí, el tema de una camiseta es diferente, no me interesa, me interesa más el compartir una comida, o salir un rato.

»Yo me fui a Inglaterra, al Everton, en junio de 2005. Pero empezó la mala racha: tuve un accidente de coche muy serio, nos dimos con dos camiones, pero sólo me fracturé el peroné. Mi amigo Julio González pudo perder la vida. Tuvo múltiples fracturas y le

amputaron el brazo izquierdo. Yo volví a jugar más tarde. Luego me rompí los ligamentos cruzados, tres veces seguidas, y estuve tres años y medio sin jugar. Me iba bien, pero el destino y la vida te marcan y, si te dicen que el fútbol no es lo tuyo, pues tenés que seguir tu vida por otro lado».

Grighini fue a ver un Inter-Barcelona, pero no le pidió entrada. Ni camiseta.

Diego Rovira recuerda lo siguiente: «A mis viejos se lo conté después de una cena. Más que contarlo, se lo confirmé, porque algo intuían: “Dejo el fútbol”. Marzo de 2011. “Dejo el fútbol”. Los dos me apoyaron, me bancaron, aunque mi viejo dijo algo obvio, que era una lástima, y la verdad que sí: él sabía cómo jugaba yo, él había sido quien me había visto una bocha [gran cantidad] de partidos, con el Leo, en Newell’s... Me decían “el nueve que había jugado con Leo”».

Cuesta mucho llegar.

Y, la última despedida, la de Quique Domínguez: «Hace un tiempito que jugó una eliminatoria del Mundial 2014, Argentina-Uruguay en Mendoza, y Chile-Argentina en Chile, y coincidieron Sebastián —mi hijo el más grande—, Maxi (*la Fiera* Rodríguez) y Leo. Los tres en la misma convocatoria, y ahora volvieron a coincidir. Maxi se vuelve por una lesión a Rosario y mi hijo Sebastián me cuenta: “Va la Fiera, búscalo porque lleva algo para vos. No sé qué es, me dijo que te avise, que te quiere regalar algo”. Pasaron veinte años desde la última vez que yo había entrenado a la Fiera, y trece años desde que había entrenado a Leo. Y me habían preparado una camiseta de ellos dos autografiada. Una gota de transpiración de cada partido de Leo es mía, me dice que algo tengo que ver en su vida, pero no le reclamo nada, no hablé más por

teléfono. Lo vi un día en televisión, en un programa en el que lo saludé, pero si vos le cerrás los ojos a Leo y le dices “recordá a las personas que pasaron por tu vida”, blablablá, Quique Domínguez, brevemente, de paso..., eso tiene un precio mucho mayor que una camiseta.

»No, ya no entreno».

¿Es Leo Messi, el verdadero Leo, ese del que habla Domínguez o Grighini o Cintia o Rovira? ¿O es lo que quieren ver? Con esa fascinación tan argentina por el Mesías, por el que tiene el don, por quien es especial, cuesta separar la proyección de la realidad. Sea como fuere, esa etapa que estaba a punto de finalizar para Leo nunca acabó del todo para aquellos que lo tuvieron cerca en aquel país que se quemaba.

Jorge, por cierto, no fue a buscar su última paga en Acindar.

* * *

Despertate por fin, de una vez
y pensá bien que es lo que querés,
afiná tu tambor de guerrero,
y flor de agujero haces en la pared.
Vamos a pintar todo color carnaval,
a ahuyentar la tristeza, a reír y a gozar,
pa que a este conventillo
le saquemos brillo de tanto bailar.

No mirés sólo a New York,
ni a la Europa iluminada,
y arrimate a la monada

porque sos bien del montón.
Y si ves que no aguantás,
pensá que el mundo es redondo,
da una vuelta y volvé pronto,
para poder volver a arrancar.

Te vas,
estrenando un pasaporte,
y buscando más al norte
un sueño que acá no está.
Así te vas,
apretando bien las muelas,
esperando que no mueran
los amores que dejás.
Tal vez, atravesando el mar,
haya una puerta abierta o una vía muerta,
es cuestión de mirar...
Casi siempre en esta vida,
hay un camino de ida
y otro para regresar,
a veces las despedidas
son la única salida para volver a empezar.

No mirés más a New York,
ni a la Europa iluminada,
y arrimate a la monada
porque sos uno más del montón.
Y si ves que no aguantás,
pensá que el mundo es redondo,

da una vuelta y volvé pronto,
para poder volver a arrancar.

Acá, los que quedamos remando
la seguiremos peleando,
parados hasta el final.

Siempre estará la llama de la alegría
ardiendo todos los días,
quemando la oscuridad.

Será, y siempre será, que hay que vivir buscando,
no importa hasta cuándo, no importa el lugar,
porque siempre en esta vida
hay un camino de ida
y otro para regresar,
no siempre las despedidas
son la única salida
para volver a empezar.

[...]

Mundo redondo

Canción de JUAN CARLOS BAGLIETTO cantada sobre todo por
Javier Sánchez, que parece añadir alguna cosa suya (del disco
«*Sabe quién*», 2006).

SEGUNDA PARTE EN BARCELONA

ATERRIZANDO EN BARCELONA. BUENO, EN ROSARIO. O SEA, EN BARCELONA

En el vuelo de Rosario a Buenos Aires, Leo Messi llora sin parar. Como si no fuera a volver.

Lo hace en silencio. Se le tuerce la cara y le caen lágrimas a borbotones, pero no emite ni un solo sonido. Hasta que vuelve a tomar el aire que le empieza a faltar y ahí le sale un suspiro profundo de niño perdido. Así lloró los cincuenta minutos de camino a la Capital Federal.

Era el 15 de febrero de 2001. En el aeropuerto de Ezeiza se entablaron conversaciones para olvidar y Messi se tranquilizó. En el segundo avión, de camino a Barcelona, se durmió y, poco a poco, con cada milla que les alejaba de casa, el mar empezaba a ser una magia y las ausencias iban a entristecer otras tardes, que diría Jorge Luis Borges.

La familia Messi-Cuccittini llegó a la Ciudad Condal a media tarde de un día frío, subió a un taxi y se instaló en el hotel Rallye, en la Travessera de les Corts, frente al Camp Nou. El Barça convocó una reunión dos semanas después con el objetivo de firmar todos los acuerdos, aunque extrañamente el club no se ofreció a pagar desde el día de su llegada el tratamiento de Leo. Finalmente, el directivo Joan Lacueva decidió gastarse dos mil euros para que pudiera tener sus primeras dosis.

Y así pasaron quince días de habitación de hotel y de

entrenamientos, alimentando la pasión, poniendo orden en el caos de una vida nueva.

El joven Leo Messi firmó su primer contrato de dos años con el Barcelona el 1 de marzo de 2001 en el mismo hotel que estaban a punto de abandonar, en una mesa del comedor, ante la mirada atenta de Lacueva, quien, por su insistencia, soportó el desprecio de muchos directivos. Aquello, pensaban muchos, era una pérdida de dinero. El tiempo, sin embargo, iba a recompensar su esfuerzo, y el de Rexach, Rifé y Minguella.

De hecho, un directivo que los testigos de más memoria prefieren mantener en el anonimato se enfureció al descubrir que existía un acuerdo sin aprobación de la junta. Sin que le hubieran consultado a él en concreto, vamos. ¡Cómo podía ser que un chaval costara al club tanto dinero! No sólo se negó a firmarlo pese a tener ya la rúbrica de los abogados y de un vicepresidente, sino que en pleno arrebató de ira hizo pedazos el documento. El club ignoró su reacción y dio por buena la oficialización del mismo.

«Yo, cuando oigo que alguien dice “yo fiché...” pienso “¡mentira!, tú no fichaste a nadie, el Barça fichó” —comenta el ex presidente Joan Gaspart—. ¿Tú lo pagaste de tu bolsillo? ¿A que no? Por lo tanto, el Barça fichó. Tú fuiste el intermediario que estaba en aquel momento... pero tú no fichaste a nadie. Y dicen que el contrato de Messi se firmó en una servilleta. Bien, pues no. Es muy gracioso, muy anecdótico, pero el contrato con Messi lo firmó el entonces vicepresidente del Barça, Francisco Closa. Y lo firmó porque yo le autoricé a que lo firmara».

Ahora quedaba lo más difícil, la adaptación. El Barcelona había encontrado un piso para la familia en la avenida Gran Vía Carles III, no muy lejos del Camp Nou, y los Messi-Cuccittini se trasladaron a

principios de marzo. Era un piso grande, con cuatro habitaciones, un par de baños, la cocina y un balcón que daba a un patio interior desde donde se divisaba una piscina comunitaria que pertenecía a otro edificio, árboles y calma. Lionel podía levantarse un cuarto de hora antes de la práctica y llegar a tiempo al campo de entrenamiento. Así podía dormir un rato más. El portero de la finca (como descubrió en *El País* Luis Martín, periodista de esos que preguntan lo que a nadie se le ocurre) no se enteró hasta cinco años después de que el chaval que lo saludaba todas las mañanas jugaba en el Barcelona. «Es un portento, ¿no? Es que yo paso del fútbol. No me gusta», llegó a decir.

En Rosario acudía gente de toda la provincia a verlo. En Barcelona no lo conocía ni el portero de su casa.

Y, desde el principio, todo se torció. ¿De verdad quería ser futbolista? Veamos cómo estaba de tesón; el camino iba a ser ciertamente empedrado.

No entendía nada, ¡hablaban todos en catalán! Unos años después de su llegada, Leo recordaba los primeros días en el Barcelona con una mezcla agridulce de emociones. Como ocurre con cualquier recién llegado a un grupo de niños, Messi no sólo se sintió tímido y vergonzoso, sino que fue recibido con un nivel menor de comprensión del que han explicado algunos. Durante los primeros partidos en los entrenamientos no recibió demasiado el balón y algún que otro jugador no sentía la necesidad de protegerlo en exceso; se sintió un *outsider*. Pero, aun a sus trece años, sabía que era el peaje que tenía que pagar para ser aceptado. En el fondo, le estaba quitando el sitio a un amigo de los otros chicos. Algunos de sus compañeros le dijeron que uno de los entrenadores que estuvo decidiendo su futuro en el Barcelona les pidió a otros chavales que

le dieran fuerte, que no se podía quedar. Más tarde, el mismo entrenador le insistía para que se dejase de tanto regate, le incitaba a buscar al compañero. «Pero ni bola le daba, yo hacía lo que quería», recordó Leo en el programa de televisión argentino «Sin Cassette».

Es la misma historia en todo el mundo: tras abrirle la puerta, cuando se confirmó definitivamente que se quedaba, la aceptación fue general y la actitud del resto del grupo cambió. Pero Messi nunca olvidó lo que le costó ganarse su sitio en el club.

Al ser extranjero y no contar con el tr nsfer todavía, Leo no podía jugar partidos oficiales con el Infantil A, la categoría que le correspondía por edad.  nicamente tenía permiso para participar en la liga territorial catalana y en amistosos, y adem as Rodolfo Borrell, entrenador de aquel equipo, prefería no utilizarlo en exceso, respetando la norma no escrita de no tocar nada de un conjunto invicto durante toda una temporada que estaba muy avanzada, con los chavales rindiendo a un nivel tan alto que les había convertido en campeones de liga siete partidos antes del final.

En todo caso, la debilidad física del futbolista argentino era tan obvia que, en los entrenamientos, Borrell pedía a los suyos que fueran con cuidado. «Por favor, no le pegu is ninguna patada — coment  en una ocasión a los defensores cuando Leo había salido ya a entrenar, ya que generalmente el primero en saltar al campo—. Es tan rápido y tan flacucho que lo podríais lesionar». Podía parecer poca cosa, pero era difícil de parar. Y buscaba el segundo regate, el tercero, irse por velocidad. Cesc no podía quitarle el balón en una de esas tardes en las que Leo hacía de las suyas. Y le propinó una buena patada. «Cesc, por favor, c lmate porque el chaval acaba de llegar y no es plan». La siguiente vez que Rodo sugirió que había que ir con cuidado, Piqué lanzó un «pero  si no llegamos!», que hizo

reír a todos.

«Era increíble, cogía el balón, se ponía a driblarnos a todos y se podía pasar el entreno así, driblando y metiendo goles, daba igual a quien fuera. —Así lo recuerda Víctor Vázquez, compañero suyo en el Infantil y en las siguientes categorías—. Se meneaba a todo el mundo, no habíamos visto nunca nada igual porque nosotros éramos más de pasar y pasar, y él de coger e irse. Decíamos entre nosotros que era más individualista, pero eso fue al principio. Pronto nos dimos cuenta de que lo que había que hacer era estar encantado de tener a un jugador así en nuestro equipo».

Borrell quiso probar a su plantilla, cansada de ganar por seis, siete y ocho goles de diferencia. Pidió al club que aceptara una de las muchas invitaciones a torneos pero con una condición: que los equipos contrarios fueran de una edad mayor que la de sus chicos. Quería que les «calentaran», deseaba multiplicar las dificultades. El Barcelona aceptó su sugerencia y los envió al Torneo de Pontinha, en Portugal, donde iba a disputarse el título con equipos portugueses, uno francés y uno alemán, con niños dos años mayores que la histórica generación de los Piqué, Cesc, Vázquez, Marc Pedraza, Rafael Blázquez y el recién llegado, Messi, que pudo jugar al no tratarse de una competición oficial. Quedaron terceros entre ocho conjuntos y Leo se sintió cómodo. Nueva prueba superada.

A falta del tr nsfer internacional que Newell's no había enviado todavía, Leo recib o una licencia provisional de la Federación Catalana el 6 de marzo y el club, consciente de la fortaleza del Infantil A de Borrell, decidi o que el jugador siguiera su trayectoria un poco más abajo, en el Infantil B de Xavi Llorens, la única vez en su carrera en la que la Pulga fue el mayor del grupo.

En Newell's Messi llevaba hasta el calentamiento; en el

Barcelona, todavía no encajaba del todo.

Aunque la situación era compleja y novedosa, nadie discutía su talento. Entrenaba con Llorens cuatro veces a la semana, de seis a nueve de la tarde. Llegaba un rato antes de las seis, recogía la ropa que el club le preparaba, se cambiaba, entrenaba. Y no tenía prisa por volver a casa.

«¿De dónde vienes? ¿De qué juegas?». Cosas así le preguntaron en su primer entrenamiento los pupilos del Infantil B a ese chico un año mayor pero físicamente más pequeño que la mayoría de ellos. «De enganche», dijo él. Nadie tenía claro qué era eso, una expresión muy argentina. Pero, al final de la primera semana, un chico se acercó a Llorens para realizar una pregunta retórica: «¿Jugará con nosotros mucho tiempo?». El niño quería que la respuesta fuera positiva, pero no lo iba a ser, así que el entrenador prefirió dar un paso al lado.

«Siempre me acuerdo de un partido que hicimos en un entrenamiento —cuenta el entrenador del Infantil B—. Había que sacar un córner en contra de su equipo y él se colocó al borde del área para defender, la misión que tenía. Le cae el balón, arranca y se va directo a la portería contraria, cruza todo el campo, el número 3 del Miniestadi, superando a uno o dos jugadores, estaban todos atacando y no había muchos, llega al área rival y, dos pasos después, hace lo que hizo Maradona el día del Estrella Roja: amaga un chute y mete una picadita, una vaselina. Impresionante. Hace el gol y vuelve al centro del campo como si no hubiera hecho nada. Y claro, te lo mirabas como diciendo... vaya, vaya. Y vuelve sin mirar a los lados, por el centro del campo, se abraza a sus compañeros. Cuando los jugadores hacen algo así normalmente te buscan en el banquillo con la mirada, como para saber si lo han hecho bien o qué. Él no, él

a lo suyo. Como si no hubiera pasado nada. Es un detalle que siempre recordaré».

Poco después, Xavi escribió un informe que le pidió Quim Rifé, el director del fútbol base, donde afirmó que Leo, con un metro cuarenta y siete y poco hablador, era «un pequeño Maradona con un físico escaso pero con una habilidad y una velocidad supremas».

Leo Messi hizo su debut con aquella licencia provisional en un partido oficial con la camiseta del Barcelona vestido con el nueve en el campo del Amposta. Marcó uno de los tres tantos del Infantil B. Pero en el siguiente encuentro, contra el Ebre Escola Deportiva un 21 de abril, se lesionó de gravedad.

Al participar en aquel partido, el segundo oficial como infantil, Leo superaba el requisito federativo imprescindible que le permitía jugar en categoría nacional a partir de entonces, una norma que el entrenador del Cadete Albert Benaiges descubrió casi por casualidad: de nuevo una prueba más de lo poco cotidiano de la situación e incluso de lo poco preparado que estaba el Barcelona para todo ello. Si, como extranjero que era, no hubiera participado en esos dos partidos, se hubiera visto obligado a saltar de la siguiente categoría, Cadete A —todavía bajo la normativa de la Federación Catalana— al Barcelona B sin pasar por los dos o tres pasos intermedios que son de obligado cumplimiento para los futbolistas de la cantera si se pretende una progresión cuidada.

Esa obligación de jugar con el Infantil era una regla oscura que el club ignoraba y que Benaiges descubrió a tiempo para mantener a Leo en la progresión habitual. Luego sería utilizada con chicos extranjeros llegados a partir de entonces, pero no sirvió, por ejemplo, para salvar la situación del brasileño Gilberto, quien, al no haber jugado en Infantil, tuvo que ser cedido en sus años

adolescentes y acabó perdido en competiciones inferiores. A veces los márgenes que permiten triunfar son así de estrechos.

Los beneficios burocráticos de la participación de Leo en aquel segundo encuentro con el Infantil A fueron la única buena noticia del día.

Los equipos desayunaron juntos y se hicieron una foto sobre el césped. Marc Baiges, el diez rival, se colocó para la instantánea detrás de un frágil Leo de metro cuarenta y ocho centímetros. En realidad, la estrella de aquel equipo no era el argentino, recién llegado, sino Mendy, goleador de gran presencia física. A los pocos segundos de iniciarse el partido, el balón llegó a la posición de extremo izquierdo, donde recibió Leo, que perdió el control, y la pelota salió fuera. Baiges recibió el saque de banda y se propuso lanzar un pelotazo arriba, pero Messi puso la pierna para evitarlo: fractura del peroné izquierdo. La primera gran lesión de su carrera, que le impidió jugar hasta el 6 de junio. «¿Qué dices que le rompí? ¡Madre de Dios!», exclamó Baiges años después cuando la revista *Líbero* le contó la historia. «No es que no supiera que le había roto el peroné a Messi, es que no sabía que le había roto la pierna a nadie». En realidad, no fue ni falta.

«Se lesionó frente al banquillo —recuerda Xavi Llorens—. Nos dimos cuenta de que algo gordo le había pasado y lo enviamos a la clínica para valorar la lesión. Se retorció de dolor en el primer momento, pero al poco rato estaba calmado. Decía que se había hecho daño, pero ni gritaba ni nada. Su padre estuvo en la clínica con él. Yo no pude ir en un primer momento porque teníamos que acabar el partido. Un directivo fue con él. Y el chaval preguntaba: “¿Qué tengo? ¿Estaré fuera mucho tiempo?”. Un futbolista, cuando se lesiona, piensa: “Yo mañana quería ir a correr, y ya no puedo. En

unos días tenía un partido, y ahora no puedo...”».

No volvería a pisar el terreno de juego hasta tres meses después. Messi acudía de vez en cuando a los entrenamientos con sus muletas y la pierna escayolada, pero su entrenador Xavi Llorens percibía una fortaleza que sorprendía a sus trece años: «No teníamos que animarlo, se le veía fuerte». Estaba «jodido», recuerdan los que tenía más cerca, aunque lo ocultaba muy bien. Su hermana pequeña, María Sol, no necesitaba que le explicaran qué suponía para Leo alejarse del balón. Algunas tardes, cuando el día se hacía más largo, sin decir nada, le cogía de la mano.

Ya en junio, una semana después de recuperarse, sufrió una distensión de los ligamentos del tobillo izquierdo. Bajando las escaleras. Tres semanas más sin jugar. Su cuerpo no sólo era pequeño, también quebradizo. Al final de aquella temporada aciaga, cuatro meses después de aterrizar en Barcelona, Leo había participado solamente en dos encuentros oficiales y un torneo amistoso.

Tras aquella irregular y corta primera temporada, la familia Messi-Cuccittini iba a pasar el verano en Rosario. De hecho, su madre ya había viajado con antelación a Argentina para estar al lado de su hermana Marcela, que debía someterse a una delicada operación de riñón.

Pero algo había cambiado, un interruptor se había apagado en aquellos primeros meses en España. No estaba claro si Leo, con catorce años, iba a regresar a su nuevo club y su nueva ciudad unos meses después, a mediados de agosto, cuando se iniciaba el siguiente curso futbolístico. Tampoco se sabía a ciencia cierta si la familia iba a volver con él.

¿Valía la pena lo que se estaba haciendo?

Se ha escrito que Jorge habló con la prima de su madre, que vivía en Lleida, en busca de apoyo, incluso antes de salir de Rosario. En realidad la conocieron cuando ya estaban afincados en Barcelona. Se embarcaron en aquella aventura sin red ni salvavidas o al menos sin un soporte familiar más allá del ofrecido por los cinco que vivían en aquel piso de Carles III. Todo aquello los unió incluso más, con la desesperación del naufrago: compartían los ratos libres, las comidas, los disgustos. En sus primeros días catalanes, frescos y soleados, Leo quería descubrir el mar y paseaban hasta allí. «Fuimos a la playa. Yo vivía en una ciudad con río, sin mar, así que la playa nos atraía mucho. Hacía frío, era también triste, pero nos gustaba». Eso le dijo Messi a Cristina Cubero, del *Mundo Deportivo*, en 2005.

Jorge intentaba que los tropiezos no afectaran la suerte del grupo, pero Leo no podía jugar. Y el Barcelona no pagaba lo prometido ni agilizaba trámites burocráticos. Ya se notó cierta dejadez y poca prisa tras la prueba de septiembre y, ahora que todo se había firmado, parecía seguir rondando cierta duda, poco cariño. Además, la situación laboral de Jorge tampoco se normalizaba y éste acabó por escribirle una carta al presidente Gaspart explicándole que se sentían abandonados. «Mi situación y la de mi familia es gravísima. He hecho todas las previsiones económicas para sustentarnos hasta el corriente mes, en el que debían ponerse en vigencia definitiva los acuerdos firmados, y hoy me encuentro sin previsiones de nuevos cobros y sin un interlocutor que me informe sobre cuáles serán las acciones a seguir». Esta misiva desesperada fue escrita el 9 de julio de 2001 y publicada mucho después por *El*

Gráfico.

Durante esos primeros meses en Barcelona, la lista de agravios de la familia se fue haciendo pesada y grande. A los Messi los engañaron. No tanto el club como institución, sino algunos de los que prometieron cuidar de la familia, incluyendo algunos de sus representantes. Al F.C. Barcelona le preocupaba principalmente, o únicamente, Leo: lo querían en la escuela, en los entrenamientos, vigilaban que comiera bien, estudiaron su situación física y la hormonización. El futbolista y su padre eran los dos únicos de la familia con NIE o número de identificación de extranjero, el documento necesario para hacer gestiones en España. Por todo ello, Rodrigo no pudo continuar con el fútbol y Matías, que había dejado en Rosario a su novia, se sintió desolado, desubicado. La familia se resquebrajaba.

El club seguía con sus urgencias deportivas en el primer equipo, sin ganar títulos, y Leo Messi era por aquel entonces, tanto dentro del club como para gente ajena al mismo, una especie de experimento. A ver qué tal salía. Era sólo un número, un posible valor económico. Los Messi se sintieron abandonados.

Mientras se hacía obvio que a la directiva del Barcelona le faltaba experiencia o astucia o comprensión para tratar con la situación del argentino, Leo acudía, como todos los cachorros blaugranas, a las clases de la escuela Lleó XIII. No le gustaba ir al colegio y, consecuentemente, no sacaba buenas notas. No era vago, sino un poco disperso y, como muchos, abría un libro por la misma página en la que permanecía hasta el final de la clase. Acudía pero no estaba, cumplía y ya está: entendía que era lo que tenía que hacer para llegar a ser futbolista profesional.

En ocasiones, el autobús de la escuela que recogía a los chicos

en la puerta de La Masía, la casa de campo frente al Camp Nou, se marchaba sin él. Entrenar, sí. Descansar, también. Y la PlayStation, a cualquier hora. Lo otro, menos. Aunque destacaba en gimnasia, lo de ser profesor de educación física, ese sueño de chico, quedó bien arrinconado y lleno de polvo. Celia hubiera querido que insistiera por si lo del fútbol no acababa de salir, pero a Leo se le perdonó que no prestara atención en las clases, una fuente de discusiones familiares. Cuando subió al Barcelona B, en 2004, con diecisiete años, ya no tenía mucho tiempo para ir al colegio con tanto entrenamiento y con tantas horas de gimnasio dedicadas a ganar musculatura. Ahora tenía la excusa perfecta. Había cursado el primer año de la escuela secundaria en Rosario pero dejó los estudios, ya en Barcelona, a dos cursos de acabar antes de un hipotético salto a la universidad.

Así que el colegio perdió totalmente su atractivo cuando el objetivo de ser profesional parecía más cercano. Pero es que además, en Barcelona, en el Lleó XIII, era «el distinto»: extranjero, con acento y costumbres diferentes, callado, con problemas de crecimiento. Objeto de burlas. No era suficiente jugar bien a la pelota para ganarse el aprecio y el respeto incondicionales de todos como ocurrió en Rosario; allí había otros que también eran buenos en eso.

Había que endurecerse a marchas forzadas. Leo, en público, se fue convirtiendo en un niño todavía más retraído, con cara de persona mayor, serio, educado. Prefería escuchar, quedarse sentado, mirando. Rodeado de mayores, alejado del balón, no parecía un niño normal, sino uno desactivado. Su padre dice que es más responsable que él mismo, su madre que tiene una personalidad fuerte. Todo eso es verdad, pero Leo era principalmente un niño exiliado.

En Rosario vivía la saludable fantasía de un crío. Hasta llegar a cancha de once, sólo jugaba. Quería ser futbolista, como sus hermanos, como su padre. Luego las prácticas, los encuentros, incluso la seriedad del entrenador de once transmitieron y exigieron un comportamiento más responsable que venía acompañado de una pregunta: «¿Vos querés ser jugador de fútbol de verdad, profesional?». A los doce años tuvo que contestarla con rotundidad, porque surgió la posibilidad de emigrar. Y, desde ese momento, el fútbol dejó de ser solamente un juego.

De repente, todo se convirtió en blanco y negro, síes y noes. Sí, quería ser futbolista. Sí, haría lo que fuera por conseguirlo. No, no le importaba cruzar el charco. Y, como consecuencia, a esa temprana edad, tenía que triunfar, sí o sí, no se podía equivocar. No era una presión que se transmitiera con palabras, que impusieran sus mentores. Pero su padre había dejado su trabajo, su madre se despidió de su familia, los amigos de los hermanos quedaron atrás. Y si no salía bien, ¿qué? Muchos niños a esa edad han sentido tal presión que su progresión ha quedado fatalmente bloqueada.

Hay un truco, casi siempre inconsciente, que suele activarse en la cabeza de estos chavales. A Leo se le ha oído decir, desde la época de cadete, que iba a llegar a la Primera División. A Rodrigo le dijo un Leo de doce años que iba a ganar el Balón de Oro. Aquello ya no era el sueño inocente de los siete u ocho años; aquello era más bien una negación: no le cabía en la cabeza la posibilidad lógica de que o se conseguía ese objetivo o llegaba el fracaso, el final. Rechazaba, inconscientemente, que esa contingencia existiera.

Le ocurre a la gran mayoría de niños que dan el paso de jugar por disfrute a hacerlo para llegar a la Primera División. Pero

especialmente a los que lo dejan todo atrás: no aceptan la posibilidad del fracaso. Si se lo plantearan (y no se lo plantean), se les caería el mundo encima. Así pues, no hay espacio para la duda. Leo y muchos otros chicos de doce, trece o catorce años aseguran, cada día de cada semana en medio mundo, con la rotundidad de un adulto, que todo va a salir bien. Y lo raro, en realidad, es que salga bien.

Esta fascinante progresión de los chicos no se queda únicamente en la negación del fracaso, sino que puede venir acompañada de la represión de la sensibilidad. Cuando eso ocurre, no sólo disminuye el «volumen emocional» del dolor ante las ausencias, sino también de otros sentimientos: la presión pesa menos y el dolor físico también, dos consecuencias que, por cierto, son útiles para alcanzar la cima del éxito futbolístico. Recuerden esto cuando lean lo del partido de la máscara, o la final del Mundial Sub-20, dos ejemplos precoces que muestran una cosa tan rara para un niño normal y tan común para el futbolista de élite: no hay dolor, no hay presión, no hay envidia, no hay miedo, no hay, no hay, no hay...

A no ser que una lesión lo aparte de la pelota. O que su hermana llore de camino a la escuela. Eso sí que no se vive nada bien. Eso reactiva momentáneamente su estado emocional.

* * *

Leo Messi llegó a Barcelona en la cumbre del *pujolismo*, aquel proyecto político de la burguesía catalana, con colaboración de la Iglesia y de gran parte de la intelectualidad, que se inició con Jordi Pujol en la presidencia del Gobierno catalán en 1980 y que se

extiende hasta nuestros días. Aquella ideología identificó al catalán de calle, al catalán ideal, como nacionalista, y buscó una cohesión social alrededor de la nación catalana en un período posfranquista. A veces se olvida que hay más de una manera de ser catalán, todas igualmente legítimas.

En todo caso, esa política tenía un reflejo en la calle, en el día a día, entre otras cosas, con el uso del catalán en las escuelas en una muy elogiada política de discriminación positiva. El origen está en la Ley de Política Lingüística, en vigor desde 1983, y la finalidad de la misma perseguía no separar a los alumnos por la lengua, siguiendo la filosofía del pedagogo Alexandre Galí y basándose en las experiencias aplicadas en la enseñanza en Quebec y en Estados Unidos.

Curiosamente, el F.C. Barcelona era uno de los elementos centrales del pujolismo. Un club nacional (una especie de selección catalana para muchos) que fue utilizado por la política como un elemento cohesionador que exportaba el sentimiento nacionalista a la vez que servía para integrar a los recién llegados. El catalanismo utilizó al Barcelona y el club se dejó utilizar hasta tal punto que se generalizó la idea hiriente para los no culés de que un catalán de verdad debe ser del Barça.

En aquella primavera de 2001, llamarse Messi de apellido no tenía, además, ningún peso. Si eras un Messi de los que por aquel entonces llegaron de Rosario tres meses antes de acabar el curso, te tocaba hacer el esfuerzo de adaptarte con urgencia a una escuela pública (el retraso en los pagos y la falta de agilidad en las gestiones del Barcelona no permitieron a los Messi valorar la opción de a un colegio privado), con la dificultad añadida de una lengua que te es ajena.

Las escuelas tienen la obligación de acoger al que llega e integrarlo, pero la mayoría de la enseñanza en las escuelas públicas catalanas es en catalán y se va incorporando el castellano de manera progresiva en el período que va de los cinco a los ocho años. Ésa es la teoría. En la práctica, la adaptación del niño inmigrante depende de muchos factores: desde el origen y extracción social del resto de alumnos al porcentaje de otros chicos inmigrantes, escaso en el colegio que acogió a María Sol. Y, por supuesto, la capacidad de adaptación del propio alumno. El «sudaca» —término despectivo para el emigrante latinoamericano— nunca recibió las mismas bondades y respeto que el visitante blanco de la Europa del norte. En la escuela se hace un esfuerzo consciente para evitar estas situaciones, aunque no siempre se consiga, pero en la panadería, con los vecinos, en la calle... la aceptación del extranjero no siempre es una prioridad.

Los Messi-Cuccittini consideraban que les miraban, como se dice en argentino, «como bicho de otro pozo». Así lo explica Sique Rodríguez en su libro sobre los padres de futbolistas de La Masía culé, a lo que Jorge Messi añade: «Fue un cambio muy fuerte. Las costumbres, la idiosincrasia, los valores, la alimentación..., todo era diferente. Teníamos que empezar de nuevo. Casi desde cero. Hasta el idioma era diferente. Teníamos que adaptarnos al catalán».

El argentino también es orgulloso, respeta y mantiene sus raíces y quizá no hubo tiempo para explicar a los Messi por qué se hablaba catalán, en nombre de qué deficiencia o discriminación previa se había aplicado esta política lingüística. El caso es que la integración no se estaba produciendo con efectividad ni a la velocidad necesaria. Al choque emocional que supone llegar a un entorno social y cultural totalmente nuevo había que añadir las dificultades

que estaban encontrando para cobrar, las lesiones, los problemas burocráticos, las sospechas hacia los que les habían traído a España y la falta de sensibilidad hacia sus dificultades por parte del F.C. Barcelona. Todos estos condicionantes hicieron que las cenas familiares en el piso de Carles III se volvieran cada vez más espinosas, que se acumulara cierta tensión.

María Sol cumplió en Barcelona seis años, una edad en la que no se entiende que el mundo no se adapte a tus necesidades, y tanto Celia como Jorge sufrían viendo a su niña llorar cuando tenía que ir al colegio. Se estaba empezando a vivir una situación límite, o así lo sentían los Messi. Leo lo recordó en una entrevista a la revista argentina *Para ti* en julio de 2005: «[María Sol] no se adaptaba ni a la escuela ni al catalán».

Años después, en 2009, la Pulga dio una entrevista a la cadena de televisión argentina TVR en la que le preguntaron cómo llevaba el aprendizaje del catalán. Messi admitió las dificultades iniciales, pero creía que en el colegio le habían enseñado lo suficiente. Ahora «es fácil», admitió. El presentador le pidió que dijera, en catalán, «Buenas noches, soy Lionel Messi» y Leo se sintió observado, retado, fuera de su zona de confort. Nervioso, dijo, «Bona nit... y...». El público rió ante su dificultad para acabar la frase.

Pero, curiosamente, la primera declaración con sentido político que realizó en público Leo Messi fue una honesta defensa del catalán. El 6 de diciembre de 2012 presenté un acto con su patrocinador Turkish Airlines, compañía aérea que le había nombrado embajador internacional. Como suele ocurrir en estos eventos, pacté con el jefe de prensa de Leo y con el representante del departamento de comunicación del Barcelona los límites y reglas para cuando se abriera el turno de preguntas a los periodistas

presentes. Nadie contó con que uno de ellos iba a preguntar sobre los cambios que el ministro de Educación, José Ignacio Wert, pretendía introducir en la Ley de Educación, considerados en Catalunya como un ataque a su lengua. Al respecto, el Fútbol Club Barcelona había decidido emitir un comunicado reivindicando el catalán en el sistema educativo: «La lengua catalana y su enseñanza en las escuelas forma parte de nuestra identidad y es un elemento capital para la cohesión social y la convivencia de nuestro pueblo».

Al oír la pregunta, busqué desde el estrado tanto al jefe de prensa de Leo como al del Barcelona. Se miraron entre ellos. Teníamos un par de segundos para reaccionar antes de que Messi contestara. El primero me hizo un gesto asertivo con la cabeza. Adelante. Leo, experto en regatear todo tipo preguntas, no se había preparado la respuesta. El futbolista aseguró que desde su llegada a Catalunya él mismo había «crecido, estudiado y aprendido en catalán» y que nunca había tenido «ningún problema» con ello, ya que «cuantos más idiomas sepa un chico, mucho mejor para él». Una respuesta considerada ejemplar por los suyos.

Sin embargo, once años antes, el fuerte sentimiento de lejanía y la falta de simbiosis con la cultura en la que acababan de aterrizar propiciaron que la mitad de los Messi se planteara volver a Argentina.

* * *

Como queda dicho, al acabar aquella temporada tan complicada, Leo y su familia se fueron a Rosario a pasar el verano. Cuando se encontraron todos en la casa de Las Heras, ya no se podían retrasar

más las decisiones: María Sol se iba a quedar en Argentina. Nadie quería verla llorar más. Leo tenía que decidir lo que quería hacer.

Lo recordó Jorge Messi en «Informe Robinson»: «Entonces un día le pregunto a Leo: “Vos, ¿qué querés hacer? Porque, en definitiva, la decisión es tuya, si vos querés volver, volvemos”». Jorge ofreció a su hijo su amor incondicional, su apoyo absoluto: si quería seguir su carrera en Argentina, adelante. El objetivo estaba claro, Leo deseaba ser futbolista y Jorge quería que las consecuencias derivadas de la decisión, fuera la que fuese, tenían que entenderse no como una pérdida, sino como otro paso más hacia la meta para alcanzar un final feliz.

Pero Leo debía saber que no había garantías de que fuera a triunfar. Ni una. Se encontraba en un cruce de caminos y, a sus catorce años recién cumplidos, debía tomar uno: se volvían todos a Argentina o la familia se partía.

«Leo me miró —continúa Jorge— y me dijo: “No, yo me quiero quedar, yo quiero jugar al fútbol en Barcelona y quiero jugar en Primera División en Barcelona”. Ésa fue decisión de Leo, ésa fue su decisión: nadie le obligó a nada. Por eso me quedé yo con él. Celia se quedó en Rosario con los chicos».

Los Messi-Cuccittini se iban a quebrar.

Sería, querían creer, una separación momentánea, debían tener todos muy claro que se iban a volver a reunir. Cuando uno es consciente de que las cosas son transitorias, adquiere sin duda mayor fortaleza mental. Los abuelos italianos de Jorge y Celia sabían que se alejaban de los suyos para siempre, que dejaban Europa para no volver. Las familias argentinas que emigran a Europa a principios de este siglo se separan sabiendo que harán todo lo posible (no lo imposible, sino lo posible) para volverse a

reunir con los suyos. Y los Messi-Cuccittini tenían claro que lo iban a lograr. Hay que intentar comprender el modelo de pensamiento que les llevó a la decisión de separarse: gente así tiene una visión diferente a la de la mayoría de nosotros. ¿Quién se atreve a separarse de su novia de siempre, ahora esposa, y de tres de sus hijos para conseguir que otro vástago triunfe en un deporte que devora ilusiones?

Jorge admitió en ese «Informe Robinson» que su mujer hubiera preferido que se volvieran todos a Argentina y que «los chicos era como que habían cambiado el chip y querían volver. La verdad es que se habían conjurado varios factores negativos, el momento era muy crítico». Celia, Rodrigo, Matías y María Sol se instalarían de nuevo en Rosario. ¿Volvían a Rosario? Era mejor pensar que, como dijo Napoleón en Waterloo, no estaban retrocediendo, sino avanzando en otra dirección. ¿Era Rosario ahora el punto de destino o el punto de partida? En todo caso, en el barrio de Las Heras volvían a sentirse en casa.

Recuerden el origen italiano de la familia, donde todo gira en torno a la *mamma*. Leo se iba a «quedar sin madre» a los catorce años; Celia planeó visitarlo un par de veces al año y se iban a hablar por teléfono y por Internet. Jorge permanecería en Barcelona para cuidar de Leo. Rodrigo se les iba a unir unos meses después, pero de momento se quedaban solos padre e hijo en el piso de cuatro habitaciones de Carles III.

Leo adora a su madre, se tatuó su rostro años después en su espalda. Su padre es el que le dice sí o no. La relación es diferente, porque también cuida de sus asuntos: un padre que es mánager, un mánager que es padre, con lo que ello comporta. Pese a ello, Leo no olvidará nunca que quien se sacrificó fue su viejo.

«Los hermanos, que teníamos novia, nos quedamos en Argentina —recordó Matías en el mismo excelente documental del Canal Plus—. En eso somos conscientes de que... por ahí lo dejamos un poco solo... Si bien él siempre dice que la familia es lo principal que tiene, que siempre lo ayudamos, es cierto; pero en ese momento, yo particularmente, desde mi punto de vista, pienso que yo lo dejé solo, ¿sabés? Por ahí... no me gusta recordar tanto ese momento...». Y las últimas palabras salieron húmedas de llanto contenido. Por un segundo pónganse en la piel de Matías: él también se había quedado solo, sin figura paterna y sin el hermano pequeño al que adoraba.

Rodrigo fue igual de sincero: «Nosotros no nos adaptábamos mucho. Era un problema, estábamos unidos pero uno hacía algo y los otros no hacíamos nada. Entonces, sufríamos de diferentes maneras. Lamentablemente nos fuimos separando, pero siempre yendo y viniendo. Dos veces por año viajábamos... No fueron fáciles [los primeros meses], nos aburríamos bastante. Eran días tristes, los pasábamos viendo películas o jugando a la Play».

El sueño de Rodrigo, abandonada la idea de ser futbolista profesional por falta de oportunidades pero también de la ambición extrema necesaria para triunfar, era ser cocinero. Cuando regresó a Barcelona acompañado de su novia Florencia para ayudar a su padre y a Leo, empezó a estudiar cocina y llegó a trabajar en El Corte Inglés de Diagonal, donde la Pulga pasaba tardes enteras. Se casó y pronto tuvo un niño que se dormía en los brazos de Leo. A veces Rodrigo parecía el papá y Leo, uno de sus hijos. Los roles cambiados, confusos.

Jorge Messi ha reconocido que, si tuviera que volver a decidir, a revivir toda aquella historia, no permitiría que la familia se separara.

Por aquellas fechas, Leo Messi estuvo a punto de irse al Real Madrid.

El Barcelona tenía desde aquel mismo verano de 2001 un nuevo director general, Javier Pérez Farguell. En el mes de agosto, y con el argentino de vuelta de Rosario y físicamente listo para la temporada, se volvió a insistir, con urgencia y a través de la comisión del jugador de la FIFA, en el tr nsfer que seguía sin llegar y que impedía que Leo pudiera jugar sin limitaciones. Mientras tanto, Farguell echó una ojeada al primer contrato de Leo, el de los cien millones por temporada de unos meses atrás, y creyó que las cifras eran exageradas para un infantil que de momento estaba guardado bajo siete llaves, aunque no por decisión propia.

Se renegoció un nuevo contrato con una recompensa económica menor: el club le pagaría veinte millones de pesetas por temporada (120 000 euros). El Barcelona sentía que se había equivocado con otros juveniles con fichas muy elevadas (en especial, Haruna Babangida, que debutó en el primer equipo con quince años y fue cedido al Terrassa, de la Segunda División, cuatro años después, y el extremo Nano, que cobraban como un futbolista del Barcelona B) y no quería tropezar con la misma piedra. Se le expuso a Jorge Messi que había un límite salarial para los chicos de la cantera que no se podía superar.

Se produjeron varias reuniones para llegar a un acuerdo, pero no era posible encajar la diferencia entre el primer contrato y la nueva propuesta. El club sugirió sentar a todos los que tenían algo que ver con la llegada de Leo, desde Minguella a directivos (Joan Lacueva, Jaume Rodríguez, del departamento de recursos humanos, Joaquim

Rifé, el delegado Carles Naval, el gerente Anton Parera), representantes y abogados. Pero ocurrió lo inevitable: las posturas se radicalizaron. Uno de los directivos del Barcelona no entendía por qué no se aceptaba la oferta del club y soltó un «Pero ¿quién se ha creído que es este crío? ¿Maradona? Le finiquitamos y que se vaya a Argentina».

En esa frase se explicaba la actitud de algunos miembros del club y su falta de urgencia en los meses anteriores. A ojos del otro lado de la negociación, esa expresión confirmaba que no se apreciaba el esfuerzo que había hecho la familia y para los Messi no tenía sentido jugárselo todo a una carta.

Parecía que las negociaciones se habían roto definitivamente.

Al otro lado del teléfono Jorge Valdano, por aquel entonces director deportivo del Real Madrid, insistía en que sí, que el club blanco estaba dispuesto a pagar esos veinte millones y algo más. Pero que no quería ir a la guerra con el Barcelona, el jugador debía venir con la carta de libertad.

No hubo oferta oficial del Real Madrid, pero tampoco hacía falta, se conocían las condiciones. «Creo que vamos a ir al Madrid», se escuchó en aquella larga reunión.

Finalmente todo el mundo dio el brazo a torcer y se llegó a un acuerdo, pero en el proceso quedaron dañadas algunas relaciones. Jorge Messi descubrió que personas de confianza le habían estado engañando, una revelación de grandes consecuencias. Lo cuenta Roberto Martínez en el libro *Barçargentinos*: «Jorge Messi, harto de esperar una comunicación por parte de la entidad que nunca llegaba, efectuó primero un pedido de celeridad para que se solucionara la situación de Leo y la de la familia. Al ver que no obtenía respuesta, se presentó ante el nuevo administrador para

definir la continuidad en Barcelona o regresar a Buenos Aires. Se llevó una desagradable sorpresa: Pérez Farguell le contó que la gente que había montado el viaje de Leo desde Rosario le solicitaba al F.C. Barcelona una descomunal suma de dinero, y que la entidad no podía pagar cifra alguna por un chico de doce años. Sobresaltado, el padre de Leo explicó entonces que lo único que le interesaba era tener un trabajo, un lugar donde vivir con su familia y el pago del tratamiento de Lionel».

Los representantes de Leo que gestionaron la llegada a Barcelona le explicaron a Jorge que, tan pronto como aterrizaran, iban a cobrar cien millones al año, y que el propio Jorge iba a tener un trabajo remunerado. Lo primero no se cumplió, lo segundo, tardó varios meses en confirmarse. Jorge se enteró de que esos intermediarios habían pedido una comisión sin su permiso, aunque el Barcelona no llegó a realizar nunca un pago directo por el fichaje de Messi. Se produjo una desconfianza definitiva entre Jorge y los representantes que nunca fue subsanada. Desde ese momento, el padre de Leo decidió hacerse cargo de todos los asuntos de su hijo, una decisión cuya consecuencia fue un proceso legal iniciado por los intermediarios que continúa y que, hasta ahora, ha dado la razón a los Messi en dos ocasiones.

«Entonces Pérez Farguell —continúa Roberto Martínez— se avino al reclamo familiar y formalizó un nuevo acuerdo. Jorge Messi revela que “en realidad ese valor de 3900 euros por mes era por un trabajo para mí. Además, Lionel percibía un fijo más un valor variable por partido, siempre y cuando se ganara o empatara. Y dependiendo de en qué categoría se encontrara, ese número se valoraría más o menos”». El nuevo contrato fue firmado el 5 de diciembre de 2001, nueve meses después del primero. Leo, todavía

sin tr nsfer, iba a recibir finalmente el límite salarial del Barcelona B y Jorge, un préstamo para reformar la casa, un modo ingenioso de recompensar a la familia.

Por fin los papeleos parecían acabados. No hizo falta devolverle la llamada a Valdano.

* * *

En *El Gráfico*, Leo cont  años después lo que sintió aquel niño de catorce años que se había quedado solo con su padre en Barcelona: «Cuando me fui, llor  mucho, lloraba por todo lo que dejaba en la Argentina, pero al mismo tiempo tenía una ilusión y sabía que era para mejor». A veces, sin hacer ruido, se escondía en la habitación: «Me encerraba en la pieza y lloraba. No quería que mi papá me viera. Extra aba mucho».

Los cachorros del Barcelona solían hacer un circuito habitual que hoy todavía se repite: un autobús los recogía a la puerta de La Masía, iban a la escuela, luego comían juntos y entrenaban, para luego descansar en sus apartamentos, los pocos, o la mayoría de ellos en la casa rural enfrente del Camp Nou que hospedó a cientos de niños hasta que se inauguró la nueva Masía en 2011. Leo a veces iba del colegio al apartamento de Carles III para comer algo que le había cocinado su padre, para ver un rato la televisión, hacer una Play o una larga siesta y, de ahí, caminando al entreno. Generalmente solo.

Con los años se fue encontrando más cómodo con los compañeros y acabó almorzando en La Masía más a menudo y, en lugar de ir a clase, recibí el apoyo de un profesor que ayudaba a

algunos jugadores que, por los viajes y los entrenos, y seguramente la falta de entusiasmo, no se pasaban habitualmente por el Lleó XIII. Pero seguían quedando muchas horas libres.

Tras la marcha de la mitad de su familia, a Leo se le hacían pesados los ratos sin balón. Y Jorge intentaba rellenar los huecos. Retaba a su hijo a la Play y a menudo salían de Carles III a dar paseos hasta El Corte Inglés o por las Corts, un barrio residencial y comercial cruzado por la gran avenida Diagonal, un paraje muy urbano, con escasez de campos de fútbol o parques donde improvisar un partido. Jorge se convirtió en sustituto temporal de los amigos, en apoyo moral, en la columna vertebral de la vida de Leo en Barcelona. En un momento en el que el hijo, con catorce, quince, dieciséis años, debería rebelarse contra su mentor, en esa necesaria ley de vida que finalmente pone a todos en su sitio, Leo, un niño-adulto, un chaval con responsabilidades y experiencias de hombre mayor, debió cobijarse bajo la sombra que ofrecía su padre.

Cuando ocurren esas cosas, cuando el padre multiplica sus labores y la madre está lejos, se produce una confusión de identidades que puede llegar a desequilibrar el crecimiento natural, la maduración del futbolista: es otro de los sacrificios a los que se ven obligados a pasar los que quieren ser profesionales del balón. Cuando el padre es padre, cuando la madre es madre, el hermano mayor es el hermano mayor y el pequeño es el pequeño, los roles generalmente facilitan la estabilidad y la tranquilidad familiar. Cuando la mamá no hace de mamá con uno, pero sí con otro, cuando el papá hace a veces de papá y a ratos de mánager, y en ocasiones el hermano mayor hace de papá, sólo hay una cosa que detenga una crisis de identidad: cuando se duda, cuando se tensa la cuerda, cuando las cosas se hacen pesadas, hay que recordar por qué se ha

hecho lo que se ha hecho, hay que tener muy presente que, al final, existe un objetivo. Y es primordial un aprecio incondicional de los que rodean al chaval; eso permite sujetarlo todo.

Jorge, haciendo juegos malabares con sus roles, consiguió que Leo mantuviera el respeto a la autoridad y no olvidara de dónde venía. Si ya es difícil educar a un niño en pareja, cuando la estructura familiar se resquebraja hay además una complicación añadida: intentar que la protección al hijo no se convierta en sobreprotección. Proteger supone cuidar y poner límites. En la sobreprotección ya no se cuida o se ponen límites, es otra cosa: ahí lo que el progenitor intenta es que nadie pueda decir que no se le ha sabido cuidar. Jorge intentó siempre poner límites.

Pero, cuando le dice a su hijo «no te olvides de que los que te piden un autógrafo llevan horas esperándote», como tuvo que hacer en alguna ocasión, ¿es el mánager o el padre quien le habla? Mantener la identidad como padre ha sido la gran lucha de Jorge y de muchos de los padres de los futbolistas. En el peor de los casos, cuando el padre no consigue separar claramente los roles, se puede producir una situación que reconocen muchos psicólogos deportivos: en los ratos en que al padre le toca hacer de mánager, el hijo es huérfano. Y se pone a buscar padres en todas partes. Es mucho peor, insisten los expertos, ser huérfano con padre que sin él, porque, cuando el padre está vivo, el hijo puede convertirse en un huérfano resentido. Y el padre tiene la sensación de que no controla su propia vida, que va a remolque. Y cuando uno no controla la propia vida, dicen los expertos, siente la necesidad de controlar todo lo que tiene alrededor.

¿Y el futbolista cómo vive toda esta situación? Al fin y al cabo es el responsable del desequilibrio de roles. Todos los jugadores de

éxito no sólo son conscientes del sacrificio de los suyos, sino que sienten un agradecimiento infinito por todo lo que han hecho sus padres y sus hermanos, porque, sin ese esfuerzo, no hubieran llegado a donde han llegado. Pero hay más: al mismo tiempo tienen un sentimiento de culpa muy grande, porque les ha quebrado la vida a los suyos. El hijo, para compensar, les compra casas a sus padres, se convierte en proveedor. Y de nuevo, esos ladrillos confirman que la vida les ha dado a todos un giro excepcional porque lo normal es justamente lo contrario.

Y finalmente, ¿los hermanos? La ambivalencia continúa: «Estupendo —piensan la mayoría de ellos—, no viviríamos así si no hubiera sido por ti, hermano. Por otra parte, igual no lo sabrás nunca, pero nos has chafado la vida, lo nuestro siempre ha girado a tu alrededor. ¿Quién quiere ser hermano de Leo Messi o de Cristiano Ronaldo?».

Igual es por todo eso, las dificultades de lidiar con una familia quebrada, por lo que Jorge admitió alguna vez que, dada la misma situación, no volvería a separar la familia. Pero de todo aquello surgió alguna ventaja, como le contó a la revista *Kicker*: «La suerte fue en el momento cuando se cambió la política del “uno a uno” entre el peso y el dólar. Porque mi esposa y los otros hijos volvieron a Argentina y yo me quedé con Leo en Barcelona. Con una mitad del sueldo español vivimos nosotros en Barcelona, y la otra mitad la mandábamos a Argentina. Pero recién después de la devaluación, mi señora y los otros hijos podían vivir bien de esa mitad que les mandamos. Eso sí fue la suerte».

Matías enseñó a su madre a usar la webcam bien pronto para poder comunicarse habitualmente con Leo, quien de todos modos chateaba con ella cada día por Internet y la llamaba por teléfono

cada tres días. Religiosamente. Celia lloraba después de hablar con su hijo. Y también cuando lo veía por televisión.

Claudio Vivas, otro argentino del mundo del fútbol, el que fuera asistente de Marcelo Bielsa en el Atlético de Bilbao, reflexiona así al respecto de las ausencias y la lejanía: «Todo es sacrificio. El que te conoce de más íntimo sabe que uno está acá y sabe si la pasa bien o la pasa mal; en realidad uno lo pasa bien en el aspecto social y económico, pero mal en lo sentimental. Yo sé lo que puede llegar a sentir la madre de Lio o el padre, porque estar acá es muy lindo pero también hay que sacrificarse».

Curiosamente, donde menos se veía ese estado de las cosas era en el campo de entrenamiento, con la autoimposición de los futbolistas de ocultar sus debilidades. Quizá la mejor explicación de las razones de ese comportamiento universal en el mundo del fútbol la ofreció el futbolista inglés Joey Barton a la revista *Football 24/7*: «Ocurre cada sábado antes de saltar al césped: cuando estamos en el hotel o en casa un par de horas antes de que empiece el partido, nos pasa de todo por la cabeza. La mayoría de los jugadores, no todos, se sienten muy vulnerables. Porque nadie quiere jugar mal, todo el mundo quiere impresionar. Y sin duda es una señal de debilidad mostrarlo en público. Pero lo que yo he aprendido, después de que me pasara de todo, es que no lo es. En realidad es una demostración de fuerza poder decir: “¿Sabes qué? Estoy un poco nervioso y me siento un poco vulnerable”. Cuando lo dices en voz alta a tus compañeros, como que desaparece. Algunos prefieren gritar, y golpearse el pecho, y decir: “No estoy nervioso, no me preocupa nada, blablablá”. Pero los veo y pienso: “Sí que lo estás”».

Si uno repasa las primeras entrevistas de Leo en España, del Leo público, sólo se ve a un chico ilusionado, maduro para su edad. Con

catorce años, la televisión catalana TV3 lo visitó en su piso de Carles III para conversar sobre su llegada y sus primeros pasos en el club y se manejó con la soltura de un veterano. Explicó que sí, que se sentía bien, que estaba cómodo, tranquilo. Le preguntaron sobre su jugador argentino favorito: «Me gustaría jugar como Aimar». Javier Saviola estaba en aquella época en el Barça, y tuvo la entereza de añadir «pero, bueno, Saviola también me gusta mucho». De esas entrevistas políticamente correctas ha dado muchas Leo. Pero ni una señal de las dificultades por las que estaba pasando la familia.

Nadie, ni jugadores ni preparadores de La Masía, sospechaba que Leo lloraba a solas en su habitación. «Parecía que lo llevaba todo bastante bien —reconoce Álex García, su entrenador en el juvenil—. Creo que él tenía una cosa muy clara: sabía lo que había hecho: “Yo me he separado de mi madre y de mis hermanos porque quiero ser futbolista; no sé adónde llegaré, no sé cuánto duraré, pero tengo claro lo que quiero”. Sabía que requería sacrificios y supo sufrir. Le preguntaba cómo estaba, porque sabía que está a no sé cuántos kilómetros de su familia, y me decía: “Bueno, mi madre vendrá ahora con mis hermanos”». No había espacio para mostrar debilidades.

Pero Leo sí daba pistas: tras pasar tres horas en el entrenamiento, si se cuenta la llegada, el cambio de ropa, el calentamiento, los ejercicios y la ducha posterior, Messi siempre quería quedarse sobre el césped un rato más.

* * *

Para un futbolista joven, de los que no han llegado todavía al primer equipo, la soledad es esto: un domingo a las seis de la tarde, oscuro si es invierno, varias horas después del partido jugado por la mañana, en su casa, alejado de su pueblo de origen, siendo consciente de que las horas pasan sin rellenarlas con algo sustancial, sin nadie con quien ir no se sabe bien dónde, yendo a la cama después de cenar, con el único sonido de la televisión o, en el caso de Leo, del «buenas noches» del padre..., durísimo.

A menudo Leo evitó esas tardes alargando la sobremesa de las comidas en un par de restaurantes argentinos. O compartiendo su nueva Xbox con algún compañero de los equipos juveniles o incluso algún amigo argentino de otros clubes. Veía la tele argentina, seguía la liga argentina. Sus películas favoritas, las argentinas *El hijo de la novia* y *Nueve reinas*; su actor favorito, el compatriota Ricardo Darín. Lio no perdió nunca el acento argentino, ni las costumbres. Y acabó creando una Rosario en Barcelona. «Siempre he dicho que es el jugador argentino más argentino que he conocido nunca», afirma la periodista Cristina Cubero, que estuvo muy cerca de él en sus primeros pasos en España.

Pero, en realidad, es la única forma de preservar la identidad: es más complicado sobrevivir si hay que adaptarse, porque, si se decide perder las costumbres con las que uno nació, las nuevas, las que se adquieren, nunca serán tuyas del todo. Para el gobierno local, para la gente local, lo normal y saludable es exigir la adaptación a los usos locales del que llega; pero, para el emigrante, ese esfuerzo supone morir un poco. El jugador sudamericano, con notables excepciones, ve necesario el pasaje a Europa para ganar prestigio y dinero, pero suele regresar a sus orígenes al acabar la carrera: todo el mundo se quiere morir en casa.

Leo no es un argentino típico, y ya analizaremos esto con detalle más adelante, pero es muy argentino, queda claro. Si un argentino podría definirse como un italiano expansivo que habla español, piensa como un francés y al que le encantaría ser inglés (esto lo oí en un café de Rosario), Leo es simplemente un tipo reservado que adora Argentina. Su talento con el balón lo ayudó a adaptarse bien (es más fácil que te acepten en el extranjero si uno es muy bueno en lo que hace), pero en su lucha, consciente o no, por preservar su identidad contó con el apoyo del entorno (la familia), el contexto (el Barcelona que nunca le obligó a hablar catalán, por ejemplo) e incluso de una comunidad argentina en la Ciudad Condal que es fácilmente identificable y localizable, un grupo que da la bienvenida al que llega y que mantiene con orgullo, como hace Leo, sus costumbres, acento y gastronomía.

Al acabar la sesión de entrenamiento, se cambiaba, se ponía tejanos, la bolsa a la espalda y, lejos del campo, se hacía un poco más pequeñito. E intentaba rodearse de gente que le hiciera sentir como en casa. «Vamos a hacer un asado», era la invitación de Leo a pasar la tarde en restaurantes argentinos como Las Cuartetas, en la calle Santaló de Barcelona. Cuando empezó a entrenar por la mañana, la pasaba ahí de una a siete de la tarde en ocasiones, con su padre o sin él, con su hermano Rodrigo o sin él, comiendo milanesas, charlando, explicando cómo había ido el fin de semana en la liga argentina, dándole a su mundo una forma reconocible. Siendo siempre el último cliente. En otra ocasión, haciendo una gestión, acabó en el pueblo cercano de Hostalric y recaló en otro restaurante argentino. Le gustó y lo frecuentó a menudo. «¿Qué tal si nos vamos a Hostalric?», era sinónimo de «vayamos a pasar un rato en otra pequeña Argentina».

El Barcelona le pidió que acudiera a almorzar regularmente a La Masía e hizo con él, al igual que con otros, un trabajo con el endocrino para enseñarle a comer bien. Al mismo tiempo, el doctor del club, Josep Borrell, decidió retirarle el tratamiento hormonal de forma paulatina y decreciente. A partir de los quince años, un control de la alimentación y un programa físico iban a permitirle, según el médico, alcanzar un máximo crecimiento sin necesidad de hormonarse. «En España tuvo un desarrollo que no se puede creer», recuerda Jorge Messi en *El Gráfico*. Creció veintinueve centímetros en treinta meses. Pero se saltaba la dieta a menudo en los restaurantes de sus amigos argentinos, con milanesas generosas acompañadas de patatas y dulce de leche para terminar.

Tras unos meses en Rosario, su hermano Rodrigo volvió permanentemente a Barcelona con su mujer Florencia y su hijo Agustín, un bebé que Leo pasó horas cuidando. Así se lo contó a Cristina Cubero en 2005: «Me la paso siempre con ellos. Cuando mi cuñada, Florencia, hace la comida, yo estoy con el niño. A mí me toca siempre dormirlo por la noche. Al principio le cantaba nanas, pero mi hermano, mi cuñada y hasta el niño se echaban a reír, así que ahora lo que hago es pasearme por toda la casa acunando a Agustín, sin cantar, sólo paseando. Y se queda dormido rápido. Algún día yo también tendré hijos...». Su hermano mayor trabajó de cocinero en el hotel Rallye y El Corte Inglés, y llegó incluso a estar en contacto con el renombrado chef de El Bulli, Ferran Adrià, que tenía un taller en la Ciudad Condal, pero en el que no permaneció mucho tiempo: prefirió cuidar de su hermano.

Leo contó con otros protectores: Pablo Zabaleta fue uno de ellos. Y Pablo, capitán de la Sub-20 argentina en las primeras internacionalidades de Leo y con quien acabó de sellar su amistad

cuando el lateral jugaba en el Espanyol de Barcelona, aceptó con naturalidad el encargo tácito: lo fue a buscar a la salida de restaurantes cuando empezaba a ser reconocido, lo aconsejó, lo guió, le ayudó a evitar según qué compañías...

La Pulga adquirió un perro, *Facha*, un bóxer, que sacaba a pasear a la playa. Otro compañero.

Óscar Ustari, amigo de Leo y compañero de selección, hoy en el Almería, compartió con él muchas confidencias: «Si hay un tema que por ahí él no lo habla, que le marcó, es el desarraigo. A mí me pasó. Yo soy de un pueblo mucho más chico que Rosario, son quince mil habitantes, y a los trece años empecé a andar solo, sin un padre y sin una madre, a buscarme la vida en Buenos Aires. De un pueblo de quince mil habitantes a la jungla de cemento».

Javier Mascherano, como tantísimos otros, reconoce el sentimiento. «Le he oído decir a Leo que, de más joven, pasó por fases, después de entrenar, de volver a su habitación y decir “no aguanto más”. Obviamente es lógico, a mí me pasó, aunque no estaba tan lejos. Yo a los trece o catorce años también me fui de mi casa en Rosario en busca de un sueño en Buenos Aires, y siempre ocurre: tenés la incertidumbre de no saber qué va a pasar, si realmente el tiempo lo estás perdiendo o no. Pensás “estoy acá y quizá me estoy perdiendo de vivir un montón de cosas, y no sé si el día de mañana va a valer la pena o no”, pero... La vida de uno es linda ahora... cuando sale bien. Uno va en busca de un sueño, lo importante es intentarlo. ¿Por qué se resiste? Porque realmente lo tenés claro. La vida de Leo es jugar al fútbol, donde más feliz se puede sentir, cuando sale a entrenar, cuando toca el balón... En definitiva, lo que nos mueve a nosotros es la pasión por este deporte».

«Te desesperas, lloras —dice Pedro, el extremo del Barcelona

que dejó las Islas Canarias para ingresar en La Masía a los dieciséis años—. Es duro porque no tienes a nadie, digamos, “cerca” para contarle tus problemas. Sí que tienes gente, mucha gente que trabaja en el club, compañeros del equipo que te pueden ayudar, pero en ese momento a lo mejor necesitas a alguien más cercano de tu familia, tus padres. Y cuando los tienes por teléfono, cuesta decirlo todo de ese modo, es todo más frío. Y encima no pegas con los chicos de tu edad, porque ya no estás con las cosas que les interesan a ellos. Todo para nosotros pasa muy rápido. Los jugadores ya tienen novia desde muy jóvenes, tienes hijos rápido, maduramos antes y lo vivimos todo con una intensidad y velocidad inusual».

«Siempre digo que nos inflamamos a hablar y a escribir libros sobre Leo, Piqué, Fàbregas... —afirma el entrenador Rodolfo Borrell—. Pero alrededor de estas fantásticas historias hay muchos traumas, muchos proyectos de futbolistas que con doce años se van de casa y vuelven con diecisiete, con fracaso escolar, futbolístico, desarraigo familiar, un vacío de cinco años en los que posiblemente incluso hayan perdido a los amigos...».

Leo pasó por el dolor físico y por el psicológico antes de llegar a ser el mejor en lo suyo. La capacidad futbolística es necesaria para alcanzar esa meta, la capacidad de sacrificio también. Y la perseverancia.

Pero tardó muchos años en dejar de llorar después de hablar por teléfono con su madre.

HACIENDO CAMINO

Habla Rodolfo Borrell, primer entrenador de Leo en el Fútbol Club Barcelona:

«Si él sufría, era difícil que lo viéramos porque nosotros, los entrenadores, lo teníamos cuando disfrutaba. Quizá incluso en el único momento del día en que disfrutaba. Llevaba sobre sus hombros mucha responsabilidad. Así lo veo yo. Y esa presión brutal, indescriptible para un chaval de trece años y que normalmente te lleva por mal camino, en Leo funcionó justo del modo contrario. Lo llevaba mejor que otros porque sabía o tenía claro que iba a llegar.

»Luego está su pasión extraordinaria por el juego. Nunca he visto a un jugador con tanto deseo, al acabar de entrenar, de que llegara el próximo día de entreno. Veíamos un ansia de ejercitarse, de correr, de hacer lo que se le pedía. Y cuando terminábamos de entrenar, me preguntaba si podía tirar faltas. O era el día de descanso y, si no tenía nada que hacer, igual pasaba por allí a ver trabajar a otros, y él quería entrar, te lo juro. Eso no lo hace otro, el día libre es el día libre. También es verdad que igual no tenía otra cosa que hacer, pero bueno, podía haber ido al cine o a pasear...

»Recuerdo, como si fuera ayer, un día que le vi en el gimnasio que estaba dentro del Miniestadi, justo antes de empezar un entrenamiento del equipo en el que jugaba en esos momentos. Yo ya no lo tenía, fue un año o dos más tarde de que pasara por el Infantil, pero, como el resto de compañeros, me tiraba horas y horas por la zona observando, charlando, aprendiendo. Se había establecido que

los chavales fueran un día o dos al gimnasio que estaba dentro del Miniestadi. Por lo que sea, su entrenador no había llegado a la hora y recuerdo perfectamente la imagen: Víctor Vázquez, Piqué y no recuerdo quién más, lo típico, con una pelota de tenis, los tres estirados en la colchoneta, esperando... y el cabrón de Messi trabajando, solo. Como si estuviese el entrenador. No digo que estuviera haciendo lo que había que hacer, igual estaba haciendo ejercicios que no debía realizar, pero aquella imagen la recuerdo perfectamente. Esa pasión por lo suyo...

»Un rato después lo paré en la escalera que hay frente al Miniestadi y que da acceso al campo 3, y le dije: “Tú, con esta mentalidad, no digo que llegues al primer equipo, pero serás profesional seguro, porque no es normal”.

»No recuerdo si él contestó o no».

Habla Leo para la televisión catalana TV3. Sus primeros meses en el Barcelona habían sido un pequeño desastre. Con el Infantil A de Rodo Borrell que le correspondía por edad sólo pudo participar en amistosos. Y se lesionó en el segundo partido oficial que jugó con el Infantil B. Volvió a Rosario a recuperarse y coger carrerilla para regresar a Barcelona y empezar otra vez; en la nueva temporada, jugaba más habitualmente y marcaba.

—Periodista: Ahora hablaremos con Leo Messi, uno de los jugadores de este equipo que ha marcado dos goles en este partido. La temporada pasada no pudiste prácticamente participar con el equipo porque tuviste una lesión. Supongo que estás contento de poder volver a jugar con tus compañeros y marcar goles.

—Messi [con vocecita de niño]: Sí, la temporada pasada jugué un partido y a los pocos minutos me he lesionado, y ahora he vuelto y... muy contento.

Temporada 2001/2002: empieza el despegue

Recuperado de sus lesiones, Leo empezó la temporada 2001-2002 con el preparador Albert Benaiges en el Cadete B. El extraordinario grupo del 87 continuaba el viaje que les hizo compartir vestuario durante dos temporadas y media y que les convirtió en una de las mejores generaciones que La Masía ha producido en su historia. Éste era, a principios de temporada, un once tipo en el habitual 3-4-3 que se había implantado en la cantera: Dani Planchería, Marc Valiente, Gerard Piqué, Algar; Cesc Fàbregas, Rafa Blázquez, Robert Giribert, Marc Pedraza; Toni Calvo, Víctor Vázquez y Juanjo Clausi.

¿Y Messi?

Leo no había solucionado sus problemas burocráticos y seguía sin poder jugar las competiciones nacionales, así que entraba y salía del equipo de Benaiges, siempre en una posición de extremo izquierda. «Le encantaba jugar de enganche, en una zona más por dentro —recuerda el entrenador del Cadete B—. Nosotros le poníamos de extremo porque, en el sistema que usábamos, nos iba mejor. Pero tenía la tendencia de meterse por dentro y entre líneas, donde en realidad le gustaba verse. Sabía que, con un par de regates, aparecía frente a la portería». Leo, por tanto, tardó en ser titular indiscutible: Marc Pedraza jugaba de mediapunta detrás de Víctor Vázquez y, solamente cuando el primero marchó al Espanyol, ese espacio empezó a ser utilizado por Cesc o en ocasiones por Leo. «Era un chico muy callado, muy tranquilo, se le entendía más por sus expresiones. Aunque lo veías con los compañeros... y se le notaba

como medio triste, la verdad», recuerda Benaiges.

La categoría de cadetes se dividía en dos: el Cadete A (quince años) jugaba una liga que contaba con el Cadete B del Espanyol (catorce años), y el A del Espanyol se enfrentaba al B del Barcelona. Era un acuerdo tácito entre los dos grandes clubes catalanes para que los equipos A se repartieran los títulos. Aquella generación de 1987 del Cadete B blaugrana se disputó la liga con el Cadete A del Espanyol, es decir, contra chicos un año mayores. Algunos de los españolistas, como Sergio Sánchez (hoy en el Málaga) o Marc Torrejón (Racing de Santander), acabaron llegando a Primera.

Pero por primera vez en la historia de las competiciones catalanas, un Cadete B se hizo con el título de liga frente a un A: en la jornada 23, siete partidos antes del final, en el campo de la Damm, los culés de 1987 obtuvieron el título. En el último enfrentamiento directo entre los rivales ciudadanos, Cesc, Piqué y Rafael Blázquez (otra de las perlas de aquel Barcelona y promesa malograda, en este caso por un accidente de coche) marcaron en un contundente 3-0. El Cadete B del Barcelona ganaría también la Copa Catalunya y, de hecho, casi todos los títulos en juego, a excepción de la Nike Cup, donde cayeron en semifinales ante el Atlético de Madrid.

Aquella victoria liguera ante el Espanyol coincidió con un relevo en el banquillo. Benaiges le cedió el cargo a un antiguo jugador del Barcelona que acababa su carrera de futbolista en el modesto Gramenet: Tito Vilanova sufría una lesión de rodilla que le impedía seguir jugando y se le prometió un equipo de la cantera para cuando se retirara. A inicios de 2002, a mitad de temporada, empezó su estancia como entrenador coincidiendo con la llegada de un

comunicado de la FIFA que finalmente le daba la razón al Barcelona frente a la reticencia del Newell's a enviar el tr nsfer: el organismo internacional apuntaba que a un chico de trece años no se le puede negar la posibilidad de jugar a fútbol si as  lo desea. Por tanto, Messi fue inscrito en la Federación Española el 15 de febrero. Finalmente, un año después de su llegada a Barcelona, nada le impedía ser alineado en cualquier partido, en cualquier competición. Un obstáculo menos.

«Chicos —dijo un serio Vilanova a sus muchachos al final del entrenamiento del día siguiente—. Tenemos un nuevo jugador con nosotros. —Se miraron todos, no había una sola cara nueva—. Leo Messi. Leo es nuestro fichaje». El grupo, sin excepción, le aplaudió, vitore , felicit .

17 de febrero. Campo de Can Vidalet. Rival, Esplugues de Llobregat. Messi inicia el encuentro en el banquillo. Sale en la segunda parte y debuta en un campeonato nacional. Marca tres tantos. Resultado, 1-14.

Tito empezó a utilizarlo de nueve, por el centro. Su primer paso por la posición de falso nueve. Donde se deciden los partidos. Cesc, que solía jugar frente a la defensa, de cuatro, pas  a ser el organizador detrás de Messi, de diez.

En ocasiones se ha repetido que quien destacaba en aquella generación era Víctor Vázquez, sin duda un chico con talento, gol y calidad, que llegó a jugar en el primer equipo del Barcelona al lado de Leo en un encuentro contra el Rubin Kaz n. Se lesion . Y no volvió a vestir la camiseta azulgrana.

«Con el 3-4-3, antes de Tito, Leo jugaba más en banda. Con Tito empezamos a jugar uno u otro, de mediapunta o delantero; poco a poco nos fueron poniendo juntos —cuenta Vázquez—. Nos

compaginábamos bien. Si en un partido se necesita más velocidad arriba, pues venga, Messi arriba que es más rápido, y tú le puedes poner pases. Si en otro partido los centrales son más grandotes y hay que poner un jugador ahí en medio, me ponía yo, y Messi por detrás. Y Cesc, un paso por detrás de los dos. Así jugábamos con Vilanova».

«Vilanova fue el primero que colocó habitualmente a Leo en su lugar —recuerda *Charly Rexach*—. Un día, Tito me vino a decir que tenía un tío en su equipo que era un superdotado, un fenómeno. “Ya lo conozco, ya”, le contesté. La gente a veces piensa que estas cosas, cuando un jugador destaca, son por casualidad, pero el equipo era bueno y Tito empezaba de entrenador pero sabía mucho de fútbol. Todo eso ayuda. Y es con Tito cuando empieza el gran arranque. Cuando Messi era pequeño hacía gracia, porque marcaba más goles que los demás, porque regateaba a tres o cuatro, incluso porque chupaba demasiado. Y pensábamos “cuando crezca le diremos que deje de chupar y pase más la pelota”. Pero había que dejarlo crecer a su manera. Y Tito es el primero que le hace entrar en un juego, en un esquema futbolístico, en táctica. Y el Barça, generalmente, tiene una ventaja: es superior a los otros equipos, con lo cual manda y puede jugar como le apetezca y con quien le apetezca. Eso ayudaba para probar lo que quisiera el entrenador».

«Tito nos hablaba del resto de equipos como si todos fueran buenísimos —explica Julio de Dios, integrante de aquel Cadete, a Jordi Gil en su biografía de Cesc, *Descubriendo a Cesc Fàbregas*—. Controlaba todos los datos del resto de equipos: que si un delantero llevaba tantos goles, que si este jugador es muy rápido o hace estas cosas... Nosotros lo ganábamos todo y, hablándonos así de los rivales, lograba que siempre estuviéramos en tensión y

motivados. Daba las consignas justas para no relajarnos, pero tampoco nos volvía locos con la pizarra o la estrategia».

Tito Vilanova sabía que tenía algo especial entre manos: estaba enamorado del liderazgo de Piqué, del sentido competitivo y la calidad de Cesc. Y de Blázquez, de Vázquez, de Valiente. Pero Leo tenía incluso algo más: «Nunca he visto a un chico tan autoexigente —cuenta el ex entrenador del Barcelona—. A veces hacía un partido fantástico y abandonaba el campo enfadado consigo mismo porque, según él, podía haber hecho algo más».

Tras aquel partido en Can Vidalet, Leo jugó seis encuentros más y celebró el título de liga, su primer título con el Barcelona.

«Si es que mirabas adelante y tenías a Messi —recuerda ahora Víctor Vázquez, que continúa su carrera en el Brujas—. Y decías “joder, chato, sé que vamos a hacer algo bueno”. Y también venía Cesc por detrás, y pensabas “algo va a pasar, vas a tocar y Cesc te va a dar un buen pase, va a haber una buena combinación y va a acabar en gol”. Éramos muy superiores, nunca he visto un equipo de las categorías inferiores tan superior como nosotros. A veces hemos ganado 10-0 andando y el míster nos decía: “Oye, ¡queréis correr!”. Y nosotros replicábamos: “¿Para qué vamos a correr?”. Es que no hacía falta, te pasabas el balón y en tres o cuatro pases llegabas al otro lado».

«Era un grupo extraordinario, con jugadores muy competitivos, auténticos ganadores. Con sólo quince o dieciséis años tenían la madurez de gente de veintidós o veintitrés —comenta el entrenador Álex García, que heredó el grupo de Tito al año siguiente—. Todos sabían que Messi, Piqué y Cesc eran diferentes. Eran los puntales del equipo y lo aceptaban. Sé que ahora es fácil decirlo, pero es verdad: veía que ningún otro equipo tenía estos jugadores». Cesc es

sincero: «De todos modos, si en ese momento nos llegan a decir que nosotros tres formaríamos parte un día del primer equipo del Barcelona, los tres hubiéramos dicho que era imposible. Quizá uno o dos, pero ¿tres?».

«Un día le dije a Leo que me iba a sentar tranquilamente en el banquillo para disfrutar de su fútbol; la verdad es que veía a Maradona en él», reconoce Tito.

«Leo tenía unas características para jugar al fútbol muy diferentes a las nuestras —recuerda Cesc—. Y por mucho que se comentara que yo era bueno, o Piqué o quien fuera..., la verdad es que teníamos características más similares a los demás. Éramos mejores, porque lo éramos, pero no teníamos nada distinto, y él tenía cosas muy diferentes a nosotros. Sabes que se te irá hacia la izquierda y se te va igual. Lo ves mil veces por la tele y dices “cómo puede ser que no le quiten la bola si siempre se va hacia la izquierda, siempre”. Hasta sabiéndolo no puedes. Tiene un don, te lo digo en serio».

«Era el director de la Escuela del Villarreal cuando lo vi por primera vez». Quien habla es Juan Carlos Garrido, ex entrenador del club castellonense y hoy del Brujas. «Fue en un torneo de verano, en la final Barça-Villarreal. Se llegó al descanso ganando el Villarreal, creo que 1-0, y Messi salió en la segunda parte. Acabó el partido 1-3. Messi marcó los tres goles. Recuerdo que ganaba los partidos él solo. Había una diferencia tremenda con el resto de futbolistas. Lo sentí como una revolución, era algo extraordinario. Fue impactante».

El presidente Joan Gaspart pasaba algunos sábados por la mañana en los campos anexos al Camp Nou, donde veía los partidos solo o acompañado por su mano derecha deportiva, *Charly* Rexach. «Nunca dije “aquel número diez será un fuera de serie y será el

mejor jugador del mundo”. Pues no, no lo habría dicho nunca. Que era muy bueno, sí, pero nada más. No lo dije, y ni se me pasó por la cabeza que llegaría a donde ha llegado. Pero cogía el balón y se le veía descarado. Y era curioso porque era un chaval muy tímido, pero luego lo veías en el campo y parecía el jefe de la banda. Además era un chupón. Si se podía regatear a tres, mejor que a dos. Era rápido y bastante del *morro fort*, no tenía miedo: cuando el balón quedaba dividido metía el pie, aunque saliera rebotado por su pequeño tamaño. Era un chaval de esos que te deja imágenes grabadas».

Aquel equipo entrenaba, como la mayoría de conjuntos de la cantera, en los campos anexos al Miniestadi, a doscientos metros del Camp Nou y del espacio al lado de La Masía donde se ejercitaban los mayores. Raramente se cruzaban con los jugadores del primer equipo, tres de los cuales eran compatriotas de Leo: Juan Román Riquelme, Roberto Bonano y Javier Saviola.

Riquelme tenía una calidad tremenda, era un mediapunta que dictaba el tempo del partido, aunque quizá fuera excesivamente frío. Pero jugaba en el Camp Nou. Con los mayores. Y con la selección. Juan Ramón era muy grande a ojos del pequeño Leo. Cuando se lo encontraba, por ejemplo en las barbacoas que Minguella organizaba en su casa al norte de Barcelona, Leo se hacía más pequeño todavía y lo observaba, ojos abiertos, mirada dirigida al mentón de Riquelme, como si estuviera en presencia de una deidad argentina, que es más que solamente una deidad para un argentino. Por su parte, Saviola y Bonano, cuando veían al pequeño compatriota, le preguntaban cómo le iba y de vez en cuando lo invitaban a un helado y a un rato de charla. Cuando Lio los necesitó, en un golpe de mala suerte durante la siguiente temporada, ahí estuvieron.

Aquel F.C. Barcelona, un año después de la marcha de Luís Figo y de Pep Guardiola, todavía sufría la ausencia de líderes en el primer equipo. El dinero ingresado por el portugués se había malgastado en jugadores que no triunfaron (Emmanuel Petit, Marc Overmars, Alfonso Pérez, Gerard López) y en otros que se quedaron a medias, como Riquelme y Saviola. Carles Rexach, en el banquillo, no consiguió convencer a la afición y el equipo, con Rivaldo y Kluivert de estrellas, se quedó a las puertas de los títulos (cuarto en Liga, derrotado por el Madrid en las semifinales de la Liga de Campeones). La crisis institucional, acelerada aquella temporada con el presidente Joan Gaspart poco apoyado por la grada, se tradujo finalmente en cinco años sin ganar la Liga.

* * *

En sus primeros días compartiendo vestuario con los cachorros blaugranas, Leo se cambiaba en una esquina. Nadie sabía bien qué decirle, cómo tratarlo.

En los entrenamientos, en los parones, Messi bebía agua, solo. Se entretenía haciendo toques con un balón mientras los otros chicos hablaban de lo que se estaba haciendo ese día, o del cole, o de sus novias.

Se duchaba el primero, cuando no había nadie todavía en el vestuario. O el último. Pero lo normal era que llegara el primero, se cambiara en cinco minutos y se fuera a toda prisa; su padre le solía esperar fuera. Los compañeros creían que no quería coincidir con ellos en la ducha, que les tenía mucho respeto. Demasiado.

A veces decía adiós. Otras no. Lo habitual era un gesto

levantando la mano, un callado «hasta mañana».

Pero viendo el descaro con el que se movía sobre el campo, los veteranos del grupo tardaron poco en acercarse al nuevo chico argentino.

Gerard Piqué, el más bromista, fue el primero que se atrevió. Utilizó un recurso clásico: le escondió la ropa mientras se duchaba. Se la puso en otra percha. Leo volvió sólo con una toalla y no encontró sus pertenencias. Se puso nervioso. Cinco o seis de los chicos se reían, pero le dieron la ropa a toda prisa, para que la cosa no fuera a peor. «¿De dónde vienes? ¿Cómo es que has venido a parar aquí? —le preguntó Piqué—. Puedes hablar con nosotros, no pasa nada, no mordemos».

«Nada, soy así de calmado», dijo Leo.

Gerard abrió la puerta. A partir de ese momento habló algo más. Pero no mucho más. «Creíamos que era mudo», suelta Cesc riendo.

«Messi es muy tímido, y creo que lo sigue siendo, aunque ahora sea adulto. Tiene mucho respeto a la gente. Hay quien dice que es por ser el mejor del mundo, como si fuera sobrado. Creo que eso es más de otro tipo de jugadores, como Cristiano Ronaldo. Él no. Él es más de “me da cosa estar aquí, a ver qué me va a decir esta persona”». Ése es el recuerdo de Víctor Vázquez, quien intentó pronto buscar puntos en común: «Nosotros hicimos para que se uniera al grupo, pero él era más de “no, no me apetece, me quiero ir a casa”. Era más de estar con su familia. No era como nosotros, que podíamos pasar una tarde de risas en el cine, o nos pasaban mil cosas por el barrio o en El Corte Inglés».

Leo no vivía en La Masía y se perdía los alborotos de la segunda planta, donde estaban los dormitorios y los chicos se reunían para estudiar. O, bueno, para simular que estudiaban. A menudo alguien

apagaba la luz. Y se empezaba a dar collejas a una víctima, generalmente Piqué. Era el que más recibía por chulear en exceso. Pero también porque lo encajaba bien y se reía a gusto. No, Leo no estuvo en ésas.

«Era muy tímido —le dice el lateral Oriol Palencia a Jordi Gil para el libro de Cesc—. Salía, jugaba y nada más. No era precisamente de los que se ponían enfrente de todos y empezaba a decir “vamos equipo, no pasa nada, hay que echarle más ganas”. Era de otra manera, pero jugando era un fuera de serie. En el Infantil A le costó un poco más porque el físico se nota mucho. Era muy bueno, rápido, hábil. Aunque muy bajito. A la que respondió al tratamiento y ganó en musculatura, ya como cadete, era la bomba. Hasta que no pasó un año no abrió la boca. A la que nos fuimos a jugar un par de torneos con el Cadete B, se arrancó».

Su familia insiste en que Leo no es tímido, sino reservado. La diferencia es crucial y algo que aprendió en casa. Llevaba a cuestas un montón de códigos heredados de Argentina: hablaba sobre el campo, respetaba al grupo, asumía el papel que le tocaba. Una postura llevada quizá al extremo, acentuada por el endurecimiento del emigrante, del que aterriza en un mundo desconocido.

El niño que deja su país, su ciudad, madura antes que los que tienen su casa muy cerca. Éstos crecen de un modo pautado, regulado, como la mayoría. Los emigrantes como Leo han madurado a medida que tocaba, a golpe de experiencia, se hacen mayores mucho antes. Se sienten vulnerables en el entorno nuevo y desarrollan, como cualquier animal en situación delicada, una técnica de supervivencia, un ejercicio supremo de autodefensa, y se muestran algo desconfiados hasta que consiguen conocer sus nuevas relaciones. Y la mejor protección es sencilla: fundirse en la parte

trasera del escenario. No aparecer amenazador.

Dice Dustin Hoffman que los humanos dejamos de crecer a los doce años, pero como nos vemos con la cara arrugada, o con canas, nos comportamos como si tuviéramos otra edad. En realidad, los futbolistas, que se pierden muchas de las cosas que viven los chicos normales, crecen por dentro y por fuera antes de lo que toca, expuestos a presiones y exigencias poco habituales. Y los futbolistas emigrantes lo hacen incluso antes y con más profundidad, tienen una poderosa vertiente adulta, con mucho recorrido y experiencia, con responsabilidades que a menudo ni personas de treinta años han adquirido.

Todo ello les hace complejos y cuesta que la gente los entienda. Y a veces crea desequilibrios.

«Leo es listo, sabe cuándo tiene que estar bien, cuándo hacer broma, cuándo estar serio —explica Cesc—. Yo me fijo mucho en estas cosas. Muchos de nosotros aquí somos supernaturales, sueltas cada una..., dices cosas que ni piensas. Pero Leo en estas cosas es muy listo, sabe estar, escoger el momento. Ya sabemos cómo es sobre el césped, pero, en su casa, o en el vestuario, sabe qué hay que hacer y cuándo».

Pero un niño emigrante continúa siendo un niño.

Y ese crío sale a relucir cuando se enfada si lo sustituyen, o cuando se rebota con alguien, rival o compañero. Nadie es perfecto. ¿Podemos aceptárselo? Esas broncas que agarra es el niño que le queda, el niño que todos tenemos. La familia y el club nunca quisieron eliminar esa esencia infantil porque, si no, pensaban, a Leo le iban a quitar el placer del juego; de otra forma podría acabar transformándose en operario del fútbol. El operario, pongamos, médico entra, firma la planilla de entrada, la de salida, se va y no se

compromete con ningún paciente. El profesional médico hace lo mismo, pero hace su trabajo con compromiso. En el fútbol, igual.

Y precisamente porque es, en parte, un niño, Leo llora. No estamos hablando ahora del llanto ante la ausencia de la madre y los hermanos, escondido y en silencio; sino del que le produce una derrota en un encuentro.

«Lo vi llorar en un partido, creo que contra el Espanyol —recuerda Víctor Vázquez—. Nos jugábamos la liga, estábamos en el Cadete A y perdimos en su campo, aunque no era un resultado definitivo. En realidad, esa liga la acabamos ganando. Tuvimos unas ocasiones al final, tanto él como yo, que fallamos, infinidad de ocasiones perdidas, el portero lo paró todo». Tenían quince años.

Ese día, Víctor y Leo entraron juntos en el vestuario. Messi llevaba la cabeza gacha. Se sentó y Víctor, a su lado. La Pulga se tapó los ojos con la camiseta, como cuando falló el penalti contra el Chelsea en las semifinales de la Liga de Campeones. «Pensé: “Bueno, ha fallado muchas ocasiones, no ha jugado mal pero ha fallado, estará triste”. Luego, le cojo así por el hombro y le pregunto: “¿Pasa algo?”. Y al ver que no hablaba, le bajé un poco la camiseta. Lloraba. “¡Coño!”, pensé. Lo siente de verdad. No llora con ruido, como lloramos mucha gente. Se le quedan los ojos muy lagrimosos, le caían lágrimas. Con un poco como de ansiedad. Y me decía: “Lo siento, no pude marcar, me siento muy mal, no pude ayudaros a ganar”. Y yo igual, jodido, diciendo: “Me cago en la puta, no conseguimos marcar goles, y a lo mejor vamos a perder la liga por este estúpido partido que hemos hecho”. Lloraba de rabia. Y claro, yo intentaba consolarlo, le decía: “No pasa nada, vamos a ganar la liga”».

Se ducharon y Víctor continuó hablándole, le prometió que en el

siguiente partido iban a llevarse los tres puntos. Un par de bromas. «Vamos a meterle tres al próximo rival. Ganamos la semana que viene, verás. Vamos a comer con la familia y todo se olvida». Y Leo respondiendo «bueno, sí, pero hoy estoy jodido».

Leo marcó un *hat-trick* en el siguiente encuentro.

Les quedaban cuatro partidos para acabar la competición y el Espanyol se había puesto a seis. El rival catalán perdió dos encuentros, el Barça los ganó. Y Víctor y Leo recordaron aquel día del llanto. El primero decía: «¿Ves que todo puede cambiar?».

Y todo fue, poco a poco, cambiando.

El niño adulto cree que lo que ve, el mundo que lo rodea, es y será siempre así, y en todas partes. Pero poco a poco va descubriendo que, además del ambiente de su casa, lo que siempre ha conocido, hay otros mundos. Con otra manera de pensar, de actuar, con otros idiomas. No todo es su hogar, su familia, sus referencias de siempre, y no siempre es el centro del mundo. Y cuanto antes lo aprenda, mejor.

Cuando fue a Italia con el Cadete del Barcelona a jugar un torneo todo empezó a tener sentido y Leo se fue acomodando al grupo. A convertirse en uno más, en lugar de uno que venía de fuera. El mundo se fue haciendo un poco más grande.

Lo cuenta Víctor Vázquez: «Messi se había ido a Argentina tras su lesión grave con el Infantil y cuando volvió no era un chico nuevo, pero lo parecía. Para él era como empezar otra vez. Cuando fuimos a Italia, a Pisa, a una competición de cadete, estábamos en un hotel como de casa de colonias. Ahí convivimos veinticuatro horas con él y es donde empezamos todos a hacerle más bromas para que cogiera más confianza».

Aquel Cadete B de Tito Vilanova fue invitado al Trofeo

Maestrelli en Pisa y Leo, con sus catorce años, camiseta número catorce, acabó siendo el máximo goleador y mejor jugador de una competición que ganó el Barcelona en una final contra el Parma (2-0). Messi venció también en la liga virtual de la PlayStation.

«Me acuerdo que Piqué, el primer o segundo día, le cogió todas las cosas de la habitación —la PlayStation, la ropa, la cama, todo— y se la dejó completamente vacía. Lo escondimos todo en otro lado. —Víctor sonríe pícaramente mientras lo recuerda—. Pobre Messi. Después de comer se fue a descansar, a hacer la siesta, íbamos todos detrás de él sin que se diera cuenta, y llegó a la habitación, y mira... Se pone serio, los ojos como platos y empieza a llorar. Pero a llorar, el pobre. Tirado en el suelo: “Me robaron todo, no tengo nada, ni celular, ni PlayStation ni nada...”. Y Piqué riendo, y grabándolo, con los teléfonos, y estaba todo escondido en otra habitación. Se lo dimos pero ¡al cabo de unas horas! ¡Se tuvo que ir a descansar al cuarto de otro compañero! Piqué es muy bromista, nos reímos mucho ese día, pobre chaval».

Pero todo cambió desde ese momento. Leo tenía ganas de formar parte de la dinámica colectiva, los conocía a todos un poco y sabía que era un grupo sano, competitivo y que lo respetaba. En el a veces extraño mundo del fútbol, ser el objeto de una broma es una señal de respeto, de pertenencia. «Bueno, Leo nunca se soltó del todo, porque no es de soltarse, no la liaba tanto como Piqué o Cesc, o yo mismo —dice Víctor Vázquez—. Pero ya se reía más, ya estaba más metido, participaba más. A lo mejor estabas comiendo y sí, te hacía alguna broma, te quitaba el tenedor o el vaso de agua. Y nos pasamos el rato jugando a la PlayStation. Nunca jugué tanto a la Play como en ese torneo, es que era a todas horas. Teníamos mucho tiempo libre y era todo torneos de la Play, torneos de la Play, y

siempre los ganaba él, siieeempre. Nos jugábamos algo de dinero, nada, a lo mejor diez o quince euros, siempre de cachondeo, y yo decía: “Joder, el puto enano este siempre se lo lleva todo, lo gana todo”. Intentamos sacarle de la Play, ganarle vamos, con una cosa que llamábamos Gol de Oro. Poníamos un partido para que durara sesenta minutos y cada vez que se encajaba un tanto, se salía y entraba otro. Y Messi a lo mejor se quedaba tres horas jugando sin salir... y nosotros allí hasta los huevos ya de Messi».

Víctor Vázquez y Toni Calvo, dos de sus mejores amigos en el Barcelona, fueron los primeros que le empezaron a llamar *enano*. «Y Leo —cuenta Calvo—, para vengarse, nos hablaba en argot argentino, ¡no entendíamos nada!». El insulto sólo lo es si se recibe como tal y Leo lo aceptaba porque sabía que no iba acompañado de mala leche; rechazarlo hubiera sido una deslealtad al grupo y a su bautizo. Y una señal de debilidad.

«Vimos a un Leo completamente diferente en aquel viaje —expone Cesc—. No sé si le hicimos sentir cómodo, le dimos más atención. Es que a veces, cuando ves a un niño tan introvertido, te da cosa, no quieres que se sienta atacado pero tampoco fuera de lugar. Hay que medir lo que se hace. Éramos adolescentes, hacíamos pequeñas fiestitas..., sin beber alcohol ni nada, pero bueno... Leo se destapó..., imagina lo que se destapó que todo el mundo se acuerda de aquel viaje... Siguió siendo introvertido, pero pasó algo bueno en ese viaje».

En el aeropuerto, de vuelta a Barcelona, el interior zurdo Robert Giribert tenía que pedir algo a alguien que no conocía. No recuerda el qué. Por voluntad propia, Leo se levantó y se lo pidió de su parte. Los chicos se miraron entre ellos.

Ya de vuelta en Barcelona, el piso de Leo se convirtió en centro

de reunión porque había que seguir la partida de la Play.

* * *

Como suele ocurrir, el tiempo fue poniendo a cada uno en su lugar, cada futbolista fue sintiéndose cómodo en su rol, y cada rol fue definiéndose por la iniciativa de los más avezados o por la mirada del grupo. Esa generación de 1987 pasó dos temporadas y unos meses compartiendo vestuario antes de la marcha de Piqué y Cesc. Y en ese período Leo se mostró fuerte y débil a la vez a ojos del resto de jóvenes futbolistas. En Rosario se quedaron los que hubieran hecho cualquier cosa por él y aquellos que deseaban cuidarlo, la abuela, la amiga del cole, los compañeros de patio que corrían detrás de él y le pedían que se pusiera en el centro de la foto, los entrenadores que exigían a los árbitros que lo protegieran, los árbitros que no necesitaban que se les dijera nada. Pero su cuerpo iba creciendo, y su personalidad distante, su innegable talento, su confianza en llegar lejos y su estilo futbolístico casi opuesto al del resto tenían confundido al grupo y creaban una sensación ambivalente.

«Se le podía dejar solo, sabía defenderse», afirmaban algunos compañeros y a la vez rivales en la lucha por alcanzar el sueño del primer equipo. «Había que cuidarlo», opinaban otros. Aquella impresión acerca de la necesidad de protección que inspiraba dejó de ser unánime a medida que fue creciendo, pero no desapareció del todo.

Después de la temporada de Tito Vilanova y Albert Benaiges, Leo pasó al Cadete A entrenado por Álex García. De aquel curso,

todos recuerdan un enfrentamiento contra la Damm, un clásico de las categorías inferiores, en los anexos del Miniestadi. El Barcelona ganaba 6-0 y se lió. Pese al resultado, Leo jugaba de extremo izquierdo y seguía buscando el uno contra uno. Y, ¡pam!, le metieron una castaña, y otra, y otra. En los cadetes (catorce y quince años), más de uno ha dado el estirón y de repente parece el doble de grande que el resto. Messi era todavía de formato pequeño. «Le metieron una de hostias, te lo juro —dice hoy Víctor Vázquez cerrando los ojos como si las estuviera recibiendo él—. Para la edad que teníamos eran inhumanas. Pero el tío se levantaba, y se levantaba y se levantaba, y eso que las patadas eran *heavies*. Aquel día lo estaban matando. Me acuerdo de que Álex salió del banquillo, protestó: todos protestamos. Hubo tangana».

«Piqué tuvo que liarse a bofetadas para defenderlo. Le expulsaron —cuenta Cesc—. Piqué siempre saltaba, a la mínima, venía corriendo de atrás, y con el metro ochenta y pico que medía ¡a ver quién le decía algo! Entonces se paraba, y les decía “por favor, no le deis estas patadas porque él no está haciendo nada malo, está haciendo disfrutar a todo el mundo; si no lo podéis parar, pues no lo paréis”».

«Piqué era el jefe», ha dicho Messi.

«Si el árbitro no te protege, te protejo yo», le dijo Álex García, que le cambió en el minuto 35. Leo estaba cabreadísimo, no porque lo estaban cosiendo a hostias, sino porque quería seguir jugando. «Lo normal es otra actitud —dice Vázquez—. Lo normal es pensar “me están repartiendo hostias porque soy muy bueno y no pueden pararme, pero bueno, mejor que me quiten”. Pero no, el tío quería seguir jugando, seguro que pensó “cámbiame de banda, da igual, pero déjame jugando”. Y ganábamos 6-0, ¿eh?».

En campos como el de la Damm, el Ferran Martorell, de tierra y con las vallas muy cerca del terreno de juego, había patadas, gritos del público, de todo. «Algunos lo veíamos indefenso —reconoce Víctor Vázquez—. Iba bien de cabeza con la estatura que tenía, con una pierna izquierda espectacular, *dribbling*, velocidad..., jugaba bien, era buena persona, un buen compañero, nunca te deseaba ningún mal..., o sea, tenías que ayudarlo, si no lo hacías te sentías mal. ¿Cómo no vas a ayudar a una persona que, en realidad, te está mirando, aunque sea sólo de reojo, como diciendo “por favor, ayúdame, necesito que me ayudes, porque necesito acoplarme a este nivel de fútbol porque quiero estar aquí y quiero triunfar aquí”? Entonces, se te cae todo al suelo y te dices: tengo que echarle una mano».

Víctor Vázquez le vio inyectarse las hormonas en su piso de Carles III. Mientras jugaban a la Play en casa de Leo, alguna vez Jorge Messi se acercaba: «Toca la hora de pincharte». El joven se apartaba, se iba a la cocina o el lavabo y se pinchaba. De nuevo. Con el tiempo, Leo se abrió a Víctor y le contó que aquello no le gustaba. «Víctor, odio esto, lo odio, pero tengo que hacerlo. Si no, me quedo como un enano».

«Por un lado, trabajábamos en el club para que Leo creciera bien, para que su físico acompañara la calidad que tenía —cuenta Álex García—. Por otro lado, rezábamos para que Piqué no creciera más». El central llegaba, con catorce años, al metro noventa. Unos centímetros más, temía el club, y quizá ya no sirviera para el fútbol.

En todo caso, el Barcelona decidió retirarle el tratamiento de hormonas a Leo a los catorce años. Al año siguiente, Leo medía metro sesenta y dos, y pesaba cincuenta y cinco kilos. Pero aún no podía acabar bien los partidos. «Me falta resistencia, velocidad. Sí,

me canso de vez en cuando», dijo en una entrevista en 2002. Participaba en un programa voluntario individualizado de la condición física que el club había diseñado y que estaba siendo controlado por un fisiólogo, un médico del deporte y un preparador físico. Gerard Piqué y, en ocasiones, Javier Saviola también formaron parte del mismo.

La idea, como cuenta Toni Frieros en su biografía de Leo, consistía en realizar un importante trabajo muscular que mejorara su particular morfología. En el informe final, escrito en junio de 2002 tras el análisis de 44 sesiones de gimnasio, la referencia a Messi era ambigua: «Ha sido el jugador que menos participación ha tenido en este trabajo. Ha faltado a doce sesiones por problemas derivados de las vacaciones de Navidad y una enfermedad. Cuando ha podido trabajar, lo ha hecho siempre a la sombra de sus compañeros, sin ningún tipo de iniciativa pero de una forma correcta».

Detrás de esa aparente fragilidad del argentino, existía una personalidad dispuesta a luchar por su espacio en la jungla del fútbol. «No lo veo un tío que... Puede ser un tío a quien protejan las personas que están muy cercanas a él, eso lo entiendo —admite Cesc—. Leo puede ser introvertido, puede ser tímido, puede no hablar mucho, pero Leo tiene un par de *collons*». A lo que se refiere Fàbregas es a que nunca sintió la necesidad de darse de hostias con rivales por Leo porque, cuando era necesario, sacaba su fuerte personalidad o resolvía la siguiente jugada con un regate espectacular que dejaba en el suelo al que, en la anterior, le había dado un golpe malintencionado. Y eso es mucho peor para la víctima. Sí, Cesc era de los que creían que podía defenderse solo.

En un partido de cadetes, Messi le hizo un sombrero a un defensor, un toque ligero que elevó el balón por encima del rival, y

éste cogió el balón con las manos. Y además le soltó, por lo *bajini*, un «eres un cabrón» que rompía muchos códigos. «¿Yo cabrón? ¿Yo cabrón?», saltó Leo y le tuvieron que calmar. Ese genio, el mismo que le hacía tirar las cartas al suelo cuando con tres años perdía las partidas con su familia, nunca lo abandonó.

Con el tiempo, la protección fue convirtiéndose en respeto. Leo aprendió a saber dónde estaba, quién era para el grupo y para el club, y fue ganando confianza con los suyos. Y los suyos, los futbolistas, sabían que no podían poner el pie fuerte en los entrenamientos porque no podían perder al que les ayudaba a ganar partidos. «No era como al principio, cuando Cesc lo quiso matar porque se dio cuenta de que no podía pararlo —analiza Vázquez—. Empezaba a ser Leo Messi, ese tío que marcaba cincuenta goles por temporada, y había que cuidarlo. Se había ganado el respeto de todos».

«De la soledad que sufría fuimos conscientes mucho después —reconoce Cesc—. Nosotros sabíamos que era un niño que vivía con su padre y que añoraba mucho a su familia. Lo sabíamos porque nos lo decían, no porque él nos lo contara. Estábamos en esa época en la que o te va bien con el fútbol o se complica todo un poco. Sé que se pasaba horas en el Messenger, en Internet, y lo de estudiar no iba mucho con él...». Pero al colegio iba. «Sí, sí, iba. No sé si sólo pintaba y hacía dibujos, pero al cole iba... [risas].» Cesc bromea, pero para Leo y para muchos de sus compañeros la escuela se convirtió pronto en un estorbo.

Víctor Vázquez era otro de los chavales que no siempre cogía el autobús en dirección al instituto Lleó XIII. «Estaba con nosotros en el colegio de La Masía —cuenta Víctor Vázquez—. Pero muchas veces no venía porque no le gustaba estudiar. A la mayoría de

nosotros no nos gustaba hacerlo». Y, si subían al autobús, las clases se les hacían pesadas. «Nosotros llegábamos y nos poníamos nuestra música o a hablar, a jugar con el móvil, a veces a hacer bromas con las chicas. —Había chicas de tenis y de básquet—. Que si bolitas de papel, poner notas en plan cachondeo... Cosas también para que él se acomodara a nuestra manera de ser, porque Leo siempre era más vergonzoso, se ponía siempre en una esquina. Yo iba con él, y le decía: “Anda, vamos a hacer esto o lo otro”. O jugábamos al tres en raya o a algún otro juego, mientras nos daban clase. El profe nos veía, y nos decía: “Poneos allí, lejos, pero no me toquéis los huevos, por favor”. —Víctor se ríe—. Y nosotros, pues de acuerdo, nos poníamos la música, abríamos el libro para hacer ver que estudiábamos por si venía algún director, y ya está. Pero no hacíamos mal a nadie, no queríamos estudiar pero no interrumpíamos la clase».

Un compañero de Leo en el Cadete, Oriol Palencia, le cuenta a Jordi Gil en la biografía de Cesc cómo se pasaba las horas en el Lleó XIII: «Cuando el profesor se volvió hacia la pizarra, llevábamos papel higiénico y empezábamos a agitarlo gritando “fuera, fuera”, como si se tratara de una pañolada del Camp Nou. Otras veces soltábamos un coche teledirigido por la clase... Y Cesc era uno más en estas historias, no era el típico sosillo. Piqué, por decir otro caso, era más masoca con las bromas. Vacilaba a los mayores, le zurraban y se reía. Cesc era más de esconderte una bota, de chincharte..., pero Piqué podía ser más “chuleta”». Cuando se hartaron de que Cesc o Piqué la liaran, los separaron y les adjudicaron clases diferentes. O enviaban a alguno a una habitación del último piso del instituto, donde descansaba la cúpula del viejo edificio, cuya ventana de rejas daba a la calle. «Cuando a él [Cesc]

le tocaba estar ahí dentro, se enganchaba al cristal y lo comenzaba a golpear para saludarnos, era muy gracioso», recuerda Palencia.

Leo miraba todo aquello y también reía, pero apenas participaba. Y si alguien sugería hacer algo tras las clases, Leo se excusaba. «Incluso de mayores costaba quedar. Lo llamábamos para ir al cine y prefería quedarse en casa», recuerda Sito Riera.

«Messi es una de las razones por las que volví a Barcelona», dijo Cesc al regresar al club blaugrana tras ocho años en Londres. A lo que se refería es a que quería recapturar esas temporadas, esas risas, las bromas, «los mejores años de mi vida», como los ha descrito en alguna ocasión. Leo, sin embargo, los recuerda simplemente como las temporadas que lo llevaron a su objetivo.

* * *

Temporada 2002-2003: la continuidad

El primer equipo seguía su travesía por el desierto. Dirigidos por un Louis Van Gaal que se desprendió de tres pilares (Rivaldo, Abelardo y Sergi) pero no pudo fichar lo que quiso, el equipo no despegab. El técnico fue destituido en enero, con el equipo en el decimotercer puesto, y Radomir Antic intentó reconducir la situación, pero acabó en sexta posición, la peor en quince años. Tampoco pasó de los cuartos de final de la Liga de Campeones. La decisión errada de repescar al holandés, que nunca terminó de convencer a la grada, acabó por acelerar el final de Gaspart, que dimitió a principios de 2003. El club quedó en manos de una junta gestora que organizó elecciones en verano, el resultado de las cuales iba a hacer llegar un soplo de aire fresco y de juventud. Estaba a

punto de empezar la era de Joan Laporta y Sandro Rosell. Y de Ronaldinho.

Pero, mientras tanto, la banda sonora en el Camp Nou eran los pitos, y la fotografía, las pañoladas. Más abajo, en los campos de tierra y de césped donde jugaban los azulgranas de quince años, en el Cadete A que llevaba Álex García, se estaba formando algo mágico, pero también efímero, algo que iba a ver su final mucho antes de lo esperado.

Éste era su once tipo, como de costumbre en un 3-4-3: Dani Planchería, Marc Valiente, Gerard Piqué, Oriol Palencia; Cesc Fàbregas, Robert Giribert, Julio de Dios, Leo Messi; Juanjo Clausi, Frank Songo'o y Víctor Vázquez.

Aquel grupo tenía quince o dieciséis años en el DNI y en las bromas, pero veinticinco o veintiséis en los entrenos y en los encuentros. Eran chicos con mentalidad de profesionales y en las prácticas se los tenía que frenar por competitivos. «¡Unos piques en los partidos cortos, esos de cuatro contra cuatro, cinco contra cinco! Increíble, eh, los tenía que parar —explica Álex García—. Y luego en los partidos no se conformaban con ganar por 3-0. Si podían, lo hacían por 4-0 o 10-0». Y si había que tirar un penalti, cuatro futbolistas se lanzaban hacia el balón. Se entablaban discusiones. El entrenador decidía desde la banda. «Ellos competían entre semana para entrenar el domingo, con todo mi respeto hacia los rivales», recuerda.

Álex tuvo a Messi una temporada entera, el único técnico del fútbol base con esa estadística, un curso que Leo completó por fin sin grandes interrupciones, jugando todos los partidos de liga (el único que lo hizo), y marcando 36 tantos, cinco más que el delantero centro, Víctor Vázquez: aquel curso fue, por tanto, la pista de

despegue del argentino.

Leo era un chico «muy joven, muy pequeño de estatura, con mucho pelo, con mucha melena, muy callado, muy formal. De hablar, poco. Pero escuchaba. Sabía que escuchaba porque aplicaba en su juego lo que se discutía en el vestuario, en los entrenos». Así lo recuerda Álex García, que lo había visto a menudo con el equipo de Tito Vilanova. Pero, por si alguien tenía dudas, en el segundo partido de liga, ante la potente Damm, Leo ganó el partido solo: marcó el primer tanto tras una jugada individual que incluyó un caño a un defensor, e hizo también el 0-3. «Me di cuenta del potencial del chico», afirma Álex.

«Leo se veía de mediapunta. En la banda no le gustaba jugar, me decía que sí pero a la que podía se metía por dentro. Es normal, no se puede frenar el talento. Lo que pasa es que yo lo *puteaba* un poco porque le pedía que jugara en varios sitios, quería que se acostumbrara a variar de posición, también lo hacía con Cesc, Víctor Vázquez... No he visto un binomio superior a ese Víctor-Leo, era tremendo».

Y Leo era ya consciente de su nivel, de su importancia en el equipo, de sus posibilidades. «Recuerdo que teníamos un partido aplazado en el campo del Europa, necesitábamos ganar para ser casi campeones —continúa Álex García—. Era entre semana, porque se había suspendido por la lluvia o algo así. Llego y les digo que es muy importante vencer allí porque así tendríamos opción de ganar la liga. Leo se acerca y le comento “juega tranquilo” y él me dice “no te preocupes, míster, esto lo solucionamos rápido”. En diez minutos hizo tres goles, él solo. Era así, pam, pam y pam. Ganamos 1 a 7, me parece. Era un tío de quince años, pero creía mucho en sus posibilidades».

A aquel Cadete A no se le escapó ningún título, lo ganó todo: la liga, el campeonato de España y también el de Catalunya, en la famosa final de la máscara.

* * *

Al que recuerda la jugada se le ponen todavía los pelos de punta.

En uno de los campos auxiliares del Miniestadi, último partido de liga, Barcelona-Espanyol, máxima rivalidad entre los dos equipos que han peleado una liga que ya han ganado los culés.

Va venciendo el Cadete A del Barcelona, 1-0.

Balón largo. Messi lo corre, intenta saltar para controlarlo. El lateral del Espanyol viene cruzado a cortarlo, con los ojos en la pelota.

Messi se gira.

El golpe se oye al otro lado del campo.

Leo cae al suelo, desplomado, con los brazos abiertos.

Y se queda quieto. Pierde el conocimiento brevemente.

Los jugadores corren a... bueno, a ver lo que ha pasado. Nadie se atreve a socorrerlo. Tiene un poco de sangre. Le resbala desde la nariz.

De la grada sale disparado su padre, loco. Abre la puerta que da al campo. Salta al césped.

Y Leo no se mueve. Los ojos abiertos, tranquilo. Consciente de nuevo, cuestiona con la mirada lo que ha ocurrido.

Llega el médico.

Algunos chicos se apartan, tensos; sin duda, más que él. El padre lo mira de cerca y pregunta, quiere saber qué tiene.

Leo se levanta, calmado. Se lo llevan entre dos, pero él parece caminar con normalidad.

Tienes el pómulo roto, le dicen.

Se lo llevan a la clínica FIATC de la Diagonal. Efectivamente: fractura en el pómulo derecho. Permanece veinticuatro horas en observación. Leo pregunta a los compañeros que le visitan ese mismo día el resultado del partido (ganó el Barcelona 3-1) y si puede jugar la final de la Copa de Catalunya que se celebra una semana después.

Dice que quiere jugar la final.

Leo visita al grupo dos días después. Con protección en el pómulo.

«¿Cómo estás?», le preguntan.

«Estoy bien, todo bien. Me dijeron ocho semanas de baja pero yo creo que voy a estar antes. Me indicaron que con una máscara podría jugar».

«Pero ¿te sientes bien?», le preguntaba el que se cruzaba con él.

«Sí, sí, pasé mucho miedo, pero todo fue bien».

El miedo era, sobre todo, el de volver a perderse una racha importante de partidos. Ahora que todo empezaba a ir bien.

Del dolor, ni se le oyó hablar. Y es que, como se ha dicho ya, la tolerancia a la frustración camina por la misma ruta que la tolerancia al dolor, un umbral altísimo en su caso. Es un poco como el optimista y el pesimista frente al mismo problema; hay quien soporta el dolor y, ante el mismo daño, hay quien no. Leo no lo siente.

Pero parece que Messi no va a jugar. Los otros jugadores quedan preocupados: la final, sin Leo.

Saviola supo de la lesión y le envió una camiseta con el deseo de una pronta recuperación. Messi, solamente un cadete, no olvidó ese gesto del Conejo.

El capitán del Barcelona, Carles Puyol, había sufrido a principios de temporada un percance similar con el primer equipo, en un choque con Frank de Boer. El especialista le había preparado un plástico protector que quedó en el departamento médico del club. Messi podía jugar, se le dijo, con la estricta condición de que debía llevar puesta la máscara. El riesgo persistía, incluso con ella, porque otra colisión tendría repercusiones serias, podría obligarle a ser operado.

Álex García mantuvo una conversación con Leo antes de decidir su presencia en la final.

«—Sabes las condiciones para jugar. El doctor me ha dicho: “Oye, ni se te ocurra hacerlo participar sin la máscara”.

»—Sí, míster, no te preocupes.

»—Sabes que tendré que cambiarte si no me haces caso. Nos jugamos tu pómulo. En realidad deberías descansar. Si tienes un golpe o cualquier cosa, tendrás que ir al quirófano.

»—No, tranquilo, no te preocupes».

Siete días después de la lesión los mismos rivales se encuentran en aquella final que se juega en el Vía Férrea, campo del Cornellà. Leo es titular. El plástico protector le queda un poco grande y se lo intenta ajustar regularmente. No parece cómodo.

Se inicia el partido.

A los siete minutos, conduce el balón por la banda. Mientras corre, se corrige de nuevo la máscara. Pierde la posesión y parece fastidiado.

«Álex, Leo no se encuentra cómodo con la máscara, parece que

no le va bien», le comenta al entrenador Ángel Palomo, delegado del equipo.

«Míster, no veo nada», confirma Leo poco después.

Álex le habla desde el banquillo: «Oye, Leo, te acuerdas de lo que dijo el médico, ¿no?».

Recoge un balón de nuevo, se saca la protección y, con ella en la mano, se va de un jugador, de dos. Pierde la posesión.

Corre hacia la banda y tira la máscara al banquillo.

«No te preocupes, míster, que no pasará nada».

Recibe un pase de Frank Song'o y marca. Poco después, jugada personal y balón cruzado a la salida del portero. Gol. Dos tantos en diez minutos y, con 3-0 en el descanso, Álex García le hace ver que debe ser sustituido. «Sí, sí, míster, me cambio, me cambio». Un «sí» decepcionado: quería seguir jugando. Víctor Vázquez y Gerard Piqué, expulsado tras un enfrentamiento con el entrenador del Espanyol, Ramón Guerrero, cerraron la cuenta, 4-1.

«Desde el partido de la máscara, supe que Messi entiende el fútbol desde el respeto a sus compañeros, al entrenador y al juego en sí mismo». Lo dice Álex García.

* * *

Aunque el sistema de ojeadores internacionales no estaba tan desarrollado, tan omnipresente como ahora, era imposible que aquella generación de 1987 no levantara la admiración de clubes extranjeros. Así, durante aquella temporada 2002-2003, el Cadete A fue seguido de cerca por el Arsenal, que intentó fichar no sólo a

Cesc Fàbregas, sino también a Gerard Piqué y a Leo Messi.

Todo empezó en un partido de cadetes en Lloret de Mar contra el Parma. Aquel día Piqué no jugó, pero sí lo hizo el resto de la camada, que ganó el encuentro. El representante del Arsenal en España, Francis Cagigao, no salía de su asombro: acababa de ver algo diferente, extraordinario, el control de Cesc, el desborde de Leo. Se pasó ese día y varios más buscando al representante del argentino sin suerte. Volvió a ver al conjunto de Álex García en el torneo del MIC en Semana Santa. Mientras el Barcelona batía a un nuevo rival, Cagigao hablaba por teléfono. «Ojalá pudiera localizar a alguien que trabaje con el chaval argentino...». Al colgar, se le acercó Horacio Gaggioli, por aquel entonces uno de los representantes de Leo en España, que había escuchado la conversación. «Creo que me buscas a mí».

Ese día Francis cenó con el agente y mostró interés por el delantero. Un interés que acabó convirtiéndose en oferta trasladada a Jorge Messi. Desde ese momento las conversaciones Arsenal-Messi fueron fluidas. Cesc y Piqué se convirtieron también en objetivos.

El informe de Cagigao era inequívoco: Messi era una pulguita de quince años que tenía una calidad extraordinaria, aunque no contaba todavía con la potencia que añadió después a su juego. Era inteligente, con una capacidad extraordinaria para el remate. Existían algunas dudas por lo bajito que era, pero la calidad le iba a ayudar a superarlo todo.

Cagigao era de los pocos, por no decir el único, ojeador de clubes europeos en esos torneos y la oferta del Arsenal fue la primera a Leo de un conjunto extranjero desde su llegada al Barcelona. Los Messi escucharon al Arsenal, pero finalmente «no se

dejaron», como cuentan fuentes de la negociación. El acuerdo se encontró con varias dificultades: el club inglés no podía ofrecer a un cadete un piso para la familia y no era fácil conseguir un permiso de trabajo. Poco a poco fueron desapareciendo los puntos en común. Pero se dejó un mensaje a Jorge: «El día que tenga problemas, que sepa que nuestro club lo quiere».

En todo caso, el Arsenal había conseguido los fichajes de Piqué y Cesc. O casi. Gerard viajó a Londres a ver la ciudad deportiva, parecía todo hecho y confirmado, pero un asunto legal detuvo el proceso: no tenía todavía la edad para poder fichar y el Arsenal sugirió crear un acuerdo verbal que se confirmaría un año después, al cumplir los dieciséis años. El mismo trato que se le ofreció a Cesc. Piqué (en realidad sus agentes) dijeron que no. Fàbregas, que sí.

Obtenido el campeonato de Catalunya, sólo quedaba un obstáculo para que la temporada fuera inmaculada: el campeonato de España. Cesc sabía que iba a ser su último partido, que con quince años iba a abandonar el club de su vida, su ciudad, su gente.

Álex García le veía cabizbajo: «Le pregunté si tenía algún problema personal o con la familia. Me respondió que no tenía nada que ver con eso, que contaba con una oferta del Arsenal y que seguramente se marcharía». Pero es que, con Xavi e Iniesta bloqueando el camino, tenía que salir para descubrir si servía para esto.

«El Arsenal llevó en secreto la negociación, aunque la familia hizo llegar la oferta al máximo responsable del fútbol base, Quimet Rifé —recuerda el entrenador de la cantera, Albert Benaiges—. Entonces en el club se avecinaban cambios y se produjo una especie de vacío de poder con el relevo de la directiva justo antes de la

llegada de Joan Laporta. El Arsenal acabó fichándolo».

El Cadete A ganó también el campeonato de España tras vencer al Espanyol, al Albacete, al Atlético de Madrid y al Athletic de Bilbao en la final. Messi no pudo jugar por un problema burocrático: la Federación lo catalogó de *asimilado*, es decir, no español, y los extranjeros no podían jugar aquella competición de copa, pese a haber disputado la liga. Cesc, en la posición de Leo, fue el mejor de aquel torneo. Gerard, Cesc y Leo no volvieron a jugar juntos hasta una noche de verano del año 2011.

En septiembre de 2003, Cesc dejó el Barcelona. En octubre de ese mismo año, ya con una nueva junta a cargo del club, el Barcelona se aseguró a Messi hasta 2012 (con una cláusula de treinta millones de euros que aumentaba a ochenta si le incluían en la plantilla del Barcelona B y de ciento cincuenta si llegaba al primer equipo). En 2004, Piqué firmó su primer contrato con el Manchester United. Leo, Víctor y el resto se quedaron un poco más solos.

«En esa época fue cuando más colgado me sentí —recuerda Víctor Vázquez—. Cesc, Piqué, Songo’o... se fueron yendo. Yo pasé al Juvenil A, Messi también, pero pronto dio el salto al Barça C, estuvo tres o cuatro partidos con el Barça C y pasó al Barça B. Iba a una velocidad superior al resto, llevaba una progresión espectacular. Yo me quedé, hombre, no solo, pero ya no estaba con los cuatro con los que yo quería estar. Gracias a Dios seguíamos ganándolo todo, también teníamos buen equipo. Se fueron ellos, pero yo me quedé dando la talla [risas]..., sí, sí. Había sido la mejor época de mi carrera, disfrutamos como niños».

«A mi hijo le voy a llamar Leo. Me hacía gracia ponerle ese nombre. No Leonel ni Leonardo, sino Leo. Leo Vázquez», termina diciendo Víctor.

Temporada 2003-2004: cuatro categorías en un año

«Barça muere por este pibe», fue el título de la primera nota en un medio grande en Argentina. La publicó *El Gráfico* en agosto de 2003. En la entradilla agrega: «Es argentino y la rompe en las inferiores. Saltó de Newell's al Barcelona a los trece años, luego de deslumbrar a Carles Rexach. Con dieciséis recién cumplidos, ya lo imaginan en la Primera blaugrana y lo comparan con Maradona. Messi es puro potrero: zurdo, habilidoso y goleador».

DIEGO BORINSKY, periodista.

«El 18 de noviembre de 2003 el diario *Mundo Deportivo* publicó la primera gran portada dedicada a Lionel Messi, en ese entonces un talento emergente, en un medio masivo de comunicación. La tituló “El crack que viene”. La imagen elegida: Leo dando una infinidad de toques a una naranja que jamás se caería en el centro de un Camp Nou callado y expectante. Es un orgullo personal haberle hecho a Lionel aquella entrevista y haber defendido su publicación para que se presentara tal como apareció en los quioscos aquel día. Varias voces se habían alzado indicando que aquello era una exageración. Desde entonces y hasta la fecha, Lionel Messi, Leo, como le gusta que le digan, no ha parado de sorprender al mundo con sus toques y regates. La naranja, coprotagonista de aquel momento, descansa en un frasco de vidrio herméticamente cerrado».

Roberto Martínez, periodista, tiene efectivamente en un frasco la

naranja que Leo mantiene en el aire en aquella portada. Para que no se desintegre.

* * *

Joan Laporta repartió abrazos y sonrisas *kennedianas* en sus primeras semanas a cargo de un club que dejó atrás una manera de entender la gobernabilidad que había quedado obsoleta. Se necesitaba un lavado de cara y un mayor cuidado de las finanzas, y a partir de aquel junio de 2003 la transformación fue radical: se modernizó la imagen, se reestructuró la infraestructura y economía del club, se catalanizó el mensaje y se recicló la plantilla. En dos años el Barcelona consiguió convertirse en uno de los clubes más reconocibles y admirados del mundo.

Si Laporta era el motor de todo aquello apoyado en la sombra por el *semidiós* Johan Cruyff, el vicepresidente deportivo Sandro Rosell utilizó sus contactos en Brasil para traerse en primera instancia a Ronaldinho y, posteriormente, a un grupo de brasileños con clase y personalidad. En aquella primera temporada llegaron, entre otros, Ricardo Quaresma, Rafa Márquez, Gio Van Bronckhorst y, a media temporada, Edgar Davids, que equilibró un conjunto muy ofensivo. El director deportivo Txiki Beguiristain y el entrenador Frank Rijkaard formaban el resto del rostro deportivo con el encargo de sacar partido a un grupo de jugadores jóvenes y con hambre.

Tras un inicio pobre, Rijkaard llevó finalmente al equipo a la segunda posición de una liga que venció el Valencia de Rafa Benítez. Ronaldinho marcó veinticinco tantos sumando todas las

competiciones, pero su influencia se sentía incluso más fuera del campo, responsable de la renovada actitud de una grada hipnotizada por el gesto surfero de su mano derecha y por su inmensa sonrisa y orgullosa de los suyos de nuevo.

Sandro Rosell fue también el encargado de cambiar el personal de la cantera. Joan Colomer reemplazó a Quim Rifé en la dirección del fútbol base y se convirtió en el interlocutor que le fue contando la evolución espectacular de un joven argentino que el vicepresidente Rosell ya conocía de cuando trabajaba en Nike, la primera marca que lo patrocinó.

Aquella temporada empezó para Leo en junio, en el Juvenil B que iba a llevar su compatriota Guillermo Hoyos, también aficionado del Ñuls y recién llegado al club. Hoyos no lo había visto de cerca. En su primer día juntos, el entrenamiento fue ligero pero con balón. A los cinco minutos, Hoyos estaba impresionado: «¡Es una fiera!».

Lo que iba a ocurrir esa temporada no se había visto antes en la cantera del Barcelona.

El Juvenil B viajó a Japón para participar en la cuarta edición del Toyota International Youth Under 17 Football Championship. Su primer rival, el Feyenoord holandés. «Empezamos perdiendo por un gol a cero en el primer cuarto de hora —cuenta Hoyos en el libro de Toni Frieros—. Al equipo le costó entrar en juego... [A Leo] le vi enfadado en el campo, empezó a pedir la pelota y a la media hora se inventó una jugada asombrosa, driblando a cuatro defensas, al portero y dando el pase de la muerte a Songo'o'». Messi, cuatro partidos después, fue escogido mejor jugador de la competición. Igual que en el siguiente torneo de verano en el que participó, celebrado en Sitges. Y en el de Sant Vicenç de Montalt. Y en el de

San Giorgio della Richivelda, Italia. En ese último, el Juvenil B marcó 35 tantos en cinco partidos de 45 minutos. Sólo cedió un saque de esquina. Pero Leo falló un penalti en la fase previa. «El portero podrá contar que le paró un penalti al mejor jugador del mundo», le dijo Guillermo Hoyos. Se cometió otro en la final contra la Juventus. Leo pidió el balón. Marcó. Practicó el lanzamiento de penas máximas en los entrenamientos a petición de Hoyos. Le iba a servir en un momento crucial en su carrera el verano próximo.

El entrenador, que identificó a Leo como líder natural, le entregó la capitania durante algunos encuentros. «Estoy emocionado, Ángel, este pibe es igual que Diego». Ángel Alcolea era el ayudante de Hoyos. Y Diego... Diego sólo hay uno. En la pretemporada con el Juvenil B, Leo perdió un único encuentro, ante el Real Madrid.

Y, en ésas, Pere Gratacós se saltó alguna norma no escrita provocada por el vendaval Messi. El encuentro con Leo fue casual pero las consecuencias, contundentes.

Pere era el entrenador del Barcelona B que jugaba en la Segunda División B, es decir, tres categorías de la cantera por encima del Juvenil B, tras el cual está el Juvenil A, el Barcelona C y finalmente el equipo de Gratacós. En la pretemporada, allá por agosto, compartió uno de los campos de entrenamiento, en los anexos al Miniestadi, con los juveniles. «El Barça B cogía medio campo y el resto se lo repartían dos equipos más —recuerda—. Mientras mis asistentes se encontraban preparando lo que íbamos a hacer, yo estaba observando a los pequeños, en especial el entrenamiento del Juvenil de Guillermo Hoyos. Y en eso que vi a un jugador que participaba en un partido corto. Era rápido, eléctrico, muy activo; cogía la pelota, driblaba y gol».

Leo marchaba a unas cuantas revoluciones más que el resto de su

grupo. Pero fue la eficacia y rapidez de ejecución lo que impresionó a Gratacós.

«Comenzó nuestro entrenamiento y les dije a los míos que me quedaba mirando a aquellos chicos, que luego iba. Aquel día Leo marcó varios tantos. Al acabar le digo a mi asistente, Arseni Comas: “He visto a un jugador que está con el Juvenil y que me parece que tendría que entrenar con nosotros”. Y me pregunta: “¿De qué equipo?”. Y yo: “Me parece que del Juvenil B”, y me suelta: “¿Estás loco?”. Y le contesto: “Arsenio, es mejor que algunos de los que tenemos en el Barça B en este momento. Hazle un seguimiento durante una semana y, cuando lo acabes, hablamos y decidimos”. Al cabo de una semana viene y me dice: “Pedro, ¿sabes lo que me dijiste? Creo que tienes razón, debe entrenar con nosotros”».

Gratacós y Comas fueron a hablar con el coordinador del fútbol base, Josep Colomer. Le querían en el Barcelona B. En aquel conjunto juvenil había un par de jugadores más que tenían cierto nivel y Gratacós sugirió que subieran también, «más que nada para camuflar la ascensión de Leo». Eran Oriol Riera (Osasuna) y Jordi Gómez (Wigan). «Estáis chalados», les dijo Colomer, pero finalmente aprobó la decisión con dudas sobre el físico y la adaptabilidad de Leo a la nueva categoría, pero consciente de su considerable ascensión. Un par de meses después de caer en la disciplina de Guillermo Hoyos, Leo, con dieciséis años, empezó a compaginar esporádicamente entrenamientos con el segundo equipo del Barcelona mientras jugaba y también entrenaba con el Juvenil A de Juan Carlos Rojo.

«En seguida nos subieron al Juvenil A a Leo y a mí —cuenta Gerard Piqué—. Cesc se acababa de ir al Arsenal. A esa edad lo normal es que pases una temporada en el Juvenil B, y a Leo y a mí

nos pasaron al A con futbolistas un año mayores que nosotros y... ¡¡¡éramos una banda!!! Estábamos con Chechu Rojo —el entrenador— y en diciembre se enteraron de que yo me iba a Manchester y me bajaron al Juvenil B otra vez. Pero yo iba a ver los partidos del A, y en la Copa del Rey Leo ganaba los partidos solo. Recuerdo uno contra el Osasuna, era un “Leo solo contra el mundo”, y mira que aquel equipo tenía mucha calidad, eh».

Messi marcó dieciochos tantos en once partidos con el Juvenil A. Uno de ellos, un memorable y preciso zurdazo desde el centro del campo por encima del guardameta del Betis en la final de un torneo amistoso.

El Barça C tenía problemas (había ganado uno de quince encuentros, era último de su grupo de Tercera División) y Gratacós y Colomer decidieron que jugara en el C para coger experiencia. «Lo habíamos visto entrenar y jugar con el Juvenil —recuerda Pep Boada, entrenador del C, el tercer equipo blaugrana—. Creíamos que nos podía aportar cosas y efectivamente así fue. Estábamos pasando por dificultades en aquel momento. La Tercera División es una categoría complicada y fuerte, y nosotros éramos un equipo de críos muy jóvenes. Llegó, nos dio aire fresco y la verdad es que nos ayudó mucho colectiva e individualmente. Estábamos entre los últimos y Messi nos reactivó, tenía una marcha más que el resto». Primer encuentro, contra el Europa; victoria del Barcelona C, 3-1.

Leo marcó en aquel equipo cinco goles en diez partidos, incluidos dos en cuatro minutos para darle la vuelta a uno que se perdía contra la Gramenet. El C salió de aquella crisis.

Llegó a jugar una eliminatoria de Copa contra el Sevilla en la misma categoría. Al lateral derecho del equipo blanco le tocó defender a un Messi lleno de confianza: metió tres tantos en ocho

minutos. Aquel defensor no olvidó esa mañana. Su nombre, Sergio Ramos.

Messi iba dando pasos de gigante sin rechistar. «Le gusta tanto el fútbol que era difícil que dijera que no a nadie, fuera el equipo que fuera —señala Boada—. Debía mejorar la resistencia pero cuando tenía el balón nos añadía una competitividad tremenda. No era lo mismo cuando la pelota la tenía Messi que cuando la tenía cualquiera de los otros futbolistas. Y eso hacía que el resto de chicos, impresionados por lo que hacía, quisieran imitarlo en muchas cosas. Eso creó mucha competitividad, fue muy positivo para el grupo».

«Mi primer recuerdo de Leo se remonta al año 2003». El que habla es Ferran Soriano, por aquel entonces vicepresidente responsable de la economía del club y uno de los pesos fuertes de la nueva directiva que acababa de entrar en el Barça. «Mi primera conversación sobre él fue con el director deportivo Txiki Beguiristain: queríamos encontrar el modo de ayudarlo a seguir creciendo. Para empezar, había que subirle a un equipo de niños mayores que le pusieran en dificultad. Recuerdo que una vez nos contaron que había marcado cinco goles en no sé qué partido y dijimos con Txiki que eso no podía ser. Teníamos que aumentarle el nivel de exigencia, hacerle que sufriera más».

Pero seguía enclenque y a medida que subía de categoría su carencia física empezaba a ser una dificultad insalvable. A no ser que... «Lo que queríamos nosotros era armarlo —dice Gratacós—, que cuando saliera a un terreno de juego contra tíos de treinta y dos, treinta y tres o veintiocho años tuviera suficiente cuerpo para no ser avasallado. Dijimos: vamos a hacerle un tratamiento a nivel físico. Que entrene lo mismo que los demás pero con más trabajo físico.

Pero pesas no. Puede que las hiciera alguna vez, pero poco. Hablábamos de ejercicio físico».

Abandonadas las inyecciones de hormonas a los catorce años por consejo del médico del Barcelona, Leo debía asegurarse de que su progresión futbolística iba paralela a su crecimiento corporal. Ya antes de la intervención de Gratacós, esa misma temporada Leo había empezado a dejarse caer, acompañado de su padre, por un descampado cerca del hotel Juan Carlos I para seguir un plan propuesto por Guillermo Hoyos en el que se trabajaba la velocidad y la resistencia. Con Gratacós, ya metido en la dinámica del B, trabajó en especial la potencia y también la velocidad; se buscó que aumentara la masa muscular de sus piernas, reforzar el tren inferior. Más tarde, Leo pidió al preparador físico personal de Ronaldinho que le echara una mano para complementar el trabajo más genérico que se hacía en los entrenamientos del Barcelona B. Y cuando no trabajaba, descansaba, crucial para que el efecto del esfuerzo físico no cayera en saco roto: dormía su siesta casi a diario. En el sofá si estaba en casa.

Y así Leo, cuidado, monitorizado, exigido, fue creciendo paulatinamente.

«Llevábamos unos meses entrenando —rememora Gratacós—. Normalmente le metía en la banda derecha. Cada martes me reunía con Frank Rijkaard y hablábamos de todo un poco. Frank me insistía en replicar en el B lo que tenía en el primer equipo: Ronaldinho jugaba por la izquierda a pierna cambiada, por la derecha tenía a Giuly. Leo hacía lo de Ronnie pero por la derecha; siendo zurdo, con el regate de fuera hacia dentro se ponía en buena posición para el chute a portería o para encarar. A veces ponía a tres juveniles (Paco Montañés, Oriol Riera y Leo) en las tres posiciones más avanzadas;

era una manera de formarlos».

En un primer momento, cuando le pedían entrenar con los del B, cuatro años mayores que él, Leo se sentía fuera de lugar, desplazado. La ropa de los futbolistas se guarda en unas estanterías dentro del vestuario y cada uno debe buscar la suya. Leo, rodeado de nuevas caras, no se sacudía de encima su reserva y, con la mirada al suelo, recogía sus cosas y se ponía a un lado para cambiarse. La extraña situación no facilitaba el ajuste: se trataba de un jugador del Barcelona, pero no de un equipo en concreto.

«Me acuerdo que empecé con el Juvenil. Con el Juvenil B jugué uno o dos partidos», rememoró Leo para Barça TV. «Jugaba los partidos en casa con el C y también con el B. Muy pocas veces de visitante, casi siempre en el Miniestadi, ya fuera con el C o con el B. La verdad es que en ese momento no me daba cuenta de nada, jugaba donde me decían, fuese cual fuese el equipo, y tenía muy buena relación con los chicos, fueran del C o del B, así que no tenía problemas con quien me tocara».

Aquello era excitante, porque estaba quemando etapas a una velocidad inaudita, pero confuso.

Y el día del debut en el Barcelona B se acercaba. Inevitablemente. Pero antes, una sorpresa, un regalo.

* * *

Domingo, 9 de noviembre de 2003

Leo Messi marca un *hat-trick* con el Juvenil A de Juan Carlos Rojo contra el Granollers.

Martes 11, de noviembre de 2003

Pere Gratacós se reúne con Frank Rijkaard, que lleva siete meses en el club. El holandés necesitaba y buscaba la opinión de quienes llevaban a los equipos de la cantera. Hablaron de fútbol base, de jugadores:

—¿Qué tenéis este fin de semana? —preguntó Frank.

—Jugamos contra el Novelda.

—Pues, Pere, espero que no te fastidie mucho la planificación, pero me han puesto un amistoso en Oporto el día que jugáis vosotros y tengo a todo el mundo con sus selecciones.

El Barcelona era el invitado especial a la inauguración del estadio del Oporto, preparado para la Eurocopa que se jugaba en Portugal.

—Te puedes llevar a quien quieras. Incluso a un par de juveniles que se están integrando a nuestra disciplina. Oriol Riera y Leo Messi, un chico argentino. Estaría bien que te los llevaras.

—¿Oriol y Messi?

—Sí.

—¿De qué juegan?

—A Messi lo puedes poner en cualquier posición del campo.

—¿Seguro?

—Llévatelos y la semana que viene nos reunimos y me cuentas.

—Vale, perfecto.

Jueves, 13 de noviembre de 2003

Messi (para Barça TV): «Me acuerdo que estábamos entrenando con el Juvenil A, en ese momento estaba Colomer de coordinador y cuando terminó el entrenamiento se acercó, se me puso a hablar, a comentar algunas cosas, y en una de esas cosas me dijo que iba a viajar con el primer equipo».

Juan Carlos Rojo (entrenador del Juvenil A): «Fui a hablar con los que escogieron para viajar a Oporto, a decirles que era un premio, que lo disfrutasen, pero que no habían hecho nada. Lo único que estaba claro era que el trabajo que estaban realizando iba por buen camino, que lo estaban haciendo bien. Y les tocaba aprender. Les dije que lo aprovecharan y que disfrutaran muchísimo la estancia en Portugal».

Messi: «Creo que en ese momento fue lo que más nos recalcó; que vayamos, que disfrutemos de ese partido, de la experiencia de ir con el primer equipo, de lo que significaba viajar y todo, porque era todo nuevo para nosotros. Pero nos dijo que cuando volviéramos lo hiciéramos con la cabeza pensando en el Juvenil y en lo que nos tocaba jugar al fin de semana siguiente».

Ese mismo día, Leo envió un e-mail a un amigo comunicándole la noticia de su convocatoria:

«Ahora te escribo para darte una buena noticia como me pediste. ¿Estás sentado?... EL DOMINGO VOY CONVOCADO CON EL PRIMER EQUIPO AL AMISTOSO CON EL OPORTO DE PORTUGAL. MAÑANA. ESTA NOTICIA TE VA A SALIR CARA. PREPARA EL REGALO. JEJEJE. Bueno, espero que todavía estés vivo después de la noticia esta. Te quiero mucho, cuídate del ojo. Reza por mí y deséame suerte. Chauuu. Un

beso».

Sábado, 15 de noviembre de 2003

Por la mañana, el primer equipo, o lo que quedaba de él, entrenó con algunos de los chicos del B que iban a viajar a Oporto al día siguiente. Leo Messi había sido convocado pero entrenó con el Juvenil A. Ya en casa, a Leo le costó mucho dormir. Repetía en su cabeza que aquélla era la noche anterior a un posible debut con el primer equipo del Fútbol Club Barcelona. Soñó despierto con el paseo en coche que lo llevaría al aeropuerto, se preguntó con quién se cruzaría en los pasillos de camino al avión, con quién se sentaría en el trayecto a Oporto, se imaginó sentado en el banquillo del estadio, al lado de los grandes. Incluso soñó con la posibilidad de debutar con el primer equipo. Va, aunque sólo sean unos minutos. Por ahí se durmió, ya muy tarde.

Domingo, 16 de noviembre de 2003

Los convocados se dirigieron al aeropuerto del Prat para embarcar en un vuelo chárter a Oporto. Frank conoció en la terminal a los cuatro juveniles, Jordi Gómez, Oriol Riera, Xavier Ginard y Leo Messi, convocado por el quinto equipo del Barcelona en una temporada, algo inédito en la historia del club. Los fotógrafos de prensa dispararon un par de fotos a los chicos nuevos: caras serias ocultando muy bien su entusiasmo; tan bien que parecían totalmente despreocupados; la verdad es que los nervios se los comían. Los

periodistas estaban en el Prat principalmente para captar imágenes del regreso a la misma hora de Ronaldinho desde Brasil donde había jugado dos encuentros con su selección.

Los chicos iban juntos a todas partes. Apenas hablaban.

—Me parece que he sido el último en saber que iba a Oporto —dijo Xavier Ginard, portero.

—A mí me lo dijo mi padre el jueves por la noche —reconoció Leo—. Le había avisado Colomer de que a lo mejor me subían, que me llevaban a Oporto, pero todavía no era seguro. Y después le confirmó que era seguro y mi padre me avisó el jueves por la noche. Yo no le dije nada a nadie.

—Pues salió en el diario, así es como me enteré yo —dijo Jordi Gómez.

Luis Enrique, el capitán, les dio la bienvenida y ofreció las primeras bromas, la habitual toma de contacto, el inhibidor de miedos.

—Chicos, os dejáis esto —gritó Luis Enrique. Se refería a unas cuantas bolsas de equipaje del equipo. Los cuatro debutantes debieron llevarlas por los largos pasillos del Prat.

Apenas hubo tiempo para intercambiar un par de frases con los futbolistas conocidos (Rafa Márquez, Luis García y Xavi, que es el único que sigue en el Barcelona) o con los canteranos con más experiencia (Jorquera, Navarro, Oleguer, Òscar López, Ros y Santamaría). Todos ellos compartían un vestuario con el que soñaban Leo, Jordi, Oriol y Xavier, ese día solamente nombres que nadie iba a recordar. Que seguramente nadie iba a hacer el esfuerzo de recordar.

Con el equipo, y al lado de Frank Rijkaard, viajaba el director deportivo Txiki Beguiristain.

—Es un buen partido para probar a los chicos —señaló Txiki.

—¿Has visto a Leo? —preguntó Frank.

—Me han hablado de él. Coincidí con él en un ascensor el día que llegó a Barcelona. Está que se sale en el Juvenil. Su fútbol pide paso.

—Vale.

—Parece muy pequeño, un poco frágil. Igual es todo un poco pronto para él, ¿no? A ver si le van a hacer daño.

—Vamos a probarlo, a ver qué tal.

—Eres un valiente, Frank —remató Beguiristain.

—Hay un chico muy pequeño en el grupo, ¿quién es? —preguntó Henk Ten Cate, el asistente de Rijkaard.

—Lionel Messi —le informó el director deportivo.

En el chárter viajaron Jorge Messi, Celia y su hermano Rodrigo. Leo iba a vestir la camiseta del primer equipo dos años y nueve meses después de aquel primer viaje incierto a Barcelona.

El vuelo fue rápido, se comió en el hotel, se descansó y, cuando oscurecía, el equipo se dirigió al nuevo estadio O Dragão. Ofrecía un aspecto impresionante, cincuenta mil asientos, un techo que rodeaba las gradas con una cornisa de luz que ya estaba encendida. El rival iba a ser el Oporto de José Mourinho. Nadie recuerda nada sobre Messi en el habitual paseo por el césped, húmedo e irregular.

De vuelta en el vestuario, Frank dio la charla pero no confirmó si los chicos más jóvenes participarían o no. «Igual sí», fue lo máximo que les dijo ya en el estadio.

Y un rato después proporcionó la alineación: Jorquera; Óscar, Ros, Oleguer, Fernando Navarro; Márquez; Gabri, Xavi, Santamaría,

Luis Enrique y Luis García.

El Oporto jugó con nombres conocidos: Vitor Bahia, Secretario, Carvalho, Maniche, Thiago...

Durante el encuentro, con un equipo local motivado y un Barcelona que se dejaba dominar, Oriol Riera sustituyó a Ros; Tiago, a Gabri; Jordi Gómez, a Santamaría, y Expósito, a Luis García. Faltaban 25 minutos para el final del amistoso. «Va, venga, vamos a sacar al niño también», le comentó Frank a Ten Cate. «Calienta, chico», le indicó Rijkaard a Leo tocándole el hombro. Leo estaba nervioso, el corazón le latía a todo lo que da, pero quería participar.

Tenía dieciséis años y 145 días, y ya no podía esperar más. Llevaba el 14 de Johan Cruyff.

Calentó diez minutos. «Chico», gritó Ten Cate. Era su turno.

Entró en el minuto 75 sustituyendo a otro canterano, Fernando Navarro. La camiseta le quedaba muy grande.

En la grada, Jorge y Celia lloraban.

«La verdad es que sí, que fue un sueño porque no pensábamos que fuera a debutar —recordó Jorge Messi en el “Informe Robinson”—. Creíamos que acompañaba, porque eran varios chicos que habían ido, pero, cuando le tocó entrar, la verdad es que nosotros llorábamos. Yo creo que sí, fue el premio, el premio a su sacrificio».

Fernando Navarro, que salió del campo con cara de pocos amigos y sin apenas mirar al debutante, hizo historia aquel día sin querer. «Cuando veo las imágenes en las que me sustituye Messi..., en aquel momento te vas con más enfado que otra cosa. Llevaba un año lesionado, mucho tiempo sin jugar, y me supo mal que me sacaran del campo. Pero claro, luego Leo se ha convertido en el

mejor jugador del mundo, o quizá de la historia, y me queda el bonito recuerdo de que “le di la alternativa” —cuenta el lateral—. Pero piensa que en ese momento me sustituía un juvenil».

Curiosamente, Rijkaard hizo jugar a Leo de falso delantero centro, aunque en el B jugaba de mediapunta. Y pudo marcar dos tantos. Justo al salir tuvo su primera ocasión, un balón sin dueño al que llegó antes el portero, pero la segunda fue más clara: robó el balón al guardameta y, a portería vacía, creyó tener menos espacio del que tenía en realidad y cedió el balón a Oriol. Debería haber chutado.

«Claro que me acuerdo de ese pase. Lo que hizo ese día ya lo hacía en el Juvenil», apunta Oriol Riera.

«Y antes en el cadete, luego en el B...», añade Jordi Gómez.

Poco después, disputó un balón con un defensa, pero el control se le fue largo en un campo que no estaba fino y la Pulga se trabó.

«Parecía que había jugado toda su vida con nosotros, se movía con total naturalidad. La primera vez que le llega la pelota crea una ocasión de gol. La segunda, casi marca —recuerda Ten Cate—. Si tienes quince o dieciséis años y juegas en un partido contra el Oporto, en la apertura de un estadio lleno de gente, y haces todo eso es que estás hecho de algo diferente. Frank y yo nos miramos... “¿Qué coño? Pero ¿tú has visto eso?”».

«Sí, hizo un par o tres de cosas buenas», afirma Txiki Beguiristain.

«Yo sí estaba nervioso, me quedé todo el partido en el banquillo, pensé que Rijkaard me haría debutar al menos diez minutos», dice Ginard, el único de los cuatro juveniles que no se estrenó.

Leo se convirtió pronto en tema de conversación del grupo, como cuenta Navarro: «Nos quedamos alucinando con su

personalidad, con su regate, con su *madurez*. Tenía dieciséis años y yo no conozco a nadie que no esté nervioso en su debut con el primer equipo. Pero el tipo se lo tomó con una naturalidad increíble, como si fuera un partido más con los juveniles».

El Barcelona perdió 2-0. Rijkaard se acercó a los más jóvenes a felicitarlos. «¿Por qué no chutaste a gol en tu segunda oportunidad?», le dijo el holandés. «No sé», dijo la Pulga. «Pero tendría que haber marcado».

También les felicitaron Fernando Navarro y los más veteranos. «Sabes que nunca lo he comentado con él, que fui el que salió del campo para que debutara él. Va a hacer diez años, me voy a ver en todos los telediarios cuando se cumpla la fecha. Debería cobrar *copyright* [risas]», bromea Navarro, hoy en el Sevilla.

Leo le comentó a Jordi Gómez y a Oriol Riera que le hubiera gustado más debutar con una victoria. «Lástima de esa ocasión primera», les dijo.

En la rueda de prensa, Rijkaard lo mencionó: «Ha creado dos ocasiones y casi marca un gol. Tiene mucho talento y un futuro prometedor».

«Recuerdo que, cuando pasó por la zona mixta cabizbajo, encogido, le daba hasta vergüenza levantar la mirada», cuenta la periodista Cristina Cubero. Esto fue lo que Leo declaró a los periodistas presentes: «Siempre quise debutar en el primer equipo y ya se me cumplió mi sueño, espero que más adelante pueda seguir jugando en el primer equipo... De repente se me dio la oportunidad que había esperado tanto...».

«¿Mourinho? No dijo nada, no sabía nada de aquel chaval», dice hoy Ten Cate.

Después del partido, entre el cuerpo técnico hubo cierta euforia.

Henk, Txiki y Frank hablaron de Leo.

—Mira lo que viene, Frank.

—Habrá que juntarlo con Ronaldinho.

—Llega como un tiro.

«¿Si pensé que llegaría donde está ahora? Esa pregunta me la han hecho muchas veces en estos años. Nadie podía imaginar que lo hiciera y menos en tan poco tiempo», reconoce Oriol Riera.

Gio van Bronckhorst, concentrado con su selección, recibió una llamada esa noche: «He visto a un jugador..., es increíble, tiene un talento descomunal. Va a ser el nuevo Ronaldinho». Era Ten Cate. «Yo no le había visto jugar pero, cuando Henk me dijo lo bueno que era, me puse a mirar vídeos en Youtube. Sólo viéndole correr con el balón sabías que tenía algo especial».

Leo se fue contento a casa con sus padres y Rodrigo. Llegaron a su apartamento de Carles III a las cinco de la mañana.

Messi le dio la camiseta color marrón claro con el 14 a su madre Celia: fue enmarcada y colgada en su casa de Rosario.

Lunes, 17 de noviembre de 2003

La familia se despertó tarde al día siguiente y se juntó a comer. La alegría sazónaba la milanesa. Antes de almorzar, Leo escribió algunos correos electrónicos a varios amigos: «Estoy recontento por lo sucedido, todos se portaron muy bien, pero ahora me “rompió los huevos”, a ver si se habla menos de mí. Aunque todo fue muy lindo».

Y por la tarde Celia, Jorge y Leo fueron a los estudios de Barça TV a ver las imágenes del partido, y Leo fue entrevistado. Mezclaba la autocrítica por no haber marcado con la felicidad, contenida, del

debut.

Y, no, no le había contado a nadie que había jugado con el primer equipo. Muchos compañeros y amigos, incluso algunos cercanos, se enteraron porque lo leyeron en el periódico. «No sé..., no me gustaba comentarlo», le dijo a la televisión del club.

Martes, 18 de noviembre de 2003

Pere Gratacós se reunió con Frank Rijkaard como hacía habitualmente los martes.

—Empatamos a dos con el Novelda. No está mal, nos dejaste a cuadros —le dijo Gratacós.

—Nosotros perdimos 2-0. A ver cómo llegan los internacionales, tenemos que ganar, la cosa está complicada en la Liga.

—Ya.

—Ronaldinho ya está aquí desde el domingo y ha estado entrenando bien.

—Ya. Oye, Frank, ¿y Messi?

—Ah, Pere. Un jugador que en dieciséis minutos sale al campo, crea una situación de gol, casi marca y se convierte en el mejor del partido..., ese chico tiene que estar con nosotros.

—¿Qué hacemos?

—Que vaya jugando con el Juvenil o, mejor, con el B, pero que entrene un día a la semana con el primer equipo. Más tarde, dos días; luego, tres. Veremos cómo lo lleva.

Xavier Ginard permaneció tres años en las categorías inferiores del Barcelona y volvió a Mallorca, de donde procedía. Juega en Segunda B. Jordi Gómez está en el Wigan. Oriol Riera en el Osasuna, tras golear habitualmente en Segunda División.

Y de Leo se decía entonces que era un toro que no había manera de parar, así que había llegado la hora de lanzarlo al ruedo definitivamente. Sólo dos futbolistas habían debutado antes que Messi en la historia centenaria del club: Paulino Alcántara, en 1912, y el nigeriano Haruna Babangida, que jugó a finales de los noventa bajo la dirección de Louis van Gaal.

Leo acabó entrenando diariamente con el Barça B. En los juegos de posición y los rondos de los mayores, exactamente los mismos que había practicado desde que tenía trece años, fue ubicándose, encontrando su espacio, atreviéndose a más. Hay pocas cosas que expliquen mejor la jerarquía de un futbolista en un grupo que un rondo. El modo como exige el balón, si lo devuelve más rápido que el resto, si nunca se coloca en el medio, si presume o no de su talento, si se muestra generoso al intentar dominar balones complicados, todo ello define su posición en la plantilla. Aquel chaval de dieciséis años apenas necesitó dos semanas para dejar claro a todos quién era. Se convirtió en uno de los «jefes» del rondo, como dicen los entrenadores.

En todo caso, Gratacós sabía que el futbolista tenía un estilo de juego muy particular, que conducía el balón en exceso. Y quiso corregirlo como hicieron otros antes en las categorías inferiores del Barcelona. «Es un juego colectivo, Leo. Cuando tienes el balón, busca el pase; cuando no, intenta ofrecerte para participar... —le gritaba el preparador—. Y de repente se iba de tres, se driblaba al portero y hacía gol y, entonces, ¿que podías decir? Había

entrenamientos en los que se me caía la baba. Siempre quería ganar, en las prácticas, en los partidos reducidos. Su motivación era extrema. Yo les decía a veces: “Si en los encuentros ponéis las mismas ganas que en estos entrenamientos, no habrá nadie que nos gane”. Hablaba en general, pero me dirigía a Leo».

El 5 de marzo de 2004 fue convocado por el Barcelona B para jugar contra el Mataró. Lo cuenta Pere Gratacós:

«Nos habíamos ido a entrenar en el parque que hay por encima de la Diagonal y bajábamos paseando hacia el Miniestadi. Me acerqué a Messi. Lo miro y le digo:

»—Leo, ¿qué tal?

»—Bien, bien, míster.

»—El domingo vas a jugar. —Y se me queda mirando—. Vas a jugar, y tranquilo, tienes que jugar igual que estás entrenando.

»—Vale, vale, míster.

»—Y no te preocupes si por lo que sea no juegas bien o no va bien, no te preocupes. El siguiente domingo vas a volver a jugar de titular. Y si el siguiente no juegas bien, también vas a continuar de titular. Ahora sí, si dentro de cuatro partidos no has mejorado lo del primero, te devuelvo al Juvenil.

»—Vale, de acuerdo, míster, muchas gracias.

»—Estás más fuerte, te veo casi al nivel físico de los demás, que era lo que me preocupaba más. Juega como estás entrenando.

»—Bueno».

«Llegó el primer partido, y regular; igual tocó dos balones, poco más», recuerda Gratacós. Era la jornada 28, había sido titular, jugó casi todo el partido, fue sustituido en el 91 por Sanchón, le sacaron una tarjeta amarilla. Ganó el Barcelona 1-0.

El siguiente encuentro fue contra el Nàstic de Tarragona, fuera.

En la grada estuvo un socio de ambos clubes, Alfred *Chipy*: «Esa temporada únicamente fui a ver ese partido del Gimnàstic de Tarragona, en Segunda B por entonces. Acababa de debutar con el B un chico argentino que había visto ya por Barça TV y que me parecía un prodigio de técnica y clase. He vacilado mucho con ese partido: a la gente que me preguntaba en la tribuna del Nou Estadi por qué había acudido ese día, le di la misma respuesta: “Leo Messi, quédate con su nombre porque va a jugar en el primer equipo del Barça y va a ser un crack”. Leo jugó sólo la primera parte porque Pere Gratacós lo cambió en el descanso. Hubo un expulsado y el partido se endureció. A pesar de que su primera parte fue bastante buena, con destellos de su clase, creo que Gratacós lo cambió para protegerlo, porque tenía únicamente dieciséis años».

Así fue; se jugó ocho días después del encuentro contra el Mataró. Leo no participó en la segunda mitad y acabó en empate a cero. Continúa el entrenador del B: «Segundo partido, un poco mejor, pero sólo un poco. Tercer partido, mejora pero no golea y Leo, principalmente, marcaba las diferencias cuando goleaba. De momento, ni marcaba las diferencias ni los goles. Y él estaba angustiado, acostumbrado a dejar su impronta cuando quería. Con nosotros quería pero no podía».

Leo sentía que no llegaba, que no salía bien; saltaba al campo con cierta ansiedad y volvía al vestuario triste. «Claro, él estaba acostumbrado a jugar con el Juvenil B y marcar tres o cuatro goles por partido», analiza Pere Gratacós. «Con el tercera división de Pep Boada metía uno o dos, que ya es difícil. Y cuando empezó a jugar con nosotros era otra historia, es otra división más, gente más grande, más veterana. Messi comenzaba a tener más recursos físicos para irse del defensor, pero aún le faltaba para poder competir en

igualdad de condiciones».

«Leo, tú tranquilo, juega como estás entrenando, no te preocupes que ya llegarán los goles», le decía su entrenador.

«Llegó el cuarto partido, contra el Girona. Y Messi marcó. Y fue el mejor del partido. Bajamos a los vestuarios, nos miramos, nos abrazamos y le dije: “Nos vemos mañana en el entrenamiento” —recuerda Gratacós—. Jugó con nosotros cinco partidos esa temporada».

O así se ha contado hasta ahora. Pero no lo que pasó. Como ocurre a menudo, la leyenda reescribió la historia. Aquel partido lo ganó el Girona 1-0. En la temporada siguiente, segundo partido de liga jugado también contra el Girona en su terreno de juego, el Barcelona B venció por 1-2. Con gol de Leo, el primero que marcaba con aquel conjunto tras siete partidos.

Gratacós no se ha inventado nada. La sombra de una leyenda se le ha metido en la cabeza y, repasando aquellos días años después de que se produjeran, surge un discurso más redondo, como si adquiriera vida propia. Seguro que a muchos nos gusta más la primera versión de su primer tanto con el Barcelona B, así que escojan la que deseen.

El preparador del B pronto se dio cuenta de que el rendimiento de Leo iba a mejorar o a empeorar según quién lo acompañara en el ataque. En esa temporada que se acababa, pero especialmente en la siguiente —en la que Leo llegó a jugar diecisiete encuentros con el B y todos de titular—, Pere tuvo claro que, para sacar lo mejor de la Pulga, había que complementarlo no tanto con delanteros típicos que buscan el remate, sino con futbolistas de la calidad de Joan Verdú o Sergio García, que gustan de asociarse y que, pese a ser cuatro años mayores, hablaban el mismo lenguaje futbolístico. Así pues,

Gratacós fue ajustando el equipo, entre otras cosas para beneficiar a Messi.

Como parte de la planificación de la temporada de Leo, los jueves se reunían los entrenadores de las diferentes categorías y decidían en qué equipo iba a jugar. Así, formó parte de nuevo del Juvenil B en los últimos tres partidos de liga y les ayudó a ser campeones pese a tener problemas de pubis que le impedían entrenarse con normalidad. «Otro se habría enfadado», sugiere Juan Carlos Rojo. En realidad, aquel año Leo nunca dejó la categoría juvenil del todo: se pasaba a menudo a ver jugar a sus antiguos compañeros, de su misma edad, e incluso se unía a las charlas técnicas en la media parte aunque no estuviera convocado.

En el curso 2003-2004, Messi goleó en cuatro de los cinco equipos en los que participó: en concreto, 35 tantos en partidos oficiales, más de cincuenta en total si se incluyen los amistosos.

«Fue una cosa que vino desde la nada a lo máximo —recuerda Jorge Messi conversando con la prensa argentina—. Todo fue muy rápido; desde entonces se vivió de una manera tan acelerada que no dio tiempo a asimilarlo ni, digamos, a gozarlo o a disfrutarlo». Pere Gratacós lo resume diciendo que aquel año Messi tuvo diez padres y setenta y cinco hermanos, tantos como entrenadores y compañeros de equipo.

Cabe una duda. ¿Era justo pedirle tanto a un chico de dieciséis años? ¿No era necesario e incluso aconsejable que pasara por cada etapa tras la adaptación necesaria? ¿Pensaba el Barcelona en el futbolista cuando le hacía quemar etapas a tanta velocidad? ¿O le daba el club prioridad a que sus equipos ganaran competiciones, o no descendieran? ¿Cuál es el objetivo cuando el jugador tiene dieciséis años? ¿Qué tipo de futbolista, que tipo de persona incluso,

se crea cuando se le identifica como el jugador que hace ganar al equipo, cuando se le exige vencer cada día en cada categoría?

* * *

Once meses después de su debut en Oporto, siete tras su primer partido con el Barcelona B, Leo iba a pisar el Camp Nou en competición oficial.

Entre tanto, Leo grabó este anuncio para Nike: www.youtube.com/watch?v=8eZCvsv_LkM.

En él se ve a Messi y a otras jóvenes promesas del Barcelona (Jonathan dos Santos, Ricardo, Isma) jugando en la playa, en la calle, en el mercado de la Boquería, en un vestuario. Se oye el himno del Barcelona tocado por una guitarra eléctrica distorsionada a lo Jimmy Hendrix. Al final, los chavales se dirigen a la cámara. El último que aparece, tras marcar un gol de falta, es el argentino.

«Recuerda mi nombre: Leo Messi».

El mundo, Leo, empezaba a tomar nota.

CAMPEONANDO

«Hay un movimiento telúrico». «¿Dónde?». «En La Plata, Argentina». «¿Seguro?». «Eso parece». Así quedó registrado en el sismógrafo del departamento de Sismología e Información Meteorológica del Observatorio Astronómico de La Plata. Un terremoto, confirmado. De más de seis grados en la escala Richter.

Era el 5 de abril de 1992. Y se jugaba un partido de fútbol. Un gol movió el suelo, literalmente.

Y eso que, en el gran contexto de las cosas, era un partido cualquiera de una jornada cualquiera. En concreto, el clásico platense en la cancha del Estudiantes, con el Gimnasia de visitante. O sea, no del todo un partido olvidable, un derbi de máxima rivalidad y tensión, aunque no se jugaban la liga o un título; estaban en la séptima jornada del torneo de Clausura.

El partido era aburrido, físico, trabado. Llegó el minuto 54 y el volante uruguayo José Perdomo, del Gimnasia, estaba a punto de ser rebautizado con un mote de los que quedan para siempre.

Falta contra el equipo local, el Estudiantes. Perdomo se acomoda el balón, mira al arco contrario, defendido por Marcelo Yorno; el objetivo está a unos 35 metros de distancia. El jugador del Gimnasia lanza el libre directo con precisión y fuerza. Marcelo sólo puede mirar la trayectoria del balón, que entra como un obús junto al palo derecho.

Gooooool.

Y los miles de *triperos* (aficionados del Gimnasia) situados en la grada del Colegio Industrial que va a dar a la calle 57 lo

celebraron con tal estridencia, con un júbilo tan intenso, que La Plata tembló. No había ocurrido antes, ni ha ocurrido desde entonces. En ninguna parte del mundo.

El clásico 113 entre ambos conjuntos acabó con victoria visitante gracias al único tanto del partido, el del *Terremoto* Perdomo, ya nunca más sólo José Perdomo.

El fútbol, que es pasión allá donde ha echado raíces, en Argentina mueve el suelo. Como en todas partes, el balompié es un espejo de la sociedad, pero en Argentina parece un reflejo sobre un espejo oblicuo: todo, desde el entusiasmo hasta la leyenda, se multiplica de forma dramatizada. Ése es su atractivo y su peligro.

El asesor económico Enrico Udenio cuenta con pesimismo en su libro *La hipocresía argentina* que «a la Argentina la compone una sociedad neurótica, entendiéndose ésta como aquella cuyos habitantes se encuentran insatisfechos y compulsados a accionar de manera autodestructiva. Se trata de una sociedad cuyo pasado albergó un destino de grandeza, pero que en la actualidad no puede abastecer sus necesidades, desde las más básicas de vivienda, alimentación, salud, educación y seguridad hasta las más elevadas, las aspiraciones intelectuales y espirituales de sus miembros». Ahí se encuentra la urdimbre de una pasión exagerada.

«Es una sociedad en la que sus integrantes no sólo no encuentran bienestar, sino que experimentan sensaciones permanentes de amenaza —continúa Udenio—. Esta situación conduce al padecimiento de un estrés crónico cuyos síntomas habituales son la fatiga, la autopercepción de impotencia, la depresión, el adormecimiento y la falta de respuesta hacia los estímulos. Es una sociedad que construye creencias que la llevan a depositar en el afuera la causa de sus carencias». Se buscan fácilmente culpables a

su anquilosamiento actual, «figuras diabólicas» dice Udenio, y la frustración se convierte en «psicología irracional» con maniqueísmos y una «acentuada compulsión emocional. Eleva a sus representantes al rango de dioses con la misma rapidez y facilidad con la que los convierte en demonios», concluye el escritor italiano pero residente en el país latinoamericano desde niño.

El pensador español José Ortega y Gasset lo vio así incluso hace cien años: «El argentino es un frenético idealista: tiene puesta su vida en una cosa que no es él mismo, una idea o un ideal que tiene de sí mismo». El argentino, pues, es quien imagina ser.

Todo empezó bien: el país, fuente de riqueza y destino de varias oleadas de inmigrantes, se convirtió en sus primeros años en «El Dorado de media Europa», como dice el ensayista Marcos Aguinis en *El atroz encanto de ser argentinos*. Medio siglo atrás era todavía uno de los países más ricos del mundo, de donde salían artistas, científicos, políticos y escritores.

Pero a medida que Argentina se fue alejando de aquel «destino de grandeza» que no acababa de llegar, el fútbol fue atrayendo frustraciones y expectativas. «Me parece que somos un país que se creyó destinado a grandes metas y a grandes logros, y algo falló», reflexiona el escritor Eduardo Sacheri, guionista de la película *El secreto de sus ojos*, ganadora de un Oscar. «Y nos cuesta mucho reconciliarnos con eso. No éramos tan buenos, no nos aguardaba ese destino de grandeza, pero, por el contrario, al fútbol jugamos bien, llamativamente bien. Porque vos fijate que no somos tantos. Digamos, en Brasil juegan al fútbol fantásticamente bien, pero son ciento noventa millones; acá somos a duras penas cuarenta y, sin embargo, podemos pelear ahí, asomar la cabeza en ese conjunto de los que mejor juegan al fútbol en el mundo».

Pero ese sentimiento extremado con el que se vive la pasión por el fútbol hace que los argentinos se cieguen con el éxito (creyendo haber llegado a la Tierra prometida) y también con las derrotas. Y que crean que lo bueno, y lo malo, sólo les pasa a ellos. «“Nuestro destino de grandeza” es puro verso, Dios no es argentino y suena a disparate afirmar que la Argentina es el mejor país del mundo... [Al menos ahora] nos reímos de nosotros mismos, lo cual era rechazado hace poco debido a un sentimiento nacionalista parroquial», insiste Marcos Aguinis.

«Argentina está en una debacle desde hace una generación y media, y todavía no tocamos fondo —afirma la psicóloga deportiva Liliana Grabin—. Como no te podés sentir argentino por otra cosa, cuando empieza a fallar la identidad como país, uno se va adaptando a cualquier idea. El fútbol nos transmite una identidad que te permite arraigarte. Y decís “soy argentino” y escuchás “Maradona” y ahora Messi, y el papa. Ah, sí, eso es Argentina».

Curiosamente, los tres argentinos más conocidos del momento (Leo, el papa Francisco y Máxima Zorreguieta, reina de los Países Bajos) están fuera del país. Y los más reconocidos por la historia también murieron fuera: el Che, José de San Martín, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Carlos Gardel. «Pareciera que ser argentino pudiera tomar identidad más fuera que dentro del país —explica Liliana—. Vos ves que la gente no canta el himno, no quiere identificarse con algunas de las características del país: la corrupción, el desánimo. Los que quedamos en Argentina tenemos que hacernos cargo de eso y tal vez por todo ello cueste menos ser argentino en el exterior que en el propio país, porque de patria, en casa, ya no se puede hablar. No hay patria ya».

Y siempre queda el fútbol, la religión más cómoda. La agenda de

Los argentinos está futbolizada, se habla con términos futbolísticos de todo: de política, de economía... En un contexto gris, de malos resultados y vivencias, de desconfianza, el fútbol es la luz, da resultados positivos casi cada semana. «Muchos sostienen incluso que el himno nacional terminó sustituido por la camiseta de la selección porque representa más a la Argentina que todo lo demás —dice el sociólogo Sergio Levinsky—. Es lo único que gana».

Aunque el fútbol es pasto de cultivo ideal para frustraciones, promesas, demonios, dioses, carencias y estímulos (convertidos a menudo en violencia), también une. Apunta Sacheri: «En un país donde solemos dividirnos mucho, en torno a cualquier cosa, y tenemos un individualismo acérrimo, y así vivimos; la selección es lo único que nos une, porque ni siquiera tener un papa argentino nos une. Eligieron papa argentino, y la siguiente semana fue pelearnos a muerte a ver si era un buen tipo o no era un buen tipo».

¿Qué se juega en un partido argentino? ¿Valores, orgullo, una manera de entender el mundo? ¿O solamente puntos, títulos? «El fútbol le permitía y le sigue permitiendo a un tipo de un barrio tener algo que a los pobres les arrebatában desde la cuna: el orgullo. — Eso cree el entrenador e intelectual Ángel Cappa—. Es decir, yo a partir de una pelota de fútbol soy alguien, en el sentido profundo. Me gano así el respeto mío y el de la gente. En el barrio, el tipo más respetado era el que mejor jugaba al fútbol. ¿Qué otros medios tiene para que lo reconozcan y él mismo reconocerse? ¿Qué otros valores culturales le quedan en el barrio para tener una identidad? ¡La pelota! Entonces, jugar bien tiene ese enorme significado que ahora le están quitando y que los mediocres creen que es romanticismo o que es para dar espectáculo. ¡No! Es una cosa mucho más profunda».

Un partido en un potrero, esos campos irregulares donde rueda

un balón a todas horas, se juega por los puntos pero, sobre todo, para defender la posibilidad de sentirse alguien, admirado. Y toda la población masculina y un buen porcentaje de la femenina practican u organizan las competiciones. «En el barrio el que no jugaba al fútbol era un bicho raro. A partir de ahí, hay unos códigos que se van formando —continúa Cappa—. El fútbol te enseña a ser valiente, a superar el miedo a perder, el temor a meter la pierna, a pedir la pelota. Te enseña también a mantener el equilibrio entre el éxito y el fracaso, porque vos sabés que estás caminando sobre una cornisa y que el fracaso y el éxito dependen de tonterías, a veces. Entonces uno se vuelve prudente. En el fondo uno sabe que tuvo éxito en ese partido, pero también que pudo haber perdido, porque pegó una pelota en el poste, o resulta que le pegó mal y la pelota entró igual. Esto me parece que es fundamental. Sobre todo el respeto».

Pero, como ocurre en otros lugares, el futbolista argentino es ahora un tipo con un trabajo. «A partir de la industrialización masiva de los años sesenta, estos argumentos también se trasladaron al fútbol, y al jugador le empiezan a quitar el placer de jugar y lo alejan de esa cuestión del orgullo de la que hablamos antes — analiza Cappa en www.efdeportes.com—. Entonces se empezaron a producir jugadores en serie. En líneas generales, el futbolista en este proceso fue ganando cada vez más plata, y los grandes capitalistas vieron un gran negocio, con la ropa deportiva, la televisión, la radio. Lo que lograron fue transformar a pibes de veinte años como Ronaldo [Nazario] o Raúl en tipos tristes, pero llenos de plata».

Además de *obrero*, el futbolista argentino es, como queda dicho, un exiliado más: entre 2009 y 2010, Argentina exportó cerca de 1800 futbolistas; Brasil, 1440. «Se van los muy buenos, los buenos, y los regulares —continúa Ángel Cappa—. Es decir, que se va

prácticamente todo el mundo. Y aquí, en la Argentina, juegan solamente los que están saliendo y los que están de vuelta».

El futbolista bueno se va, todo el mundo patea un balón y el aficionado, frustrado seis días a la semana, se deja llevar por la pasión en un estadio... y así hasta el terremoto. Eso es fútbol en Argentina.

Sacheri lo encapsula muy gráficamente en dos escenas. «Para mí, el fútbol son dos imágenes. Por un lado, lo que nosotros llamamos un campito, un terreno baldío sin arcos, donde un grupo de pibes juega al fútbol en días feriados. Suele estar lejos del centro de la ciudad. Y la otra escena es un grupo de tipos saltando en una tribuna, que es como miramos fútbol acá. Eso de estar sentado en la silla... es muy difícil. Yo voy con mi hijo a ver a Independiente. Yo a mi edad ya te diría: “Y... mejor me voy a verlo a la platea y me siento”. Y no puedo porque este hijo mío me dice: “No, vamos a ese lugar desde donde se ve mal, donde nos da el sol, donde estamos apretados todo el partido... pero donde gritamos, y saltamos, y donde las cabezas de todos los tipos están alrededor nuestro”. Entonces estamos en una conversación colectiva permanente, donde uno comenta, y uno se burla, y otro contesta... Y analizas sesudamente el partido con el tipo que no estás viendo porque está dos escalones más arriba tuyo, pero vos no te podés volver para mirarlo».

* * *

El tango, actualmente en pleno renacimiento aunque se baile y se silbe mucho menos que décadas atrás, da más pistas sobre la manera

de ser argentina. «Expresa rencor, miedo, tristeza, picardía», explica Marcos Aguinis. ¿Es ése el gen argentino? ¿Existe, de hecho, un gen argentino? ¿Y en el fútbol? ¿Cómo se explica, si no, que del país hayan surgido tres de los cinco o seis mejores jugadores de la historia del fútbol, tres futbolistas que marcaron sus épocas? Alfredo di Stéfano, Maradona y Messi. Y sí, hay que incluir al primero. Para quienes no lo conozcan, escuchen a Jorge Valdano: «Fue un jugador cinematográfico, un revolucionario que se saltó las reglas de la época. En un fútbol fotográfico (cada jugador respetando una posición), Alfredo decidió ser cinematográfico: un delantero de toda la cancha, desequilibrante, potente, de una personalidad desbordante. No expresaba al jugador argentino de su época. Fue un talento inusual».

Los tres nacieron en un país con menos población que otros campeones del mundo (Brasil, Inglaterra, Francia, España, Alemania, Italia). ¿Será que se juega en la calle o en potreros donde cuesta controlar el balón? «La técnica se mejora en buenos campos, no en malos», afirma el ex futbolista del Real Madrid Santiago Solari. ¿Será que en Argentina se acentúa el esfuerzo individual, el *dribbling* por encima del juego colectivo? ¿Se siente y se juega el fútbol en otras naciones tanto como en Argentina? A Ángel Cappa le gusta definir al futbolista argentino como el portador de genes históricos, una tradición más bien cultural que se transmite de padres a hijos, de futbolista a futbolista: «El jugador argentino tiene una historia que se manifiesta en forma de genes. Había, y digo “había” y no “hay”, conceptos básicos que se aprendían antes de saber caminar, escuchando, mirando. Y un pudor que obligaba a buscar la perfección, o en todo caso a hacer lo que se pueda siempre en favor de lo que debe ser. Para decirlo en otras palabras: si no puedo

inventar, si no tengo talento ni habilidad, al menos se la doy a un compañero. El más respetado del barrio nunca era el matón, sino el que sabía jugar mejor».

Cappa y otros entendedores creen que las cosas están cambiando, que ahora todo vale, que cualquier cosa es buena si se consigue la victoria: ésa es la nueva exigencia, quizá incluso el nuevo *gen*. Pero hay cosas que perduran en el tiempo. «El jugador argentino tiene una personalidad producto de una autoestima elevada, que lo hace sobresalir en los momentos más difíciles — asegura el entrenador argentino—. Lo que es muy malo para la vida es muy bueno para competir. Me refiero a que cualquier jugador argentino se cree siempre mucho más de lo que es».

¿Y el estilo? ¿Existe una manera de jugar argentina? En 1912, *The Standard*, uno de los tres diarios ingleses de Buenos Aires, se sorprendía de que el fútbol y el rugby, importados desde las islas británicas, fueran adoptados con tanto entusiasmo en Argentina aunque su práctica «no fuera tan científica». El temperamento de los jóvenes nativos se describía como «vehemente e impulsivo». Los ingleses insistían en que había que jugar con *fair play*, con el comportamiento caballeresco enseñado y aprendido en la educación formal de las escuelas de la colonia inglesa. Había que controlar los desbordes emocionales.

Pero, como ocurrió en el resto del mundo que adoptó el fútbol como deporte de masas, los sectores populares hicieron suyo ese deporte, en especial los inmigrantes españoles e italianos y también los criollos localizados en el principal centro urbano, Buenos Aires. Y poco a poco, con la masificación y popularidad del fútbol, fue surgiendo una conciencia nacional, un campo común de esos grupos heterogéneos de nuevos argentinos que marcaban así su distancia

con los británicos.

El antropólogo Eduardo Archetti establece en su libro *El potrero*, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino una fascinante relación entre el fútbol y el tango en la construcción de la masculinidad en Argentina. El primer reconocimiento de futbolistas argentinos en el siglo XX coincide con la consolidación del tango como música y baile erótico, y sus dificultades coreográficas se entienden como muestras de creatividad cultural. De la misma manera, el fútbol va dejando atrás la fuerza y disciplina británica, y da paso a las virtudes criollas basadas en «la agilidad y el virtuosismo en los movimientos». Especialmente el *dribbling* (o gambeta). El regate es engaño y para el argentino, para el latino, el engaño, se quiera o no, forma parte de la cultura y es un arma a utilizar.

Los logros internacionales de la selección nacional (subcampeona en las Olimpiadas de 1928 y del Mundial de 1930) y una gira europea del Boca Juniors en 1925, con algunos refuerzos de otros clubes del país, confirmó el virtuosismo argentino a ojos europeos y coronó la gambeta, el pase y el toque como elementos característicos de su estilo. Los europeos, se lee en *El Gráfico*, creen que los argentinos «tocan el fútbol», como si se tratara de una melodía. Y posteriormente, el equipo del River Plate, conocido como La Máquina, de los años cuarenta agregó un esfuerzo y comprensión del fútbol colectivos: de repente, la belleza podía ser sincronizada.

En aquel equipo jugaba Alfredo di Stéfano, aunque como suplente de Adolfo Pedernera. La Saeta Rubia llevó esa manera de entender el fútbol allá donde fue como jugador o entrenador. Estando en el banquillo del Espanyol, cansado de ver la pelota volar por

encima de los futbolistas, paró un entrenamiento de sus pupilos. «¿De qué material es el balón?», preguntó a sus chicos. «De cuero», respondieron. «¿De dónde se obtiene el cuero?». «De la vaca», dijeron. «¿Y de qué se alimenta la vaca?». «De pasto», contestaron, sorprendidos. A lo que Di Stéfano remató: «Entonces, ¡échenme el balón al pasto!».

Como se ha dicho ya, el fútbol argentino nace y se desarrolla en los potreros, esas extensiones de tierra que proliferaban por todas partes en un país que se estaba construyendo, con irregularidades en su suelo, en las que el «pibe» aprendía el arte de dominar el balón para controlarlo, copiando, como se ha hecho siempre, a las grandes estrellas de cada época. Se dice que, así como los brasileños, acostumbrados a jugar descalzos en la arena, tienen una mejor pegada a portería gracias a su dominio del balón, los argentinos aprendieron el control, la gambeta y el pase en sus baldíos.

Todo ello junto crea «La Nuestra», una forma de jugar propia de los argentinos.

En ese potrero se quedan los futbolistas y a ese potrero vuelven todos, incluso Messi. No siempre geográficamente, pero sí en espíritu. El futbolista argentino, a menudo emigrante, necesita constantemente volver a casa, alejarse de la presión del fútbol profesional. «He escuchado a muchos jugadores de Primera División decir que es una pena que no les dejen ir a jugar al potrero, al campito —cuenta Liliana Grabin—. Deben salir de la ciudad porque quedan pocos espacios así en la urbe. Mucha gente les dice que no lo hagan porque ellos son figuras y el vecino de turno que se junta en el partido querrá presumir de haber marcado a un tipo famoso; “así se lastiman las piernas”, se les dice. Pero es más fuerte que ellos. Salen, van a su barrio, a su pequeña ciudad, y sienten ese

olor a tierra, a los suyos, y no lo pueden evitar. Se ponen a jugar con el amigo con el que se criaron, uno que se quedó en el barrio». Regresan a la esencia.

Cuenta Ángel Cappa en su maravilloso libro *La intimidación del fútbol* que un día René Houseman, estrella del Club Atlético Huracán de César Menotti, desapareció de la concentración el día antes de un partido. El entrenador no se lo podía creer. Hasta que cayó. Menotti le pidió a su asistente Poncini que lo acompañara a la villa de Houseman, en el Bajo Belgrano. Cuando llegaron se jugaba el «picado» de cada fin de semana. Houseman no formaba parte de la partida. Aliviado, Menotti pensó en regresar al hotel hasta que dirigió su mirada al banquillo. Ahí estaba Houseman sentado. «Pero ¿qué hace usted aquí?», le preguntó el preparador. René contestó: «Pero ¡no vio cómo juega el once!». Aquel extremo anónimo le había quitado el puesto en el partido más importante del fin de semana.

Hay millones de ejemplos de ese aprecio infinito por el fútbol y lo que representa. Por ejemplo, en el Newell's Old Boys. Es un club con muchas carencias que poco a poco va recuperando terreno y ordenándose por dentro. Con una nueva directiva desde 2008 de mayor aprobación popular, ganó el Torneo Final en 2013, pero continúa necesitando apoyo financiero. Leo Messi ha donado unos veintidós mil euros para mejorar el Complejo Malvinas, donde juegan los chavales. Se dice que pagó por el gimnasio que hay en la ciudad deportiva del primer equipo a las afueras de Rosario y que de algún modo está preparando su desembarco en unos años.

Es un gesto que pocos conocen y hay muchos otros de gente menos conocida. Se construyó una pensión nueva para los jugadores de los equipos inferiores y el doctor Schwarzstein se encargó de

recaudar parte del dinero necesario para comprar cuarenta colchones, a cincuenta euros cada uno. El primer equipo organizó recientemente una rifa para los hinchas en la que los ganadores jugaron un partido contra los profesionales, compartieron el vestuario y vivieron durante un día la jornada de un futbolista de Primera División. La recaudación ayudó a construir el gimnasio de las categorías inferiores.

El fútbol es vida en Argentina y la vida es fútbol. Y eso explica que surjan, en lo más alto de una enorme pirámide de amantes y practicantes, Di Stéfano, Maradona y Messi. «Leo no hubiera podido nacer en Siria», declara César Luis Menotti, el seleccionador argentino que ganó el Mundial de 1978. Ni en Australia, donde sus padres estuvieron a punto de emigrar al poco de casarse. Sin Di Stéfano (o *el Charro* Moreno o Mario Kempes) no hubiera surgido Maradona. Sin Maradona, sin el padre de Leo, si sus hermanos no hubieran sido futbolistas, no existiría el Messi que conocemos.

Eso es Leo: la síntesis del gen argentino.

* * *

—*Periodista: ¿Cómo viviste la eliminación de Argentina en el Mundial pasado? [2002]*

—*Messi: Estaba acá, en la pensión del Barcelona, jugando en inferiores, y mirando el partido con todos los chicos de la pensión. Y mal, como todo argentino, ¿no? Y más que tenía los pibes al lado que me cargaban, también.*

—*Periodista: Y vos, ¿te callabas? No tenés pinta de peleador.*

—*Messi: No, no. Terminó el partido y me fui para mi casa, y*

después a la tarde... generalmente me quedaba todo el día ahí y ese día me volví para mi casa y después volví a la práctica.

(Conversación extraída del documental argentino *La Pulga expediente*)

Duele casi más la derrota de tu país cuando estás lejos. El pequeño drama del emigrante es que, cuando las cosas le funcionan fuera de casa, su triunfo le interesa a pocos allá donde vive. Al futbolista emigrante le gusta regresar al barrio para que se vea que le va bien. Pero en sus primeras vacaciones, de vuelta al barrio de Las Heras tras su fichaje por el Barcelona, incluso tras debutar con el primer equipo, casi nadie conocía a Leo en Rosario. Fue mucho después, años después, cuando las profesoras, los coordinadores, los compañeros comenzaron a recordarlo casi como una aparición divina, con un halo de luz, una presencia llena de grandeza que retocaba el sentido de sus existencias. El «yo lo vi, yo lo toqué, yo estuve allí», que habla tanto de las vidas de los testigos como de la de Messi, vino mucho más tarde.

En Argentina hay tres formas de distinguir al futbolista según su relación contractual con el club: los que ganan títulos, los que llegan a Primera y los que se van. La afición valora más al primero, una tipología universal. Pero el segundo ya es una cosa muy argentina: el héroe que ha sido vendido tras pasar por el primer equipo. El tercero, bordea la traición: aquellos que se han ido sin llegar a la Primera División no acaban de ser aceptados por la afición como suyos. Lo de Leo.

Y eso que Messi no dejó nunca de ser completamente argentino.

Ni cuando España luchó por vestirle la Roja.

El entrenador de los cadetes del Barcelona Álex García le comentó al seleccionador español Sub-16, Ginés Menéndez, que tenía un chaval buenísimo que de momento no había debutado con su selección. Ginés fue a verlo. Le impresionó y se le acercó durante el campeonato de España de su categoría que Leo no pudo jugar por ser extranjero: «¿Te vendrías con nosotros? Si no te llaman de Argentina, acuérdate de nosotros». Estaba a punto de celebrarse el Mundial Sub-17 de Finlandia y el equipo español contaba con David Silva y Cesc, entre otros. «¿Te vienes?», fue la pregunta que se le formuló, y también a su padre. Llevaban dos años instalados en Barcelona.

«No, gracias», contestaron ambos.

Leo no hubiera jugado jamás con España. Messi es argentino, rosarino y leproso, como ha dicho en más de una ocasión. Pero, desde aquella sugerencia de Menéndez, pasaron varios meses antes de recibir la primera llamada de un miembro de la Federación Argentina y un año antes de su primera invitación oficial. La AFA requirió al F.C. Barcelona la presencia de «Leonel Mecci», deletreado así, para una concentración a mediados de junio de 2004. El Barcelona dijo que encantados, que sí, que se lo podían llevar, pero cuando acabara la Copa del Rey juvenil en la que estaban enfrascados.

Antes de trasladarse finalmente a Buenos Aires para su primera convocatoria con la albiceleste se tuvieron que producir una serie de encuentros, casualidades y hasta algún malentendido; nuevos intentos de la Federación Española.

Y el crucial viaje transatlántico de una cinta VHS, esta vez en dirección a Argentina.

Claudio Vivas, el ayudante de campo de Marcelo Bielsa en Argentina y en el Athletic de Bilbao, es también rosarino y conoce a la familia Messi antes incluso que a Leo. Su padre, José Vivas, fundó la escuela de fútbol del Newell's Old Boys. Un tal Rodrigo Messi la rompía en su división junto al *Negro* Sebastián Domínguez, que acabó siendo internacional. Claudio se inició como técnico en las inferiores del Ñuls. En la categoría 87 del club rosarino había un *enano* del que todos hablaban y, en la época en que Leo fue dirigido por el amigo de Claudio y hoy kinesiólogo Gabriel Digerolamo, el joven preparador se acercaba a Malvinas para ver algún partido de la estrella emergente. «Sí, era un placer verlo», dice Vivas hoy.

Pasaron los años y Marcelo Bielsa llamó a Claudio para que lo acompañara en su aventura en la selección y, tras renovar en 2002 con la AFA, ambos emprendieron en octubre una gira por toda Europa para charlar con los jugadores internacionales con los que se contaba. Marcelo quería explicarles por qué aceptó renovar y los planes que tenía. En Barcelona se juntaron con el portero azulgrana Roberto Bonano y con el central del Espanyol Mauricio Pochettino, y Claudio les preguntó de pasada cómo andaba un tal Lio Messi.

«La rompe en los juveniles, Claudio», le anunció Bonano.

A Vivas le quedaron ganas de saber más. Se hospedaba con Bielsa en el hotel Princesa Sofía, cerca del Camp Nou, y, al conocerse su presencia, por allí se pasaron agentes y amigos en busca de un rato de su atención. Como aquel señor llamado Jorge, argentino, que trabajaba en el despacho del empresario Josep Maria Minguella. Es lo que Claudio recuerda. El señor Jorge preguntó por Vivas en recepción y éste bajó a atenderlo, pero la conversación fue

al principio distante, fría. Jorge era un representante, un personaje del fútbol muy poco bienvenido en el entorno Bielsa.

—¿Conoce a Lio Messi? —preguntó el señor.

—Sí. Es de mi club, NOB.

—Pues como no hagan algo, el chico está a punto de jugar con la selección Sub-17 española —insistió el tal Jorge con esa urgencia habitual de los agentes.

—¿Tiene material del chaval?

—Casualmente, me he traído unos compactos.

—Consígame también cinco partidos completos.

El compacto era una cinta de VHS de doce minutos en la que se veía lo mejor del futbolista jugando con el Barcelona en una categoría dos años superior a su edad. Claudio quería analizar lo bueno, lo malo y lo de en medio, su posición en el campo, la calidad del rival y de los suyos, si era sacrificado o no, si era jugador de recorrido largo o corto, lo que hacía con el balón o sin él. Necesitaba un contexto más amplio y eso se conseguía con la visión de todos esos partidos, que le llegaron a las pocas horas.

Claudio puso la primera cinta. Pasaron unos segundos. «Ése..., ése..., ¡ése es el enano de la categoría 87 que llevaba Gabriel!».

Jorge le explicó que la selección española estaba dispuesta a darle dinero al padre de Lio para que jugara con España, pero que el chaval y la familia sólo querían jugar con Argentina.

—Dígale al padre que esté tranquilo, que voy a tratar de gestionar algo —sugirió Claudio.

Hasta ese momento Marcelo Bielsa no conocía los trámites que Claudio había iniciado, pero éste consideró que finalmente el tema era lo bastante serio como para compartirlo con su jefe. «Adelante, Claudio, no te demores. Pero dejame ver algo», le pidió Bielsa.

Quedó sorprendido. «No podemos perder a este chico», fue la conclusión.

Claudio llamó desde el teléfono de la habitación del hotel barcelonés a Hugo Tocalli, que trabajaba con las categorías inferiores de Argentina y que en esa época dirigía la Sub-17.

—Uy, difícil traerlo al chico. Pero cuando volvías a Argentina, ven a verme y traeme los vídeos —le pidió Tocalli.

Vivas no entendía la reticencia. Estaba seguro de su talento extraordinario, pero no insistió. Había otras cosas importantes pendientes para Marcelo y para él. Al regresar a Buenos Aires, el 22 de noviembre, Claudio se personó en el campo de entrenamiento de la Sub-17 y le llevó el material a Tocalli.

—Por favor, no dejen pasar esta oportunidad —solicitó Claudio.

—Lo vamos a analizar.

—Si no actuamos rápido, posiblemente, no por Lionel ni por el padre, pero sí por una cuestión de presión, vamos a perder a un gran jugador.

Claudio insistió. Y Tocalli pensó erróneamente que Vivas tenía una relación comercial con el asunto. Éste se sintió herido: estaba defendiendo los intereses de la selección, ¡qué se habían creído! Justo por esos días, Carles Rexach, el responsable de las divisiones inferiores del Barcelona, había llamado a la Federación Española para impulsar la posibilidad de que Leo jugara para la Roja.

Tocalli siguió retrasando su análisis. Al margen de cualquier sospecha (totalmente infundada), no tenía muy claro que fuera necesario traer a un chaval de dieciséis años del otro lado del charco para el Mundial Sub-17 que estaba a punto de celebrarse en Finlandia: los gastos, las dudas, la aclimatación..., muchos inconvenientes.

Marcelo conoce bien a Claudio, así que, cuando lo vio, tuvo que preguntar:

—¿Qué te pasa?

—Mira, tuve un enfrentamiento por lo del chico este, Messi, y me parece que Argentina puede llegar a perder mucho en esta situación...

—Deja que vaya a hablar con Tocalli.

—Igual valdría la pena llevarlo de *sparring* de los nuestros — sugirió Vivas; la selección pedía a menudo a juveniles para entrenarse y enfrentarse contra los grandes, un modo de hacerles entrar en la dinámica de grupo.

Al poco le llegó a Hugo Tocalli el *consejo* de altos directivos de la Federación para que repasara bien ese material. Y que se hiciera algo al respecto.

Tocalli había convocado para el Mundial Sub-17 a un equipo de talento con algunos de los que luego fueron campeones mundiales Sub-20 (Biglia, Ustari, Garay). Echó una ojeada al compacto. «El vídeo era de apenas cinco o seis jugadas en canchas de césped sintético y se notaba que era un chico especial, con un cambio de ritmo tremendo y la pelota casi pegada a su cuerpo, y que pasaba de cero a cien metros en tres segundos. Me sorprendió la manera como arrancaba», recuerda Tocalli.

No haría falta llamar a Lio para hacer de *sparring* de la selección de Bielsa. Hugo telefoneó al preparador argentino José Pékerman, por aquel entonces director deportivo del Leganés en España, y le pidió un informe sobre Leo. «Un genio», fue la respuesta. Al mismo tiempo, el seleccionador Sub-17 se reunió con Julio Grondona, presidente de la AFA, al que ya le habían hablado del chaval. Decidieron organizar inmediatamente dos partidos

internacionales para que se pusiera la camiseta argentina y firmar la planilla oficial y enviarla a la FIFA, impidiendo así que se lo llevara España. Había que ponerse en contacto con los Messi con discreción.

—Vamos, muchachos, ubíqueno, o lo ubico yo, pero de alguna manera lo vamos a arreglar —dijo Grondona.

Un administrativo de la AFA, Souto, se puso a buscar el teléfono de Jorge Messi. Probó con diez números antes de conseguir el correcto.

—¿Es usted Jorge Messi, padre de Leo?

—Sí, así es.

Localizado. Tocalli habló con Lio y con su padre. Dieron el sí en segundos, no podía ser de otro modo... «Leo quiere jugar un Mundial con Argentina. Gracias por la llamada, nos han hecho muy felices». Hugo le explicó a Jorge Messi que no podía citarlo para el Sub-17 de 2003, que tenía el equipo hecho, pero que contaría con él para el Sub-20 de Holanda.

Leo lo escribió en un correo a un amigo fechado el 17 de noviembre de 2003: «Hola, Fabi. Bueno, te escribo porque te dije que cuando supiese algo de la selección te iba a avisar. Hace un par de horas llamó Tocalli a mi viejo, le pidió que me felicite por lo que había pasado y que me iban a llamar para las prácticas con los chicos de categoría 85 y 84. Para el Sudamericano que viene. Le dijo que vio muchos vídeos míos y que para el Mundial Sub-17 no me llamó porque me vio chico (dijo). Pero añadió que ahora me vio hace poco y que me vio bien. Bueno Fabi, te mando un beso grande. Chauuu».

En el Mundial de Finlandia, celebrado en agosto de 2003, Argentina perdió la semifinal con España, donde jugaba el

compañero de Lio en las categorías inferiores del Barcelona, Fàbregas, que marcó dos tantos en el 3-2 final. Las dos selecciones compartían hotel y tras el partido Tocalli preguntó a Cesc por el enano. «¿Leo? Un monstruo, extraordinario. Le quisieron traer a nuestra selección —le comentó el centrocampista catalán—. Si ese chico hubiera jugado hoy, ustedes nos goleaban y salían campeones. Nosotros queríamos que jugara para España, pero él dice que quiere estar con ustedes».

Claudio Vivas nunca le explicó nada a Leo de su pelea, del vídeo, de las dudas. No le pareció correcto. Messi, cree Vivas, hubiera jugado en la selección tarde o temprano. Igual se hubiera demorado un poco más, pero...

Nunca se le pegó la tonada española, nunca.

* * *

«Hola Fabi, ¿cómo estás? Bueno, te escribo para contarte todo lo que me preguntaste. La verdad que al principio estaba recontento, salía en el diario y me llamaban las radios. Pero ahora ya me rompió los huevos. No veo la hora de que pase todo y no se hable más de mí. Ja, ja, ja. Bueno, con respecto a lo del vestuario, te cuento que fue todo relindo y tengo un montón de cosas para contarte, pero me gustaría contártelas cuando esté ahí. Contarte cómo fue todo, paso a paso. Yo pienso que todo esto fue muy lindo, pero ya pasó, ahora estoy pensando en el partido del sábado, jugar bien y ganarlo. Eso me dijo mi viejo y Colomer».

Correo electrónico de Leo Messi tras su debut con el Barcelona en Oporto, fechado el 20 de noviembre de 2003.

Estaba siendo una temporada de objetivos cumplidos, incluso antes de tiempo. Debut en el amistoso en Portugal con el primer equipo del Barcelona tras cambiar de categoría en cinco ocasiones. Iba haciendo amigos en la Ciudad Condal, aunque pocos. Y llamada de la selección argentina para un par de partidos internacionales.

Leo, con diecisiete años, viajó a Buenos Aires una semana antes del amistoso contra Paraguay y fue presentado al grupo antes del primer entrenamiento

«Chicos, éste es Lio Messi, que ha venido de Barcelona», dijo Tocalli en el centro de un círculo, señalando a un niño con la cabeza torcida y hacia abajo.

Así lo recuerda Pablo Zabaleta: «Empezamos a calentar, hacemos unas posesiones, un partidito en campo pequeño y ahí se vio. Este tipo es diferente». En realidad, Leo les pintó la cara a todos. «En esa primera práctica nos dejó con la boca abierta. Con su cambio de ritmo, a los defensores nos dejaba clavados en el piso».

Leo era el único *extranjero* del grupo junto con Mauro Andrés Zanotti, que jugaba en el Ternara italiano. Y, como en aquella prueba organizada para *Charly* Rexach, sus compañeros tenían un par de años más que él. Además de Zabaleta, en aquella selección medio improvisada para hacerle vestir la zamarra argentina coincidió con Ezequiel Lavezzi, procedente del Estudiantes y recién fichado por el Génova, y Ezequiel Garay. Los jugadores no conocían las implicaciones reales de aquel partido.

«Cuando entró acá, al previo, entró caminando, siempre con la humildad que lo caracteriza. —Habla Gerardo Salorio, *el Profe*, ex preparador físico de la selección—. Y lo primero que le dije fue: “Si usted quiere jugar acá se tiene que sacar el aro y cortarse el pelo, maestro”. Me miró medio... no dijo nada». Salorio quería

poner las reglas desde el primer día, lo que él denomina una «bajada de línea dura-dura».

A Leo le molestó la susodicha «bajada de línea». «Me había ido de revoluciones. A veces pasa, que uno viene de la tensión de la mayor [la absoluta], baja acá y el chico es otra cosa. Lo miro, y le digo delante de todo el grupo: “Leo, te tengo que pedir disculpas delante de todo le mundo, me pasé con vos, me pasé de mambo. No lo tenía que haber hecho, vos no sabés las reglas, te pido disculpas delante de todos”. Y ahí como que me miró y se sonrió como diciendo: “Es humano, este tipo”. Y ése fue el primer encuentro que tuve con él. Es un tipo de muy poco hablar».

Llegó el 29 de junio de aquel 2004, el día del amistoso contra Paraguay. La noche era fría en el recién remozado estadio del Argentino Juniors, rebautizado Diego Maradona, el mismo escenario en el que el histórico diez había debutado en un encuentro contra Talleres en 1976. La entrada de aquel partido, poco atractivo para el aficionado, fue un diario. Sí, un rotativo para el Hospital Infantil Garrahan que recolectaba papel para recaudar fondos. Solamente unas trescientas personas estuvieron presentes en el estreno de Messi con la camiseta albiceleste. «Ahora resulta que todo el mundo estuvo ahí esa noche», cuenta Salorio.

Aquel encuentro fue la revancha de uno jugado, sin Messi, seis días antes y que había finalizado en empate a dos. Éste fue el equipo titular de Argentina: Nereo Champagne, Ricardo Villalba, Ezequiel Garay, Lautaro Fórmica, Pablo Zabaleta, René Lima, Juan Manuel Torres, Matías Abelairas, Pablo Barrientos, Pablo Vitti y Ezequiel Lavezzi. El director técnico, Hugo Tocalli.

Antes del encuentro empezó a lloviznar y ya en la primera parte los argentinos fueron una apisonadora: 4-0. Había que hacer debutar

al niño.

«Estaba a unos pocos metros y le digo: “Vamos” —recuerda Salorio—. Me miró así, sentadito, como diciendo: “¿A mí me toca?”. Y yo como: “¿Qué?, ¿no querés jugar?”. Calentó y empezó la segunda mitad».

Al descanso, Lavezzi y Abelairas se quedaron en el banquillo, y Franco Miranda y Leo, con el diecisiete a la espalda, salieron a la cancha.

«No lo pudieron parar», dice hoy Zabaleta. Leo dio dos asistencias de gol. En el minuto 80, con 6-0 en el marcador, recibió el balón desmarcado, al borde del círculo central, en campo contrario.

«Es una jugada extraordinaria de él, de las de ahora. Gambeteó, todo lo que salía lo gambeteaba. Y yo dije: “Acá tenemos un crack”», cuenta el Profe.

Messi se había ido por velocidad de dos, encaró al portero, lo engañó con un gesto de los brazos (amagando un regate pero continuando la carrera por el camino que marcaba la trayectoria del balón) y se quedó a puerta vacía. Su primer gol con Argentina. Al final, el resultado fue un contundente 8-0.

El partido se emitió por TyC, pero la cinta se perdió durante muchos años. Acaba de regresar al archivo de la televisión y de la Federación. El gol puede verse en www.youtube.com/watch?v=vyrEF6Gnjgs.

En aquel once jugó Ricardo Villalba, que acabó debutando con el River en Primera, pero que después de aquel primer partido no volvió a jugar en el equipo bonaerense. Lo intentó en la Segunda División (Rafaela, Defensa y Justicia) y luego más abajo (Defensores de Belgrano, de la B Metropolitana), para regresar a

Segunda (Aldosivi). René Lima, que procede de las categorías inferiores del River, se fue a Israel durante unos meses, saltó de equipo en equipo en la Primera y Segunda argentinas y se trasladó a Chile, donde juega con el Cobreloa. Franco Miranda pasó por Suecia y Escocia (St. Mirren) y juega ahora en el Sportivo Belgrano. Matías Abelairas, que fue sustituido por Leo, jugó en el Puebla de México tras pasar por el Vasco da Gama. Fue rechazado por el Glasgow Rangers tras no pasar una prueba. El camino a la cima está lleno de obstáculos, insuperables para muchos.

La selección viajó al estadio Suppici de Colonia (Uruguay) para un nuevo amistoso, esta vez con la selección local. Leo entró al inicio del segundo tiempo con empate a uno en el marcador reemplazando a Pablo Vitti. Marcó dos tantos (minutos 47 y 56) y participó en el cuarto, como explica Salorio: «El arquero sale jugando con el tres. Y Leo estaba como a diez metros, ¡que va a llegar un tipo normal! Leo llegó. Lo gambeteó a él, gambeteó al arquero y le quedó un espacio chiquitito entre el palo y la línea, tic, se lo tocó atrás para que Lavezzi venga y la empuje. Y dije: “Noooo, acá estamos ante un tipo...”».

El 1-4 final reflejó la diferencia entre los dos equipos. «El pibe Messi es cosa seria», tituló su crónica el diario deportivo *Olé*. «Cuando regresábamos en el Buquebus a Argentina le dije a Leo que en diciembre lo traeríamos a practicar con nosotros, que deseábamos llevarlo al Sudamericano de Colombia en 2005», dice Tocalli.

Aquel verano frío y tras los amistosos, Leo se fue a Rosario a pasar el resto de las vacaciones. Paseó por sus calles sin ser reconocido. Por última vez.

El Campeonato Sudamericano Sub-20 de Colombia, que se celebró del 13 de enero al 6 de febrero de 2005, llevaba a los cuatro primeros al Mundial de Holanda el siguiente verano y Messi fue incluido en la escuadra final. Llegó en diciembre para unirse al grupo con permiso del Barcelona, pese a que ya había realizado su estreno con el primer equipo dos meses antes en un partido contra el Espanyol. Zabaleta era el capitán de aquella selección, dos años mayor que él, y pronto ejerció como tal con el recién llegado: «Me senté con él alguna vez para decirle cosas en plan: lo que necesites, estamos contigo, cómo te va la vida en Barcelona. Y todo eran respuestas cortas, era el nene del grupo».

Pancho Ferraro, el entrenador del Gimnasia de Jujuy, se hizo cargo de los Sub-20 a partir de enero tras responder a la llamada de José Pékerman, nuevo seleccionador absoluto. En enero viajó a Colombia, donde compartió banquillo con Tocalli, que continuaba siendo el director técnico antes de convertirse en asistente de Pékerman con los mayores. «Ahí conocí a Messi —señala Ferraro—. En los dos primeros partidos del Sudamericano, contra Venezuela y Bolivia, estuvo en el banco. El equipo estaba jugando mal en los primeros tiempos, pero en los segundos cambiaba porque entraba Leo».

La Pulga no está al nivel físico del resto, le indican; pero entra en el minuto 60 contra Venezuela y marca el 2-0 (3-0 fue el resultado final). Le dan el premio al mejor jugador del partido. «Pero si yo no agarré una pelota», se le oyó a Leo; él hubiera votado a Garay.

Contra Bolivia, entra en el descanso por Barrientos. A los cinco minutos de la segunda parte, realiza una carrera desde el centro del

campo, se va de todos y remata cruzado. A los 13 marca de nuevo el 3-0 final.

Fue titular en el siguiente encuentro contra Perú, pero se trató de una excepción: solamente jugó desde el inicio tres de los nueve partidos. «Le faltaba intensidad, los partidos eran exigentes, algunos estadios tenían cierta altura y notamos que se ahogaba un poco», recuerda Tocalli.

«Saliendo en la segunda mitad armaba un desastre», apunta Ferrero. Así que, como rendía menos de titular, Hugo y Pancho sopesaron la posibilidad de devolverlo al banquillo.

—Pancho, tendríamos que hablar con Leo.

—¿Sobre qué? —Ferrero y Tocalli hablaban mientras tomaban mate, como de costumbre, al lado de un pizarrón, moviendo fichas.

—Habría que hablar porque no lo veo tan bien como al principio. ¿Y si volvemos a hacer lo de antes, que vaya al banco y lo hacemos jugar en el segundo tiempo?

—Está bien, Hugo, puede ser. ¿Vamos a hablar con él?

«Y fuimos a buscarlo. Dormía con Lavezzi —recuerda Pancho Ferrero—. En la habitación, Hugo se lo dijo y a Messi le pareció bien. No se puso mal. Al contrario. “Pensé en decirles lo mismo”, nos comentó. A veces uno se pregunta cómo lo puede tomar esa clase de jugador. Y depende de cómo le hablás. Depende de cómo lo sentás para hablar, de cómo lo mirás a los ojos, de las palabras que le decís. Leo entendió».

La competición avanzaba, Argentina había ganado cuatro encuentros y empatado otros cuatro. Debía jugar el último partido contra Brasil el 6 de febrero. Una victoria garantizaba quedar terceros y clasificarse para el Mundial de Holanda. Leo salió por Neri Cardoso en el minuto 65 con empate a uno. Barrientos

consiguió centrar un balón que remató Leo para el 2-1, el gol de la victoria, el primero que marcó contra Brasil, que pese a la derrota acabó primera del Sudamericano. Colombia, con el máximo goleador del torneo Hugo Rodallega, fue segunda y, por detrás, Argentina.

Leo confirmó que estaba al nivel futbolístico que sospechaba estar. Nunca dudó, pero su impacto en la competición le hizo querer más. Eso sí: sentía que el cuerpo le seguía poniendo límites, así que escuchó el consejo de Tocalli: «Trabaja con un entrenador personal, como ya tiene Ronaldinho».

Así lo hizo de vuelta en Barcelona, a veces en sesiones dobles. Tres meses después de convertirse en el agitador de partidos en la Sub-20 en el torneo Sudamericano, Leo marcó su primer gol con el Barcelona en uno de los nueve partidos que jugó esa temporada con el primer equipo.

* * *

Antes de volar a los Países Bajos para el Mundial de Holanda, Leo se pasó por Rosario y volvió a la cancha del Newell's cinco años después de su última visita. La gente lo saludó, lo conocían, no todos, pero sí algunos de los que estaban en la puerta, que pasaban la información al resto: «Éste es el pibe que se tuvo que ir, el del Barcelona». Le preguntaron por su nueva ciudad, por cómo le iba, por la selección.

El Mundial Sub-20 había atraído la atención del aficionado argentino. La selección venía de tener buenas actuaciones en esa categoría tras vencer tres de las cinco competiciones anteriores; era

una potencia. Se iba a Holanda a traerse el título. En realidad es una competición con una tradición interesante y larga, la más importante que juegan las inferiores nacionales y vivero de caras nuevas. La predicción es difícil y un suplente en el primer encuentro puede convertirse en titular poco después y acabar como mejor jugador del torneo, a menudo la mejor plataforma para grandes carreras.

A la cita con el balón y las expectativas nunca falta una estrella en ciernes. Con dieciocho años, Maradona lideró en Japón a Argentina para su primer título Mundial Sub-20. En el celebrado en Chile en 1987, Yugoslavia presumió de sus Robert Prosinecki, Zvonimir Boban o Davor Suker. Portugal, que fue campeona en 1991, tuvo una generación dorada con Luís Figo, João Pinto y Rui Costa. En 1997 Francia preparó al mundo para su desembarco con David Trezeguet y Thierry Henry, aunque ganó la Argentina de Pablo Aimar. En 1999, la España de Xavi Hernández e Iker Casillas obtuvo el título: fue el principio de lo que vendría después. En 2001 venció Argentina (con Javier Saviola de estrella) y Dani Alves se enfrentó a Andrés Iniesta en la final de 2003.

En Holanda se celebraba, entre el 10 de junio y el 2 de julio, la decimoquinta edición. España llevó a Fernando Llorente, Cesc, Albiol, José Enrique; Colombia, a Falcao. Brasil tenía a Rafinha (Bayern) y a muchos jugadores que continuaron carrera en su liga doméstica.

A Leo le dieron unos días más de vacaciones porque era el único que venía de Europa, pero prefirió juntarse con el grupo desde el primer día. El detalle puede parecer pequeño pero fue bien recibido por los compañeros: el «aquí somos todos iguales» es la mejor tarjeta de presentación.

Cuando Tocalli, Ferraro y Zabaleta volvieron a ver a Leo en la

concentración de la selección previa al viaje a Holanda, descubrieron a un nuevo Messi comparado con el de cuatro meses antes. «Notamos una gran evolución en esos meses», recuerda Pancho Ferraro, que sería el encargado único de la Sub-20. «Encontramos a un Leo mejor físicamente —recalca Hugo Tocalli, convertido ya en ayudante de campo de la selección absoluta de José Pékerman—. Llegó más armado. Era otro chico aguantando. No nos olvidemos de que estaba en el Barcelona y que venía con el trabajo que hacía allí en lo físico, en lo táctico y en lo técnico».

Había dado un nuevo salto, esta vez físico. A punto de cumplir los dieciocho años, medía ya 1,69 y pesaba 64 kilos.

Ésta fue la escuadra argentina que lo acompañó: como porteros, Óscar Ustari, Nicolás Navarro y Nereo Champagne; defensores: Lautaro Formica, Gustavo Cabral, Julio Barroso, Ezequiel Garay y David Abraham; mediocampistas: Juan Manuel Torres, Gabriel Paletta, Lucas Biglia, Pablo Zabaleta, Patricio Pérez, Emiliano Armenteros, Rodrigo Archubi, Fernando Gago y Neri Cardozo; y como delanteros: Sergio Agüero, Gustavo Oberman, Pablo Vitti y Lionel Messi.

«A mí me gusta mucho mirar fútbol europeo, y de hecho estuve siguiendo muchos partidos esos días —recuerda el delantero Oberman—. Leo había debutado en el primer equipo del Barcelona, pero no participaba tanto. Lo habíamos visto también en el Sudamericano, aunque había tenido muchos problemas físicos en esa época, pero la verdad es que, en los partidos en que entraba, despertaba admiración en todos: compañeros, prensa... Todos decían: ¿será éste el sucesor de Diego? Porque hasta ese momento siempre se esperó al sucesor de Maradona, alguien que llegara para luchar con él por esa corona. Eso hablábamos entre nosotros».

Los cuarenta días de preparación los planificó *el Profe* Salorio. Les llevó libros y películas, inventó juegos didácticos y buscó sorprenderlos todos los días para tenerles motivados. Pero Salorio sabía que las primeras horas eran cruciales; es cuando las piezas empiezan a encajar con naturalidad, cuando las personalidades se estudian, se reconocen, se escogen.

Sergio Agüero, *el Kun*, de la edad de Leo y procedente del Independiente, no era mucho de ver la televisión, de seguir ligas que no fueran la argentina o de estar metido en Internet. No había prestado mucha atención cuando se habló de Leo como la gran promesa del Barcelona. Durante la primera mañana, el grupo estaba sentado en la mesa comiendo el almuerzo. Messi, a la derecha de Agüero, y a la izquierda de éste, Formica. Garay frente a ellos. Se pusieron a hablar de botas de fútbol y Leo comentó que en Estados Unidos habían salido unas nuevas y cosas así. Kun lo miraba. Y lo volvía a mirar. Se preguntaba a sí mismo: «¿Y éste quién es? Habrá que saberlo, ¿no?».

«¿Cómo te llamas? ¡A Leo le dije! —cuenta ahora Agüero—. ¡Y Leo se acuerda, eh! Y se caga de risa. Entonces me miró y me respondió “Leonel”. ¡Ah!, le dije, igual que yo casi [el nombre completo del Kun es Sergio Leonel Agüero]. ¿Y tu apellido?”. “Messi”, me contestó. Y entonces, claro, yo me quedé como diciendo “bien” y Formica me suelta: “¿Qué? ¿Que no sabes quién es?”. Después yo ahí empecé a pensar que había oído noticias sobre un jugador del Barcelona y pensé: “¡Ah! ¡Es éste!”».

«Claro, eso fue comiendo —pursigue Agüero, riendo—. Luego, cuando entrenamos me dije “éste vuela”. Y después, de ahí él se cagó de risa conmigo, ahí pegamos buena onda y después nos pusieron juntos para compartir la habitación».

Sí, iban a dormir juntos. «Monté la pequeña sociedad, Kun-Messi —explica *el Profe* Salorio—. ¿Por qué? Por dos cosas: eran los más chicos, jugaban a la PlayStation a la perfección y me dije que yo podía armar a futuro una dupla para el fútbol argentino».

Marcelo Roffé, el psicólogo de la selección juvenil, estuvo de acuerdo con la decisión del Profe porque Messi y Agüero, quien no estuvo en el Sudamericano, se iban a encontrar con situaciones similares. ¿Un psicólogo? José Pékerman cree en la necesidad de alguien que se acerque a los chicos y que consiga poner en palabras lo que ellos sienten en una edad en que todo es bastante confuso. «Después, unos tienen que mejorar la concentración, la forma de llevar la presión, la toma de decisiones, la ansiedad previa al partido —cuenta Roffé—. Siempre está el prejuicio. Pero ellos se dan cuenta de que les puedo ser útil y, de hecho, les soy útil».

Leo y el Kun se convirtieron en los «nenes» de todos, los más chiquitos. Y, en ocasiones, con ese físico escaso y esas miradas de no haber roto un plato pese a sus diecisiete años, fuera del terreno de juego parecían incluso más niños de lo que eran. «Me acuerdo de que la primera noche escuchamos ruidos raros, eran las cuatro y media de la mañana, yo estaba medio dormido, y suena el teléfono —narra el Profe—. Yo dije que no quería que les pasaran llamadas de prensa, quería que todo se filtrara por mí. Agarro el teléfono y era el Kun: “Tengo miedo, hace ruido...”. Y yo: “¡Dormí, hinchapelotas, que no pasa nada!”. Claro, era un bebé, escuchaba ruidos y sentía miedo».

Oberman, que no se consideraba titular, es otro de esos futbolistas reservados a los que les cuesta abrirse con gente que no conoce, situación típica de los primeros días de cualquier concentración. «Creo que Leo es igual —dice el delantero, hoy en

Quilmes—. Yo era nuevo y me era difícil enfrentarlo o preguntarle por su vida, porque no lo conocía; pero después, en el día a día, ves que es un chico muy normal, que no se hace notar mucho, que no levanta mucho la voz, que no carga, que no se mete con todo el mundo o que no hace burla. Un chico muy normal manejando algo que para cualquiera de nosotros, para cualquier persona, sería difícil de manejar, porque estar jugando en el mejor equipo del mundo y venirte a jugar en una categoría Sub-20 no es para cualquiera, no es fácil bajar de nivel».

Leo quería ganar cosas con Argentina. Ahora que había entrado en la dinámica de la selección, no iba a dejar que nadie le sacara de ahí. Sentía que, después del regalo adelantado del Sudamericano, estaba donde debía estar, pertenecía a ese nivel. Así que, cuanto antes pudiera ayudar, mejor.

Llegó el primer encuentro, contra Estados Unidos. Con el grupo ya en el vestuario del estadio Arke, Pancho Ferraro, que había puesto fichas con números en la pizarra, empezó a cantar los nombres: «El uno es Ustari, el dos es Cabral, el tres... y los delanteros, Vitti y Oberman».

Messi se quedó en el banquillo.

* * *

Fase de grupos

Argentina contra Estados Unidos

11 de junio de 2005

Estadio Arke, Enschede

Asistencia: 10 500 espectadores

Árbitro: Terje Hauge (Noruega)

Tres días antes del inicio del campeonato, el mediapunta José Sosa, que iba a ser titular al lado de Vitti, conducía el balón, resbaló y cayó con el brazo bajo el cuerpo. Cinco minutos después y con el grupo afectado por la reacción alarmada del futbolista, Ferraro decidió cancelar la práctica. Caminando hacia el vestuario, se le acercó el médico, Daniel Martínez: «Pancho, ojo con Lio, que tiene una fatiga en el posterior, pero no es mucho».

Poco después se confirmó la sospecha: fractura de muñeca de Sosa. Patricio Pérez, del Vélez, fue su sustituto en la plantilla. La prensa creía que Leo iba a ser el reemplazo de Sosa en la media punta. Pese a su joven edad, escribían que Messi era, con Zabaleta, Gago y Biglia, una de las principales figuras del elenco.

«Juega Messi con Vitti, pensé —dice Oberman—. Yo no estaba participando mucho de las secciones juveniles, sólo en tres amistosos. Había tenido un buen campeonato en Primera División; me imaginé que me iban a incluir en la lista de 21 y, una vez confirmado, ya estaba contento; no creí que fuera titular. Después, cuando fuimos al Mundial y vi los compañeros que tenía, pensé que lo de titular iba a estar muy caro».

«Lo pensé —cuenta Pancho— y dije: “Leo va al banco y, si lo necesito, lo pongo en el segundo tiempo”. Como en el Sudamericano. Vitti era una de las figuras del Rosario Central y se rumoreaba que podía estar a punto de fichar por el Atlético de Madrid. Era el delantero titular, y Oberman, Messi y Agüero debían pelear, a ojos del seleccionador, la otra plaza arriba. Vitti acabó jugando sólo tres encuentros durante aquel Mundial, pasó un año más en Central, voló a Banfield, donde no destacó, al igual que en un

grande como Independiente. Fue a Ucrania, Canadá y desembarcó finalmente en el fútbol peruano, donde fue campeón con el Universidad de San Martín. Fue traspasado al Universidad de Deportes de la misma liga. A los dieciocho, diecinueve años, los márgenes son muy estrechos y sólo el tiempo dicta sentencia.

»A mí me dio un poco de cosa cuando Pancho recitó los nombres de los titulares», recuerda Oberman. De hecho, todos se intercambiaron miradas «de esa forma que decían más que mil palabras», añade Zabaleta. Pareció raro que no jugara el que muchos ya consideraban el mejor. Leo no decía nada, miraba al suelo. De camino al campo, su ausencia era lo más comentado. «Tuvo problemas en el Sudamericano», decían algunos. «Igual Pancho tuvo miedo de exigirlo», apuntaban otros. Leo se sentó serio en el banquillo. No le habló nadie.

«Me vino bárbaro, porque ese partido lo jugué, jugué bien, y después hicieron el cambio, jugamos bien juntos y..., o sea, ¡yo quedé!», Oberman lo cuenta todavía con sorpresa.

Para su primer partido, Argentina alineó a Óscar Ustari, Julio Barroso, Gustavo Cabral, Gabriel Paletta, Lautaro Formica, Pablo Zabaleta, Lucas Biglia, Fernando Gago, Emiliano Armenteros, Pablo Vitti y Gustavo Oberman.

A Pancho ni se le ocurrió mirar al banquillo durante la primera parte en busca de un desquite de Leo: «Estaba metido en el partido». Ferraro necesitaba más velocidad y desborde arriba, porque el equipo norteamericano se defendía muy atrás. Seis minutos antes del descanso, marcó Chad Barret para adelantarlos. Pancho avisó a Leo que calentara porque iba a entrar por Armenteros, pero el cambio no dio frutos. Derrota argentina por 1-0.

Leo volvió al vestuario con la cara muy tensa.

Argentina contra Egipto

14 de junio de 2005

Estadio Arke, Enschede

Asistencia: 8500 espectadores

Árbitro: Massimo Busacca (Suiza)

Cuenta Marcelo Sottile en *El distinto*, libro publicado en octubre de 2013 por el diario *Olé*, que Zabaleta le dijo a Leo: «Quedate tranquilo que todos queremos que vos seas titular. Te digo más, hasta el que tiene que salir para dejarte su lugar. Quedate tranquilo que vas a jugar».

Al final del partido contra Estados Unidos se produjo una reunión entre los líderes del vestuario (Biglia, Zabaleta...). La decisión estaba tomada antes de la discusión: Leo tenía que jugar, era el mejor. Aunque no lo hubiera reflejado el marcador, había salido media parte en el partido inaugural y marcó las diferencias con su velocidad y atrevimiento. Media docena de veces cogió el balón en una posición de centrocampista y tiró hacia arriba. Messi los hacía mejores y eso valía la pena lucharlo internamente.

Se pidió una reunión con Pancho y fue Zabaleta quien le comunicó lo que los futbolistas habían discutido. Sottile cree que la presión fue incluso más allá: «Más tajante fue Julio Grondona pensando en el segundo partido: ponía a Messi o dejaba de ser el director técnico». No hacía falta discutir mucho: la necesidad de contar con Leo era una sensación que el entrenador compartía.

«Cuando se forma un equipo, al mejor jugador siempre se lo protege, porque al final es una protección para uno mismo —

reconoce Oberman—. Si alguien me da soluciones, lo tengo que ayudar, hay que cuidarlo, hay que darle la pelota, hay que hacerlo sentir cómodo. Eso pasa en todos los equipos del mundo».

Ferraro introdujo cambios ante Egipto. «Ya Messi de titular, puse como volante a Neri Cardozo, el de Boca. A la defensa nunca la toqué. Los cuatro de atrás —salvo en la final, en la que salió Cabral por culpa de dos amarillas, y entró Garay— siempre fueron los mismos. Eran Ustari, Barroso, Cabral, Paletta y Formica. Después ponía a Zabaleta, Gago, *el Chaco* (Juan Manuel) Torres y más adelante jugaban Neri, o Archubi, o Armenteros, que eran tres carrileros». Al lado de Messi, el escogido fue Oberman. Vitti, al banquillo. Al *Kun* Agüero aquel Mundial le llegó demasiado pronto.

Ante Egipto, el grupo empezó a descubrir el carácter competitivo de Leo. «En la Sub-20 demostró tener personalidad —analiza Oberman—. Contra Egipto le dieron una patada que yo no sé si me hubiera levantado. Y él se levantaba, y seguía, y no le protestaba al árbitro, quizá protestaba más yo, que soy más así. Estas cosas salen de uno. Ya me encargaba yo de protestar. Nosotros, con que tuviera la pelota e hiciera lo que sabe hacer, ya estábamos contentos».

Messi marcó en el 47; Zabaleta, en el 91. Argentina venció a Egipto, 2-0.

* * *

La derrota en el primer encuentro hizo que la selección se jugara la clasificación contra el otro rival que la quería, Alemania. Argentina necesitaba una victoria, un empate clasificaba a los germanos.

Argentina contra Alemania

18 de junio de 2005

Estadio Univé, Emmen

Asistencia: 8800 espectadores

Árbitro: Benito Archundia (México)

Leo jugaba de mediapunta en un 4-4-2, aunque a menudo se le encontraba en banda. Mandaba su intuición, vamos. «A Messi no le puedes decir “quedate acá”, porque no sirve. Y eres tú quien se acomoda y aprovecha los espacios que deja Leo», cuenta Gustavo Oberman. Ferraro fue entendiendo que se debían crear las condiciones necesarias para que Leo pudiera aprovechar sus características, y para que el resto se aprovechara, como admite su compañero de ataque: «A mí me decían que tirara diagonales para ayudar a Messi, para que él me encontrara o para abrirle el camino». El equipo empezó a apoyarse en Leo y le fue cediendo responsabilidades.

«Messi era uno más dentro del plantel pero, a medida que iban pasando los partidos, mejoraba —asiente Ferraro—. Yo conocía sus características, había visto los vídeos del Barcelona, y le decía al resto: “Tenemos que estar muy atentos. A veces te dará el balón, a veces no. Atentos por si quiere una pared o amaga y sigue. Aprovechad los espacios que os crea”. Lo utilizaba en aquellos momentos un poco a la derecha y un poco a la izquierda, con Oberman. Y pedía a los chicos que estuvieran despiertos: si apretábamos en tres cuartos de cancha y había espacios, vulnerábamos a cualquier equipo porque teníamos mucha velocidad, tanto de los delanteros como de los volantes que también marcaban

goles: Zabaleta, Barroso...». Leo aceptó las condiciones de su liderazgo: sería la primera línea de presión.

Se inicia el encuentro. Justo antes del descanso, Messi arranca desde el centro del campo, se deshace de sus rivales y da un pase preciso al centro del área. Oberman deja pasar el balón y Cardozo marca el 1-0. Era el minuto 43.

Ya en la segunda parte, el *Chaco* Torres recibe una tarjeta amarilla. Entra Agüero por Oberman. Torres lleva el balón, cae y lo abraza con la mano. Segunda amarilla, expulsión. Quedan diez minutos. Hay que tomar una decisión. Lo cuenta Pancho Ferraro.

«[El asistente Miguel Ángel] Tojo me dice: “¿A quién te traigo?”. Le indico que a Biglia, que estaba calentando, y viene. Me pregunta a quién saco, le digo: “A Messi”. Messi estaba a cuarenta metros. Viene por el cambio, pasa delante de mí, yo siempre daba un toque en la cola, y se sienta. Ganamos 1-0. Cuando salimos del estadio, como siempre, nos dieron el vídeo del partido. Si teníamos tiempo, antes de cenar, nos sentábamos con Tojo en un salón y lo mirábamos. Ahí veo, cuando yo hago el cambio de Messi, un gesto que me pasó de largo durante el partido pero que la cámara encontró. Le digo a Tojo “pará, pará, Miguel, pasalo de vuelta” y lo pasa. Le conté que yo no había visto eso, un gesto extraño de Leo».

Messi le había puesto a Ferraro «cara de culo», como lo describe uno de sus compañeros. Leo no se había ganado el espacio en el equipo y en la jerarquía con gestos, pero le costaba esconder sus sentimientos cuando las cosas no salían como deseaba. «Llevaba mucha bronca», reconoció posteriormente la Pulga.

«Es que no quería que lo cambiaran nunca —reconoce Salorio—. Leo es un tipo que no quiere salir ni en un partido de bolita. Tuvimos una charla, fui a verlo y creo que le dije: “Vos le estás

faltando el respeto no sólo al técnico, le estás faltando el respeto al que entra, porque el que entra quiere jugar, y lo hace sin que lo pida, sino que lo ponen”».

Continúa Ferraro:

«Vemos el partido, vamos a cenar y, cuando terminamos, se levanta el plantel y veo que se levanta *el Profe* [Gerardo] Salorio y me dice: “Pancho, Leo te quiere hablar”. Le dije: “Bueno, decile que me espere que ahora voy y charlamos”.

»—Hola, Leo.

»—Hola, Pancho. Quería hablar con vos.

»—Bueno, ¿qué te pasa?

»—Hoy estuve mal.

»—¿Por qué? —yo, haciéndome que no..., pero sabía.

»—Nooo, le puse cara fea y estuve mal. Es que yo, Pancho, quiero jugar.

»—Bueno, está bien. No pasó nada, ¿eh? Pero no se lo hagás ni a Rijkaard, ni a Pancho, ni a ningún técnico. ¿Querés jugar de cinco vos, de volante? Tenía que sacar a uno y recién acababa de entrar *el Kun* Agüero y no lo iba a sacar. Entonces, no lo hice de capricho. Necesitaba hacer entrar a Biglia, que es cinco, volante tapón, pero quedate tranquilo que no pasó nada.

»—Está bien —y Leo se fue a la habitación que compartía con el Kun».

* * *

Argentina se había clasificado para la siguiente ronda, aunque como segunda de grupo. En todo caso, el pase liberó al equipo. Leo

pasaba las horas con el Kun jugando a la Play (escogiendo al Barcelona o a Argentina). «Con Agüero nos cargábamos en todos los partidos de la Play. El que perdía, unos mosqueos... Una vez nos peleamos de verdad. Y al final nos tuvimos que decir: “Juguemos, ¡pero sin cargarnos!”», recordó recientemente Leo Messi para Mundo Leo.

«Son diferentes, Leo es introvertido y el Kun, extrovertido. Pero en su diálogo son parecidos, tienen un buen complemento —señala Salorio—. Y Leo espera a ver qué hace el Kun, le hace gracia. Y al Kun le hace gracia hacerle gracia». Agüero cumplía la función de alegrar su pequeño mundo. «Sí, Leo caminaba por la concentración buscando momentos que..., que le dieran alegría».

«Se sentía cómodo con *el Kun* Agüero, fue un acierto haberlo puesto en la misma habitación —reconoce Ferraro—. Leo jugaba con los chicos, se reía, siempre riéndose. Era más jocoso el Kun que él, pero Leo se reía siempre de lo que hacían los demás, en especial de lo que hacía el Kun».

Salorio estaba también en el cuerpo técnico para poner límites a los futbolistas. Tras el desencuentro del primer cruce de palabras con Messi en el torneo Sudamericano, el Profe insistía, con un punto más de delicadeza, en lo que se podía y debía hacer y lo que no. Un día pilló al Kun y a Leo con unas patatas fritas.

«Yo dormía en la habitación con el Kun y teníamos hora —contó Leo a Martín Souto para la cadena TyC Sports en una magnífica entrevista en la que Messi pareció olvidar que había cámaras—. El que no era puntual, tenía multa. Abajo en el hotel había una máquina que vendía golosinas. De todo: chicles, caramelos, papas. Teníamos prohibido bajar a comprar esas cosas y a las nueve cada uno tenía que estar en su pieza. Abajo estaba también la computadora, que era

la única que había; entonces solíamos bajar para usarla un rato antes de la hora. Bajamos y el Kun dijo “vamos a comprar de la máquina”, y nos escondimos las cosas debajo de la camiseta. Eran las nueve y tres minutos, se abre la puerta del ascensor, y era el Profe... y el Kun tratando de que no se le cayeran las papas...

»—¿Están ricas? —preguntó Salorio.

»—Sí.

»—Bueno, vamos a hacer una cosa. Termínenlas de saborear porque es feo sacar la comida y tirarla, pero son las últimas que comen, ¿eh? Dale, disfrútenlas».

Salorio descomprimió así la situación. «En otra oportunidad a otros jugadores les llegaban bolsones de chocolates y los incauté. Ganamos un partido y les dije: “Bueno, hoy comemos chocolate”. Y les daba una barra a cada uno de los integrantes del grupo. Yo me los cargaba en una bolsa y durante toda la gira iba con un bolsón, y hasta el día del último partido seguimos comiendo chocolate, turrón, galletitas...».

Leo creó su pequeño y manejable mundo dentro del grupo: además de buscar al Kun para las risas y la Play, escuchaba cumbia y, como siempre le impresionaron los grupos grandes, a Ustari para tener compañía el resto del tiempo. Y eso era mucho tiempo: en las comidas, al entrar y salir de los entrenos, en los paseos. Los compañeros empezaron a bromear con «la parejita». «Oskey, dicen que somos novios. ¿Te carga? ¿Te carga, dime? —le preguntaba Leo a Ustari—. Porque, si te carga, voy y les digo algo, ¡eh!».

No siempre era tan valiente, como cuenta el portero. «Me hacía ir a hablar con el Profe para que lo dejara estar un rato más en nuestra habitación. Y yo le decía: “¿Por qué no vas vos?”. Y él: “No, porque a vos te escucha, y...”». Era un nene, un nene. Nosotros

juntábamos las camas en mi habitación, para que Messi durmiera en el medio. Era así».

El grupo apenas salió a la calle. En los cuarenta días que estuvieron juntos, únicamente se distrajeron con una visita a un zoológico, una hora y media de paseo. Y casi al final del torneo, a un centro comercial a comprar regalos para la familia. Así que Salorio debía buscar charlas para motivarlos, juegos para tenerlos entretenidos.

Y decidió, como había hecho en otras ocasiones, armar un gobierno. Con sus correspondientes ministerios. Los veintiún jugadores se repartían en seis departamentos: el de la limpieza, el orden y la pulcritud; el económico; el ministerio de la compra de regalos de los cumpleaños; el ministerio de multas; el de pedidos especiales; el de los espectáculos, que ponía una película cada día a las siete de la tarde y repartía libros... Salorio les pedía que eligieran los cargos en cada grupo. Casi siempre ocurría lo mismo: los chicos escogían a los de más personalidad para poder pelear cosas con el Profe, y a los de menos peso los ponían en los departamentos que tenían menos trascendencia. El grupo, así, se iba ubicando de manera natural. Los más duros eran los que imponían las leyes y los castigos. Y eran multas severas. Con parte del dinero recaudado (llegaron a ser seiscientos o setecientos dólares) se compraron regalos para los cumpleaños que se celebraban aquel mes. Con el resto, se adquirió un ordenador para un premio final. Y por las noches, a las diez o las once, se jugaba a lo que fuera, en grupos o individualmente. Así el grupo permanecía ocupado durante horas. Y se iba armando. «A los dardos me daba cuenta de quién podía ejecutar el quinto penal», reconoce Salorio. «Si venía uno y hacía trescientos puntos, dale el quinto penal, entrenador».

«Un fenómeno, el Profe —le explicó Leo a Martín Souto—. La verdad es que nos cagaba a pedos pero eran formadores, sabían lo que hacían, y me río porque más de una cagada a pedos me comí».

A Leo no le tocó participar en una comisión importante, y ésa es quizá la prueba más apreciable de su ascendencia inicial en el grupo: era un futbolista relevante, pero, fuera del campo, pequeñito en más de un sentido. «No tomaba mate —recuerda Salorio—. Después se acostumbró, pero en ese momento no tomaba mate, no participaba. En la cancha era un asesino, en el juego fuera del campo, no».

Ciertamente, al cruzar la línea de banda, al entrar en el campo de juego, Leo se volvía un tipo competitivo, sin amigos. «En un entreno hicimos un partido corto —recuerda el guardameta—. Hay una pelota a un metro y medio, y la pateo ¡para arrancarme la cabeza! Y me pega... y le digo: “¿Qué hacés?””, y me miraba así, como..., parecía el asesino del arco, transformado. Un día estábamos haciendo cosas a pelota parada, estábamos riendo, y de golpe empezó el partido y ya... Era otro de nuevo. Y eso que era una práctica».

Ustari consiguió encontrar un punto débil, la manera de cargarle, de compensar los goles que le marcaba (el portero tiene pocas maneras de picar a un delantero, siempre acaba perdiendo los retos de fútbol). «Tú no anotás goles de tiro libre», le dijo. Era verdad. De hecho, ya más serio, Ustari se lo recordó de nuevo. «No anotás porque no querés, porque si te ponés a practicar...». Y se puso.

Y empezó a marcar goles de falta en los entrenamientos.

Al pasar como segunda de grupo, a Argentina le tocó la parte más complicada del cuadro, los rivales más fuertes. El siguiente, la Colombia de Radamel Falcao, Freddy Guarín y Hugo Rodallega.

Argentina contra Colombia

22 de junio de 2005

Estadio Univé, Emmen

Asistencia: 8400 espectadores

Árbitro: Claus Bo Larsen (Dinamarca)

Salorio, en la previa del encuentro, decidió «trabajar la maldad». Buscó un enemigo y lo encontró en el técnico rival. Estaba un grupo de jugadores y técnicos argentinos tomando mate cuando vieron bajar por la escalera del mismo hotel a Eduardo Lara, el seleccionador colombiano. «Bajó, con gesto de típico porteño aunque no lo fuera, bajó con el saquito así, agarradito, y les digo: “Miren muchachos, ya nos está cargando, ya nos ganó éste” —cuenta Salorio con media sonrisa—. ¡Mentira! ¡El pobre tipo iba con el coso igual que bajábamos nosotros! Y ellos se engranaban y decían: “Sí, tiene razón, ¡es un hijo de puta!”».

Esa noche el Profe hizo otro de sus juegos: había que pegarle a una pelota de plástico y dirigirla a un arco chico a veinte metros de distancia con el pie cambiado. Durante el encuentro de octavos de final, a los seis minutos del gol de Colombia (Otálvaro, 52), Messi hizo una pared con Cardozo, que se la devolvió con Leo ya dentro del área. El ángulo se le hizo cada vez más pequeño y la Pulga decidió disparar. «El tipo se acordó del juego —cuenta hoy el Profe—. Viene cerrando como diez y piensa: “Si yo anoche le pegué bien, ¿por qué no lo puedo hacer ahora?”. La clavó en un ángulo». Y salió

corriendo a celebrarlo con el regocijo de los primeros goles. Barroso marcó en el tiempo de descuento y Argentina se plantó en los cuartos de final.

Ése fue el primer partido completo de Leo con la selección argentina, y dejó de discutírsele. «Hay jugadores que son rápidos y otros que son técnicos —analiza Oberman—. Riquelme es un jugador técnico. Navas, en España, es rápido, pero sin el control de Messi. Riquelme tiene un control bárbaro, pero no tiene la velocidad de Messi. Messi tiene las dos cosas. Y eso es muy difícil de conseguir».

* * *

Argentina contra España

25 de junio de 2005

Estadio Arke, Enschede

Asistencia: 11 200 espectadores

Árbitro: Benito Archundia (México)

En la siguiente eliminatoria, Argentina debía enfrentarse al campeón de Europa, el gran favorito, que contaba con David Silva, Fernando Llorente, José Enrique, Alexis y Cesc Fàbregas, quien se reencontró con Leo después de dos temporadas en el Arsenal londinense. La noche anterior, Messi se juntó con Cesc en el hotel de concentración para ponerse al día. La última vez que se vieron estaban en el Cadete B del Barcelona y ambos habían debutado ya con sus respectivos primeros equipos. Leo no se acordó de decirle a Cesc que aquel día era su cumpleaños, pero un compañero argentino le delató: «Leo, ¡felicidades, pibe! Me han dicho que hoy cumples».

«¡Y se me pelean la noche anterior los dos delanteros! — recuerda *el Profe Salorio*—. Yo di una charla de motivación, pasé una película, y en una boludez se me pelea Messi con Oberman. Quilombos que nunca se supieron, el técnico nunca lo supo. Y todo por una boludez, me corro para acá, me corro para allá, un empujón, uno medio calentón, el otro se calentó, le pegó un bife, el otro le contestó... ¡una pelotudez! Y España al día siguiente. Cuando subo, veo que la planta donde dormían los jugadores era un quilombo. Cuando los junto a los dos, les pregunto: “¿Qué pasó?”. Me medio explican, se dieron la mano así..., ¡a dormir! No tenía solución, cuando algo no tiene solución, a la cama y busquen la solución en el día de mañana.

»Y acá, un amigo me había regalado un libro muy bueno, que todavía lo tengo de cabecera: *¿Por qué hay gente que hace cosas estúpidas?*, o algo así. Y ellos habían hecho una cosa estúpida. Eran las cuatro de la mañana, buscaba en el libro y no encontraba lo que podía leerles a los tipos para darles la respuesta... hasta que encontré un capítulo de la adolescencia. A la mañana se levantan todos con una cara de culo... Y dije: “Antes de empezar, vamos a hablar un poco”. Leí el capítulo y los llamé a los dos. Les puse el libro y les pedí: “Poned la mano acá. ¿Juráis ante este Santo Evangelio no hacer más pelotudeces porque la verdad es que necesitamos que esta noche los dos la *roompan* y podamos pasar a España, y déjense de hinchar las pelotas porque todo el grupo los necesita?”. Y todo el grupo atrás riéndose. Se dieron un abrazo y se descomprimió».

Solucionado el problema, Salorio necesitaba un gancho para darle al encuentro el formato de reto nuevo. «Y yo digo, ¿cómo los enveneno a estos tipos? Y entonces les cuento una historia: “Durante

el peronismo nosotros éramos un país muy rico y España un país muy pobre. Les solíamos mandar tres barcos llenos de trigo. Éstos son los bisnietos de aquellos a los que les matamos el hambre; quiere decir que estos tipos no hubieran salido si nosotros no les hubiéramos alimentado. Así que por todo esto, nosotros, hoy, este partido, lo tenemos que matar”. La primera pelota que agarra el nueve, Llorente, y Cabral lo mata, lo corta y le hace con el dedo así, hacia arriba. Pancho me dice: “¿Qué carajo le dijiste?”. “Nada, Pancho, no les dije nada”. “¿Qué carajo le está hablando?”. “¿Qué sé yo qué le está hablando!”. Cuando me viene el jugador y me dice: “¿Sabes que le fui a decir? ¡Le fui a decir lo de los barcos!”. Y el pibe [Llorente] lo miraba con una cara como diciendo: “Este tipo qué me dice”».

España no sólo era favorita, sino que había jugado el mejor fútbol, y Pancho Ferraro cambió la formación para defenderse más atrás. El partido estuvo igualado a uno hasta el minuto 70, pero Leo se fue creciendo con el paso de los minutos. Un balón preciso en profundidad salió de sus botas y le llegó a Oberman, que lo levantó a la salida del portero. 2-1. Los de la discusión se habían juntado en el campo para el gol crucial en un momento clave.

«Fue el único partido en el que no jugué de titular —recuerda Oberman—. Fue complicadísimo, un encuentro duro. Hasta entonces no había hecho goles y venía renegado: me habían sacado de la línea, había dado a un palo, al arquero le rompí la cara de un pelotazo... y, cuando hice el gol, el primero que viene a saludarme es Leo y me dice: “Viste que ibas a hacer el gol”». Dos minutos más tarde, a Messi le llegó un rechace y, sin tocar al suelo, hizo un sombrero dentro del área al primer defensor y a continuación, con un ligero toque, hizo tres cosas: superó a otro defensa, durmió el balón

y lo acomodó en su pierna izquierda. Chutó y marcó el 3-1.

Al final del encuentro, Leo lo celebró con el resto de camino al vestuario y cantó como los chicos gustaban de hacer antes y después de los encuentros, de los victoriosos al menos... «Olé, olé, olé / olé, olé, olé, ola / olé. Olé, olé / cada día te quiero más / ooooooh, Argentina / es un sentimiento / no puedo paraaaaaar» con las sudaderas y las camisetas revoloteando sobre las cabezas. Y «Argentina va a salí campeón / Argentina va a salí campeón / se lo dedicamos a todoos / la reputa madre que los reparió...». De repente, sonó la puerta del vestuario. Era el presidente de la Federación Española, Ángel María Villar.

«—Muchachos, silencio —gritó Salorio.

»—No, no, coño, déjalos —exigió Villar—. Los míos tienen aros, pelo largo, celular de última generación. Los tuyos no tienen un puto peso, no tienen pelo, pero corren, matan, juegan, tienen unos cojones así. ¡Que griten! ¡Viva Argentina!».

* * *

De repente, para Leo era como si le hubieran dado al *fast forward* en el vídeo de su vida. Estaban pasando un montón de cosas y las vivía con la naturalidad del que las espera. Llamada de la selección, crucecita en el cuadrado. Ser titular, crucecita. Golear, crucecita. El equipo lo busca, él quiere resolver y resuelve, crucecita. Llegar a la última fase, crucecita. El Barcelona añadió un cuadrado más. Antes de las semifinales contra el Brasil de Rafinha, Filipe Luis, Renan y Diego Souza, Leo firmó su primer contrato como profesional del primer equipo del F.C. Barcelona. Era el tercero que le ataba al

club, esta vez con 150 millones de cláusula de rescisión. Crucecita.

¿En Holanda? Ni lo supe yo —dice hoy Pancho Ferraro—. Pero no lo vi distinto. Habrá estado en un lugar, firmando con los directivos, pero no lo vi raro... De nuevo, Messi daba pasos como si fuera un camino ya recorrido, o el que le tocaba recorrer. Casi sin emoción.

Claramente, Messi no quiso dedicarle más que lo necesario a la firma de su nuevo acuerdo porque estaba centrado en lo que la selección tenía entre manos: las semifinales de un Mundial. Dos horas antes del partido tuvo que escuchar a tres de los mayores que le habían cuidado, que le habían ayudado a explotar su talento, que le habían facilitado el camino en su primer torneo con Argentina.

Primero, Pancho Ferraro. «Les dije: “Te podés equivocar con Colombia, con Bolivia, pero no te podés equivocar con Brasil porque te vacunan”. Paso un ratito el vídeo, corto y les empiezo a hablar de lo que era Brasil y de lo que íbamos a hacer nosotros. En un momento Leo me dice, en medio de la charla: “Quedate tranquilo que mañana ganamos”. Se dirigió a mí pero dio la sensación de que fue para todos».

El capitán Pablo Zabaleta había participado en el Mundial Sub-20 anterior en el que Argentina quedó eliminada en las semifinales, también ante Brasil. En Holanda, se encontraron los mismos rivales en la misma fase. Y en el mismo hotel. «Acordaos de que no queremos ver la cara de los brasileños si perdemos, vamos a cruzárnoslos para comer, para entrenar». Zabaleta les recordó la situación extraordinaria en la que se encontraban: «Cuando me tocó hablar como capitán, dije que se me presentaba aquella oportunidad en mi último Mundial Sub-20 y que no la quería dejar pasar. Que me habían eliminado dos años atrás. Por eso, había que dejarse la vida

en aquel encuentro y hacer lo imposible para ganar».

Antes de salir a calentar, *el Profe* Salorio tenía preparado un mensaje. «Mirá, se muere un arquero de Independiente, Lucas Molina, muy amigo del *Kun* Agüero. Había prohibido Internet, así que les di la noticia unos días antes. Y... ya estábamos en semi, nos tocaba Brasil, y encima el *Kun* era chiquito, el más chiquito del grupo. Así que les digo: “Chicos, el domingo vamos a tener una gran ventaja en el partido: atajamos con tres arqueros. Atajamos con Ustari, con Lucas Molina, y con el otro Molina, Emiliano, también de Independiente, que también falleció aquel año, desde el cielo van a atajar ellos dos también, no podemos perder este partido. A la cancha”. Una parálisis, y ahí me fui. Todos tuvieron que seguirme, y salimos al entrenamiento».

* * *

Argentina contra Brasil

28 de junio de 2005

Estadio Galgenwaard, Utrecht

Asistencia: 16 500 espectadores

Árbitro: Massimo Busacca (Suiza)

«Quedate tranquilo», había dicho Leo. Minuto 7. Recoge el balón en banda izquierda y con sólo dos toquecitos siente que se dan las circunstancias para lanzar un obús desde fuera del área que se cuele por la escuadra. «La clavó en un ángulo», recuerda Ferrero. 1-0.

Queda mucho por hacer, hay que darlo todo. Zabaleta conduce el balón, elude a un defensor brasileño y entra en el área grande. Se le va el balón. Sale el central a rechazar la pelota y el capitán

argentino se cae. La pelota queda dividida. El pie del defensor se eleva, la cabeza de Pablo se emplaza entre el balón y el pie del rival. «Un defensor de ellos la quiso rechazar y justo trabé con la cabeza. Hubo un poco de instinto en ese momento», dice Zabaleta. Ferraro se quedó con esa acción valiente.

Empata Brasil con un cabezazo de Renato tras un lanzamiento de falta a los 75 minutos. El partido, igualado, vertiginoso, va a la prórroga, pero el campo argentino se ha volcado definitivamente del lado en el que está Leo. Es la estrella y a él se le piden soluciones.

Se cumple el tiempo, minuto 93. Leo recibe el balón por la izquierda tras un lanzamiento de banda rápido y se planta al borde del lateral del área en un uno contra uno con el central que ha salido a detener su avance. Lo deja atrás y, al llegar a la línea de fondo, centra hacia el punto de penalti. No llega *el Kun* Agüero, pero el despeje queda corto, a los pies de Zabaleta, que con la izquierda chuta y, tras rebotar en dos defensas, entra.

Gol. Gool.

Detrás de un Pablo loco, sale corriendo Leo con la prisa del que no sabe dónde va pero quiere llegar cuanto antes, con los brazos en alto y moviendo las palmas de las manos como si fuera a alzar el vuelo. Un giro rápido a la derecha, allá donde va Pablo, otro a la izquierda, Leo se mete en el círculo y grita, y salta. Y unos segundos después, cuando el árbitro ha pitado el final del encuentro, busca el mismo círculo, el mismo abrazo grupal.

Argentina se ha clasificado para la final del Mundial.

* * *

—*Pero ¿es cierto que cuando hablaste por teléfono con Diego le prometiste la Copa?*

—*[Se ríe con ganas.] Fue algo increíble. Que el mejor del mundo se haya preocupado por hablar conmigo, es demasiado. Me pidió que traigamos la Copa a la Argentina. ¡Y yo, de caradura que soy, le dije que sí! Ya había hablado con él cuando hice el primer gol de mi carrera al Albacete en la Liga española. Pero cada encuentro con el más grande es único.*

(Revista *Gente*, julio de 2005)

Argentina contra Nigeria

2 de julio de 2005

Estadio Galgenwaard, Utrecht

Asistencia: 24 500 espectadores

Árbitro: Terje Hauge (Noruega)

Nigeria había derrotado a Marruecos y su centrocampista John Obi Mikel era el favorito para ser el jugador del torneo. La final se preveía igualada y cada pequeño gesto contaba.

Diego Armando Maradona se puso en contacto telefónico con la selección a través de un periodista amigo. Tuvo un aparte con Leo. «Traete la Copa», le dijo.

Leo preparó una camiseta que iba a vestir bajo la blanquiazul.

Y Pancho preparó un compacto para los chicos que mostró en la charla del día anterior al encuentro. Con el dedo en el mando a distancia del vídeo, soltó: «Ojo, que a mí me gusta el sombrero, el buen juego, el caño, pero miren esto [enciende el vídeo: se ve la jugada de Zabaleta, la que puso la cabeza entre al balón y el pie del

contrario], esto lo hizo el capitán de ustedes». Leo se reía. El resto también. Y Ferraro añadió: «Si mañana nosotros mantenemos esta actitud, somos campeones».

Leo se había paseado por el hotel, de camino al autocar y por los pasillos del estadio Galgenwaard de Utrecht, con el volumen emocional bajo. No dijo nada que nadie recuerde. Tampoco él recuerda haber dicho nada. «Su personalidad es tranquila, muy tranquila —analiza Zabaleta—. Fijate en lo que ocurrió en la final: su frialdad es increíble».

El capitán lanzó el siguiente mensaje una hora antes del encuentro: «Muchos de nosotros vamos a dejar de ser Sub-20. Eso es lo lindo de esta categoría, que la mayoría sólo lo pueden disfrutar una vez. No lo dejemos escapar».

Pancho Ferraro alineó a Óscar Ustari, Lautaro Formica, Gabriel Paletta, Ezequiel Garay, Julio Barroso, Pablo Zabaleta, Fernando Gago, Juan Manuel Torres, Rodrigo Archubi, Lionel Messi y Gustavo Oberman. Después entraron *el Kun* Agüero (por Oberman, 57), Emiliano Armenteros (por Archubi, 61) y Lucas Biglia (por Gago, 72).

Empieza el partido. Llega el minuto 38. Leo controla el balón en la banda izquierda e inicia una de sus carreras, esta vez de cuarenta metros, pasando a varios futbolistas. Entra en el área. Dele Adeleye intenta recuperar el balón; no puede, pone una pierna, la otra. Lo derriba con una guadañada, frustrado. Derribo muy claro. Leo se levanta, sin prisa, sin ninguna emoción especial y se dirige al punto de pena máxima.

Como capitán, le correspondía a Zabaleta lanzarlo, o cuanto menos decidir quién lo tiraba. «Lo tenía que patear quien estuviera con confianza», dice hoy Pablo. Tras cometerse la falta,

Messi, que había ensayado durante meses los lanzamientos desde once metros a petición de su antiguo entrenador Guillermo Hoyos, cogió el balón, con el rostro serio, mirándolo concentrado y sin apenas carrerilla. Uno, dos, tres...

Dice Arsène Wenger que «para conseguir llegar a tu máximo nivel, debes aprender a creer en ti con una intensidad muy superior a una justificación lógica. Todos los grandes deportistas tienen esta capacidad de optimismo irracional. Ningún atleta ha llegado a su máximo potencial sin la habilidad de eliminar de su cabeza cualquier atisbo de duda».

... cuatro, cinco pasos cortos...

La plantilla había visto un claro cambio en la personalidad de Leo durante esos cuarenta días de concentración, especialmente visible durante la final. La emoción del grupo (por llegar tan lejos, por Maradona, por poder adelantarse en el marcador) contrastaba con la actitud plana de Messi, que ya marcaba diferencias sobre el terreno de juego y se había convertido en el líder callado del grupo.

... le da con un toque suave hacia la derecha del guardameta...

«Lo tiró con una sencillez, con una tranquilidad, como si fuera cualquier cosa», indica Zabaleta.

«Estaba previsto que fuera uno de los pateadores de penales, pero no estaba previsto que tuviera la tranquilidad que tuvo y que la acomodara a un costado, despacito», señala Oberman.

... y el balón entra, manso, lejos del guardameta Vanzekin, que se había lanzado al otro lado.

Sin apenas sonreír, con una cara que decía «claro que he marcado», Leo se levantó una camiseta en la que se leía «Para Mari, Bruno, Tomi, Agus». Dedicado a su hermana, a sus sobrinos Agustín y Tomás, y a su primo Bruno.

Nigeria empató en el 52 y veinte minutos después el Kun Agüero es derribado en el área. De nuevo, falta clara. Y Leo coge el balón...

Si en el primer penalti hizo lo que no suele hacer un golpeador zurdo (dirigir el balón a su izquierda), en el siguiente, tras tres pasitos, con la misma delicadeza en el toque, le cambió el palo al portero, que volvió a tirarse al lado equivocado.

«Uno se admiraba y se preguntaba cómo lo puede hacer. Y lo hace. No se sorprendió ni en la final del Mundial. Él pateaba el penal como si estuviese en el patio de su casa. Y los dos fueron distintos, a distintos lugares», explica Pancho Ferraro.

Leo volvió a levantarse la camiseta. Sin mucha efusividad. Y acabó el partido.

Ahí sí. Quinto Mundial Sub-20 para Argentina. Y empezaron los saltos, las bromas, a Leo se le instaló una sonrisa eterna. De camino a recoger la medalla se habló de las azafatas que vestían trajes estrechos, saludó a las autoridades y salió corriendo para dar más botes y recibir el premio final, la Copa del Mundo.

Obi Mikel se acercó a felicitarle. Acababa de descubrir que esos dos penaltis habían decantado hacia Messi el Balón de Oro al mejor jugador del torneo. El centrocampista quedó segundo, y el también nigeriano Taye Taiwo, lateral izquierdo, tercero. «Me lo quitó — bromea hoy Obi Mikel—. Lo iba a ganar yo. Pero la verdad es que se lo merecía. Soy un gran admirador de Messi».

Leo había aparecido cuando se lo necesitó: campeón y mejor jugador del torneo, como Maradona en 1979, y Bota de Oro como máximo goleador (con un tanto más que Fernando Llorente y el ucraniano Oleksandr Aliyev). Y, extático, posó al lado del príncipe Guillermo, marido de la argentina Máxima Zorreguieta, hoy reina de

Holanda. Zabaleta le cargaba recordándole que, si él hubiera tirado los penales, hubiera sido el Bota de Oro.

El equipo volvió al hotel y el Profe insistió en que el grupo debía guardar el respeto hacia el resto de equipos que continuaban una noche más en el mismo hospedaje. Así que ni fiesta ni nada, una cena larga de celebración, sin más.

¿Qué pensaba Leo? Messi recuerda aquel campeonato como una de las mejores experiencias de su vida. Incluso después de los logros que consiguió en su carrera, aquellos recuerdos le llevan a una época de primeras veces (selección, Mundial, grupo nuevo). Venía de otro país, tenía ganas de que se le reconociera en el suyo. En la fase de grupos era uno más, pero se dudaba de su regularidad, de su potencia física. Sin embargo, en los partidos de eliminación directa fue determinante (gol del empate ante Colombia, dos minutos de inspiración para una asistencia y un tanto ante España, tanto temprano ante Brasil). Aunque ya había debutado en liga y hasta marcado en una ocasión con el Barcelona esa misma temporada, en Holanda empezó el despeque internacional de Leo Messi.

«¿Qué le dimos nosotros? —se pregunta *el Profe* Salorio—. Nosotros le dimos la maldad, bien llamada maldad. El argentino quiere ganar siempre. Le dijimos: “Mirá que si perdemos nos vamos, y nos matan a palos”. Yo no había podido ir con Pancho y Leo al Sudamericano porque tuve una crisis de estrés. Pero el Mundial lo disfruté muchísimo. Me llevaré a la tumba uno de los recuerdos más imborrables que pueda tener una persona: que los jugadores, yo en un rincón, me vengán a buscar todos y me tiren para arriba tres veces. Y digo: “Pucha, yo hice mucho para este grupo, porque para que me vengán a buscar, que yo estoy solo en un rincón, aplaudiendo...”».

«El Kun estaba como loco, estábamos todos contentos —añade Oberman—. Me acuerdo de que después de cantar, de festejar, de que ya estábamos todos un poco más tranquilos, me acerco y le digo a Leo: “De verdad, a mis hijos les voy a contar que jugué con vos, porque vos vas a ser grande de verdad”. De eso me acuerdo, y él se reía, y así tímido me dio una palmadita, así, tímidamente. La verdad es que yo creía que iba a ser grande, pero no tanto. Superó mis expectativas. Es lo que en broma nosotros decíamos: ahora el Peker no va a tener más problemas para armar la lista para el Mundial de 2006, porque a él lo tiene que llevar».

Oberman pertenecía entonces al Argentino Juniors y, celebrando tras la final, se le cruzó un pensamiento. «Jugamos con un pibe que estaba en uno de los mejores clubes del mundo y nos trató como si hubiera venido de un equipo de la misma categoría, siempre con humildad; con enojo también, porque se enojaba a veces en los partidos, o protestaba cuando no le dabas un pase o algo... Yo intentaba siempre juntarme con él, porque íbamos los dos arriba, pero siempre con mucho respeto. Fue una gran satisfacción jugar con él».

Gustavo Oberman no volvió a ser internacional. Su hijo tiene cinco años y es fanático de Messi, Neymar y Cristiano Ronaldo, y cuando le dijo que había jugado con Messi, su niño le preguntó:

«—¿Cuándo jugaste con el Barcelona?»

»—Nooo, en Argentina.

»—¿Y cuándo jugaste en Argentina?».

Oberman le puso el vídeo del gol que le marcó a España tras pase de Leo, justo en la parte en la que el locutor se va acelerando: «... Gago, Messi, Oberman... ¡gooooool!».

«—¡Mirá, mirá, papá! ¡Mamá, mamá! ¡Papá jugó con Messi!».

—¿Soñaste mucho con este momento?

—No te voy a mentir: siempre soñé con jugar y ser campeón con la selección, pero hasta que no pasa, uno no se da cuenta de lo lindo que es dar una vuelta olímpica con la camiseta de su país.

—¿Te das cuenta de que movilizaste a toda la Argentina?

—Es impresionante el recibimiento que nos dieron, no puedo creer lo que está pasando. Ahora quiero estar con mi familia, disfrutar con papá y mamá [Jorge, 46 y Celia, 44], mis hermanos [María Sol, 11; Matías, 22, que tiene una verdulería y un kiosco en el centro de Rosario, y Rodrigo, 25, quien vive junto a Lionel y Jorge en Barcelona, donde estudia para chef] y con mis sobrinitos.

—El mundo entero te compara con Maradona. ¿Cómo hacés para tener los pies sobre la tierra?

—[Se pone colorado y no contesta.] ...Con mi familia pasamos momentos muy malos. Por cómo se dieron las cosas esto es como un sueño para mí. Todavía no caigo. Es algo único, que nunca voy a olvidar. Ganar el Mundial fue el momento más feliz de mi vida.

(Revista *Gente*, julio de 2005)

Leo le envió un correo electrónico a su madre tras obtener el título: «Mamá, no puedo creer lo que me está pasando. Me tengo que pellizcar para saber que estoy despierto». Volvía a Argentina como ídolo, el futbolista que la nación esperaba. Su nombre apareció por la mañana en *L'Équipe*, en *La Gazzetta dello Sport*, en el *Mundo Deportivo*, en el *As*.

«Aprendí a querer a la selección a los sesenta años. Cuando

escuchás el himno, te mata. Fue un orgullo haber dirigido a un equipo en el que todos pudieron triunfar, casos aparte de Messi y Sergio Agüero —celebra hoy Ferraro—. Fue lo más alto de mi carrera. Sólo cinco técnicos en Argentina, pueden decir “yo fui campeón del mundo”: Menotti, Bilardo, Pékerman, Tocalli y yo. Hay un póster en el predio Ezeiza en donde están todos los técnicos que fueron campeones del mundo y ahí aparece mi foto, abrazado con Ustari y con Messi. Es lo mejor de mi vida».

Tras el campeonato, el grupo regresó primero a Buenos Aires y luego cada uno a su casa, a su pelea. Al llegar al aeropuerto de Ezeiza, los futbolistas se vieron sorprendidos por cientos de aficionados que los esperaban. Y cámaras de televisión, micrófonos de radio, fotógrafos. Al salir de la puerta de llegadas, todos buscaron a Leo, que quedó hundido entre los periodistas. Su tío Claudio y su padre Jorge habían ido a recogerlo con una furgoneta, pero antes de regresar a Rosario decidieron aceptar la invitación a un conocido programa de televisión. Ya de madrugada, Leo se durmió en el automóvil que lo llevaba a su casa de Las Heras junto con Formica y Garay, que jugaban en el Newell's.

Lo que ocurrió a continuación lo explica bien Toni Frieros en su biografía de Leo. Cintia Arellano, la amiga del colegio, había alentado a los chicos del barrio a preparar algo, incluso recaudó dinero para decorar la calle con telas y pintura. «Leo, el orgullo nacional», se escribió en blanco delante de la puerta de la casa de Cintia. Una pancarta de lado a lado de la calle Estado de Israel decía «Bienvenido, campeón». Se esperaba su llegada hacia la medianoche y había tambores y petardos preparados. Además de tres cámaras de televisión. El frío era espantoso y la espera se fue haciendo larga. La mayoría de gente se fue a dormir.

A eso de las cinco de la mañana se oyó el motor de una furgoneta. Se encendieron los focos de las cámaras. Se tiraron trocitos de papel sobre el automóvil. Se gritó «¡Llegó Lio, llegó Lio!». El que había llegado, en realidad, era un chaval cansado, con frío. Quería irse a la cama. Pero reaccionó en seguida: saludó a todos, dio besos, fue entrevistado.

Aquel chaval que cinco años antes había marchado llorando, volvía campeón del mundo.

FRANK RIJKAARD, EL ASCENSO

«Sabíamos que Messi iba a superar a Ronaldinho. Recuerdo un día, sentados en mi oficina, en el que un diario afirmaba que queríamos a Rafael van der Vaart. Miré a Frank. Acabábamos de ver al Barcelona B, con Messi de estrella. Y Frank dijo: “Noooo, no necesitamos a Van der Vaart”».

(HENK TEN CATE, asistente de Rijkaard)

En la temporada 2004-2005, el Barcelona continuó con su necesaria reestructuración, porque la pelota se dirigía inexorablemente hacia Ronaldinho y se debían crear las condiciones precisas para que su fútbol siguiera progresando. Frank Rijkaard aprobó la marcha de Edgar Davids, Patrick Kluivert, Michael Reiziger y Phillip Cocu, y Luis Enrique y Marc Overmars decidieron retirarse. Era el final previsto de una era y el empuje de la juventud de la directiva de Joan Laporta empezaba a recuperar el optimismo general. Con el dinero que se ahorraron en fichas llegaron jugadores de mucha calidad y personalidad: Deco (del Oporto, que acababa de ganar la Copa de Europa), Giuly (del Mónaco), Belletti (del Villarreal), Edmilson (del Lyon), Larsson (del Celtic), Sylvinho (del Celta) y Eto'o, por el cual el Barcelona tuvo que pagar doce millones al Mallorca y la misma cantidad al Real Madrid.

En esa lista se encontraba la base del nuevo Barcelona, que a

partir de ese momento contó en el centro del campo con Rafa Márquez, Xavi y Deco (Iniesta era el refresco) y una delantera habilidosa y goleadora: Giuly, Eto'o y Ronaldinho. Los buenos resultados y el lavado de cara fueron también celebrados a mitad de temporada con el nombramiento de este último como nuevo rey del balón (premio Jugador Mundial de la FIFA, en diciembre de 2004). Pero faltaba un título colectivo para refrendar la sensación de que, ciertamente, se estaba produciendo un cambio tras un lustro en el desierto.

Leo Messi había debutado con el primer equipo en el partido amistoso en Oporto, en noviembre de 2003 pero, tras aquel premio a su vertiginosa ascensión, las puertas del Camp Nou parecieron cerrarse. ¿No le servía a Rijkaard aquel chaval de dieciséis o diecisiete años que daba la impresión de no tener techo? De nuevo surgieron dudas en el club y, lógicamente, en el entorno del futbolista. En una etapa confusa para cualquier adolescente, y más para un jugador a punto de llegar a la élite, el club propuso que Leo fuera visitado por un psicólogo argentino elegido por el director del fútbol base, Josep Colomer.

Es difícil la papeleta de un psicólogo deportivo, quien es visto por los futbolistas como un «chivato» del club, una condición que más de uno ha aceptado para formar parte de una institución de tanto prestigio. Al jugador se le promete total discreción, pero raramente se deja ir, la sospecha perdura, con lo que el trabajo que podría realizar el psicólogo empieza cojo. Inicialmente, la propuesta de Colomer fue respetada por Leo, pero tan pronto como pudo anunció al club que no deseaba seguir conversando con alguien de quien no se fiaba. La confianza se rompió el día en que el terapeuta llevó a unos estudiantes de psicología a ver cómo trabajaba con el

futbolista. A Leo aquello no le servía de nada y, si fue dos veces a conversar con aquel doctor, ya fueron muchas. Además, se sentía capacitado para lidiar sin ayuda con la presión que conllevaba estar a un paso del primer equipo.

Su ajuste físico continuaba: de agosto de 2003 a abril de 2004, Leo ganó tres kilos y 700 gramos, principalmente en musculatura. El Lio pequeño se quedaba atrás. Su crecimiento se fortalecía no tanto en el gimnasio como en los entrenamientos y en la continuidad en el once del Barcelona B. Josep Colomer había apostado fuerte por Leo y tenía a Jorge Messi al día. La fe de Colomer y la insistencia de entrenadores como Guillermo Hoyos, Álex García, Tito Vilanova o Pere Gratacós en hacerle subir escalones fueron el impulso que le estaba haciendo progresar. «Cuando se estanque, ahí lo paramos. Pero ¿para qué frenarlo antes de tiempo?», comentó por aquel entonces el director del fútbol base.

En esa época, los futbolistas que aún no tenían barba y bigote no jugaban en el primer equipo. Sin una clara apuesta por la cantera, lo de Oporto había sido más una necesidad que el producto de una estrategia clara. Rijkaard preguntaba por los chicos del B o del C, pero necesitaba ganar partidos y para ello ya tenía una plantilla compensada: de momento, no iba a contar con los canteranos. Leo debía seguir haciéndose un nombre en el Barcelona B de Gratacós.

Y ahí, Leo era la estrella y fue titular habitual. Cuando surgió un único y pequeño halo de luz entre las rendijas de las puertas del Camp Nou, Messi lo aprovechó: como consecuencia de su enorme progresión, le organizaron un tratamiento de preparación física específico y empezó a compaginar entrenamientos con el B, la mayoría de ellos, y alguno con el conjunto de Rijkaard. El holandés comunicó a la familia del futbolista que veía en Leo «unas

condiciones extraordinarias», pero insistía en ir «poco a poco y explotarlas a su debido tiempo».

Gratacós entendía que su obligación era inculcarle cosas que todavía no había incorporado a su juego y que eran necesarias en la Segunda B. Pero no resultaba fácil hacerle cambiar de costumbres. En más de una ocasión los futbolistas más veteranos (raramente mayores de veintinueve años) se quejaban al entrenador del B de la falta de trabajo defensivo de Messi. «No presiona, mister», le decían. Pere lo sabía y le recordaba al argentino en los entrenamientos que el partido seguía cuando perdía el balón, pero también señalaba en privado a sus pupilos que no debían olvidar las otras cosas que aportaba al equipo: «Ya, no presiona pero, cuando la tiene, ¿qué? Ya lo iremos trabajando».

En todo caso, el salto a Segunda B para aquel joven de diecisiete años estaba siendo arduo. Comparado con la deslumbrante ascensión de las temporadas anteriores, Leo parecía estancarse en los primeros meses de aquella campaña. Pese a jugar todos los minutos en los doce partidos iniciales, Messi solamente goleó en cinco ocasiones, incluida una contra el Girona en la segunda jornada. Le costaba irse de los defensores, marcar las diferencias.

El equipo también renqueaba. En septiembre, el Barcelona B viajó para enfrentarse al Zaragoza B. El cuerpo técnico creía haber dado las instrucciones adecuadas para llevarse un resultado positivo, pero el Barça salió derrotado por un contundente 3-0. Leo salió del campo contrariado y, al llegar al vestuario, se puso a llorar. A Pere Gratacós le sorprendió esa reacción: «Y eso que había jugado muy bien. Lo tuvimos que animar, le dijimos que había que insistir, seguir mejorando, que debíamos convertir aquello en

algo positivo». Fue el único joven blaugrana que lagrimeó en aquella quinta jornada de Liga del Grupo III de la Segunda B. Un partido cualquiera para la mayoría de ellos.

Messi empezó juntándose un día a la semana con la plantilla de los grandes. Esa jornada semanal se fue convirtiendo en dos, luego en tres, y las dudas del cuerpo técnico de Rijkaard fueron desapareciendo, aunque el preparador holandés continuaba siendo reticente. «Está yendo bien, está bien, pero hay que mejorar algunos aspectos», respondía cuando se le preguntaba por Leo. No quería prisas. El asistente de Rijkaard, Henk ten Cate, lo veía preparado. Y un día de octubre, Ronaldinho y Deco comentaron a ambos que estaban perdiendo el tiempo: «Míster, éste tiene que estar aquí arriba jugando con nosotros».

* * *

Ten Cate, el eficaz «poli malo» de Rijkaard, era el encargado de meter en vereda a Ronaldinho y, en general, de equilibrar con ruido y látigo la calma con la que su jefe analizaba y tomaba decisiones. El tándem funcionaba. Cuando el Barcelona buscaba laterales de mucho recorrido, y jugadores con personalidad que pudieran mantener el balón, Gio van Bronckhorst fue fichado del Arsenal, primero a través de una cesión. Estaban de moda los futbolistas holandeses, de formación semejante a la del Barcelona. Gio, hoy asistente de Ronald Koeman en el Feyenoord, y Henk, cuyo último puesto como entrenador fue en el Sparta holandés, se encontraron en el verano de 2013 en un restaurante de Róterdam para recordar la llegada al primer equipo de Leo Messi. Gio todavía habla de Leo

con la sonrisa del que ha tenido cerca la máxima expresión de su profesión. Ten Cate afirma que dentro de veinte años no mirará su carrera como la de un preparador «que tuvo a Messi». Para nada. Henk fue «entrenador». A secas.

Henk: Le hicimos debutar contra el Oporto en la temporada 2003/2004, cuando era juvenil, incluso antes de que entrenara con nosotros. Lo conocimos en el aeropuerto de camino a Portugal. Nos dijeron que era muy bueno y ese día estábamos cortos de efectivos. Pensamos: ¿por qué no? Luego le empezamos a invitar a participar en los entrenamientos cada vez con mayor frecuencia.

Gio: Ronaldinho me ha contado que, en la primera sesión de entrenamiento de Leo, le comentó a no sé quién, a Deco creo, que ese chaval iba a ser mejor que él. Y la gente se rió. «¡Sí, hombre!», le respondieron. Yo de aquella primera sesión sólo tengo presente una sensación de sorpresa agradable. ¿Y tú?

Henk: Recuerdo una cosa: desde los primeros minutos, los brasileños se lo llevaron, se lo apropiaron. Antes de empezar con los ejercicios siempre hacíamos rondos. En uno estaban los jugadores españoles (Puyol, Oleguer, Xavi, Iniesta), contigo; luego, en un segundo grupo, se juntaban los brasileños y gente como Eto'o y Rafa Márquez. Fue Sylvinho quien dijo «niño, ven para acá». Y se juntó con el rondo de los brasileños. Sylvinho lo abrazó, no literalmente, pero desde aquel momento se convirtió en un padre para él.

Gio: Si ves a un futbolista que destaca por televisión puedes soltar un «¡oh, es un gran jugador!». Pero solamente sabes lo bueno que

es cuando entrenas con él. Me pasó con Bergkamp, Henry y Ronaldinho. Si estás jugando con ellos todos los días, descubres lo especiales que son. Con Messi, tras la primera sesión de entrenamiento, ya se podía ver que era uno de esos tipos especiales. Nunca había llegado a esa conclusión con tanta rapidez. Ni con los otros tres, pese a ser superestrellas.

Henk: Y eso que, en aquel momento, había una enorme diferencia entre el primer equipo y los chavales del B, que jugaban dos divisiones por debajo. Contábamos a menudo con algunos jugadores, como Joan Verdú, quizá el mejor de los reservas, pero no suficientemente bueno como para retar a los mayores.

Gio: Unas semanas después jugamos un partido de entrenamiento entre los del B y el primer equipo. Messi, con el B, solía aparecer por el centro, donde defendía Motta, que era el volante de contención. Y Messi lo superó todo el tiempo.

Henk: Pese a que el día del Oporto nos sorprendió su desparpajo y calidad, a pesar de gustarnos en los entrenamientos, pasó un tiempo antes de convencernos de que estaba preparado para debutar en un partido oficial. Casi un año, de hecho. ¿Por qué? Teníamos mucha calidad en la plantilla. Giuly, por la derecha; Eto'o era pichichi; Deco, el líder del centro del campo, y Ronaldinho, por la izquierda, porque había que colocarlo en algún sitio. Lo fichamos de mediapunta del PSG, pero nos mataba cuando no teníamos el balón, porque no defendía, así que lo pusimos en banda. Xavi no jugaba todos los partidos, Iniesta incluso menos, imagínate el nivel. Leo empezó a ser convocado en la temporada 2004-2005, pero pasó muchos partidos en el banquillo.

Gio: El equipo B y los equipos inferiores jugaban con un 3-4-3, y él

era el enganche, el 10, el mediapunta. Así que, en el 4-3-3 que usábamos nosotros, no tenía sitio en su posición habitual.

Henk: Era como un segundo delantero con el reserva. Pero el sistema no es importante, es la posición que toma en el campo. Y en el centro no podía jugar. Nuestro ariete debía ser fuerte, para jugar de espaldas a la portería, recibir el balón y girar. No servía para eso.

Gio: ¿Qué se decía entre los técnicos sobre su posición, sobre su evolución?

Henk: Frank era un poco escéptico sobre sus posibilidades, había que esperar, comentaba. Había que cuidarlo. No quería que todo fuera demasiado rápido con él. Tuvimos un problema porque Leo era muy bueno, pero no tenía demasiadas oportunidades con nosotros. Seguía entrenando con el primer equipo, cada vez más, pero no le hacíamos jugar. ¿A quién quitábamos? No había llegado su hora.

Gio: Me tocaba marcarlo a menudo porque le poníais por la derecha. Gracias, por cierto; hacía tiempo que te lo quería agradecer [risas]. Y veías que el niño sentía que cada balón era el último, manifestaba una tremenda motivación en cada entrenamiento, en cada arranque. Era como Ronaldinho cuando venía con ganas de entrenar: se les veía felices, sonrientes. Y, claro, no había manera de detenerlos.

Henk: Mataban al que se cruzaba con ellos cuando estaban así. Leo se mostraba con fuerza cada vez que tenía el balón. Hay muchos jugadores a los que debes empujar para hacer un poco más. A él, hay que ponerle una cuerda alrededor del cuello y retenerlo.

Gio: Los recuerdo como buenos entrenamientos, porque teníamos que detener a dos grandísimos jugadores. A veces calentábamos

en el vestuario antes de salir al campo y yo, con ver a Ronnie o a Deco o a Leo hacer maravillas con un balón, me sentía listo para entrenar. ¡Qué placer! Por cierto, ¿tenías que darle muchas indicaciones a Leo? No recuerdo que estuvierais muy encima.

Henk: No muchas, la verdad. Estas personas son talentosas y muy inteligentes, algo que suele ir de la mano. Sólo con una palabra era suficiente para que entendiera aquello que le pedíamos. La mayor parte de lo que hacía sobre el césped lo llevaba dentro. Lo que intentamos fue enseñarle a ser profesional. Cómo cuidarse, cómo entrenar... A veces se juegan tres partidos a la semana y, si se entrena como lo hacía él, no se pueden jugar tres partidos semanales, ni dos. Debía saber equilibrar su entusiasmo y su capacidad física. Cuando empezó a jugar, su nivel de rendimiento subía y bajaba, pero eso no nos importaba, porque se podía ver que este chico tenía cualidades extraordinarias. Es lógico que un jugador de diecisiete años no sea constante.

Gio: Me encantaba que el día previo a los partidos hubiera un buen entrenamiento, era buena señal. Empezábamos con un rondo, luego venía el ejercicio particular dependiendo del rival y, al final, esos once contra once en campo pequeño. Y Leo jugaba como si le fuera la vida. Era imposible no darle la oportunidad tarde o temprano.

Henk: A veces le decía a Frank: «Pero ¿tú has visto eso?». Se colaba entre dos o tres cuando no había huecos. Y chutaba con una fuerza... En un jugador normal se puede ver su intención, el avance de la pierna, el momento de girarla hacia atrás y el tiro, todo en una décima de segundo, pero suficiente para que un defensor pueda bloquearlo. Con él, la pierna no parecía moverse y, sin embargo, el balón salía de su pie con muchísima energía.

Gio: Parece que piense antes que nosotros. O que vea un patrón delante de sus ojos que le permita entender la jugada y el movimiento que toca hacer. Casi como una cosa de ciencia ficción. Yo sólo veo una pelota y muchas piernas. Él, la solución.

* * *

En las categorías inferiores, a menudo pedían a Leo que se colocara por la derecha. Es un recurso común: jugar a pierna cambiada, para poder recortar y chutar; es más difícil de defender para el lateral rival cuando quien ataca usa la misma pierna. Pero no aceptaba con gusto jugar en banda; en esa posición debía esperar a que le llegara la pelota, no participaba tanto como quería. Poco a poco se fue saliendo con la suya y apareciendo por la zona de la mediapunta, detrás del delantero: ahí mejoraba sus prestaciones.

En todo caso, sabía que, al subir al primer equipo, debía aceptar las condiciones que le propusieran: no podía ser enganche porque el peso del ataque debía recaer en Ronaldinho, siempre atacando desde la izquierda. Tampoco se había ganado un puesto en la jerarquía como para pedir nada: la cosa, en ese momento, consistía en llegar y mantenerse con los grandes. Pero once meses después de su estreno en Oporto y de docenas de entrenamientos con Frank Rijkaard y Henk ten Cate, Leo creía estar preparado para dar el salto.

Tras seis jornadas invicto, el Barça era líder con dieciséis puntos, gracias a una defensa sólida, los goles de Eto'o y la magia de Ronaldinho. El siguiente partido era el derbi de la ciudad en el estadio del Espanyol, Montjuïc, un 16 de octubre. Leo sustituyó a Deco ocho minutos antes del final, con el partido todavía por definir,

con un 0-1 tenso pese al claro dominio blaugrana; no era, pues, un gesto postizo. «Ve a la banda derecha y busca el desborde, niño —le dijo Ten Cate—. Aprovecha tu velocidad entre el lateral y el central». No le dio tiempo a mucho. El Barcelona venció por la mínima.

Quedó para la memoria que, a los diecisiete años y cuatro meses, se había convertido en el jugador más joven en la historia del primer equipo en estrenarse en un torneo oficial.

Su padre lo llevó de vuelta a casa, a su piso de Carles III, donde seguía viviendo, a tres calles del Camp Nou. «Es lindo porque me levanto diez minutos antes y llego al toque, todo rápido», contó entonces. Como acierta a decir el periodista Roberto Martínez, «se crió a tres calles del griterío, ¿cómo va a tener miedo escénico? Juega en el Camp Nou como si fuera el patio de su casa... sólo que con cien mil personas».

Aquella noche Leo no habló del debut, sino del partido, de nada en especial realmente. No hubo ningún tipo de celebración: esto no había hecho más que comenzar. No había llegado a ningún lado, sino que estaba iniciando el camino. En su habitación, sin embargo, el silencio era ensordecedor, la memoria de un Montjuïc aplaudiendo su salida se le quedó grabada.

Tras jugar veinte minutos en el siguiente encuentro, contra el Osasuna, pasó en el banquillo la totalidad de los siguientes siete partidos, incluida una espectacular victoria contra el Real Madrid por 3-0.

Sentado detrás de Rijkaard, Leo contemplaba cómo Ronaldinho saludaba desde la cima con su gesto surfero.

«Rijkaard, la manera de llevarme paso a paso, sin apresurarse... yo a veces no entendía por qué no iba convocado o por qué no jugaba. Ahora lo miro fríamente y pienso que me llevó muy bien, sin prisa. Le estoy muy agradecido, porque sabía qué era lo mejor para mí en cada moment».

(LEO MESSI a Barça TV, en 2013)

«Que Leo haya tenido a Rijkaard como entrenador del primer equipo del Barcelona creo que ha sido una gran bendición —explica Sylvinho—. Frank siempre fue un tipo con un corazón enorme, un señor, un caballero, un *gentleman*, siempre se preocupó por todos». Es difícil encontrar a alguien que, en el plano personal, hable mal del preparador holandés.

Rijkaard es de los que cree que un entrenador sólo ejerce como tal un veinte por ciento del tiempo. El resto lo pasa haciendo lo que toque en cada momento, pero sin apenas parecerlo: a veces de hermano mayor, otras, de padre, o de colega. La vara se la dejaba a Ten Cate. Frank aplicaba su sensibilidad a los doscientos asuntos con los que debe tratar diariamente un entrenador. «Lo veo triste a éste, vamos a ver qué le pasa», podía encargarle a Henk.

Los futbolistas son muy crueles y buscan constantemente la debilidad del que los entrena, pero se dejan manejar con más facilidad cuando éste es capaz de tocar el balón con la misma calidad que ellos y cuando saben que ha pasado por las mismas dudas, envidias y alegrías que ellos: a Rijkaard le ayudaba haber sido monaguillo antes que fraile.

Ese paternalismo lo aplicó muy pronto con Leo. Con un abrazo, un interés por su vida fuera del campo, una broma justo antes de

salir del entrenamiento, el técnico fue llegando al argentino. Leo se sentía muy a gusto con Frank. «Rijkaard me largó a jugar y no le importaba nada lo que se dijera», recordó Messi años después. «El club también: “Jugá”. Eso da mucha tranquilidad y ayuda un montón». El entrenador hablaba más con otros, especialmente con Ronaldinho, pero a Leo, tan reservado como siempre, le quiso tener cerca desde bien pronto.

La conexión —y la comprensión del momento por el que estaba pasando Leo— no era fortuita. Frank nació en Ámsterdam, pero era hijo de emigrantes (su padre es de Surinam); él también fue el jugador bueno en el barrio, en el colegio, en las inferiores del Ajax. Entendía a los «diferentes», como Ronaldinho, porque él también lo había sido. Y sabía que el fútbol es de los futbolistas: les recordaba constantemente, en cada gesto, en cada charla, que estaba ahí solamente para ayudarlos. Con ese truco pequeño y honrado, Frank conseguía que hicieran lo que él quería de ellos.

Ronnie, Eto'o y Sylvinho llevaban la voz cantante en las habituales reuniones con el equipo y Leo solía callar. Sólo hablaba si le preguntaban. Y respondía con monosílabos. El Leo que tuvo Rijkaard en los primeros años estaba para cumplir calladamente, y el holandés usaba la empatía que sentían para que el argentino aceptara su progresivo ingreso en la élite.

Desde su debut oficial ante el Espanyol, y tras su período en el banquillo, llegó a jugar cinco partidos más de la competición doméstica con el primer equipo, además de uno de Copa y uno de Champions, pero escasos minutos. En ese período también participó en nueve encuentros con el Barcelona B.

Cuando Rijkaard lo convocaba para un partido en casa, Leo sabía la rutina: debía presentarse a las once en el Camp Nou y hacer

un poco de gimnasio, o tenía la opción de hacerse un masaje. Si había tiempo, Leo solía jugar a fútbol-tenis dentro del vestuario.

Todo empezó con Sylvinho y, especialmente, con Ronaldinho, quien a menudo se aplicaba más en ese juego que en el entrenamiento. Los brasileños aprovecharon un espacio amplio rectangular con tres paredes situado en la dependencia de los jugadores, entre la zona de gimnasio y donde se cambiaban. Colocaron una cinta adhesiva en el suelo y, a falta de red, utilizaron una venda. Se jugaba uno contra uno, a un solo bote, tres toques máximos por equipo antes de dirigir el balón al otro campo, y el primero que llegaba a once ganaba. Sylvinho se sentía suficientemente capacitado como para retar a Ronnie; de hecho, había mañanas que parecía mejor que el 10, le ganaba a menudo. A todos, en realidad. Sylvinho era el rey del fútbol-tenis. Hasta que llegó Leo.

Messi se tomó el fútbol-tenis como otro reto. Era un juego, pero se ganaba algo más que una pequeña victoria sin crónica deportiva: había prestigio y hasta jerarquía en juego.

Al principio Messi esperaba su turno para participar, pero muy pronto era él quien exigía rivales: era el mejor. Y el más constante, siempre estaba dispuesto a hacer un partido de fútbol-tenis, o un torneo.

«Jugábamos antes de los partidos o, sobre todo, después de los entrenamientos —recuerda Fernando Navarro—. Al final pusieron paredes de cristal, como si fuera una jaula, y una red de verdad, bien alta; era una cosa muy explosiva y muy intensa. Pero también era bueno, porque mejorabas técnicamente. Messi era el mejor, el tío te la ponía en la columna; había una columna y siempre la ponía allí. Donde no se podía llegar». Gio intentaba retar a Leo: «Nos

podíamos pasar la tarde jugando, hasta las seis incluso. Pero era injusto si te tocaba enfrentarte a Messi. Era un animal».

Aunque era un espacio para los futbolistas, un entretenimiento alejado de las obligaciones diarias, los preparadores mantenían un ojo en los partidos de fútbol-tenis: demostraban la competitividad del futbolista, su carácter. Si el jugador siempre participaba al mismo nivel, confirmaba su ambición. Se podía comprobar la habilidad técnica del participante y, al elevar las pulsaciones, su estado mental: si estaba activado, distante, enfadado...

Tras el entretenimiento, en días de partido, el equipo se desplazaba al cercano hotel Princesa Sofia a comer y descansar.

La mañana del encuentro ante el Albacete, en la jornada 34 de Liga de aquella temporada 2004-2005, Messi fue andando desde su piso de Carles III al Camp Nou. Era mayo y quedaban cuatro partidos de Liga y, aunque el rival era el colista, Rijkaard quería orden y atención. El Madrid, con un Casillas salvador y con el brasileño Ronaldo como su gran goleador, llevaba seis victorias consecutivas y se acercaba a lo más alto de la clasificación, donde el Barcelona había permanecido la mayor parte de la temporada.

El partido fue más complicado de lo esperado: el Albacete se resistía y el Barça, con Xavi sancionado, no acababa de encontrar el ritmo. Iniesta había entrado en su lugar, pero no consiguió darle al equipo la fluidez necesaria para batir a una defensa muy retrasada. Un par de diagonales de Giuly, un remate erróneo de Eto'o y el excesivo barroquismo de Ronaldinho, empeñado en jugar por el centro, definían un Barcelona en tensión. El camerunés, con una hora jugada del encuentro, lanzó un disparo desde la frontal del área al que el portero Raúl Valbuena, acertado toda la noche, no pudo llegar.

A falta de siete minutos para el final y con un estrecho 1-0, Ten Cate le pidió a Leo que calentara. Eto' o miró al banquillo e hizo un gesto indicando que él no estaba para salir. Pero fue el escogido. Messi se acercó a Rijkaard y éste le habló como si el argentino hubiera participado en cien encuentros, sin apenas mirarle a los ojos, pendiente del partido. «Juega como sabes. Colócate a la derecha». Leo siguió erguido, escuchándolo por si había alguna otra instrucción. Pero no la hubo.

En el minuto 42, Eto' o salió del campo enfadado, saludó a Leo sin mirarlo y se dirigió al túnel escuchando la bronca de Ten Cate, quien le recriminaba su comportamiento. Entró en el vestuario dando patadas. A nadie le gusta que lo sustituyan, y menos por un chavalín. Rijkaard declaró luego que no había visto su enfado: «Hemos creído oportuno que entrara un joven como Messi».

El partido debía ganarse. El 1-0 exigía concentración, quedaban tres minutos para el final, más el tiempo añadido. Ronaldinho se acercó a Leo. «Te voy a dar un pase para que marques, mañana sales tú en las portadas», le dijo. Desde la derecha del ataque, el brasileño encontró a Leo, que recibió solo y, con un toque suave y elevado, superó al portero. Valbuena pidió fuera de juego y el árbitro lo concedió. No lo era. El guardameta lo sabía y pasó su mano por la melena de Leo, disculpándose.

«Te la voy a dar otra vez», le insistió Ronnie.

Cuando se cumplía el tiempo reglamentario, Ronnie, en la posición de mediapunta, utilizó el empeine para colocar un balón a la espalda de los centrales del equipo manchego. Messi dejó botar el balón una vez y, de nuevo con delicadeza, superó por alto a Valbuena. Su primer gol con el primer equipo del F.C. Barcelona.

Y, de repente, tuvo lugar algo extraordinario.

Leo salió corriendo con los brazos estirados y aleteando sus manos. Se detuvo y se volvió hacia el campo en busca del abrazo colectivo. Ronnie se le acercó, se dobló delante de él y Leo saltó a su espalda. El brasileño llevó al niño a lomos. El nene había marcado. La Liga estaba a un paso.

El grupo celebró el gol y la victoria en el césped. También lo hizo la afición. Dentro del vestuario se desató la euforia: una victoria en el siguiente partido acompañada por una derrota del Madrid les daría el título de Liga, que no regresaba al Camp Nou desde hacía cinco temporadas. Todo el mundo quiso tocar al goleador. «Felicidades, chaval», le dijeron, y «cuidado con éste, Ronnie. Te va a mover la silla. Que ahora ya marca y todo».

Leo salió a la zona mixta: «Todos en el vestuario me tratan muy bien, pero con Ronnie tenemos una relación especial, de ahí la celebración. Este gol se lo dedico a toda mi familia. A mi madre, que en estos momentos está viajando, y a un sobrinito que está en camino». La mujer de Rodrigo estaba embarazada y esperaba dar a luz en breve.

A su padre Jorge se le pone la piel de gallina recordando aquel día, como hizo en el programa «Informe Robinson»: «Ves a la gente coreando el nombre de Messi, Messi, Messi..., es lo máximo que le puede pasar a cualquier ser humano». Su hijo se había convertido en el jugador más joven de la historia blaugrana en marcar profesionalmente. «Me alegro mucho por él —dijo Rijkaard en rueda de prensa—. Con este gol ha demostrado su talento. Ya un momento antes ha tenido una ocasión similar».

Al portero Valbuena le vacilaron sus compañeros: «Le metes las manos a Ronaldinho y te la tragas con el pequeñín». Se guardó el balón de aquel partido. Presentía algo. Hoy dice que ni lo substará

ni lo venderá. La pelota del primer tanto con el primer equipo del F.C. Barcelona del mejor jugador del mundo está en casa de Raúl Valbuena.

Los Messi regresaron a casa. Hubo alguna risa al recordar que en tres minutos había marcado dos goles y que ambos fueron en jugadas prácticamente calcadas. Cena y a dormir.

Había que seguir caminando.

Al día siguiente, Leo recibió una llamada mientras comía en casa con su familia. Era Diego Armando Maradona. La primera conversación que mantuvieron el diez eterno y el futuro diez que no era diez todavía.

Le felicitó por su gol.

* * *

«Siempre lo he dicho, desde el primer momento en que entré en el vestuario, Ronaldinho y el resto de brasileños —Deco, Sylvinho y Motta— me acogieron y me facilitaron las cosas. Pero sobre todo él [Ronaldinho], porque era el referente del equipo. Aprendí mucho a su lado. Estoy muy agradecido por cómo me trató desde el primer momento, fue una ayuda muy grande para mí, porque nunca había entrado en un vestuario así, y más con la manera de ser mía, y bueno, él me hizo todo más fácil.

»Ronaldinho fue el culpable del cambio del Barça. La época era mala y el cambio experimentado con su llegada fue terrible. En el primer año no ganó nada, pero la gente se enamoró de él. Después llegaron los títulos e hizo felices a todas aquellas personas. Creo que el Barça le debe estar siempre agradecido, por todo lo que

hiz».

(LEO MESSI en una entrevista concedida a Barça TV, coincidiendo con el décimo aniversario de la presentación de Ronaldinho como jugador del F.C. Barcelona)

«¡Qué hacés, boludo!», le dijo Ronnie a Leo la primera vez que se cruzaron en el *parking* del club. El brasileño ya había oído hablar de la Pulga. Unos días después, tras su primer entrenamiento con los grandes, Ronaldinho llamó a su amiga, la periodista Cristina Cubero: «Acaba de entrenar con nosotros uno que va a ser mejor que yo», le contó. «Eres un exagerado», le contestó Cristina.

«¡El primer entrenamiento! Me acuerdo perfectamente —cuenta la prestigiosa periodista—. Me llamó sólo para eso. Muchas veces, con el paso del tiempo, me comentaba: “Es que no sabes lo que hace en los entrenamientos, es que es buenísimo”. Y eso me lo decían Ronaldinho, campeón del mundo, y Deco, que son gente muy competitiva».

No fue Sylvinho, como recordaba Ten Cate, sino Deco quien, en uno de los primeros viajes de Messi con el primer equipo, le dijo: «¡Eh, tú! Ven para acá. Eres el único argentino que se va a sentar en nuestra mesa». A Leo, el extranjero, le hicieron espacio en la mesa de los extranjeros. Messi, conocedor de los códigos de grupo, era consciente del privilegio: Ronaldinho era el líder del nuevo Barcelona, de la selección brasileña, el mejor del mundo, lo decía la FIFA y cualquiera que supiera de esto. Y se iba a sentar en la mesa con él. Y una vez se escoge una mesa, ya no se cambia: así va en el fútbol.

«Leo estaba acostumbrado a estar en La Masía con los catalanes,

pero Leo es argentino y se sentía a gusto con nosotros, latinoamericanos: Márquez, Ronnie, Deco, Edmilson, yo... — explica Sylvinho—. Creo que él estaba más cómodo sentado ahí, en una mesa en la que no necesitaba hablar ni nada, como diciendo “aquí me quedo más callado y no hace falta que diga nada a nadie”. Lo captaba todo muy rápido, se divertía».

Aceptado como uno más, Leo, Ronnie y Deco disfrutaban retándose, antes de las sesiones de entrenamiento, a mantener en el aire una pequeña pelota del tamaño de las de tenis. Con una vuelta de tuerca: si Ronnie, por casualidad, le daba al balón de una manera nueva, miraba a Leo con una sonrisa. «Ponía una cara como diciendo: “¿Has visto esto? Tengo un nuevo reto” —recordó años después Messi—. Se ponía a practicar y un par de días más tarde hacía ese toque de nuevo cientos de veces, lo había dominado a la perfección. Yo no soy así, no practico nada. Me da vergüenza si intento cosas nuevas y no me salen».

Conociendo todo esto, se explica mejor el gesto de Ronaldinho, su guardián, su amigo, al subirlo a su lomo tras el gol ante el Albacete. «Cuando llegó a aquel Barcelona, tuvo la ventaja de tener un árbol que lo cobijaba, que le hacía sombra, que era Ronaldinho en su mejor momento —explica el ex directivo Joan Lacueva—. Y ahí creció como una seta, a la sombra de ese árbol. Creció y se endureció. Mientras la gente prestaba más atención a las cosas del gran Ronaldinho, Messi se fue haciendo jugador del primer equipo».

Ronaldinho le enseñó la realidad del fútbol competitivo, la vida en la élite, mecanismos para aplicar en el terreno de juego. En las derrotas, Ronnie salía en rueda de prensa, no quería que nadie desviara la atención hacia el joven argentino. Y si alguien se excedía con él con un fútbol agresivo, ahí estaban el brasileño o Deco para

cuidarlo. «Ronaldinho hablaba mucho de fútbol con él —cuenta Cubero—. Le decía cosas como “escóndete en la banda y sal cuando yo te diga”. Le enseñó a seguir la NBA, de la cual es un obseso, y a aprender de ella para aplicar cosas al fútbol. Esas asistencias de Ronnie tienen un punto de NBA. Le enseñó a entender los bloqueos, a leer los partidos. Le educó mucho más en fútbol de lo que la gente sabe».

«Es evidente que Ronaldinho hizo un montón de cosas buenas y también hizo algunas cosas malas —comenta Henk ten Cate—. Pero, si las pones en una balanza, creo que para Leo fue la combinación correcta. Messi aprendió de lo bueno y de lo malo. Fue un buen ejemplo de qué hacer y qué no hacer».

En el fútbol se advierte: «Cuidado con los padrinos». Hay que ir con tiento con el «ya cuido yo del chaval», porque es otra manera de ponerle límites. Sobre el césped hay únicamente un balón y acostumbra a tener un solo dueño. Cuando los compañeros levantan la cabeza, buscan a un futbolista, a una referencia, no a dos. Si hay que escoger es cuando se inicia el conflicto. Por aquel entonces se miraba únicamente a Ronnie, incluso Leo, que no es mitómano pero lo tenía como referencia deportiva. Y eso es, en realidad, otra pequeña castración: contra el ídolo no se suele rebelar nadie.

El gran jugador identifica inmediatamente quién le va a sacar de su sitio y tiene dos posibles reacciones: o mata al que sube (se dice que Juan Román Riquelme representa a este tipo) o lo cuida, como hizo Ronaldinho. Pero con una condición tácita: no me muevas la silla, recuerda que me debes lo que estoy haciendo por ti. La protección de este «padre perverso» iba a permitir que Leo empezara a destacar, pero también servía para controlarlo.

Y para descubrirle lo que había fuera del terreno de juego.

Ronnie, Motta y Deco lideraban las risas de ese grupo de futbolistas de excepcional talento. Una vez al mes, la plantilla salía a cenar y, durante esas veladas, a Leo no se lo oía «ni cuando hablaba», cuenta Gio. Pero el Leo de diecisiete años quedó hipnotizado por las ventajas de ser conocido, de ser estrella. Ronaldinho vivía la vida al máximo y se la enseñó a vivir a un adolescente que hasta entonces la pasaba entre un campo de fútbol y su casa.

Ronaldinho disfrutaba estando en la cresta de la ola, fuera y dentro del campo; era fácil caer en su hechizo. Pero empezaban a aparecer las primeras pistas de que el brasileño conducía por una vía rápida, estrecha y al borde del precipicio. En las semanales comisiones delegadas del club, donde estaban presentes los principales directivos, apenas se mencionaba a Messi. Era Ronnie quien ocupaba casi todo el tiempo.

* * *

El Barcelona ganó la Liga por primera vez en cinco años, y Leo, que sólo participó 77 minutos con el primer equipo, incluido su debut en la Liga de Campeones ante el Shakhtar Donetsk, lo celebró al lado de Thiago Motta en el autobús que viajó por la ciudad. Era el *peque*, saltaba con los brasileños que le habían empezado a llamar *irmao*, aunque más que un hermano parecía la mascota del grupo. Celebraba todo y por todo. Todo es todo: lo que pasó hasta entonces, lo conseguido.

En el estadio le dijeron que Rodrigo y su mujer Florencia habían tenido que abandonar las gradas del Camp Nou, que su cuñada había sentido dolores. Leo dejó las celebraciones; su hermano iba a

regalarle un sobrinito. Ese día nació Agustín.

Y luego se fue a Rosario a descansar.

Con la calma de los primeros días de vacaciones, Rijkaard insistía en que sí, que Leo era especial, competitivo, pero que debía madurar, que no estaba hecho todavía. Messi, por su parte, entendía que había llegado finalmente al nivel que le pertenecía y que no se les ocurriera bajarlo. No sabía de edades. Tenía diecisiete años, pero ya tenía claro que podía aportar cosas, que su lugar estaba con Ronnie, con Deco, con Gio. En esa campaña, Leo había jugado diecisiete partidos con el Barcelona B, que quedó finalmente en séptima posición, cuatro puntos por debajo de los equipos que promocionaron para la Segunda A. Fueron sus últimos partidos con el segundo equipo.

Tras reposar, y con la alegría del debut, del primer tanto, del título de Liga, del sobrino, Leo Messi se fue a Holanda a ganar el Mundial Sub-20.

Se trajo el título. Y le nombraron mejor jugador del torneo.

* * *

Y de repente el mundo se aceleró.

Aquellos meses de verano de 2005 fueron, posiblemente, los más movidos de su carrera. Además de su primer impacto internacional, Leo Messi pudo celebrar un nuevo contrato con el Barcelona, el tercero, firmado en Holanda el día de su cumpleaños.

El primero había sido aquel que oficializaba el famoso acuerdo de la servilleta, con la consiguiente revisión a la llegada del nuevo director general, Xavier Pérez Farguell. El segundo se acordó el 4

de febrero de 2004: contenía una cláusula de rescisión de 30 millones de euros si estaba inscrito en el Barcelona C; de 80 millones, si pasaba al B, y de 150, si tenía ficha del primer equipo. Era, pese a ser juvenil, un contrato de jugador del Barcelona B con vigencia hasta 2012: el primer año cobraba 50 000 euros, más 1600 por partido, y el último, 450 000 euros y 9000 por partido. Contenía una de esas cláusulas habituales poco conocidas por el público: el primer año percibiría 5500 euros como compensación si se le hacía jugar fuera de su posición, una cifra que se iría incrementando hasta llegar a los 50 000 en su última temporada. El Barcelona pagaba cuatro billetes de avión entre Argentina y Barcelona, una ayuda para vivienda de 9000 euros por temporada y le perdonaba los 120 000 euros que, según constaba en el primer contrato, le había prestado el club, una cifra que compensaba algunas de las dificultades con las que se habían encontrado los Messi en sus primeros años.

Leo era, básicamente y como se suele decir en el mundo futbolístico, un «mendigo» en estas negociaciones: aceptó básicamente lo que propuso el Barcelona de Joan Gaspart.

La nueva gerencia de Joan Laporta, consciente tanto de las dificultades por las que había pasado Leo como de su valor, se puso del lado del futbolista. Pero, como en el inicio de toda relación, hubo que poner las primeras piedras a base de conversaciones y confianza. «Intentamos ejercer de interlocutores con varios grupos que se atribuían cierta representatividad de Leo, algunos por haber encarrilado de alguna manera su carrera deportiva cuando tenía doce años —recuerda el ex presidente Laporta—. Además, surgieron problemas burocráticos y tuvimos la oportunidad de gestionar bien esa situación y conseguir que se solventase uno de los temores del padre: que su ficha no fuera tramitada. Todo eso permitió que

confiase en nosotros. Defendíamos los intereses del jugador, que en este caso coincidían con la defensa de los intereses del Barça. Así fueron nuestros inicios con Leo, pronto le dimos carácter de tema importante».

En consecuencia, el Barcelona quiso reflejar el peso del futbolista en sus nuevos acuerdos económicos. «Desde el punto de vista de la gestión del jugador, decidimos una actuación proactiva del contrato —explica el entonces vicepresidente deportivo, Ferran Soriano—. Pensamos: cada año nos sentaremos y le pagaremos más. A su padre no le explicamos que le íbamos a subir el sueldo anualmente, pero tanto Jorge como Leo eran conscientes de que cada temporada nos sentaríamos a hablar de todo eso. No queríamos olvidar el valor del futbolista, que se lo fue ganando en el campo, ni tampoco deseábamos que él nos viniera a pedir nada. La gestión era paralela: desde el club le fuimos subiendo escalones, poniéndole retos cada vez más complicados, y a la vez le enviábamos un mensaje claro: “No sufras por el dinero, siempre estarás bien reconocido”».

El tercer contrato se aprobó en Utrecht. El director deportivo Txiki Begiristain viajó a Holanda y se juntó con Leo y su padre antes de la semifinal del Mundial Sub-20 contra Brasil. Messi había cumplido la mayoría de edad y se podía sustituir el contrato laboral firmado por su padre por uno profesional con la rúbrica del futbolista. Pero fue diseñado con cierta prisa. Le hacía jugador del Barcelona hasta 2010, dos años menos que el anterior pero con una mayor retribución económica, como jugador del primer equipo, de donde ya no lo iban a mover (90 000 euros anuales en 2004, 110 000 en 2005 y 450 000 en el último año; si jugaba 25 partidos, cobraría un millón más, y otro si llegaba a 45, además de un premio de

225 000 euros a cobrar en octubre de 2005). La cláusula continuó siendo de 150 millones.

«Nosotros confiamos muchísimo en el jugador; estamos convencidos de que su participación en el primer equipo será muy importante a partir de ahora», declaró entonces Txiki Begiristain, quien creía que Leo podría «cambiar el ritmo y la dinámica de muchos partidos».

Ese contrato iba a perder su validez antes de ejecutarse, y tres meses después Leo firmaría uno nuevo. A esa velocidad se movía el efecto Messi.

* * *

Sylvinho aceptó con naturalidad convertirse en el Grighini, el Ustari o el Víctor Vázquez de Leo en el primer equipo: el confidente, el gran amigo, el guía, el protector. «Hablamos un montón de fútbol, pero Leo no es de contar mucho, es más de escuchar. Y a mí siempre me gustó mucho hablar, de la vida, de lo que nos pasaba, de todo — dice el defensor brasileño, hoy retirado—. Leo no es de conversar mucho ni de contar chistes, pero es rápido, todas las bromas las pilla con mucha rapidez. No es un Sylvinho, como dice él... Siempre me decía: “Bueno, Sylvi, sal tú y habla con la prensa todo lo que tengas que hablar y ya después voy yo, cuando ya no haga falta decir nada más” [risas].»

«Messi sabía que Sylvinho lo quería mucho, que estaba a gusto cuidando de él, era una figura paternal», añade Gudjohnsen. Si Ronaldinho era el angelito travieso en la conciencia de Leo, Sylvi, profundamente creyente, era el bueno. «Sylvinho es un buen hombre,

no tiene dobleces. Se ríe como todos y hace bromas, pero es muy religioso, muy de la familia, casero, y tiene muy claro hacia dónde se dirige».

«Leo a los diecisiete años ya sabía lo que quería, tenía una opinión formada de muchas cosas —insiste Sylvinho—. Te acercabas a darle un consejo, a explicarle algo que había sucedido, y te decía que ya estaba al corriente, que ya sabía lo que pasaba. Cómo era el Barça, cómo era el fútbol, cómo era la prensa...». La relación se estrechó en la gira que el Barcelona realizó aquel verano de 2005 por Corea, China y Japón.

Leo participó en aquel viaje de carácter comercial como campeón del mundo, con su primer contrato profesional y con poco descanso. Era la primera temporada que contaba a todos los efectos como miembro del primer equipo y, con la seguridad que da la pertenencia, se puso a seguir a gusto y por todos lados al grupo de brasileños. «No hablaba absolutamente nada de inglés, así que venía con nosotros —comenta Sylvinho, que pasó dos años en el Arsenal y uno en el Manchester City—. Yo sabía suficiente para hacer un cambio de monedas, de dinero, o cosas así, y le hacía las gestiones. Un día le subí el dinero a la habitación, nos quedábamos uno en cada una. Y por el pasillo empecé a oír: “Andate, andate, va, no, no, no..., andate, andate”. Era Leo, nervioso. Y pensé: ¿pero qué pasa aquí? Entré y vi que había un chino que estaba limpiando la habitación y que no entendía qué le pasaba al niño, alterado. Y Leo con un muy argentino “andate, andate”. ¿Cómo le iba a entender el chino? Yo me moría de la risa».

Aquel verano Leo tuvo también una *madre*. «Cuando fuimos a China yo estaba embarazada y tenía el instinto maternal hiperdesarrollado —recuerda la periodista Cristina Cubero—. En

los viajes, Leo pasaba ratos a mi lado y luego Rijkaard me preguntaba: “¿De qué habla contigo?”. “Pues de su casa, de Rosario, del río Turbio, de sus amigos...”. Charlábamos de cosas normales, aún era un niño. Y Rijkaard me dijo: “Es que, con nosotros, no habla”. Tenía problemas para expresarse. Un día le pregunté: “¿Por qué no hablas más?”. Y me dijo: “Porque prefiero escuchar; si no tengo nada que decir, ¿para qué hablar?”. En esa gira descubrí una cosa: cuando coge confianza, te mira a los ojos».

La señal categórica de que se ha entrado en su pequeño mundo.

* * *

«Me conformo con jugar un segundo», había dicho la Pulga la víspera de su debut con la selección absoluta. José Pékerman quiso premiar a Leo su espectacular aportación a la selección Sub-20 de dos meses antes con la convocatoria para un amistoso que Argentina jugó contra Hungría en el estadio Ferenc Puskás, en Budapest.

Habían pasado once minutos de la segunda mitad cuando el seleccionador le pidió al preparador físico Eduardo Urtasún que le indicara a Leo sus obligaciones tácticas. Urtasún le pidió que calentara, le comentó un par de cosas al oído y le dio un beso. En el minuto 64, Pékerman lo llamó. Gabriel Milito se le acercó para animarlo. Entró con el 18 a la espalda, su edad, por Lisandro López; el primer cambio argentino.

Su primera posesión, tras un pase de Scaloni, le dio una velocidad más al encuentro. Con el segundo balón que tocó, inició una carrera por el eje del campo. Llevaba 92 segundos en el campo. El defensor húngaro Vilmos Vanczák intentó detenerlo con una fuerte

entrada a la altura del tobillo y le cogió de la camiseta, forcejearon... y ahí Messi reaccionó soltando el brazo, intentando que el rival lo liberara, pero golpeándolo a la altura de la garganta. Vanczák cayó al suelo, las manos cubriendo su rostro.

«Leo Messi tardará en olvidar la cara de Markus Merk, árbitro alemán del Hungría-Argentina que significaba su debut con la selección absoluta», escribe Cristina Cubero en *Mundo Deportivo*, testigo presencial aquel 17 de agosto de 2005.

Juan Pablo Sorín, Lionel Scaloni, Gabriel Heinze y Roberto Ayala se acercaron a Merk y quisieron convencerlo de que aquello no era merecedor de un gran castigo, pero éste mostró a Leo, con un gesto exagerado, una cartulina roja. El lateral rival recibió una amarilla.

Leo no se lo podía creer y se marchó, primero mirando a la grada sin ver, doblando nervioso un cordón del pantalón, y finalmente con la cabeza gacha. Tocalli le recordó que habría más partidos, más días con la camiseta. «Messi se hundió en ese momento —escribe Cubero—. Ni siquiera recuerda que le fue a abrazar Scaloni, que se acercó Hernán Crespo. No escuchó que el estadio empezó a corear su nombre. Se fue llorando, llorando como un niño, llorando de desesperación. Lloró de rabia, lloró de amargura». El masajista de la selección, Marcelo D'Andrea, entró con él en el vestuario.

«¿Sabes quién estaba en la grada? —explica Cristina Cubero—. José Mourinho, que había ido a ver a un jugador suyo. Expulsan a Leo, injustamente, veo a Mourinho en la grada y le pregunto: “José, ¿qué haces aquí? ¿Qué te ha parecido?”. Y responde: “Una locura, los árbitros están locos, cómo han podido hacer eso con el chaval cuando es un niño buenísimo. Que no se preocupe; si puedes, dile de

mi parte que ánimo, que tranquilo”».

Cuando los futbolistas volvieron al vestuario tras la victoria por 1-2, se encontraron a Messi todavía llorando, en un rincón. Solo. Con su cabeza entre las rodillas. «Todos fueron a protegerlo, a animarlo —continúa la periodista—. Todos le demostraron que ahora sí, ya era uno de ellos. Había debutado con la albiceleste y le habían machacado. Tenía que entender que estas cosas suceden».

Pasó por la zona mixta acompañado por Zabaleta, también debutante aquel día con la absoluta, y por Hugo Tocalli. El cuerpo técnico le pidió que no hiciera declaraciones. Miró a los periodistas e hizo una mueca. Había poco que decir. «¿Tendría Merk la misma valentía para expulsar por lo mismo a un jugador consagrado como Riquelme?», se preguntaban la prensa argentina y la catalana. «Quiso ser famoso, este Merk», se dijo. Hernán Crespo realizó unas duras declaraciones contra el árbitro: «No tuvo en cuenta las faltas sistemáticas de los húngaros, se extralimitó a la hora de expulsar a Messi. No sé si porque el seleccionador de ellos era su compatriota [Lothar Matthäus, también alemán] o por qué razón. Un pibe de dieciocho años que está debutando en la selección con tanta ilusión no puede ser castigado así. El árbitro debió ser más comprensivo».

Markus Merk, ya retirado y nombrado por la Federación Internacional de Historia y Estadística de Fútbol (IFFHS) mejor colegiado del siglo XXI, no quiso hablar: «No hago comentarios después de los partidos», sentenció. Se le insistió, pero su mirada severa habló por él.

Curiosamente, Merk ni siquiera menciona el episodio en su autobiografía. Quien habla es el coautor de la misma, Oliver Trust: «Recuerdo que me dijo que desde joven tenía muy claro que había que ser estricto con las faltas, pasen cuando pasen. Y sea cual sea la

fama del futbolista. Quería que su trabajo como árbitro tuviera una “estructura”, que fuera consistente, era una de las cosas más importantes para él. Le tuvo que enseñar la roja a Messi, aunque le dio pena por el chaval. Sentía y siente un respeto profundo por la habilidad de Messi».

De camino al hotel, montados en el autocar, Scaloni, cantando, intentó animar al grupo, a Leo, que se sentó solo, todavía con gesto compungido. Leo Franco lo despeinaba cariñosamente para sacarle del túnel negro en el que se había metido. Sin suerte.

«Esa noche me pasé seis horas con Leo, y él llorando, llorando, llorando —recuerda Cubero—. Para calmarlo, le dije: es el primer partido, tendrás mil más».

A su llegada al aeropuerto de Barcelona, Leo se soltó y habló para los micrófonos de RAC1: «Esquivé al húngaro, que intentó agarrarme de la camiseta. Me libré como pude y el árbitro interpretó que le había soltado un codazo. Me quedé con mucha bronca. Tenía minutos para jugar, pero pasó lo que pasó y no fue como soñaba». Dejó el aeropuerto con su hermano Rodrigo y Pablo Zabaleta.

Pablo apenas había podido hablar con Leo en todo el viaje de vuelta.

* * *

Sin mucho tiempo para secarse las lágrimas, el verano iba a traer una nueva sorpresa desagradable: Messi volvió a toparse con la burocracia. Después del retraso del tránsfer a su llegada al club unos años atrás, ahora se trataba de un asunto de pasaportes. El argentino se quedó en la grada en el tradicional encuentro que da el

pistoletazo de salida a la temporada, el partido de ida de la Supercopa española, contra el Betis en el Benito Villamarín. A la vuelta no fue ni siquiera convocado. ¿Qué ocurría? El diario catalán *Sport* expuso el «caso Messi». Leo ocupaba plaza de extranjero y, con Ronaldinho, Rafa Márquez y Samuel Eto'o, el Barcelona las tenía cubiertas: tres jugadores extracomunitarios era el máximo permitido. ¿Cómo era posible que hubiera jugado siete encuentros la temporada anterior?

El Barcelona argumentaba que Messi era un «asimilado», una figura contemplada en la normativa de la Federación Española: futbolista nacido fuera de la Unión Europea con cinco temporadas en los equipos inferiores del club. La Federación no lo tenía tan claro, la regla era ambigua. Leo poseía solamente pasaporte argentino y, después del tanto con el Albacete, no volvió a jugar porque existía la sospecha de que el club manchego, que consideraba su presencia como alineación indebida, iba a impugnar el encuentro. Algo se había hecho mal, porque el Barcelona prefirió que Messi no se vistiera de corto desde ese momento y hasta que el vacío legal fuera resuelto definitivamente por un cambio de reglamentación y por el Consejo Superior de Deportes (CSD).

Curiosamente, la Unión de Federaciones de Fútbol Europeas (UEFA) no puso ningún inconveniente a su presencia en el césped. Ya había jugado la temporada anterior un encuentro de la Liga de Campeones y, a petición del Barcelona, concluyó en tres días que, por sentido común y por reglamentación, podía seguir disputando encuentros europeos.

Leo, mientras tanto, seguía entrenando como si fuera a jugar el siguiente partido, con una fortaleza mental que sorprendió a los que lo conocían menos, pero la incertidumbre exigió que todos los

operativos del club solucionarían aquel nuevo contratiempo.

Y, mientras eso ocurría, se sopesó la posibilidad de ceder al futbolista.

La temporada dio su inicio y, si al final no podía ser inscrito, dejarlo crecer en otro equipo era una posible solución que surgió del entorno del futbolista y, sorprendentemente, del cuerpo técnico del Barcelona. Los entrenadores intentaban evitar un posible conflicto: el joven argentino pisaba fuerte, su juego pedía más minutos, pero la pelota la tenía Ronaldinho. «¿Por qué no lo cedemos un año?», se discutió en el despacho de Rijkaard. Jorge Messi recibió llamadas de clubes nacionales (el Lleida, el Zaragoza...) y de toda Europa. Las más atractivas llegaron de Italia (el Inter era el club que más insistía), pero también de otros clubes de otras ligas (el Glasgow Rangers, por ejemplo, pero curiosamente ninguna de Inglaterra).

Así recuerda el ex presidente del PSV, Rob Westerhof, el encuentro en 2005: «Tenía una buena relación con el presidente Laporta y me dijo, en medio de una reunión del G-14, que tenía un chico muy bueno y que lo quería ceder porque no podía jugar en España. Teníamos una gran reputación, Guus Hiddink era nuestro entrenador, acabábamos de ganar la Liga y de llegar a las semifinales de la Liga de Campeones».

También lo intentó el Espanyol. Pablo Zabaleta intentó *fichar* a Leo. «Nuestro entrenador, Miguel Ángel Lotina, me insistía para que lo convenciera», recuerda el defensor. «Nos vamos al Espanyol», se oyó decir en casa de Leo. Los clubes llegaron a negociar la cesión.

Pero hubo algo que cambió la percepción que el club y el fútbol mundial tenían de la Pulga, y que varió definitivamente los planes.

El Trofeo Joan Gamper en el Camp Nou.

Aquel 24 de agosto se jugaba en el campo del Barcelona el tradicional torneo veraniego del club, un Joan Gamper que contaba con la Juventus de Fabio Capello, con Del Piero e Ibrahimovic' en la delantera. Era la presentación en sociedad de un equipo que ya estaba prácticamente hecho, así que la plantilla incorporó dos únicos fichajes: Mark Van Bommel (PSV) y Santi Ezquerro (Athletic Club de Bilbao). Rijkaard decidió darle la titularidad a Leo, un gesto cariñoso, un guiño tras un verano tan movido. Larsson y Ronaldinho eran los otros dos delanteros. A la defensa *bianconera* sólo le faltaba Thuram, por lo que seguía teniendo mucha calidad (Zebina, Kovac, Cannavaro y Chiellini). Y desde el primer minuto...

Leo pidió el balón.

Apareció por las dos bandas, por el centro.

Inició carreras desde la posición de mediocentro.

Le hizo un caño a Fabio Cannavaro.

Recortó en el área.

Robó balones, uno de ellos a Patrick Vieira, que al perder la posesión se revolvió y le lanzó una patada al tobillo. Tarjeta amarilla, una de las tres que recibieron los jugadores italianos por querer parar a Leo.

Jugó sin miedo pese a la agresividad de la Juventus.

Asistió en el primer gol.

Dribló. Chutó a puerta.

Pasó un balón de pecho.

Aquí se ve todo:www.youtube.com/watch?v=RIJBMADPTs.

«Con Zebina nos dijimos: “Este niño, ¿quién es?”. Y le

empezamos a entrar fuerte.»), recuerda Patrick Viera.

Rijkaard pensó que se merecía una ovación de los más de 91 000 espectadores y lo sustituyó en el minuto 89. Entró Giuly, que desde ese día se sintió un poco menos titular.

Tras el 2-2 final, la Juventus se llevó la copa por penaltis.

Leo fue nombrado mejor jugador del trofeo.

Y Fabio Capello intentó quedarse con el argentino. ¡Durante el partido!

«Habló con Frank, porque Frank y Capello estaban muy bien relacionados —recuerda Henk ten Cate—. No sólo cederlo. Comprarlo, tal vez. “Estoy interesado en este jugador, es muy bueno, quiero a alguien como él. Si no hacen nada con él, déjenoslo a nosotros. En cualquier otro equipo sería titular”. Todo eso nos dijo después del partido».

Fabio Capello habló de Messi en rueda de prensa. «Nunca había visto a un jugador con tanta calidad a esta edad y con esa personalidad con una camiseta tan importante. Messi es un gran campeón, puede hacer lo que quiera con el balón en los pies. Estoy contento de que un chaval tan joven haga una cosa tan bonita por el fútbol. Porque esto no son cosas que se vean en todo el mundo. Es una promoción para el fútbol».

El entrenador italiano confiesa ahora: «Como él estaba legalmente imposibilitado para jugar con el Barcelona, cuando lo vi y me deslumbró, aproveché para jugármela y pedírselo a mi amigo Frank Rijkaard, aunque fuera cedido. Se lo dije durante el encuentro: me acerqué a él y le comenté “cédemelo”. Pero me respondió que no, que ni loco, que los problemas burocráticos se iban a solucionar y que Messi acabaría jugando ese mismo año en el Barça. Messi es un genio, alguien que puede ganar cualquier partido. Para mí, está

entre los más grandes de la historia del fútbol mundial junto a Pelé, Cruyff, Di Stéfano o Maradona, aunque aún no haya ganado un Mundial».

Rexach añade: «Capello, al final del partido va y dice: “Hoy ha nacido una estrella”. Coño, la estrella llevaba cinco años con nosotros, lo que pasó fue que las palabras de Capello traspasaron fronteras y todos hablaron desde entonces de Messi. Incluso aquí todos se pusieron en pie. Las palabras de Capello, tan llenas de entusiasmo hacia nuestro jugador, no cayeron en saco roto».

El periodista Ramon Besa recuerda esa noche: «Hasta entonces nadie lo había señalado. Ahora todo el mundo escribe tesis, que es lo más fácil en el periodismo: yo ya lo había dicho, etcétera. Pero tuve la sensación de que, cuando Capello anunció “éste es el bueno...”, la gente dijo “hostia, si lo dice Capello...”. Éste también es un poco el carácter culé: hasta que alguien de fuera no nos hace ver lo que tenemos, no sabemos verlo. Hasta ese momento no todo el club se había puesto a disposición de Messi. Hay un problema de gestión del talento en el Barcelona. En el fondo, por más que tengas automatizado el método o por más que sepas cuál es, hay un tío que dice: hoy, éste es el momento».

Por aquellos días, Txiki Begiristain llamó a José Pékerman, que lo acababa de tener en el Mundial Sub-20 de Holanda. Así lo cuenta el profesor Gerardo Salorio: «El director del Barcelona un día llama acá y dice: “¿Qué hicieron con Leo? Le han cambiado la actitud”. Se lo expliqué a Pékerman. “Es otro Leo, no es el que mandamos nosotros al Mundial”. Claro, acá le dimos la agresividad, no de golpear, sino de temer la derrota: en el campeonato español, de la Segunda B, el Barcelona pierde, pierde, gana, empata, empata. Acá hay que ganar porque, si no, nos tenemos que ir todos. Hay una

cola de veinte tipos que nos despedazan».

Tras el intento fallido del Espanyol, la Juventus puso dinero sobre la mesa, pero el Inter de Milán hizo una oferta astronómica por el futbolista. El mensaje que llegó a Begiristain y Laporta del entorno del futbolista fue rotundo: «Si no lo podéis inscribir en la Liga española, se va a Italia».

* * *

«El único momento en que ha existido el riesgo real de que Leo se fuera del Barcelona fue cuando llegó la oferta del Inter». Joan Laporta recuerda que tuvo que usar todas sus dotes diplomáticas y aprovechar la relación de confianza creada con el padre del futbolista para que Messi no acabara en la Serie A.

El Inter entendía que era su oportunidad de hacerse con un futbolista al que había seguido durante tres años. Así lo reconoce Ferran Soriano: «Ha habido momentos de crisis con varias ofertas; recuerdo una del Inter, otra del Real Madrid... Pero el padre siempre tuvo la tranquilidad de que nosotros íbamos de cara y que le llamábamos siempre a tiempo ofreciéndoles un nuevo contrato, la estabilidad que requerían». Eso es cierto, pero en aquel septiembre de 2005 las cosas se complicaron de tal modo que se necesitó mucha mano izquierda y comprensión.

«Jorge me llamó para pasarse por el despacho», recuerda Laporta. El presidente del Barcelona no sabía de qué se trataba. «Tengo que decirte una cosa muy seria, quiero compartir esto contigo», empezó Jorge Messi. El padre de Leo buscaba la opinión de un amigo y compartir una serie de reflexiones con Joan como

presidente del Barça.

Jorge le comunicó que el Inter quería ficharlo, que le ofrecía tres veces más que el Barcelona, que a los italianos no les asustaba la cláusula de rescisión de 150 millones.

Joan Laporta le habló como presidente y como amigo: «Lo primero que le dejé claro fue que no pensábamos venderlo; segundo, me puse en el lugar del padre: “Mira, querrás dinero por tu hijo, evidentemente, y le asegurarán la vida; pero es que aquí también tendrá la vida asegurada desde el punto de vista económico y, además, conseguirá la gloria”. Me la jugué un poco, porque en aquellos momentos ya habíamos obtenido buenos resultados y había un equipo que enamoraba a medio mundo, empezábamos a ser referencia. Pero nunca se sabe si todo va a llegar a buen puerto, al éxito».

Jorge Messi sabía que había algo de verdad en ello. Leo se consideraba ya parte del primer equipo y las expectativas deportivas eran ciertamente buenas. Y sentían el cariño de Laporta. Pero dejó el interrogante del futuro de Leo en el aire.

Por aquellas fechas, en una cena en Madrid, Massimo Moratti, propietario y presidente del Inter, le dijo a Joan Laporta que quería a Leo en Italia, que estaba enamorado de los jugadores zurdos y que Messi era especial. El mandatario del Barcelona le contestó con respeto que no pensaban desprenderse de él.

Laporta podía pensar que ya estaba todo hablado, pero, con las cartas sobre la mesa, todo pudo torcerse en tres tensos días de aquel otoño.

El Barcelona viajó a Alemania para medirse con el Werder Bremen, el equipo más fuerte del grupo en el que había caído el Barcelona. La UEFA había dado permiso para alinear a Lionel pese

a que no podía jugar la Liga española, pero Rijkaard se llevó a un jugador más de la cuenta por si surgía algún problema.

En la mañana del encuentro, el miércoles 14 de septiembre, Jorge Messi se reunió con Txiki Begiristain para hablar del interés del Inter. El encuentro no fue demasiado bien. Se acordó mantener a Leo en el club al menos hasta diciembre y, si los problemas burocráticos continuaban, «toda España y toda Europa le quiere, así que lo cederemos sin problemas», le dijo Begiristain.

El club, consciente de que tres meses antes había firmado un nuevo contrato, no tenía prisa en renovarlo pese a la presión que estaba ejerciendo el club italiano. La postura del Barcelona era inequívoca: había que ver si Messi iba a jugar habitualmente o no antes de negociar un nuevo acuerdo. La falta de sensibilidad hacia el salto que había dado Messi ese verano y respecto a la paciencia mostrada por éste mientras entrenaba sin poder jugar exasperó a su padre.

Esa mañana se dijo «nos vamos». La vía del Inter pareció más probable que nunca y los italianos empezaron a hablar de cifras y de un traspaso para la temporada siguiente. Parecía haberse llegado a un callejón sin salida: Ferran Soriano recibió una llamada del entorno del futbolista y se le comunicó que Leo estaba pensando en irse del Barcelona.

Unas horas más tarde, Rijkaard decidió incluir a Messi entre los suplentes, lo que dejaba a Sylvinho en la grada. Leo entró en el minuto 65 por Giuly, se pegó a la banda derecha y, las pocas veces que entró en juego, marcó la diferencia: un par de regates, un par de carreras y el lateral izquierdo Christian Schulz perdió todos los duelos. Tras un pase interior de Ronaldinho, Leo encaró al portero rival y Schulz le agarró de la camiseta dentro del área. Penalti.

Ronaldinho lo transformó para el definitivo 0-2.

«Messi ha sido importante para nosotros», declaró Rijkaard tras el partido. «Claro que tengo ganas de que se solucione el problema y me dejen jugar en Liga, pero estoy tranquilo», contó Messi. En la grada, Ferran Soriano y otros miembros de la directiva, impresionados de nuevo por la respuesta del argentino en el campo, estaban al borde del ataque de nervios. Hay que solucionar su futuro ya, fue la decisión unánime. «¿Podemos reunirnos mañana?», se le preguntó a Jorge Messi.

A las diez de la mañana siguiente, en un despacho del Camp Nou, se reunieron un nervioso Joan Laporta, Ferran Soriano, Txiki Begiristain, Alejandro Etxebarria (el *conseguidor* del club, muy respetado por Leo y los futbolistas) y Jorge Messi.

El presidente le repitió con público lo que ya le había dicho en privado: que era una oferta astronómica, pero que en el Inter ganaría dinero y en el Barça tendría dinero y gloria. «Jorge creyó en lo que le dije —recuerda Laporta—. Leo se quería quedar, el padre deseaba que lo hiciera, pero nosotros no podíamos igualar la oferta del Inter, al parecer dispuesto a pagar la cláusula de 150 millones, además del doble o el triple de sueldo. Yo pretendía subirle la ficha, porque se lo merecía. El dinero siempre ayuda, pero no es lo que da la felicidad. Yo le decía a Jorge: “Se irá a Italia y es otra manera de jugar, él está habituado a jugar aquí...”. Vaya, soltaba todo lo que se me ocurría en esos momentos».

Al padre de Leo le aseguraron que su hijo iba a jugar más que Giuly. Además, en esa reunión Leo se ganó otra cosa: una interlocución directa con el presidente. «Para nosotros Leo era ya un tema sensible y especial», reitera Laporta.

El Barcelona consiguió que no se fuese al Inter.

Los italianos no querían pagar la cláusula, sino cuestionarla judicialmente por la desproporción entre lo que cobraba el futbolista y lo que había que pagar para ficharlo. «Pero yo tenía muy buena relación con Moratti y vio que de ninguna de las maneras le vendería a Messi y que no merecía la pena que dos clubes como el Inter y el Barça se enfrentasen en una cuestión como esa —afirma el ex presidente—. Y le comunicaron que Leo y Jorge habían decidido quedarse en el Barça. Yo creo que eso fue lo que frenó las intenciones de Moratti. Cada año ha llegado una oferta, o ha habido movimientos. Pero la única vez que yo vi riesgo fue en esa ocasión».

Tras aquella reunión se empezó a diseñar un nuevo contrato.

La fama de Leo Messi hacía cada vez más incómoda su presencia en el piso de Carles III. Un día, saliendo del aparcamiento, un tipo se tiró sobre su coche exigiendo un autógrafo y afirmando que no se movería de allí hasta obtenerlo. No llevaba papel ni bolígrafo, se lo tuvo que proporcionar una de las personas que acompañaban a Leo. El nuevo contrato tenía que incluir un premio por renovación que pagara una casa nueva con jardín. Messi se compró su primera casa en Barcelona; en realidad, en Castelldefels. A cincuenta metros de Ronaldinho. Al lado de su mentor. Pero también de un abono futbolístico; da igual cómo se analice su influencia: es más fácil crecer cerca de Ronnie que lejos de él.

Leo y Jorge querían acabar el contrato en 2013, un año antes del Mundial de fútbol. De ese modo, si no jugaba podía irse a otro club gratis y ponerse en forma para no perderse el que debería ser el campeonato al que llegara, con veintisiete años, en la plenitud de su carrera. El Mundial más importante para Leo Messi. Así de crucial y presente era la visión de la familia.

Jorge Messi rechazó la primera propuesta del club. Pero tras variar algunas cláusulas y cifras finalmente se llegó a un acuerdo, apenas dos días después de que Leo se planteara fichar por el Inter. Era el tercer contrato en dieciocho meses.

El Barcelona consiguió alargarlo un año más de lo que deseaban los Messi, hasta 2014, pero por lo demás Leo ajustó su situación financiera a su condición de futbolista de clase media del primer equipo. En su primer año cobraría 900 000 euros y acabaría 2014 con 3,5 millones. Además, se llevaba una prima de renovación de dos millones de euros. La cláusula se le mantuvo en los 150 millones de euros. El contrato, diseñado en septiembre, iba a entrar en vigor en enero de 2006.

Al mismo tiempo, Jorge Messi había pedido al club que aceleraran cuanto antes el asunto del papeleo, pero quedó convencido de que estaba a pocos días de solucionarse. De nuevo, el ex presidente Joan Gaspart echó un cable para resolver el asunto, algo por lo que tampoco ha sido reconocido: «Como vicepresidente de la Federación Española que era, y soy, hice triquiñuelas para que, con Messi, la Federación autorizara su ficha profesional. Laporta me pidió que intentara influir y lo hice, muchísimo: Messi pudo jugar antes de lo que le hubiera tocado legalmente porque la Federación Española se portó muy bien».

Gracias en parte a la presión de Gaspart, las instituciones deportivas españolas parecían estar a punto de dictar un fallo favorable a Messi y al Barcelona, pero el club catalán tenía un as en la manga, la solución definitiva.

Paralelo al proceso que se estaba tramitando con exasperante lentitud en la Liga de Fútbol Profesional (LFP) y el CSD, se había iniciado otro, dos años antes, cuando su padre juró la Constitución

española. Poco después, Jorge y su mujer pidieron la nacionalización española para su hijo, todavía menor de edad. Finalmente, el 26 de septiembre de aquel 2005, Leo Messi se convirtió en español a todos los efectos ante el juez encargado del Registro Civil. Ya no era extracomunitario. Tras perderse seis encuentros ligeros de aquella temporada, Leo Messi pudo jugar en la séptima jornada.

«Durante todo ese verano, a mi hijo no le vi nervioso nunca», afirmó entonces su padre.

* * *

«Lo que ya no digo ni pongo ni comparto es que estemos ante un nuevo Maradona. Prefiero decir que estamos frente a un nuevo Messi. Le queda mucho camino por delante que recorrer. Y puede crecer como futbolista. Tiene una clase innata que le permite jugar en varias posiciones, si bien creo que su destino final será actuar como mediapunta. Hay que agradecerle que sea tan responsable a la hora de jugar en el sitio que le pedimos, siempre en beneficio del equipo».

(FRANK RIJKAARD, en 2005)

Aquella temporada 2005-2006 fue la de la consagración del equipo de Frank Rijkaard. Con la llegada de Van Bommel y Ezquerro, y la marcha de Gerard López al final de su contrato, la plantilla estaba ajustada, la base era la misma que la del año anterior, con las posiciones dobladas y la garantía de una sincronización colectiva que se había visto en los últimos meses de la campaña anterior. El

Real Madrid, que llevaba dos años sin ganar ningún título relevante, añadió a Robinho a su lista de galácticos: Roberto Carlos, David Beckham, Ronaldo y Zinedine Zidane, a quien Leo pidió esa temporada una camiseta en un gesto poco habitual; normalmente sólo la intercambiaba con sus amigos y compatriotas. Ronaldinho confirmó su estatus como la nueva gran estrella del fútbol al ser nombrado, en diciembre de 2005 y por segundo año consecutivo, mejor jugador mundial de la FIFA.

Por aquellas fechas, el ex jugador del Barcelona Ronald de Boer almorzó con Frank Rijkaard y se atrevió a analizar al argentino. Lo había visto sólo por la televisión. «Vi a ese muchacho, Messi, pero realmente no me impresiona». Frank Rijkaard lo miró con la seriedad del que está a punto de anunciar una verdad absoluta: «Tienes que verlo en los entrenamientos, Ronald. Hace cosas que nadie puede hacer. Pero no tenemos que poner demasiadas cosas en su mente, sólo dejarlo hacer».

Al final de una sesión de entrenamiento, Ten Cate paró al periodista Roberto Martínez, que seguía de cerca a Leo y escribía sobre él habitualmente en *Mundo Deportivo*: «Oye, Roberto, tranquilidad con el chaval —le sugirió el asistente de Rijkaard con el objetivo de calmar el entorno—. Es bueno, pero no tan bueno como para decir esas cosas que andáis escribiendo».

El freno que quería poner el cuerpo técnico no se correspondía con las oportunidades que le estaban llegando: con el 19 a la espalda, las apariciones de Leo Messi fueron quitándole la titularidad a Giuly. Los futbolistas del Barcelona tenían un bono por jugar el 60 por ciento de los partidos y todos ellos contaban sus apariciones. «Y a veces se acercaba alguno y me decía: estoy en el 58 por ciento, necesito dos más», recuerda Ten Cate. Se hizo

habitual preguntarle a Giuly, medio en broma, qué porcentaje había jugado. «48 por ciento —le dijo en una ocasión a Van Bronckhorst—. Está jugando Lionel». «Ah, claro. Pues te falta el 12 por ciento. ¡Leooo, que dice Giuly que le falta el 12 por ciento!», le gritaban al argentino, riendo.

Diez días después de firmar su nuevo contrato, Messi fue titular contra el Udinese en el segundo encuentro de la fase de grupos de la Liga de Campeones. Leo, siguiendo la estela de lo que hizo contra la Juventus en el Gamper y contra el Werder Bremen, volvió a jugar un partidazo. Así lo escribió Ramon Besa en *El País*: «Agitado por Messi, el hombre del partido, el Barcelona abatió al Udinese con el gatillo de Ronaldinho, que ejerció de francotirador. El argentino desmontó el plan del equipo italiano con una actuación soberbia». El Barcelona venció por un contundente 4-1.

En noviembre anotó su primer tanto en la misma competición contra el Panathinaikos. A Rijkaard le gustó la presión que ejerció para provocar un error defensivo en la cesión al portero; Leo robó el balón, lo elevó a la salida del guardameta y remató tras superarlo. Era el tercer tanto de otro resultado concluyente, 5-0. El Barcelona se clasificó para los octavos de final, donde se iba a enfrentar al Chelsea de José Mourinho.

Su primera visita al Santiago Bernabéu tuvo lugar ese mismo mes. Había jugado únicamente dos partidos enteros, contra el Osasuna y el Panathinaikos, y Rijkaard pretendía seguir protegiéndolo. Sus asistentes ya no lo tenían tan claro y así se lo indicaban al holandés: «Está para ser titular». Incluso en Madrid, había que olvidar las jerarquías establecidas. Giuly estaba un peldaño por debajo de Leo. Contra sus instintos pero siguiendo el consejo de los suyos, el preparador holandés decidió incluirlo en el

once ante el Real Madrid, pero no se lo dijo hasta dos horas antes del encuentro para no cargarlo de presión. «Imaginaba que sería suplente. Fue una sorpresa», declaró entonces Leo.

Todos los galácticos estaban en el bando blanco, pero el Barcelona confirmó, en uno de los grandes escenarios del fútbol, que era el equipo más brillante del momento. Las miradas recayeron en Ronaldinho, quien marcó dos tantos y recibió un premio inesperado: la ovación en pie del Bernabéu. La delantera del Barcelona, Messi, Eto'o y Ronnie, estuvo imparable y el argentino, desde el extremo derecho, venció en su duelo a Roberto Carlos. Ya no se volvería a debatir quién era el mejor entre las nuevas caras, Leo o Robinho. El 0-3 había acabado con casi todas las batallas verbales. En el minuto 69, Iniesta lo sustituyó. Sí, Leo estaba para los grandes partidos.

El 14 de diciembre, Leo Messi recibió en el Camp Nou el premio Golden Boy que ofrece el diario italiano *Tuttosport* a los mejores jugadores menores de veintiún años. Wayne Rooney quedó, muy alejado en votos, en segunda posición. Ronnie se acercó a Leo, una vez éste hubo recibido el trofeo, y le dijo que un día no muy lejano le darían el Balón de Oro, ese que días después iba a recibir el brasileño.

El año estaba siendo triunfal.

* * *

Leo había jugado un partido de mediapunta con Frank Rijkaard. Tres meses después de su debut ante el Oporto, un Barcelona lleno de suplentes y de jóvenes del B organizó un amistoso a puerta cerrada

contra el Shakhtar Donetsk de Bernd Schuster. Reemplazó a Luis García y Ten Cate sugirió dejarlo suelto. Leo, con sólo dieciséis años, cumplió. Pero volvió al segundo equipo del Barcelona y cuando, meses después, regresó al primero, lo hizo para jugar en la banda. Se le quería alejar de la disputa que hay en el centro del campo y se buscaba aprovechar su velocidad para encarar a los laterales, realizar diagonales hacia dentro o atraer a los defensas para abrir espacios para otros. Pero hasta Rijkaard sabía que su paso por la banda era momentáneo.

Y que su obligada posición de extremo no era únicamente un asunto táctico.

El paso de Leo por el primer equipo del Barcelona ha vivido dos tipos de evolución. Lo explica Pep Segura, ex técnico del F.C. Barcelona y ex director de la Academia del Liverpool, y analista de visión privilegiada: «Una, táctica, y otra que tiene que ver con el rol en el equipo. Son lógicamente complementarias. Cuando Rijkaard le empieza a dar paso, el once está lleno de estrellas. El núcleo duro lo forman Ronaldinho, Deco y Eto'ó, y Leo pone su calidad al servicio del grupo».

Rijkaard no está dispuesto a cambiar esa jerarquía establecida, esos equilibrios invisibles, pero tan fuertes y esenciales, que rigen un equipo. Uno, por cierto, que estaba deslumbrando al mundo. «Messi —continúa Segura— juega de extremo derecho y, como todo joven que aterriza en la élite, está dispuesto a cumplir órdenes, hace lo que le piden con la calidad que mostró en todas las categorías de La Masía. Sin ser extremo y a pesar de ser zurdo, muestra su nivel de inmediato».

Y el que acaba cayendo es el más débil, Ludovic Giuly.

Leo fue creciendo en ese papel pequeño, en la reducida área del

extremo. Pero muy pronto empezó a pedir más paso, a realizar jugadas más propias a su concepto de juego, alejadas de la banda. «Empezaba a asomar su segunda evolución, la táctica —analiza Pep Segura—. Los buenos entrenadores saben que, si un jugador continúa llamando a la puerta exigiendo más espacio, se le ha de abrir y dejarle pasar». Pero, en el ecosistema de un grupo de fútbol, si un chaval nuevo quiere comerse el terreno de otros, se puede encontrar con que los afectados no le dejen, a no ser que muestre claramente que es superior a ellos, o que el entrenador le pare los pies para no desequilibrar el colectivo.

Rijkaard le prometió que jugaría por el centro, pero en los tres años que lo tuvo en el primer equipo no le dio esa oportunidad. Tuvo que esperar a la llegada de Pep Guardiola para que esa evolución táctica tuviera lugar.

El partido más representativo de la época Rijkaard con Leo Messi en el equipo titular fue la eliminatoria Chelsea-Barcelona de la Liga de Campeones jugada en febrero y marzo de 2006.

El año anterior, el Chelsea había eliminado al Barça, en el inicio de las hostilidades entre los clubes que acabarían enfrentándose en tres temporadas consecutivas. Los azulgranas vencieron en casa 2-1, pero el entrenador *blue*, José Mourinho, acusó a Frank Rijkaard de hablar con el colegiado Anders Frisk en el descanso. Las amenazas de muerte consiguientes obligaron a éste a abandonar su carrera. Mourinho fue sancionado con dos partidos. En la vuelta en Stamford Bridge, el Chelsea batió a los catalanes 4-2, tras un espectacular arranque que puso a los londinenses 3-0. El gol de Terry en los últimos compases del partido, pese a la falta no pitada que Ricardo Carvalho cometió sobre Víctor Valdés, sentenció la eliminatoria. «El Barcelona es un gran club, pero solamente ha ganado una Liga

de Campeones en cien años —recordó Mourinho elevando la tensión para futuros enfrentamientos—. Yo llevo algunos años entrenando y ya la he ganado».

En el reencuentro el 22 de febrero de 2006, en la ida de los octavos de final, se hablaba de venganza entre dos de los mejores conjuntos del continente, de reto entre dos estilos de juego, dos tipos de entrenadores. «Había un clima tenso. Todos lo percibían», recuerda Asier del Horno, por aquel entonces lateral izquierdo del Chelsea. El preparador portugués puso, como de costumbre, las condiciones en las que se iba a jugar el partido: la manguera dejó el campo como un fangal, la pelota no rodaba mucho y los equipos estaban dispuestos a neutralizarse. Quizá por eso Iniesta se quedó en el banquillo y el centro del campo del Barcelona tuvo mucho músculo: Deco, Edmilson y Motta. Los tres delanteros del Barcelona fueron los esperados: Ronaldinho, por la izquierda pero con libertad de movimientos; Eto'o, de nueve, y Leo Messi, de extremo derecho.

Aquel partido fue el perfecto ejemplo gráfico del juego del argentino con Rijkaard. Desde el primer minuto se mostró vertical, buscando el uno contra uno, muy abierto. Y el equipo lo buscó pese a que a sus dieciocho años podría suponerse que el partido no era para él. Messi, con el 31 a la espalda, respondió con el primer remate a puerta y la primera ocasión de peligro; presionaba cuando perdía la posesión y se convirtió en el enemigo público número uno para la defensa *blue*. Del Horno supo desde el inicio del encuentro que tenía enfrente a un futbolista correoso y atrevido.

«Nosotros, tácticamente, estábamos bien dispuestos —explica Asier del Horno—. Mourinho había preparado el encuentro al detalle, intentando bloquear la maniobra del Barça. En medio del campo había gente como Makelele, Lampard y Essien que arropaban

la defensa, pero Messi llegaba. Me encaró dos o tres veces, y yo intenté frenarlo con mis recursos y con mi experiencia...».

Se le escapó en una ocasión y, en la siguiente, lo paró con una entrada brutal a la altura de la rodilla que marcó sus tacos en la pierna derecha del argentino. El árbitro no lo amonestó.

«No provoca. No dice nada. Se dan provocaciones, en el fútbol, entre defensas y delanteros, pero no es su caso», confirma del Horno.

«Yo no le decía nada, y él tampoco —recordó años después Leo—. Es parte del juego, del fútbol, y él estaba haciendo lo que le iba bien a su equipo».

Y llegó la jugada emblemática, la que recuerda todo el mundo. La que marcó la eliminatoria.

Minuto 36.

Leo recibió el balón en la banda derecha del centro del campo. Un toque excesivo hizo que se le adelantara Robben, que quiso dejar que saliera por la línea de fondo. Messi se rebeló ante esa idea. Y se fue a pelear la pelota a tres metros del córner. Donde viven y mueren los extremos.

Robben protegía el balón y Leo intentó adelantarse por la derecha, por la izquierda. Pero, en un golpe de hombro mal calculado, surgió la posibilidad de superar en carrera a Robben por la izquierda.

Leo recuperó el balón justo en el cuarto de círculo del córner.

Robben se lanzó con los dos pies a parar a Messi pero un toque suave del argentino se convirtió en un caño. Con Robben en el suelo, Leo corrió hacia el esférico cuando...

«Vi que el defensa venía fuerte, con mala intención...» (Messi).

«Yo intenté pararlo...» (Del Horno).

«... y salté...» (Messi).

«... y me pasé» (Del Horno).

«... por eso no me dio...» (Messi).

«Él empezó a revolcarse por el suelo y a mí me expulsaron» (Del Horno).

Se produce una tangana, Puyol y Robben no se entienden y con la tensión casi llegan a las manos. El árbitro, Terje Hauge, tras varios segundos, le muestra la tarjeta roja al lateral del Chelsea.

«Messi fue listo, fue inteligente, parecía que había sido una entrada impresionante y, en realidad, no tenía nada... Lionel exageró, sin duda», señala Del Horno.

«Lo más triste del partido fue que dijeron que no había sido falta —dice Sylvinho—. La jugada es clarísima, a Del Horno se le va la olla y va a por Leo a saco. Era para roja».

«Fue una locura», es como lo define Henk ten Cate.

«Pero Leo se portó de maravilla —recuerda Sylvinho—. Si es falta, es falta; si es roja, es roja, y ya está».

Y a por la siguiente jugada.

«Fueron dos jugadas puntuales donde se armó todo el quilombo, pero después, nada, normal —contó por entonces Leo en el programa “Sin Cassette” de la televisión argentina—. No me gustaba que se hablara mucho de que me pegaban, porque igual luego los jugadores te agarran manía por eso. Y yo nada que ver, nunca dije nada, nunca me quejé».

No se escondió Leo después de aquello, pese a ser abucheado por el público de Stamford Bridge cada vez que recibía el balón. Leo no había levantado la voz en aquella jugada, ni tampoco durante el partido. La atmósfera, eléctrica desde la media hora del encuentro, lo alimentaba. Quería la pelota. Siguió buscando a su

nuevo rival, Paulo Ferreira, que se trasladó a la izquierda de la defensa, con Geremi, que sustituyó a Joe Cole, en el lateral contrario.

La expulsión dio la coartada perfecta a Mourinho, quien retrasó a los suyos buscando el empate a cero. Messi quería cambiar el guión, pero el equipo no lo acompañaba.

Lampard lanzó una falta, Valdés erró en la salida y el balón tocó en Motta. Gol en propia puerta. El partido se ponía de cara para el Chelsea.

Leo seguía pidiendo permiso para resolver. Estaba siendo el delantero más desequilibrante y siguió buscando las debilidades del contrario para remontar. El árbitro ignoró un penalti cometido sobre la Pulga, quien sólo entendía el partido en línea recta hacia el gol, vertical y profundo.

Veinte minutos antes del final, una falta ejecutada por Ronaldinho fue desviada de cabeza a su propia portería por John Terry, presionado por Rafa Márquez, para el empate a uno. Y ocho minutos después, el central mexicano condujo el balón desde su propia mitad para centrar al segundo palo, donde Eto'o cabeceó para el definitivo 1-2.

La primera derrota de José Mourinho en 49 partidos en casa.

«Nos vengamos por lo del año anterior». Ten Cate sonríe cuando recuerda el partido.

Leo había tirado cinco veces a puerta, una de ellas dio en el larguero. Provocó la expulsión y añadió intensidad al juego, brillante pero irregular, de Ronaldinho.

No, no era un partido para Messi. En teoría. Pero el argentino dio la cara en The Bridge antes que el propio Barcelona. Había nacido una estrella en el más decisivo de los escenarios, se dijo.

«La mayor aparición de los últimos años», escribió Santiago Seguro en *El País*. La consagración en un partido para mayores.

Fue tal el impacto que Ronaldinho y Eto'o, primero y tercer mejor jugador de aquel año para la FIFA, fueron tratados como sus asistentes. Se había saltado no uno, sino dos peldaños de la jerarquía. Tras su demostración ante el Udinese y el excelente partido en el Bernabéu, lo de Stamford Bridge tuvo un impacto universal. Y lógicamente también local: ya nadie le sacó del equipo titular. Giuly iba a aparecer sólo esporádicamente a partir de aquel encuentro.

José Mourinho empezó a jugar el siguiente partido en la rueda de prensa. «Es más fácil que lo veáis vosotros que yo —dijo en alusión a los periodistas cuando se le preguntó por la expulsión de Del Horno—, porque teníais pantallas. Creo que es mejor que lo digáis vosotros, porque no quiero verme en una situación difícil. El resultado es 1-2. ¿Qué podemos hacer? ¿Vamos a suspender a Messi por hacer teatro? Sí, ha hecho teatro. Catalunya es un país de cultura y sabéis lo que es teatro (en referencia a los medios catalanes). Es teatro del bueno».

«¿Mou? —respondió Leo a una pregunta al respecto—. Yo no tengo problema, él se agarró conmigo».

El Camp Nou recibiría a Mourinho dos semanas después con un consejo cultural: «Vete al teatro, Mourinho, vete al teatro».

En la vuelta de aquellos octavos, Leo empezó pegado a la cal por la izquierda, pero a los pocos minutos apareció en una posición más central, en la mediapunta, en la cocina del equipo.

Y de repente, a los veinticinco minutos, el partido se torció cuando Leo Messi se dejó caer al césped. Se había lesionado. Golpeó el suelo con la mano, frustrado. El cuerpo lo volvía a alejar

del balón.

Rijkaard se cruzó con él de camino a los vestuarios. Y le dio un abrazo. La mano derecha de Leo se dirigió a la cintura del entrenador y su cabeza se hundió en el abrigo del holandés.

Quería ese abrazo. Lo necesitaba.

El Barcelona empató a uno. Pero la clasificación para los cuartos de final (donde se encontraría al Benfica) tuvo un peaje carísimo: la progresión de Messi se detuvo de nuevo.

* * *

Messi había notado un pinchazo en un encontronazo con William Gallas, pero decidió continuar por si no era nada. No hay contacto en el momento en que se deja caer, sino la constatación de que no es sólo una contractura, de que es algo mucho más grave. Cuando Goal.com pidió a Leo Messi en 2010 que escogiera los doce momentos clave de su carrera, le vino a la cabeza aquella noche en el Camp Nou: «Mi primera lesión importante».

Rotura muscular en la parte alta del bíceps femoral de la pierna derecha, una tipología que, a partir de entonces, se le haría familiar. Forma parte del paquete de músculos que configura la parte trasera de la pierna, los más importantes para los futbolistas de velocidad explosiva. Cuatro centímetros, dice el Barcelona. Cinco, replica la prensa. Era la segunda lesión en el mismo músculo que sufría en un mes: la anterior le tuvo apartado doce días en una recuperación quizá demasiado acelerada. Esta vez tendría de cuatro a seis

semanas, se le informó. Pero al mes y medio no estaba listo. Leo, que había jugado veinticinco partidos esa temporada, pasó finalmente 79 días fuera de los terrenos de juego.

Se comenta, con razón, que las lesiones musculares no ocurren por casualidad, que todas son evitables. Si un músculo se rompe es porque algo ha fallado en el calentamiento, en el estilo de vida, en la atención al cuerpo. Es muy posible que Messi, pese a descansar el domingo anterior ante el Deportivo de la Coruña, llegara con fatiga muscular acumulada. Quizá no se había recuperado satisfactoriamente del problema muscular anterior. Se dijo que no había calentado adecuadamente. La colisión con Gallas pudo tener su influencia.

El caso es que no hay pruebas científicas que expliquen las lesiones musculares.

Algo de culpa debía tener el club, pues por entonces no hacía un seguimiento de la plantilla tan exhaustivo como ahora: se acumulaban veinte lesiones musculares similares en tres temporadas y en doce futbolistas distintos.

Rijkaard se refería a estas consecuencias cuando pedía calma a todo el mundo.

Ciertamente, Messi no conocía su cuerpo como lo hace hoy. No le molestaba acabar con los tobillos y las piernas marcadas, con los pies llenos de morados o con cortes, con ampollas y la piel levantada. Era la vida que había escogido, parte del juego. Pero dos lesiones en un mes sugerían que algo estaba ocurriendo. No levantó gran alarma y, aun así, Leo preguntó de dónde provenía aquello.

La respuesta no era sencilla, pero el futbolista no tenía que ir muy lejos para descubrirla. Cuando llegó al primer equipo, en plena adolescencia, su vida fuera del terreno de juego se relajó. No se

trataba de un exceso de fiesta, sino de falta de orden. En la alimentación, en los horarios.

Además, Leo había subido escalones demasiado rápido, todo se había acelerado y eso tampoco ayudaba a la concentración. Puede que estuviera preparado mentalmente para llegar arriba antes que la mayoría de compañeros, pero los cambios bruscos en las demandas físicas y en las exigencias del equipo eran de difícil asimilación. Cada pocos meses, con cada nueva categoría, había una velocidad más en el juego, disputas más fuertes, un incremento del ritmo, una mayor atención pública, una necesidad superior de victorias, de responder a las expectativas. Y el primer equipo era un ecosistema en el que debía reinar la profesionalidad, la regularidad en los horarios, la alimentación cuidada, hábitos imprescindibles para poder despuntar.

A veces hay que cometer errores para conocer los límites.

En ocasiones Leo comía en La Masía con el Barcelona B y de nuevo, un rato después, en uno de los restaurantes argentinos que solía visitar. Un menú normal consistía en un par de empanadas, siempre de carne. Y luego la milanesa. Tan fanático era de la carne de ternera rebozada —unos doscientos gramos, con salsa de tomate, queso y jamón, cocida al horno, acompañada de patatas fritas y sin ensalada— que, en los restaurantes que frecuentaba, le llamaban *Milamessi*. Y para acabar, helado de dulce de leche y chocolate. Algún día podía cambiar las empanadas o la milanesa por un plato de pasta, de raviolis de carne. Siempre regado con agua o Coca-Cola. No bebía alcohol.

A veces le sugerían, bromeando: «Un poco de pescado te vendría bien». A lo que contestaba: «¡Aaah! El pescado para el agua». Algún mayorista de pescado y carne llegó a ofrecerle una

caja de langostinos argentinos de regalo y Leo insistía en que se lo dieran a su padre, que a él no, que a él le trajeran carne.

Algunos domingos —sobre todo cuando Rijkaard dejó de concentrar al equipo en su última etapa—, después de comer copiosamente en alguno de estos restaurantes, se dirigía directamente al campo, a jugar. «Uuuu, esto, ahora cuando llego, ya se me ha bajado», decía Leo.

Si no había partido, después de entrenar dormía una larga siesta, se levantaba a las cuatro de la tarde y comía una pizza. Más tarde, unos Conguitos. Y si tenía sed, una Coca-Cola de litro y medio. El descontrol alimentario era total, llevaba vida de estudiante.

Leo era un coche de lujo a gasolina que consumía diésel. Un día de descontrol no tenía mayores consecuencias pero, a la larga, cuando se necesita que el coche corra más rápido, más ligero, deja de responderte.

La irregularidad de su estilo de vida llegó a la directiva, que pensó en vigilar el crecimiento de Leo asegurándose de que se alimentara mejor, que se hiciera más fuerte. «Este tío se ha de poder plantar en el suelo y que no lo tiren», se oyó en la sala de juntas. Pero durante esa temporada no se hicieron grandes esfuerzos para que Leo cambiara de hábitos. De hecho, tanto el club como el futbolista tardaron un par de años antes de tomar las decisiones precisas para que su cuerpo volviera a consumir gasolina en lugar de diésel.

Mientras se recuperaba, el año que podía haber sido de Messi se estaba convirtiendo en el año del Barcelona: el Benfica había sido eliminado, también el Milán en semifinales, y la Liga estaba en el bolsillo.

Leo se enfrentó a una carrera contrarreloj para estar en forma

para la final europea contra el Arsenal. Se jugaba el 17 de mayo, diez semanas después de su lesión. Si se cumplían los plazos previstos, debía llegar.

FRANK RIJKAARD, LA CAÍDA

Leo creía poder llegar a la final de la Liga de Campeones.

«Jugar una final siempre es lindo, y más en esta competición, que después del Mundial es una de las más, si no la más, linda de todos los torneos. Sería algo muy bueno jugarla y ganarla».

(LEO MESSI, en 2006)

«Entrenábamos los dos solos, mañana y tarde —rememora Juanjo Brau, su fisioterapeuta personal desde la época de Rijkaard hasta hace poco—. Por la mañana, trabajo físico y fisioterapia y, por la tarde, gimnasio. Cada día». Y nadaba. Y a casa a descansar. Durante un mes, todos los días. Había que llegar. No podía perderse la gran cita en París. Y, además, era año de Mundial.

Finalmente, el 10 de abril, una semana antes de las semifinales ante el Milán y cinco antes de la final, Leo Messi se quiso reincorporar a los entrenamientos con el grupo. Se había perdido ocho partidos, incluidos los cuartos de final. Si respondía bien, Rijkaard tenía intención de llevarlo a Italia y dejarlo en el banquillo, para utilizarlo como agitador en la segunda parte. Leo se sentía listo para lo que fuera.

Ten Cate no lo tenía tan claro. Antes de la primera sesión con el grupo, preguntó al cuerpo médico por la Pulga. Contaba con el alta médica, pero se le había aconsejado que hiciera trabajos individuales. Messi insistía en que estaba para entrenar con

normalidad. Ten Cate tuvo un aparte con él.

—Leo, he hablado con el médico y todavía no estás bien. Corres el riesgo de perderte más partidos.

—No, yo no siento nada.

Los preparadores dicen siempre que, al final, es el jugador quien tiene la responsabilidad sobre su cuerpo, el que decide si está para entrenar o no. Sólo él sabe lo que siente por dentro. A los quince minutos de aquella sesión, Leo estaba a gusto y decidió tirar una falta.

Ten Cate le gritó que no lo hiciera. «Déjalo, Leo. A ver si va a ser peor...».

Messi lanzó el balón por encima de la barrera. Y su músculo se resintió.

Nuevo desgarró en el mismo sitio.

En la pierna y en el corazón.

El club dijo que Leo iba a reaparecer antes del final de Liga, que no era una rotura. No especificaron cuándo iba a ser su regreso. La cicatriz del bíceps femoral de la pierna derecha —explicaron— necesitaba más oxígeno del que recibía.

Éste fue el comunicado oficial: «Durante la última fase del tratamiento ha notado molestias en la zona cicatrizal y fatiga muscular importante. Por lo tanto, se decide mantener la pauta de tratamiento y reacondicionamiento muscular, que durará hasta que el jugador pueda reincorporarse al trabajo sin síntomas. En el momento actual es baja para el próximo partido».

Había que leer el parte médico entre líneas. Lo que los doctores querían decir es que Leo no tenía experiencia en lesiones musculares como la que sufría, que le castigaba la ansiedad de querer llegar, que había adelantado los plazos porque quería volver cuanto antes.

Su musculatura de velocista requería mucho oxígeno, su cicatrización estaba resultando lenta. A su edad, remataban, era normal e incluso lógico que no supiera leer su cuerpo y que sospechara que estaba mejor de lo que estaba.

Leo no quiso hablar con nadie al llegar a casa. Algo había fallado. Las últimas pruebas confirmaban que sí era una nueva rotura, aunque el club la quisiera ocultar. Así pues, se trataba de empezar la recuperación otra vez. Con Juanjo Brau. Mañana de trabajo físico y fisioterapia. Tarde de gimnasio. Natación. Todos los días.

Leo y Brau se fueron a Rosario, para alejarse de un entorno que también le quería ver sobre el terreno de juego, que también le precipitaba. Vieron por televisión el gol de Giuly ante el Milán, que clasificó al Barcelona para la final. Lo celebró con un «Gool» seco como un martillazo. Podía estar para la final, igual en el banquillo. Seguro que llegaba. Seguía trabajando duro para lograrlo.

El reloj se aceleró, quedaba tan poco... La final era el 17 de mayo, cinco semanas después de su última recaída.

A principios de mayo, Leo se sentía bien. Juanjo Brau le pedía paciencia. Y que fuera con cuidado.

Finalmente, Leo pidió a Rijkaard que lo incluyera en el grupo, y así lo hizo el holandés. Tres días antes de la final ante el Arsenal en Saint-Denis, París, anunció la convocatoria: Messi entró.

Consecuentemente, la Pulga entrenó con la primera plantilla el domingo en el Camp Nou. Y el lunes.

El martes, antes de la sesión preparatoria, Frank Rijkaard acudió a la rueda de prensa en Saint-Denis. Además de decir que sería un error considerar al Barcelona favorito ante el Arsenal de Thierry Henry, Robert Pirès, Ashley Cole y Cesc Fàbregas, no quiso dar

pistas sobre el estado físico de Leo. Se había llevado a toda la escuadra a París y debía descartar a dos de los veintidós concentrados. «Hasta mañana no decidiré nada», sentenció el holandés. Los periodistas le insistían. «A nivel de sensaciones, el equipo está bien. ¿Messi? Veremos qué pasa mañana. Estamos contentos de que Leo se esté recuperando, pero vamos a ver, porque todavía queda un entrenamiento y sólo lleva dos con el equipo. Nunca se sabe».

Y, a continuación, acudió al entrenamiento previo a la final. Leo estuvo participativo, enchufado, atento. Le dio un pelotazo a Eto'o que le dejó atontado. El músculo estaba fuerte.

Pero Rijkaard y Ten Cate ya habían tomado una decisión. Y se la comunicaron en un vestuario vacío, al lado del de los jugadores, tras aquella sesión. Veinticuatro horas antes del partido.

Frank y Henk le pidieron que se acercara a aquella sala. Se lo querían decir en privado. Estaban sentados, esperándole. Leo llegó y se sentó también. Frank le indicó que no estaba en forma, que no iba a incluirlo en la convocatoria final. Ten Cate asentía.

Henk llevaba los entrenamientos y no lo veía explosivo. No creía que pudiera aguantar la presión y el ritmo de una final. Los dos eran conscientes de que lo sacaban del encuentro más importante a nivel de clubes. Pero también de que tenía dieciocho años. «Estoy seguro de que vas a jugar muchas más finales, pero ésta ha llegado demasiado pronto», le comentó Ten Cate.

Y Leo se enfadó. Tremendo enfado de una furia argentina. No con Rijkaard, sino con Ten Cate. Se le veía en el rostro, que le había cambiado. Los ojos se le colmaron de lágrimas. Fue bajando la cabeza en silencio. Messi cogió aire. Y volvió al silencio.

«¿Te imaginas? —comenta ahora Ten Cate—. Un chaval de

dieciocho años que no puede jugar por un error de cálculo».

Según el cuerpo técnico, Leo había cometido un desliz grave. No tradujo bien las sensaciones de su cuerpo y de ahí vino la recaída que le impidió jugar la final. Una lección para el futuro, porque hubiera sido una pieza importante de aquel Barcelona que se disponía a jugar su quinta final de la Copa de Europa, en busca de su segundo trofeo en la máxima competición continental.

«Éstos son los momentos más difíciles para un entrenador —insiste Henk ten Cate—. Xavi ya era un jugador maduro y sabía lo que podía o no podía hacer. Se había operado de una lesión de ligamentos y regresó a los entrenamientos con el grupo, pero se dio cuenta de que no tenía el nivel adecuado». El centrocampista había estado fuera del equipo durante cinco meses, sabía que no estaba bien para la final. Se iba a quedar en el banquillo. Ese tema fue fácil. Lo de Leo, más complicado.

«Las lágrimas le llenaban los ojos y le caían por las mejillas», recuerda Ten Cate, emocionado.

Frank se levantó y le dio un abrazo.

* * *

Xavi Hernández no jugó un solo minuto de aquella final y Andrés Iniesta fue otra de las discusiones del cuerpo técnico. Empezó el partido en el banquillo, porque Rijkaard y Ten Cate prefirieron un centro del campo con músculo, con Van Bommel, Deco y Edmilson. «Ten cuidado, Frank —le comentó su asistente—. Engancha un momento a Andrés, que lo vas a tener calentito». El resto del equipo ejemplificaba la apuesta de Rijkaard para partidos grandes: en lugar

de dos laterales ofensivos, jugaron Oleguer y Gio van Bronckhorst, con el encargo de no aventurarse demasiado y proteger la espalda de Giuly y Ronaldinho.

Messi no supo disfrutar de aquella final, no le salió. El eco de una cabeza llena de desilusión recuerda un inicio extraño con la temprana expulsión del portero del Arsenal, Jens Lehmann (en el minuto 18), el posterior gol de Sol Campbell de cabeza que adelantaba al rival y la introducción de Henrik Larsson, que asistió a Eto'o y Belletti para la victoria y, de ese modo, iniciar el que parecía un ineludible período de gloria y títulos europeos.

Como Leo, sentado en la grada, no sintió esa victoria como suya, tampoco se creyó merecedor de la celebración. Así que se fue al vestuario tan pronto como oyó el pitido final. Prefirió alejarse del equipo, esconder su malestar. No quería salir. Y, como dice Juanjo Brau, «es una persona que, si dice que no, es no, y si dice que sí, es sí. Con él no hay ambigüedades».

Ten Cate estaba fumando un cigarrillo en el túnel justo después del partido, antes de las celebraciones. La Pulga pasó por su lado taciturno. A paso firme.

No apareció en ninguna foto en Saint-Denis. No quiso tocar la copa. Ni recoger la medalla. Lloró solo en una esquina del vestuario.

Brau, en medio de la algarabía, lo fue a buscar. Y le dijo: «Leo, en el partido del Chelsea..., en esa famosa entrada..., si tú ese día no llegas a estar, no habiéramos pasado».

«Y súbitamente se me enciende la bombilla», recuerda Sylvinho. «Estábamos celebrando todos la Champions y de repente, ¡zas!, me doy cuenta de que Leo no está con nosotros. Fui al vestuario y allí lo encontré. Vestido con un chándal del Barcelona, acompañado por el

utilero y Juanjo Brau. Me dirigí a él, hablamos. “Venga, va, salgamos al campo”. Estaba tocado, muy tocado. Rijkaard pensó igual que yo, “vamos a por él”, y nos encontramos los tres en el vestuario. Frank volvió al terreno de juego al cabo de un momento, yo me quedé un par de minutos más con él, y le comenté: “No te preocupes, lo entenderás de aquí a poco, ya charlaremos con tiempo de lo que está pasando aquí. Habrá muchos otros partidos importantes; en fin, tranquilo”. Yo lo entendí. No hacía falta que él me dijera una sola palabra. Y le dejé solo, volví al campo a celebrar».

«¿Cómo me he perdido una final de Champions como ésta? Yo no sé si volveré vivir un día así..., hay futbolistas que esperan diez años por este partido», repetía.

El niño parecía haberse apropiado de Leo.

Aunque Sylvinho no está de acuerdo en que fuera la reacción de un niño, sino la de un tipo adulto que sabía que ese tren, el de una final, podía no volver a pasar. «Creía que podía haber ayudado — cuenta Sylvinho—. Se estaba perdiendo una cosa muy especial, un encuentro y una fiesta inolvidables. Durante el resto de la noche, y al día siguiente, intenté hacerle ver que no era el fin del mundo».

«Creo que él aprendió mucho ese día». Esta afirmación es de Sylvinho, pero la sostienen todos los que lo vieron.

Muchos futbolistas, al volver al vestuario, le comentaron que era tan campeón como ellos. Otros futbolistas del Barcelona entendieron un poco menos su reacción. «Tu equipo ha ganado, tienes dieciocho años, te ha ido bien, el plantel se lleva la copa, vas al Mundial... Es raro que reacciones así», declaró Maxi López en la zona mixta. Para los que no piensan como Leo, aquello no debía ser una situación tan infeliz. Sólo un poco.

Deco, que había recogido la medalla del argentino, se la colgó en el vestuario. «Algún día ya verás tú como ésta ha sido una gran noche».

Pero Leo no hallaba la manera de salir de ese planeta negro donde todo pesaba mucho. Hasta que algunos de sus compañeros le trajeron la copa al vestuario para que, por fin, la tocara, para fotografiarse con ella.

«Ahora me doy cuenta de que tendría que haber disfrutado mucho más de esa final, más de lo que la disfruté, por el momento que fue, creo que hay muchos jugadores que no tienen oportunidad de poder ganar la Champions. Era muy joven y no quería celebrarla. Entonces Ronaldinho, Deco y Motta me llevaron la copa para festejar el título y este recuerdo es muy bonito. Hoy en día me arrepiento de no haberla disfrutado más dentro del campo, aunque después sí lo hice. Yo estaba ahí, y es algo muy especial». Así habló Leo cuatro años después.

Salió del vestuario y de camino al autocar corrió hacia Ten Cate. «Creo que saltó sobre mi espalda o algo así —cuenta Henk—. Le había cambiado la cara. Todo el mundo estuvo muy encima, se sintió querido, me imagino. Recuerdo que, en el vuelo de vuelta a casa, tomó el micrófono. Estábamos sentados en el piso de arriba del avión con los jugadores y el consejo de administración, y las familias estaban situadas abajo. A través de los altavoces, la voz se podía oír por todo el avión. Así que cogió el micrófono y dijo: “Presi, por favor, no quiero otro reloj, quiero un coche”, y lo conseguimos. Messi había obtenido su permiso de conducir justo antes de la final, una o dos semanas antes, y ya tenía un reloj por ganar la Liga, por eso lo dijo. A todos nos dieron un Audi. Un S3, creo».

Las «negociaciones» por las primas no acabaron ahí. Laporta se cruzó con un Leo ya totalmente recuperado: «Y le digo: “Qué, Leo ¿estás contento?”. Estaba sentado en una punta, y me responde: “Yo ya había mirado unos apartamentos”. De coña. Nos reímos todos. Y siguió con la broma: “Con garaje, para aparcar el coche”».

«Al final salió y todo fue perfecto —insiste Sylvinho—. Recuerdo cómo celebramos a lo grande aquella final, a la vuelta, en Barcelona, una rúa con la gente por la calle, inolvidable».

Aquella temporada se hizo el doblete: el Real Madrid galáctico quedó a doce puntos de un Barcelona que hipnotizó al mundo. Samuel Eto'o acabó pichichi con veintiséis dianas, y tanto el camerunés como Ronaldinho fueron escogidos para el mejor once de la temporada por el sindicato de futbolistas, la Federación Internacional de Futbolistas Profesionales (FiFPro). En 2012, Leo Messi analizó en *El País* esa época con cariño: «Rijkaard es una persona a la cual le debo todo prácticamente..., la verdad es que gracias a él después vino todo lo que vino».

El equipo estaba destinado a grandes cosas, pero lo que no se sabía entonces era que, en realidad, aquella final de París fue su techo.

* * *

«Era fascinante ver cómo el chaval se iba convirtiendo, en unos meses, en el mejor jugador del mundo delante de nuestros ojos». La percepción de Eidur Gudjohnsen, que aterrizó la temporada siguiente junto con Thuram y Zambrotta, es privilegiada, por supuesto. Pero tiene un añadido sugestivo. Eidur y Leo se

reconocieron como *outsiders* en aquel pequeño mundo que era la plantilla del Barcelona. El vikingo y el argentino se comunicaron sin comprender una palabra de lo que se decían: «A Leo ni lo entendía: hablaba muy bajo o muy rápido o con ese acento argentino cerrado. Me tiraba el rato diciendo “¿qué es lo que acaba de decir?”. Creo que eso le hacía gracia. Y casi sin entendernos nos llevamos muy bien, reíamos de las bromas de los demás».

«Me pareció un ejercicio interesante ver esa progresión impresionante, partido a partido, e intentar meterme en su cabeza — continúa el delantero que llegó del Chelsea—. Y no era para nada fácil, porque, lo que se ve desde fuera, incluso para sus compañeros de equipo, es a un tipo al que le apasiona el fútbol, que come y bebe fútbol, que pasa el resto del tiempo en casa o durmiendo, jugando un poco a la Play y ya está. Pero siempre supe que detrás había mucho más, tenía que haber más».

El futbolista islandés reconoció de inmediato la jerarquía de aquel grupo que acababa de ganar las dos grandes competiciones: la plantilla giraba en torno a la sonrisa eterna de Ronaldinho. «Cuando Ronnie hablaba de fútbol, y lo hacía a menudo, se veía a un Messi muy atento, con la cara de un fan. Fuimos de pretemporada a Estados Unidos y, cuando salía Ronnie del autobús, era como si lo hiciera Michael Jackson. Era un hombre hecho y derecho, y Leo, un niño que admiraba al mejor jugador del mundo y que jugaba en el mismo equipo con él —recuerda Gudjohnsen, que se sorprende todavía de que lo escogieran, a él también, para sentarse en la mesa de los brasileños—. Era la de los bromistas. Sylvinho era mi traductor, me explicaba todo el rollo patatero que se decía».

Pero en aquella temporada 2006-2007 que empezaba, el Barcelona perdió competitividad. Al principio de manera

imperceptible, aunque la marcha de jugadores como Larsson, Gabri y Van Bommel y el pobre nivel de los líderes del vestuario (en especial Ronaldinho y Deco) tuvo como consecuencia que el equipo estuviera muy por debajo del de la triunfante campaña anterior. La marcha de Henk ten Cate al Ajax ayudó a que el conjunto se fuera desintegrando como un azucarillo en el café.

La influencia del asistente de Rijkaard era crucial. El título de Liga que se acababa de conseguir se podía explicar a partir del talento, pero también por las medidas tomadas para evitar que la caída del equipo empezara antes de tiempo. «Si quieres la clave de aquella Liga y de lo que vino después, estudia bien el partido contra el Betis en el Benito Villamarín. —Ése fue el reto lanzado por Ten Cate en la conversación con Gio van Bronckhorst—. Encontrarás la razón por la que ganamos la Liga y la Liga de Campeones. ¿Recuerdas, amigo?».

Echemos, pues, la vista atrás, al triunfante curso 2005-2006. El Barcelona había iniciado aquella temporada de un modo irregular: empató ante el Alavés y el Valencia, perdió ante el Atlético de Madrid y la única victoria en cuatro encuentros la obtuvo ante el Mallorca.

Antes de viajar a Sevilla para aquel partido del que habla Ten Cate, Frank Rijkaard entrenó a puerta cerrada con el equipo de gala. Ronaldinho y Deco llevaron el peto de titulares. Pero finalmente no convocó a ninguno de los dos.

Hasta ese momento, las dos estrellas solamente habían caído del equipo por lesiones. El vestuario tembló.

Oficialmente, Rijkaard habló de rotaciones: «Ronaldinho y Deco han jugado cuatro partidos en diez días y he pensado en darles un descanso, porque el martes hay un encuentro trascendente [el

Udinese, en el Camp Nou] y ellos son jugadores muy importantes. Quiero que descansen y el domingo vuelvan a entrenarse de nuevo».

La razón fue otra: un sector del vestuario no aceptaba el comportamiento de los dos futbolistas y eso había llegado a oídos del preparador holandés. Deco volaba continuamente a Brasil, entrenaba poco. Ronaldinho también estaba despistado. Y el sector holandés, los catalanes y Eto'o le hicieron llegar a Ten Cate su descontento. Acababan de ganar el primero de los dos títulos de Liga y era necesario enderezar aquella situación para dar ejemplo, o «el grupo se perderá», se le explicó a Rijkaard. Frank reaccionó de inmediato dejando fuera del encuentro ante el Betis a los dos futbolistas.

Henk ten Cate le dijo al grupo, de camino a Sevilla, una obviedad: «Chicos, hay que ganar como sea». Rijkaard no había tomado antes una decisión disciplinaria tan tremenda y debía estar respaldada por una victoria. En aquel encuentro, Eto'o falló un penalti. El partido estuvo una hora con empate a uno, pero el camerunés marcó dos tantos, el segundo de ellos robándole el disparo a Maxi López. «Tienes que pensar rápido en el área pequeña», le dijo Eto'o. Messi no jugó ese encuentro.

Finalmente acabó muy bien aquella temporada, con los grandes títulos en el zurrón, pero la dinámica negativa de las estrellas continuó en la nueva que empezaba. Messi fue la luz de aquel túnel que se hacía oscuro; de hecho, fue el único que mejoró con respecto a la temporada anterior y que aumentó su ascendiente en el equipo. Las lesiones le estaban respetando y sólo se perdió una semana tras un esguince de tobillo sufrido durante la victoria del Real Madrid en el Clásico del Bernabéu, un 2-0 que comenzaba a dejar la sensación de que el Barcelona, derrotado también por el Sevilla en la

Supercopa europea en agosto con un demolidor 3-0, no respondía en los partidos importantes.

Pero en noviembre, ante el Zaragoza, se fracturó el quinto metatarsiano del pie izquierdo. No fue una cuestión de estilo de vida, lo de los huesos es mala suerte: estuvo fuera de los terrenos de juego dos meses y tres semanas.

«Da rabia no poder ayudar al equipo. Estás en el vestuario con ellos, compartes el tiempo antes del partido, pero sabes que ellos saldrán a jugar y tú, no», comentó Leo a Ramiro Martín en diciembre del 2006.

* * *

Un Messi de cabellos largos jugó varios partidos de buen nivel tras su regreso de la lesión, pero le costaba marcar. Aunque asumió galones mientras Ronaldinho iba progresivamente desapareciendo, el equipo seguía fracasando en las grandes citas. Así, cayó ante el Liverpool de Rafa Benítez en los octavos de final de la Liga de Campeones. En aquel encuentro europeo, Benítez entendió que había que tapar las diagonales del argentino y colocó a Álvaro Arbeloa en el lateral izquierdo a pie cambiado. Leo sufrió un marcaje muy eficaz que lo sacó del partido.

A continuación, se disputó la vuelta del Clásico liguero, el 10 de marzo de 2007 en el Camp Nou, otra oportunidad para resarcirse de la resaca europea.

Fue un encuentro de alternativas, de intercambios de golpes entre dos gigantes. Tras un primer tanto de Ruud van Nistelrooy, Eto'o descargó el balón hacia la izquierda, donde Leo se encontraba solo,

y su balón cruzado batió a Iker Casillas.

Leo se levantó la camiseta para mostrar otra con el mensaje «Fuerza tío». «Se lo dediqué a mi tío, que ha perdido a su padre. Es mi padrino, mi segundo padre, y quería mandarle todo mi apoyo desde aquí», explicó tras el partido.

El holandés volvió a adelantar al Real Madrid de penalti, pero Leo continuó su exhibición: el equipo se volcó definitivamente hacia su banda. El empate blaugrana se inició con una jugada clásica de Ronaldinho por la izquierda que entró en el área, realizó una pared con Eto'o y el remate del brasileño fue desviado por Casillas. El balón cayó a los pies de Messi, que lo golpeó de volea a un palmo del suelo con una técnica perfecta. 2-2, minuto 27 de una primera parte electrizante.

Fue un ejercicio de responsabilidad de la Pulga que incluso superó a Eto'o, normalmente el encargado de exigir el protagonismo cuando se enfrentaba al Real Madrid. Ronnie estuvo gris y el camerunés fue reemplazado en el descanso cuando Rijkaard quiso recomponer el equipo a consecuencia de la expulsión de Oleguer. El holandés le pidió a la Pulga que atacara desde la banda izquierda mientras Ronnie se metía por dentro y Leo, pegado a la línea de cal, no hizo nada mal: escogió las diagonales adecuadas, desestabilizó al lateral derecho, Miguel Torres, en amenazantes duelos en la banda, y supo esperar a que le llegara la pelota.

Un extraordinario Valdés impidió el *hat-trick* de Van Nistelrooy, pero Sergio Ramos adelantó al Real Madrid por tercera vez y se llegó al minuto 90. En el tiempo añadido, un balón de Ronaldinho encontró a Messi en la posición de mediapunta, rodeado de futbolistas. Con su primer toque inició una diagonal y el central Iván Helguera intentó evitar su avance lanzándose al suelo. El resto lo

explicó Leo en la zona mixta:

—Fue todo muy rápido. Me salió Helguera al paso, intenté rebasarlo, lo hice y me encontré al lado de Casillas...

Su disparo cruzado batió al guardameta del Real Madrid. Acababa de marcar un *hat-trick* ante el eterno rival.

—*¿Qué pensó cuando vio entrar el balón?*

—*Que teníamos tiempo de ganar el partido, pero al final no pudo ser. Fue una pena porque teníamos la fuerza para conseguirlo después de lograr el empate final.*

—*¿Qué se dijeron cuando se abrazaron?*

—*Que nos quedaba un ratito más para intentar ganarlo. Estábamos en el Camp Nou y había que ganar.*

—*¿No lo dieron nunca por perdido?*

—*Estaba complicado. Además, veníamos de jugar ante el Liverpool y estábamos cansados.*

—*¿Por qué besó reiteradamente el escudo tras marcar el tercer gol?*

—*Porque le debo mucho al Barcelona por lo que hizo por mí en su momento.*

«El partido de Leo que más recuerdo fue aquel Clásico en el Camp Nou —cuenta Sylvinho—. El último gol lo celebramos juntos, porque mete el gol y yo soy el primero que está a su lado, y lo celebramos, sin palabras. O sea, nos gritamos, pero aquello no eran palabras».

«Para mí, hoy Leo está por encima de cualquier otro jugador.

Tiene una marcha más», reconoció Eto'o aquella noche en que bajó un peldaño del pedestal.

Gudjohnsen lo cuenta, con cariño, desde otra perspectiva: «Sin la carrera que hice por la derecha, no se queda con tanto espacio para el tercer gol, ¡eh!». Aquel encuentro escenificaba la transición que se estaba empezando a vivir. «En esa temporada Messi no jugaba bajo presión —afirma el delantero—. Todos los críticos miraban hacia otro lado. Lo más fácil en el fútbol es ser un jugador con talento; lo más complicado, confirmar ese talento con el paso del tiempo. Cuando un jugador así aparece, siempre surgen excusas si las cosas no le salen bien en un partido o en un mes. Lo difícil es que ese talento se manifieste regularmente. Leo parecía estar preparado para asumir esa responsabilidad».

«Los grandes jugadores lo demuestran en los partidos importantes —afirma el ex presidente Joan Laporta—. Y Leo no se ha escondido nunca, especialmente contra el Madrid. Sus dos grandes rivalidades han sido siempre el Espanyol en el fútbol base y el Madrid con los grandes. Él sabe que esos partidos son bonitos de jugar y que se le espera. Y él, encantado».

«Perder contra el Real Madrid es jodido. Recuerdo aquel partido que perdíamos y metí el tercer gol, que significó el del empate —contó Leo a Luis Martín en *El País* a finales de 2007—. Como culé quiero ganarle siempre al Madrid. Además, ese partido marcó mi carrera. Venía de estar parado, no convertía las ocasiones y desde aquel día entraron más y jugué mucho».

Messi le marcó al Madrid siete goles en sus primeros ocho encuentros. Y años después, en marzo de 2013, consiguió igualar a Alfredo di Stéfano como máximo goleador de los encuentros entre los dos grandes rivales, con dieciocho tantos. Leo se fue

confirmando, con el tiempo, como especialista en Clásicos, que es como decir en grandes partidos.

El empate mantenía al Barcelona por encima del Real Madrid y del Sevilla, que había empezado la jornada como líder. Leo, con diecinueve años, olvidado el disgusto de una final de la Liga de Campeones que no pudo disputar y de una lesión que le impidió llegar en el mejor momento al Mundial de Alemania, tras unos meses en los que le costaba marcar, empezó a acaparar todas las portadas.

Se iniciaba la era Messi.

* * *

El club premió su progresión con otra renovación en marzo de 2007. El contrato era de siete años y el cambio económico fue brutal. Pasó de 1,8 millones al año a 6,5 en la temporada 2006-2007, aunque parte del aumento correspondía a unos pagos de la temporada anterior trasladados a la nueva campaña. En la siguiente temporada cobraría 4,5 millones y se incrementaría progresivamente hasta llegar a los 6,2 en la de 2014, manteniendo la misma cláusula de 150 millones.

Su impacto sobre el césped quedaba así reflejado en números.

En los últimos compases de aquella irregular temporada, el Barcelona llegó a las semifinales de Copa, donde se enfrentó al modesto Getafe. El resultado de la ida (un espectacular 5-2) dejaba al club a las puertas de la final. Pero aquel encuentro se recordará por uno de los goles blaugranas.

Minuto 29. Messi recibe el balón en el centro del campo y decide correr la banda. Se va de Paredes y de Nacho a la altura de

la raya central.

«En la línea central, hago un recorte que no fue caño; el segundo sí lo fue», explicó unos meses después en el programa de televisión de Pablo González, «Sin Cassette».

Sigue la carrera.

«Lo vi, a Eto'o, que se iba abriendo...».

Alexis no lo puede parar; Belenguer se le acerca pero, antes de poder trabarlo, Messi se aleja. Sigue su carrera entre los dos.

«Cuando llego al borde del área, hago que me voy a mi izquierda y el defensor se va, y me meto por medio. Queda un hueco entre los centrales, y me meto por ahí».

Ahora tocaba el portero, Luis García. Regate en seco hacia la derecha y, casi sin ángulo, Messi eleva el balón por encima de Cotelo, el último de trece toques.

«Y el balón quedó ahí delante. Hice como si fuera a definir y me lo llevé a mi izquierda. Se me fue un poco larga, pensé que se iba..., le voy a dar de derecha y vi justo que se tiró el portero y la levanté un poquito».

Doce segundos de habilidad, de velocidad gestual, de engaños; cinco defensores quedaron atrás, sesenta metros para la posteridad.

Maradona, Mundial'86, Inglaterra. Gol de Lionel Messi.

Y de derecha, ¡el mejor gol de su carrera Leo lo hizo de derecha!

«De chiquito hice un par así, pero sí, ése fue posiblemente el mejor».

El Pato Abbondanzieri, ex portero de Boca, lo vio desde el banquillo: «¡Menos mal que no era yo el que estaba en el arco!».

Gudjohnsen: «Empecé a gritarle “¡¡¡Increíble, increíble!!!”».

Sylvinho: «Yo estaba en el banquillo en ese partido. Uff, qué golazo,

qué locura, yo lo recuerdo con el pelo largo todavía, una melena enorme y... uff, un golazo...».

Gudjohnsen: «Y el tío se pone a celebrarlo como si nada, y en el campo estábamos todos alucinando. Nosotros y los rivales».

Sylvinho: «... un golazo. El Camp Nou se puso nuevamente a sus pies, y uffff...».

Gudjohnsen: «Me puse las manos en la cabeza. Se puede ver en las imágenes de televisión. Tuve un momento sobre el césped en el que pensaba “Dios, estoy en el campo cuando se acaba de marcar un gol del que se hablará toda la vida. ¡Es el de Maradona contra Inglaterra de nuevo!”».

Iniesta: «Fue un tanto espectacular, la combinación perfecta de regates, conducción, de sortear a rivales... y el regate final es muy complicado. Recuerda al tanto de Maradona, sobre todo por la posición en la que arranca».

Juanjo Brau: «Él me decía que no quería copiar de Maradona, que él no piensa lo que va a hacer, que le sale natural».

Deco: «Estos goles son los que entran en la historia. Es el gol más bonito que vi en mi vida, y mira que he visto en directo goles de Ronaldo, Maradona o Ronaldinho. El de Messi es perfecto. Creí que, cuando llegó cerca del área, intentaría hacer una pared, pero...».

Juanjo Brau: «Tú ves a Xavi, o a Ronaldinho, que tardan una décima de segundo más en hacer las cosas porque las piensan. Messi no piensa lo que va a hacer».

Deco: «Nada más llegar al vestuario, le comenté que se parecía al de Maradona. Y Leo no había caído todavía en la cuenta».

Sylvinho: «Le decíamos, con voz de locutor de televisión exagerado, “vaya gol, impresionante gol, han visto...”, y él se reía».

Juanjo Brau: «Y cuando acaba en gol, no piensa que lo ha hecho como el de Maradona. Es luego, cuando se lo comentan todos, y le llaman de Argentina y le dicen “qué quilombo has armado”. Pero tampoco le da tanta importancia».

Sylvinho: «En el vestuario no bromeó, no soltó “bueno, ya hemos hecho el gol de Maradona, ¿ahora qué?”. Para nada. Leo respeta al rival, al compañero, no le sale chulear. Se rige por códigos muy estrictos. Ni una sola vez en cinco años dijo “¡Ah! ¿Viste cómo regateé a aquél?, mira qué golazo hice...”, jamás, nunca. Nosotros sí, ¡eh!».

Carlos Salvador Bilardo (seleccionador argentino de la escuadra ganadora del Mundial de 1986): «Me quedo con el gol de Maradona. A Maradona le salía gente continuamente, y los centrales se le presentaron escalonados: Butcher, primero, y Fenwick, después. Messi recorre treinta metros y no le sale nadie. Por eso toca más la pelota con la derecha, su pierna mala. La va punteando, y los recortes siempre los hace con la zurda. Para los defensas es muy difícil pegarle, porque viene saltando y va muy rápido. Al final, los centrales lo esperan en línea, y para él es más fácil».

Maradona: «Yo digo que Messi es un fenómeno, que no tiene techo y creo que puede dar más de lo que está dando ahora, pero el gol que marqué yo, aparte de ser más lindo, fue contra los ingleses en cuartos de final de un Mundial. Messi se lo hizo al Getafe, que jugaba a la ley del *offside*. Fue un golazo, pero que no exageren».

Deco: «Me puse muy contento por él. Tiene una humildad increíble y mucha calidad. Con dieciocho años estaba en el Barça y, con diecinueve, marca goles así».

Gudjohnsen: «Estaba siendo una época complicada. Messi apareció

en varios momentos de la temporada. Con el gol del Getafe la gente empezó a verlo con otros ojos. Eh, que esto lo hace con los mayores. ¡Éste se ha regateado a cinco o seis profesionales de primera! Había que ver si era capaz de trasladar esos momentos de brillantez que sólo él podía hacer a noventa minutos de juego completos, pero las dudas fueron desapareciendo una a una. ¿Podemos vivir sin Ronaldinho? Pues sí, se empezó a decir. Y él empezó a aceptar lo que le venía de cara con total naturalidad. Y a crecer, crecer, crecer».

Schuster, entrenador del Getafe: «Debimos darle una patada, aunque nos costara una tarjeta. No se puede ser tan noble».

¿Y Leo? ¿Qué dijo?

«[El tanto de Maradona] lo vi millones de veces, pero lo impresionante es que en ningún momento pensé en copiarlo. Ni siquiera me di cuenta cuando metí el gol» (en el diario *El Gráfico*).

«Vi los dos goles puestos así juntos en la pantalla, vi lo que se hablaba. Pero ni me paré a pensar si es el mejor de la historia o qué. Había que pensar en el partido siguiente y ni lo hablamos, ni con la familia» (en el programa televisivo «Sin Cassette»).

«[Cuando regateo, por lo general] espero el movimiento del defensa, juego con él. Espero a que se mueva él primero, y ahí me traigo el balón para atrás y luego adelante. Miro los pies del rival, no la pelota..., sé que la pelota está ahí» (en el programa televisivo «Sin Cassette»).

«Rijkaard, me felicitó...» (declaraciones en la zona mixta tras el partido).

Desde aquel día Leo, que dedicó el tanto a Maradona, ingresado entonces en una clínica psiquiátrica, fue marcado con más dureza

por los defensores. Aquella jugaba no se iba a poder repetir. En parte porque las defensas empezaron a estar alertas ante sus arranques y en parte porque el gol reflejaba también una serie de errores del Barcelona que debían ser corregidos. No se puede preparar un movimiento así en el campo de entrenamiento, pero se puede evitar que sea necesario: hay maneras de golear más colectivas, más fáciles, que requieren menos esfuerzo.

Así se lo dijo a Leo un tiempo después Rijkaard, el consejo más importante que, según el holandés, le dio. «Acaba la acción: chuta o da el último pase y no sigas driblando». El holandés quería evitar que Messi buscara constantemente un eslabon, duelos con todos los rivales, regates excesivos. Puede ocurrir una vez al año, pero no en todos los encuentros. Rijkaard le pidió que no se desgastara tanto para poder marcar la diferencia en el último tercio. Le pidió que se acercara al área.

Aunque se recuerde aquel tanto como una genialidad de Leo, uno que había marcado a menudo en los equipos inferiores, en el fútbol profesional acabó siendo la excepción que marcó la regla. Pep Guardiola también lo consideraba una acumulación de deslices en ataque (demasiada conducción, falta de colaboración del compañero, un arranque demasiado retrasado, mala colocación del equipo) que reflejaban los problemas que afectaban al equipo de Rijkaard.

Leo cenó esa noche con su padre y con Pablo Zabaleta. Y repitió varias veces: «Si yo buscaba a Eto' o para darle el balón...».

Rijkaard pensó que la clasificación estaba garantizada y le dejó fuera de la convocatoria para el partido de vuelta. Sin embargo, en el estadio del Getafe el Barcelona cayó por 4-0 en la eliminación más humillante que se recuerda en la historia reciente del club.

Quedaba la Liga. Estaba en sus manos, unos resultados lógicos le daban el título y podría servir para ocultar muchos de los problemas que habían anquilosado a aquel equipo que iba para histórico. Fue el año del *Tamudazo*: el tanto del delantero del Espanyol Raúl Tamudo en el Camp Nou cuando el partido moría y el empate a última hora del Betis, ambos claros errores de concentración, dieron la Liga al Real Madrid, que empató a puntos con los culés pero venció por *goal average*.

«Vi el derbi catalán en la grada —cuenta Ten Cate—. Messi ha aprendido una gran cantidad de lecciones en su vida profesional. Una de ellas fue ante el Espanyol. Leo perdió la posesión y no corrió hacia atrás para recuperar el balón y el rival acabó marcando un tanto decisivo para la clasificación. Fíjate como ya no deja pasar ocasiones así para hacer su trabajo defensivo».

En aquel encuentro, Leo marcó los dos tantos, incluido uno con la mano, el del 1-1. Saltó de cabeza y se adelantó al portero con un golpe de su mano izquierda. El juicio moral de su gesto lleva a conclusiones diferentes según el hemisferio en el que se plantee. La picaresca es parte del gen latino para bien o para mal, algo que no se entenderá nunca desde el prisma anglosajón.

Conocedor de ambos, Eidur Gudjohnsen intenta realizar una valoración de futbolista. «He jugado con algunos jugadores sudamericanos y parece ser parte de su cultura: harían cualquier cosa para meter el balón entre los tres palos. Cuando veo algunas de las cosas que hace Luis Suárez, no me sorprenden; está tan centrado en lo suyo, en marcar, que si es necesario hace trampa para conseguirlo. La verdad es que cuesta celebrar un tanto así, pero perdíamos 0-1, necesitábamos la victoria, así que sí lo celebramos».

Puede ser que el fin justifique los medios en el fútbol. El engaño

existe tanto en el mundo latino como en el anglosajón (¿o no lo es levantar el brazo pidiendo fuera del contrario cuando has sido tú el último en darle al balón?). Pero Leo se arrepintió de haber marcado aquel gol y no volvió a hacer algo parecido.

A excepción de la Supercopa española de principio de temporada, el Barcelona se fue de vacaciones de verano sin títulos importantes. Y con la sensación de que se había acabado un ciclo.

Se sopesó cesar al holandés y desprenderse de Ronaldinho. En una reunión con Begiristain, Ferran Soriano y Joan Laporta, Rijkaard fue tajante: «Sé lo que se debe hacer para la próxima temporada; lo haremos bien, y todo irá bien». Soltó eso, se levantó y se fue. Nadie había dicho que el encuentro había terminado. La conversación continuó sin él: «¿Qué hacemos? ¿Le damos un año más de confianza?». Laporta insistió en que el equipo y Frank se lo merecían. Por respeto a las cotas alcanzadas tan sólo un año antes, se decidió no cambiar nada, aunque se sabía que Rijkaard había perdido el control del vestuario.

La fe de Laporta y de la directiva no fue recompensada.

* * *

«Un día Messi metió un golazo de esos después de driblar a doscientos y, cuando viene para el mediocampo, se me queda mirando y yo le digo: “Eh, no te me vengas arriba, que de esos he metido yo muchos”. Me miró como diciendo: “Éste es gilipollas”».

(EDUARDO ITURRALDE GONZÁLEZ,
ex árbitro internacional)

«Es que... [sonríe] he jugado con un montón de jugadores y Leo es una cosa... muy rara, ¿no».

(THIERRY HENRY)

La temporada 2007-2008 era la de las segundas oportunidades. Para Ronaldinho, que le había rogado a Laporta que le dejara en el club un año más, que tenía intención de mejorar sus prestaciones. Para Frank Rijkaard, que decía tener el entusiasmo necesario para evitar la decadencia del equipo.

El club renovó la ilusión con el fichaje de una estrella, Thierry Henry, procedente del Arsenal. Imaginen: Ronaldinho, Messi, Henry y Eto'o en el mismo equipo. Sin embargo, no disputaron un solo minuto juntos.

Llegaron también Éric Abidal (del Lyon), Gaby Milito (del Zaragoza) y Yaya Touré (del Mónaco). Este último se fue convirtiendo en uno de los principales jugadores de un curso de nuevo anómalo. En busca de una reacción, el club se desprendió de Giuly, Belletti, Motta, Saviola y Giovanni van Bronckhorst.

Gio envió un mensaje de despedida al teléfono de Messi. Éste tenía en su perfil una foto suya delante de Times Square. Sin nadie alrededor. Van Bronckhorst, tras ver la foto, le añadió una pregunta: «¿No es agradable, por una vez en tu vida, poder echarte una foto sin nadie cerca?». El holandés sabía que se acababan esos lujos para el argentino.

Aquel año Rijkaard, pese a las promesas, no pudo cambiar la dinámica. El equipo se desfondó ya en diciembre, situación

confirmada por la derrota ante el Real Madrid en el Camp Nou con un único gol, el de Júlio Baptista. «El entrenador era demasiado bueno para aquel vestuario», denunció Edmilson años después. Frank prefirió mantener el statu quo, a pesar de que Leo Messi ya había tirado la puerta abajo de tanto golpearla. Estaba ahí, pero se le pedía paciencia, que continuara haciendo daño desde la banda.

Y eso que empezaba a adquirir categoría de ídolo de la grada. «Parece mentira cuando vamos entrando al campo y vemos a la gente con la camiseta con su nombre, es como un sueño», decía entonces su madre, Celia.

«Esa temporada fue donde ya alcanzamos mucha cercanía, mucha libertad el uno con el otro, teníamos suficiente intimidad incluso para hablar de cosas serias —cuenta Sylvinho—. Yo me encontraba muy cómodo, me lo miraba de adulto a adulto y podía hablar con él incluso de mis frustraciones, de cosas que a mí no me agradaban, de lo que me estaba pasando, de lo mal que lo estaba pasando. Así que encontré en él a una persona que lo escuchaba todo».

El niño se hacía hombre. Era un proceso en el que Leo compartía las responsabilidades de un adulto con los músculos cambiantes de un joven.

Y resultó que era todo excesivo: su cuerpo se rebeló.

* * *

Informe médico de la temporada 2007-2008:

14-09-2007. Australia-Argentina. Contractura en los isquiotibiales de la pierna derecha. Cinco días de baja.

«Recuerdo cuando vino a la Argentina y se recuperó de un desgarró —cuenta Pancho Ferraro—. Fue a Rosario. Yo estaba todavía en la selección. Llegó en un vuelo por la mañana, nosotros estábamos desayunando para trabajar con los chicos, todo el cuerpo técnico: Tojo, Fillol, los médicos, y había seis jugadores de la Sub-17 que manejaba Tojo. Se abrió la puerta y vimos a Messi, su papá y su médico, que venían de Barcelona. Nos paramos para saludarlos. Messi tendría allí veinte años. Se sentó a mi lado, le pregunté qué quería tomar; “café con leche”, pedimos al mozo. Había de todo: facturas (bollería), galletitas, mermelada, dulce de leche. Le trajeron el café con leche, pero hablábamos y hablábamos y él no lo tomaba. Le dije “Leo, tomalo” y me respondió “Sí, sí”, pero no lo tomaba. Todos hablábamos, pero él no. Y en un momento, la segunda vez, le dije “Leo, ¿qué te pasa?”, y me contestó “¿Puedo ir a tomarlo con los chicos?”. Le respondí “Andá, Leo, andá”. Se levantó y se fue a la otra mesa».

15-12-2007. Valencia-Barcelona. Rotura del bíceps femoral de la pierna izquierda, la contraria a la lesión que sufrió ante el Chelsea la temporada anterior. 34 días de baja. Se perdió, entre otros, el Clásico en el Camp Nou, que se jugaba una semana después.

«Recuerdo su lesión ante el Valencia —cuenta Gudjohnsen—. Me dio una sensación muy extraña. De repente me vino a la cabeza que jugaba como un hombre pero

todavía era un chaval. Lloró en el vestuario. Ahí vi a un chico que no podía soportar el *shock* de una lesión, que no podía vivir alejado del balón».

4-03-2008. Barcelona-Celtic. Rotura del tercio proximal del bíceps femoral de la pierna izquierda. Seis semanas de baja.

Gordon Strachan (técnico del Celtic en las temporadas 2005-2009): «Nos habían advertido los ojeadores de que el argentino era un poco especial. ¿Un poco especial, eh? Marcó dos tantos en el partido de ida, uno de ellos un golazo, pisando el balón en el área hacia atrás para abrir el ángulo, y gol. Nos ganaron 2-3. En la vuelta, casi acabando la primera parte, se lesionó. Corría con dos de los míos y debió de notar un pinchazo, justo delante de mí. Le vi que lloraba. Yo no lloré, se lo puedo asegurar. Igual no debería, pero pensé “¡Gracias a Dios que ahora nos podemos relajar un poco, porque el que saquen no será tan bueno como éste!”».

Esa noche Leo continuó llorando al salir del Camp Nou. Era el tercer desgarró importante en dos años. ¿Qué pasaba? ¿Por qué tantas lesiones? ¿Serían los cambios corporales, la alimentación? Le decían que igual era cosa de su manera de correr, o de la forma de sus pies. O quizá no calentaba bien. No existía todavía un estudio profundo de la situación, pero el club quería protegerlo, buscar las causas.

Se dijeron muchas barbaridades, como que tenía que ver con el

tratamiento hormonal, olvidando que, tras corregir una carencia, no creció más, sino de modo natural.

A Joan Laporta le llegaban informes médicos que descartaban que la causa fuera el tratamiento hormonal. Así lo explica el ex jefe de los servicios médicos del club, Josep Borrell: «Cuando llego al Barcelona lo llevamos a la consulta particular de un endocrino y juntos decidimos retirarle de forma paulatina y decreciente el tratamiento hormonal. Sus lesiones musculares no tenían que ver con aquello. La morfología muscular de Messi es la que es: músculo corto, y en función de eso hay que trabajar con él cada día, de forma muy concienzuda, para evitar que recaiga».

Rijkaard recibió muchas críticas cuando lo hizo descansar en el encuentro anterior ante el Atlético de Madrid en el Calderón y Puyol reaccionó tras la nueva rotura de la Pulga acusando a la prensa. «Vosotros presionasteis para que jugase Messi y ahora se ha lesionado, pero lo que hay que hacer es respetar más las decisiones del entrenador y de los médicos», declaró en rueda de prensa.

El vestuario, con un grupo importante cada vez menos disciplinado y escaso de compromiso, intentaba cerrar filas, pero un jugador no se lesiona por lo que se escriba en los diarios.

Leo había pasado muchas temporadas en las categorías inferiores sin lesiones. Sus desgarros eran una reacción nueva de su cuerpo y un buen reflejo de cómo se trabajaba o de cómo Leo leía su cuerpo. El principal factor de riesgo en estas lesiones eran las recaídas y Messi a menudo precipitaba su regreso. Horacio D'Agostino, jefe médico de la Asociación Argentina de Fútbol, añadía un factor que se prefería ignorar: «Ante la pregunta de por qué son tan recurrentes las lesiones de Messi, eso tiene una difícil explicación, pero para mí la clave está en la exigencia que se

impone. Se exige más de lo que da físicamente, corre más de lo que puede aguantar su cuerpo. Es como un ansia por marcar goles. Pero, a un chico de esta edad, ¿cómo se lo vas a hacer entender?».

Jordi Desola, especialista en medicina interna y del deporte, realizó por aquellas fechas una interesante analogía en la emisora de radio catalana RAC1: «Messi es un atleta que está a un nivel altísimo y que mantiene una presión muy alta sobre su cuerpo. Cualquier persona que pusiera su coche a 180, aunque lo hiciera en primera marcha, vería cómo su motor sufriría pero no se rompería y podría utilizarlo al día siguiente. Si se hiciera algo parecido con un motor sofisticadísimo, como el de un Fórmula Uno, se rompería. Messi es parecido a un Fórmula Uno y, aunque tenga un organismo extraordinario, lo lleva más allá de sus límites. Podría afectar una mala alimentación o unos malos hábitos a sus dolencias, pero eso es difícil de determinar. Los músculos que realizan unas tareas tan descomunales son muy vulnerables».

El Barcelona creó un comité integrado por Txiki Begiristain y los vicepresidentes Marc Ingla y Ferran Soriano para intentar buscar una solución. A Leo le dijeron que su masa muscular estaba formada por fibras explosivas similares a las de un *sprinter*: le daban velocidad, pero corría siempre el riesgo de romperse. Debía cuidarse, y mucho, para que no se convirtiera en un problema crónico.

Habla Marc Ingla: «El problema es que no conseguimos que se estabilizara, tenía siempre esa lesión recurrente en el músculo, así que enfocamos el asunto de una manera integral para hacerle un seguimiento, individualizamos una rutina de estiramientos y le pedimos que adquiriese más musculatura. Tenía que hacerlo todos los días, con mucha disciplina, de modo que trazamos un plan para

obtener el máximo de su rendimiento».

Claramente el club respondía a una preocupación generalizada, pero su respuesta estaba siendo demasiado convencional. Contaba con un nutricionista, que le preparaba un batido de vitaminas después del entrenamiento. Odiaba el batido. Juanjo Brau se convirtió en su fisioterapeuta personal, que también lo acompañaba con la selección. Leo recibía un masaje antes de entrenar y los cuidados continuaban al acabar el entreno y los partidos. Aprendió a rebajar poco a poco sus prestaciones durante las sesiones preparatorias para estar listo en los partidos y evitar nuevas lesiones.

«Llegábamos al campo de entrenamiento y a menudo ya le estaban tratando —recuerda Gudjohnsen—. Me recordaba a Michael Jordan: si tienes a un jugador así, hay que cuidarlo a todas horas porque lo vas a necesitar. Nadie tenía la sensación de que era injusto que se le tratara diferente. Otros futbolistas tenían a sus propios ayudantes».

En todo caso, las lesiones musculares, hay que insistir en esto, no son por casualidad. Leo, a sus veinte años, era un joven que comía con cierto desorden: pizzas y hamburguesas, milanesas, demasiada Coca-Cola, a cualquier hora.

Pero, mientras se jugara bien, todo era válido.

O al menos ésa era una de las enseñanzas que podían desprenderse si se tenía en cuenta el comportamiento díscolo de algunos de los profesionales del primer equipo.

* * *

¿Por qué elegiste Castelldefels para vivir?

Después de haber visitado muchos lugares, elegimos Castelldefels. Nos convenció tanto a mí como a mi familia. Su tranquilidad, la playa, la montaña, todo Castelldefels. Además, está cerca de Barcelona y del Camp Nou, donde voy cada día a entrenar.

¿Qué conoces de Castelldefels y adónde vas a comprar o a comer?

Conozco el campo de fútbol del Castelldefels. Fui el día que jugaron contra el Club Vilanova de 3.ª División, donde tengo un amigo argentino jugando. Fui con Zabaleta, del R.C.D. Espanyol. Cuando salgo a comer, voy al restaurante La Pampa, al Ushuaia o algún otro restaurante. Me encanta la carne. Además, mi familia compra productos argentinos en los comercios del pueblo, aunque me gustaría saber dónde puedo encontrar medias lunas dulces.

(Entrevista a MESSI en *La Voz*, periódico independiente de Castelldefels, del 28 de mayo de 2008)

Messi, tras el contrato que firmó en 2005, se trasladó a Castelldefels con su padre a una casa de dos plantas, cuatro dormitorios, un jardín y una piscina, justo al lado de la de Ronaldinho: Leo quería estar cerca de él.

Su hermano Rodrigo se quedó en Barcelona con su familia. Jorge iba y venía a Argentina, y la Pulga se quedaba sólo a menudo y Pablo Zabaleta, en el Espanyol, le hacía compañía en aquella residencia que, con un solo habitante, se hacía enorme, y el residente, aún más chiquito de lo que era.

«Venite a jugar a la Play», sugería Messi y podían pasarse,

acompañados por algún amigo, tres horas o más compitiendo delante de la pantalla. Leo ganaba de calle. En una ocasión, Pablo llegó a la casa costera y vio que en la entrada había ocho cajas de Xbox que le habían dado en una presentación. «Píllate una», le dijo a Pablo; Leo repartía lo suyo con los que lo acompañaban. Otro día, si la Pulga iba a una presentación de zapatos y le regalaban varias cajas, se le oía ofrecer alguna con un «¿quierés?» genuino.

Pablo entró un día por casualidad en la habitación de Leo y la vio llena de cajas de cosas.

«Venite y hacemos un asado», le llamaba a Pablo otro día. Y, ya todos en su casa, descubrían que Leo no sabía dónde tenía los platos, ni las cucharas, ni nada, pero igual salía un asado divertido. O si no les apetecía hacer follón, acudían juntos a un restaurante argentino de la zona, La Pampa, para pasar la tarde.

Si hacía calor disfrutaban el día en la piscina.

«Compartimos mucho», cuenta Pablo Zabaleta hoy, también compañero de viaje en vuelos a Argentina para acudir a convocatorias de la selección, un trayecto que para Leo se hizo común muy pronto y que le permitió alimentar los lazos con su tierra. «Yo siempre viví en Barcelona; y él, a treinta kilómetros. Una vez salimos de un boliche y él se durmió en el auto, mientras lo llevaba. Supuse que iba para su casa. Bárbaro. Cuando llegamos, después de una hora de viaje, me dice que debía ir para la casa de su hermano, que estaba a quince minutos de la mía. Lo quería matar [risas]».

Pablo y Martín Posse, delantero argentino también en el rival ciudadano, iban a ver a Messi al Camp Nou y a menudo acababan cenando juntos. «Le decía que se quedara un poquito tranquilo cuando jugaba con él, que no empezara a correr para todos lados»,

recuerda Pablo.

Leo también se iba haciendo adulto descubriendo lo que le enseñaba su vecino Ronaldinho. El astro brasileño también había debutado en la Primera División a los diecisiete años y, como dijo Messi en una ocasión, «sabía por lo que estaba pasando yo». Pero sus lecciones fueron de todo tipo, buenas y malas.

Ronnie le estaba enseñando lo que tenía que hacer y lo que no tenía que hacer como profesional. «Fue el mejor entrenador para Messi —expone hoy Ten Cate—. El grupo de Ronaldinho, más que ser un mal grupo, era uno con una filosofía de vida diferente». Pero no le convenía y así se lo advirtió Henk en varias ocasiones. También Sylvinho le recordaba que había cosas más importantes, que se estaba saliendo del camino. Leo escuchaba y ponía cara de chiquillo inocente.

El argentino estaba aparcando por un tiempo la focalización que le condujo a lo más alto: se despistó cuando el brasileño le mostró las muchas otras posibilidades que existen más allá de la disciplina, el esfuerzo y el sacrificio. Leo se juntaba con Deco, Motta y Ronaldinho en Castelldefels o en Barcelona. Y al día siguiente, a entrenar.

Y todos ellos coincidían en el rondo. «Hacíamos rondos de ocho contra dos, diez a un lado y diez a otro», recuerda Ten Cate. En una ocasión Messi estaba en el rondo brasileño, como de costumbre, pero extrañamente contaba con once futbolistas. Había, pues, nueve en el otro. Un miembro del cuerpo técnico le pidió a Leo, por ser el más joven, que se pasara al de nueve. Varias veces. Cuatro, cinco, seis veces. Messi prefería ignorarlo, se sentía parte del grupo en el que estaba. Al final fue Sylvinho quien le pidió que se pasara al otro rondo. «Pues si ya es así tan joven...», fue el análisis que dejó un

técnico.

De repente, Leo experimentó vivencias completamente nuevas, como el accidente que sufrió contra una camioneta en Barcelona. Al bajar del coche para hablar con el afectado por el choque, éste — que en un principio estaba indignadísimo— llegó a un arreglo con él al descubrir quién era. También se rumorea que tuvo alguna discusión en una discoteca de la Ciudad Condal.

En medio de esa vorágine vital, Leo hasta se enfrentó con su padre. Por fin la rebeldía. Tenía los bríos de un chico de dieciocho años que comenzaba a conocer la vida, que buscaba nuevas emociones.

«Leo era un adolescente —analiza Joan Laporta— que estaba al lado del mejor jugador del mundo. Imagínate, a ti te suben al primer equipo y el mejor jugador del mundo se da cuenta de que tú, el nuevo, *eres* el mejor jugador del mundo. Tú, que subes con dieciséis años. Era un adolescente que quedó, naturalmente, deslumbrado por la manera de ser de Ronnie. Yo prefiero quedarme con lo positivo. Ronnie, en lugar de aislarlo, lo acogió. Evidentemente, todos somos humanos y todos nos podemos equivocar, pero la manera de acogerlo creo que fue muy positiva en el terreno deportivo, y además Ronnie lo incorporó a su grupo de amigos. Leo era un chico, con hombres de veintisiete o veintiocho años. Creo que son muy importantes las experiencias en directo, para saber lo que te conviene y lo que no, y Leo aprendió mucho de Ronnie, y lo aprendió seguramente en todos los sentidos».

En eso están de acuerdo todos los que fueron testigos de aquella estrecha relación, aunque el brasileño no fuera siempre un buen ejemplo para la Pulga.

Pero la ley del fútbol es implacable. Un día eres el bueno y al

siguiente se te ha pasado el arroz. La respuesta del jugador estrella ante el inevitable declive a menudo define su personalidad. El entrenador espera, necesita que se rebele ante la situación para poder extraerle las últimas gotas de sangre. Pero Ronaldinho no se rebelaba.

«Hubo un día en el que el futbolista de la sonrisa eterna, que con la magia de su fútbol había devuelto la autoestima a la afición culé tras cinco oscuras temporadas sin título alguno, se dejó arrastrar por la tentación de largas noches de fiesta, con las correspondientes resacas que dormía en la litera del gimnasio del vestuario. Fue una caída en picado sin retorno», escribe el prestigioso periodista catalán Lluís Canut.

Su decadencia no era normal. Y se estaba acelerando de un modo preocupante. ¿Qué le ocurría a Ronaldinho? Tan sólo un año después de ser nombrado mejor futbolista del mundo por segunda temporada consecutiva, había perdido el amor por su deporte. Que es otra manera de perder el respeto hacia uno mismo.

Pero todo empieza en algún lado.

Algo se quebró en el interior del delantero en el Mundial de Alemania de 2006. Brasil llegaba como gran favorito tras triunfar cuatro años antes en Corea, llevarse la Copa América en 2004 y la Copa Confederaciones en 2005. Quedó, con nueve puntos, primera en la fase de grupos por encima de Croacia, Japón y Australia. Pero el equipo (con Ronaldo, Kaká, Cafú, Roberto Carlos, Lucio y Ronaldinho de estrellas) no jugaba bien.

Ronaldinho, un niño mayor, de inocencia extrema y perenne buscador del placer, se sentía acosado. En una ocasión llamó a un amigo a las tres de la mañana. «Me siento solo», le decía. «Sal, da un paseo, despéjate», le aconsejo éste. «Es que tengo un montón de

paparazzi en la puerta. Vente tú, por favor. Vente a verme...».

La plantilla brasileña se tomó el Mundial como una excusa para alejarse de la rutina, para quitarse el corsé de las exigencias, pero era la estrella mundial la que recibía los palos a pesar del pase a los octavos de final, donde Brasil derrotó ampliamente a Ghana. Pese a la victoria, el equipo no corregía desequilibrios tácticos evidentes y eso le impidió superar a Francia en cuartos. Fue una tremenda decepción en un país en el que quedar segundos es un fracaso.

Y ahí la cabeza de Ronaldinho explotó. La presión había sido excesiva, perdió la ilusión por jugar a un deporte al que llegó para disfrutar. Regresó a Barcelona con pocas ganas de fútbol. Amigos que querían mucho a Ronaldinho lo vieron, desde ese verano, triste, alicaído. Ésa es, a menudo, la tragedia deportiva en la élite: en lo más alto se está muy solo. Cuanto más duro y largo es el camino andado, más complicado es mantener el equilibrio, porque, en algún momento y tras tantos sacrificios, el deportista ha de recuperar el tiempo perdido, debe relajarse, debe consolarse... Ronnie, tras el Mundial de Alemania, se había cansado de luchar por seguir en lo más alto.

Para evitar la caída en picado, se le pidió que entrenara por las tardes con un preparador físico propio. Durante los partidos, si se sentía agotado pero creía haber hecho lo suficiente, Ronnie le indicaba a uno de los asistentes de Rijkaard, un amigo cómplice, que tenía un problema muscular para que el entrenador lo cambiara. El mensaje al resto de la plantilla era claro y peligroso.

No fue el único que se despistó: la plantilla blaugrana cayó en la «autocomplacencia» de la que posteriormente habló Joan Laporta. En los dos años posteriores al Mundial de Alemania, la trastienda del Barcelona se transformó en un barco a la deriva. El vestuario

estaba lleno de ovejas negras, pero a él se le veía más por ser quien era. «Menos Puyol, que estuvo de diez, porque intentó recuperarlos a todos y estuvo luchando por todos, el resto se había dejado ir», cuenta la prestigiosa periodista catalana Cristina Cubero.

El Barcelona sufrió diez divorcios en aquellas temporadas de descenso al infierno.

Frank Rijkaard es de los que piensan que a un jugador, cuando empieza a subir, a liderar, a marcar, a ganar, a llenar las portadas, no debería hacersele un contrato de más de tres años. Y que cuando esté en lo más alto de la ola, los acuerdos tendrían que renovarse año tras año. Por respeto al futbolista.

Y cuando éste inicia la curva descendente, debería ser traspasado a pesar de la presión mediática y de los aficionados que, seguramente, lo tienen como ídolo intocable. Para alargar su carrera, para protegerlo de nuevo. En un club que esté un peldaño por debajo en cuanto a exigencia y expectativas será recibido y tratado como un héroe y la bajada de nivel se notará menos. Es la manera de acabar una carrera siendo una estrella y el aterrizaje es menos duro.

Pero Rijkaard no era quien negociaba los contratos en el Barcelona. Y tanto el club que le deja ir como el propio profesional deben ser muy valientes para tomar esas decisiones. Además, Frank, en permanente agradecimiento a los jugadores que le ayudaron a trascender desde su puesto de entrenador y contradiciendo su teoría respecto al declive futbolístico, se sintió obligado a contemporizar con ellos en lugar de impulsar los cambios que tanto se requerían en ese momento.

Samuel Eto'o prefirió marcar distancias con el grupo más díscolo y su enemistad con Ronaldinho fue añadiendo leña al fuego, además de dividir a la plantilla y al club. Las dos estrellas se fueron

lanzando puyas en los medios de comunicación hasta que Eto'ó explotó en una famosa rueda de prensa al poco de regresar de una lesión.

«Lo que tienen que pensar es que yo siempre me he entrenado incluso lesionado y con golpes», afirmó el camerunés, cansado del comportamiento poco profesional de muchos de sus compañeros. Rijkaard le había acusado públicamente en el partido previo contra el Racing de Santander de no querer disputar los últimos cinco minutos y Ronaldinho había continuado las críticas al camerunés en la zona mixta. Eto'ó no pudo aguantarse más: «Si un compañero dice que hay que pensar en el grupo, hay que pensar en el grupo. Pero yo pienso siempre primero en el grupo y luego en el dinero».

El problema de Ronaldinho era doble: por un lado, su rendimiento en el campo había disminuido y, por otro, como líder de vestuario, su comportamiento errante arrastraba a otros. La directiva se preguntaba si era el mejor modelo para Messi, sin duda el heredero del brasileño. «Ronnie se tiene que ir, están arrastrando a este chaval, está viendo cómo se comporta una estrella de fútbol. No debe caer nunca en esto», expuso uno de los directivos clave de aquella junta.

Leo escuchaba a su amigo. Y le veía sufrir. La conexión seguía siendo esencial para ambos. Aunque el equilibrio estuviera cambiando imperceptiblemente. Ahora era Ronaldinho el que necesitaba más a Leo.

La fortaleza del grupo había desaparecido del todo. Y Leo seguía, de momento, del lado de sus padrinos brasileños y de Ronnie, su *hermano* mayor. Otros jugadores prefirieron no seguir la senda marcada por los brasileños y fueron «comidos» por los líderes; fue el caso de Bojan, por ejemplo.

A Leo le dolían las críticas crecientes, y merecidas, que recibía el brasileño. «No es normal lo que debe soportar Ronaldinho — declaraba Leo entonces—. Lo mejor que podríamos hacer es dejarlo en paz. Se habla mucho de él y no siempre por lo que pasa dentro de la cancha. Eso no me gusta. Todos tenemos altibajos, son muchos partidos los que se juegan, muchos minutos encima. Ronnie es un ejemplo, no es fácil ser el mejor jugador del mundo y mantener viva la ilusión como hace él».

En una ocasión, frente al aparcamiento del Camp Nou, un grupo de aficionados esperaba como siempre la salida de las estrellas blaugranas. Pasó Ronaldinho a toda velocidad. Detrás Leo, que también aceleró. Su padre, sentado a su lado, le pidió que, al llegar a la siguiente rotonda, diera la vuelta y regresara, que bajara la ventanilla y firmara a todos los aficionados que se lo pidieran.

¿Quién hablaba así, el padre o el mánager?

Los Messi acudían habitualmente en Barcelona al restaurante argentino Las Cuartetas y la fama de la Pulga empezaba a acaparar la atención de los clientes hasta hacerse incómodo. Un día, al acabar de comer, Jorge salió primero y dejó que su hijo se detuviera en todas las mesas que reclamaban su presencia. «¿Lo rescato?», sugirió uno de los camareros. «No, no, deja que se acostumbre. En esto no tiene que perder lo que es, él debe seguir siendo así», respondía Jorge.

Lo que representaba su padre era una manera de ser.

La adolescencia de Leo Messi, como las del resto de jugadores, había sido robada por su sueño de querer ser futbolista. Apenas la vivió un tiempo, y ése fue el que compartió con Ronaldinho. Pero las lesiones musculares, consecuencia del desorden, le exigían otro tipo de comportamiento. En esa temporada 2007-2008, de fracaso

colectivo y desilusiones, tuvo que reconocer que así no podía seguir.

«Ellos se estaban divirtiendo con el equipo que tenían, con el modo cómo jugaban —analiza Joan Laporta—. Había mucha alegría, pero, como se dice, todo lo que sube, baja. Y aquel año todo aquello no funcionó. Podemos encontrar mil y un motivos, pero se trataba de una evolución normal. Y Leo aprendió mucho, porque vivió la gloria, aunque no jugara la final en París, y también el dolor de las lesiones. Ahí se dio cuenta de muchas cosas. Nunca he visto mala intención en Ronnie, al revés, era un tío muy auténtico. Le gustaba pasarlo bien, es verdad, y eso, quieras o no, tampoco es incompatible con el hecho de ser jugador de fútbol, porque antes son personas».

«Después —concluye Laporta— la propia vida te pone en tu sitio. Leo reaccionó a tiempo. Tuvo la inteligencia natural suficiente como para decir: “Ahora esto lo tengo que corregir”. Y lo corrigió. Y dejó de lesionarse».

El cambio de guardia se estaba resolviendo dentro y fuera del vestuario. Para darle la conclusión necesaria, era imprescindible que llegara alguien que hiciera tabla rasa. Solamente de ese modo se podría conseguir que Leo Messi fuera el mejor jugador que pudiera llegar a ser.

Se tenía que liberar. De amigos que confundían, y de ataduras.

* * *

Tras el Mundial de Alemania, en pleno caos disciplinario, se consiguió luchar por la Liga, pero la temporada siguiente (2007-2008) la distancia de puntos con el Real Madrid, campeón ambas

temporadas, fue aumentando cada mes.

El equipo se había clasificado para las semifinales de la Liga de Campeones, donde se iba a enfrentar al Manchester United de sir Alex Ferguson, Cristiano Ronaldo, Paul Scholes y Carlos Tévez, pero en Catalunya aquella eliminatoria se interpretaba como el final de una era que podía afectar incluso a la directiva. «Ustedes se dan cuenta de que, si no ganan hoy, lo tienen muy difícil, ¿no?», le preguntaron a Txiki Begiristain en un programa de la televisión catalana TV3, generalmente amistosa con la directiva del club.

Así que, paralelamente a la crisis deportiva, el club vivía una situación política muy tensa. Sandro Rosell, directivo de los primeros años de la era Joan Laporta, dimitió al entender de otro modo la gobernabilidad del club, y trabajaba desde la sombra preparando una moción de censura contra el presidente.

«La oposición había sido capaz de generar tal nivel de estrés y de tensión, con todos los medios a su favor, haciendo ruido y demás, que pusieron al club en una situación histórica», recuerda Ferran Soriano. La tensión no era sólo una percepción: en esa época, mientras el equipo jugaba en el Camp Nou, unos ladrones entraron en las oficinas y robaron el ordenador de Laporta, y más tarde ocurrió lo mismo con la base de datos de los socios. El ataque a Laporta procedía de todos los ángulos.

Y llegaron las semifinales europeas.

Tras el empate a cero en la ida, ya sin Ronaldinho, quien había desaparecido misteriosamente de las convocatorias de Rijkaard, la vuelta se jugó en Manchester. En Old Trafford, de camino a la comida de directivas, Joan Laporta sintió una premonición: «Tengo la sensación de que hoy nos la jugamos, hoy es un drama, hoy es el final». Ese día el presidente mostró sus emociones en el palco como

no lo había hecho antes.

Aquella eliminatoria era el primer duelo de Leo con un Ronaldo tímido que decepcionaba en las grandes citas y que tuvo que jugar de nueve contra su voluntad. Messi fue el mejor barcelonista en Manchester, de hecho el impulsor de las principales jugadas de peligro. Pero marcó Paul Scholes a contracorriente. Leo pudo empatar, pero su tiro lo desbarató Van der Sar. El encuentro fue muy igualado, el último coletazo de un equipo que moría. 1-0 fue el resultado final.

Eliminados por el Manchester United, el año acabó muy mal. Terceros en la Liga, el Barcelona quedó a dieciocho puntos del Madrid, al que se le tuvo que hacer el pasillo de campeón en el Santiago Bernabéu; al Barça le tocó jugar, por tanto, la fase previa de la Liga de Campeones la temporada siguiente. En la Copa había sido eliminado en semifinales por el Valencia de Ronald Koeman, que acabaría ganando el título.

El debate de la directiva era qué hacer con Frank y cómo superar esa oleada de enemigos, más que «cómo cuidamos de Messi». Pero el testigo debía pasar claramente al argentino, como reconoce Joan Laporta en esta conversación en exclusiva para el libro:

—Me he fijado muchas veces que, cuando le haces un comentario, o una reflexión, Leo piensa, asimila. Hubo un momento en el que él ya era el mejor jugador del mundo y no le dieron los reconocimientos individuales que merecía. En diciembre de 2007, Kaká ganó el Balón de Oro y Leo quedó tercero. Ronaldo segundo. Recuerdo que hablamos en un avión y le dije: «Leo, ya eres el mejor jugador del mundo. Empezarás a obtener títulos individuales el día

que el equipo gane». Estaba todavía Ronnie en el club, pero el mismo Ronaldinho se dio cuenta desde el primer día de que estábamos delante de un fuera de serie. Llevábamos dos años sin ganar nada y eso se reflejó en la elección de jugador del año. Y le comenté eso. Creo que hizo suya esa reflexión.

—Había sido una temporada frustrante.

—Y teníamos que tomar, ahora sí, grandes decisiones. Concluimos, junto con los compañeros de la junta y el director general, que se debía renovar el equipo. Y el liderazgo. Hablé con los jugadores de la casa: Xavi, Iniesta, Puyol, Víctor Valdés, que ya habían madurado gracias también a que habían aprendido de Deco y compañía. Ellos debían convertirse en los líderes del vestuario. Y evidentemente, Leo sería el líder por excelencia. A partir de entonces, nadie hace nada sin que haya el visto bueno o la aquiescencia de Leo, que la da a su manera, pero que hay que tener siempre en cuenta.

—Y deciden que el siguiente entrenador tenía que ser José Mourinho o Pep Guardiola. Escogen a Pep por su ascendiente y conocimiento del club. En la famosa comida tras la derrota en las semifinales de la Liga de Campeones donde Pep le dice «*no tindràs collon*» de elegirlo como sustituto de Rijkaard, ¿se habló de Leo?

—Seguro. Hablamos de jugadores, de los que quería o no quería. Y de Leo, Pep repetía: «Una máquina, una máquina». Pep, cuando hablaba de él, siempre afirmó que era el mejor, una máquina. Salió el tema de Ronnie y Deco. En aquel momento se estaba discutiendo si Eto'o debía seguir, y creo que acertamos en quedárnoslo. Y claro que se habló de Leo. Iba a ser el jugador referencia.

Pep Guardiola le manifestó al mandatario que ojalá hubiera podido reconvertir al brasileño en el jugador que fue, pero que no creía que fuera posible.

Nada más acabar aquella temporada, Joan Laporta se fue en coche a Castelldefels. A casa de Ronaldinho. Ronnie sabía de qué se trataba: el presidente ya le había avanzado que se preveían cambios si el equipo no ganaba nada, como así ocurrió.

Laporta consideró que era el máximo mandatario quien debía comunicar la decisión, cara a cara, al jugador que había cambiado la historia del club. «Ronnie, creemos que ha llegado el momento de acabar tu etapa en el Barça». La de Ronnie y Laporta fue una conversación emotiva. La hermana del futbolista también estuvo presente.

Se habló del Mundial de dos años atrás; Joan sabía que aquello le había dejado tocado en su fuero interno, que nunca asimiló la pésima reacción de la gente tras el fracaso de la selección brasileña. Los tres consideraban que la situación había sido injusta, las críticas exageradas, pero que Ronnie no se había recuperado.

«Ronnie, las expectativas no se han cumplido y, como te dije, ya no podemos seguir juntos. Te quiere el Milán, te quiere el Manchester City, has de decidir dónde quieres ir», le planteó Laporta.

El brasileño le admitió que lo entendía. Que iba a escoger equipo. Que le agradecía que hubiera acudido personalmente a decírselo. Y que no podía olvidar que, ya en Navidad, muchos, dentro y fuera del club, querían desprenderse de él, pero que Laporta los había convencido para que le dejaran acabar la temporada. Por respeto y por agradecimiento, Ronnie lo merecía.

Eso creía el presidente, quien se despidió del brasileño con un abrazo que le hizo llorar. Y a Ronaldinho.

Laporta ya había hablado con Roberto de Assis, su hermano y agente, por si el Barcelona tomaba aquella decisión. La salida más interesante económicamente para el Barça era la del City, pero el club que atraía más al jugador era el AC Milan, que finalmente lo fichó por veinticinco millones.

El presidente salió de casa del delantero. Dio un gran suspiro que mezclaba sentimiento y alivio. Cogió el teléfono. Marcó un número conocido. «Oye, ¿estás en casa? Voy para allá. Quiero que seáis los primeros en saber una cosa». Había llamado a Jorge Messi, que se encontraba con su hijo en la casa vecina. Había otra decisión de la junta directiva que quería comunicarles.

Laporta sabía que la relación entre Leo y Ronnie era especial y quiso contarle de primera mano que el brasileño no iba a continuar en el equipo. Y que la junta quería que Messi se integrase plenamente como jugador de referencia del equipo.

«Leo, debes coger el liderazgo y relevo de Ronnie en el club — dijo Laporta en un gesto simbólico y casi cinematográfico—. Asímelo. Quédate la camiseta con el número diez».

Leo bajó la cabeza mientras se hablaba de su amigo, pero aceptó el reto. Sabía que a nivel profesional era lo que debía hacer. Laporta quiso ilusionar a su nueva gran estrella: si lo conseguía, iba a ganarle para la causa. Le comentó los planes de la secretaría técnica y que se daría protagonismo a los jugadores de la casa. El entrenador iba a ser Pep Guardiola. «Pep te va a entender, conoce la casa muy bien y cree que eres una máquina», comentó Laporta. Se había fichado a Dani Alves y estaban a punto de cerrar a Gerard Piqué.

«A Piqué fichalo, presi, fichalo, que me defendía cuando jugábamos juntos en cadetes», le pidió Leo.

Una cuestión se hizo inevitable al que iba a ser el nuevo líder. «¿A quién más incorporarías?», Laporta recuerda haber preguntado a Leo. Se iba a vender a Deco y a Motta, otros dos amigos. Igual también a Eto'o. El equipo que se estaba formando era, en teoría, sólido, pero necesitaba la aprobación de la nueva referencia.

La familia de Leo participó en la conversación, pero fue un momento de sentimientos encontrados. Sus padres veían la tristeza que afectó a Leo al conocer la marcha inevitable de los compañeros con los que había crecido. Recordaban un partido en el que su hijo marcó mientras Ronaldinho se recuperaba de otra lesión y la Pulga había levantado las palmas de la mano mostrando diez dedos. Era para el diez, su amigo. Pero querían hacerle ver que la vida continuaba y que los nuevos fichajes, la nueva dinámica, le iban a ayudar.

Leo también lo entendió así.

* * *

«Frank al final no pudo enfadarse con los chicos. Cuando tuvo que enfadarse, no pudo, porque los adoraba, porque gracias a ellos ganó dos Ligas, la Copa de Europa».

(TXIKI BEGIRISTAIN)

Frank Rijkaard y Ronaldinho llegaron al club en uno de los momentos más complicados de su historia y devolvieron al F.C. Barcelona al lugar que le correspondía. Los responsables de aquel

equipo, directiva incluida, apostaron por un modelo de fútbol que perdurara y la decadencia final no fue más que un cúmulo de malas decisiones producto del éxito, a menudo más difícil de digerir que el fracaso.

Ambos acompañaron a Leo en su paso por la adolescencia, ambos le mostraron maneras de ser profesional, códigos nuevos, y hasta caminos de ida en los que Leo pudo encontrar la vuelta. «Cuando llegué, Leo era un crío —expone Eidur Gudjohnsen—. Dos años después, era un hombre. El número diez le encajaba como un guante. No le veías entrenando en el gimnasio o haciendo muchas horas extras. Pero llevaba encima eso tan complicado de conseguir: sabía que era su momento. Y lo cogió con la dos manos».

En todo caso, a Leo Messi le quedaba una cosa por hacer.

Ronaldinho lamenta hoy no haber podido estar en el Barcelona unos años más para disfrutar del crecimiento de la Pulga. Aunque posiblemente fue su marcha lo que le permitió prosperar.

Cuando se separaron aquel verano, ambos sabían que no iban a volver a verse ni con la misma frecuencia ni bajo las mismas condiciones. Y que la distancia lo enfría todo.

Y sí, después de unos mensajes de teléfono de ida y vuelta entre Barcelona y Milán, donde Ronaldinho fue a buscar la felicidad, los dos amigos perdieron el contacto.

En el estadio de los trabajadores de Pekín, el 19 de agosto de ese verano, el del final de la era Rijkaard, Brasil se enfrentó con Argentina en las semifinales del torneo de fútbol de las Olimpiadas. Ronaldinho con la *canarinha*, Messi de albiceleste. Ganaron estos últimos, 3-0.

Al final del encuentro, Messi se cruzó a propósito en el camino de un Ronaldinho decepcionado.

Y el abrazo que se dieron dura todavía.

***MESSI NO ES UN GENIO NATO.
NADIE LO ES***

—Diego, Diego. Es un orgullo recibir en nuestra ciudad al mejor jugador del mundo.

—¡El mejor jugador ya había jugado en Rosario! Y es un tal Carlovich.

Así contestó Maradona a su llegada a la ciudad santafesina en 1993, al inicio de su breve estancia en Newell's. Carlovich. Sin referencias, les debe sonar a nombre yugoslavo, a hijo de emigrantes. Y así es. En las calles de Rosario se rellenan los huecos que quedan: leyenda del fútbol, el hombre del doble caño, primero de camino a la portería y, cuando el defensa se revuelve, hacia la dirección contraria. Pisaba el balón y se detenía el tiempo. Un día salió de la jugada con un taco, pasando la pelota por encima de tres rivales. ¡Cómo la cazaba con el empeine! No ha habido otro igual. Lo que hace Messi, lo que hizo Redondo, lo que hizo Maradona, él lo tenía instalado.

Ni Diego, ni Leo, Carlovich fue el más grande.

Eso se dice.

No hay ni una sola imagen en movimiento de ese futbolista argentino de los años setenta al que llaman el *Trinche* Carlovich. Existen referencias escritas en diarios y alguna foto que descubre a un jugador de piernas y patillas largas. Con las manos en las caderas. Grandote. Jugador de barrio. Se habla de muchos momentos

aislados multiplicados en el tiempo en detalle y resolución. Y también de un partido legendario.

Hace poco le preguntaron al Trinche, incapaz de darle más a un balón porque el cuerpo le ha cerrado las puertas, qué sentía cuando oía esas cosas, cuando recordaba que se vitoreaba su nombre en las gradas y que venían de todos los rincones de Santa Fe para verlo; qué cambiaría, ya que, al fin y al cabo, solamente jugó dos partidos en Primera División; cómo sería el Trinche si pudiera retroceder las manecillas del reloj.

Carlovich tensó el rostro.

«Nooo».

Luego giró la cabeza. «Noo, hombre, no me preguntés eso...». Y a continuación se mordió los labios.

«Noo, eso no».

Y le cayeron lágrimas.

* * *

A finales del XIX y principios del XX, aprovechando el tirón económico de Argentina, en Rosario aparcaron sus maletas polacos, rusos, franceses, italianos y también españoles, aunque menos que en otras ciudades argentinas. En los años treinta del siglo pasado, huyendo de la conflictiva zona de los Balcanes, llegaron muchos yugoslavos. Mario Carlovich fue uno de ellos, y se instaló en el barrio de Belgrano, al oeste de Rosario. Tuvo siete hijos: el último, nacido en 1948, fue Tomás Felipe, a quien luego llamarían el Trinche, aunque ni él sabe por qué ni desde cuándo. Será que esas piernas largas y sus hombros anchos le recordaban a algún simpático

un tenedor, un trinche.

En seguida se convirtió, como todos en su barrio, en futbolista de ratos muertos. Le invitaron a entrar en las categorías inferiores de Rosario Central con quince años y acabó debutando en Primera un lustro después. Jugó un segundo encuentro en la máxima división. Y ya.

Carlovich, un volante o número cinco zurdo con mucha clase, visión y escasa velocidad, no cabía en un fútbol que, a finales de los sesenta, prefería el juego físico al técnico. Su metro ochenta y tres no estaba hecho para disputar balones, sino para diseñar jugadas; no era del agrado de sus técnicos de entonces, el último Carlos Griguol.

Un día de partido, el equipo estaba preparado para partir de Rosario hacia Buenos Aires. «Llegó con un bolsito, ascendió al micro, en el que únicamente estaba el conductor, y sin saludar se ubicó en uno de los asientos del fondo —recuerda en *La vida por el fútbol* Eduardo Amez de Paz, conocido periodista de Santa Fe que vivió de cerca aquella época—. Luego de diez o quince minutos, en los que no había llegado ninguna otra persona, se dirigió hacia delante y consultó al chofer acerca de la hora de salida. “Como siempre, pibe; salimos a las dos y media, tres menos cuarto”. Sin ni siquiera agradecer esa información, descendió del vehículo, para no regresar. Días después se conoció que se fue al club Río Negro, en el barrio de Belgrano, donde participó de un torneo amateur».

«Circunstancias, algunas cosas que no me gustaron y me alejé de Central y me fui...», así lo explica hoy el Trinche, que unos meses después recaló en el Central Córdoba, el tercer equipo de Rosario, donde pasó una década. Al Central, siempre a la sombra de los canallas y los leprosos, Carlovich le llama su «casa»: fue campeón de la C en 1973 y también consiguió ascender a la B.

Vistió la zamarra charrúa en cuatro etapas diferentes y en un total de 236 partidos, y le alcanzó para marcar veintiocho goles. Su estilo y su magia, según cuentan parecidos a los de Juan Román Riquelme, quedó para siempre en la memoria de los habitantes de su barrio de Belgrano o en la de los de La Tablada, donde se encuentra el modesto estadio del Central Córdoba, el Gabino Sosa, por donde se pasó durante cuatro años seguidos el preparador rosarino Marcelo Bielsa, con la intención primordial de ver al Trinche. El campo cuenta a su entrada con un dibujo de Carlovich pintado a petición de los chicos de Canal Plus, que viajaron desde Madrid para realizar hace unos años un hermoso reportaje sobre su leyenda.

El mito del Trinche se fue esparciendo por La Pampa. Una tarde, antes del encuentro contra Los Andes de la provincia de Buenos Aires, Carlovich se dio cuenta de que no llevaba encima la documentación necesaria que había que presentar a los colegiados. Los papeles se habían quedado en Rosario. Un dirigente local, que sabía de él de oídas en una época en la que no se televisaban los partidos de la Primera B, se plantó ante los jueces con una petición: déjenle jugar. «Sé quién es ese tipo de pelo largo y mostacho, es el Trinche. Déjenle jugar, porque apenas le vemos por estos lares».

«El Trinche fue un anarquista del fútbol, lo que le impidió debutar en Primera División mucho antes —escribe Amez de Paz—. Recién lo hizo cuando ya había cumplido veintiún años y cuatro meses (nació el 19 de abril de 1948). De él decían que jugaba cuando quería, cuando tenía ganas. Opino que no fue así. Él se divertía jugando, porque había nacido para eso. Nunca tomó el fútbol como un medio de vida, ni le interesó ni supo pelear un contrato. Él quería jugar, con eso estaba suficientemente pagado».

La leyenda del *Trinche* Carlovich adquirió definitivamente

geografía nacional y cronología eterna la noche del 17 de abril de 1974, en la cancha del Newell's. La selección argentina de Vladislao Cap, que se preparaba para viajar a Alemania Federal a disputar el Mundial, buscaba equipo para jugar un amistoso en beneficio del Círculo de Periodistas Deportivos y se decidió por una selección rosarina. Fueron convocados diez futbolistas de Primera División: la mitad de Newell's, la otra mitad, de Rosario Central, y sólo un futbolista de la Segunda División: el cinco de Central Córdoba, Carlovich. Llegaron a la cancha dos horas antes del encuentro sin haber entrenado juntos ni una sola vez.

El estadio se llenó. No hubo televisión, nadie lo filmó, pero los testigos presentes (futbolistas, entrenadores, aficionados) y una memorable narración para la emisora de radio LT8 de Óscar Vidaña dan cuenta de... un baile de los rosarinos. En toda regla. Nadie pudo detener a Carlovich, quien patentó una jugada que, según se recuerda, solía hacer semanalmente en el Gabino Sosa. La explica el propio Trinche: «Tiré un caño y, cuando el defensor se dio vuelta, le tiré otro. Lo hacía seguido, aunque ese día la cancha se venía abajo». Ese doble caño no se lo hizo a cualquiera, sino a Pancho Sá, el defensor con más Copas Libertadores de la historia.

Los internacionales, con un Mario Kempes destacado, recurrieron al insulto porque no les salían las cosas. Se fue al descanso con 3-0 a favor de la selección rosarina. Ya en los vestuarios, el «polaco» Cap se acercó a su par rival para pedirle que sacara del campo a ese cinco. Y no lo decía en broma.

Pero Carlovich empezó la segunda mitad.

Terminó todo en un inolvidable 3-1 y la selección fue silbada por un estadio que celebró, por una vez, sin distinguir colores. Aquello fue la gloria, pero el Trinche siempre volvió a su «primer

amor», que dice Amez de Paz, «el barrio, sus amigos y los torneos libres, en los que su figura era convocante». Los vecinos de su casa en Belgrano recuerdan que, después de entrenar o de un partido, seguía jugando con los chavales de la calle, de cualquier edad, a cualquier hora, en un campito que había por ahí.

«Me gusta cómo juegan los chicos, mirar los potreros me encanta —reconoce el Trinche—. Hay poco potrero, ahora ya empiezan con canchitas con piso sintético y antes era pasto, pasto. Además, no hay lugar, cada vez se achica más Rosario. Antes había muchas canchas, ahora ya no hay más. Yo siempre digo lo mismo, a lo mejor estoy equivocado, pero un jugador que entra a una cancha y mira la tribuna, y ve sesenta o setenta o cien mil personas, ¿cómo va a jugar? No puede nunca, jugar».

En 1976 fichó por el Independiente Rivadavia, de la ciudad de Mendoza. Un sábado se autoexpulsó justo antes del descanso. Tuvo que hacerlo: si no, no llegaba para tomar el autobús que lo llevaba a Rosario; al día siguiente era el Día de la Madre.

Una mañana muy calurosa, de esas que deberían encontrarle a uno en casa y sin nada que hacer, tocaba partido: al poco de empezar, el Trinche y dos de sus compañeros de equipo se dirigieron a una zona donde la arboleda daba sombra. Tocaban y no se les podía quitar el balón. Y diez minutos así. El árbitro detuvo el encuentro. «¡Jueguen al fútbol, muchachos!». El Trinche le contestó: «Hace mucho calor en el sol, referí».

Estuvo un año en Mendoza antes de volver a Santa Fe, esta vez al Colón, pero sólo jugó dos partidos oficiales: las lesiones musculares empezaron a dictar su carrera. Volvió al Central Córdoba, donde consiguió su segundo ascenso. Empezaba a ser conocida su desgana por el entreno, su falta de ambición. Se contaba

que, en uno de sus múltiples equipos, de fuera de Rosario, pidió un coche como parte del contrato. Cuando se lo dieron, se montó en él y condujo hasta su casa en Belgrano para no volver.

Una mañana de día de partido se juntó la plantilla del Central Córdoba en el Gabino Sosa para dirigirse a Buenos Aires. El Trinche no llegaba, se había quedado dormido. Lo fueron a buscar y salió en calzoncillos, despeinado, y más o menos así se lo llevaron a la capital. Nadie recuerda el rival, podía ser el Almagro, pero ese día ganó Central Córdoba. 1-0. Gol del Trinche.

Todos queremos que esas historias sean ciertas. Se cuentan, así que deben de serlo, ¿verdad?

El Trinche se retiró. Pero, después de tres años de inactividad, regresó a los terrenos de juego. Era ya 1986. Caminaba por los partidos, pero veía todavía senderos para el balón mucho antes que los demás. Fue una única temporada en la que jugó por jugar. Durante unos años se le vio por los barrios lanzando pases de cuarenta metros y realizando alguna gambeta. «Un habilidoso es el que demuestra la alegría de jugar en el potrero, el que trata bien la pelota, el que es feliz por jugar al fútbol», recuerda hoy el Trinche.

Carlovich encarna el paradigma opuesto a Messi: su fama y lo mejor de su carrera se quedaron en Santa Fe y por eso se lo adora. Su leyenda es un lugar común en Rosario, forma parte del imaginario de la ciudad; en realidad, de toda la provincia. Es de esos jugadores líricos que ya no se encuentran. Típico futbolista de barrio, de potrero, de calle de tierra. Y así lo cuentan mitos y ganadores del fútbol argentino como César Luis Menotti, José Pékerman, Carlos Griguol, Aldo Poy, Marcelo Bielsa, Enrique Wolff, Carlos Aimar y Mario Killer.

«Recuerdo que yo era un jovencito cuando jugaba el Trinche, un

mediocentro de los que ya no hay —afirma el *Tata* Martino, un rosarino hoy en Barcelona—. Tenía la pelota atada al pie y una calidad excelsa. Hacía caños de ida y vuelta, la gente deliraba con él. El Trinche, además de su increíble espíritu amateur, tiene la marca registrada rosarina: la pasión única por el fútbol, se juegue donde se juegue, en el Mundial o en un picadito...». Tenía casi todas las condiciones para convertirse en un grande. El acento cae en el «casi».

«¿Qué es llegar? —pregunta el Trinche—. La verdad es que yo no tuve otra ambición más que la de jugar al fútbol. Y, sobre todo, la de no alejarme mucho de mi barrio, de la casa de mis viejos, donde voy casi todas las tardes, de estar con el Vasco Artola, uno de mis mejores amigos, que me llevó de chico a jugar en el Sporting de Bigand... Por otra parte, soy una persona solitaria. Cuando jugaba en Central Córdoba, si podía, prefería cambiarme solo, en la utilería, en lugar del vestuario. Me gusta estar tranquilo, no es por mala voluntad».

Al dejar el fútbol, trabajó de albañil, pero la vida le golpeó duramente. Lo explica Amez de Paz. «Yo ignoraba que el Trinche sufría de una osteoporosis tremenda, que le había derruido sus caderas, lo que lo hacía casi un inválido. Lo obligaba a estar postrado en un sillón, sin ánimos para hacer nada, ni siquiera para trabajar junto a uno de sus hermanos, en tareas de pintura y empapelado». El Trinche había golpeado varias puertas en busca de ayuda, pero con poco éxito.

«Mi primer paso fue consultar a mi amigo, el destacado médico traumatólogo y ex futbolista Carlos Lancellotti —sigue Amez de Paz, que decidió tomar cartas en el asunto—. Me dijo que él lo operaba gratis, haciéndose cargo, inclusive, de los gastos de la intervención

y del posoperatorio, pero que necesitaba la prótesis. Tras la primera negativa por falta de fondos previstos para estos casos, se insistió ante la secretaria de Salud Pública, la doctora Mónica Fein. En los primeros días de septiembre, llegó la orden para adquirir la prótesis». La rueda empezó a girar: otro amigo rosarino aportó dinero para poder alquilar una cama ortopédica y unas muletas.

Finalmente Amez de Paz organizó con varios amigos, sus hijos e incluso la iglesia Maradoniana, una velada homenaje con dos partidos benéficos. La entrada costaba sólo el equivalente a un euro. «Llegada la fecha, después de mucho trabajo y esfuerzo, llegó la hora de la verdad. Nos vimos superados en nuestra capacidad de asombro. Una multitud de ex futbolistas se hicieron presentes para participar en los encuentros», recuerda el veterano periodista.

Ese día, Tomás Felipe el *Trinche* Carlovich lloró. Como lo hizo años después cuando le preguntaron qué hubiera cambiado de su carrera profesional.

«Noo, hombre, no me preguntés eso...».

* * *

Carlovich tenía el talento, pero le faltaba el carácter para mantener el edificio. «Parecía que la pelota llevaba a Carlovich, una pelota inteligente, que disfruta de hacer las cosas artísticas, y arrastra atrás a un futbolista», dice Menotti. Se cuenta que el Trinche llegó al fútbol al mismo tiempo que los preparadores físicos, esos que decidieron hacer una revolución para convertir el balompié de arte en otra cosa, en una época fea. Aunque eso suena a excusa. «Quizá a él le haya faltado la profesionalidad que se necesita para competir

en un fútbol tan profesional como éste», afirma el ex futbolista y entrenador Carlos Aimar.

Menotti añade: «Carlovich fue uno de esos pibes de barrio que desde que nacen tienen un solo juguete: la pelota. Su técnica lo convirtió en un jugador completamente diferente. Pero en su carrera no encontró reservas físicas que sostuvieran todas sus condiciones técnicas. Además, desafortunadamente, tampoco tuvo a nadie que lo acompañara y lo comprendiera. Es una pena, porque Carlovich estaba llamado a ser uno de los jugadores más importantes del fútbol argentino. No sé qué le pasó. Tal vez lo aburría el fútbol profesional. A él le gustaba divertirse».

El número uno, el liderazgo, no es para cualquiera. «Messi llega por situaciones que se van dando, pero antes hubo sufrimiento y lo superó —analiza Pancho Ferraro—. No tiró la toalla. Hay unos que nubla y ya no quieren salir. Y hay otros que cae granizo y salen igual. ¿Por qué hay tantos chicos que no llegan? Carlovich, un gran jugador, Rodas, un gran jugador, pero por algo no llegaron. Y a mí, en la vida, me choca cuando dicen “no tuve suerte”. No, no la buscaste. No saliste a pelearla. Por eso, el jugador que llega allá arriba y se mantiene, es para aplaudirlo. Yo, a los Zanetti, a los Batistuta, a los Samuel, a los Crespo, los aplaudo. A los que van y vienen, no».

Escuchen otra manera de entender este deporte. En la entrevista que el canal argentino TyC Sports le hizo en un sofá de su casa de Barcelona en marzo de 2013, Leo Messi se dejó llevar:

—¿Alguna vez vos dijiste «soy un perro, soy malo, no voy a llegar a nada, no voy a ser jugador de fútbol»?

—No, había partidos en los que no agarraba una y yo soy el crítico número uno conmigo mismo, y sé cuándo juego bien, cuándo

juego mal.

—Pero ¿de pendejito te pasó que te quisieras bajar como futbolista?

—No, de tirar todo, no. Sabía que mi sueño era jugar en Primera, que iba a pelear por eso, y que tuve muchos partidos en los que no agarraba una y me criticaba mal.

Dice acertadamente Josep Maria Minguella que Leo «viene de un planeta maravilloso, aquel en el que las personas excepcionales, como violinistas, arquitectos y médicos, se crean. El pueblo elegido». Pero Jorge Messi nunca llamó «genio» a su hijo. Muchos otros lo han hecho. Situarlo en ese planeta de tan pocos habitantes es una manera de limitarlo, de ignorar lo que hay de esfuerzo y de sacrificio.

En todo caso, ¿de dónde sale todo lo que lleva Messi en su maleta? ¿Es un genio? Sin duda es único, pero ¿de dónde procede su talento? ¿De la genética, de la pasión, de la familia, del entorno? ¿Cuánto ayuda la superación de dificultades? ¿Cuántas horas hay que dedicarle al fútbol para ser Messi?

El talento es único e irrepetible. El de Messi, con él comienza y con él termina. No es lo mismo Messi que Maradona, o que Ronaldo. Pero, al margen de sus dotes con el balón, ¿qué le hace querer ser mejor cada día? ¿Es así como uno llega a la máxima representación de su profesión, con la constancia? ¿Todo eso se puede entrenar?

Cuenta Malcolm Gladwell en su brillante estudio del talento, *Outliers*, que los biólogos hablan a menudo sobre la «ecología» de un organismo: «El roble más alto en un bosque lo es porque no hay otros árboles que tapen el sol, porque la tierra en la que está plantado es profunda y rica, porque no ha habido conejos que

muerdan su corteza y porque un leñador no lo ha cortado antes de crecer». La gente de éxito tiene semillas resistentes, pero éstas necesitan de la ayuda de una tierra fértil, de conejos distraídos y de leñadores interesados en otras arboledas.

Pedro Gómez, entrenador, bloguero, preparador físico y psicólogo deportivo, ha elaborado para este libro una lista de diez habilidades comunes a aquellos que sobresalen en un campo particular, diez características que ayudaron a Leo a convertirse en único. Sirve de referencia tanto para los que deseen llegar a lo más alto de una profesión, del fútbol por ejemplo, como para los que contemplan con esperanza (o no) el desarrollo de un hijo. ¿Sirve mi vástago para esto? ¿Puede llegar lejos? Se ha hablado de los sacrificios necesarios. Repasemos las habilidades que, en mayor o menor medida, son imprescindibles para triunfar.

El actor Christopher Reeve, que sabía de subidas y bajadas, de triunfos y dolores, dijo una vez que «muchos sueños parecen al principio imposibles, luego improbables y al final, cuando ponemos toda nuestra intención, se convierten en inevitables».

Leo tenía la intención de ser un grande. Irremediablemente. Y así es cómo lo hizo.

* * *

HABILIDADES NECESARIAS PARA «PODER APRENDER»

1. Contexto familiar y futbolístico

«Para mi viejo nunca jugué bien. De chiquito hacía cuatro goles y

no jugaba bien. Siempre tenía algo que decirme, que criticarme, y eso hacía que cada vez quisiera superarme más para que llegara el próximo partido y no me dijera nada, que me comentara “jugaste bien”. Fueron pocas las veces que mi viejo me dijo “jugaste bien”».

(LEO MESSI)

«Él juega, el resto lo hacemos nosotros. Yo vivo en España y Matías, en Argentina. Nosotros y mi viejo nos encargamos de todo... Una estrella como Leo conlleva un montón de cosas. Necesita un sostén que lo esté aguantando, porque lo único que le interesa es jugar al fútbol».

(RODRIGO MESSI)

La familia acentuó su vertiente protectora a medida que Leo iba creciendo, lo defendieron de lo que consideraban gente interesada, esos que parecían ser de confianza pero que, en algunos casos, acabaron aprovechándose (ofreciendo, por ejemplo, contratos que se firmaron con cláusulas sorpresivas que no se habían discutido). Los Messi tienen varios asuntos judiciales en marcha contra individuos que parecían amigos.

«Han tenido muy mala experiencia con los representantes, y al final funcionan como una empresa familiar que lo que busca es asegurar el futuro del futbolista —explica Carles Folguera, director de La Masía—. Trabajan para garantizar que el dinero de Messi no se lo lleve nadie, que se lo quede él. Messi, al final, es una gran marca. El padre, que era gerente de una empresa siderúrgica, sabe

mucho de números y le lleva la contabilidad y la representación. Su madre está ahora metida en temas de la Fundación Messi. El hermano mayor le lleva la agenda y lo asesora. Todos funcionan como una especie de clan, pero en el buen sentido de la palabra».

En los últimos años, el padre de Leo decidió cobrar una comisión como lo haría cualquier agente, dibujando así una línea muy clara entre su dinero y el de su hijo, e intentando superar las dificultades que comporta tener un padre representante. Contar con un sueldo es mejor que no cobrar nada o que esperar a que el hijo pague algo, impide que el dinero se convierta en motivo de división.

Leo vive en el mundo que se ha creado y lo hace porque es justamente lo que le interesa para progresar. Eso es un signo de inteligencia práctica. «Sabe que es muy bueno jugando al fútbol y que, en este mundo, cuantos menos líos tengas, mejor —insiste Folguera—. Y esto es lo que hace, evitar cualquier tipo de polémica; no por limitación, sino porque es consciente de que, hacer cualquier cosa que se salga de la norma, le puede traer problemas».

«Fuera del campo es un jugador sentimental», explica el fisioterapeuta Juanjo Brau, una de las personas que mejor entienden a Messi. Lo conoció cuando subió al primer equipo con Frank Rijkaard y durante siete años lo acompañó allá donde fue con el club o la selección, incluso en sus vacaciones. Lo instruyó sobre su cuerpo, le ayudó a recuperarse de lesiones, a prevenirlas. Pasaron cientos de horas juntos al año. «Tiene un grupo de gente reducido, son su gente y con ellos va a muerte. Yo me considero una persona de su entorno, de su gente. Pero verás, es capaz de no preguntarme nunca si estoy bien o mal. Y un día verá si estoy jodido e intentará darle una solución. Si ve alguna cosa poco común en mí, soltará “¿eso, por qué?”. Tiene esta percepción y esa manera de

preocuparse de los suyos».

Poseer un entorno familiar exigente a la vez que comprensivo y colaborador son cimientos indispensables sobre los que todo gran deportista necesita construirse. Pero, además, fue esa mirada familiar (desde aquella reacción positiva en su primera aparición en el rondo de la calle del Estado de Israel) la que lo acercó por primera vez al sabor del éxito: si el que te mira lo hace como si tuvieras un don, intentas no defraudar para agradecerlo. La tendencia a hacer lo que te sale espontáneamente bien es lo que te hace perseverar en busca del reconocimiento. Es el «yo soy en tanto el otro»: yo no soy nadie y necesito que me identifiquen con algo que tengo, con una habilidad.

El vástago siempre queda condicionado por lo que la madre o el padre valora, y el fútbol estaba ciertamente muy valorado en casa de los Messi. Si en casa se oye «es un escritor buenísimo» o en la residencia de un amigo se ve a toda la familia leyendo, puede dar paso a la reflexión «a mí me gustaría esto». Y si es lo que gusta, se acaba haciendo: querer emular o, de nuevo, conseguir el reconocimiento es el gran motor del ser humano. El gusto de Leo se enlazó con la fantasía del padre y de la familia (todos los varones quisieron ser profesionales del fútbol) y, ambos de la mano, hicieron camino.

Su familia, antes de que la crisis financiera afectara al país, llegaba bien a final de mes y eso les permitía formar parte del mundo de las categorías inferiores de Grandoli y Newell's, con los gastos que eso reporta. Es parte de la protección universal que Leo, como la mayoría de los que llegan a Primera, ha contado: la abuela, los amigos, las profesoras, los compañeros de equipo estuvieron a su lado cuando los necesitó. Y nada es azaroso en la vida: quienes

son tratados así lo son porque tienen la capacidad de hacerse querer y eso finalmente les lleva en volandas allá donde quieran ir. Además, Leo era casi enano y el reconocimiento de su universo, del talento que demostraba, le fue compensando su limitación física.

Nada es casual. Dos de los tíos de Rafa Nadal jugaban a tenis cuando él crecía. De hecho, Miguel Ángel Nadal, central internacional y ex jugador del Barcelona, tuvo que escoger entre el tenis y el fútbol. A los tres años, Rafa ya jugaba con una raqueta y en una pista. Su abuela recuerda haber oído que no lo hacía mal y lo fue a ver varias veces para confirmar que el niño tenía talento (de nuevo la mirada familiar). Manel Estiarte, considerado el mejor waterpolista de la historia, tenía un hermano mayor que jugaba a ese deporte y, aunque Manel iba para nadador, cambió al inicio de su adolescencia. Y así mil ejemplos.

Por otro lado, el ambiente creado en torno a una persona por el entrenador, los padres, otros jugadores y empleados de un club puede influir en cómo una persona define el éxito. Cuando uno está harto de oír constantemente el mensaje «eres el mejor», eso crea una definición particular del éxito relacionado con la victoria y la demostración de superioridad. Si alternativamente se le anima a centrarse en el esfuerzo (como hace Jorge Messi) y a mejorar continuamente, se alienta a la persona a «ser lo mejor que puede ser», al margen de una derrota o una victoria. ¿Cuántas veces se le ha oído a Leo decir: «Todavía tengo mucho margen de mejora»?

Hay más: tanto en Grandoli como en Newell's, en la prueba del River y en el Barcelona, lo hicieron jugar contra mayores, y ésa es la mejor escuela. También lo es la calle, en esos partidos contra sus hermanos: cagado a patadas y sin quejarse, aceptando disculpas.

La excelencia procede de una búsqueda constante de un gran

objetivo que a veces está marcado por el entrenador, el único capaz de ver que es posible lograrlo. Estar al lado de preparadores de calidad (si no se sabe lo que se hace mal, no se puede saber lo que se hace bien) y jugadores de alto nivel o incluso de mayor edad, ayuda a mejorar la calidad de la práctica y a satisfacer una mentalidad ganadora, ambiciosa.

En los entrenamientos, Tiger Woods solía tirar las bolas a la arena deliberadamente para complicarse el día. Se dice que una de las razones del éxito de Brasil en el fútbol se debe a que todos los jugadores han pasado por canchas pequeñas de fútbol sala, parecidas a las de Malvinas donde Leo jugó hasta los once años. Un balón de menor diámetro exige más precisión y alienta un mayor número de pases; un espacio más pequeño multiplica el contacto con el balón.

En el Newell's, Leo encontró un club que buscaba futbolistas con coordinación y técnica, y el entrenador quería la «continuidad en el disfrute», como lo define Quique Domínguez. Al poco de casarse, Jorge y Celia se plantearon ir a Australia. Leo podría haber nacido en Sídney, sin el apoyo de una estructura de pasión futbolística y de instituciones que lo escogieran por esos atributos. Y que le hicieran crecer por competencia con otros buenos futbolistas y por el camino marcado por la experiencia de entrenadores veteranos. El gen argentino hubiera quedado lejos, representado únicamente por el padre. Insuficiente, quizá, para hacerle un futbolista de élite.

Sirva este ejemplo: la extrema altitud del área de Nandi, en Kenia, ha producido más corredores de maratón que ninguna otra parte del mundo. No sólo eso facilita el desarrollo del cuerpo para aceptar las demandas máximas de la carrera: el área es tan pobre que los niños corren habitualmente a la escuela, que puede estar

incluso a veinte kilómetros de distancia. El éxito depende también de las circunstancias sociales y geográficas, y resulta más fácil ser jugador de élite en Argentina que en Australia.

Hay que incluir en este contexto a aquellos rivales a los que Messi se ha enfrentado y, en especial, a su relación con Cristiano Ronaldo, constantemente en pugna por el trono futbolístico, una rivalidad que sin duda les ha hecho mejores.

¿Y el Barcelona?

El F.C. Barcelona no añadió prácticamente nada a su concepto de juego. Leo Messi sigue siendo el chico de doce años que siempre busca la portería y que entiende el fútbol como un reto esencialmente individual ante el defensor.

Cuando le preguntaron a Leo si era hijo del fútbol argentino o del español, su respuesta fue clara: «Del argentino, porque, a pesar de que crecí y aprendí mucho en España, nunca cambié mi manera de jugar, que es la que traigo desde chiquito».

De infantil, recién llegado al Barcelona, Rodolfo Borrell le pedía jugar en banda, y la Pulga llegó a responder en alguna ocasión con un «no» rotundo. «Yo soy enganche», que era como pedir libertad para jugar como quisiera. Los compañeros de su época en La Masía recuerdan cómo en los ejercicios de posesión le costaba acoplarse y que disfrutaba más el uno contra uno con disparo o los retos en los que podía explotar su velocidad. «A mí me costaba pasar la pelota, me olvidaba», recordaba Leo a *El Gráfico* hace unos años.

En sus primeros años en el conjunto blaugrana, Leo reclamaba ser Lio.

«Leo tenía algo que no había visto en muchos nenes —dice Xavi Llorens, que le tuvo en su primera campaña en La Masía—. Unos

querían ganar, otros pasarlo bien. Pero él, cuando llegó aquí, eso de jugar hacia atrás no se le había pasado nunca por la cabeza y aquí el juego vertical no lo tenemos. Lo normal es salir desde atrás tocando, buscar el pase horizontal, de lado a lado. Y él siempre tiraba hacia adelante, eso de jugar hacia atrás no lo entendía mucho: “Si la portería está allá y quiero hacer gol, ¿por qué ir para atrás, si es más fácil hacia adelante?”. Así pensaba».

El originario mental de Leo Messi, su concepto de fútbol, es el famoso gol al estilo Maradona ante el Getafe. Esa jugada la repitió, lógicamente no siempre con éxito, cientos de veces en los equipos inferiores. Cuando ya en el primer equipo recibe el balón en la mediapunta, de falso diez, y acaba marcando los tantos que le ha hecho, por ejemplo, al Real Madrid arrancando desde atrás, el concepto es el mismo. La única diferencia es la distancia.

Leo es un finalizador, veloz con el balón en los pies como pocos en la historia, con una habilidad descomunal. Cristiano Ronaldo es rápido con espacios por delante, pero no tiene esa habilidad de Leo en carrera. Casi nadie del mundo puede encadenar tres *dribblings* seguidos sin caerse, nadie es capaz de mezclar esa potencia, su velocidad gestual y su habilidad. Solamente Maradona, menos veloz con una menor frecuencia de ritmo y de movimiento, se le puede equiparar a nivel técnico. Leo siempre quiso jugar así y el Barcelona le dio la plataforma para explotar sus virtudes.

«Y de a poco consiguieron que jugara más para el equipo. No se los puse fácil, porque siempre fui muy cabezón. En el Barcelona me enseñaron muchas cosas, pero nunca trataron de cambiarme el estilo. Mi manera de jugar no varió».

(LEO MESSI a *El Gráfico*, en 2009)

Messi «es fruto del potrero argentino», insiste Adrián Coria. La última vez que lo dijo coincidió con los cuatro goles que Leo marcó al Arsenal en la Liga de Campeones. Por aquel entonces, abril de 2010, se decía que el Barcelona era el equipo de mejor funcionamiento colectivo del mundo. Pero la mayoría de las acciones ofensivas de Leo esa noche fueron producto de maniobras individuales, en especial el cuarto tanto que se inventó entre defensores ingleses iniciando su carrera en la mediapunta. No es un asunto baladí. El matrimonio Barcelona-Messi es, sin duda, una conjunción casi perfecta entre un chico con unas condiciones excelentes y un estilo que necesita de esa verticalidad porque a menudo peca de barroco. Así pues, ¿quién necesita más a quién?

Xavi Llorens, que fue un jugador ofensivo, intentó transmitir a sus equipos infantiles una idea atrevida pero sin las restricciones tácticas de los años siguientes. Álex García, un ex defensor, intentó en el Cadete A marcar ciertos parámetros tácticos y estrategias de posicionamiento para que el equipo mantuviera la armonía del 3-4-3 con que jugaba toda la cantera. Permitía el desorden en ataque y exigía el regreso a la posición al perder el balón, y forzaba cambios de posición en los futbolistas para que entendieran las sensaciones y obligaciones de otros puestos. «Pero el talento no se puede frenar», dice hoy Álex.

Los entrenadores que tuvo, pues, no le exigieron ser más disciplinado porque creían que iba a adquirir automatismos con el paso del tiempo y las categorías. Que alguien le daría más

indicaciones. Mientras tanto, ganaban partidos.

Los equipos inferiores del Barcelona están llenos de futbolistas que son los mejores de su zona, pueblo o barrio. Aglutinan calidad. Pero a los mejores entre los mejores (Messi, por ejemplo) no se les obliga a nada, porque el entrenador está principalmente preocupado por vencer. La victoria hace bueno al preparador.

Cuando surge alguien del nivel de Leo, nadie hace grandes esfuerzos para rectificar nada, más bien al contrario. En el caso de Messi no ha supuesto un gran problema, porque su talento le ha hecho triunfar con más o menos conocimiento táctico. Pero existen otros casos menos exitosos, como el de Giovanni dos Santos, hoy en el Villarreal, jugador de gran calidad cuyo talento no progresó con la fuerza del de Leo y en el que los defectos en su juego fueron superiores a sus virtudes. No acabó de llegar al primer equipo porque en su día no se le obligó a defender, a trabajar, a cumplir con responsabilidades que no quiso aceptar de joven. Jugaba como quería mientras los preparadores se pasaban la pelota: ya te corregirá otro. Con esa misma incuria, Leo Messi continuó su tiempo de formación haciendo lo mismo que hacía con doce años en Rosario.

Se entendía que, en general, en la medida en que el futbolista crece, el talento se incrementa y llega un momento en el que esa calidad se estanca, no se sabe bien por qué. El jugador argentino progresaba físicamente, se hacía mayor y algunos preparadores de La Masía creían que su estilo de juego no triunfaría en el primer equipo porque en algún momento su capacidad de desborde iba a quedar estancada, como ocurre siempre, y también limitada por la presencia de defensores de mayor envergadura o un juego colectivo defensivo más infranqueable. Leo insistía demasiado en su jugada,

se decía, en el regate a uno, dos, cuatro futbolistas, y, cuando eso no salía, se convertía en un defecto.

Pero Leo se sentía tan capacitado, tan superior, que seguía intentando marcar cada vez que cogía el balón. Y su talento seguía progresando ante el asombro de muchos.

Y poco a poco fue adquiriendo cierto grado de colectividad, porque entendió que contar con sus compañeros le iba a facilitar la realización efectiva de su jugada. «Messi —explica *Charly Rexach* — era un tío que antes del Barcelona ya jugaba muy bien, tenía intuición, se colocaba bien: había un rebote e iba para él, y decías “qué suerte tiene”. Pero no era suerte, él veía unas décimas antes adónde se dirigía la pelota, es su intuición. Pero Messi ha evolucionado. Antes él cogía el balón y cada vez quería hacer la jugada genial, regatearse a tres o cuatro tíos y meter gol. Había lesiones, había encontronazos y de todo. Ahora se ha conseguido que sepa escoger el momento para hacer la jugada o no hacerla. Ha evolucionado, ha aprendido a jugar su fútbol dentro de un esquema y de un equipo». Rexach lo ha dicho: «su fútbol».

—Cuentan en el fútbol base que es el único jugador al que nunca le corrigieron y siempre respetaron sus características.

—Alguna vez me corregirían, pero no lo recuerdo. Me respetaron la manera de jugar, aunque es verdad que aquí la filosofía es parar y tocar de primera. Pero... ¡Yo no se la daba a nadie!

(LEO MESSI a *El País*, en 2012)

La teoría dice que La Masía cuenta con una estructuración y un

concepto de desarrollo del talento que es responsable del éxito reciente del primer equipo, pero es difícil encajar esa filosofía con el comportamiento hacia Leo, quien en la temporada 2003-2004 jugó con cinco equipos diferentes, según el que necesitara más la victoria ese fin de semana.

«Leo endureció su personalidad a medida que se fue haciendo mayor, producto de la carga de responsabilidad que tiene que soportar —cuenta Juanjo Brau, todavía miembro del cuerpo técnico del Barcelona—. Lo recuerdo cuando llegó al primer equipo, siempre reía, era pequeñito y llevaba encima cierta aura. Ese carácter se le fue endureciendo, lo endurecimos nosotros, el fútbol, el Barça. Hubo una época en la que siempre le hacían jugar con el equipo que precisaba ganar. Entrenaba de lunes a viernes y el jueves o viernes le comunicaban en qué equipo iba a jugar ese fin de semana. Yo me ponía en contacto con el entrenador del equipo: Juvenil A, Juvenil B, Barcelona A o B o C. ¿Qué quiere decir esto? Esos equipos dependían de él para su engranaje. Hemos formado a este jugador ganador, decisivo, determinante, necesario».

Fernando Signorini, ex preparador físico de la selección argentina, recoge el testigo de esa línea de pensamiento: «En su formación, explotó tan rápido y era una gema tan preciada, que hay que ver si alguien se atrevía a decirle que no. Y muchas veces pienso que, por hacerle un bien desde el punto de vista deportivo, se le hace bastante daño desde la fase humana, porque no lo prepara para la vida. En la formación no habría que preocuparse tanto por el cuerpo y por ganar, sino pensar en el ser humano, porque tampoco hay ninguna garantía de que lleguen a ser grandes figuras, aunque finalmente lo sean».

A Leo le pidieron que ganara a todas horas y en el verano de

2013, tras la llegada de Neymar —otro futbolista al que le gusta hacer su jugada, que no encaja automáticamente en el esquema de juego que dio triunfos al Barcelona—, se le pidió, sin palabras, que compartiera su nivel de influencia con el recién llegado. Debe ser difícil de ajustar todo eso en la cabeza de un animal competitivo que desde su infancia exige esa responsabilidad. La quiere, la necesita.

¿Cuál ha sido la principal aportación sobre el césped del Barcelona? La aparición y colocación alrededor del argentino de extraordinarios jugadores (ocho campeones del mundo) que han madurado con Leo, en especial Xavi Hernández y Andrés Iniesta, los tres en su mejor momento. El Barcelona ha tenido, en los últimos años, futbolistas que han mantenido la posesión cerca del área contraria (dando más opciones a que surja el talento del rosarino) y que le han sabido devolver el balón. Si Messi no hubiera jugado en un equipo del nivel que ha tenido el Barcelona, con esa calidad en el centro del campo, no se hubiera reconvertido en el jugador colectivo que es ahora, porque la pelota no le habría vuelto con la facilidad con la que se la devuelven, ni con los condicionantes tácticos específicos para que pueda hacer su juego, su jugada.

¿Qué hubiera sido de Xavi e Iniesta sin Messi? Los tres se respetaron desde el primer día, porque sabían que juntos iban a poder ganar más que por separado.

Durante muchos años, Messi no tuvo en la selección absoluta argentina las facilidades que encontraba en el Barcelona, donde fue considerado un gran jugador desde el principio, además de ídolo de masas; pero en su país no era ni el elemento más importante del equipo, tampoco podía ser líder. Así que la pelota salía de Messi pero no regresaba a él, eran los demás los que terminaban la jugada. Finalmente, ya con Alejandro Sabella, la selección ha aprendido a

devolverle el balón y dejarle que se exprese.

Tras unos años de incertidumbre institucional, el apoyo del Barcelona se concretó fuera del terreno de juego, especialmente tras la llegada de Joan Laporta. Mientras crecía como futbolista, el club se preocupó de apoyarlo en lo económico, de darle seguridad, un aspecto crucial para los futbolistas de élite, no tanto por el dinero, sino por la jerarquía y el respeto que los contratos ofrecen.

Eso es un gran logro en un club que ha triturado algunos de sus máximos activos futbolísticos: tras cinco temporadas, Johan Cruyff abandonó el Barcelona en 1978 por la puerta de atrás por falta de entendimiento con la junta directiva. Diego Armando Maradona marchó tras dos campañas en las que no dio lo que se esperaba de él. El brasileño Ronaldo estuvo sólo una. El rendimiento de Ronaldinho acabó en caída libre hasta que tuvo que dejar el club sin muchas ganas de seguir siendo profesional.

«El Barça ha sido inteligente por avanzarse siempre y decirle “por esto, no sufras” —insiste Soriano—. Yo creo que obtuvo el dinero que podía haber ganado en otro sitio. Y eso no siempre pasa, especialmente con un jugador de la casa que suele cobrar menos que uno que viene de fuera».

La hipótesis de un Leo en «otro sitio» es atractiva. Messi no surgió de La Masía, pero ciertamente creció en el Barcelona. Ha tenido ofertas o acercamientos de, entre otros, Arsenal, Juventus, Inter y Real Madrid, pero se quedó en el club blaugrana. En todo caso, su talento, acompañado por la misma suerte con las lesiones, hubiera explotado en cualquier otro lugar. Todas las conversaciones para este libro que han acabado con la pregunta «¿Hubiera triunfado Leo fuera del Barça?», se contestaron afirmativamente, aunque con diferentes matices.

«Sí, lo hubiera hecho —sentencia *Charly* Rexach—, pero igual no tanto, porque aquí interviene mucho más en el juego de lo que lo haría en otro equipo». Jorge Messi, preguntado por la revista alemana *Kicker*, está de acuerdo: «Capaz hubiese sido un poco más difícil [llegar tan lejos como futbolista], pero creo que sí, teniendo en cuenta las condiciones que tiene. La técnica ya la tenía con cuatro, cinco años. Hacía “boom, boom, boom” y ya llegaba al arco. Pero en el Barça se le sumó un orden táctico, una forma de juego diferente y una filosofía distinta». El antiguo presidente del Barcelona, Joan Gaspart, lo ve igual: «Messi por si solo ya es un jugador excepcional. Si además de serlo coincide en el tiempo con un Xavi, un Iniesta, que son parte fundamental de su juego, eso suma muchísimo. Pero él solo hubiera triunfado en cualquier otro equipo del mundo».

«¡Aah, hubiera triunfado igual en Argentina! —afirma Claudio Vivas, a lo que Signorini añade—: Fue mejor para él que acabara en el Barcelona, porque ¿cómo hubiera sido su carácter si a los catorce años lo hubieran apretado en la “barra brava” y le hubieran dicho “enano, te voy a cortar la garganta, hijo de puta, la concha de...”, si le hubieran dicho todas las barbaridades y le hubieran escupido, y le hubieran roto los vidrios del micro donde iban... ¿Qué hubiera sido de él?». De nuevo, excelente conjetura: al fin y al cabo, todos somos hijos del pasado que nos condiciona y de los estímulos que nos van formando.

Cuando se le comentó a Leo que en Inglaterra se dice que está por ver si sería capaz de hacer lo que hace un miércoles de una noche fría y lluviosa en Stoke, se rió. Si a Picasso se le diera otro pincel, se apunta desde su familia, hubiera sido igualmente creativo. «Messi es primero un talento extraordinario, prácticamente

inigualable. Se hubiera desarrollado en cualquier lugar, pero fue plantado en una tierra fértil, en un sistema, y se fue regando y cuidando con mimo y esmero», remata Ferran Soriano.

«Leo coincidió con una generación espontánea, como se vio en su momento con el Santos de Brasil, o el Ajax de Holanda, con Xavi, Iniesta, Puyol, Busquets, Piqué..., tremendamente compensado —apunta Signorini—. Y es muy difícil que se repita. Algunos jugadores, muy buenos jugadores, son producto del aprendizaje, pero él creo que es el instinto en estado puro. Y después sí, seguramente con la ayuda de Guardiola empezó a leer mejor los partidos y a no cometer grandes equivocaciones. Y casi todas las intervenciones las resuelve a favor de la eficacia del conjunto: como individuo hace su aporte y eso es muy raro de ver hoy en día. Jugadores como él, en esta época de individualismo atroz en el que nos ha sumido este sistema perverso, no suelen entender lo que es formar parte de un grupo y que su esfuerzo es uno más, si bien importante, pero uno más en la pirámide que hay que construir para formar un gran equipo».

El futbolista Víctor Vázquez también cree que se formó la simbiosis perfecta: «Aprendió a saber lo que era un equipo, no lo sabía cuando llegó. Y cuando vio los jugadores que teníamos, muy buenos, él dijo: “Tengo que utilizarlos, también, porque yo soy muy bueno, pero, si los utilizo, soy mejor”».

El Barcelona, a partir de Guardiola, diseñó un vestuario a la medida de Leo y éste fue buscando aliados para poder jugar como le gusta hacerlo. Pero el último año de Pep y con Tito Vilanova costó más mantener el equilibrio en un conjunto que en ocasiones pareció entregado a Leo en exceso. «Vino con un juego muy individualista y el Barcelona le añadió juego de equipo, lo ayudó con la posesión a

un ritmo muy rápido —contaba Gerard Piqué durante el verano de 2013, antes de la llegada de Gerardo Martino y Neymar—. Aunque es verdad que en los últimos años el ataque siempre acaba con Leo. Jugamos de tal manera que nos hemos acostumbrado a finalizar siempre con Leo. Yo creo que eso es bueno, porque explotamos al máximo las condiciones del mejor jugador del mundo. Pero sí que es verdad que, cuando no está, se nos penaliza mucho».

* * *

HABILIDADES NECESARIAS PARA «QUERER APRENDER»

2. Inquietud/motivación

«Me admira su capacidad para seguir aprendiendo. No conozco a nadie que produzca tantas soluciones y de manera tan rápida a los problemas en una cosa tan variable como el fútbol».

(ANDONI ZUBIZARRETA,
director deportivo del Barcelona)

«Vivimos tratando de mejorar en cualquier ámbito de la vida y yo en el fútbol no soy la excepción. Mi objetivo es crecer, no quedarme con lo que tengo. Siempre lo digo: tengo que mejorar en todo».

(LEO MESSI, en enero de 2013,
tras recibir su cuarto Balón de Oro)

Leo es un tío listo. Así lo define *Charly* Rexach: «Ha aprendido a jugar. Sabe escoger lo que tiene que hacer en cada momento. Habla poco y escucha mucho. Es un tío listo y, en cuanto le razones por qué debe hacer algo, lo entiende y lo hace». Con los ojos bien abiertos y la mente en constante absorción de conocimientos, Messi sabe que, para mantener el mismo nivel, hay que aprender y seguir esforzándose.

En la élite, es más fácil llegar que mejorar y sólo los elegidos son capaces de mantener la motivación después de triunfar, una característica de Messi destacada por los que lo han tenido cerca. Leo sabe que el triunfo es sólo un acontecimiento más, un paso más. Sin saberlo, hace aquello que aconsejaba el escritor británico Rudyard Kipling: «Al éxito y al fracaso, esos dos impostores, trátalos siempre con la misma indiferencia».

Para seguir avanzando, hay que tener un amor, una pasión por el juego fuera de lo común. Así lo explica el productor de cine David Brown, responsable de películas de éxito masivo como *El golpe* o *Tiburón*: «El éxito no es tanto hacer lo que uno quiere como querer lo que uno hace». Cuando alguien está motivado principalmente por sí mismo, adquiere una larga lista de beneficios psicológicos: el esfuerzo cuesta menos, la persistencia es un regocijo.

En todo caso, el objetivo para Leo, para los jugadores de élite, no debe ser mantenerse en lo conseguido, porque ése es, como reflexiona el psicólogo del R.C. Celta de Vigo, Juancho Armental, «un concepto falso. El objetivo debe ser pretender nuestra mejora, porque, si no mejoramos, empeoramos. Llegar es difícil. Claro que sí. Mejorar también tiene lo suyo, pero es necesario pretenderlo».

«Sin reto a la vista, dejarás de dar lo mejor de ti mismo, te acomodará y la inercia que te mantiene en el éxito se irá

debilitando —explica Pedro Gómez—. Tu rendimiento disminuirá sin que apenas puedas darte cuenta. Un día despertarás y comprobarás que empiezas a estar incapacitado para la élite. La excelencia es el convencimiento de que siempre se puede mejorar». Messi lo tiene claro: «Soy mi crítico más duro».

Para ser realmente constante en la lucha por alcanzar objetivos es crucial que la motivación intrínseca —es decir, la que tiene que ver con la autorrealización— aumente en relación con la denominada extrínseca, más relacionada con factores externos, la recompensa económica o el reconocimiento social, por ejemplo. La razón es obvia: frente a la eficacia de la primera, la extrínseca puede perderse más fácilmente cuando se colman las expectativas.

Leo tiene motivación intrínseca, pero también le viene de otra fuente poderosa: aunque poco practicante, Messi es creyente, y está convencido de que hay vida más allá de ésta. Por eso, cuando marca, agradece a su abuela lo que hizo por él.

* * *

3. Ambición, competitividad y focalización.

«Tiene las cosas muy claras; tiene tres Champions, pero quiere cuatro».

(SYLVINHO)

«Por doloroso que fuera [inyectarse las hormonas], lo hacía porque quería ser el mejor. ¡Él quería ser el mejor! Siempre. Eso

lo tenía claro. Una vez, de chavales, me dijo: “Yo quiero llegar ahí, yo quiero ser el mejor y triunfar aquí y estar aquí toda mi vida”».

(VÍCTOR VÁZQUEZ)

«Lo siento por los que intentan ocupar su trono. Estamos ante el mejor en todos los sentidos. Es capaz de hacerlo todo y cada tres días».

(PEP GUARDIOLA)

«Son premios para el vestuario, demuestra el equipo que tenemos. Así que estoy muy feliz. Ahora pienso en poder seguir creciendo, ganando cosas para que todavía se me recuerde más. Quiero seguir haciendo méritos para que se me siga recordando».

(LEO MESSI, durante la gala del
Balón de Oro de 2012)

«Acostumbro a ser el último en irme; me gusta estar en el vestuario. Además, no tengo nada mejor que hacer. Me gusta el fútbol y los entrenamientos son parte del fútbol. Conozco gente que hace cosas menos divertidas y trabaja en cosas duras».

(LEO MESSI, en la misma gala)

En los años setenta, el Gordon Training International desarrolló una

de esas teorías que han sido superadas con el tiempo pero que ayuda a entender cuatro tipos básicos de futbolistas. La llamaron las «cuatro fases del aprendizaje». El jugador, cuando empieza, cuando juega en el patio del colegio, no es consciente de lo poco que sabe, de lo bueno o malo que es (incompetencia inconsciente). Cuando ve a alguien que hace con el balón cosas que él no puede, reconoce su incompetencia y adquiere y usa conscientemente una habilidad, posiblemente en el escenario de una escuela de fútbol (incompetencia consciente). Finalmente, tras mucha práctica, el futbolista es capaz de entender su habilidad y de ejecutarla con un alto nivel de concentración. Adquiere tal nivel de competencia que le permite ser profesional, un estadio en el que la mayoría de futbolistas vive cómodamente (competencia consciente). Queda un último nivel, un grupo de descontentos que no cree haber llegado con sólo haber conseguido profesionalizarse, al que pertenece Leo Messi. Han practicado tantísimo que su habilidad se ha convertido en una reacción instintiva y su práctica, en fácil (competencia inconsciente).

A este último grupo, el de los privilegiados, pertenecen aquellos que nunca tienen suficiente, que no creen ser buenos del todo, que deben seguir trabajando para alcanzar la meta máxima: lograr ser el mejor. «Leo comentaba, con confianza, que quería ser el mejor. Y no lo decía con arrogancia, sino como algo que pasaría en el futuro — explica Víctor Vázquez—. Cesc, Piqué o yo lo podíamos decir, pero teníamos el miedo de saber que hay jugadores en tu posición que son de tu estilo; pero, como Messi, no hay otro, nunca va a haber otro, ni había ni habrá. Es imposible. Son jugadores especiales».

Tener metas y objetivos claros ayuda a llegar lejos: si no sabes con precisión dónde quieres ir, nunca llegarás. Y Messi lo tenía

clarísimo: no quería ser una figura, una estrella. Quería ser el mejor futbolista que podía ser y era consciente de que ofrecía algo que no existía en La Masía. «Sabía que todo el mundo allí era técnicamente muy bueno, pero nadie tenía ese uno contra uno —continúa Vázquez—. A lo mejor Toni Calvo era ese tipo de futbolista de desborde y centro. Pero Leo tenía otra cosa: era desborde, otro desborde y gol. Y cuando fue creciendo, lo seguía haciendo».

«Todos queremos ganar —reflexiona el jugador argentino Gustavo Oberman—. Seguramente, él, con las condiciones que tiene, puede querer ganar más que otros. Un jugador medio quiere vencer en un partido; él quiere ganar el torneo, el Balón de Oro. Si yo fuera Messi también lo querría, pero no llego a eso, así que yo me acomodo a lo que sé que puedo ganar».

Continúa Oberman: «También quería vencer en las prácticas de juego reducido, y disputaba las pelotas a muerte, como en un partido. Quizá otro tipo de jugador, con las mismas condiciones que él, juega más tranquilamente en la práctica porque no necesita demostrar y él, como *el Kun* Agüero o yo mismo y muchos otros, nos exigimos jugar al máximo, porque, si no juegas al máximo con jugadores de esa categoría, resulta muy difícil destacar. Pero también porque lo llevamos dentro».

«¿¡Cómo?! —añade el defensor del Manchester City, Martín Demichelis—. ¡Es competitivo incluso en los partidos de “amigos de Messi” contra el “resto del mundo”! En uno de esos encuentros nos dijo “venga va, juguemos en serio, que me aburro”».

Ese estado competitivo tan alto, esa mentalidad ganadora, esa búsqueda de retos por superar le crean tal estado de excitación antes de un partido que en ocasiones ha vomitado minutos antes del inicio. Es como el gas que se da a la moto antes de una carrera. O como al

cantante que, antes de salir al escenario, antes de los aplausos, le sube la temperatura y se le apoderan los nervios. Pero, tras ese breve momento de impulso, al saltar al campo, el ralenti se ajusta de inmediato y el objetivo se muestra diáfano.

Su focalización, dicen los psicólogos deportivos, es absoluta, y centrada. No es amplia y difusa, sino reducida. Muchos de los que destacan en la ciencia, la cultura y el deporte tienen esa misma visión focalizada y reducida. Cuentan que Arquímedes, mientras la ciudad que habitaba estaba siendo invadida, permanecía concentrado en una investigación. No oyó al soldado que entró en su casa. Ensimismado, nunca supo que lo asesinaron.

Los que viven en la élite crean y habitan su mundo, no lo comparten. De vez en cuando salen y comparten el nuestro. Como los actores, deben aprender a salir de los personajes, eso que Leo hace en privado. Jean-Paul Sartre escribió sobre un actor que hizo el papel de William Shakespeare durante quince años y, al final, cuando quería estar con una chica, no podía evitar contestarle como si fuera el propio Shakespeare. Hasta que, un día, reconoció que no sabía quién era.

El futbolista de élite corre el peligro de acabar encerrado en su pequeño mundo. Leo intenta que el contacto con sus sobrinos, sus perros, ahora su compañera y su hijo Thiago, le sirva para abrir las ventanas y recordar que hay más mundos que el del rectángulo de juego. Pero de ahí a decir, como afirmó alegremente el ex futbolista Romario, que tiene el síndrome de Asperger —una forma leve de autismo— hay un mundo. De hecho, es falso. Es muy poco serio un uso tan a la ligera de la terminología médica. No sólo un Asperger es muy complicado de diagnosticar, es que nunca se le ha diagnosticado.

Eso sí: Messi puede llegar a estar tan focalizado, tan centrado en lo suyo, que sus reacciones se nos pueden antojar extrañas. Al final de un Perú-Argentina de cuartos de final de la Copa América de 2007 y justo antes de meterse en el túnel de vestuarios, una fanática de Leo se dejó caer desde las alturas para conseguir un abrazo de la estrella. En las imágenes de televisión se ve a Messi mirando hacia arriba, hacia las gradas, advirtiéndole a la chica que no se lanzara mientras seguía caminando. De repente, cayó un cuerpo que se dobló, se levantó y acabó dándole un abrazo al futbolista, que se detuvo brevemente y siguió andando.

Alguien le pidió una camiseta de camino al vestuario y se le ve debatiendo si se la daba o no. Como si no hubiera ocurrido nada dos segundos antes. Eso es lo que se ve desde fuera. Y esto, lo que cuenta Messi en *Clarín*, cómo lo vivió por dentro: «Nooo, dejá. Fue increíble. Yo le hice señas de que no se tirara y se terminó tirando igual. Te juro que no sabía qué hacer. Eran por lo menos cuatro metros. Casi se mata y encima, pobre, la sacaron a las corridas de ahí y ni se fijaron si estaba bien o no».

¿Y cuando llora tras un partido? ¿Cómo se explica ese extremo opuesto? Un partido no da para llorar, se dice en Argentina. Si uno lo hace es porque, para esa persona, es algo más que un encuentro de fútbol. ¿Qué se ha jugado en esos noventa minutos para que te haga llorar? Una derrota para Leo no es cualquier cosa: hasta que se calma, dicen los psicólogos, metido en su mundo, focalizado hasta el extremo, siente que ha perdido la vida. Por eso es hasta lógico que llore.

«Leo es muy especial —analiza Piqué—. Es tan, tan ganador, y tiene un carácter que, no lo parece, pero cuando pierde un partido, piensas: huy, no me gustaría ser su mujer, o su novia... Te imaginas

que se va a ir a casa y allí se va a estar todo el día sin hablar». Efectivamente: no conversa con nadie, se encierra en su habitación e igual al día siguiente llega tarde a entrenar. No haber ganado, no haber marcado, le duele. Tardará un día o dos o tres en arrepentirse de haber levantado el muro de silencio, pero no lo puede evitar. Y a la próxima, lo mismo.

Y ganar no es más que lo que hay que hacer. Después de una victoria a Leo le queda la sensación del trabajo bien hecho. Se dice que las grandes victorias vienen acompañadas, minutos después de las mismas, de una especie de depresión, un bajón físico y también mental por el esfuerzo (¿Ya está? ¿Para esto tanto trabajo?). Suele durar varios minutos. Leo siente satisfacción al conseguir un objetivo, sabe celebrar. Pero antes de que le ataque la «depresión del campeón» ya se ha marcado nuevos objetivos. «Los grandes genios son totalmente diferentes a nosotros —dice Sylvinho—. A veces no parecen seres humanos [risas]. Quieren más, y más... A mí eso me encanta, porque, si veo a una persona, a un jugador, que puede hacer más, que tiene talento para hacer más, y no lo hace..., uff. Eso duele mucho. Leo no necesita dinero, y cosas muy buenas ya no quiere..., pero busca más logros, ganar más».

Conseguir ese nivel de focalización es clave para avanzar. «La publicidad muchas veces confunde a un jugador —escribió en *El País* el periodista Santiago Segurola—. Le obliga a ser el mejor del mundo en cada jugada. Y eso no puede ser. Yo creo que los jugadores no están preparados para la tensión extrema que genera el periodismo, las críticas, el éxito, la fama, la celebridad, los viajes, las exigencias comerciales de los patrocinadores. Son cosas que pueden distraer, que pueden acomodarte en tu día a día de partidos».

Pero nada distrae a Leo y eso es otra característica del

argentino, y también de los mejores de su deporte. Santi Solari, ex futbolista del Real Madrid y también de Rosario, les dijo a sus pupilos en su primera experiencia como entrenador en los cadetes del club blanco que no perdieran el tiempo, que aprovecharan la enseñanza, que no se entretuvieran en cosas de adolescentes, en salir, en fiestas. Se lo decía a chicos de quince años, cuando lo que se piensa a esa edad es precisamente en perder el tiempo. Los que entendieron de lo que hablaba Solari, los que tienen esa focalización, esa locura incluso, son los que poseen el gen futbolístico. Nada les despista.

Estando con los cadetes de Tito Vilanova, el Barcelona recibió una oferta de la Juventus por Leo. Messi no se quiso ir: había marcado el camino y su ambición era triunfar en el Barcelona. «Leo vive, piensa, disfruta o se entristece o lo que sea con el fútbol —apunta Ferran Soriano, ex vicepresidente del Barcelona y actualmente director ejecutivo del Manchester City—. De hecho es sólo fútbol. Está claro que piensa que para ser el mejor del mundo debe tener un foco espectacular: juega al fútbol, entrena, juega al fútbol, también en la Play Station. Me recuerda a Fernando Alonso, con quien comí hace unos años. Salí con una impresión similar a la que he tenido con Messi: sólo habla de carreras y de coches, nada más. ¿Cómo les irá cuando acaben sus carreras?».

* * *

HABILIDADES NECESARIAS PARA «SABER APRENDER»

4. Constancia

«Por lo que me cuentan mi papá y mi mamá, a los dos o tres años ya estaba con una pelota. Desde muy chiquito me di cuenta de que era lo que me gustaba y lo que pretendía hacer. A medida que fui creciendo y siendo más consciente de lo que era todo... más todavía».

(LEO MESSI, en el *spot* de Audemars Piguet «Defining Moment»)

«Messi entiende el fútbol como si llevara jugando algo más de cien años».

(SANTI SOLARI)

«No he visto a ningún futbolista superior a Leo, nadie que lo supere en eficacia. Él se dedica a ganar partidos con una continuidad asombrosa, y siempre nos sorprende con algo nuevo, con una nueva pincelada luminosa, gratificante».

(JORGE VALDANO)

«Está dotado de un gran talento, pero, si no hubiera sido por esa voluntad loca de querer darlo todo y de progresar, no habría servido de nada».

(RODRIGO MESSI, en *France Football*)

«La gente compra entradas para verlo jugar y está dejando algo

único. Encuentra a un jugador que durante cuatro años haya mantenido esta regularidad. Que tenga esta capacidad física, que luche como lo hace él. Yo no lo he visto nunca, uno que sea tan constante... quizá soy demasiado joven, pero nunca he visto a un compañero así y como técnico no he contado con un jugador de este tipo. Es superior a los demás, tiene un don especial».

(PEP GUARDIOLA, en 2011)

Queda claro que no existen los atajos de camino a la cumbre. Hay que aprender del error. Cuando parezca que ya no se puede, hay que pensar que todavía se puede. Y al llegar hay que tener claro que no se llega, sino que se debe seguir avanzando. Un ejemplo gráfico e imaginativo de todo eso se encuentra en un anuncio publicitario de Cristiano Ronaldo en el que lo atormenta su otro «yo»: «Aparece justo al final de cada partido. Me persigue. Me acosa. Aunque haya destrozado el marcador. Él tiene siempre algo que decir. Es muy pesado. Que si no llegué a ese pase, que si no controlé el balón, que cada falta debería de ser gol. ¿Su frase favorita? Si crees que ya eres perfecto, jamás llegarás a serlo. Y sigue, sigue, sigue... todo el santo día. Siete días a la semana. Pero ¿sabéis qué? Adoro a ese tipo».

Así piensan los grandes. Sin esa mentalidad, no se consiguen los grandes objetivos. Pero ¿qué más les hace alcanzar esa grandeza deportiva? ¿Cuál es el camino? ¿Se puede enseñar, se puede repetir?

Durante siglos hemos creído que el éxito tiene que ver con el talento y la genética. «Yo me convertí en el campeón de tenis de mesa británica, en el número uno, por primera vez en 1995 — explica Matthew Syed, campeón de ping-pong de la Commonwealth

y ahora periodista del *The Times*, que exploró el éxito en el deporte en su extraordinario libro *Bounce*—. Fue una gran sorpresa para la comunidad deportiva en el Reino Unido: era muy joven y no mucha gente esperaba que yo llegase a la cumbre tan pronto. Crecí en Silverdale Road, en Reading, en una bonita calle sin gracia, excepto por una cosa: esa pequeñísima comunidad produjo más grandes jugadores de tenis de mesa en la década de 1980 que el resto de la nación junta. Si usted piensa que ocurrió todo gracias a la genética, ¿por qué fue solamente una calle específica la afectada?».

Syed apunta un dato más: el Spartak de Moscú, club de tenis pobre en las afueras de la capital de Rusia, produce más jugadoras de tenis *top* que todo el conjunto de Estados Unidos. Nuestra inclinación a pensar en el éxito en términos de genética tiene que ser revisado.

Matthew Syed rechaza usar los términos «genio», «prodigio» o «con talento natural» incluso referidos a Leo Messi, porque cree que la excelencia se debe principalmente (aunque no sólo) a la práctica continuada y deliberada. El autor reta a la creencia cultural según la cual el genio nace, no se hace: con el esfuerzo llega la excelencia y, a través de ella, a menudo el éxito. Hay que elogiar, pues, el trabajo, no el talento.

Leo, ciertamente, ha jugado siempre con una pelota y a todas horas. Recuerden los cuatro partidos en un día con Quique Domínguez de entrenador. O esas horas de más que hacía ya en La Masía cuando los chicos se habían ido a casa. Y hay muchos ejemplos más.

En el intento científico de explicar qué hace que Messi, Ronaldo o Maradona destaquen de tal manera, varios estudios exploraron la posibilidad de que quizá tuvieran un campo visual más amplio que

el futbolista normal y que eso les permitía ver más zonas del campo, más compañeros, más rivales. Pero no. Lo que ocurre es que este tipo de futbolistas recogen más información con una sola mirada. Cuenta Syed que los mejores ajedrecistas ven un tablero no como 32 piezas sueltas, sino como grupos de cinco o seis piezas. Y tienen en su cabeza de diez a cien veces más combinaciones de esos grupos que jugadores inferiores. Además, los grandes maestros acceden a la memoria a largo plazo de un modo más rápido y fiable.

Cuando Messi corre o recibe un balón, ve patrones donde el resto solamente ve gente o una pelota, de la misma manera que, en la película *Matrix*, Neo ve unos y ceros en lugar de balas y eso le permite esquivarlas. No es que Leo vea antes, es que ve lo que otros no ven. Cuando Roger Federer juega al tenis, explica Syed en su libro, no escoge el mejor golpe de un almacén de información sensorial recogida en ese momento, sino que ve y oye el mundo «de un modo completamente diferente», del mismo modo que los esquimales son capaces de ver más blancos que nosotros por su experiencia de las condiciones árticas.

Los deportistas extraordinarios desarrollan un método subconsciente instintivo para solucionar problemas. La visión de esos patrones les permite anticiparse y resolver dificultades complejas de la mejor manera posible. «Se quedarían sorprendidos con el grado de captación que tiene del entorno con una mirada de 360 grados —añade Juanjo Brau—. Es capaz de decirte dónde está colocado todo, es una persona que tiene un efecto visual que lo capta todo».

«Leo tiene una inteligencia perceptiva, en todo momento sabe lo que tiene que hacer, su hábitat natural es el rectángulo de juego —prosigue Juanjo Brau—. Es un jugador eminentemente inteligente en

su profesión, como los grandes maestros. Cada uno desarrolla su inteligencia en su ámbito laboral, imaginativo o intelectual. Él es capaz de ver lo que nadie ve. Leo chuta a gol, él no chuta a puerta. Es muy diferente a otros jugadores que llegan a la portería, ven los tres palos y chutan. Ve los tres palos, al portero y calcula el tiempo en desplazarse..., todo eso en décimas de segundo».

Y si espera en el lugar que él cree que es el adecuado y no recibe el balón, se enfada. No le da tiempo de pensar si el destinatario de su disgusto acaba de salir de una lesión o es un chaval. Para él, en ese momento, es alguien que ha resuelto mal la jugada, normalmente sus compañeros en la delantera o en los extremos, los encargados del último pase. Manel Estiarte, el waterpolista, también veía la jugada y abroncaba al que no seguía el camino que, claramente para él, era el adecuado, el mejor. Como le dice muchas veces Pep Guardiola, con quien ahora trabaja, «os olvidáis de que el resto de jugadores no son tan buenos como vosotros».

¿Y cuánto esfuerzo se requiere para llegar a esa capacidad extraordinaria? Diez mil horas de práctica deliberada. Syed se apunta a la aserción de Malcolm Gladwell en *Outliers*: un componente básico, aunque no único, del éxito deportivo es el entrenamiento sostenido durante al menos diez mil horas. Representan 2,7 horas al día durante diez años, pero no se trata solamente de la cantidad, sino de la calidad del esfuerzo, que requiere un nivel altísimo de entrenamiento y de observaciones del entrenador.

Syed y Gladwell rescatan de ese modo la teoría del psicólogo Anders Ericsson, quien a principios de los noventa analizó a los estudiantes de la Academia de Música de Berlín Oriental. Los

separó en tres grupos, de más hábil a menos. La conclusión fue definitiva: la única diferencia fue el número de horas de práctica (diez mil los mejores, seis mil los peores). «La diferencia entre los músicos expertos y los adultos normales es consecuencia de la persistencia durante toda su vida del esfuerzo deliberado para mejorar su nivel», escribió Ericsson.

Otro estudio confirmó que un grupo de músicos británicos de mayor nivel no aprendía más rápido que el resto de menor calidad, sino que dedicó más horas al instrumento. Mozart, explica Syed, llevaba 3500 horas de práctica a los seis años y estudió música durante dieciocho años antes de escribir su primera gran composición, el Concierto para piano n.º 9, con veintiún años. Se le recuerda como prodigio, pero la calidad extrema llegó tras más de diez mil horas de práctica. Tiger Woods empezó a golpear una pelota de golf con dos años. Serena Williams inició su carrera con tres, su hermana, a los cuatro. Messi con tres años ya daba pataditas a un balón casi más grande que él.

Como explica en *Bounce* Janet Starkes, profesora de kinesiología de la Universidad McMaster de Canadá, «la explotación de información experta crea una paradoja temporal: los practicantes de más habilidad parecen tener todo el tiempo del mundo. El reconocimiento de escenarios familiares y los grupos de información perceptual y su conversión en patrones y en conjuntos completos de significado total aceleran los procesos». Y todo eso no es innato, sino consecuencia de la práctica deliberada y de la competición constante.

Pero hay más: la experiencia sola no basta. Necesita una concentración máxima como la que tienen los que aspiran a ser los mejores. «Cada segundo de cada minuto de cada hora, el objetivo es

ampliar la mente y el cuerpo de uno, forzarse más allá de la capacidad de uno, meterse tan a fondo en la faena que sale de la sesión de entrenamiento, literalmente, un jugador nuevo».

Estas nuevas teorías están acabando con varios mitos. En la celebración de su cuarenta aniversario, en el verano de 2013, el Museo Van Gogh de Ámsterdam mostró las conclusiones de un viaje de ocho años a la vida íntima del pintor. La muestra («Van Gogh en su taller») destruye ideas repetidas durante décadas: el artista no se aisló de sus colegas, sino que tuvo un contacto habitual y productivo con otros artistas, en especial los impresionistas. Tampoco tenía un don innato para la pintura. No fue un genio instantáneo, sino un técnico incansable que, para aprender el oficio, para entender la mecánica y el uso del color, llegó a copiar tres veces las 197 ilustraciones de un manual de dibujo de Charles Bargue que estaba considerado un clásico de su materia.

Por todo ello, hay que ir con cuidado: calificar a un joven como «talento natural» le puede castrar; si cree que nació así, puede pensar que no hace falta el esfuerzo.

Ni siquiera el propio experto, el atleta de élite, es consciente del proceso gradual que le convierte en el mejor, así que su enseñanza en las escuelas se hace imposible. Recabar y explicar toda esa información es inabarcable, porque es tan sutil e incluye modos de interacción física y psicológica tan complejos que tardaríamos una eternidad en codificarlos. Diez mil horas de clase, pues, no conducen a la maestría. Se puede dirigir el interés de los estudiantes o jugadores, sugerir qué hacer, qué evitar. Pero poco más.

Paradójicamente, el fracaso (o el modo como los grandes deportistas se relacionan con él) es parte de la consecución de la excelencia. «Yo soy mi crítico número uno. Si juego bien o mal.

Estoy exaltado. Me enfado porque no quiero perder nunca», ha dicho Leo Messi. Aprende del error, su compañero de viaje, con una extraordinaria capacidad de autorregular su propio comportamiento. No sólo establece sus metas y monitorea su progreso, sino que también evalúa con objetividad su objetivo. Debo seguir mejorando, suele ser la conclusión habitual de Leo.

¿Qué hace que cierta gente, en especial los grandes deportistas, sean tan implacables, incansables, incesantes? ¿Cómo es que son capaces de buscar nuevos retos al poco de alcanzar el último? ¿De dónde viene esa ambición? Matthew Syed cree haber llegado a una respuesta: la razón es simplemente «su capacidad de experimentar el anticlímax mucho más rápidamente y de un modo más profundo que los demás. Todos hemos experimentado el anticlímax, pero es increíble la velocidad con la que los cracks, los mejores, vuelven a la tierra tras ganar un gran título; cómo se distancian de un modo tan rápido de un objetivo logrado que igual llevaban años intentando conseguir».

Estrechamente relacionado, Leo tiene una tolerancia a la frustración que le hace levantarse tan pronto como le pegan una patada. Eso es algo que le viene de pequeño: la frustración es inherente al ser humano, pero el talentoso, ya sea por intuición o por entrenamiento, tiene la capacidad de resolver esa frustración en un tiempo mínimo. Aunque le hayan dado una patada, su pensamiento está en la siguiente jugada. «Eso también es desde chiquito — analizó Messi en la entrevista en TyC Sports—. Siempre fue así. Siempre intenté terminar la jugada. No sé... Nunca fui de tirarme, no lo busqué».

Claramente Leo, como todos los números uno, tiene una aproximación al mundo diferente al resto.

5. *Compromiso y sacrificio*

«Estoy en el mejor club del mundo. Ningún otro equipo me podría llenar igual que lo hace el Fútbol Club Barcelona. Crecí en La Masía, me he hecho hombre vestido de azulgrana, soy feliz y creo que la gente está contenta conmigo. ¿Por qué iba a cambiar? No me veo con la camiseta de ningún otro club».

(LEO MESSI a *Don Balón*, en 2012)

«Siempre quise mostrar mi compromiso con el club. Al principio, quizá se notaba más. Ahora ya es algo común. Ésta es mi casa, mi club. Le debo todo al Barça. Y, siempre lo dije, soy feliz aquí».

(LEO MESSI a *El País*, en 2012)

«Ha jugado muchas veces con el tobillo muy jodido, lo sé por Juanjo Brau, que a veces le dice que es imposible y Leo va y juega».

(GERARD PIQUÉ)

El empuje de los sentimientos hacia una persona o un club aviva el rendimiento del futbolista. No es lo mismo jugar para una institución con un mínimo de coherencia (un presidente protector, un entrenador cariñoso) que hacerlo por un sueldo. «Este compromiso y

entusiasmo que Leo muestra hacia este juego y hacia el club que le dio la oportunidad de crecer son la energía que lo impulsa y le fuerza a persistir, insistir, resistir ante cualquier adversidad», analiza Pedro Gómez. Leo siente una gran deuda hacia *Charly* Rexach y el presidente Joan Laporta, que entendieron sus necesidades y aplicaron su esfuerzo y promesas para, en diferentes fases de su periplo blaugrana, ayudarle a conseguir su objetivo.

El ex presidente del Barcelona mejoró el contrato de Leo de modo regular y fue el primero en convertirlo en el mejor pagado del equipo. En un momento de crisis, el presidente dio un giro crucial al club, no sólo al primer equipo, para que Leo pudiera triunfar y se convirtiera en el líder. El Barça «siempre hará lo que sea necesario para que Messi esté a gusto en el club y sabemos que Messi tiene un compromiso total con el Barça», dijo Laporta en 2009. Eso explica que, en sus primeros años en el primer equipo, besara el escudo a menudo cuando marcaba: lo hizo con especial entusiasmo tras conseguir un *hat-trick* contra el Real Madrid en 2007. Quería que el mundo lo identificara con el club cuya camiseta vestía.

El compromiso es con la institución, pero también con su particular historia y la situación de los suyos: nunca olvida de dónde viene. «Desde muy chico quería ser futbolista, quería ser profesional y soñaba con jugar en Primera. Sí, muchas cosas tuve que sacrificar. Lo primero que me tuve que venir de Argentina con trece años, a empezar otra vez de cero, hacer nuevos amigos en una ciudad donde no conocía a nadie. Y ése fue uno de los mayores sacrificios que hice para intentar conseguir mi sueño» (Leo Messi, en el *spot* de Audemars Piguet «Defining Moment»).

Es un compromiso con su necesidad vital, la de sacar su sueño adelante para no dejar en la cuneta al niño que lleva dentro y que

quiso ser futbolista (ni a la familia, ni a los que esperan todo de él). El sacrificio no es más que el peaje que pagar para alcanzar la meta.

* * *

6. Humildad

«Mi primer objetivo es aparecer en la lista de jugadores preseleccionados para disputar el Mundial».

(LEO MESSI al llegar a Argentina para preparar el Mundial de Sudáfrica 2010)

«No, no creo que haya sido mi mejor año. Me interesan más los premios a nivel de equipo que los míos propios, individuales, o los récords. Hubo otros años donde conseguimos muchas más cosas y fueron mejores».

(LEO MESSI, tras recibir su cuarto Balón de Oro, en 2013)

«Me encanta Messi, no sólo por el placer que da a los ojos cuando juega, sino porque, siendo el mejor jugador del mundo, es como que no está enterado. Messi no se cree a Messi».

(EDUARDO GALEANO, escritor)

«Si ya superó la etapa de creerse Maradona, no tendrá problemas en superar la de creerse Messi y entonces sí, va a ser glorioso: sin creerse, sólo creando, puede llegar a ser un futbolista como nunca se ha visto, uno tan grande que ni siquiera necesite nombre».

(MARTÍN CAPARRÓS, escritor argentino)

El primer síntoma de humildad es el conocimiento de las virtudes y debilidades de uno, reconocer las limitaciones. Así es Leo. Vean lo que dice su amigo Óscar Ustari, que les ayudará a entender cómo le ven sus compañeros:

«Es alguien que sorprende más allá de lo que sea como futbolista, por cómo se maneja: es difícil ser Messi. Lo hace de un modo muy natural, es una persona muy simple y eso que, en el fútbol, el ego del jugador a veces está por encima de todo. Pero a Leo no le pasa. Y hoy Leo puede tener todo al alcance de la mano por lo que es; a menudo un futbolista es “tanto tienes, tanto vales”. Yo, por tener la suerte de ser amigo de Leo, admiro muchísimo que sea distinto hasta en eso. Hemos ido muchísimas veces a comer a un restaurante, en Barcelona, por ejemplo, o acá, en Buenos Aires, y siempre tiene el mismo comportamiento. Además, a veces te sorprenden cosas, incluso cuando lo ves a diario. Todos hemos tenido compañeros que han sido importantes que han tenido otro tipo de comportamiento, y lo de Leo es admirable.

»La Federación Argentina le quería entregar un reconocimiento por los cien partidos jugados con la selección, y dijo que no. En un

partido amistoso podría ser, pero en una eliminatoria, en un partido oficial con la selección, no quería. No le gusta, no le hace falta, no le gusta exponerse en cosas así».

«Los gestos los convierte en actos —así lo define Juanjo Brau—. No dirá: “Gracias a mí...”. A mí Leo no me dio nada, pero me lo ofreció todo. Para él es mejor ofrecer que dar, es una persona que siempre te ofrece. Después ya depende de ti. Él no es de muchas palabras, es una persona de sentimientos. A mí me emociona hablar de él en este aspecto, porque me gusta que se conozca realmente cómo es; es una persona desconocida».

Todo, como dice Jorge Valdano, «desde una apariencia de tipo normal. Sólo es un marciano dentro de una cancha. Por decirlo de alguna manera, Leo Messi es un genio en el envase de una persona normal».

El escritor Eduardo Sacheri cree que, si se mira a Messi exclusivamente desde los ojos de la pasión, no se ven los matices que lo enriquecen: «No te vas a fijar cómo hizo para meterla, o qué obstáculos tuvo que superar. O, por ejemplo, ¿qué hizo después de meter un gol? Que es una de las cosas que a mí más me gustan de Messi. Siempre busca al compañero que le dio la pelota. El tipo tiene una estética, y tiene una ética para jugar al fútbol. Y la ética no es pasión. La ética es una construcción intelectual. Y me parece que Messi es un tipo muy ético para jugar al fútbol, por cómo se lleva con sus compañeros. No es el tipo que sale corriendo en solitario, dirigiéndose al córner, asegurándose de que lo tome la mejor cámara mientras se golpea el pecho rumbo al lateral. Corre diez metros y se da vuelta para que lleguen sus compañeros, y particularmente va buscando al que le dio la pelota. Y cuando él le da la pelota a otro, festeja igual. Entonces me parece que hay una cosa colectiva... ese

pibe entiende así el fútbol. Vos fijate, tiene la humildad de, siendo el mejor, saber que al fútbol se juega de a once».

* * *

HABILIDADES NECESARIAS PARA «DEMOSTRAR LO APRENDIDO»

7. Autoconfianza y liderazgo

«Siempre he sido el más pequeño. Si he de decir algo, intento hacerlo con la pelota. No soy de hablar mucho».

(LEO MESSI)

«Messi me influye, lo que hace es impresionante. Copio sus jugadas».

(NEYMAR JR.)

«Leo ha conseguido controlar el juego y no que el juego lo controle a él. A todos los demás, el juego nos controla, tomamos decisiones de acuerdo a cómo va el juego. Yo no tomo muchas veces la decisión que quiero o la correcta, tomo la que puedo tomar en ese momento. A veces me equivoco. Leo ha llegado a un punto en el que él decide cuándo tomar el balón y cuándo no, cuándo driblar a tres jugadores y cuándo no, cuándo dar el pase de gol o definir... Él controla todo, eso es lo que lo hace diferente,

él decide cuándo ser parte del juego y cuándo no».

(JAVIER MASCHERANO)

«Él sabe que tiene condiciones de hacer más, siempre más. Es impresionante, y lo hace sin hablar ni decir una sola palabra. Es joven, tiene mucha fuerza y mucha ilusión. Y una cabeza muy fuerte».

(SYLVINHO)

Si uno espera conseguir lo mejor, alcanzar las cotas más altas, justo en ese momento se empiezan a crear las condiciones para que eso se produzca. Es un poder extraño el que da el pensamiento positivo: somos capaces, de modo innato e internamente, de crear escenarios optimistas en los que podemos creer fervientemente. Leo es positivo, tiene una creencia ciega en la eficacia de su talento y ha eliminado la duda de su cabeza, el elemento más peligroso para un deportista de élite: la duda atrae el pensamiento de la derrota, paraliza y se esparce por todos lados a la velocidad de la luz. Por eso también llora cuando pierde: no había caído en que la derrota era una posibilidad.

Esa seguridad en su destreza le ayuda a buscar el segundo regate, el tercero. El segundo título, el tercero. La creencia en sus posibilidades le permite actuar relajado y con maestría de un modo subconsciente, impidiendo el fascinante (y deprimente) «atasco psicológico».

Quizá uno de los colapsos deportivos más notables fuese el que protagonizó el francés Jean van de Velde en el British Open de golf

de 1999. Al llegar al hoyo dieciocho, parecía que la única decisión que debía tomar era si beber el champán en el jacuzzi o con los amigos. Con un doble *bogey* (dos golpes por encima del par), le bastaba para ganar el torneo, el máximo logro para el modesto golfista. Van de Velde empezó a repasar el hoyo, a tocar la arena, a mirar el lago, a fijarse en exceso en el césped, a cambiar de palo, a comprobar el viento, a controlar los ruidos procedentes de la audiencia. Había perdido su seguridad, la tensión le pudo. Finalmente hizo un triple *bogey* que le obligó a jugársela en un *play off* contra Paul Lawrie. Y fue derrotado. Su caída hacia la mediocridad continuó después de aquel Open.

El atasco de un deportista cuando debe mostrar su mejor versión ocurre cuando, a causa de la presión, de un elemento externo o incluso de un problema personal, el consciente intenta controlar sobre el terreno de juego el comportamiento que durante años ha sido mayormente inconsciente. Un deportista de élite automatiza su conducta a medida que avanza en su profesión y una buena actuación depende de millones de labores complejas, y el consciente es incapaz de controlarlas todas. Si tiene lugar ese colapso, de repente el deportista vuelve a ser el niño que empezó a entrenar y debía pensar qué hacía en todo momento: cómo correr, cómo golpear el balón, hacia dónde...

A Leo no se le conocen casos de atasco, aunque haya fallado algún penalti en momentos determinantes. Eso es cosa de probabilidades. Por el contrario, su autoconfianza, el altísimo nivel de su fútbol y su repetida aparición en momentos cruciales explican el liderazgo que ejerce sobre un club, sobre una ciudad, un país. Lo siguen millones de «ilusionados perseguidores de sueños» dice Pedro Gómez, el cual nos refiere al escritor Juan Mateo y al

entrenador Juanma Lillo, quienes, en su libro *Liderar en tiempos difíciles*, escriben: «El verdadero líder ayuda a multiplicarse a los miembros de su equipo. No pone luz en la penumbra, sino que descubre sitios que uno ni siquiera sabía que existían. Es una fábrica de ideas. En su cabeza se desata un estallido de imágenes inéditas. Impulsa e inventa posibilidades. Entusiasma y se convierte de modo involuntario en un antídoto contra la pereza, esa parásita que multiplica por cero cualquier posibilidad».

Leo tiene el mundo a sus pies porque todos queremos estar en ese lugar que él nos ofrece. Un ámbito de paz, armonioso con su fútbol, y un ejemplo de que, con esfuerzo, se puede lograr.

* * *

8. Inteligencia emocional y sus beneficios (adaptación, regulación de las emociones)

“Visualizo los partidos en el momento antes de salir a la cancha. Durante la semana no pienso en nada de eso. Antes, caliento en el vestuario. No me pongo muy nervioso. En el campo no pienso. Bueno, sólo pienso en que me den la pelota. En tenerla para poder jugar. Cuando la tengo, juego”.

»Pero yo no invento regates ni nada. Sale como sale. Sólo trabajo durante la semana para estar bien físicamente y escucho al entrenador, pero del rival me da igual casi todo: no me importa.

»A mí los campos que más me gustan son aquellos en los que se meten conmigo y con mi equipo. Ésos me motivan. Me dan muchas ganas de hacerlo bien. Por ejemplo, contra el Real Madrid

prefiero jugar en Madrid. Eso me gusta».

(Declaraciones de LEO MESSI en Zúrich,
gala del Balón de Oro de 2012)

En una de las primeras galas del Balón de Oro a la que acudió Leo, uno de los organizadores le comentó que debía decir algo en inglés. «No, no, yo no hablo inglés». Y le apuntaron: «Bueno, un *thank you*». Leo fue claro: «No. Si he de hablar inglés, no salgo». Salió finalmente y no dijo nada en inglés. Si a Leo le sacan del campo de fútbol, hará todo lo posible para que no le mareen, para que no le hagan sentir fuera de lugar. Eso no es timidez, sino protección, reserva. Necesidad de tener todo bajo control.

A Leo no le gusta salir de su personaje si está rodeado de público, si está fuera de casa. No le interesa. Todo es fútbol y precisamente por ello el temor es que se le queme la cabeza con el síndrome de *burnout*. Además de darle una institución, una camiseta, un calzado, debería tener otro panorama, otro mundo que le aleje del fútbol y evitar que se sature. El traje de lunares de Dolce & Gabbana que llevó en la gala de 2012 sugiere que empieza a sentirse más a gusto lejos del balón, pero no será en entrevistas o frente a una audiencia fuera de un estadio donde se dejará ver ese otro Leo.

Sentarse con él a hablar de él es, en realidad, un ejercicio improductivo si se busca el análisis profundo. «Mejor que otros hablen de mí», es su respuesta más habitual.

Cuando Leo deje el fútbol, se retirará, pero seguirá habitando ese mundo de balones rodados. Es el que mejor conoce, donde se reconoce. Esa obsesión por el juego hace que en el análisis más superficial se sugiera que, fuera de un terreno de juego, Messi es

simple. Los diferentes niveles de inteligencia de los que hemos hablado confirman otra cosa.

Leo debe convivir con ansiedad, nervios, desconfianza, ánimo, seguridad, motivación, angustia, y la gestión de todos ellos puede potenciar o reducir el rendimiento. Bien adiestrados, dan sabiduría; desbocados, conducen al fracaso. La inteligencia emocional es un complemento imprescindible del raciocinio humano, necesario para la adaptación y el control del individuo sobre la influencia de las emociones. Un buen control ayuda a decidir bien. «Durante miles de años se pensó que las emociones no debían influir en la toma de decisiones, que sólo la razón contaba —explica Pedro Gómez—. Hoy sabemos que todo esto es falso: no existe actividad alguna que se desarrolle de manera totalmente ajena a las emociones».

El catedrático en psicología Mihaly Csikszentmihalyi elaboró, en la década de los noventa, su teoría sobre el estado de flujo. «Su propuesta —prosigue Pedro Gómez— pasa por la existencia de un momento de rendimiento cumbre, flujo o *flow*, en el que las personas, de manera efímera e inestable, manifestamos un grado superior de control de las emociones, activándolas y alineándolas al servicio del rendimiento, de modo que el sujeto conecta completamente con una tarea, abandonando las más pequeñas preocupaciones de su vida cotidiana hasta el punto de que el tiempo le pasa volando. Las acciones se ven con gran nitidez a pesar de los intentos rivales por oscurecer nuestro universo. No se decide, se anticipa. No se juega, se disfruta. Es como actuar con el piloto automático encendido. Jugador y juego pasan a ser una misma realidad inseparable. En otras palabras, y para que lo entiendan mejor... ¡Es lo que hace Messi partido tras partido de una manera tan ofensivamente natural!».

No suena a comportamiento de una persona simple. Rafa Nadal admite que entrena su mente desde que tiene cuatro años. La maestría de Leo sobre la suya surge de ese control que también ha ejercido sobre sus emociones desde que tiene conocimiento de causa.

Messi viene, además, de una cultura que alienta otro tipo de inteligencia: la pillería. «Da muchos toquecitos mientras va en carrera. Eso lo han hecho muy pocos —dice Alfredo di Stéfano—. Pero a mí, lo que más me gusta es su picardía. Marca la diferencia porque es muy vivo». Los aficionados del Espanyol recuerdan todavía el gol que marcó con la mano la misma temporada del famoso eslalon contra el Getafe.

Leo, en otro alarde de picaresca, aprendió a defenderse de las patadas desde que empezó a jugar. «Cuando lleva la pelota con la zurda, fijate que cuando le van a entrar por la derecha él siempre levanta los tacos —descubre José María Cuartetas, dueño de uno de los restaurantes favoritos de Leo en Barcelona—. Eso lo hacían mucho Pelé y Maradona: es para que primero el otro se haga daño. A la siguiente, el defensor se lo piensa o debe entrarle más fuerte, de un modo más visible, con lo que el árbitro lo tiene más fácil».

* * *

9. Disfrute

«Intento entrar a la cancha y disfrutar como cuando era chico. Sé que tengo mi responsabilidad y hoy juego para ganar, para intentar conseguir cosas, pero a la misma vez seguir disfrutando

siempre».

(LEO MESSI, en el *spot* de Audemars Piguet «Defining Moment»)

«No sé qué hubiera sido de mí sin el fútbol. Yo juego de la misma forma que cuando era un niño. Puedo ir por ahí y me divierto, nada más. Si pudiera, me gustaría jugar un partido cada día».

(LEO MESSI, en 2010)

«Hay una sensación que transmitía Maradona y que transmite también Leo: el placer de jugar. Son dos personas que disfrutan con el balón. De los que parece que siempre piden la pelota... Y dicen “vamos a jugar”».

(FRANK RIJKAARD)

«Es como el trilero que esconde las tres bolitas. El movimiento es más rápido que la vista. Lo genial es que hace con los pies lo que ellos hacen con la mano. Su habilidad le viene de tiempos inmemoriales, pero se acompaña de una pasión y un placer por el fútbol que hace que cada vez que está frente a la pelota sea como un niño frente a un bote de dulce de leche».

(FERNANDO SIGNORINI, preparador físico del Club Deportivo Universidad de San Martín de Porres [Lima” y ex miembro del cuerpo técnico de la selección argentina)

«Leo ama el fútbol, lo ama, porque nació para jugar al fútbol. Íbamos a algún lado y pedía, no sé, no había una pelota, y pedía un mate, algo redondo para tener en los pies, para dominar, Leo te domina cualquier cosa. Vos le das una zapatilla y te hace jueguitos con una zapatilla».

(JUAN CARLOS LEGUIZAMÓN, ex compañero de Leo en las categorías inferiores de Newell's)

De pequeño, Leo Messi no hacía entrenamiento específico. Solamente jugaba. Como ahora. He preguntado a cientos de futbolistas qué harían si, paseando por un parque, les llegara un balón de un partido que estuvieran disputando unos chavales. Sorprendentemente, la inmensa mayoría de ellos me dijeron que no se apuntarían al picado. David Beckham es de los pocos que se pondría a jugar con los chicos. También Leo. Aman el deporte que les ha hecho ricos y famosos. Hay muchos (Batistuta lo ha declarado en público) a los que ni siquiera les gusta.

«Se ve que juega con alegría, o sea, que trata al fútbol con inocencia —analiza Eduardo Sacheri—. Vos lo ves y estás viendo a un pibe en un campito, totalmente ajeno a lo que pase afuera. Cuando algo no le sale, se fastidia. Cuando algo le sale, se alegra. Cuando lo golpean, la manera de vengarse es desairar al que lo golpeó. Esos son códigos de acá, pero de adentro de la cancha».

Leo ve fútbol. Es eminentemente futbolero. Se le puede preguntar por jugadores de donde sea, con estadísticas e historiales; recuerda resultados, quién marcó, quién ganó, con una retentiva sorprendente. No sólo, pero principalmente, del fútbol argentino.

Como a todos los futbolistas de élite, le arrebataron la

adolescencia pero conservó la energía creativa y los arranques de un niño, y de ahí viene la esencia de su arte y el atractivo de su liderazgo. Y su amor por la pelota.

Hernán Casciari, un escritor argentino residente en Barcelona, tiene un texto acertadísimo sobre esa esencia en su revista *Orsai*, condensado aquí: «Todo empezó esta mañana: estoy mirando sin parar goles de Messi en YouTube, lo hago con culpa porque estoy en mitad del cierre de la revista número seis. De casualidad hago clic en una compilación de fragmentos que no había visto antes. Es un compilado extraño: el video muestra cientos de imágenes —de dos a tres segundos cada una— en las que Messi recibe faltas muy fuertes y no se cae. No se tira ni se queja. En cada fotograma, él sigue con los ojos en la pelota mientras encuentra equilibrio. Hace esfuerzos inhumanos para que aquello que le hicieron no sea falta, ni sea tampoco amarilla para el defensor contrario. Me quedé, de repente, atónito, porque algo me resultaba familiar en esas imágenes.

»Puse cada fragmento en cámara lenta y entendí que los ojos de Messi están siempre concentrados en la pelota, pero no en el fútbol ni en el contexto. ¿Dónde había visto yo esa mirada antes? ¿En quién? Me resultaba conocido ese gesto de introspección desmedida. Dejé el video en pausa. Hice zoom en sus ojos. Y entonces lo recordé: eran los ojos de *Totín* cuando perdía la razón por la esponja. Yo tenía un perro en la infancia que se llamaba *Totín*. Nada lo conmovía. No era un perro inteligente. Entraban ladrones y él los miraba llevarse el televisor. Sonaba el timbre y no parecía oírlo. Yo vomitaba y él no venía a lamer. Descubrí esta tarde, mirando ese video, que Messi es un perro. O un hombre perro.

»Ésa es mi teoría, lamento que hayan llegado hasta acá con mejores expectativas. En los inicios del fútbol los humanos también

eran así. Iban detrás de la pelota y nada más: no existían las tarjetas de colores, ni la posición adelantada, ni la suspensión después de cinco amarillas, ni los goles de visitante valían doble. Antes se jugaba como juegan Messi y *Totín*. Después el fútbol se volvió muy raro. Messi es un perro. Bate récords de otras épocas porque sólo hasta los años cincuenta jugaron al fútbol los hombres perro. Después la FIFA nos invitó a todos a hablar de leyes y de artículos, y nos olvidamos de que lo importante era la esponja».

«La técnica tiene un límite, y es la coordinación —analiza el entrenador Quique Domínguez—. Y después está la técnica de la pegada. Todo se enseña y todo se aprende, pero tenés que traer eso que decimos: hay una pelota ahí y Leo te daba la mano así pero ya veías que disimuladamente estaba buscando la pelota. Hay que tener la pasión, hay que tener la entrega por eso».

* * *

10. Los genes

«Puede anotar goles, asistir, desestabilizar un defensa él solo, puede correr con el balón a cien millas por hora y cambiar de dirección. Eso no es nada fácil, ¡trate de hacerlo! Luego vuelva y dígame cómo lo hizo».

(ARSÈNE WENGER, mánager del Arsenal)

«OK... Seriamente, alguien tiene que comprobar los genes de Messi... Estoy empezando a creer firmemente que Messi está

emparentado con Clark Kent (Superman).»

(BAR REFAELI, modelo)

«Las virtudes físicas son algo completamente natural, pero es curioso lo que sucede con él, pues, de todos los hermanos, el único que tiene esas características es Leo».

(FERNANDO SIGNORINI)

No existe un gen que haga genial a un niño. Nadie nace genial. Hay mucha práctica y unas facultades innatas que ayudan a alcanzar cimas muy altas. Quizá, sugieren algunos científicos, la conexión genética relevante es la que instila la compulsión a conseguir esas cotas.

«¿Quiénes son estas personas que dejan huella en la humanidad, en el fútbol, en las ciencias, en las artes, en la cultura? —analiza Liliana Grabin—. Son personalidades únicas, irrepetibles, que crean escuela, no cabe ninguna duda. No se lo propusieron, y por eso dejan una escuela. Son maestros. La ciencia todavía, históricamente, no da cuenta del todo de dónde salen».

«Leo Messi tiene una mezcla de velocidad gestual (es decir, la velocidad para hacer los movimientos) y habilidad —explica el preparador y estudioso del fútbol Pep Segura—. Hay varios jugadores con esas características en el mundo. Marco Reus, del Borussia Dortmund, por ejemplo, rápido con el balón en los pies y muy hábil, con esa misma velocidad gestual de Leo, aunque de zancada más larga. Pero peor en el cómputo global, con dificultades para encadenar dos regates seguidos, mientras que el argentino

puede encadenar tres, cuatro y más si sale del último con el balón controlado».

Messi mueve las piernas a una velocidad mayor que la de ningún otro futbolista y eso le da una ventaja; su cadencia en el paso, esencialmente natural, es única: da 4,5 zancadas por segundo, que superan las 4,4 de Asafa Powell, el velocista jamaicano que batió el récord del mundo de los cien metros en 2007. La habilidad al realizar toques suaves y muy seguidos, facilitado por esa velocidad gestual, le da otra ventaja. Y esa capacidad de girar a toda celeridad (mezcla de coordinación y rapidez) es un nuevo componente físico que le ayuda a desprenderse de rivales.

«Eso es natural —dice Fernando Signorini—. Eso no lo lograrás por más que quieran inventar ochocientos mil trabajos de coordinación, porque es lo que dice Panceri [Armando Panceri, futbolista argentino]: el imprevisto no soporta planificación alguna. Ahora están de moda esos ejercicios de coordinación: que uno para acá, otro para acá, uno para acá, otro para acá... pero en el fútbol tú hiciste así y el tipo ya se te fue. Es perder el tiempo en estupideces. Para eso, ¡que jueguen al fútbol, que van a hacer esos movimientos! Es todo una intoxicación que viene del atletismo, que viene de ejercicios lindos, porque son lindos para ver: porque ponés palitos de colores, trapitos de colores, entonces, ay, es lindo estéticamente, pero en realidad no sirve para nada».

Leo llegó al Barcelona donde buscaban (y buscan) un perfil de futbolista diferente al de sus rivales (Espanyol, Real Madrid): el técnicamente bueno. A menudo, con diez, once, doce años, son futbolistas pequeños pero con una madurez coordinativa mayor que sus compañeros más altos, y destacan porque son capaces de realizar mejores conducciones y *dribblings*, manifestaciones de la

coordinación. Los pequeños, por tanto, maduran y evolucionan antes, son técnicamente más ricos.

Por el camino, la Pulga desarrolló estrategias corporales y de rapidez en el movimiento para compensar las dificultades físicas, para evitar que un contrario le hiciera caer, para poder equilibrar la ventaja que tenía un chico más grande que necesitaba menos zancadas para cubrir el mismo espacio. Es decir, la velocidad gestual es en su origen genética, pero mejora y se amplía por aprendizaje. En la calle, en la escuela de fútbol.

Con el paso de los años, muchos llegan a un nivel semejante desde el punto de vista coordinativo y técnico. En Messi, se ha sobredimensionado hasta un nivel de excelencia extraordinario. Y eso tampoco es genético, sino producto de su pasión y su constancia.

Leo se ha sentido siempre tan superior en esas acciones de velocidad, de habilidad, de regate, que ha querido hacerlas en cada jugada, en cada partido. Uno busca el modo de favorecer sus cualidades para triunfar en la vida y por eso Messi entiende el juego como una consecución de regates, del uno contra uno, la esencia del fútbol.

Añádanle su afán de superación y se acercan a lo que es Leo Messi.

* * *

Déjenme añadir un punto más a la lista propuesta por Pedro Gómez.

11. Serendipia, suerte y oportunidad

«¿Cómo le explicaría a un marciano quién es Messi? Le diría que, probablemente, es el mejor en lo que hace de la historia. Y que eso tiene que ver con un porqué no sólo genético, sino porque fue afortunado al aterrizar en una escuela que lo acabó de potenciar».

(RAMIRO MARTÍN, autor de *Messi, un genio en la escuela del fútbol*,
en crónica para *Sport*)

Se decía que quien era realmente bueno en aquella generación de 1987 que destacó en el Barcelona era Víctor Vázquez, una declaración que tiene algo de esnobismo pero también de realidad, una realidad que, en el caso del joven futbolista, se torció.

—Víctor, ¿quién llega y quién no? —le pregunté para este libro.

—Creo que llegan los que son buenos, pero la suerte también condiciona mucho. Puedes tener muchas lesiones, o toparte con un entrenador al que no le guste tu estilo. Y para llegar debes tener suerte. Messi no es que haya tenido suerte, es que es el mejor, y lo ha tenido fácil porque siempre ha sabido hacer lo suyo muy bien, y no ha habido otro como él. Los demás, por ejemplo en mi caso, necesitamos tener suerte. A lo mejor he tenido alguna lesión que ojalá no hubiera tenido, y mira, qué le vamos a hacer. Con Pep jugué varios partidos, uno de ellos contra el Shakhtar Donetsk. Dos semanas después me lesioné la rodilla contra el Villarreal y no pude hacer mucho más en el club, porque son catorce meses fuera de los terrenos de juego. Y claro, no he podido llegar. También sé que en mi posición había mejores jugadores que yo en ese momento. Estaba Xavi, estaba Iniesta..., y yo no le puedo quitar el puesto a Xavi o a Iniesta.

Hoy Víctor Vázquez juega en el Brujas.

MATE AMARGO

«Yo ya tenía el dato de que iba a la selección mayor antes del partido con España en el Mundial de Holanda, aunque podía jugar un año más en [la categoría] Sub-20. Lo cito en mi habitación, me siento en mi escritorio, lo siento allá y le digo: “Me llamó el maestro”. Me mira y prosigo: “El maestro es Pékerman. En el próximo partido de la selección mayor vas a ser citado. Pero primero tenemos que hablar de este Mundial. Éste es un secreto entre vos y yo, ¿eh? Y si sabe el técnico que yo lo dije, me mata”. Puso una sonrisa y se fue. Tenía esa comunicación, es de pocas palabras. Yo me comunicaba mucho con dibujos. En el Mundial 2006 me acuerdo de que le dibujé un auto de Fórmula Uno: tenía que dar muchas vueltas todavía. No era el momento de él para ganar la carrera. Él no lo aceptaba, pero lo escuchaba y se guardó el dibujo».

(EL PROFE SALORIO)

* * *

El periodista argentino Luis Calvano recuerda encontrarse con Leo en su primera convocatoria de camino al campo de entrenamiento. Fue en Budapest, en la previa del partido de su debut, el de la expulsión. Leo había sido el primer futbolista en llegar desde Europa y andaba medio solo. «Yo caminaba detrás de él. Íbamos rumbo al campo de juego del estadio Puskás —recuerda Calvano—.

Ahí se cruzó con otros jugadores, que habían ido directo a la cancha desde el aeropuerto y no desde el hotel como Leo, porque los vuelos se demoraron. Me dieron ganas de presentarlo, porque un par le pasaron de largo sin saber quién era. Él caminaba como siempre: cabizbajo, pegado a la pared. El primero que lo reconoció fue Luciano Figueroa, quien lo abrazó y empezó a presentar al resto que iba llegando».

En ese primer entrenamiento pasó por las pruebas tácitas y colectivas de siempre para los nuevos: no recibió el balón de sus compañeros, debió aceptar la jerarquía, se puso al final de la cola en las comidas. Quien supera eso puede considerarse, a todos los efectos, internacional argentino. «Ya en la práctica, Messi refunfuñó varias veces porque no le daban la pelota, mientras Pékerman le pedía que, en vez de enojarse, se mostrara», continúa el periodista. Se estaban jugando todos, no sólo Messi, su presencia en los últimos partidos de eliminatorias antes de la Copa del Mundo, que se iba a celebrar nueve meses después. Pero la sospecha generalizada era que, tras su excepcional Mundial juvenil, Leo no podía faltar.

Desde muy pronto, el presidente de la Federación, Julio Grondona, había reconocido que el talento de la Pulga le iba a convertir en figura de la selección. La rápida organización de los dos amistosos Sub-20 adelantándose a España marcó el camino del apoyo institucional. Si, a Diego Armando Maradona, Grondona tuvo que aprender a manejarlo, Leo iba a ser su hijo predilecto, su creación. «Yo quiero que éste sea el equipo de su hijo», le comentó a Jorge Messi en una ocasión. «Argentina será tu equipo y te harán capitán», le anunció a Leo.

Efectivamente, tras su debut de noventa y pocos segundos en el verano de 2005, la Pulga fue habitual en las convocatorias de José

Pékerman, que consiguió clasificar a los suyos para el Mundial de Alemania. Los tíos de Messi, siendo éste un crío, le solían decir, «en joda», que iba a jugar esa Copa del Mundo. «Así quedó la fecha, pero en chiste, nunca me imaginé que iba a jugar uno y menos tan rápido», contó Leo años después.

Como ocurre en el mundo anglosajón y quizá como remanente de aquella cultura, en la psique argentina el brazalete de la selección albiceleste tiene mucho peso, es el faro del grupo. En ese Mundial el capitán era Juan Pablo Sorín. Y, mientras la capitanía cuenta con el apoyo de los veteranos y de los jugadores de más peso, el del brazalete es el ganador de cualquier enfrentamiento.

Así se explica en Argentina la ausencia de Juan Sebastián Verón en las convocatorias premundialistas y en la plantilla final para Alemania: «La pelea entre Juan Sebastián Verón y Juan Pablo Sorín en medio del partido entre Inter y Villarreal —vista por millones de televidentes de todo el mundo— desnudó una herida interna bien profunda en la selección argentina —se leía en el *Clarín* en abril de 2006—. Una que deja adentro a Sorín —incluso es el capitán— y bien afuera a Verón. Todo mientras desde el entorno del jugador del Inter aseguran que Sorín es el principal responsable de la no presencia de Verón en las últimas convocatorias...».

Verón había sido muy influyente con el seleccionador Daniel Passarella y el referente absoluto con Marcelo Bielsa, incluso cuando el capitán era el central Roberto Ayala. Pero el centrocampista dejó de ser convocado desde la elección de Pékerman y éste, a diferencia de Bielsa, que dejaba votar a los futbolistas, escogió a Sorín ignorando las presiones de algunos de los veteranos para que cediera la cinta a Ayala. Así de político es el asunto.

Y las jerarquías están para ser respetadas. Leo Messi sabía lo que ocurría, pero lo miraba todo desde la distancia de su grupo, el de los nuevos: junto a Óscar Ustari, fue el único menor de veinte años en acudir a aquel torneo.

Lejos del césped, se movía un paso por detrás del resto, medio invisible. Sabía que, como le había ocurrido en el vestuario del Barcelona, debía pasar por la habitual fase de aprobación general. El paso adelante que había dado en el Barça se convertía, de momento, en un paso atrás con Pékerman. Estaban ahí para aprender y esperar su turno.

«Júntese con el equipo, Leo», le recomendaba Pékerman, pero Messi prefería sentarse con Ustari, Pablo Zabaleta o incluso Javier Mascherano, con quien congenió al instante. «La primera vez que lo vi fue justo antes del Mundial», recuerda el hoy jugador del Barcelona. Pese a estar lesionado, Pékerman pidió a Mascherano que se juntara con el grupo en Suiza, donde Argentina iba a disputar un amistoso contra Inglaterra. «En ese viaje pasamos varios días juntos. Primero nos vimos en su habitación de hotel; la verdad es que no salía mucho de su habitación. Eran tan callado, tan introvertido... Teníamos amigos en común y eso ayudó con la conversación. Pero al ser nuevo, le costaba más». A Leo le avergonzaba pensar que se metía por medio, no quería molestar. «Yo también era joven, tenía veintidós años —continúa Mascherano—. Él, dieciocho. A partir de ahí crecimos juntos y nos hicimos buenos amigos».

Y mientras tanto se definía la escuadra final de un modo muy argentino: Pablo Aimar había realizado una buena temporada en el Valencia, pero causó baja por una meningitis aguda en abril de 2006 que le dejó muy débil. Como consecuencia de ello, faltó a una

concentración de la selección en mayo, en la población española de Boadilla. Pékerman había decidido en un principio no convocarlo para el Mundial y justificaba su ausencia por sus problemas físicos. Los cabecillas, liderados por Juan Román Riquelme, se pusieron firmes y su «consejo» fue finalmente aceptado por el seleccionador. Así, Aimar, el único referente reconocido por Leo, fue llamado para el torneo; iban a compartir vestuario.

«Cuando fui creciendo y entendiendo más, fui estudiando los movimientos que hacía, cómo jugaba. Lo seguía», ha reconocido Leo, que tiene en casa todas las camisetas que ha podido conseguir de Pablo Aimar (Benfica, Valencia, selección). En esa temporada que acababa, Leo esperó a Pablo para pedirle la del Valencia. «Debería ser yo el que las coleccionara», dice hoy el ex del River.

Leo, incluido en la escuadra final, también llegaba al Mundial muy justito. Tras desgarrarse contra el Chelsea en marzo, volvió a recaer en abril, y Rijkaard no le vio en forma en mayo para la final de la Liga de Campeones. No tenía ritmo de competición, pero no quería estar en la selección para acompañar. Deseaba ayudar, dar lo que incluso no tenía derecho a dar a su edad y con su estado físico.

Unos días antes de viajar a Alemania, en un amistoso de la selección con un combinado Sub-20 en el estadio Monumental, Pékerman le hizo jugar la última media hora del partido para ver en qué forma se encontraba tras setenta y nueve días parado. Era también una manera de destensarlo: el seleccionador trataba de ese modo su obvia ansiedad por participar. Acabó el partido con normalidad. Se dirigió al túnel abatido, a toda prisa. Y se puso a llorar.

«¿Te lesionaste, Leo? ¿Te lesionaste?», le preguntaron. Messi negó con la cabeza, no era eso, el problema no iba por ahí. Mantuvo

la tensión dentro, en silencio. Se fue cambiado con gesto contrito. Y finalmente lo soltó. Leo decía, inconsolable: «¡Soy un desastre, así no puedo jugar!». Hablaba su orgullo, el deseo de estar mejor de lo que estaba, la necesidad de no pasar de largo ante un Mundial. Leo y su eterno descontento.

Messi era visto por sus técnicos y compañeros como un niño de dieciocho años que a veces parecía tener veinticinco sobre el césped y catorce fuera de él. «Teníamos una habitación cada uno conectadas por una puerta en medio —recuerda Óscar Ustari—. Entro en la mía y él, detrás. Como en cada una teníamos dos camas, me dice: “No vas a dormir acá solo y yo solo allá”. Y durmió en mi pieza». Y constantemente, a todas horas, se ponía a hacer jueguitos. Con cualquier cosa. «¡Con la hierba del mate! Yo llevaba mate en bolitas y él le daba docenas de veces. ¡A las tres de la mañana! Le regalaron dos pelotitas de fútbol y él, pateando con la espalda en el respaldo de la cama, despacito, controlando de vuelta y pegaba, pum, y pegaba. ¡Con las dos pelotitas!».

Y a la Play se jugaba todos los días. «En la concentración de Alemania yo veía que él se llevaba a los chicos de los demás jugadores a la pieza con él, a jugar a la Play, chicos de cuatro o cinco años, los hijos de Crespo», cuenta *el Profe* Salorio, miembro del cuerpo técnico de la selección.

Como parte de su bautismo, se seguía recordando con gestos claros quién mandaba. Durante una rueda de prensa en Núremberg de Roberto Ayala y Gabriel Heinze, una pregunta inocente (¿Cómo se entretiene el grupo?) acabó en una diatriba contra los nuevos chicos. «Hablan poco», «no vienen a tomar mate», «siempre jugando a la PlayStation», «nuestra generación es de otra manera». El grupo fuerte del vestuario no había aceptado de buen grado la convocatoria

del amigo de Leo, Ustari, el portero argentino más joven en un Mundial, en detrimento de Germán Lux, por entonces guardameta del River Plate, quien había participado durante tres años en casi todas las llamadas y ganado la Olimpiada de 2004 con la portería invicta.

Existían otros agravios. Pese a su corta edad, Leo, que acababa de fichar por Adidas tras dejar Nike, era una de las grandes apuestas de la casa de productos deportivos alemana en aquel verano de 2006. Filmó un premiadísimo anuncio («La historia me persigue pero yo soy más rápido»), donde la Pulga dibujaba a un muñequito que jugaba al fútbol con otros más grandes y que lograba destacar pese a ser el más débil. Grandes pósteres expusieron su rostro en las principales ciudades futboleras del mundo y le diseñaron unas botas especiales con dos estrellas, la inscripción «La mano de Dios» y la fecha 22 de junio de 1986. Ese ángulo mediático creó rencillas en el grupo. Demasiado ruido por un chavalito, decían algunos veteranos.

Según la prensa argentina, hubo un incidente antes del Mundial que confirmaba que Leo iba a tener complicado impresionar a sus compañeros tan pronto. En un entrenamiento, Messi le hizo un caño a Heinze. Eso, en el código tácito del futbolista argentino, debe ser vengado: a continuación, el defensor le entró con dureza, pero se iba a llevar una sorpresa. La Pulga le miró a los ojos y le lanzó de ese modo una advertencia: «No me hagas esto otra vez».

Cuenta Marcelo Sottile en *El distinto* que, en realidad, en aquella Copa del Mundo, «aunque nunca lo vayan a reconocer públicamente, no lo trataron como a un grupo de hermanos, como solía decir el capitán Juan Pablo Sorín. Messi estaba solo, o bastante solo. Se distraía con una pelota chiquita que siempre tenía con él. Y su único compinche era Ustari...».

Y así, entre dudas y lecciones, se llegó a su primera gran

presentación universal. El Mundial. El que soñaba ganar con Argentina.

Javier Saviola y Hernán Crespo fueron los delanteros titulares ante Costa de Marfil. Pékerman no le hizo jugar y la victoria por 2-1 supuso un buen inicio, aunque el juego no fuera brillante. Serbia y Montenegro era el siguiente rival. Maradona bajó al vestuario para saludar a los chicos y, en un aparte, le dijo a Leo: «Fuerza, coraje y hacé un gol».

El estadio de Gelsenkirchen, repleto, le vio salir en el minuto 75 sustituyendo a Maxi Rodríguez con el marcador reflejando la superioridad albiceleste, un 3-0 que premiaba la rapidez y eficacia del conjunto. Era su debut en una Copa del Mundo. A una edad más temprana que Maradona, que lo hizo en 1982 con veintiún años.

En los dieciséis minutos que estuvo sobre el terreno de juego dio una asistencia a Crespo para el 4-0 y marcó un tanto, el sexto y definitivo (6-0). El único gol que ha marcado hasta ahora con la selección en un Mundial. Diego, en el palco, se levantó para ovacionarlo, emocionado.

Un empate en el siguiente encuentro clasificaba a Argentina y a su rival, Holanda. Cuando las cosas deben acabar así, así acaban. Los dos conjuntos realizaron varios cambios en el once titular, Leo acompañó en la delantera a Carlos Tévez. Argentina mostró «un poco de Leo y un mucho de Tévez», como dijo ESPN. Chispazos del primero y desparramo de regates y atrevimiento del segundo.

Pero para los octavos de final ante México, Saviola y Crespo fueron de nuevo los delanteros escogidos por Pékerman. Leo entró en el minuto 84 de un partido durísimo, con 1-1 en el marcador. Se necesitó una prórroga y venció Argentina. «A corazón abierto, con el sufrimiento recorriendo todo el cuerpo, con eso que brota del alma y

que alarga la esperanza, con rasgos de inteligencia, con retazos de fútbol, así Argentina sigue en camino y mira a Alemania en cuartos de final», publicó *Clarín* a la mañana siguiente. Leo mostró destellos de nuevo, apariciones de juego directo que empujaron a México hacia atrás.

El partido se había jugado en el cumpleaños de Messi. Y en el de Riquelme, nueve años mayor. Esa noche, Leo se retiró a su habitación pero decidió pasarse un rato por la fiesta de su compañero. Abrió la puerta de su cuarto, entró y Riquelme se volvió irritado. «¡Pendejo! ¿No sabés tocar la puerta? ¡Vos tenés que aprender a tocar la puerta! ¿Quién carajo te creés que sos?». Y Messi, blanco, bajó la cabeza, reuló y se fue.

El aprendizaje continuaba.

* * *

«Mirá, todos lo veíamos como un jugador que ya era diferente, digamos —habla Javier Mascherano—. Vos lo veías y claro... Cumplió diecinueve años en el Mundial, pero ya se veía que era un futbolista que hacía cosas diferentes».

No fue titular en los cuartos de final contra Alemania porque lo seguían siendo Saviola y Crespo. Extrañamente, Messi se sentó en el banquillo con los auriculares puestos.

Nadie debate si debió entrar en el once o no. Es lo que vino después de lo que se habla todavía.

Argentina dominó la posesión durante la primera mitad y también en parte de la segunda, pero con escaso peligro. Hasta que Ayala, tras un córner, adelantó a los suyos con un cabezazo. La

selección anfitriona tuvo que subir las líneas y buscó, con una presión alta, robar el balón para hacer daño a Argentina. O sea, había mucho espacio detrás de los cuatro defensores que, además, no eran especialmente rápidos.

Y de repente, en nueve minutos, se perdió un Mundial.

El portero, Roberto Abbondanzieri, se lesionó. Pékerman se vio forzado a realizar un cambio. Salió Leo Franco. Cambiasso reemplazó a Riquelme, enfadado. Pékerman se disculpó ante Juan Román. Buscaba refrescar el centro del campo. Quedaba un cambio. Un jugador rápido podría hacer daño. Eso dicen todos ahora. A toro pasado.

Pékerman entendió en ese momento que era necesario un delantero alto, capaz de complementarse con Tévez y aguantar el balón largo, recurso muy útil cuando un equipo está bajo la presión que ejercía Alemania. Y para defender, para evitar el mayor peligro alemán: las pelotas a balón parado. Se podía, así, aguantar el resultado, pero también amenazar la portería rival. Quedaban once minutos para el final.

Salió al campo Julio Cruz por Hernán Crespo.

Messi se quedó en el banquillo. Al ver que no iba a salir, se sacó los botines. Fue criticado por ello.

Se dice que nunca quedará claro por qué Pékerman no lo quiso sacar. Se habla de dinámica de grupo. Que era una plantilla dividida. Que, por aquel entonces, Julio Cruz pesaba más que Leo en el equipo porque era del bando de los que mandaban. Que el seleccionador se llevará el secreto a la tumba.

Y más bien parece que la gente, en realidad, no quiere escuchar a Pékerman. Que la derrota, como ocurre siempre, le ha quitado razones.

Estas decisiones no se toman por un solo motivo, pero tampoco únicamente por cuestiones políticas. ¿Se hubiera hablado de lo mismo si, tras el gol del empate de Klose un minuto después de la sustitución de Crespo y, al final de la prórroga, Ayala y Cambiasso no hubieran fallado sus penaltis en la tanda final? ¿Se hubiera mencionado lo de los botines? ¿Ven cómo confunde la derrota y lo fina que es la línea que la separa de la victoria?

«Todos nos critican porque, cuando hacemos el cambio que nos quedaba, íbamos ganando 1 a 0 y no lo pusimos —dice Hugo Tocalli, asistente de Pékerman—. Si se repitiera el mismo partido, volveríamos a hacer lo mismo. No nos olvidemos de que, en el partido anterior, empatábamos 1 a 1 y entraron Messi y Aimar. Quiere decir que no fuimos ni caprichosos ni tampoco contra Messi».

Aquella decisión se ve con la ventaja del juicio a posteriori, como si aquel chaval de diecinueve años que acababa de jugar 122 minutos en el Mundial, recién salido de una lesión, fuera el Messi de hoy.

«Son decisiones de los entrenadores, pero hubo mucho debate en Argentina —asegura Mascherano—. Debate que generan deportistas tan grandes como él. Pero después de aquel Mundial el debate terminó: Leo empezó a ser titular indiscutido».

Gerardo *el Profe* Salorio no tiene duda: «No jugó porque el técnico, en la décima de segundo que tiene para decidir, insiste en la idea que venía pregonando desde los primeros veinte minutos del primer tiempo: la única manera en que nos pueden convertir un gol es de cabeza. Y por eso pone a Cruz, para defender. La lesión del arquero nos mató, si no, Leo, en los últimos quince minutos, marcaba la diferencia. Los alemanes estaban muertos... Pero bueno..., no era

el destino».

Leo lloró. No fue el único. Argentina parecía llevar el impulso de los campeones, pero... Con esos «peros» están escritas las historias de todas las selecciones del mundo.

«Cuando quedamos fuera del Mundial, no me vi nada, ni noticias —contó Messi unos años después—. Deberías haber visto el vestuario, todos llorando y llorando mal. Yo también, pero no por no jugar, por quedarme fuera».

¿Y lo de las botas? «Yo soy raro, a veces prefiero estar solo... Hago boludeces, pero no eso de manejar mi dolor de acuerdo a si jugué o no. Estoy hecho mierda. Lo sufro como futbolista. Sé que estuvieron diciendo que no sentí la eliminación. Pareciera que no siento nada, que soy de piedra, que no tengo permitido sufrir a mi manera». (Messi a la agencia EFE, en julio de 2006).

Leo no olvidaba que Claudio Vivas, el seleccionador Pékerman y su asistente Hugo Tocalli habían montado un operativo para que vistiera la albiceleste tan sólo dos años antes. «Pensé que iba a jugar más. Perdí terreno con la lesión y llegué justo. Siempre le agradeceré a Pékerman por haberme llevado» (Leo a *El Gráfico*, en 2009).

Acababa de debutar en el Mundial y eso se llevó a casa. Eso y el dolor de una derrota nacional que, trece años después del último gran título, la Copa América de 1993, y pese al buen sabor de boca de sus actuaciones, dejaba la vieja herida todavía abierta.

* * *

Argentina llegó como favorita a la Copa América del año siguiente

en Venezuela y Leo Messi como titular. Jugó los noventa minutos del partido inaugural contra Estados Unidos (4-1) con un Crespo efectivo que marcó dos tantos. La chispa y calidad de la Pulga fue mentada por los cronistas. En el segundo encuentro ante Colombia volvió a salir en el once, provocó el penalti para el empate a uno y formó parte de la creación del segundo gol (de Riquelme) en una clara victoria albiceleste por 4-2. Con el pase a la siguiente ronda en el bolsillo, Leo descansó de inicio ante Paraguay, a la que se le venció por la mínima; jugó los últimos 25 minutos.

Messi marcó el segundo tanto de los cuartos de final contra Perú, finalmente otro contundente 4-0. Goleó también en las semifinales contra México (3-0), y no fue un gol cualquiera. Recibió en la esquina derecha del área de castigo donde le esperaba el central y nada más entrar en la misma levantó el balón por encima del portero, que estaba expectante en el área pequeña. No tenía ningún derecho a inventar ese remate, las condiciones no estaban para ese globo.

«Sólo los genios son capaces de hacer un gol como el que hizo Messi. Había que cerrar el estadio», dijo ese día el seleccionador Alfio *Coco* Basile, que había reemplazado a Pékerman tras el Mundial de Alemania.

En dos años, Messi había sido campeón del mundo Sub-20, debutante en un Mundial y finalista de la Copa América ante un Brasil que había acudido a la competición con un equipo con muchos suplentes (Ronaldinho y Kaká se quedaron en casa) y Robinho de estrella. Los brasileños llegaron a la final gracias al destello individual y casi nadie apostó por ellos. Tras casi tres lustros de ayuno, parecía que la albiceleste podría ganar un título.

Pero Argentina perdió por un contundente 3-0.

Olé resumió en cuatro frases la sensación del país: «No merecíamos un final así. La selección había enamorado a todos, pero contra Brasil nos engañó. Tras el cachetazo, Basile debe barajar y dar de nuevo. En Venezuela se cerró un ciclo».

Se había hecho un equipo que vivía de sus figuras y que había muerto con ellas. Pero, como dijo el rotativo argentino, se crearon unas expectativas quizá excesivas: «Riquelme no fue Zidane; ni Messi, Maradonita». A Messi se le disculpó por edad y rango, pero cayeron críticas durísimas hacia Riquelme, al que algunos incluyeron en el reciclaje necesario.

A Juan Román, líder de la generación que ganó el Mundial Sub-20 en 1997, le había caído el encargo de ser el nuevo héroe de la patria, se le esperaba. Pero empezó a desangrarse fatalmente en aquella Copa América y se le empezó a llamar *Tristelme*. Luchó, dentro y fuera del campo, por mantener su estatus y dimitió de su rol de «protector de la nueva estrella» (Leo). Si alguna vez lo tuvo: el centrocampista es de los que cree que hay que pagar el derecho de piso, hay que empezar desde muy abajo por mucho que te abrace Julio Grondona, como solía hacer con Leo, cuando lo máximo que Riquelme recibía del presidente de la AFA era un apretón de manos. Al hablar del Barcelona, Riquelme siempre mencionaba la importancia de Xavi y sobre todo de Iniesta, «el genio». El centrocampista sufría con la ascensión de la Pulga.

Leo sentía que el pasillo que daba al liderazgo era estrecho y que lo bloqueaba Juan Román. Pero tampoco exigía nada: las cosas iban a ir mucho peor antes de que pusiera todo su peso para conseguir una selección más armoniosa.

A Riquelme le dieron su última oportunidad en la Olimpiada de Pekín al año siguiente.

En Argentina, al período que se inicia en 2008, con la derrota ante Chile en la fase clasificatoria del Mundial de 2010 y que dejaba a la albiceleste a siete puntos del líder Paraguay, se lo califica como «el declive». Algo se rompe a partir de esa época y la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Pekín con un equipo Sub-23 no compensó las deficiencias de la absoluta.

Aquel verano de 2008 fue de extrema tensión en casa de los Messi. Leo quería ir a la Olimpiada pero el Barcelona intentó, en un primer momento, negarle esa posibilidad porque coincidía con la eliminatoria preliminar de la Liga de Campeones a la que fue condenado el club por la mala temporada anterior y su tercer puesto en la Liga. La Corte Arbitral del Deporte (CAS) concedió al Barça la potestad para decidir el futuro de Leo en los Juegos y el presidente Laporta prefería que Messi, que se juntó con la selección para preparar el torneo, volviera para unirse a la gira del equipo en Estados Unidos y no perderse el trascendental encuentro ante el Wisla Cracovia: un tropiezo y el Barcelona estaría fuera de la principal competición europea.

«Se decía que no iba a venir con nosotros —recuerda Óscar Ustari, portero suplente de aquella selección Sub-23—. Pero él me dijo: “Tranquilo que yo voy a hacer todo lo posible para ir”».

Guardiola, recién llegado, había decidido convertir a Leo Messi en el eje del equipo al desprenderse de Ronaldinho y Deco, pero, en una conversación telefónica con Lionel desde su habitación en Nueva York donde se hospedaba el Barcelona, fue totalmente consciente del complicado mes que había pasado la Pulga, que hasta ese momento se había puesto a disposición del club.

Leo, que contaba con que Pep había sido jugador y le iba a entender, le pidió en aquella conversación que no le reclamara de vuelta. «Juega la Olimpiada y gana la medalla de oro», le dijo Pep, que en la consiguiente rueda de prensa para explicar la decisión reconoció que le había notado «mucha tensión emocional. Vi que se encontraba muy incómodo con la situación y tampoco era plan traerlo si tenía la cabeza en Pekín».

A Argentina, que contaba con Mascherano, Leo, *el Kun* Agüero y Riquelme, le tocaba defender la medalla de oro de Atenas y lo hizo con éxito. Y con Messi de titular indiscutible. Venció en todos sus encuentros (1-0 en la final ante Nigeria) y sin recibir un gol. Messi hizo dos tantos y participó en cinco de ellos.

Aquel torneo olímpico se recuerda por tres cosas. Por algo que el público no vio, pero que quedó grabado en la memoria de los testigos. Lo cuenta Ustari: «Me agarró no sé qué en el cuerpo cuando vi a Kobe Bryant que fue a saludar a mi amigo, no a Lionel Messi, a mi amigo. “¡Kobe Bryant se le acerca a este desgraciado!”, decía yo. Entramos en el comedor, yo estaba filmando y diciendo: “Bueno, nosotros tenemos a uno o dos de los mejores jugadores del mundo”, y justo ahí sale Román [Riquelme] y Leo, y los filmo. Y sigo: “También podemos ver al más grande del básquet mundial”. Estaba a una distancia. Y veo que viene caminando, ¡y me empieza a temblar la mano y la cámara! Leo se lo tomó con calma, bueno, en realidad no sabía qué hacer. Como avergonzado de que viniera, no lo podía creer. Y nos hicimos una foto con él, claro».

Por algo que se vio: un abrazo muy público de más de medio minuto, el de Leo a un Ronaldinho con medias bajadas y mirada perdida, tras la histórica victoria albiceleste por 3-0 en las semifinales. Fue la simbólica representación del cambio de testigo

en el Barcelona.

Y, por último, por algo que tampoco se vio, pero se sentía. «Hubo un cambio grande del Mundial Sub-20 a la Olimpiada, con el Mundial de por medio —continúa el portero—. Cambiamos todos los de nuestra edad. Leo ya apuntaba a ser líder, por creíble y querible». ¿Qué iba a pasar con Riquelme?

Ese año empezó la transición hacia la Argentina de Leo. La Pulga iba a volver a Barcelona agradecido a su nuevo entrenador y con el empuje de un nuevo éxito con la selección.

Se había subido al trampolín.

* * *

El «declive» de la selección absoluta continuaba durante aquel 2008 y peligraba el cargo de *Coco* Basile. En lo que pareció un calculado gesto de presión hacia el seleccionador, Maradona señaló en televisión a Leo como responsable del pobre juego del equipo. Argentina acababa de empatar a uno contra Perú.

«A veces, Messi juega para Messi. Tiene tanta prepotencia que se olvida de sus compañeros —analizó Maradona por teléfono en Fox Sports con el asentimiento de los periodistas presentes—. Es el Deportivo Messi. Si jugara con Agüero o Riquelme, haría dudar más a los marcadores contrarios... Los encuentros no se ganan por abundancia, sino sabiendo atacar. Y eso hay que trabajarlo».

Sin embargo, otros jugadores, argumentaba Diego, merecían el cariño de la afición. «Ojalá sea mejor que yo, pero ahora Mascherano es más Argentina que Riquelme y Lionel. [A Tévez] hay que serenarle y mimarle más. Lo único que está pidiendo es

seguridad. Ni la capitanía ni nada extraordinario. Esa inseguridad le lleva a hacer más de lo que puede y a desbordarse».

«A Leo le falta carácter», ya había dicho Maradona el verano anterior acusando a Messi de no hacerse valer cuando el Barcelona se peleaba con la Federación Argentina por su cesión para las Olimpiadas. En realidad, Messi había luchado, pero sin anunciarlo por los medios. ¿Qué pretendía Maradona, consciente de la presión que supone llevar la albiceleste y de la edad de la Pulga, veintiún años?

Sus palabras abrieron la veda: Messi podía ser objeto de crítica, incluso antes de madurar en la selección. Se iniciaba la construcción de una imagen negativa de la Pulga, se creó cierto recelo hacia Leo. Y aquello finalmente se resolvía si ganaba él solo los partidos. Y un Mundial, si podía ser. Tarea ingente.

A la familia Messi le dolía oír esas palabras. Tras otro largo viaje desde Buenos Aires, a su llegada al aeropuerto del Prat, flanqueado por su hermano Rodrigo, Leo contestó a su manera las palabras de Maradona: «Estoy acostumbrado a que hable Diego. Ya sabemos todos cómo es».

En la Federación Argentina corría la teoría de que algún día, para acallar su queja continua, habría que convertirlo en director técnico de la albiceleste. Si triunfaba, fantástico. Si no, ya podía callar para siempre. Los errores y los malos resultados en la fase clasificatoria del Mundial de Sudáfrica hicieron que, tras una derrota ante Chile, Basile renunciara a la selección. El Pelusa, al que se le regaló el carné de entrenador al no haber hecho curso alguno y tras haber pasado con discreción por el Racing y el Mandiyú en los noventa, donde sólo ganó un total de tres partidos, asumió la regencia de la albiceleste en otoño de 2008.

Poco más de un año después de los goles *maradonianos* (el del Getafe, claro, pero también el marcado con la mano ante el Espanyol), *Dios* se iba a encontrar sobre el césped con el anunciado heredero.

Una de las obligaciones del nuevo seleccionador era encajar el talento de Messi en el grupo. Ciertamente, empezaba a ser preocupante su desconexión con el centro del campo, su falta de alternativas para la descarga, las pocas pelotas que recibía y su insistencia en buscar la jugada individual por falta de apoyos. El equipo tenía que mejorar, pero también la toma de decisiones de la Pulga.

Diego, que necesitaba buenos resultados cuanto antes para encauzar la fase eliminatoria, tenía una cosa a su favor: Leo empezaba a mostrar su fútbol de quilates con la ayuda del nuevo preparador del equipo, Pep Guardiola.

Messi y Maradona tenían, pues, dos años para volar juntos con las miras puestas en Sudáfrica. El gran jugador que empezaba a liderar el Barça hacia las mayores cotas de su historia estaba «obligado» a hacer lo mismo en la selección. Maradona tenía que poner las condiciones para que eso se produjera.

Así empezaba el juicio de aquellos años para el público argentino. Aunque Carlitos Tévez era el «jugador del pueblo», más popular que Leo en su país, Messi se había convertido oficialmente en el «salvador de la patria».

* * *

—*Pelé y Maradona fueron los mejores futbolistas de la historia.*

¿Hay algo que, cuando los ves, decís «uh, qué bueno que hace con esto o aquello»?

—Es que ellos eran buenos en todo, hacían todo bien. La verdad es que muchos vídeos de Pelé, Di Stéfano o Cruyff no vi; en cambio, de Maradona vi todo, hasta lo llegué a ver en vivo de chiquito.

—¿En serio? Mirá vos...

—Sí, de chiquito. No me acuerdo nada, pero lo vi en su debut en Newell's contra el Emelec.

—Claro, fue en 1993, tenías seis años.

—Sí.

[Aparece un vídeo de Maradona que, mirando a cámara, dice: «Leo, vos sabés que te quiero mucho, dejá que los demás hablen, que vas a ser el mejor de toda la historia. Esto lo vamos a decidir nosotros cuando termines la carrera. Hoy seguí haciendo lo que estás haciendo y que seas feliz con tu familia. Te quiero mucho, Leo.»]

—Está bueno, ¿no? Que tengan esa relación que tienen con Diego. Porque todos los quieren enfrentar. Ustedes no entraron nunca en ese juego.

—No, y cuando él fue técnico de la selección, fue más fuerte el acercamiento.

(Entrevista a MESSI de MARTÍN SOUTO, realizada para TyC Sports (Argentina), en marzo de 2013)

El padre de Leo llevó a su niño de seis años al estadio del Newell's

Old Boys a disfrutar de la presentación de un Diego Maradona en fase decadente que quería ponerse a punto para el Mundial de 1994. El club organizó un amistoso contra el Emelec de Ecuador y, como había hecho otras veces, se le pidió a Leo que saltara al césped para hacer jueguitos con una pelota, que parecía el doble de grande de la que utilizan los mayores. «No hay problema, lo hago con mucho gusto», le dijo a su padre cuando le pasó la propuesta. No sintió nervios, ni presión. La gente le gritaba «Maradooo, Maradooo».

Pero Leo no se acuerda de nada. Recuerda goles que marcó con el Grandoli con cuatro años. Pero de aquel día, nada.

Maradona era el ídolo de Jorge Messi (guardaba vídeos de Diego que ponía de vez en cuando) y de su generación, una veneración que corrió a la siguiente hornada de aficionados. Y a la otra y a la otra. «Leo me contó una anécdota que lo explica todo — cuenta la periodista Cristina Cubero—. Le pregunté por Diego y me dijo: “Yo entiendo que vosotros no entendéis el fenómeno Maradona. Para los argentinos es mucho más que un futbolista y yo, desde pequeño, me iba a casa de mis primos, de mi otra tía o de mi otro tío, y lo primero que hacíamos era sentarnos a ver sus goles contra Inglaterra. Yo he crecido viendo sus goles en cintas de vídeo. El saludo era: “Vamos a ver los goles de Maradona”».

Así que, de pequeño, a Messi le introdujeron en un mundo futbolístico de héroes y villanos, y victorias épicas.

Y de los goles legendarios que se guardaban en viejas cintas de vídeo.

Como el gambeteo a la defensa inglesa en el Mundial de México, que, como dijo el sociólogo Eduardo Archetti, contó con la mezcla perfecta de potrero (la libertad para crear) y atrevimiento (la condición de pibe): «Fue un gol inusual, casi romántico, que no

pertenece a nuestra era, aparentemente tan racional».

«Cuando la pelota entró, supe al momento que para Maradona habría un antes y un después de ese gol —contó Jorge Valdano a Enric González en la entrevista que éste le hizo para *JotDown*—. Y, de hecho, se lo dije en la ducha: “Ya está, te acabas de sentar en el mismo lugar que Pelé”. Y entonces me empezó a explicar cosas de la jugada. Siempre digo, en broma, que tuve la virtud de sacar la pelota que Diego metió. Yo fui el que recogió la pelota de dentro del arco. Nadie le asigna el mismo valor a eso. Curiosamente, fui donde él estaba y se la di, porque era una jugada tan suya que el cuerpo, más que ir a abrazarle, me pedía hacer algo útil».

Valdano, afilado observador y analista, considera que Maradona solucionó un problema en el peor partido de Argentina, «el único que, sin ninguna duda, no habríamos ganado sin Maradona». Era, además, un partido con mucha carga simbólica por su cercanía en el tiempo a la guerra de las Malvinas. «Y ese día Diego, con la fuerza de su personalidad y de su genio futbolístico, se convirtió en el nuevo general San Martín», concluye Valdano en la misma entrevista.

Argentina tenía a su héroe, que más tarde se descubrió como uno trágico, lleno de imperfecciones, todas ellas emitidas por televisión. Y eso encantó a sus compatriotas. Sin saberlo, un Leo Messi de seis años, mientras hacía jueguitos en el campo del Newell's, iniciaba un camino hacia el mismo destino futbolístico de Maradona, quien, por el camino, se convertiría en su compañero de viaje, némesis, espejo, voz exigente, luz y sombra.

La primera vez que Leo y Diego hablaron fue el primer gran año de su carrera, 2005, justo después de su primer tanto al Albacete. Leo estaba en casa comiendo cuando le llegó una llamada al móvil.

«¡Felicidades!», le dijo Diego al otro lado de la línea. Le comentó que le había seguido un par de partidos, que le veía bien, con mucho futuro y que a seguir marcando.

Hubo otra charla por teléfono poco después: tras la eliminación de Brasil del Mundial Sub-20, un periodista de la *Gazzetta dello Sport*, Stefano Boldrini, que se encontraba en Holanda, le pasó el móvil. «¿Qué hacés, monstruo?», le preguntó Diego. Leo lanzó una petición: «Ojalá un día podamos conocernos».

Diego y Leo quedaron en verse en agosto, para participar en el programa de televisión que Maradona presentaba en el Canal 13, «La noche del 10».

Messi llegó muy pronto al estudio y se instaló en una sala con su padre, su tío y un primo.

«Fue la primera vez en mi vida que estuve nervioso —reconoció años después—. Esa noche estaba en una nube, me transpiraban las manos. De golpe se abrió la puerta y apareció Diego. Me dijo un par de cosas. Tenía el pecho que me explotaba».

Leo le explicó a Diego que el sueño de su madre era que le dirigiera en un futuro. «Eres muy parecido a mí —le dijo Maradona—. La diez te va a llegar solita».

Tal y como hacían en todos los programas, jugaron un partido de fútbol-tenis cuatro de los mejores futbolistas que ha dado la historia sudamericana. Por un lado, la vieja guardia representada por Francescoli y Maradona. Por otro, los herederos al trono, Messi y Tévez. El primero que llegaba a diez, ganaba.

Empezó como un encuentro de amigos, pero pronto subió la tensión, el tempo. A Leo ya no le sudaban las manos, estaba compitiendo. Se llegó a discutir un punto, y las reglas. Tévez y Diego. Leo y Francescoli lo vieron desde lejos, no se metieron.

No se regaló un solo punto. Nadie quería perder. Pero uno de ellos tenía que hacerlo.

Llegaron a estar empatados a siete, pero Tévez reclamó que les habían robado un punto. Se cambió el marcador: los jóvenes quedaban por delante.

Todos cometieron errores, se jugaba algo más que un partido de fútboltenis. Al final, Leo y Tévez vencieron a Maradona y Francescoli. 10-6. La única derrota de Diego en toda la serie.

Al volver a Barcelona, no podía dejar de hablar de aquello. «¡Uuuuy! Para mí, cuando lo vi, lo máximo, fue un sueño cumplido. Muy bien, la verdad», repetía.

«Messi tiene que ser Messi», afirmó entonces Maradona. Pero no todo el mundo quería dejarle.

Cuando Leo oía que era el Sucesor (así, con mayúsculas), decía: «Es un orgullo para mí escuchar eso, pero recién estoy comenzando. Diego hay uno solo y no va a haber otro, y yo intento hacer mi camino y seguir creciendo».

Sin embargo, la cercanía al trono de Maradona en la percepción internacional molestaba a muchos. Una larga lista de periodistas, con seria influencia en la elección de internacionales y en la opinión pública, no podía aceptar que existiera un nuevo diez. «Ah, en Europa no le pegan», se empezaba a escuchar. Las dudas se fueron, poco a poco, cerniendo sobre Leo, en paralelo al pobre juego de la selección argentina de Maradona que estaba sufriendo para asegurarse su presencia en el Mundial de Sudáfrica.

No es casualidad que surgiera en la misma Argentina un jugador que pudiera rivalizar en idolatría a Maradona. Pero que lo hiciera una década después de su retiro suena a película de Hollywood. Y había que elegir: así está montada la sociedad argentina. «Nosotros,

los argentinos, somos fanáticos de un montón de cosas —cuenta el entrenador Quique Domínguez—. Si lo somos de un club, no aceptamos nada de los demás. Somos fanáticos de una religión y no toleramos las otras, somos fanáticos de nuestra ciudad... Y se pide que seamos de Leo o de Diego».

El país, en lugar de disfrutar de dos talentos extraordinarios, se empezó a pelear por ver cuál era el mejor. No es cosa sólo de Argentina: en el mundo no parece haber espacio para más de un grande.

* * *

«Si es por logro únicamente, Di Stéfano no ganó nunca un Mundial, Cruyff tampoco, y después discutís a Pelé, que no jugó nunca en Europa. Si Maradona hubiera sido brasilero y Pelé hubiera sido argentino, ¿quién hubiera sido el mejor del mundo».

(FERNANDO SIGNORINI)

Queda claro que, cuando se habla de quién es mejor, no se habla en realidad de fútbol. Leo y Diego, debutantes en sus respectivos clubes de muy jóvenes, zurdos geniales y dos dieces que han llevado el brazalete de capitán de la selección, dos futbolistas que definen su época y son punta de lanza de la afición argentina que persigue el sueño de otro Mundial, son también una excusa para el debate, pasatiempo de su pueblo.

Todos los países necesitan a sus estrellas, pero el primer problema surge con la definición del término: un crack, para los

argentinos, es más atractivo si posee un «talento innato» surgido como por arte de magia, que le sirve para alcanzar metas «imposibles» y que trágicamente acabará por condenarlo. Messi es trabajo, sacrificio y compromiso con su profesión y su cuerpo; difícil, entonces, admitirlo como estrella, porque además le acompaña una imagen pública (la que ha escogido) con poca imaginación verbal y una vida privada que es privada y sin grandes contrariedades.

Para ser especial no basta con ser el mejor. «Messi es un póster, Maradona es una bandera», escribió el escritor argentino Hugo Asch en un artículo que tituló, irónicamente, «Messi, el extranjero».

Maradona tiene rasgos de viveza criolla. Messi también ha marcado un gol con la mano, pero en los noventa minutos, en una temporada, esa picaresca latina aparece muy pocas veces. Tiene gambeta como Diego, pero no busca la ventaja en los límites del reglamento. Sin embargo, paradójicamente, y según Cristina Cubero, es el más argentino de los futbolistas argentinos que han vivido en Barcelona.

Messi es demasiado plano y correcto en un país al que le atrae lo incorrecto, que casi lo exige. Al cruzar la línea de banda hacia el vestuario se retira del mundo, como si cerrase la persiana, y la fascinación desaparece. Mientras que la concreción de Messi hace sus entrevistas prescindibles la mayor parte del tiempo, Maradona no tiene filtro. Le gusta trazar líneas rojas en cualquier tema, colocarse en uno de los bandos y señalar al contrario. Maneja el verbo con maestría y dinamiza la lengua rescatando expresiones de la calle («que la sigan chupando», «la mano de Dios», «me cortaron las piernas»). Llegó a decir que el seleccionador Sergio Batista (su sustituto) «se tendría que disfrazar de Piñón Fijo^[4] para alegrar a

Messi».

Se cuenta la historia de un paseo con un periodista amigo que lo visitó en la clínica Chenot (Suiza) a la que había acudido para perder peso. Llevaban varias calles sin que nadie los detuviera y el amigo se lo hizo notar. «Qué maravilla, ¿verdad?» La respuesta de Maradona lo resume todo: «Una cuadra más, y me muero».

«Diego era muy volcánico, y eso lo convirtió en un producto de consumo informativo permanente, dentro y fuera de la cancha — cuenta Jorge Valdano en la revista *JotDown*—. Lo fui a visitar alguna vez a Nápoles y era como un carnaval permanente. Él salía en coche de su casa y abajo lo esperaban veinte o treinta chicos con motocicletas que lo iban acompañando, alguno lo adelantaba e iba gritando “¡Arriba Maradona!”, y entonces salía el almacenero, el del bar... Todos los días se daban situaciones que sólo se podían dar con un personaje como Maradona. No me imagino un episodio parecido con Messi en Barcelona».

La única declaración política de Leo fue para defender el catalán, mientras que Diego, cuando jugaba, se mostró contrario a la autoridad (ya fuera el Vaticano o la derecha del país), *portavoz* del hombre de la calle sin voz. Aunque más tarde acabó siendo amigo del presidente argentino Carlos Menem y de Fidel Castro, incurriendo en una de esas grandes contradicciones que sugieren una identidad infeliz: una cosa es ser rebelde, pero el contradictorio anda buscando el camino constantemente. Es estar en medio de todo y formar parte de nada.

Y sus defectos se trasforman en virtudes a ojos de muchos. «Todo eso lo convierten en una pésima superficie reflectante de los argentinos; no de lo que los argentinos somos, sino de lo que queremos creer que somos: creativos pese a la adversidad,

espontáneos, heroicos, pasionales...», afirma el escritor Eduardo Sacheri.

Diego Maradona ha dicho en alguna ocasión que él salió, le pegaron una patada y le subieron a la cima sin explicarle cómo se hacía para vivir en las alturas. En lugar de cuidarlo, él tuvo que cuidar de muchos. A Leo le han protegido siempre.

Messi estuvo desde el primer minuto rodeado de cariño, su novia es la de siempre, la de Rosario. Maradona se educó en la calle, en Villa Fiorito, rodeado de hermanos, donde el más fuerte, el más macho, triunfa, aunque las villas miseria de los años setenta no eran barrios marginales, violentos y pobres como, por ejemplo, Fuerte Apache, donde creció Carlitos Tévez. En todo caso, Messi es de ciudad y Maradona, de villa. Y el de villa casi siempre lleva consigo la ambición mal entendida de querer demostrar que no se es de pueblo.

Si Leo se fue de Argentina no fue porque quiso, sino porque la crisis del momento obligó a su familia a buscar una salida. Sin embargo, la Argentina del joven Maradona era más opulenta y proteccionista, lo que permitió, entre otras cosas, que Diego se quedara en casa, en el Argentinos Juniors y, posteriormente, en Boca Juniors hasta 1982. Se admiraba, como ahora, al que llega a Primera y luego sale a triunfar en Europa, pero, para alcanzar el nivel de héroe nacional, Maradona necesitó del Mundial de 1986, fuente de alegría para aquel país que, cicatrizado por la dictadura y con el austral devaluado, seguía esperando la llegada al Paraíso.

Luego está lo de ascender y caer con la tragedia del héroe infausto. «En ese sentido, por nuestra historia y por nuestro modo de pararnos frente a la historia, Maradona nos representa mejor. No nos deja mejor parados, pero nos representa mejor», afirma el sociólogo

Sergio Levinsky. A Maradona le encanta vivir al filo de la vida, compitiendo con la muerte. Messi, por su parte, abraza la vida, compite por ella.

En esta época en la que se enmarca al bravucón que responde a todo al momento y se desprecia al que hace, paciente, puzzles, es normal que se hable de Maradona en términos tan loables. Y por eso tiene una religión. Leo no tendrá ni una pequeña cripta. Lo contaba Jorge Valdano en *JotDown*: «Es que no resulta nada fácil ser Maradona. Hace poco fui a Bariloche, Argentina, y me encontré con una bandera donde estaban el Che Guevara, Evita, Gardel y Maradona. Claro, si uno está muerto, sale indemne de todo eso, pero ser un mito viviente es incomodísimo».

Si Messi es cumbia (su música favorita), Maradona es rock latino (Charly García, Javier Calamaro), música melancólica y dulzona (Pimpinela) y *cuartetazo* (Rodrigo); complejo y con muchos rostros, pues.

Ninguno es el tango, la melancolía de lo perdido, de la ausencia, a menudo el canto del derrotado que se baña en la pérdida. Aunque Messi se le acerca —lleva a Rosario encima—, no echa de menos una vida mejor o un amor. Sólo un espacio.

Pero repasen la bandera de la que habla Valdano: eso es Argentina para la mayoría de argentinos, así que Diego no debe demostrar de dónde es. Messi necesitaba dar muestras de ello, volverse un poco más Maradona para ser aceptado. Pero Leo, el catalán en Argentina y el argentino en Catalunya, no iba a estar siempre pidiendo permiso para ser argentino. Se le iban hinchando las pelotas con cada derrota y cada crítica.

A Leo, desde que despuntó, le han cargado con veintitrés años o más de frustraciones. Aunque haya ganado títulos individuales y con

su club, necesita un Mundial, se dice. Y, si fracasa en su intento, se repetirá: «¡Ves! ¡Lo sabíamos! No es Maradona».

«Es casi imposible luchar contra una estampita», que diría Jorge Valdano. Leo, todo sea dicho, no lo ha intentado nunca.

* * *

«Soy autor de una teoría sobre él, aunque no tiene base científica. Creo que Messi es como un caso único en la historia de la humanidad, porque es alguien capaz de tener una pelota dentro del pie. Siempre se dice que Maradona llevaba la pelota atada, pero Messi la tiene dentro del pie, y eso científicamente es inexplicable, pero ves que lo persiguen siete, once, veintidós rivales para sacarle la pelota y no hay manera».

(EDUARDO GALEANO)

«Leo, desde el punto de vista físico, es un ejemplar de altísima gama, con un potencial de aceleración brutal. Es un Scalextric, la manera que dobla. Tiene un sistema de freno de última generación, una visión periférica... Creo que, por el parabrisas de él, puede ver casi hasta para atrás sin darse vuelta. Diego también. Son casos excepcionales, casos rarísimos. Un amigo doctor decía que Diego hubiera podido ser un extraordinario piloto de aviones de guerra, por su capacidad de ver el conjunto. Y además la precisión para el timing, para juntar la distancia con el tiempo. Entre los dos podrían haber hecho una flotilla espectacular. Habría que buscarles en el ADN si no tienen algún gen de las mariposas,

porque, como ellas, tienen el sentido del gusto en las patas. Y del muy buen gusto».

(FERNANDO SIGNORINI)

«Son distintas épocas también. Antes se marcaba hombre a hombre».

(CARLOS BILARDO)

Y, sobre el campo, ¿qué los une, qué los separa?

«No tienen nada que ver —dice Hugo Tocalli—. Maradona fue conductor, Leo no. Jugaron en dos posiciones diferentes, Messi es más de tres cuartas partes de cancha en adelante. Y son dos épocas distintas». El rol del diez refleja las diferencias entre el fútbol de los ochenta y el de ahora, y sirve para explicar lo que les hace disparejos.

Hace treinta años, era una figura simbólica, el director de orquesta que fue poco a poco desapareciendo de la zona central para, en el 4-4-2 que se puso de moda, situarse en un costado, adelantarse como segunda punta o atrasarse para ser pivote de contención. Dejó de tener la preponderancia que tenía y el juego sufrió. Y, con Pep Guardiola, Leo y la selección española, surgió de nuevo en una posición más avanzada: el segundo punta o el punta único se convirtió de nuevo en el diez.

Con las defensas más cerradas, más colectivas, más físicas, ya no puede existir el Maradona que mandaba desde el mediocentro. El centro de acción, la cocina del equipo, se desplazó a la zona de la mediapunta, desde donde se ejerce hoy la mayor influencia sobre el

juego ofensivo. Diego hubiera sido un Messi si surgiera hoy. Está por ver si, cuando Leo pierda velocidad, puede retrasar su posición para convertirse en un organizador como lo fue Maradona. Para muchos, ésa debería ser quizá su próxima evolución.

Los números hablan de una superioridad de Leo: a los veinticinco años había ganado veintiún títulos por los cinco de Maradona, aunque Pelé contaba ya con dieciocho, incluidos dos Mundiales. Leo superó hace tiempo los 311 tantos en sus clubes y los 34 con la selección de Maradona, que se retiró con treinta y ocho años. Pero eso refleja el juego de ambos: Leo vive mucho más tiempo en el área o cerca de ella que Diego.

En todo caso, los datos cuentan poco en esta discusión. «En la densa comparación entre quién es mejor, si Diego o Leo, Messi aparece como una maquina perfecta, capaz de batir todos los récords posibles, aunque realmente no sé si podrá ser capaz de emocionar como lo hizo Maradona», afirma el periodista Luis Calvano.

Por lo demás, el relato futbolístico está lleno de lugares comunes. En el Mundial de 1986, cuenta la leyenda, Maradona ganó el campeonato prácticamente solo. Y en 1990, el subcampeonato. Sin tener un equipo superior a la Argentina de hoy. Diego jugaba para todos en un once repleto de destructores. Y, sin embargo, sin el esquema defensivo de Bilardo no se hubiera ganado el Mundial y sin jugadores inteligentes no se puede montar un sistema de ninguna clase. Cuando no aparecía Diego, estaba el conjunto. Ocurrió lo mismo en el Nápoles.

En el Barcelona juegan para Messi, se dice. Lo han rodeado de ocho campeones del mundo y otras figuras extraordinarias (Eto'o, Ronaldinho, Iniesta, Xavi, Busquets, Villa). Pero el Barcelona sin

Messi no hubiera ganado tanto ni tan seguido: hubiera sido un buen equipo al que le hubiera faltado el faro y el *killer*, el efectivo asesino del área.

Se puede entretener con un juego: ponga a Maradona con veintitrés, veinticuatro años en el Barcelona de Pep. ¿Dónde jugaría? Xavi ocupa el espacio del diez de antes. Diego tenía una explosividad y habilidad que le permitiría jugar más avanzado. Se hincharía a marcar. Pero se recorren muchos más kilómetros ahora que en su época y, dada su tendencia a abandonarse, podría tenerlo complicado para aguantar el ritmo de una temporada entera. Y ahora piensen en Messi con la camiseta del Nápoles que se encontró Diego. Con aquellas defensas, duras, sí, pero de marcaje individual: su inteligencia y eficacia en el área le harían la estrella del equipo. Pero los espacios, las tácticas, hasta el balón es diferente, más pesado; igual no podría irse tan fácilmente de su rival.

Un inútil y entretenido ejercicio literario.

«De Pelé puedo decir que jugó en una época en la que los futbolistas no se movían, y en cuanto a Messi, espero que lleve a Argentina a ganar el Mundial, pero no será fácil porque le conocen. En el último partido, el Milán le construyó una jaula. Para mí es un gran chico, pero sinceramente creo que yo he sido hasta ahora el mejor jugador de la historia».

Eso lo dice, efectivamente, Maradona.

* * *

Con Maradona a cargo de la albiceleste se produjo el final definitivo de un ciclo. Cuatro meses después de su primer partido en

el banquillo, Juan Román Riquelme, por aquel entonces líder exitoso de Boca Juniors, renunció a la selección argumentando que no tenía «los mismos códigos» ni «la misma forma de pensar» que el seleccionador. No podían seguir trabajando juntos.

Sin decirlo, Riquelme sugería que se habían hecho las cosas mal: se enteró por la radio de que no iba a ser convocado para un amistoso, descubrió por televisión que Maradona ponía en duda su titularidad por los «problemas físicos» que parecía tener en su club. «Así no me sirve», había dicho públicamente Diego. Quería «un Riquelme más adelantado en la cancha, porque el que juega más atrasado no me rinde».

El centrocampista de Boca se refería, además, a otra cosa: un grupo de futbolistas había recibido llamadas de allegados de Maradona para que crearan un clima difícil para el *Coco* Basile, que siempre había protegido a Riquelme. Si la conspiración que sospechaba el futbolista era cierta, había funcionado y ahora le estaba tocando a él.

Y así iba cambiando el liderazgo.

Con el Mundial a un año vista, Maradona dejó de criticar el juego de la Pulga y giró el equipo hacia él para sacar provecho de su talento. Diego, hombre de gestos públicos, le ofreció simbólicamente la camiseta con el diez a Leo en su primer partido oficial ante Venezuela, un encuentro clave para la clasificación y para dar crédito al nuevo régimen. Leo la quería, pero no la había pedido. Cuando la aceptó, ya sabía que Maradona había hablado con el capitán, Javier Mascherano, y con un veterano, Verón. Ambos le dieron el *OK*. «Un honor», respondió finalmente a la propuesta de Diego.

El pueblo soñaba con el funcionamiento de la pareja y las cosas

empezaron bien. «Verlo a Messi así todos los días es un placer. Tendríamos que salir todos de la cancha, pagar otra vez y volver a entrar», dijo Maradona tras un contundente 4-0 ante Venezuela que tuvo a Messi, a sus veintiún años, en el centro de operaciones: marcó el primer tanto, dio la asistencia del segundo y desequilibró en una delantera que incluyó a Carlos Tévez y Sergio Agüero.

El número diez que le había pesado tanto a Ariel Ortega, Marcelo Gallardo, Pablo Aimar, Andrés D'Alessandro o Juan Román Riquelme, tenía un nuevo dueño. «Me dio mucha alegría que Diego me diera la diez. Las dos camisetas que usé serán para mi mamá y mi hermano», explicó Messi al acabar el encuentro. La que acabó en manos de Matías forma parte del museo de Leo y otros deportistas de la ciudad que se está diseñando en Rosario.

«Muerto Román, viva Lionel», se escribió en *El Comercio*.

Pero que viviera y sobreviviera. «A Diego le preocupaba que le pegaran, es la gran inquietud que siempre tenés con estos pibes tan decisivos para el equipo —explica Signorini—. Porque, si vos no tenés una figura así de convocante, pero cuentas con seis o siete jugadores que más o menos jueguen, bueno, pegan a uno pero ponés a otro. Pero, uff, a vos te rompen a Leo y te quedás sin nada».

«En agosto de ese año, 2009, fuimos a Rusia a jugar un amistoso —recuerda Mascherano—. Y Leo se lesiona el día anterior. Y... es como que a Diego le hubiesen pegado un mazazo en la cabeza. Diego tenía un amor por Leo... Yo creo que más que un amor, había rejuvenecido treinta años, se veía encarnado en Leo. Y bueno, ese día estaba muerto. Diego se fue solo a la mitad de la cancha, los médicos con Leo, evaluándolo. ¡Y era un amistoso!». Maradona necesitaba a Leo.

Tras vencer en los primeros tres encuentros, incluido aquel en

Moscú por 2-3 en el que Leo finalmente no jugó, el equipo de Maradona fue humillado en La Paz en abril de 2009 por Bolivia, un 6-1 que se explicaba, en gran parte, por la altitud que hizo vomitar a Leo. Maradona había participado el año anterior en un partido disputado en la capital boliviana con el presidente Evo Morales, organizado para reclamar a la FIFA que pusiera fin al veto a los partidos jugados a más de 2750 metros de altitud. Así que dejó que fueran el preparador Fernando Signorini («es un dopaje exterior») y Leo («Personalmente, creo que es imposible jugar ahí, aunque hay otros jugadores que van y juegan. Igualmente eso no puede ser una excusa por la derrota») los que intentaran explicar las difíciles condiciones que se encontró el equipo.

La derrota atrajo las primeras invectivas duras al nuevo régimen: «Nunca antes su figura estuvo tan asociada a errores futboleros. Se equivocó groseramente en la planificación del partido», escribió Juan Pablo Varsky en Canchallena.com.

Pero nadie quería engañarse: Argentina no jugaba bien. «Lo de Maradona era un despelote total —cuenta Cristina Cubero, testigo habitual de los partidos de la selección argentina—. Maradona fue un gran futbolista, pero un pésimo técnico: no se trabajaban los planteamientos de los partidos, era la anarquía total. Los entrenamientos eran nefastos, partidillos sin correcciones, sin orden ni concierto. Un poco: “Tóquenla, tóquenla, ya han visto cómo la tocaba yo, ¿no? Pues hagan lo mismo”».

Messi no encontraba su mejor versión. Aceptada la responsabilidad de liderar al equipo, seguía buscando demasiado a menudo la solución individual, apareciendo en zonas que no le correspondían. En todo caso, Argentina seguía estando en los puestos que le garantizaban la presencia en Sudáfrica.

Se ganó a Colombia por la mínima y se perdió fuera contra Ecuador antes de enfrentarse a Brasil en Rosario, una petición de Messi que fue respetada. Quedaban cuatro partidos y la albiceleste debía vencer en, al menos, dos. Fue en cancha de Rosario Central y al estadio Gigante de Arroyito acudieron sus familiares, sus amigos.

Brasil venció cómodamente, 1-3, un resultado que lo clasificaba para el Mundial. Las críticas generalizadas al juego no conocían de ídolos ni de historia. Recibió Leo y también Maradona. «En el duelo de ‘cracks’, Kaká se dio el gusto y le ganó a Messi», tituló *Clarín*.

Olé no creía que la relación Tévez-Messi funcionara: «Tévez corre a todos los defensores y entonces choca con Messi. Por eso, Messi se encima con Verón. Y entonces, Mascherano no tiene espacio para distribuir». Juan Pablo Varsky reflexionó sobre aquellos que entendían que Messi era el culpable: «Ahora dicen que Messi es un problema. Todavía no puede jugar como en Barcelona... Allá juega simple. Acá está obligado a hacer la réplica del gol a Getafe cada vez que recibe la pelota. Allá disfruta. Acá sufre... Que quede claro: Leo no jugó bien el sábado... Obstinado en la acción individual y por el centro, terminó chocando contra la granítica defensa brasileña. Mientras el diez de la Argentina se jugó el prestigio en cada balón, el diez de Brasil lo hizo todo simple».

Una nueva derrota, ante Paraguay, dejó a Argentina un puesto por debajo de los que se clasificaban. *Olé* había advertido antes del encuentro que «Maradona se ha equivocado, por supuesto. Su aprendizaje en funciones no ha disimulado sus debilidades como seleccionador y técnico». Aparecían en cada encuentro los mismos errores (tácticas erróneas, demasiados jugadores convocados, sustituciones a destiempo, ausencias inexplicables), pero los diarios deportivos también exigían una respuesta de los futbolistas: «Son

ellos, los jugadores, los que tienen que salvar a Diego».

Messi no tenía claro cuál era su papel.

«Ha jugado de todo, y no ha jugado nada. No tiene “compinches”. Con Tévez no se pasan una pelota», se leía en Mdzol.com.

El ex seleccionador César Luis Menotti era más comprensivo: «No es un estratega, es un definidor de la estrategia. En Argentina, en cambio, todo es confusión y él se queda atrapado en ella. Messi en el Barcelona juega, y en la selección, corre».

Maradona le había pedido que jugara como quisiera, pero no creó las condiciones necesarias para que su juego brillara. Leo no se veía capaz de ayudar y se sentía responsable de lo que ocurría.

El titular del *Clarín* tras la derrota ante Paraguay resumía el sentir de la mayoría: «Peor no se puede jugar, Argentina». El ciclo de Maradona era el más negativo de los últimos veinticinco años: dos victorias y cuatro derrotas. Únicamente cabía una salida a la crisis: debían vencer a Perú y Uruguay en los dos últimos partidos de las eliminatorias.

Martín Palermo marcó en el último minuto ante Perú, en fuera de juego, bajo la lluvia, cuando ya parecía que Argentina quedaba fuera del Mundial 2010. Maradona se tiró de tripa al suelo y se deslizó por el césped desde el banco de suplentes.

Sobre el terreno de juego del estadio Centenario de Montevideo, y tras vencer también a Uruguay, con el pase al Mundial asegurado, el Pelusa caminó en tensión gritando bajo la lluvia «que la chupen y sigan chupando», dirigido a la prensa, mientras se abrazaba con el secretario técnico Carlos Bilardo.

El seleccionador hacía de su supervivencia un asunto de Estado. El nivel de Messi era preocupante y continuaba siendo cuestionado

por su hinchada, que incluso no le perdonó que no celebrara el tanto de Mario Bolatti ante Uruguay como debía, sin que nadie haya acertado a explicar de un modo definitivo cómo se celebra bien.

Pero había algo más que le dolía, y también a su familia, hasta el punto de que empezaba a perder las ganas de defender la camiseta de su país: los ataques personales. La revista *on-line Minutouno.com* escribió un artículo en octubre de 2009 que exploraba las razones de sus pobres actuaciones. Sus conclusiones eran, por decirlo de algún modo, extraordinarias.

«Es posible que la respuesta se encuentre analizando las cuestiones psicológicas y los conflictos emocionales que pasan por la cabeza del jugador. [...] Por haber abandonado la Argentina siendo muy joven, la psicología plantea un posible desarraigo y resentimiento hacia su país de origen. “En vez de enojarse con los padres por el desarraigo, trasladan el enojo al país de origen”, explicó la psicoanalista Cristina Carrillo, docente del Centro Dos. [...] “Todo chico que no se desarrolla en su país, es difícil que vuelva a conectarse de una manera amigable con él.” [...] “Es factible, posible, que a través de una mala adaptación o un resentimiento no resuelto sea muy difícil defender la camiseta de un país”, aseguró la licenciada Montes, quien supone que el problema de Messi “tiene que ver con algo no resuelto de su infancia, algo que no ha sido tramitado”».

Y se quedaron tan panchos.

Leo sabía lo que se escribía y decía sobre él, conocía esas dudas. Y le dejaban muy mal cuerpo. No sólo se sentía argentino, sino muy argentino. Leo describe su casa de Castelldefels como una residencia «normal». Es en Rosario donde tiene todos sus objetos de valor sentimental, en su casa, en la de su madre o la de su hermano.

Ahí está la raíz. Sin embargo, en su ciudad apenas hay rastro de él. Fue en 2013 cuando el ente de turismo local publicó un primer folleto con una «ruta Messi». Se está preparando un museo deportivo.

Messi insiste en que se retirará en Newell's: «No sé cuánto tiempo puede pasar, pero es lo que quiero. Deseo jugar en el fútbol argentino por todo lo que eso significa». Hay sinceridad en sus palabras, pero a menudo suenan como un llamamiento a la aceptación.

Pero, como dice Eduardo Sacheri en *El Gráfico*, «no es culpa de Messi que los argentinos seamos incapaces de cerrar nuestro duelo con Diego».

Leo ya casi no sentía el placer de defender la camiseta de su país, sino sólo el sacrificio, castigado por un análisis de los resultados más que del juego. Y en el entorno de los Messi no se soportaba fácilmente aquella situación. ¿Por qué tanta crítica, tanta impaciencia? ¿Era el reto a la leyenda del Maradona futbolista? Leo no estaba al nivel del Barcelona, pero tampoco el resto del equipo. Tenía veintidós años, mejoraría seguro, pero no sentía el cariño de la gente. Tras cada convocatoria de la selección, Jorge y Celia veían a un Leo taciturno durante días. Apenas hablaba, las conversaciones por Internet con su madre eran monosilábicas, Jorge no conseguía sacarlo de su melancolía. Y a veces caminaba como un viejo, con los hombros caídos. «Si nos siguen tocando las pelotas, no volvemos», se llegó a decir. A nadie le gusta ver sufrir a su hijo.

Maradona era muy consciente de la situación y utilizaba las ruedas de prensa para defender a Leo. Pero faltaba dar un paso más. Antes de acudir al Mundial, Diego debía verse a solas con él, hacerle sentir su respaldo y cariño. Al Pelusa le gustaba decir, con

el ingenio que lo caracteriza, que hablar con Messi por teléfono «es más difícil que hablar con Obama», que luego cambiaría por «más difícil que hablar con Cristina [Fernández de Kirchner]». Así que, finalmente, decidió viajar a Barcelona.

Lo hizo a finales de marzo de 2010, a pocos meses del inicio del Mundial.

Se acercó al entrenamiento del Barcelona a saludar a Pep Guardiola y a continuación se reunió a solas con Messi en el Hotel Majestic. Leo escuchaba a Diego y éste, preocupado por el juego del equipo, sacó una hoja y le pidió que dibujara un sistema con el que se sintiera más cómodo. Leo, atónito, no se animó en un principio, pero Maradona le insistió.

Messi, quien gusta de equipos ofensivos, creía saber lo que le ocurría a la selección. Con la abundancia de talento en los puestos de arriba, era cuestión de mezclarlo para equilibrar el juego. Y él podía situarse en una posición en la que interviniera en la creación, pero a la vez pudiera golear.

Leo le propuso que pusiera un delantero más delante de él y acabar con el claro 4-4-2 que se utilizaba más a menudo, con dos volantes externos (Di María y Jonás Gutiérrez), dos internos (Mascherano y Verón) y dos atacantes (Messi e Higuaín).

Messi sugería un sistema de 4-3-1-2 o de 3-4-1-2. Un atacante más, pero suficiente gente para defender. Un jugador de carrera larga, como Jonás o Di María, podría ser uno de los volantes, de arriba abajo para cubrir y atacar por esa banda. Carlos Tévez y Gonzalo Higuaín, los delanteros. Leo se mezclaría con los dos de arriba y los tres o cuatro que le protegían y montaban los ataques. Tendría siempre la pelota cerca.

Diego estuvo de acuerdo.

«Hablamos dos horas en un hotel de Barcelona —escribe Maradona en el prólogo de *El distinto*—. Ahí le expliqué que mi carrera ya estaba hecha, que él tenía que hacer la suya y que al final veríamos quién era el mejor de todos los tiempos. No sé si le aconsejé, pero le conté lo que me había pasado cuando empecé. Que cada domingo le iba a salir una competición distinta. Y él tenía que superarse, como hizo».

De repente, Leo se sintió optimista acerca del Mundial. Creía que Diego y él habían encontrado puntos en común.

Al final de la temporada 2009-2010, el equipo celebró el título de Liga en el Camp Nou. Como dicta la tradición, los jugadores se pasaron el micrófono para compartir con la afición el momento. Leo estaba un poco achispado y tuvo un arrebató que sorprendió a muchos. Había empezado su breve discurso con un «*Bona ni*», en catalán, mientras la hinchada coreaba su nombre. «No voy a decir nada raro este año. Simplemente, gracias a todos. *Visca el Barça, visca Catalunya*, y ¡aguante Argentina, la concha de tu madre!».

El eterno grito de guerra de la albiceleste.

El Mundial estaba a un mes vista.

Así analizaba el rotativo español *El País* a la selección argentina que llegaba a Sudáfrica, desde el otro lado del charco, con la mirada limpia que da la distancia.

Maradona espera a Messi

El técnico se encomienda al delantero para que lidere a la albiceleste igual que al Barça. Hasta la fecha, ‘La Pulga’ se ha

sentido un extraño con su selección ¿Será la Argentina de Maradona? ¿Será la Argentina de Messi? ¿O quizás la magia del Mundial haga reconciliarse y triunfar juntos al dios argentino y al mejor jugador del mundo? [...]

[...] Guardiola ha liberado a Leo de todas las cadenas y el pequeño delantero se ha desatado, 47 goles en toda la temporada, de Balón de Oro a Bota de Oro, la cuadratura del círculo. Maradona dice ahora que copiará el modelo azulgrana en busca de la tecla que solucione todos los dolores de cabeza de la selección. Hasta ahora Argentina ha jugado sin patrón ni estilo, encomendada al balón parado de Verón y un ritmo paquidérmico. La nómina de delanteros da miedo, puesto que junto a Messi aparecen Agüero, Higuaín, Tévez, Diego Milito y hasta Palermo —un premio por su milagroso gol a Perú—, cuando se han caído dos finalistas de la Champions, Cambiasso y Zanetti, y el madridista Gago. Tampoco está Riquelme, corazón del equipo hasta que se enzarzó en una pelea sin solución con *El Pelusa*.

El afán de protagonismo de Maradona, que pide la palabra y los focos como si todavía estuviera pidiendo la pelota, amenaza con comerse a Messi [...] A un lado de la raya Maradona, al otro Messi. Está por ver si alguno de ellos la cruza para fotografiar un abrazo victorioso. En el fondo parece como si Maradona no quisiera que Messi le sustituya en el altar de la hinchada, como si los egos todavía se impusieran a la pelota. Argentina espera que el pasado y el presente triunfen juntos en Sudáfrica.

* * *

Llegó la hora del debut ante Nigeria en un grupo que incluía a Corea del Sur y Grecia. En la rueda de prensa previa, Maradona había dicho: «Argentina sigue siendo un Rolls-Royce, pero ahora manejado por Messi».

El equipo jugó con Leo por detrás de Tévez e Higuaín, éste algo abierto en banda. Con Verón, Mascherano y Di María protegiendo a los cuatro de atrás y creando. Jonás Gutiérrez, un interior ofensivo, empezó de lateral derecho.

En el debut, el mejor jugador del mundo hizo justamente de eso; Leo es, sin duda, el faro de los suyos, el mejor del partido con permiso del guardameta nigeriano Vincent Enyeama, que detuvo todo menos el tanto de Gabriel Heinze a los seis minutos. A la Pulga se le vio enganchando, rematando, centrando. Desbordó, apretó a Nigeria y llegó a chutar ocho veces. Ofreció más pases de gol que ningún otro jugador, pero los dos delanteros no estuvieron acertados.

Las sustituciones de Maradona crearon confusión, se sufrió al final, el equipo se partió en varias fases y defensivamente todavía no parecía un equipo sólido. Pero todo quedó cubierto por el resultado, y el abrazo y apretón de Maradona a Leo al final: Diego le alzó en sus brazos. También le dio dos besos.

En el posterior encuentro con la prensa, Leo se mostró feliz: «Fue un buen partido. Tuve mucha libertad de movimiento y estaba muy bien rodeado por los compañeros. Ahí tengo más contacto con la pelota. Me tiro un poquito más atrás de lo que era habitual en mí y eso me gusta, porque también tengo luego la posibilidad de llegar al gol». Maradona celebró la felicidad de Messi: «Con la pelota Lio se divierte y, mientras él se divierte, nos divertimos todos».

Ante Corea del Sur, Maradona dio un paso más para aprovechar el estupendo estado de forma de su estrella. Javier Mascherano se

iba a encargarse de tapar agujeros y Leo se iba a situar por delante de él. Cuatro futbolistas esperarían su inspiración: Maxi, Tévez, Di María e Higuaín, que marcó un *hat-trick*. Leo participó en los cuatro goles del rotundo 4-1, aunque Diego le había alejado del área, una decisión que iba a tener consecuencias en el devenir del Mundial.

Argentina estaba en octavos de final del torneo. Un par de partidos no daban para enterrar las hachas, pero sí para desarmar a muchos. Cuando le preguntaron a la Pulga por lo que había pasado, no se escondió: «En la selección no era yo mismo, no era el que era en el Barcelona y lo notaba. Pero siempre tuve el respaldo de Diego y todo eso lo cambié gracias a la confianza de mis compañeros».

Ese respaldo de su seleccionador, lógico en lo deportivo, requiere una aclaración. Julio Grondona, que siempre confió en Messi, le recordó a menudo a Maradona que debía conseguir con Leo lo que Bilardo hizo con él en el Mundial'86: que se sintiera el número uno, darle la cinta de capitán. Por supuesto, el Pelusa veía a su nuevo diez como un gran futbolista, aunque nunca se atrevió a decir de un modo inequívoco que iba para único, insuperable en la historia. Ese rol ya estaba en uso. Quizá sí para mejor del mundo. Del momento.

Por la razón que fuera, hubo un tiempo, antes de los Juegos de 2008 por ejemplo, en el que Maradona prefería destacar los defectos de Messi, sus limitaciones como líder o su abuso de la conducción. En medio de algunas zurras verbales, Maradona acudió como espectador al torneo de fútbol de Pekín y visitó a su yerno, Sergio Agüero, que compartía habitación con Leo. Messi nunca estaba por ahí cuando llegaba Diego.

Para Maradona los gestos públicos son, a menudo, mensajes a la galería. En enero de 2009, en sus primeros meses a cargo de la

selección, fue al Calderón a un Atlético de Madrid-Barcelona en el que Messi hizo de todo. Diego, en el palco, no se puso de pie para aplaudir un golazo de Leo, un recorte seco al guardameta que empezó de espaldas a la portería y que finalizó con la derecha. Viajó a continuación a Portugal a ver a Ángel di María con el Benfica. También marcó el extremo, un tanto de belleza inferior al de Leo, y la prensa argentina apuntó la reacción del Pelusa: fue fotografiado levantándose para aplaudir con entusiasmo.

Pero lo que Diego no veía desde fuera poco a poco fue admirándolo desde dentro. Empezó a descubrir que Leo era un jugador ambicioso, con conocimientos futbolísticos y ansioso por conseguir una selección que se aprovechara de lo que él proponía. Pero que no necesitaba ser bocón. Diego, recordando las palabras de Grondona, quiso premiar todo ello.

Juan Sebastián Verón, con quien compartía habitación y al que no dejaba dormir porque roncaba, cuenta: «Sólo le vi nervioso una vez. Fue el día antes del partido con Grecia, cuando Maradona le ofreció el brazalete de capitán. Pero no era la responsabilidad del liderazgo lo que lo incomodaba; lo que lo desvelaba era que tenía que dar un discurso ante sus compañeros». Lo de los ronquidos tenía, según Verón, solución: «Algún almohadazo y ya». Lo otro era más complicado.

El día siguiente amaneció frío. Cuando el once se juntó en un círculo para escuchar a su nuevo capitán, a Leo no le salían las palabras. Juan Sebastián gritó un par de cosas y el equipo saltó al campo. Argentina —que presentó un centro del campo con Bolatti, Verón y Messi— no tuvo que pasar a la quinta marcha para vencer a una Grecia que buscó la pelea física. Un fácil 2-0 y a octavos como campeona de grupo. Sin deslumbrar pero con efectividad, la

albiceleste se iba a encontrar con México, tres días después de que Leo cumpliera los veintitrés años. Toda la escuadra celebró su aniversario, aunque, ante el enfado de Carlos Tévez, nadie había recordado el de Javier Pastore cuatro días antes.

Tras el pase a la siguiente fase, llegó el momento de relajarse; y ese trabajo correspondía al preparador físico y *destensador* oficial, Fernando Signorini. Decidió repartir libros. «Algunos los leían, porque obviamente son más lectores. Mascherano andaba, por ejemplo, con *¿Por qué no soy cristiano?*, de Bertrand Russell. Y el Gringo Heinze se había agarrado *La sociedad de la nieve*, la historia de los chicos uruguayos que tuvieron el accidente de avión en los Andes. A Carlitos Tévez le regalé *Las fuerzas morales*, de José Ingenieros, todavía andaba en Ezeiza con el libro bajo el brazo». ¿Y Leo? «Estaba con Verón en la habitación, así que seguramente habrán compartido algo, o no». Messi sólo abrió un libro en su vida, la biografía de Maradona, que empezó pero no acabó. En su día, con doce años, dijo haber leído la Biblia.

Lo que sí descubrió Signorini era que Lionel estaba enchufado, enfocado, pese al ruido a su alrededor. «Tengo la costumbre de hacer lo siguiente: voy por la cancha y veo a un jugador que viene con la pelota, tranquilo, caminando, y ¡tac!, se la quito, o hago como que se la quito, y le digo: “En la cancha hay que estar atento”. Un día había terminado el entrenamiento y Leo venía con la pelota. Camino frente a él, para enfrenarlo así, a treinta centímetros, más o menos. Él venía por acá, yo por acá. Él mirando qué sé yo adónde. Y cuando voy llegando, hago así, ¡tac! ¡Y Leo me saca la pelota para un costado! No le dije nada, ¡me había jodido! Pero es que, claro, le quería sacar el balón. Y eso no».

Llegaron los octavos de final contra México.

Maradona había partido al equipo en dos con Mascherano de único pivote. Hasta ese momento el asunto funcionó, pero el nuevo rival iba a suponer un reto mayor. Empezaron a hacerse obvias las dificultades del centro del campo para crear, siempre en inferioridad. Leo, de nuevo en esa posición extraña de mediocentro frente a Mascherano, hizo lo que se suele hacer en estos casos: demasiado. Alejado del área, se encargó de todo, bajó en exceso a buscar el balón y eso le perjudicó en lo físico y lo táctico.

El seleccionador mexicano Javier Aguirre consiguió taponarlo y el equipo se fue quedado seco, sin ideas. Leo buscó en jugadas individuales el gol que no le había llegado todavía, pero tampoco salió. La victoria argentina por 3-1 tuvo mucho que ver con un error del árbitro Roberto Rosetti, que no vio el clarísimo fuera de juego de Tévez en el primer tanto, y con un error defensivo mexicano en el segundo.

Verón saltó al campo en el minuto 69, ya con 3-0 en el marcador. Había caído del equipo mientras el Pelusa acomodaba a Leo en el nuevo concepto de juego: la idea de tener dos delanteros por delante de la que se habló en Barcelona se había convertido en cuatro arriba. En lugar de aprovechar la velocidad de Leo en el último tercio, Diego le quiso convertir en un pequeño Maradona. Antes de tiempo.

Y en esa ecuación sobraba Verón.

Esa noche, Verón y Leo charlaron. Y fue la Pulga quien tuvo que oír de su amigo que se sentía apartado del centro de máquinas sin razón aparente.

Prácticamente ninguno de los jugadores salió del partido ante México convencido de las bondades del sistema. Contra Alemania, se dijo en el vestuario, habrá que mejorar.

Habla Signorini: «Recuerdo que, en la entrada en calor para el partido de cuartos de final contra Alemania, me acerqué a Leo y le tomé la carita con las dos manos. Le dije: “Leito, tranquilo, estás recorriendo el camino para ser el mejor de todas las épocas. Hoy lo único que se te pide es dar lo máximo que puedas y nada más, porque sos requetejoven y vas a tener otro Mundial, así que vos no tengas problemas. Y, como siempre, los de afuera, son de palo. Fijate en ese grupo de siete u ocho personas que son los que no te van a fallar nunca, jugá para ellos y jugá, sobre todo, para divertirte. Sé feliz, porque si vos no sos feliz, si vos no te divertís, no podés divertir a nadie y quiere decir que estás jugando mal”. Él tenía veintitrés años recién cumplidos. Hablábamos con Diego que, cuando nuestro equipo fuera ganando, le sería muy difícil a cualquiera darle la vuelta al resultado. El problema era si empezábamos perdiendo, porque había muchísimos chicos con grandes condiciones, pero a los que les faltaba la experiencia. Teníamos a Di María con veintiún años, Agüero también con veintiún, Higuaín con veintidós, lo mismo que Javier Pastore, Nicolás Otamendi...».

Fue un desastre. Argentina, ridiculizada.

Cuatro años después, la historia se repetía con el mismo rival. Alemania contaba con una nueva generación (Müller, Özil, Khedira) que habían pillado la rueda de los Lahm, Podolski, Schweinsteiger y Klose. En la ronda anterior, dejaron atrás a Inglaterra con un rotundo 4-1 y en cuartos de final demolió a la albiceleste con un juego eléctrico.

Un gol de Thomas Müller en los intercambios iniciales puso a

Argentina en la situación que Diego temía. ¿Dónde estaba Leo?

Messi, que volvió a jugar con cuatro referencias delante suyo y Mascherano protegiéndolo, apenas tocó un balón en el primer cuarto de hora. Como se le pidió, volvió a ir al círculo central a recibir y de paso acabar la jugada. Se perdió en el regate y la confusión, y los alemanes ni siquiera se vieron obligados a realizar faltas para pararlo. Perdió doce balones, no recuperó ninguno. Como es inteligente, encontró o creó espacios, pero sus compañeros no lo veían.

Y los goles fueron cayendo en la portería que defendía Sergio Romero.

El rodillo alemán fue imparable en la segunda mitad. Miroslav Klose y Arne Friedrich, tras una gran jugada de Schweinsteiger, dejaron el partido imposible para los de Maradona, que no supo responder a los retos del encuentro. Envió a Leo a las posiciones de ataque muy al final. Para ver qué tal. Faltaba criterio.

Minuto 89. Klose culminó un contraataque y marcó el 4-0 final. Messi, hundido, con la mirada perdida, se cruzó en el camino del goleador; le volvía a tocar estar en el bando derrotado. En el primer gran partido del Mundial, Argentina cayó como el castillo de naipes que era.

El Messi de los 47 goles con el Barcelona se quedó sin marcar en sus cinco encuentros. Pese a haber sido el que más remató: treinta veces, dos al palo. En aquel Mundial de España, de Iniesta, fracasaron otros jugadores franquicia: Wayne Rooney, Franck Ribéry, Cristiano Ronaldo, Kaká.

Nadie pudo consolar a Leo. Por dentro empezó a hervirle la rabia, la decepción, el dolor del final. Maradona, sobre el césped, lo besó, lo abrazó. Leo miraba al infinito.

Segundos después, Fernando Signorini lo vio derrumbarse entre los muros del vestuario: «Se murió. Murió. No lloraba; gritaba, desesperado. Él gritaba, sí, sí, sí. Se le escapaba como..., era una cosa que no podía evitar, le salía de adentro..., yo lo agarré, varias veces, pero no había manera. Estaba así, mirá, los bancos pegados a la pared, separados entre ellos, y él sentado en ese hueco, en el suelo, con las dos piernas juntas encogidas, no en posición fetal, algo más estiradas, y gritando como..., casi con convulsiones. Había una atmósfera... Y yo les decía: “Nooo, ya está, ya terminó... Ahora vayan, encuéntrense con su familia, con sus hijos, está todo bien, está todo bárbaro, ustedes dieron todo, listo, no se queden en esta angustia”».

Pero sí, Leo había muerto. Cada derrota es para él una pequeña muerte.

Maradona, emocionado, contó en la rueda de prensa que Leo estaba en el vestuario llorando desconsoladamente.

«Mal, se puso mal —recuerda Bilardo—. Yo lo vi llorar. Lloraba, llora porque lo siente. Dicen que este pibe, con todo lo que tiene, con la fama que tiene, no lo siente. Pero eso no es así. Maradona, que tenía todo lo que tenía, siempre quería ganar. Leo igual».

Aquel Mundial empezó con el grito de Maradona en Montevideo («¡Que la chupen!»). A Sudáfrica se trasladó un seleccionador con gesto más severo, vestido con traje gris, con barba cuidada. Finalmente acabó hundido y desafiante, con la duda sobre su futuro. Diego dejó la albiceleste ese verano. El eterno diez hubiera intentado que la victoria final fuera suya, pero dejó que la derrota tuviera más padres.

Con Maradona, Leo tuvo sus peores registros ofensivos, tres

goles en dieciséis partidos. No le había sacado casi nada a Messi, expuso sus carencias como técnico en el mayor de los escenarios. Sin embargo, este nuevo fracaso de la selección se interpretó con un generalizado «bueno, che, y... Messi, ¿no era tan bueno?».

El análisis era insultante por oportunista. Leo, se decía, tenía que haber elevado un equipo sin rumbo a la categoría de campeón del mundo. Pero no fue capaz de hacer lo que sí hizo Diego. Muchos en Argentina se preguntaron si efectivamente Maradona deseaba un gran Mundial de Messi. Menuda boludez. Decir eso es ignorar el material del que están hechos estos deportistas únicos.

Pero es cierto que, pudiendo haber estudiado el modo en que Leo era tratado por Guardiola o incluso por el Coco Basile o Pancho Ferraro, cómo trabajaba con ellos, el Pelusa prefirió que Leo triunfara «a la Maradona», intentó convertirlo en un «todocampista», algo que Messi no era, y olvidando la conversación que tuvieron en Barcelona, donde se diseñó el equipo para el Mundial. Una oportunidad histórica desaprovechada.

«La Argentina terminó siendo un equipito de fútbol de potrero ante los germanos —se lee en *Goal.com*—. La altivez de Maradona y el no reconocer sus propios errores llevaron a la Argentina a una debacle total». *Clarín* insistió en la misma idea: «Diego Maradona hizo un curso acelerado, y lo reprobó. Nunca encontró el equipo. Toda la responsabilidad recayó sobre Messi, y Messi no es Maradona... Messi, el goleador de Europa, no pisó el área en el Mundial de Sudáfrica. [...] Los jugadores descubren que Papá Noel no existe. Porque Maradona pasó de ser esa figura divina a un mortal más, de carne y hueso».

Leo, en un análisis realizado para *El País*, nos despide del Mundial de Alemania: «[Aquello fue] algo feo que quedó por cómo

se dieron las cosas, porque el objetivo era llegar más lejos y teníamos equipo como para poder hacerlo. Llegamos de una manera mala al Mundial después de la clasificación justa, pero en el Mundial creo que habíamos hecho las cosas bien hasta el partido de Alemania. Aquél fue un partido aparte. Fueron justos vencedores por cómo se dio el partido, nos hicieron un gol muy rápido y después dominaron todo el partido: la verdad que fue una decepción no poder haber llegado más lejos».

* * *

Los dos Mundiales, incluso la Copa América de 2007, vieron a un Leo irregular. Hubiera sido peor sin él, pero claramente no se había conseguido construir un equipo que permitiera aprovecharse del futbolista de más talento de su generación. Messi propuso un debate futbolístico incluso antes de saberse que Maradona no continuaba. «Tenemos que empezar otra vez de cero», dijo. Ese podría haber sido un análisis ponderado de la situación, pero lo que ocurrió es que el Mundial de Sudáfrica continuó alejando a la hinchada argentina de Lionel. Y ya nadie se iba a callar nada: la cascada de acusaciones fue universal y regular.

No se había rebelado ante la derrota contra Alemania. Si cobrara en euros jugaría mejor. No celebraba los goles con suficiente pasión. Arrogante. Pecho frío. Protegido de Grondona. Incluso autista.

Se podía escribir tranquilamente contra Messi, se puso de moda. El problema es que se mezclaba lo futbolístico con lo personal. El premiado escritor Martín Caparrós lanzó una diatriba contra Leo en

octubre de 2011 que fue muy leída. «Él intenta serlo [argentino], tres mil millones afirman que lo es; sólo sus supuestos compatriotas lo dudamos. Sigue sin despertarnos cariño, cercanía: Messi es un tipo de por allá lejos que hace piruetas increíbles con una pelota y que, por suerte, en los Mundiales nos toca a nosotros. Lo cual, por supuesto, nos da orgullo —los argentinos tenemos el orgullo fácil, casi tan fácil como la queja plañidera— pero un poco impostado: como si temiéramos que, en cualquier momento, se descubriese la engañifa».

Sin el apoyo mediático que tuvo Riquelme (que llegó a ayudar a periodistas a alcanzar puestos importantes en la televisión) o Maradona, Leo era cada vez más extranjero en su tierra. Es una envidia muy propia de los argentinos, se dice. Messi se fue y triunfó; en la crisis, se marchó y no se quedó para soportarlo todo como ellos. «No debe ser sólo de aquí, pero aquí también pasa», explica el sociólogo Sergio Levinsky. «Se siente abandonado, porque cree que el que se fue dejó su lugar. Desde hace tiempo hay una tradición de no convocar a los jugadores de Europa a la selección en los Mundiales. Argentina fue al de Suecia en 1958, donde fracasó rotundamente, y no estaban ni Alfredo di Stéfano ni Enrique Omar Sívori. Eran los mejores jugadores del mundo pero, como estaban en Europa, no eran necesarios». Maradona, estando en Europa, tuvo una época en la que no lo convocaban porque Bilardo quería montar un equipo con jugadores que se desempeñaban en el fútbol argentino.

A Leo, oír todo aquello, le mataba. No entendía los motivos. Los profesionales, Diego también, le defendían: «Creo que tuvo que ver mucho la prensa en meterle a la gente en la cabeza que Lio esto, Lio lo otro, y como Lio recién empieza, ¡porque fíjate que tiene veinticuatro o veinticinco años! ¡Yo a los veintiséis gané el Mundial!

Está en la edad justa como para ser completo y demostrarle al público argentino que estaba totalmente equivocado».

Pero, cansado de ser incomprendido, se hartó y decidió que se iba a aceptar a Messi como era o no se le aceptaba. «La sociedad no lo comprendió porque no canta el himno —dice el Profe Salorio—. Porque es un tipo que no demuestra».

«Yo le diría a Leo, ¿qué tiene que ver el himno con un partido de fútbol? —se pregunta Signorini con una dosis de realismo—. ¿Qué tiene que ver el himno con nada? Porque, cuando uno piensa en cualquier himno, en Argentina, el himno te remite a las batallas épicas. Siempre piensa uno en esa porquería de la guerra».

«Acá nos gusta el pan y circo, y así estamos, así nos va —continúa Salorio—. La gente seria no triunfa en nuestro país, hay que ser un poquito monigote. Por eso la seriedad de Bielsa en Bilbao cayó tan bien. No puede existir un argentino que sea tan serio. José Pékerman mismo, Pancho Ferraro, Hugo Tocalli...».

* * *

«Siempre lo he dicho, Argentina lo ha maltratado injustamente. Nosotros somos muy de eso, ¿no? De que, cuando las cosas no salen... Siempre lo decíamos: no es Leo el que nos tiene que salvar, nosotros debemos ayudarlo a él para que pueda, realmente, hacer todo lo que está acostumbrado a hacer».

(JAVIER MASCHERANO)

«¿Di Stéfano, Garrincha, Pelé, Cruyff o Maradona, Platini o

Zidane, necesitaron tantos mimos para jugar? ¿No jugaban igual de bien en sus equipos y en la selección, viajes y técnicos y compañeros de por medio? ¿Alguna vez requirieron que los entrenadores les armaran los equipos para que ellos se lucieran? ¿O ser capitanes? ¿O llevar el diez en la espalda? ¿O que su familia saliera a defenderlos? ¿A alguien, alguna vez en alguna selección, le dieron cinco años y cincuenta partidos de gabela? ¿Es él, en algo, responsable de lo que ocurre con la selección o, como dicen sus defensores, el mundo es el culpable, el entorno? Silencio».

(FERNANDO ARAÚJO VÉLEZ, periodista de *El Magazín*)

En un repaso por los cincuenta primeros partidos de Leo con la selección absoluta, aparecen goles trascendentes, otros bellos, pero todavía no una tarde de gloria en la última fase de un torneo.

Sergio Batista reemplazó a Maradona y quiso revertir la historia, y para ello decidió repetir el sistema que Guardiola utilizaba en el Barcelona dando libertad a Leo. Pero no eran Xavi o Iniesta quienes lo asistían, ni se construía desde atrás con la eficiencia de Puyol y Piqué. El nuevo seleccionador estaba construyendo la casa por el tejado, imponiendo la formación antes de crear las condiciones que aprovecharan el talento a su disposición, pero las concentraciones de las selecciones dan para muy poco más.

También repitió lo que Pep hizo con Ronaldinho y Deco: Batista se enfrentó a Tévez, que desapareció de las llamadas. Las teorías son múltiples: el Apache fue uno de los pocos que le dijo a Maradona, enfrentado a Batista, que estaba con él tras el fracaso de Alemania. En un amistoso posterior contra Brasil en Doha, Tévez no

viajó por una supuesta lesión muscular, pero jugó con el Manchester City días después. «Eso es falta de lealtad», fue el mensaje procedente del entorno de Batista.

Añadamos otra razón, más futbolística: Batista anunció que iba a montar un equipo alrededor de Messi. Ninguna mujer viste Opium, de Yves Saint Laurent, y Chanel n.º 5 al mismo tiempo. Había que escoger el estilo. Tévez ofrecía lucha, garra, pero también la preferencia de cubrir en solitario el frente de ataque.

El seleccionador viajó a Inglaterra para verse con algunos de sus futbolistas y ni siquiera llamó al Apache. La decisión sobre su futuro parecía estar clara, pero había un problema. El año 2011 era el de la Copa América en Argentina, y Tévez —de origen humilde y bautizado por Maradona como «el jugador del pueblo», una descripción que cuajó— tenía mejor marketing que Leo, con anuncios televisivos y fotos por todo el país. La presión de las empresas que patrocinaban la selección fue enorme. Unos días antes del inicio del torneo, Batista telefoneó a Tévez. Fue finalmente convocado.

Como ocurre siempre, alrededor de los líderes se fueron creando camaraderías. La cuadrilla de Leo contaba con Pablo Zabaleta, Mascherano y los dos Militos. Se los conocía ya desde Sudáfrica como «los Ferran Adrià», un nombre que sería abandonado al convertirse este grupo en el principal del equipo.

Para aquel torneo, Checho Batista configuró un 4-3-3 a lo F.C. Barcelona, con Esteban Cambiasso, Javier Mascherano y Éver Banega, tres mediocentros, aunque dos de ellos debían aplicarse como volantes. Arriba, Ezequiel Lavezzi se sumó al dúo Tévez-Messi.

Las dificultades fueron obvias desde el primer minuto ante

Bolivia. Leo y Carlos hacían las mismas carreras, utilizaban espacios similares, no encajaban. Y a medida que el partido avanzaba y continuaba el empate, los dos retrasaban su posición para ayudar en la creación. Ocurrió lo mismo en el siguiente partido, ante Colombia. Dos empates para empezar. Y el público se hizo oír: preferían a Tévez. Los cánticos y los insultos se dirigieron hacia Leo, que dejaba los partidos con la mirada perdida. Y también los pitos, los primeros que, cinco años después de su debut, oía en su carrera con la albiceleste.

La actitud de la Federación hacia la hinchada no ayudó a crear una mentalidad colectiva: la gente esperaba otro contacto con los jugadores y ni siquiera salían a saludar en los hoteles. Eso generó mucha bronca y una sensación de insensibilidad hacia el pueblo. Llovía sobre mojado: venía pasando en cada partido que la selección jugaba en el exterior.

La prensa no se anduvo con chiquitas. «Argentina sólo enamora a primera vista, cuando aterriza en el aeropuerto de turno o en el momento en el que se entona el himno», en *Clarín*. «Los once chiflados. Éste no es Messi», en *Olé*.

Jorge Messi habló en Radio 10. «[Leo] lo está pasando muy mal. Es la primera vez que lo silban; es algo que no se esperaba. Esto es muy duro... La gente es libre de opinar lo que quiera. Lo que más molesta es lo que dice la prensa, que crean situaciones que nadie espera. Le echan nafta al fuego. La prensa argentina puede criticar, porque es lógico y Argentina está jugando mal, pero debería cuidar un poco más a su equipo».

La prensa argentina creaba opinión, pero Jorge veía algo más que un inocente debate futbolístico: «No entiendo por qué la envidia. Más allá de esto hay personas que son formadores de opiniones y

hablan sobre la parte personal de uno. Eso duele y molesta. Él lo vive mal porque, cuando llegó al país hace unos días, la gente lo arengaba».

Leo tenía que responder a su manera, sobre el campo. La victoria ante Costa Rica se hacía imprescindible. Se jugó en Córdoba y la hinchada se dejó de boludeces: se volcaron del todo con el equipo y Leo sintió su aprecio. A cambio del cariño, Leo regaló un partido espectacular. Le fue bien verse acompañado del *Kun* Agüero, Di María e Higuaín, que esperaban su pase, o de Fernando Gago, que se sentía a gusto manejando el tempo del encuentro a la espera del momento en que Leo pudiera desequilibrar. Tévez se quedó en el banquillo. Messi asistió para uno de los dos tantos del *Kun* y dio el pase de gol para el de Di María. 3-0 fue el resultado final.

«A Leo había que mimarlo, cuidarlo. Así lo entendió la gente que copó el Mario Kempes para corear su apellido. Antes del partido. Durante. E inmediatamente después de cada intervención (genial o ni tanto) del mejor del mundo», en *Olé*.

«Messi fue la figura descomunal... Enloqueció a los costarricenses, que nunca pudieron pararlo, pero también volvió locos de la vida a los cordobeses, a los correntinos, a los santafesinos», en *Clarín*.

Al final del encuentro, los jugadores de Costa Rica hicieron cola en busca de un autógrafo de Leo en sus camisetas.

En cuartos de final, el Clásico de Río de la Plata. Argentina repitió once. Uruguay, que jugó con uno menos durante 48 minutos, venció a los penaltis. Tévez, que falló uno en la tanda, no volvería a vestir la camiseta albiceleste. El idilio con la selección se rompió de nuevo. Las críticas se dirigieron hacia Batista, pero en el estadio

nadie le hizo un feo a Leo.

«El fracaso nacional», en *Olé*.

«Así no va más. Sin corazón, sin defensa, sin una idea táctica, sin respaldo al fútbol de Messi», en *Olé*.

«Lionel Messi, el mejor del mundo, as de espadas y espada de Damocles», según el periodista deportivo Daniel Arcucci.

Pero tan pronto como se apagaron las luces del torneo, tras el merecido triunfo de Uruguay, volvieron las viejas acusaciones de carácter personal contra Lionel Messi. A la hinchada le fastidiaba que él se defendiera desde el silencio o las generalidades, en lugar de con la bravuconada. Leo había escogido hacía tiempo la imagen pública con la que se sentía más cómodo y nada la iba a cambiar. Sin embargo, su comportamiento era leña para el fuego: las críticas fueron incluso más duras que antes.

Leo Messi pensó seriamente en abandonar la selección.

* * *

—*Alguna vez vi que sonaba el himno y no lo cantabas y tuiteé «me gusta que Messi no cante el himno» y la pregunta es ésta: ¿tiene que ver con eso, con «no me hinchen las bolas, no lo voy a cantar»?*

—*Sí, porque me pareció una boludez lo que dijeron. De bronca, caliente, por escuchar eso. Decían cada estupidez que generaron eso.*

—*Que no lo cantes...*

—*Claro. Me criticaban por todo y por eso también. Desde 2006 que empezaron con eso del cántico ese. Ni se canta ahora, pero*

aparte, eran momentos de bronca por las boludeces que llegaron a decir.

—Pero eso también es un motor... la bronca.

—Sí, la verdad es que pasé tantas malas, tantas feas con la selección, que llegué a escuchar de todo. Gente que hoy escucho que habla bien, pero bueno...

—¿Qué fue lo peor que escuchaste?

—Yo sabía que por ahí en la selección no rendía bien, pero no era el único. La selección no rendía. La gente pretendía, o el periodismo, que yo fuera a la selección y ganara los partidos solo. Eso ni en la selección ni en ningún equipo. Yo sabía que no estaba en mi mejor nivel, pero no quería eso. Yo soy el primero que quiero jugar bien en mi club y en la selección.

—¿Vos creés que se dijeron cosas de mala fe?

—Sí, más allá del fútbol. Se decían cosas que no tenían nada que ver con jugar un partido bien o mal. Eso era lo que me dolía, porque después, que me critiquen por lo que hago dentro de la cancha, estoy acostumbrado. Juego al fútbol y estoy acostumbrado que se hable bien o mal.

—¿Qué hacemos, cantamos el himno? Te digo más. Eso sí que lo escuché: ¡no lo sabe!

—Ya te digo, se dijeron tantas cosas...

—¿Lo vas a cantar ahora? ¿O lo dejamos para más adelante?

—Dejémoslo para más adelante, para una ocasión especial.

(Entrevista de MARTÍN SOUTO a MESSI en TyC Sports, en marzo de 2013)

Óscar Ustari: «Cuando se le criticaba que no se sentía argentino, cuando la Copa América, yo lo voy a ver, me habían operado de la rodilla. Me voy a saludar a los compañeros y a él, y me quedé con Leo en la habitación. Se tranquilizó y eso, pero verle con los ojos llorosos te choca».

Pablo Zabaleta: «Lo pasó muy mal en el momento en que se decían tantas barbaridades, sobre todo después de la Copa América 2011, donde le vimos hasta saturado de fútbol y de Argentina».

Juanjo Brau: «Cuando tu país te trata mal, alguna secuela te deja..., pero yo le decía: “Estate tranquilo, que le vas a dar la vuelta a esto”. Yo sé quién es él, lo conozco más que él mismo. Y le veía capacitado para darle la vuelta».

Pablo Zabaleta: «Todo eso viene del hecho de haber marchado y triunfado fuera, sin antes haberlo hecho en casa. Además, los resultados en las grandes competiciones no eran buenos».

Javier Mascherano: «Es un chico al que le duele mucho perder, le duele en el alma. Y creo que más le dolía con la selección no tanto por lo que decían, sino de todo lo que él sentía hacia su país y su responsabilidad con la selección. Y las barbaridades que ha tenido que escuchar, cuando su comportamiento era todo lo contrario».

Juanjo Brau: «Está claro que hay un momento en que animar a una persona que está en este estado es complicado. Le tienes que hacer ver quién es él, que es el mejor del mundo...».

Carlos Bilardo: «Con Diego era lo mismo, no lo querían mucho, decían que no, que sí, que era esto, que el equipo era una cosa y en la selección era otra. Y yo decía que Diego iba a ser el capitán, y se enojaron mucho. Si lees las revistas y los diarios de esa época te agarrás la cabeza. Hay muchos jóvenes que están ahora leyendo y

escribiendo y me dicen: “¿Esto se decía?”. Y yo: “Sí, esto se decía”».

Javier Mascherano: «La reacción en los vuelos de vuelta variaba. Le afectaba, y muchas veces lo pasaba en silencio».

Juanjo Brau: «Al volver a Barcelona tenía que cambiar el chip. Él llevaba su mochila y cada cosa que iba mal se la metían en ella. Hubo un momento en que la llevaba llena».

Eidur Gudjohnsen: «Yo le veía aliviado al volver, aunque algo más callado que de costumbre. Regresaba a un entorno donde no se le criticaba, donde se le amaba, donde podía ser él mismo. Nosotros veíamos los partidos y Leo, con la selección, era una sombra de sí mismo. Lo hablábamos entre nosotros, decíamos que había dos Messi».

Juanjo Brau: «En su primer día de vuelta al campo de entrenamiento, solemos hablar de cómo salieron las cosas, de cómo podrían ir. Y van llegando sus compañeros, y, ¡venga, va, a trabajar! ¿Se bromeaba con los resultados de Argentina en el vestuario? Nadie se atrevía..., a lo mejor en pequeño comité... Leo es una persona muy respetada».

Carlos Bilardo: «Hace dos años hice unas declaraciones: no le digan más nada, no lo critiquen más a Messi, porque se va a enojar y no va a venir, no va a querer venir. Porque allá es un ídolo, y acá viene y lo insultan, éste ya no viene más, y vamos a tener que ir veinticinco millones a correrlo a Barcelona».

En casa, Leo se preguntaba ¿por qué me pasa esto? ¿Qué les he hecho? Incomprensión y rabia era lo que sentía, porque sabía que, bajo las circunstancias adecuadas, podía ayudar. Los años de 2005 a 2011 fueron duros para los Messi. Y se discutió, en más de una ocasión, la necesidad o no de volver a la selección. Era injusto todo

aquello.

Igual, se llegó a decir, habría que dejar que vayan otros. Pero la conclusión era siempre la misma: hay que vivir con ello, hay que aprender a vivir con ello. Es uno de los precios que hay que pagar por ser el mejor. Eso que siempre buscó.

Cuando dejaba atrás Argentina, estaba también regresando a Barcelona, donde Pep Guardiola lo esperaba. Expectante.

TERCERA PARTE

EN LA CUMBRE

CON PEP. POR PEP. POR LEO

«La llegada de Guardiola se produjo en un momento en el que nosotros veníamos de dos años sin conseguir nada, veníamos mal anímicamente, él encontró un vestuario roto y la manera de trabajar, de ser, de transmitir su mensaje, la confianza que daba, ayudó a que todo cambiara. Tiene una personalidad para enfrentarse a cualquiera cuando tiene sus ideas claras».

(Entrevista de MARTÍN SOUTO a LEO MESSI en TyC Sports, en marzo de 2013)

«Ahora vivo en Múnich. Ahí estaré si me necesitas».

Así contestó Pep Guardiola a la propuesta de explicar con sus propias palabras para este libro sus años con Messi, las cuatro temporadas de una era única, la de los récords, la de los seis títulos en un año, la que lanzó a Leo a la estratosfera futbolística. La de la nueva evolución del fútbol.

La que empezó con un Leo sin sus grandes amigos, sin Ronaldinho, su padre «adoptivo», con un Pep que no lograba conectar con su gran estrella, y que finalmente acabó con un sentido abrazo en el Camp Nou tras marcar el cuarto tanto ante el Espanyol en las postrimerías de la última temporada de Guardiola. ¿Cómo fue el proceso de sincronización? ¿Qué relación mantuvieron? ¿Solamente la habitual entre entrenador y discípulo? ¿Quién ayudó a quién?

Me encontré con Guardiola en Múnich unas semanas después. La

temporada acababa de empezar, su crédito estaba intacto a ojos de su nueva audiencia, la afición del Bayern de Múnich, la prensa alemana y la directiva de su nuevo club. De hecho, Pep estaba de moda: su primera biografía internacional se encontraba fácilmente en las librerías de la ciudad, era motivo de conversación de la poca hinchada que aquel día se acercó al campo de entrenamiento a ver a un equipo diezmado por la ausencia de los internacionales que estaban con su selección. Reclamaban su atención y discutían acerca de lo que quería Guardiola, de lo que ya había cambiado, de lo complicado que era mejorar un equipo que lo había ganado todo.

Por aquel entonces, a Pep le faltaba un partido de esos en los que el equipo diera con la tecla adecuada, que no sólo ganara, sino que lo hiciera como Guardiola quería. Llegaría poco después en Mánchester, contra el City en la fase de grupos de la Liga de Campeones, un 1-3 que confirmó que el preparador catalán había logrado convencer a sus futbolistas.

Así se iniciaba su nueva aventura.

De camino a su despacho, Guardiola saludaba en alemán al que se le cruzaba por su camino; la inmersión en el club era absoluta. Entramos en una sala moderna de techo alto y con una gran vidriera, y Pep se dirigió hacia su mesa, rodeado de una pizarra blanca, rotuladores y algunos DVD, todos bien ordenados. Sentado en uno de esos anodinos sillones giratorios de oficina con respaldo alto, Guardiola tomó aire.

Y al espirar casi pareció oírse el clic del pasador de varias puertas que se cerraban en la distancia. Alejado el mundo exterior, Pep se puso a viajar de nuevo por aquellos años de victorias y ansiedades de la mano de Leo.

Oyendo hablar a Guardiola da la impresión de que su época en

el Barcelona fue como uno de esos memorables veranos: intensos, fructíferos, que se recuerdan con una profunda melancolía, que crean lazos que parecen indestructibles, pero que al acabar se descubre que las relaciones creadas pertenecen únicamente a ese momento y que, una vez dejadas atrás, son imposibles de recuperar.

Leo y Pep sólo se han visto una vez desde que tomaron caminos diferentes. Un breve saludo y una charla intrascendente en la gala del Balón de Oro a principios de 2013.

Leo Messi es futbolista. Pep Guardiola fue su entrenador. Pep lo hizo todo por Leo. Leo estará eternamente agradecido a Pep. Pero ahora Messi está en otra cosa. Y quizá también Pep.

Posiblemente sea más doloroso descubrir la distancia que les separa a los que lo miramos desde fuera que a los protagonistas. Ya se verán y charlarán cuando puedan, piensan ellos. Pero ¿por qué ocurren estas cosas? ¿Tanto ha endurecido el fútbol a Leo que no siente la necesidad de compartir nada con el entrenador que tanto lo cuidó? ¿O es que la insistencia y el intervencionismo de Guardiola provocan la necesidad de un período de enfriamiento antes de reemprender las relaciones, incluso las personales?

Para entender todo ello e intentar encontrar una respuesta, hay que ir al principio. Así se inicia la conversación que tuve con Pep en Múnich:

PG: La primera vez que lo vi yo estaba con Nike, donde trabajaba mi hermano Pere. A Leo también lo promocionaba la misma casa. Coincidimos en una tienda, estaba también su padre y me lo presentaron. Me dijo hola, lo vi tímido, nos saludamos: aquél fue el primer contacto. Un tiempo después, charlando con Tito [Vilanova], me explicó que tenía un jugador fantástico que la

iba a romper. Ahí supe de su calidad. Y empecé a seguirlo por televisión. Lo clavó. Tito lo clavó.

«[...] Otro jugador clave en el esquema del equipo de Guardiola, Messi, debe conocer hoy si finalmente emprende viaje a Argentina para integrarse en la selección de su país que disputará los Juegos Olímpicos, del 8 al 24 de agosto. El club azulgrana ha movido tierra y cielo en el intento de evitar ese viaje. Alega la directiva barcelonista que Messi es un jugador muy importante y que no puede permitirse el lujo de cederlo a la selección suramericana cuando el equipo debe afrontar un compromiso tan importante como es la previa relativa a la Liga de Campeones, que deberá disputar el 12 o el 13 de agosto y el 26 o el 27 de ese mismo mes [contra el Wisla de Cracovia] [...]

Jordi Quixano, «Guardiola espabila al Barça»,
El País, 21 de julio de 2008.

Tras derrotar al Hibernian escocés por seis goles (uno de ellos de Messi), persiste el conflicto de intereses en torno a Messi:

«“[...] Es innegociable el derecho de Leo a ir a los Juegos”, declaró Jorge Messi, su padre, la semana anterior. Desde el vestuario también se dice que el jugador tiene la cabeza en Pekín. Pero el Barça, reacio a dejar marchar a su estrella

durante la fase previa de la Champions [...], se pone de uñas ante la FIFA. “Si la Comisión del Estatuto del Futbolista resuelve que debemos ceder a Messi, acudiremos al TAS”, anunció Joan Laporta, presidente azulgrana, que encabeza una revolución de clubes europeos —la Liga alemana le ha manifestado su apoyo público y las oficinas del club han recibido faxes de entidades italianas y serbias que se posicionan a su lado— ante las exigencias de la FIFA».

Jordi Quixano, «El Barcelona ignora a la FIFA»,
El País, 29 de julio de 2008.

1. El desencuentro en Saint Andrews, Escocia. Pretemporada, verano de 2008

En los primeros días de pretemporada, en Saint Andrews, Escocia, Pep Guardiola se había presentado a la plantilla, les había exigido disciplina y prometido trabajo. Leo Messi había dicho adiós a los amigos con los que había crecido, el grupo brasileño que había cuidado de él. «Nos quedamos José Manuel Pinto, Rafa Márquez y yo —recuerda Sylvinho—. Era la primera vez que Leo vivía una revolución de plantilla. Yo estaba acostumbrado, claro. Pero él vivió los cambios con cierta tristeza». Y frente a la nave se había colocado un entrenador con sólo un año de experiencia con el equipo B en Tercera División.

En ese momento, Guardiola únicamente conocía a Messi por referencia y, como es lógico, por lo que había ido viendo, pero, del

mismo modo que, en busca de la esencia del club, les dio los galones a jugadores de la casa como Xavi, Puyol e Iniesta, éstos le confirmaron sus impresiones: Leo era un fenómeno, le decían. De ese modo, se traslada el conocimiento de los que lo habían tenido a su lado cada día durante tres años. Su idea de equipo iba a pasar por Messi.

A Leo le habían hablado muy bien de su nuevo entrenador, sabía que era un capitán histórico del Barcelona, ex compañero de Xavi e ídolo de Iniesta, pero a todo entrenador en todos los vestuarios del mundo se lo recibe con un punto de recelo. Jordi Quixano escribió en *El País* algo que fue advertido por jugadores y cuerpo técnico: «Poco receptivo a las charlas de Pep Guardiola sobre el posicionamiento táctico, a Messi se le escaparon algunas muecas durante la concentración en Escocia».

Las dudas tenían su origen en la temporada anterior: Frank Rijkaard le había prometido que, en el momento adecuado, lo iba a colocar en el centro del ataque, que era como indicarle que el equipo iba a buscarlo, a cederle el balón y el liderazgo. No había ocurrido con el holandés, pero la evolución táctica era imparable. Así pensó Leo, así pensaron todos tras la marcha de Ronaldinho. La Pulga esperaba la confirmación.

Pep sabía que tenía un excelente molde colectivo, aunque escaso en autoestima tras dos años en el desierto, y que Leo era claramente el elemento diferenciador, el mejor futbolista del mundo. Pero Leo no sabía si Pep era el mejor entrenador del mundo. Así que el primer trabajo de Guardiola consistió en convencerlo de que lo iba a convertir en el mejor.

Pep visualizó que, para el crecimiento de Leo, eran necesarias una serie de condiciones y decisiones que iba a aplicar hasta la

última consecuencia. Se fueron Ronaldinho y Deco, y también se iba a dejar marchar a Eto'o: Samuel, desde el punto de vista de Guardiola, era un líder que no aceptaba de buen grado compartir ese espacio con nadie. Thierry Henry no suponía un problema en ese sentido pues, aunque requería un trato especial, no tenía el peso suficiente en el vestuario como para reclamar un liderazgo que tampoco buscó. En lugar de un *papá* Eto'o, Pep creía que Leo necesitaba un padre que se esforzara por conocerlo bien, por cuidarlo, que supiera siempre lo que necesitaba. El propio preparador se proponía para ese rol.

Curiosamente, o así lo entiende Joan Laporta, Eto'o sorprendió en los entrenamientos a Pep y también a Leo: se mostró humilde, trabajador, dispuesto a luchar por su continuidad. Messi cayó en la cuenta de que Ronaldinho había sido el mejor del mundo gracias también a que sus pases los aprovechaba Eto'o. «Nos comentó que quería jugar con Eto'o esa temporada —recuerda Laporta—. Lo que me puso muy contento, porque yo también deseaba que se quedara». Los capitanes sugirieron a Guardiola que Samuel iba a ser muy útil si se le sabía llevar. En los dos primeros amistosos (Hibernian y Dundee United), un excepcional Leo marcó cuatro tantos. En el segundo encuentro, Messi y Samuel salieron juntos en la segunda parte y marcaron cuatro goles. La asociación funcionaba.

Pero, hablando de necesidades, ese verano Leo quería ir a las Olimpiadas, su historia con la selección argentina había empezado muy bien y deseaba revalidar la medalla de oro que su país había conseguido cuatro años atrás. El Barcelona decidió luchar contra esa posibilidad. «Por un lado, pensábamos: “No tenemos por qué dejarle ir” —explica Txiki Begiristain, el director deportivo de entonces—. Nos habíamos desprendido de Ronnie y Deco, y nos

pedían a nuestro mejor jugador. En ese momento, el partido más importante de la historia del club era la previa de Champions que se jugaba en las mismas fechas. Pero, por otro lado, sabíamos que le íbamos a tener más contento si iba a Pekín. Hubo mucha tensión». Y el asunto se alargó durante semanas.

Leo no se sentía a gusto con la situación. Y cuando eso ocurre, le es imposible ocultarlo.

En el primer entrenamiento en Escocia, Pep supo que había acertado escogiendo a Leo como el centro de operaciones del equipo: tenía chispa, se mostró resolutivo, en el mismo estado de forma de la temporada anterior, cuando Ronaldinho dimitió como futbolista. Pero temía que sin ganárselo, llevándole la contraria, sin tenerlo a bordo, la vida en el club iba a ser mucho más complicada. Le cogió de los brazos al final de un entrenamiento mientras le preguntaba qué le ocurría y le pedía conversar, pero Leo no respondía. Guardiola experimentó por primera vez la dureza de la mirada del rosarino cuando no es feliz.

Poco a poco, Pep fue entablando conversación con él durante esos días escoceses, pero el argentino prefería evadir su mirada y no tratar abiertamente de lo que le atormentaba. El resto del tiempo se le veía taciturno, callado, ni siquiera discutía el asunto con sus compañeros, aunque todos conocían su deseo de ir a los Juegos. «El club no habla con él del tema, es una negociación que llevan sólo Barcelona y la AFA —contó por aquel entonces su madre Celia—. Y Leo no habla, no pregunta. Sólo espera lo que le digan».

Los días pasaban sin resolución y en los entrenamientos empezó a mostrarse especialmente tenso. En una sesión, Rafa Márquez le entró por detrás con una dureza sorprendente, inusual en las prácticas. Leo se rebotó, se levantó, le encaró y le dijo un par de

cosas. Lo habitual hubiera sido una mirada de reproche, como mucho, y seguir jugando. Pero Leo estaba enfadado. Ese día Messi llegó a las duchas antes que nadie.

«Acá existe un conflicto de intereses en el que ponen en el medio al jugador —explicó entonces Jorge Messi—. Y están usando a mi hijo como carne de cañón. A un futbolista de veintiún años no se le puede generar un perjuicio que después no se sabe cómo terminará. Es una locura que el jugador tenga que tomar una decisión. No puede ser que entre quienes manejan el fútbol no se pongan de acuerdo. Nosotros no sabemos qué hacer».

Manel Estiarte, la mano derecha de Pep Guardiola, llamó en varias ocasiones a Jorge. «Mira, Jorge, pasa esto. Tu hijo no está bien. ¿Qué podemos hacer?». Estiarte, considerado el mejor waterpolista de la historia, empezó a entender que Leo era como había sido él de jugador: Pep debía hacer un esfuerzo por mostrar sutilmente que estaba a su lado, que lo apoyaba, que le iba a ayudar.

Pep y Manel conversaron ampliamente de todo aquello, mientras se tendía un nuevo puente. Tito Vilanova, que lo había entrenado de adolescente y ahora era asistente de Guardiola, propició el acercamiento al explicarle que tanto Pep como él mismo estaban en el equipo para cuidarlo. Si quería que Juanjo Brau fuera su preparador físico personal y que viajara con él a todas partes, así se haría. Pero Tito sabía que no se trataba sólo de eso. «¿Qué más necesitas? —le preguntó Vilanova—. Cuando quieras algo, ven a verme y lo tendrás».

Leo, en esos primeros días de pretemporada, reparó en que Pep era un entrenador con las ideas muy claras, exigente, meticuloso y que les iba a ayudar a ganar. Pero fue preciso que interviniera en el asunto de los Juegos Olímpicos para que finalmente Leo entendiera

que, como le aseguraba, estaba de su lado.

Messi —que apenas había realizado declaraciones públicas sobre su situación, pero que sin decir mucho había dejado bien claro lo que deseaba— se unió a la convocatoria de la selección a la espera de noticias. El Barcelona continuaba su lucha para liberarlo, pero lo dejó marchar: «Si conseguimos lo que queremos, tendrás que volver». Leo aceptó las condiciones.

El Barcelona se fue de gira a Estados Unidos mientras Argentina preparaba en Pekín el torneo olímpico que estaba a punto de iniciarse.

Finalmente Guardiola tomó una decisión, pero quería contársela primero a Leo: «Jorge, tengo que hablar con tu hijo y no lo encuentro por ningún lado».

«Está en la concentración en Shanghái», le contestó el padre de Leo.

«Consígueme hablar con él», le pidió el entrenador.

Pep organizó la llamada desde su habitación de hotel en Nueva York. Estaban presentes el presidente Joan Laporta, Txiki Begiristain y Rafa Yuste, el vicepresidente deportivo. Guardiola había convencido a su presidente de que lo mejor era dejar que el futbolista fuera a los Juegos de Pekín.

Pep y el resto de los presentes escucharon por primera vez la petición emocionada de Leo, notaron la tensión que había vivido ese verano. Definitivamente no quería volver. «Juega la Olimpiada y gana la medalla de oro», le dijo Guardiola.

GB: En St. Andrews, Leo y tú os tuvisteis que ajustar.

PG: Por televisión ya me pareció que era un futbolista diferente.

Este tipo de jugadores siempre te observan en el terreno, te

observan, a ver qué haces y qué dejas de hacer, a ver si lo que haces les va bien..., son tipos distintos. Tú te debes ajustar a este tipo de jugadores, hay pocos en la historia y te has de ajustar a entenderlos, más que al revés. Tontos no son, son más inteligentes que la media. Quizá inteligentes no es la palabra, pero sí más intuitivos que la media. Notamos que al principio estaba un poco triste, pero intentabas entenderlo y hablar con él... El primer día en St. Andrews hablé mucho con todos, no sólo con él. Había que conocer a la gente, descubrir qué había pasado los últimos años. Charlé mucho con él, pero también con los demás.

GB: Además, en aquella época te cargas a tres de sus «hermanos» adoptivos. Y su «padre» deportivo tampoco está. Y después estaba lo de las Olimpiadas. No sé si Leo tenía la cabeza en el entrenamiento.

PG: Recuerdo que en los primeros tiempos siempre entrenó muy bien. Siempre buscamos que estuviera cómodo en el juego, ya que, si no lo conseguíamos, con un jugador así, sería mejor que lo dirigiera otro. O me iba yo o se tenía que ir él y, ante la duda, teniendo al más grande, la respuesta era sencilla, porque su felicidad sólo la encontraría sintiéndose cómodo en el juego, y quizá había que darle todo eso, esa comodidad. Ésta es un poco la idea que he tenido siempre, cuando llegué al filial también, y ahora en esta nueva experiencia en Alemania lo mismo, que esto sólo tiene sentido si de tanto en tanto lo disfrutas. Si sólo te lo pasas bien cuando ganas un partido, no tiene sentido este trabajo.

»Pero las decisiones se tomaron con el club, con Txiqui, y se decidió dejarlo ir a Pekín. Teníamos claro que le teníamos que dar

peso a este tío porque entiendes que es el mejor.

GB: ¿Cómo se le habla a Leo? ¿Es de los que le puedes decir «qué te pasa» y contesta «pues mira, esto y esto y esto»?

PG: Hay días en que sí. Depende del día. Él siempre lo dice: «Cuando me cierro, me cierro, y no hablo con nadie, y me tengo que curar solo», y se le debe respetar. Al principio me costaba entenderlo y con el tiempo lo vas haciendo. Te das cuenta de que es una persona diferente. Como cada uno, tiene sus cosas y durante esos días lo dejas y, cuando tú percibes que quiere que le hables, tú vas y le hablas. Lo de la Olimpiada: la persona clave fue el presidente Laporta. Evidentemente, yo tenía la última palabra, pero él conocía a Leo en ese momento mucho mejor que yo. Recuerdo que me dijo: «Nos equivocaremos si le hacemos volver. Si él quiere ir a la Olimpiada, hay que dejarlo ir». Yo ya sabía lo que significaba una Olimpiada, sabía lo que significaba ese evento. En aquel momento piensas «jugaremos la clasificación para la Champions, somos nuevos aquí, sin el mejor jugador que tenemos, a ver cómo irá». Pero, al final, ¿de qué me sirve un jugador que quiere estar en la Olimpiada? ¿Es útil que esté aquí para la clasificación de la previa en Champions, en nuestra primera temporada, si su cabeza está en los Juegos Olímpicos? Yo nunca he creído en las imposiciones en el fútbol. Es decir, por mucho que digamos de jugar de esta manera, si yo no los convengo, no funcionará. Con el presidente Laporta, cuando hablamos con él por teléfono, decidimos que lo mejor era que pudiese ir a las Olimpiadas.

GB: Y eso fue una decisión en plan «me debes una».

PG: No, no. En aquel momento entendía que era lo mejor para él que pudiera ir a disfrutar, ir a la Olimpiada, es algo que te

pasa una vez en la vida. Ése era el único argumento y la única razón que había detrás de la decisión. Evidentemente, también podría haber ido mal y, si no hubiéramos sacado suficiente rendimiento, no habría funcionado. Tampoco creo que él sea así, creo que él deseaba ir, y cuando volviera intentaría jugar bien hoy, mañana y pasado mañana. Pero no porque me tuviera que devolver algo.

Leo Messi le estará eternamente agradecido: «Guardiola siempre me dice que yo no le tengo que dar las gracias por eso, pero fue una decisión de él, creía que era lo mejor para mí», explicó aquel verano. El primer partido en el torneo olímpico fue el 7 de agosto. Costa de Marfil, el rival. Leo marcó el primer tanto del encuentro y asistió a Lautaro para el segundo en una apretada victoria por 2-1. Tres días después, Argentina venció por la mínima a Australia. Ya clasificados, Sergio Batista dejó a Leo en el banquillo en el tercer partido para que estuviera fresco para los cuartos de final contra Holanda. Marcó el primer tanto de aquella ronda, pero Holanda empató y el equipo requirió de una de sus asistencias para que Di María marcara el gol de la victoria. En semifinales, Argentina se iba a enfrentar al Brasil de Ronaldinho.

Ronnie ya había cerrado su traspaso al Milán y Messi, en rueda de prensa, insistió en que el brasileño era el mejor futbolista con el que había jugado nunca y que siempre iba a ser el mejor. «Se nota una ausencia así —admite Pedro Rodríguez, el extremo del Barcelona—. Cuando tienes un apoyo muy fuerte como el que Ronaldinho le dio a Leo y se te va, te quedas un poco más solo. Pero se encontró con jugadores que llevaban muchos años aquí, como

Víctor Valdés, Andrés, Xavi o Puyol, que le iban a arropar, a proteger». Alrededor de Leo se iban a posicionar los jugadores con el ADN del club impreso. Con ese equipaje empezaba la era Guardiola o la era Messi, escojan ustedes el título de esta película.

Argentina venció en las semifinales a su eterno rival por un contundente 3-0 y se produjo el recordado abrazo que marcaba el cambio generacional entre Leo y su mentor.

Messi había aceptado el reto de sustituirlo y, pese a la prudencia que mostraba en público, en privado se sentía capacitado para ello. «Él quería triunfar en el Barça —afirma Cristina Cubero, quien informaba a Messi de cómo iban las cosas en Barcelona y con quien compartió muchas horas en Pekín—. Me dijo: “Bueno, yo quiero triunfar y voy a ganar la medalla y después vamos a ganarlo todo, yo quiero ser el líder del equipo”». Así hablaba un chaval de veintiún años que había crecido antes de tiempo y que creía haber conseguido un primer triunfo: que el Barcelona, en busca de la gloria, virara el cañón de luz en su dirección. Leo iba a mostrarles el camino.

«Creo que lo tenía muy claro en su interior: “Yo sé lo que quiero, quiero Champions, quiero Mundial, quiero títulos, quiero récords..., quiero todo esto porque puedo” —explica Ferran Soriano, vicepresidente económico que dimitió ese verano, disconforme con el estilo de liderazgo de Joan Laporta—. Siempre vi que, sin decir ni una sola palabra sobre estas cosas, Leo lo tenía muy claro: por sus actitudes, por su comportamiento, estaba convencido de que podía llegar y tocar lo más alto. Le pasaban todo tipo de cosas y él estaba preparado siempre para todo».

Argentina jugó la final del torneo olímpico el 23 de agosto. La victoria ante Nigeria (1-0) les colgó la medalla de oro al cuello.

«Fue un premio incomparable», declaró la Pulga, que regresó poco después a Barcelona. El equipo tenía la clasificación para la fase de grupos de la Liga de Campeones tras la victoria por 4-0 ante el Wisla Cracovia. La vuelta, jugada tres días después de la final de Pekín y seguida por Leo en su casa de Castelldefels, terminó con una derrota intrascendente (1-0).

Leo se unió a la plantilla cuando ésta regresó de Polonia. La Liga estaba a punto de empezar y se habían puesto las bases sobre las que iba a funcionar el grupo. Messi había lucido el número 30 en sus partidos iniciales con el primer equipo del Barcelona, y más tarde el 19. Desde ese verano, el 10 era suyo. «Cuando me dieron la diez, la verdad es que obviamente me sentí muy orgulloso y contento de poder llevarla —explicó en el anuncio de Audemars Piguet—. Es una camiseta que vistieron jugadores impresionantes en este club, venía usándola Ronaldinho, que había hecho muchísimas cosas por este club. Fue una responsabilidad muy linda».

Pero si la pelota la tenía ahora Leo, ¿qué debía hacerse con Samuel Eto'o? Mientras Messi pasaba rondas en Pekín, Pep Guardiola y Txiki Begiristain decidieron una mañana que el camerunés se iba a quedar en el club: su actitud era encomiable. Aunque sospechaban que Samu quería ser el jefe, parecía haber aceptado el liderazgo del argentino. Además, Leo y los capitanes se sentían a gusto con él y era un goleador como había pocos en el mundo. Si jugaba la eliminatoria de la Liga de Campeones, los grandes equipos ya no le querrían, así que en la mañana de la ida contra el Wisla, en el desayuno, se decidió que iba a ser titular y así se lo comunicaron a Eto'o y al presidente Laporta. «Cojonudo», pensó éste. Messi, al llegar a Barcelona con la medalla de oro, consciente de su papel, respaldó la decisión de Pep en

declaraciones a la prensa.

La inteligencia se mide por la capacidad de adaptación y el reconocimiento de oportunidades. La ambición y la valentía por la caza de esas oportunidades. Leo demostró estar en posesión de todo ello en un verano arduo. También reveló una vertiente más complicada: Messi tiene el camino claro y exige que se le siga, y el entrenador de turno debe saber manejarlo para aprovecharse de sus virtudes.

Guardiola aprovechó la ausencia de Messi para reflexionar sobre su relación con la Pulga y creía haber descubierto cómo hablarle: no había que irle de frente, el choque de trenes no era recomendable. Pep combinó las discusiones tácticas a solas en su despacho con Messi con instrucciones indirectas: «Hoy los delanteros van a presionar arriba, porque Leo lo va a hacer también y no podemos dejarle solo». Y sí, se le iba a tratar diferente, bien, con respeto, porque el jugador se sentía más estimulado de ese modo.

El nuevo preparador tenía unos pocos días antes del inicio de Liga para acertar con la implantación de sus ideas al tiempo que tutelaba el nuevo equilibrio en la plantilla. Ganar desde el principio se hacía imprescindible para cementar los primeros ladrillos.

«Recuerdo que la pretemporada estuvo llena de pequeños detalles y correcciones tácticas —señala Eidur Gudjohnsen—. No nos aburría porque mezclaba con mucha inteligencia la parte táctica con juegos, retos, explicaciones. Nos dejaba tranquilos mientras implementábamos lo que nos pedía, pero de repente nos exigía que nos concentráramos en dos o tres detalles que había preparado para ese día. Quería que acabáramos por hacer esas cosas inconscientemente y para ello las primeras sesiones debían ser algo

repetitivas. Si el rival tenía el balón, los movimientos que debíamos hacer. Cómo debían presionar los delanteros... De repente, tras dos o tres semanas, ya no tuvo que gritar más, hacíamos lo que nos pedía de memoria».

«Guardiola fue transmitiendo la gran ilusión que tenía al llegar, se fue ganando la confianza de todos. A medida que se iban sucediendo los partidos, que iban pasando las cosas, uno trabajaba más contento, con ganas; veíamos que las cosas salían. Guardiola es una persona que sabe muchísimo de fútbol y nos dio su sabiduría para que a nosotros, dentro de la cancha, nos fuera todo más fácil».

(LEO MESSI, en Uefa.com, en 2009)

Tras las dudas iniciales, Leo disfrutaba de sesiones que se hacían siempre con balón. Pep sabía que los jugadores se aburrían con las reuniones tácticas, así que cuando los sentaba era para explicarles brevemente, con las mejores virtudes de su discurso, unas cuantas cosas que consideraba esenciales. De vez en cuando le preguntaba a Leo, como hacía con otros futbolistas importantes, qué le había parecido la última sesión, cómo se encontraba. Pero cada vez necesitaba hacerlo menos: Messi entendía lo que se le pedía y sonreía. Estaba claramente listo para el curso que se iniciaba.

«Esa pretemporada fue espectacular, espectacular —afirma con vehemencia Txiki Begiristain—. Estuvieron todos de diez, en intensidad, intención, compromiso. Fue la hostia de pretemporada».

Pero el Barcelona perdió el primer partido de Liga ante el modesto Numancia.

2. Empieza la Liga: un punto de seis y toca el Sporting de Gijón

«Esta temporada tendremos muchos partidos y es bueno que toda la plantilla esté lista para jugar en cualquier momento. Eso [las rotaciones] hace motivar a la gente, porque nunca sabes quién jugará. Siempre entran compañeros nuevos y es bueno para estar concentrado para el próximo partido por si te toca jugar... Me pide lo mismo que al resto de compañeros: presionar arriba, en grupo y bien organizados, pero, a la hora de jugar, me da mucha libertad, aunque siempre con organización. Ojalá este año podamos conseguir un título y, si pueden ser más, mejor que mejor».

(LEO MESSI en la web del club, en octubre de 2008)

—¿Te pasó al comienzo que te fastidiara [Guardiola]?

—No, porque de entrada se veía que el tipo sabía. En la pretemporada hizo trabajos que después no hizo nunca en el año. Ya en la pretemporada nos preparó y ya sabíamos cómo quería jugar, cómo quería el movimiento de la defensa, de los centrales, de los delanteros. Después quedaban los detalles, pero ya nos había enseñado todo.

—¿Quién más te enseñó? No me digas «todos,» porque no todos enseñan.

—Y bueno, del que más aprendí fue de Guardiola. No sólo por todo lo que sabía, sino porque me agarró en mi etapa de crecimiento también, donde más crecí y donde más aprendí.

(Entrevista de MARTÍN SOUTO a LEO MESSI en TyC Sports, en marzo de 2013)

El Barcelona perdió ante el Numancia el primer partido de Liga, un 1-0 que no reflejaba ni el dominio del equipo catalán ni sus insistentes tiros a puerta. «Estábamos en medio de una transición, un poco como la que viví con José Mourinho en el Chelsea —analiza Gudjohnsen—. La base estaba ahí, la calidad era palpable, únicamente había que construir la casa de nuevo. Y perdimos el primer partido contra uno de los equipos más pequeños. Guardiola estaba furioso. Nos dijo que nos habíamos olvidado de todo lo que habíamos hecho en la pretemporada, que le habíamos decepcionado. Leo miraba al suelo, sabía que tenía razón».

Messi, en banda con Eto'o de ariete y Henry por la izquierda, golpeó un balón en el poste. Ciertamente a la Pulga y al Barcelona, como escribió Luis Martín en *El País*, les faltaba «una pizca de sal y un rato al fuego». Pero, además de los errores en el juego posicional y del resultado, a Pep le molestó otra cosa.

Samuel Eto'o, siguiendo un comportamiento habitual en temporadas anteriores, había montado antes del partido una reunión con los futbolistas, y dejó a Guardiola y a todo el cuerpo técnico fuera del vestuario. Y dio una charla. Era una amenaza a la autoridad del entrenador, quien sospechó que la actitud sumisa del camerunés durante la pretemporada tenía algo de postizo. El proceso de adaptación de la plantilla a un nuevo liderazgo iba a encontrarse con situaciones complicadas.

Mientras se establecían las nuevas pautas, Leo marcó cierta distancia con todo y con todos; estaba, como apunta un futbolista que

lo vio de cerca, «a verlas venir».

Tras la derrota en el primer partido de Liga, los internacionales se sumaron a sus selecciones y, a la vuelta, el Barcelona —con Messi en el banquillo hasta la última media hora para que descansara tras su regreso de Buenos Aires y para que estuviera fresco ante el Sporting de Lisboa cuatro días después— sólo pudo empatar con el Racing de Santander.

«Existía incertidumbre, la gente estaba nerviosa —recuerda Sylvinho—. Decían: “Bueno, qué hace este nuevo Barcelona, y qué hace Guardiola con el Barcelona. No vale para el equipo de Primera, no es suficientemente duro”. Pero desde dentro, trabajando ahí, sabía que habíamos pillado el camino bueno».

PG: La semana después de la derrota ante el Numancia fue larga.

GB: Antes del empate con el Racing. Ahí teníais un punto de seis y quedabais en la parte baja de la clasificación.

PG: Después del parón internacional, jugamos contra el Racing y empatamos. A continuación, Champions contra el Sporting de Lisboa, al que vencimos 3-1, y después fuimos a jugar contra el Sporting de Gijón.

GB: ¿Te entraron dudas durante aquellos días? ¿Recibiste algún mensaje de apoyo de la plantilla o estaban todos convencidos de que iban por el buen camino?

PG: Sabíamos que íbamos por el buen camino. Del único que sé es de Andrés. Andrés sí que vino a la oficina. Y me dijo: «Tranquilo, que va de puta madre, estamos haciendo todo bien e irá muy bien». Los primeros días después de la derrota de Numancia no creo que mucha gente tuviera demasiada fe en nosotros. Tampoco después del empate en casa contra el

Racing. Pero era normal. Veníamos de muy abajo, y había muy pocos que creyeran en nosotros desde el principio. Siempre pensé: «Mejor así». Decepcionas a menos cuando hay tan pocos que creen que irá bien. No fueron días cómodos, pero recuerdo que un día me dije: «Mira, haremos lo que pensamos que tenemos que hacer, tiraremos millas y ya está. Jugaremos como me gusta que mi equipo juegue. Y ya está». En esos días, Txiki estuvo a mi lado. Lo sentí, ésa es la palabra justa, muy cerca de mí. Tenía más fe en mí que incluso yo mismo.

»El fútbol no es un proceso en el que yo llego, tengo esta idea y se lleva a cabo en poco tiempo. No, el proceso pasa por probar un jugador aquí, ahora otro allí..., y para eso necesitas un tiempo, en un mundo donde no te lo dan. En el mundo del fútbol no hay tiempo. Pero ya en la pretemporada se vio que íbamos bien. Tuvimos el tropiezo del Numancia, pero de repente ya se veían cosas, se olía que íbamos por el buen camino.

Gerard Autet, ex jugador de la cantera del Barcelona, debutaba ese día en Primera División. Con treinta años. Un gran sueño para el central, una historia pequeñita en el contexto del partido. El Sporting era consciente de la presión con la que iba a jugar el Barcelona e intentaron aprovecharse. Gerard habló con el otro central y con el lateral para intentar una estrategia contra Leo: buscar siempre un dos contra uno, estar pendientes de las ayudas.

***21 de septiembre de 2008. Jornada 3 de Liga.
Sporting de Gijón 1 - F.C. Barcelona 6***

Sporting: Sergio Sánchez; Sastre, Gerard Autet, Jorge, Canella; Andreu, Matabuena (Michel, min. 45); Maldonado (Kike Mateo, min. 62), Carmelo, Diego Castro y Bilic (David Barral, min. 59). No utilizados: Pichu Cuéllar, Colin, Iván Hernández y Camacho.

Barcelona: Valdés; Alves, Márquez, Puyol, Abidal; Xavi, Sergio Busquets (Martín Cáceres, min. 81), Keita (Gudjohnsen, min. 71); Messi, Eto'o (Bojan, min. 67) e Iniesta. No utilizados: Pinto, Piqué, Pedro y Touré.

Goles: 0-1, min. 26, Xavi remata un centro de Iniesta. 0-2, min. 32, Eto'o cabecea en la línea de gol un remate de Puyol a la salida de un córner. 0-3, min. 48, Jorge, en propia puerta. 1-3, min 50, Maldonado resuelve en el área.

Min. 56. Gerard Autet es expulsado por detener en falta a Messi.

Pero el Barcelona carburó desde el inicio del partido, en especial Iniesta en la banda izquierda del ataque y Leo, que aparecía en todas las posiciones de arriba. No se le podía hacer el dos contra uno: cuando recibía encaraba sin que los defensas tuvieran mucho tiempo para reaccionar. Gerard y Leo se habían cruzado en un par de ocasiones durante la primera mitad; con 1-3 en el marcador, un balón largo pero impreciso del guardameta del Sporting acabó a los pies de Messi, que se quedó frente al central. Un duelo de difícil

solución para el defensor.

Gerard había reflexionado previamente sobre este momento. ¿Qué hacer? Y había llegado a una interesante conclusión: es Messi, por lo tanto, hay que aceptar el reto con toda la concentración posible pero también con la mayor naturalidad del mundo, porque lo normal es que pase Leo. El partido estaba en un 1-3 y eso daba todavía opciones al Sporting.

La falta que cometió era merecedora de la roja que recibió el defensor. A menudo, de qué poco sirve la teoría.

Aquella victoria abultada fue el punto de no retorno del Barcelona de Pep Guardiola.

1-4, min. 70, Iniesta aprovecha una asistencia interior de Messi después de una exquisita jugada. 1-5, min. 85, Messi remacha de volea un centro de Iniesta y un posterior rechace. 1-6, min. 89, Messi cabecea a la red.

Luis Martín, «Era clave presionar arriba» *El País*: «[...]“Era clave presionar arriba —argumentó Guardiola—, porque apretando en la primera línea se han recuperado muchos balones”. Messi le dio la razón: “Pusimos un ritmo muy alto desde el principio”. Messi, precisamente, fue el único delantero que no robó balón alguno. [...] Messi resumió: “Aunque hay que seguir creciendo, éste es el Barça que hay”».

«Empezamos a arrancar cuando ganamos al Sporting de Lisboa y

luego al Gijón. A Leo se le veía suelto», recuerda Gerard Piqué. Las críticas desaparecieron, Samuel Eto'o dejó de ejercer de líder fuera del campo (ni siquiera era capitán) y se centró en asociarse con Leo y en dar profundidad al equipo. Y Messi empezó a erigirse en la referencia del mismo, aunque de momento todavía en la banda derecha. Pep, siempre encima, minucioso, insistente en sus ideas, le pidió que cumpliera una serie de obligaciones defensivas que, en principio, ejecutó.

GB: Decidís que el líder en el campo ha de ser Leo, pero en aquel momento sigue siendo el extremo derecho. ¿Teníais ya la idea de llevarlo al centro?

PG: No, no, no. En aquella época, no. Teníamos a Eto'o, que es el mejor delantero centro que he entrenado. No, no lo puse en la banda para llevarlo al centro. Eso fue un proceso diferente. Lo que aprendí de Leo en ese tiempo es que se reivindicaba en el campo. Él hablaba allí. Él lo demuestra actuando, cuando salta al césped es como si dijera «ahora hablo yo», metiendo cada día dos goles, tres goles..., cada día. Ésta es su gran lección como deportista: en todo este ruido que hay en el fútbol, que todos hablamos más de lo normal, el lugar donde se expresa Leo es en el campo. Ésa es su gran lección, su gran valor: demuestra que, además de futbolista, no tiene que ser nada más. Él sabe dónde tiene que hablar. Las cosas o cuentas pendientes que tiene te las cobra allá, en el campo. Me da la impresión de que los grandes son así, no buscan excusas: que si el entrenador lo ha hecho mejor o peor... Leo no juega para gustarte a ti. Leo, cuando va mal de verdad, no te dirá «es culpa tuya»: los grandes no buscan excusas porque el

entrenador no lo ha hecho jugar en su sitio o no le ha hecho funcionar aquí o allá. La percepción que he tenido siempre de Leo es que él piensa: «Tú organízame el partido para que yo pueda tocar muchos balones, que del resto ya me encargo yo». Otros piden ese lugar, el que Leo se ha ganado en el campo al ser trascendente en los momentos claves, decisivos; pero luego, a diferencia de Leo, llega el momento de la verdad y fallan. Y fallan una y otra vez. En el momento de ganar la eliminatoria, donde tienen que hablar, se asustan y fallan y se excusan. Leo no, a Leo le das el balón, se la juega y te gana el partido. Esa podría ser la definición más clara de lo que es este tío. Él piensa: «Si tú no lo organizas bien, es culpa tuya, y si nos tenemos que enfadar nos enfadaremos, porque yo estoy aquí para transcender, para llegar a un estatus mucho mayor, un estatus donde sólo llegarán los más grandes de la historia; por tanto, yo no juego para gustarte a ti, ni juego para gustar a la afición, ni juego para... juego para ser mejor cada día. Yo lo haré, pero tú me tienes que dar los ingredientes, me has de crear la situación. Del resto me encargo yo».

En el libro de Albert Puig *La fuerza de un sueño*, Pep Guardiola describe el material con el que se construye la relación entre futbolistas y entrenadores: «Por muy profesionales que sean, ellos también tienen miedo a perder, y buscan una figura que les dé la clave, que les diga: “¡Oye! Ve por aquí...”. Esto es lo que tenemos que hacer los entrenadores. Tenemos que transmitir confianza y seguridad en nuestras decisiones». Messi reconocía que el nuevo preparador no sólo era exigente, sino que era capaz de encontrar soluciones que ni los futbolistas eran capaces de ver. Guardiola

estaba creando las condiciones para que Leo estuviera a gusto y éste empezaba a dejarse llevar.

Pero Pep no había llegado solo: incorporó al primer equipo dietistas y nutricionistas que cambiaron los hábitos de la plantilla. El objetivo era mejorar el rendimiento y prevenir lesiones musculares a partir de la alimentación adecuada. Modernizar el entrenamiento, en resumidas cuentas, en una época en la que cada vez se trabajaba más el análisis personalizado del futbolista.

A Guardiola se le había quedado grabado el llanto de Messi tras romperse el bíceps femoral, el músculo que se estira en el sprint, ante el Celtic de Glasgow, la octava lesión del argentino en dos años en la élite, más de la mitad de ellas en el mismo lugar: estuvo un total de 85 días apartado de los terrenos de juego por problemas físicos en la última temporada de Rijkaard.

«En un momento dado cambian las conductas alimenticias — cuenta Juanjo Brau, el preparador físico personal de Leo—. Conforme aumentas el nivel de exigencia, el combustible debe ser también más afinado. A medida que fue creciendo física y futbolísticamente, tuvo que ir ajustando algunas cosas. Para ir a ochenta por hora, vale cualquiera; para ir a más velocidad, se requiere un funcionamiento perfecto».

Se hizo un estudio holístico, global, del físico de Messi y se descubrieron carencias. «Leo empezó a ver que Pep se preocupó de mejorar sus prestaciones, de su nutrición —recuerda Joan Laporta—. En aquellos momentos aún era un niño que comía, como hacen los críos, frankfurts, Coca-Colas, hamburguesas y cosas así. Lo detectamos y le pusimos un nutricionista que hizo un trabajo espectacular, y fijate tú que Leo apenas se lesionó en la época de Guardiola. Tengo la impresión de que Leo eso lo valoró mucho».

Guardiola obligó a los jugadores a comer todos juntos en la ciudad deportiva, desayuno antes del entreno y luego almuerzo antes de volver a casa. No se trataba de hacer piña, que también, sino de conseguir controlar su alimentación: de tres comidas, el club ponía dos. Desapareció la máquina expendedora del vestuario con sus chocolates y sus patatas fritas.

Se acabaron para Leo los Bollycao, los Conguitos, la Coca-Cola, el asado argentino, las pizzas y las milanesas del restaurante Las Cuartetas, al que dejó de acudir tras la llegada de Pep. Descubrió el pescado que había rechazado hasta entonces. Casi nada de grasas, mucha glucosa, mucha fruta, verdura... Pep aplicó la aprendida táctica de comunicación con Leo para imponerle los cambios: le «recomendó» que siguiera las instrucciones. «Como yo te veo, te iría bien esto...».

Y Leo lo aceptó con cierta «bronca», por la obligación de variar sus hábitos: ya se sabe que el hombre es un animal de costumbres. Pero los resultados fueron determinantes: sin lesiones, Messi disfrutó de esos cambios estrictos que acabaron convirtiéndose en un estilo de vida. El argentino fue aprendiendo a cuidar y escuchar su cuerpo, como hacía años le había pedido Frank Rijkaard.

Leo se hidrataba y tonificaba como se le pedía, descansaba tanto como le exigían, y con Juanjo Brau seguía un proceso de entrenamiento personal que, en parte, ya había empezado con el preparador holandés. «Al final es un jugador diferente y, a los jugadores distintos, hay que tratarlos de manera diferente —insiste Brau—. Siempre que no afecte a la estabilidad del grupo, claro». El grupo admitía la diferencia: sabía que les iba a ayudar a ganar.

Desde entonces, Brau dispuso de Leo antes de los partidos para realizar calentamientos específicos y estiramientos, para, a

continuación, unirse al grupo sobre el césped para un trabajo más colectivo. Juanjo apenas conversaba con él en esos momentos. Únicamente le daba alguna consigna corta y concisa: «Controla esto. Atento». Si había peligro de lesión pero el partido era importante, de esos que había que jugar, Brau le recordaba que debía estar pendiente de sus sensaciones. «No te vuelvas loco, corre la buena, escúchate, el cuerpo te avisará, si notas algo levanta la mano...». Los futbolistas deben seguir mucho más que las instrucciones tácticas.

Y al acabar el entrenamiento o el partido, Brau se le acercaba de nuevo y le preguntaba por sus necesidades musculares. «¿Haremos algo hoy? Deberíamos descargar las piernas». Se trataba de pedirle una traducción de lo que demandaban sus músculos y obrar el milagro de *resetear* al máximo su cuerpo en la camilla. Si con el equipo se trabajaba la fuerza y la velocidad, la prevención estaba en manos de Brau y del estilo de vida. Esas son las claves de la preparación física.

El estudio de la morfología de Messi produjo también un cambio sobre el césped. A menudo se le acusa de descansar durante el partido, de no presionar, de dejarse ir. Y eso tiene una explicación científica que, tras ser identificada, Guardiola pidió que aplicara a su juego. Leo tiene una tipología muscular con un consumo energético muy alto; sus músculos se vacían muy rápidamente de energía y también se recuperan velozmente. Pero el vacío es extremo y eso supone la necesidad de un período de descanso tras un esfuerzo. «No puede estar todo el tiempo arriba y abajo, porque su tipología muscular no es para ese tipo de exigencia física», explica Juanjo Brau.

A Messi se le pidió que dosificara sus esfuerzos. Se le explicó

que, al ser todos ellos de alta finura y de gran exigencia física, no podía estar buscando permanentemente la excelencia en cada acción. No es que no pudiera encontrarla, sino que era mejor para su cuerpo que eligiera los momentos. «Leo es una persona con una madurez profesional, futbolística, que le ayuda a rentabilizar los esfuerzos», concluye Brau.

Así fue convirtiendo un cuerpo frágil en un físico privilegiado. Desde aquella lesión ante el Celtic de Glasgow, en marzo de 2008, hasta la marcha de Guardiola cuatro años después, la Pulga sólo estuvo fuera de los terrenos de juego diez días por cuestiones físicas. Jugó 219 partidos durante esas temporadas. Guardiola, con alma de sargento para estas cuestiones, estuvo muy encima desde el primer día para que no se perdieran las buenas costumbres.

Si la cantera le dio a Leo la formación colectiva y Rijkaard la confianza, Pep Guardiola añadió el orden a su vida. Cuando llegó a Barcelona, Leo medía 1,43 y pesaba 35 kilos. Con Pep se estabilizó en 1,69 y 69 kilos, y, lo que es más importante, descubrió el lenguaje de su cuerpo.

«Hay una cosa que he repetido mucho en las conferencias que he dado sobre el liderazgo —añade Ferran Soriano—. Messi me describió a Pep Guardiola con una frase contundente: “Es cojonudo, porque es duro pero justo”. Añadió trabajo al grupo después de una época en la que no se trabajaba mucho».

Tras la victoria ante el Sporting de Gijón se inició un ciclo que necesitó de todo lo que había en el vestuario del Camp Nou: el ídolo de casa se encontró a futbolistas con muchas ganas de triunfos, a un grupo de jugadores de la cantera que establecieron un nivel de exigencia muy alto y a un Messi que alcanzaba su plenitud.

Se estaba levantando la tormenta perfecta.

3. Victoria ante el Bayern de Múnich, 4-0.

Pero quedan ajustes

—*¿Por qué no salís nunca de la cancha? ¿Por qué jamás salís? Hay partidos en los que van ganando 3-0 y es claro que no es que te quedás sólo por marcar goles, pero, si te quieren sacar, te cabreás.*

—*Porque no me gusta salir. Me gusta terminar los partidos, vayan como vayan. Prefiero entrar a salir. Quiero jugar. No me gusta que puedan pasar cosas y yo me quede en el banco.*

—*Y un día te calentaste, ¿puede ser? Que te sacaron, no te gustó y al otro día no fuiste a entrenarte y dijeron que tenías fiebre o algo así, pero estabas recaliente porque te cambiaron, en los tiempos de Pep. ¿Fue así?*

—*Sí, fue con el Valencia, ganábamos 4-0.*

—*¿4-0? Pero ¡vos estás chiflado!*

—*Sí, fue una boludez que después se me pasó.*

(Entrevista de MARTÍN SOUTO a LEO MESSI en TyC Sports, en marzo de 2013)

Pep Guardiola tuvo que lidiar pronto con uno de los puntos débiles de Leo. Como admitió a Martín Souto, Messi se enfadó porque en el minuto 36, ¡de la segunda parte!, fue sustituido por Pedro. Con el partido ya finiquitado con un rotundo 4-0, Pep le quiso dar algo de descanso con vistas al encuentro contra el Real Madrid siete días después. Thierry Henry había marcado un *hat-trick*, pero Leo estuvo

discreto. Al día siguiente, la Pulga se presentó en las instalaciones del club, según informó la emisora de radio catalana RAC1, pero no se cambió, enojado por su partido y por la suplencia.

Messi se enfada cuando le cambian y también si no le dan balón cuando cree merecerlo. Manel Estiarte creyó entender su mentalidad y así se lo comentó muy pronto: «Yo era como tú. Lo veía clarísimo, pero los demás no son tan buenos como tú».

«Mirá, yo me enojo también cuando no me la pasan, si veo que la jugada está para mí y no me la dan —explica Gustavo Oberman, el internacional argentino que ganó el Mundial Sub-20 con Messi—. Quizá el enojo de él, con tanta cámara encima, se nota más. Pero es algo normal que hacemos cualquier jugador, desde el mejor del mundo al que juega en el barrio con sus amigos. Yo lo hago porque pienso que la mejor jugada está por mi lado y hay veces que no la paso porque no veo las otras jugadas. No es por egoísmo o por hacer una cuenta personal, porque él es un jugador que da muchísimas asistencias también, no sólo define».

Ese Leo era el mismo que Pep descubría competitivo hasta el extremo, incluso en las pachangas. «Dámela a mí que yo lo soluciono», cuenta Diego Milito que gritaba Leo si perdía los amistosos de entrenamiento. Además, seguía unos códigos futbolísticos que había aprendido en Argentina: cuenta Juan Villoro en *Quan no perdiem mai* que, en un entrenamiento, Sergio Busquets entró duro a un balón y le hizo un corte a Messi en la pierna. La sesión continuó y en el vestuario, el centrocampista se fue a disculpar. «Con voz tranquila —se lee en el libro de Villoro—, la víctima pronunció una respuesta hermética, señalando la herida: «Aquí dice “Sergio Busquets”». Leo no iba a olvidar aquello, le debía una. «Días más tarde, cuando el asunto parecía olvidado, le

hizo una entrada dura a Busquets y sonrió con picardía infantil: estaban empatados».

Villoro explica asimismo que, en un partido contra el rival ciudadano, el Espanyol, en el estadio de Cornellà, con victoria azulgrana por 1-5, Messi lo celebró jugando en la banda más cercana al técnico rival, el también argentino Mauricio Pochettino.

Y, de vez en cuando, si un extremo o un delantero, los que viven a su alrededor, no le daban el balón, mostraba igualmente su disgusto. Guardiola entendía que todo ello eran caras de la misma moneda. Y que debía aprender a manejarlo.

Desde que inició su carrera como jugador, Pep supo que hay futbolistas a los que se les debe tratar de forma diferente. Lo vio en el vestuario del Barcelona con Hristo Stoichkov o Romario. Cuando empezó a pensar como entrenador, intentó reflexionar sobre la manera en que eso se aplica sin afectar al grupo. Estando en el Brescia, en 2003, decidió llamar al seleccionador argentino de voleibol Julio Velasco, quien había sido dos veces campeón del mundo.

«Hay un entrenador, Julio Velasco, un argentino que revolucionó el voleibol en Italia y que lo ganó absolutamente todo —explicó Guardiola en un anuncio/entrevista del Banco de Sabadell—. Un día, en que yo tenía interés de conocerlo, me contó que él siempre había escuchado a otros entrenadores repetirle que “todos [los jugadores] sois iguales, para mí todos sois iguales”. Ésa es la mentira más grande que existe en el deporte, me dijo Velasco. No todos son iguales, ni todos tienen que ser tratados igual; sí con el mismo respeto... A uno, para sacarle lo mejor, le tendrás que invitar a comer fuera del centro de trabajo; a otro lo tendrás que citar en tu despacho; a otro no le hables nada de táctica ni del contrario; a otro

háblale todo el día de lo que hace en su tiempo libre. Hay que encontrarle la manera a cada uno, eso es lo fascinante de nuestro trabajo; qué decirle, o qué hacerle, o qué engañarle o, al final, cómo seducirlo para llevarlo a tu terreno y conseguir lo mejor de él. Parece que nosotros estemos por encima de ellos, así nos ven. Y realmente nosotros estamos por debajo, porque dependemos de ellos».

«Me dijo que me había visto hablar en la televisión y que quería charlar conmigo, nos terminamos juntando en Roma —recuerda Velasco para la web Canchallena.com—. Me formuló un montón de preguntas y lo entiendo, porque yo también me formé así. Quería saber, especialmente, cómo hacía para manejar grupos y le conté lo que siempre pregoné: no tratar a todos de la misma manera, porque cada hombre tiene diferentes características psicológicas. Manejar un grupo es un arte y veo que él aplica estas máximas».

Juanjo Brau sabe mejor que nadie cómo tratar al Leo menos diplomático: no le impone nada, sólo recomienda. «Sabe lo que represento para él, como mínimo prestará atención», dice el fisioterapeuta. Si había que negociar un momento, un día para hacer unos ejercicios o masajes o lo que tocara hacer, Brau hacía que la decisión fuera de Leo. «¿Cuándo te va bien hacerlo?», le preguntaba. En lugar de exponerle una planificación anual de lo que debía hacer, le ofrecía la posibilidad de escoger los cuándo y cómo. Al convertirle en propietario de su disposición, Brau lograba que el trabajo no pareciera una imposición, lo hacía más ligero.

Pep, tras la sincronización necesaria de la pretemporada, supo pronto que la mejor forma de tratar con Leo era gestionando sus silencios. Hay jugadores muy expresivos que dicen lo que quieren o no quieren, pero Messi habla poco. Si está enfadado, la labor del

entrenador consiste en averiguar por qué lo está. Messi rara vez verbaliza lo que le pasa, lo que piensa, hay que sacárselo, se debe interpretar su actitud, su comportamiento, sus momentos. Y elegir el adecuado para aplicar la solución. A eso se refiere Pep cuando habla de entender a todos sus futbolistas: cada uno es un mundo.

Guardiola se llevó a Thierry Henry a cenar para pedirle un esfuerzo y conseguir que se enchufara en el equipo: parecía distante, alejado anímicamente de los cambios que se estaban produciendo. Henry respondió a esa invitación con un *hat-trick* ante el Valencia. Pero Pep nunca pensó en ir a comer con Leo: la conversación entre ellos se iba a producir siempre en la ciudad deportiva.

El entrenador nunca olvidó el consejo de Velasco. En la primera Navidad con el equipo, decidió dar a Messi y al resto de jugadores sudamericanos más días de fiesta para que estuvieran con la familia. Leo regresó antes de lo que se le pidió porque estaba aburrido y echaba en falta el balón y el grupo. Quería volver a entrenar.

En una demostración de afecto hacia el nuevo líder del equipo, Pep Guardiola empezó a decir en ruedas de prensa que Leo era el mejor jugador del mundo. Una y otra vez. En esa interpretación que empezó a realizar de los estados de ánimo de Leo, Pep llegó a la conclusión de que, pese a estar blindado por una familia que lo cuidaba, necesitaba afecto. Y desde una perspectiva casi infantil, Guardiola le abrió las puertas para que entrara en su casa cuando quisiera. Pep no propuso un diálogo de adultos, sino de pupilo y maestro.

Al mismo tiempo, Guardiola debía seguir convenciendo al argentino de que su propuesta futbolística le iba a hacer mejor.

Al llegar, Pep contaba con el respeto del vestuario y, en el peor de los casos, con la duda sobre su habilidad y experiencia. Pero en

la pretemporada demostró que de esto sabía mucho. Impuso, para empezar, un sistema muy rígido desde el punto de vista táctico, donde todos tenían que cumplir con sus funciones y con sus responsabilidades. ¿Y Messi? Jugadores como Xavi e Iniesta ganaron con Guardiola un mayor peso específico comparado con la época anterior.

Leo debía seguir esperando la oportunidad de convertirse en el líder absoluto sobre el césped desde la lejanía del extremo. Y los extremos para Pep han de pisar la línea de cal y hacer dudar a los defensores, que tienen que decidir entre ir a buscarlo o evitar la entrada desde segunda línea. Messi era un jugador muy importante, pero el equipo giraba, en un principio, en torno a Xavi, quien se comunicaba con fluidez con el entrenador. Tanto el centrocampista como los otros jugadores de la cantera bendijeron el concepto táctico de Pep y Messi tuvo que aceptar las funciones y roles que le tocaron: jugar abierto, defender al lateral, colaborar con la presión, apoyar a Eto'o, que iba a ser el delantero centro.

Pero Leo ya no era el extremo de aquel duelo con Asier del Horno en el campo del Chelsea. Con Rijkaard había aceptado su labor en un equipo al que acababa de llegar y en el que la referencia indiscutible era Ronaldinho, pero con Pep fue abandonando la banda para aparecer más por el centro: pedía protagonismo. Pep deseaba que Leo fuera más activo cuando el equipo perdía el balón, pero Messi a menudo se despistaba y los equipos atacaban con bastante libertad por su banda, así que el preparador se dio cuenta en seguida de que no podía esclavizarlo en un lado del campo, que hacerlo era perjudicial para el grupo.

«Una “Guardiolina” es una bronca, pero al estilo Guardiola. Con la voz suave, sin gritos, directo al grano, pero sin señalar ni ofender:

buscando convencer al jugador con argumentos constructivos — escribió el analista Martí Perarnau al respecto de una temprana regañina del preparador—. Aunque los receptores del mensaje eran dos, estuvieron acompañados por otros tres jugadores para suavizar aún más la bronca y que no trascendiera. Messi y Henry, por descontado. Ellos recibieron la “Guardiolina”. Fueron ellos quienes, sábado y martes, incumplieron los preceptos sobre los que se fundamenta este Barça. Ante el Espanyol y frente al Olympique. Otros jugadores cometieron errores más aparatosos... Pero esos errores no fueron los responsables de que el juego colectivo del Barça naufragara en ambos partidos».

Leo y Thierry se habían olvidado de presionar a los defensores y de cerrar el campo cuando se perdía la posesión. Se mostraron muy participativos con el balón, pero abandonaron el partido cuando había que defender. Los franceses controlaron con facilidad el centro del campo. «Es el partido con más conclusiones para el futuro —dijo Guardiola—. Servirá para hablar muy claro a los jugadores y, si lo entienden, lucharemos por todo». Pep, según cuenta Perarnau, se reunió con los dos, en presencia de Iniesta, Hleb y Pedro, y les vino a decir, en expresión del analista, que «se acabó “cantamañanear”».

GB: ¿Recuerdas algún partido en concreto en el que dijeras «esto lo tenemos que cambiar»?

PG: Los partidos contra el Lyon y el Stuttgart fueron una buena lección para mí. Sus laterales izquierdos nos crearon muchos problemas. Y cuando eso pasaba no era tanto porque Leo no hiciera aquel trabajo defensivo... En el campo del Lyon, en octavos de final, nos pasó el primer año, también contra el

Stuttgart el segundo año: sus laterales crearon muchos problemas. Y era porque Leo no participaba del balón. Intuías que este tío podría jugar en una posición donde participara más del juego. Al final es lo que queríamos.

GB: En el 4-0 contra el Bayern, el primer año, sigue en su posición en banda...

PG: Juega de extremo. El primer año, cuando ganamos todos los títulos, en el 95 por ciento de los partidos Leo jugó de extremo. Es decir, está bien contar con un sistema, pero a veces el análisis es simple, es tan simple como darte cuenta de que este tío, cada vez que tocaba la pelota, hacía algo, algo pasaba. Y si lo ponías en medio, la tocaba más que cuando estaba en la banda. Mira que te digo: si él está convencido de que ha de jugar de mediocentro, se convertirá en un mediocentro brutal.

Y así se fue fraguando la primera modificación táctica para aprovechar el imparable crecimiento de la Pulga. Porque en aquella temporada en que jugó principalmente en banda, como un «falso» extremo que se metía mucho por el centro, efectivamente pasaron muchas cosas y muy a menudo. En abril llevaba treinta goles, cuando en la última temporada de Rijkaard había marcado diecisiete, y había protagonizado una docena de partidos extraordinarios, así como otra docena de muy buenos.

El Barcelona estaba funcionando en la Liga con una efectividad que incluso sorprendía al entrenador, pero encontró los habituales baches por el camino.

Antes del partido de vuelta ante el Lyon en los octavos de final de la Liga de Campeones, Guardiola se dio cuenta de que el equipo estaba pasando por una racha complicada, no sólo confirmada por

las estadísticas (una victoria y dos derrotas en seis encuentros, además del complicado empate a uno ante los franceses en la ida), sino también por las sensaciones.

Se necesitaba un golpe psicológico, un abrazo, una reactivación. Pep pidió que se recopilara un vídeo donde los suyos pudieran ver, disfrutar, recordar lo que habían construido durante la temporada que alcanzaba su momento cumbre. Todos los goles marcados hasta entonces fueron editados con la banda sonora de *Human*, la canción de The Killers, que acabó convirtiéndose en el «himno del equipo en la última parte del curso», como explica Ricard Torquemada en su *Fórmula Barça*.

Messi pidió una copia de ese DVD.

El Lyon fue derrotado con rotundidad, 5-2. Y Messi pidió una copia de ese DVD.

En la siguiente ronda, los cuartos de final, tocó el Bayern de Múnich, una eliminatoria que a priori se intuía muy igualada. El partido de ida se jugó en Barcelona. El Bayern venía de perder 5-1 contra el Wolfsburg, que acabó ganando la Liga alemana aquella temporada, pero los bávaros no podían imaginarse lo que se iban a encontrar en el Camp Nou.

Los cuatro goles se marcaron en una primera parte que Laporta definió como la «mejor mitad de la historia del club». El equipo se había montado en un tobogán y no hacía más que bajar a toda velocidad, disfrutando, arrasando rivales por el camino.

***Liga de Campeones, cuartos de final, ida. 8 de abril de 2009.
F.C. Barcelona 4 - Bayern de Múnich 0***

Barcelona: Valdés; Alves, Márquez, Piqué, Puyol; Xavi, Touré (Busquets, min. 81), Iniesta; Messi, Eto'ó (Bojan, min. 89) y Henry (Keita, min. 74). No utilizados: Pinto, Cáceres, Gudjohnsen y Sylvinho.

Bayern de Múnich: Butt; Oddo, Demichelis, Breno, Lell; Schweinsteiger, Van Bommel, Zé Roberto (Sosa, min. 77); Altintop (Ottl, min 46), Ribéry y Toni. No utilizados: Rensing, Podolski, Lahm, Borowski y Badstuber.

Goles: 1-0, min. 9, Messi, a pase de Eto'ó. 2-0, min. 12, Eto'ó, tras una asistencia de Messi. 3-0, min. 38, Messi remacha un centro de Henry. 4-0, min. 43, Henry, tras un rechace de Van Bommel.

Luis Martín, «Además del talento es clave su esfuerzo», *El País*: «Messi remató tres veces a portería, marcó dos goles y estrelló un balón en el palo. Lleva ocho tantos en los ocho partidos que ha jugado en esta Champions —lidera la clasificación de goleadores europeos— y con los dos de anoche suma 32 desde que empezó el curso. Además, dio dos pases de gol, uno a Eto'ó y otro a Henry, sus infatigables compañeros en el frente de ataque».

Ramon Besa, «El Barça ametralla al Bayern», *El País*: «[...] El árbitro amonestó a Messi después de que Lell le pusiera la pierna en una jugada que pareció penalti. El colegiado encendió al campo con la amonestación al argentino por simular la caída. Hasta Guardiola acabó expulsado.

»[...] [Tras el descanso] Messi reapareció para juntarse ahora con Henry tras haberse asociado con Eto'o. El argentino punteó como un ariete un centro espléndido del francés y después el francés culminó una jugada de billar del argentino. Al Barça le había alcanzado con media parte para atropellar al Bayern: 4-0».

Pronto el enunciado del presidente iba a quedar obsoleto.

4. El 2-6 en el Bernabéu

—*¿Los partidos con el Madrid de Mourinho son especialmente duros?*

—*Cada partido es diferente. Todos son duros. Contra el Madrid, por lo que significa, por la capacidad de sus jugadores, se hace más duro, pero ya todos son duros.*

—*¿Qué admira del Madrid?*

—*Me gusta mucho jugar en el Bernabéu. Es un gran club con una gran historia.*

—*¿Del equipo de Mourinho?*

—*El Madrid, a la contra, te mata. Tiene delanteros rapidísimos y la conexión defensa-ataque dura cinco segundos y es gol. No le hace falta jugar bien para meter tres goles. Tiene muchas situaciones por sus jugadores, que son muy buenos. Yo tengo la suerte de conocer bien a Higuáin y Di María. El Pipa no aparece,*

toca dos pelotas y te hace dos goles. De la nada el Madrid te hace un gol.

—¿Qué piensa de Mourinho?

—No puedo hablar. No le conozco, no hablé nunca con él. Sólo puedo hablar de lo que consiguió, que es mucho, muchos títulos. Sé que sus jugadores hablan bien de él, pero no le conozco.

*(Entrevista a LEO MESSI para El País [RAMON BESA y LUIS MARTÍN],
30 de septiembre de 2012)*

Leo Messi estaba comiendo con un colaborador suyo cuando recibió una llamada. Era Guardiola. Quería enseñarle una cosa. Después de estudiar con detalle cómo batir al Madrid en el Bernabéu, le pidió que acudiera a la ciudad deportiva. El Clásico caía entre las dos semifinales de la Liga de Campeones con el Chelsea y era de la máxima exigencia para el Barcelona. Estaba acabando la Liga y el Madrid de Juande Ramos había conseguido siete victorias seguidas y se había colocado a cuatro puntos de los culés a cinco partidos del final.

Guardiola aseguró que iba a Madrid a ganar y creía haber descubierto cómo. Tenía unos vídeos preparados y quería convencer a Leo para que aplicara una variación táctica que podía crear dudas en la defensa blanca.

GB: El 2-6. ¿Preparasteis aquella semana su posición o salió un poco pensando que los dos centrales eran lentos o que preferían tener una referencia fija?

PG: Vimos juntos unas imágenes donde estudiamos cómo se movían ellos y observamos que, si Leo se movía por el centro,

podría recibir muchos balones. Eso era importante y siempre fue nuestro principal objetivo: que pudiera participar mucho del juego.

GB: ¿Y cómo lo hiciste? ¿Le enseñaste vídeos?

PG: Sí, encontramos unas imágenes y...

GB: ¿Los dos solos?

PG: Sí, le llamo y le digo: «Ven un momento y mírate esto». Él se lo miraba y reía. Y ya está.

GB: ¡Se reía porque lo veía claro!

PG: Imagino que pensó: «¡Voy a estar solo en esa posición!». Eso creo que pensó. Pero claro, esto es lo fácil. Luego queda la otra parte, la más importante: «Tengo el espacio pero ahora tengo que avanzar los últimos quince o veinte metros y meter gol». Y eso, claro, no hay ni vídeo ni imágenes que te lo resuelvan. Cuando hablamos de táctica, siempre hablamos de jugadores. Sin ellos la táctica no tiene sentido. Al final los entrenadores estamos aquí sólo para estar al servicio de los mejores futbolistas. Yo siempre he intentado hacer jugar a los mejores que tengo, cada uno en su lugar y que toquen los mejores balones posibles.

GB: Leo tiene un estilo de juego que se trajo de Rosario. El Barcelona le ha dado seguridad, le ha ayudado a ser profesional, le ha hecho entender su cuerpo, tú mejoras el equipo. Pero, en el fondo, siempre ha jugado de la misma manera. ¿Estás de acuerdo?

PG: Él es un jugador puramente intuitivo; por tanto, le tienes que dar libertad. Hay jugadores que te piden libertad, pero no saben solucionar bien esa libertad. A él se la puedes dar. Pero el Barça también le da, desde muy pequeño, la capacidad de

entender un poco el juego, de entender dónde te tienes que colocar para tener los mejores espacios, la explicación de por qué has jugado mejor o peor en esta o esa posición. Así que imagino que, dentro de su idea e inteligencia futbolística, él solo habrá llegado a conclusiones: «Hostia, es verdad, haciendo eso me va mejor, haciendo aquello otro me va peor». Y poco a poco esa educación le habrá servido para definir su manera de jugar.

Tras la conversación frente a un ordenador entre Pep y Leo, la idea quedó clara. «En una charla previa al encuentro, Pep nos explicó cómo iba a jugar Leo —recuerda Piqué—. Creo que ni siquiera llegamos a practicar durante la semana. Leo iba a jugar de falso nueve y Samuel, en banda».

La figura del falso nueve no la inventó Pep Guardiola ni nunca clamó haberlo hecho. Nació con Nándor Hidegkuti y el famoso equipo húngaro de los cincuenta. Alfredo di Stéfano fue un jugador completo que también hizo daño desde una posición de falso delantero (además fue falso mediocentro, falso interior...). Rinus Michels le dio ocasionalmente ese rol a Johan Cruyff en los setenta y fue recuperado por Michael Laudrup en el Dream Team, con Cruyff en el banquillo y un joven Pep Guardiola de cuatro.

Sylvinho recuerda que se trabajaron muchas otras cosas en los días previos: «Hubo estrategia, jugadas por banda con Thierry, movimientos de Samuel. Todos nosotros —y me refiero a Guardiola, a la plantilla, al grupo— planteamos un gran partido. Empezamos perdiendo y todo parecía que se iba al garete...».

Existía un factor añadido que debe considerarse: antes del partido, los capitanes recordaron a Leo y a la plantilla que no debían

hablar en prensa de venganza por el «pasillo de honor» que les tocó hacer en el Bernabéu la temporada anterior. Pero aquello les había fastidiado mucho. «Claramente, estábamos dolidos por dentro — contó Messi a la *Gazzetta dello Sport*—. De hecho, más que por el resultado o el modo como perdimos, por el pasillo». Aquella noche el Barcelona cayó derrotado 4-1 contra los campeones de Liga.

Vale, no se iba a hablar públicamente de venganza. Pero...

En el visionado que Pep hizo con Leo, el entrenador le había explicado que, si se situaba en el centro delante de los centrales, eso les iba a crear dudas. Si uno de ellos decidía salir de su zona defensiva y apretarle, Leo podía escaparse de él y buscar el uno contra uno con el otro central, o en todo caso podría servir para dejar a otro delantero blaugrana en un uno contra uno con el central que mantenía su posición. «La jugada salió fantásticamente — reconoce Piqué—. El Madrid no contó con esa posibilidad y los centrales decidieron no salir, no sabían qué hacer y Leo tenía un espacio brutal para girarse y encarar».

2 de mayo de 2009. Jornada 34 de Liga.

Real Madrid 2 - F.C. Barcelona 6

Real Madrid: Casillas; Sergio Ramos (Van der Vaart, min. 71), Cannavaro, Metzelder, Heinze; Gago, Lass; Robben (Javi García, min. 79), Raúl, Marcelo (Huntelaar, min. 59) e Higuaín. No utilizados: Dudek, Torres, Drenthe, Faubert y Saviola.

Barcelona: Valdés; Alves, Puyol, Piqué, Abidal; Touré

(Busquets, min. 85), Xavi, Iniesta (Bojan, min. 85); Messi, Eto'o y Henry (Keita, min. 62). No utilizados: Jorquera, Cáceres, Sylvinho, Gudjohnsen y Hleb.

Goles: 1-0, min. 13, Higuaín. 1-1, min. 17, Henry. 1-2, min. 19, Puyol. 1-3, min. 35, Messi. 2-3, min. 56, Ramos. 2-4, min. 58, Henry. 2-5, min. 75, Messi. 2-6, min. 82, Piqué.

Cayetano Ros, «Cuatro lecciones de Xavi», *El País*: «[...] Messi se estrenó como goleador en el Bernabéu. Guardiola le alejó de la banda para que se midiera las veces que pudiera a los dos centrales madridistas, Cannavaro y Metzelder. Los masacró. No solamente a ellos, sino también a los dos mediocentros, puesto que Messi se dejaba caer al medio del campo para arrancar. Messi acaparó el balón junto a Xavi, con breves conexiones con Henry. De una de ellas, el pase picado de Messi dejó solo a Henry ante Casillas, en el primer gol azulgrana».

Piqué-Xavi-Iniesta-Messi fueron el hilo conductor de una noche memorable para el barcelonismo.

Ramon Besa, «La llave del clásico se llama Messi», *El País*: «[...] La clave estaba en mover a Messi de su demarcación habitual de extremo derecho hasta la línea media como falso 9 o cuarto centrocampista. La Pulga se movió entre líneas para asociarse con Xavi e Iniesta, hasta conseguir situaciones de superioridad de tres contra dos ante Gago y Lass —marcadores individuales de los dos volantes azulgrana— y provocar la salida de los centrales madridistas, más adelantados que nunca,

desbordados por la profundidad de Henry y Eto'o, siempre verticales. Querían los técnicos evitar que el rival dispusiera un *antiMessi* y convencieron al argentino de que jugara igual que como lo había hecho un rato en Sevilla y ante el Valencia en el Camp Nou. Los azulgrana ganaron el partido por dentro con Xavi-Messi e Iniesta y por fuera con Henry y Eto'o, sacrificado en la banda, aparentemente desconectado y, sin embargo, resolutivo en acciones como la del sexto gol. [...] Y hasta Eto'o asintió: “El *mister* estuvo muy lúcido cuando me mandó a la banda mientras Messi se iba al centro”. Una vez puestos los egos al servicio del equipo, el triunfo fue más sencillo para un histórico Barça».

Pep, en rueda de prensa: «Messi, Xavi e Iniesta hacen buena cualquier idea que pueda tener».

«El vestuario estaba como loco —recuerda Sylvinho—. Celebré tanto como los que jugaron. Fue una satisfacción colectiva enorme. Lo que habíamos trabajado, estudiado, hablado, se había concretado en noventa minutos perfectos de fútbol».

El recurso táctico había funcionado. Pero Leo iba a regresar a la banda y su posición de falso nueve no se recuperó hasta la final de la Liga de Campeones ante el Manchester United.

Alex Ferguson se preparó para enfrentarse al Barcelona de siempre, justo cuando dejaba de ser el de siempre.

5. Final de la Liga de Campeones contra el Manchester United, 2009. Seis de seis

En el partido de vuelta de las semifinales europeas ante el Chelsea, el Barcelona utilizó un ataque con Iniesta por la izquierda, Eto'o en el centro y Leo de punto focal, jugando con libertad en las posiciones de ataque. El empate a cero de la ida en el Camp Nou complicó el partido en Stamford Bridge cuando Michael Essien marcó a los ocho minutos y Eric Abidal fue expulsado a los 66.

Guus Hiddink probablemente envió el mensaje equivocado cuando sustituyó a Didier Drogba por el defensor Juliano Belletti a veinte minutos del final. En todo caso la iniciativa pertenecía al Barcelona, aunque no creaba ocasiones. Estaba siendo un encuentro muy tenso.

En el minuto 93, al límite del tiempo, Messi cedió el balón a Iniesta, que regaló a la historia del club un formidable disparo desde fuera del área que batió el formidable ejercicio defensivo del Chelsea.

Antes de la final, un Barcelona de camino a la gloria, a tres pasos de la extraordinaria hazaña de ganarlo todo esa temporada, debía jugar la final de la Copa del Rey ante el Athletic de Bilbao. «Cuentan que el miércoles 13 de mayo —explica Luis Martín en *El País*—, cuando el equipo se marchaba del campo para coger el avión rumbo a Valencia, donde esa noche se jugaba la final de la Copa del Rey, Iniesta, que se quedó en Barcelona a recuperarse, se acercó a Messi y le dijo: “Tráeme la Copa y en Roma te hago Balón de Oro”».

Era la primera final que Leo jugaba de titular desde que llegara al primer equipo. El Barcelona venció con un rotundo 4-1, aunque el primer gol fuera del Athletic. Leo participó en tres de los cuatro tantos blaugranas, uno de ellos, suyo: el del 2-1, una jugada que se iba a repetir muchas veces a partir de entonces. Con el balón en el área, amagó y mantuvo la posesión hasta encontrar el hueco entre docenas de piernas para superar la defensa rival.

Tres días después, el Barcelona se proclamó campeón de Liga antes de su encuentro ante el Mallorca. El Madrid había perdido en el campo del Villarreal y quedaba a unos inalcanzables ocho puntos del líder a dos jornadas del final: el eterno rival se había rendido después de la exhibición blaugrana en el Bernabéu. El Barça consiguió el quinto doblete de su historia.

En la final de la Liga de Campeones en Roma les esperaba el Manchester United de Cristiano Ronaldo.

Antes de jugarse, de ese encuentro se dijeron, principalmente, dos cosas: que el Manchester United era claro favorito (a ojos de la prensa inglesa) y que se iban a enfrentar por primera vez los dos principales futbolistas del planeta. «Sin duda, los dos mejores del momento, han hecho una temporada fantástica», dijo sir Alex Ferguson. «Alex prefiere a Ronaldo, nosotros preferimos a Leo», añadió Pep. «Qué interesante tener a ambos en una final», concluyó el escocés.

El público, alentado por los medios de comunicación, decidió, ya desde entonces, que la única relación posible entre Leo y Cristiano era la del odio o el desprecio. En un mundo de blancos y negros y 140 caracteres, apenas cabe nada más. Sin embargo, cuando se han cruzado, también aquella noche en Roma, ambos han mostrado esa mezcla de sentimientos que se profesan los némesis,

esos rivales que hay que superar pero que te hacen mejor. No hay cariño. Tampoco lo contrario. El respeto es mutuo. Otra cosa es lo que se diga en círculos íntimos, cuando hay que sacar pecho y las bromas son fáciles y privadas.

En la previa de la final, Leo paseaba por los pasillos del hotel de Roma como si nada, con el volumen emocional al mínimo: «La verdad es que hasta el partido todo fue igual que de costumbre, un día como cualquier otro, como lo vivimos siempre. Estábamos muy tranquilos y confiados en nosotros mismos», contó días después Leo, que tenía presente que todavía no había sido capaz de marcar a un equipo inglés. Aceptó el reto.

Luis Martín recoge en *El País* una anécdota ocurrida esa noche. «A Messi le costó [...] convencerse de que lo que vio el martes al llegar al hotel era cierto. Telefonó a Estiarte. [...] “¿Puedes venir a mi habitación? Tengo un problema.” [...] Así que salió zumbando, asustado, temiendo algo que no atinaba a imaginar, porque Messi no se queja nunca. “Mira, Manel, no hay cama”, le dijo Leo. Estiarte resopló aliviado: el problema tenía solución. Carlos Naval, el delegado, se encargó de la cuestión».

«Ensayamos la opción del falso nueve justo antes de la final», recuerda Pedro.

Leo, que vio antes del calentamiento a sus allegados sentados al lado del resto de familiares de la plantilla entre miles de aficionados blaugranas, comentó que esa final parecía estar jugándose en el Camp Nou. Estaba disfrutando de la atmósfera eléctrica que se estaba formando en Roma.

0.

Estadio Olímpico de Roma

Barcelona: Víctor Valdés; Puyol, Touré Yaya, Piqué, Sylvinho; Xavi, Busquets, Iniesta (Pedro, min. 90); Messi, Eto'o y Henry (Keita, min. 70). No utilizados: Pinto, Cáceres, Gudjohnsen, Bojan y Muniesa.

Manchester United: Van der Sar; O'Shea, Ferdinand, Vidic, Evra; Park (Berbatov, min. 65), Anderson (Tévez, min. 46), Carrick, Rooney; Giggs (Scholes, min. 74), y C. Ronaldo. No utilizados: Kuszczak, Rafael, Evans y Nani.

Goles: 1-0, min. 9, Iniesta pasa a Eto'o, que regatea a Vidic y chuta, con la puntera, superando a Van der Sar. 2-0, min. 70, Messi remata de cabeza, al palo largo del portero, un centro de Xavi.

Luis Martín, «Messi es el mejor», *El País*: «La Pulga marca un gol de cabeza y demuestra a Cristiano Ronaldo, que terminó desquiciado, quién es el verdadero rey.

»[...] Messi, que no vio a Evra ni en pintura porque nunca le encaró por banda izquierda, no tuvo el día más fino, pero, como suele decir Guardiola, nunca juega mal. Era su noche, tenía que aparecer y apareció. Casi siempre citó de lejos a los centrales del Manchester y un par de veces encontró pasillo entre un bosque de tipos vestidos de blanco, pero no le hizo daño a Van der Sar hasta que remató de cabeza un centro de Xavi a la espalda de los defensas. Lo había avisado Guardiola

en una rueda de prensa [...] cuando le preguntaron si para ser el mejor jugador del mundo no le faltaba remate de cabeza. “Os aconsejo que no le pongáis a prueba porque algún día meterá un gol rematando de cabeza y os hará callar”, profetizó el de Santpedor.

»[...] Y en el Olímpico se escuchó corear a 20 000 *culés* el nombre de Messi, *La Pulga*. Con 12 goles en la *Champions* y todos los títulos en el bolsillo, ya no hay duda. Iniesta cumplió su palabra y, en efecto, ya no hay duda: Messi es el mejor».

Martí Perarnau en *El Periódico*: «Tampoco nadie ha encontrado aún las palabras que hagan justicia al memorable Messi, un hombre a un balón pegado, autor de un vuelo sin motor para alojar el cuero definitivo en las redes olímpicas. A cámara lenta, como si fuera un gigante portentoso, marcando los tiempos y las fases, haciendo eterno el deleite blaugrana, aviador de sí mismo, Messi ejemplifica todos los valores que reúne este equipo: humildad y compromiso, sacrificio y solidaridad, esfuerzo y alegría, frescura y talento, cantera y ambición».

GB: Llega la final de la Champions. Ya a los diez minutos cambia el dibujo sobre el campo.

PG: Lo habíamos probado contra el Madrid. Con el Chelsea jugamos de otra manera, no regresamos al falso nueve hasta la final del Manchester. Dijimos: los primeros diez minutos comenzamos como imagino que ellos han pensado que vamos a

jugar, y al cabo de diez minutos...

GB: O sea, estaba previsto.

PG: Sí, sí, a los diez minutos Samuel va a la banda, y Leo se mete por dentro. Pero en una de las primeras acciones, en el primer minuto de juego, Leo no sigue a Evra y se crea una primera acción de peligro, que es lo que te decía de los partidos europeos. Y viene aquella falta que Cristiano tira y despeja Víctor, una ocasión clarísima. En esto tiene mucho mérito Samuel, que se adaptó a lo que le pedimos..., recuerdo muy bien que en Lyon, cuando tuvimos tantos problemas, también se adaptó. Durante 35 o 40 minutos le puse de extremo y Leo se metió por dentro para que, al menos, el once se equilibrara y pudiéramos ajustarnos mucho mejor defensivamente. Además, Samuel nos podía ayudar en ataque porque tiene las cualidades perfectas para hacer muy buenas diagonales de fuera adentro. Sin Samuel no podríamos haber hecho todo eso aquella primera temporada, ni en aquel partido. Es otro jugador grande para los grandes partidos. Pocas veces falla en los momentos decisivos.

GB: El cambio táctico fue una sorpresa para el Manchester United; los ingleses no habían estudiado el partido contra el Real Madrid.

PG: Aunque lo hubieran estudiado, es difícil de parar. Porque obligas al central a salir de su posición hacia zonas muy lejanas. Lo centrales en Inglaterra, y en casi todo el mundo, están habituados a vérselas con delanteros centros altos y fuertes, y es ahí donde se sienten cómodos. Y si tienen que defender a jugadores de perfiles distintos, pequeños, dinámicos, y se ven obligados a salir mucho de su zona, incluso

a veinte metros, les cuesta un poco más.

Leo no sólo había cumplido con sus obligaciones tácticas, siguiendo las instrucciones de Pep y su propia intuición, sino que había marcado tras una asistencia de Xavi, un pase medido al área.

Y cuando lo hizo, de cabeza, con un golpe certero, bombeado por encima del portero, un tanto que Edwin van der Sar se ha negado a recordar en público y en privado, se le salió la bota. Como si hubiera tenido que estirarse tanto para llegar a la altura justa que el pie se le hubiera quedado, de repente, pequeño.

La mejor publicidad que Adidas pudo haber tenido.

«A Pep le gustaba estar encima del jugador, conocer su estado de ánimo, cuándo está bien, cuándo está mal —cuenta Pedro—. Para nosotros, que pasamos muchos días entrenando y jugando tantos partidos, eso es muy importante: tener a alguien que te vea y que te entienda. Son muchos días y no todos iguales; un día puedes estar animado en un entreno o en un partido, pero otro quizá estés más decaído. Es preciso que haya alguien que te exija, pero que esté presente cuando lo necesitas, que sepa lo que sientes casi sin hablar. Pep exigía a Leo, pero éste sabía que el míster estaba para las duras y las maduras, que estaba a su lado, y Messi respondía a eso».

«Cuando Guardiola hacía variaciones era para que Leo destacara —continúa Pedro—. Y cuando salían las cosas bien, en este caso la final de Roma, notabas que entre los dos había una conexión especial, esa cosa de decir “justo como lo planeamos”. Leo y Pep, la primera vez que se cruzaron en la intimidad del vestuario de Roma, se dieron un abrazo. Y no se dijeron nada. No hacía falta. Era su “misión cumplida”».

«Sí, sí, fue algo hermoso, siempre es lindo hacer goles y más en

ese partido, en esa final, era algo impensable, como un sueño, así que fue bonito. Después sí, después fue todo felicidad, mucho festejo, mucha alegría —recontó años después Messi, que explicó a *El País* lo que había detrás de tanto regocijo, más allá incluso de lo que produce una victoria como aquélla—. Había tenido la Champions de 2006, en la que me había quedado la espina de no poder jugar, de lesionarme en octavos contra el Chelsea y ya no poder volver. Había dicho que quería una Champions siendo yo partícipe y eso fue muy lindo».

«Ése fue un partido muy bonito y a la vez muy complicado para mí», recuerda Sylvinho. El lateral sabía que se le acababa su tiempo en el Barcelona, el club no le había ofrecido todavía una renovación que nunca llegó. Tenía treinta y cinco años y había jugado casi todos los partidos de Copa y muchos de Liga por las lesiones de Puyol y Abidal que obligaron a Pep a retocar la defensa. Fue también titular de la final de la Liga de Campeones en el lateral izquierdo tras la suspensión de Abidal y después de que Keita le dijera a Guardiola que no le escogiera a él como planeaba el entrenador: Keita le argumentó que el equipo iba a sufrir con esa decisión.

Al brasileño, paseando extático sobre el césped del Olímpico de Roma tras la victoria, se le vinieron a la cabeza viajes con Ronaldinho, conversaciones con Rijkaard, el día que Deco sentó a Leo en la mesa de los brasileños, los gritos argentinos al chino en el hotel. Le pidió a Messi que se echara una foto con él. «Celebrando en el campo yo era consciente de que Leo sería de esas personas con las que a mí me costaría mucho seguir en contacto, y me iba a doler no tenerlo a mi lado, como compañero, como amigo. Fue una noche muy difícil. En aquel momento él no entendía, pero le pegué un gran abrazo en el campo y lloré bastante. En mi cabeza, me repetía “se

me está acabando”»).

Leo lo abrazaba de felicidad, Sylvinho con profunda tristeza. «Fui titular en la final, menuda manera de acabar una carrera. Y mientras estaba cogido con él me estaba despidiendo sin decirle nada». Recientemente, el brasileño le envió por mensaje la foto de aquel abrazo. «Hostia, Sylvio, qué foto más bonita», le contestó Leo. «No te acuerdas, ¿no?», lo probó Sylvinho. «Sí, sí», dijo Messi. Parecía haber caído en la cuenta del porqué de aquel apretón emocionado.

«Recuerdo que, cuando estábamos cenando con nuestras familias tras la final de Roma, se le acercaban los aficionados y los atendía con esa tranquilidad que tiene», apunta Pedro.

De hecho, aquella noche fue una pequeña pesadilla para la Pulga. El Barcelona había organizado una celebración en un castillo cerca de Roma, en teoría un evento privado que acabó convirtiéndose en una pasarela de amigos accidentales o ni siquiera amigos. «Hasta los gatos entraron», explica un futbolista del Barça. Fue complicado encontrar una esquina tranquila y los jugadores apenas pudieron pasar un rato con sus familiares. Se hizo muy complicado disfrutar de la noche. No fue la celebración que mereció un día tan histórico.

Y una temporada legendaria: se había ganado todo.

Messi, que acabó la Liga de Campeones como máximo goleador con dos tantos más que Steven Gerrard, del Liverpool, y Miroslav Klose, del Bayern de Múnich, se había convertido definitivamente en el mejor futbolista del mundo. «Leo demostró que era el mejor jugador del mundo —concluye Piqué—. Ya lo habíamos dicho antes, pero nadie lo creía. Después de aquella noche, la jerarquía quedó clara».

Juanjo Brau añade: «En el avión de vuelta, cogió el micro e hizo unos *sketches*. No paraba de reír, bromeando sobre sus compañeros, con fina ironía argentina».

En el Camp Nou, celebrando los tres títulos tras un paseo en autocar por las calles de Barcelona, un Leo con bufanda y barretina cogió el micrófono. Fue la noche de la voz «aturdida» y del «*Visca el Barça i visca Catalunya!*». Jorge Messi miraba desde el palco entre avergonzado y orgulloso.

Goles en la temporada 2008-2009

Henry: en Liga, 19 goles / en Copa del Rey, 1 gol / en cinco partidos de Champions, 6 goles / total: 26 goles.

Eto'o: en Liga, 30 goles / en cinco partidos de Champions, 6 goles / total: 36 goles.

Messi: en Liga, 23 goles / en Copa del Rey, 6 goles / en seis partidos de Champions, 9 goles / total: 38 goles.

En un entrenamiento de aquella temporada, Samuel le gritó a Pep, que intentaba corregirle unos movimientos. El camerunés le recordó que él era delantero y que Guardiola no lo había sido; que sabía lo que tenía que hacer. Ya no había comprensión, paciencia. Pep era consciente de que el esfuerzo de Samuel fue ingente aquel año, pero habían llegado a un callejón sin salida. La decisión del entrenador era inevitable: el crecimiento de la Pulga requería del

espacio que pedía Eto'ó.

Para la siguiente temporada, Pep Guardiola decidió que no quería seguir contando con Samuel Eto'ó. Habló de *feeling* para no tener que explicar que el camerunés ya no quería ser tratado como un asistente de la nueva estrella.

GB: Se va Samuel Eto'ó. ¿Cómo explicas su marcha?

PG: Fue una decisión táctica. La razón por la que se decidió que Samuel se fuera es puramente táctica, no hay ninguna más. No hay otra. Hubiera sido imposible ganar todo lo que ganamos el primer año sin Samuel, totalmente imposible. Se adaptó a Leo cuando así lo decidí y a los planteamientos del equipo en los dos partidos claves, en el Bernabéu y en la final de Roma. Pero decidí que Leo iba a jugar a partir de entonces en el medio y creía que era injusto que Samuel, todos los partidos del año, los tuviera que jugar en la banda. Entendía que no sería bueno que se adaptara a Leo ochenta partidos, no era lo correcto. Pedro, Jeffrén, Bojan..., sí que podrían.

«Ronaldinho devolvió la ilusión al barcelonismo y Eto'ó, las victorias —explica Joan Laporta—. Yo asumí la responsabilidad de decirle a Samuel que no continuaría. A un jugador tan temperamental como él le costó asumir lo del *feeling*, aunque sabía que podía haber hecho más para agradar al entrenador. No fue un capricho de Pep, fue una decisión que nos costó mucho tomar. Ese año quisimos fichar a Villa, a Forlán o a Ibrahimovic. Se intentó primero a Villa, pero económicamente no era posible. Finalmente fue Ibra. Necesitábamos que Eto'ó entrara en la operación para traer al sustituto y Samuel no

quería ir al Valencia cedido, pero sí al Inter de Milán. Además, Ibra era el preferido por el cuerpo técnico. El Manchester City nos ofrecía 32 millones de euros por Samuel, pero él no quiso irse allí porque todavía no se había clasificado para la Champions».

Zlatan costó los 20 millones de euros en que se valoró a Eto'ó más otros 46 millones, que lo convertían en el jugador más caro de la historia del club.

El nuevo planteamiento táctico ofrecía la posibilidad de utilizar una formación clásica de la escuela holandesa, un 4-3-3 con un delantero capaz de jugar de espaldas, lo que permitía el balón largo, la posibilidad de que el delantero aguantara la posesión y permitiera que llegaran futbolistas de segunda línea. Además, Zlatan tenía el suficiente talento como para encarar la portería y era goleador. Pep había jugado así con Van Gaal de entrenador y Kluivert de ariete.

Pero, para que funcionara, debía establecerse una relación fructífera con los compañeros de ataque, especialmente con Leo, quien cada vez más a menudo se metía por dentro con sus peligrosas diagonales. Ése era el reto de la temporada que empezaba y que tuvo un momento cumbre en diciembre: la posibilidad de culminar aquella obra que había empezado un año y medio antes con la consecución del sexto título de seis, el Mundial de Clubes.

Leo tenía un tobillo tocado y realizó varias sesiones de trabajo con Juanjo Brau en la playa de Abu Dabi. No estaba para empezar el encuentro y se sentó en el banquillo en las semifinales contra el Atlante mexicano. Se le complicó el partido al Barça con un gol en contra en el minuto cuatro. Ni siquiera el Atlante estaba preparado para eso: habían seguido al mejor equipo del año y no creían tener opciones. «Chicos, juntitos atrás y que no nos metan cinco», dijo uno de los líderes del vestuario antes de salir al terreno de juego.

Pero dada la oportunidad, los mexicanos no iban a regalar nada. Busquets empató en el 35, pero costó crear ocasiones de gol ante un equipo encerrado atrás. En el 54, Ibrahimovic puso el balón al espacio hacia donde corría Leo, que acababa de salir, y lo convirtió en el 2-1. Pedro, hasta entonces el único jugador en marcar en un año en todas las competiciones, cerró el marcador con el 3-1 final.

Antes de la final contra el equipo argentino de Estudiantes de la Plata, Messi escuchó una de las memorables charlas de Pep Guardiola, que cerró con un vaticinio: «Si hoy perdemos, seguiremos siendo el mejor equipo del mundo. Si ganamos, seremos eternos».

Pero empezó marcando el conjunto rival, que de nuevo intentó defender la ventaja en su propia área.

Final del Mundial de Clubes. 19 de diciembre de 2009.

C. Estudiantes de la Plata 1 – F.C. Barcelona 2. Sede: Abu Dabi

Estudiantes: Albil; Rodríguez, Cellay, Desábato, Ré (Rojo, min. 90+1); Díaz, Benítez (Sánchez, min. 76), Verón, Braña; Enzo Pérez (Maxi Núñez, min. 79) y Boselli.

Barcelona: Valdés; Alves, Puyol, Piqué, Abidal; Xavi, Busquets (Touré Yaya, min. 79), Keita (Pedro, min. 46); Messi, Ibra y Henry (Jeffrén, min. 82).

Goles: 1-0, min. 37, Boselli. 1-1, min. 89, Pedro. 1-2, min. 110, Messi.

Ramon Besa, «Campeón de campeones», *El País*: «Messi no sólo tiene pies y cabeza, seguramente los mejores del mundo, sino que también le da muy bien con el pecho. Y marca goles con el corazón que dan títulos como ayer en Abu Dabi. Así son los guiños del fútbol. Un asunto tan serio, un título tan pomposo como el Mundial de Clubes, acabó siendo una cosa de niños, del pecho de Messi, las piernas de Jeffrén, la cabeza de Pedro. [...] Pedro forzó la prórroga en el penúltimo tiro. Marcó Pedro después de un ataque y gol del Barcelona y, una vez vencido Albil, sólo fue cuestión de aguardar la aparición de Messi, que cruzó con el pecho un centro de Alves. [...] El mejor *pibe* acabó por firmar la derrota de sus compatriotas argentinos».

Luis Martín, «... Y Messi marcó con el corazón», *El País*: «La pelota le llegó tocadita, perfecta para el remate y otro le hubiera pegado de cabeza. Messi no, de cabeza ya le pegó en Roma, el día que se le salió la bota y el Barcelona logró la *Champions* y, con ella, el triplete. Ayer, se inventó el gol con el pecho. O con el corazón. Le enseñó la espalda a Verón y a Cellay y el pecho al balón. Y Albil se quedó mirando la pelota, que entró. “Me quedó allí y pensé en asegurar, eso es todo. Le pegué con el pecho y con el corazón”, resumió el argentino. Y entonces, Messi corrió con la cara rebosando felicidad. Le abrazaron sus compañeros y, cuando salió de esa piña, levantó los brazos al cielo por su abuela, por doña Celia. Y se acabó. Lo que no pudo hacer nunca nadie, lo hizo ayer el Barcelona de Guardiola: en un año, seis títulos. Todos. Y en todos, Messi. [...] Lo celebró en el campo y lo celebró fuera del campo,

donde atinó a decir: “Tendrá que pasar tiempo para valorar lo que hemos hecho, pero es muy grande. Hoy por hoy no nos damos cuenta. Será muy difícil que nadie pueda repetirlo porque ningún equipo lo había logrado”. Palabra de Leo».

«Me vi más seguro haciendo eso, porque estaba muy cerca del arquero, que un cabezazo. La pelota estaba medio rara, habíamos estado practicando mucho y como estaba tan cerca pensé en acompañarla más que en meter la cabeza», le dijo Leo a Martín Souto en la entrevista en TyC Sports. En *El País* explicó que «traté de asegurar. Vi al portero a contrapié. Creí que bastaba con ponerla suave al lado contrario de su carrera».

Fue el día que Pep Guardiola lloró sobre el césped, el resultado de un año y medio extraordinario en presión, disfrute y resultados. Leo fue el primero que se le acercó para consolarlo, un abrazo agradecido. A continuación fue a saludar uno por uno a los futbolistas rivales, argentinos derrotados.

Leo era ya el protagonista indiscutible de un equipo que había entrado en la historia, parte de un colectivo que le había identificado como el faro, pieza necesaria en un grupo que entendía el juego de un modo que sobreviviría la escasa memoria del fútbol.

Los jugadores se hicieron fotos en el vestuario con la nueva copa y luego hubo fiesta. Juntos y por separado: Ibrahimovic con su gente, Leo con sus hermanos.

«El caso —recuerda Joan Laporta— es que en 2009 lo recuerdo bailando cuando estábamos celebrando el título allá en Abu Dabi. Y haciendo la coña de siempre cuando me venían los capitanes (Xavi,

Puyol, Iniesta, Valdés) a pedirme la prima... Cuando eso pasaba, Leo siempre estaba allí vigilando, porque la decisión final la compartían con él simplemente con una mirada».

Ibrahimovic nunca entendió la sumisión de los capitanes.

6. Cuatro goles en cuartos de final de Champions al Arsenal, 2010

En catorce meses, Leo Messi había firmado dos contratos nuevos. Uno en julio de 2008, por el que cobraba 7,8 millones de euros al año además de un premio de 1,5 millones por partidos jugados; la cláusula de rescisión continuaba siendo de 150. Pero, en septiembre de 2009, el Barcelona le ofreció uno nuevo que reflejara los éxitos de la primera temporada de Guardiola: el sueldo llegó a los 12 millones, a los que se le añadía un premio de fácil consecución de 1,5 por partidos jugados en varias competiciones. Si el equipo ganaba la Liga o la Champions, los premios se sumaban al sueldo fijo y, si se obtenían los dos, el sueldo aumentaba en dos millones.

El contrato terminaba en 2016 y también variaba la cláusula. Si alguien quería llevarse a Leo sin negociar con el Barcelona, su precio era ahora de 250 millones de euros.

Tras la victoria en el Mundial de Clubes, los jugadores se fueron de vacaciones. A la vuelta, había partido contra el Villarreal. Aquellas vacaciones navideñas fueron aprovechadas al máximo por Leo, que llegó el día anterior al encuentro, pero Guardiola quería reservarlo para el partido de Copa contra el Sevilla tres días después. El jugador le sugirió que estaba disponible para la Liga. Guardiola le pidió que se preparara para la Copa.

Ida: 5 de enero de 2010. F.C. Barcelona 1 - Sevilla F.C. 2

Barcelona: Pinto; Alves, Milito (Busquets, min. 66), Chygrynskiy, Maxwell; Thiago (Xavi, min. 71), Márquez, Iniesta; Messi, Bojan y Pedro (Ibrahimovic, min. 46). No utilizados: Valdés, Henry, Puyol y Piqué.

Sevilla: Palop; Konkó, Escudé, Dragutinovic, Navarro; Romaric, Lolo (Duscher, min. 81); Capel, Navas (Renato, min. 46), Perotti y Koné (Negredo, min. 69). No utilizados: Dani Jiménez, Cala, José Carlos y Redondo.

Goles: 0-1, min. 60, Capel remata un centro de Perotti que deja pasar Renato. 1-1, min. 73, Ibrahimovic, a pase de Márquez. 1-2, min. 75, Negredo, de penalti.

Jordi Quixano, «El Barça es humano», *El País*: «[...] Regresó Messi de Argentina y con él el fútbol de fantasía. Dos arrancadas suyas desde el costado fueron lo mejor del duelo. En una, lanzó un balón envenenado que Palop escupió con acierto. En la otra, genial y sin espacio para el remate, envió el balón a la cruceta».

Tras el empate a uno con el Villarreal, el entrenador mezcló contra el Sevilla algunos futbolistas menos habituales (Pinto, Chygrynskiy, Maxwell, Thiago y Bojan, que jugó de nueve) con titulares. De hecho, el banquillo, a excepción de Ibra, había jugado

la final de la Liga de Campeones y el Mundial de Clubes. Messi jugó en banda.

El Sevilla aplicó una táctica sencilla pero efectiva: defendió muy atrás y lanzó contraataques a la espalda de los defensores.

Guardiola, que no había perdido todavía ninguna eliminatoria en un año y medio, le dio una importancia relativa a aquella competición secundaria. Pero, al ver la reacción de desencanto del grupo, sintió haberles decepcionado y quiso recompensar su ambición alineando para la vuelta el equipo más fuerte que pudo, más Pinto, portero habitual en la Copa.

Vuelta: 13 de enero de 2010. Sevilla F.C. 0 - F.C. Barcelona 1

Sevilla: Palop; Konkó, Escudé, Dragutinovic, Navarro; Navas, Duscher (Lolo, min. 58), Romaric (Cala, min. 92), Adriano (Capel, min. 64); Renato y Negredo. No utilizados: Javi Varas, Koné, José Carlos y Stankevicius.

Barcelona: Pinto; Alves (Pedro, min. 84), Piqué, Puyol, Abidal; Xavi, Busquets, Iniesta; Messi, Ibrahimovic (Bojan, min. 84) y Henry. No utilizados: Valdés, Milito, Chygrynskiy, Maxwell y Jonathan.

Gol: 0-1, min. 63, Xavi, desde la frontal del área, empalma un tiro a media altura y ajustado al palo.

Martí Perarnau, «Ejemplos, en vez de estrellas», *Sport*: «José Manuel Pinto y Leo Messi ya tienen otro punto en común, al

margen de pertenecer al mismo club y haber ganado seis copas en un año: lloraron desconsoladamente el miércoles de madrugada a la vista de todos sus compañeros en el vestuario del Sánchez Pizjuán. A Messi le intentó consolar su compatriota Gabi Milito, el hombre que ejerce de referente del delantero blaugrana [...] Más trascendente que un triunfo puntual o una eliminación concreta es el ejemplo de esta gente que pelea hasta el límite de sus fuerzas deportivas en una sociedad demasiado acostumbrada a bajar los brazos ante la menor dificultad. El mundo actual ya no necesita estrellas, sino ejemplos».

La respuesta de los jugadores en Sevilla fue grandiosa, en un partido muy copero y pasado por el agua de una lluvia que añadió un toque épico: el asalto a la portería de un extraordinario Palop fue insistente especialmente en la segunda parte.

«Leo estaba muerto de la rabia», recuerda Gerard Piqué. Lloraba hacia dentro, con la camiseta tapándole la cara, con discreción, cabizbajo. Alejado del mundo. «Si no te fijas bien, ni te das cuenta de que llora», continúa el defensor. Y, cuando se le descubre así, es mejor dejarlo: eso hizo la mayoría de sus compañeros.

Era el primer título que se le escapaba a Guardiola.

Pep fue a consolar a Leo. El argentino se sentía culpable de la eliminación y así se lo comentó a su entrenador. «Aquí no hay ningún culpable —le recriminó Guardiola—. Y si había que señalar a alguien, es a mí por no haber sabido llevaros hacia la clasificación».

GB: ¿Qué le dices cuando lo ves llorar? ¿O es mejor dejarlo?

PG: No, es mejor dejarlo. Lo ves, no pasa nada, te das cuenta de que es un tío que... Como entrenador, siempre es mejor tener a este tipo de personas que no a las contrarias, de los que están tristes y cuando suben al autobús empiezan a jugar al póquer y ríen. Prefieres a un tío así, que, bueno, quizá sí sube al autobús y juega al póquer, pero antes ha tenido eso natural de poder expresar una cosa que le sabe mal, haber caído eliminados.

GB: En Argentina dicen que un partido no da para llorar, pero si lloras es porque te estás jugando la vida.

PG: Probablemente es eso, el amor que tiene a ganar, la pasión y lo competitivo que llega a ser, es un animal, seguramente es como Tiger, como Jordan, como Nadal, como este tipo de atletas que son únicos y que tú lo que debes hacer cuando te los encuentras es entenderlos. No puedes decir «no, yo soy el entrenador y tengo la autoridad moral, y porque me lo ha pedido el club tenemos que hacer esto porque lo digo yo». Son rara avis a los que has de entender, sus cosas, el cómo es posible que hagan eso..., te has de meter en su cabeza. Manel Estiarte fue vital en todo este aprendizaje, él también había sido el mejor de todos los tiempos en su deporte... Al principio de su carrera también era así, dádmela a mí, lo quería todo a su manera, tenía días en los que no quería saber nada de nadie. Y Manel me recomendaba «déjale y, en unos días, te vuelves a acercarlo y le hablas». Manel fue clave. Tampoco has de dejarle hacer lo que quiera; le debes exigir las funciones que tiene que hacer, pero siempre mirando qué puedes llegar a entender de su cabeza, de un jugador privilegiado, único, probablemente el mejor de la historia, y que por tanto lo has de ayudar a

entender.

GB: Hay que entenderlo, pues.

PG: La mirada, la gestualidad de Leo, te dice cómo se encuentra, como está, es evidente que él no compite por tener, yo qué sé, una novia fantástica, ni compite por salir en las revistas, ni en los medios de comunicación, ni por hacer un anuncio. Compite en los noventa minutos, lo otro no le interesa. Es como Cristiano Ronaldo, decisivo y definitivo. Lo que los entrenadores tenemos que darle para que sea feliz son todos los condicionantes para que se pueda expresar cerca del área. Y él hace el resto, tiene ese don especial. Él es feliz cuando está en el campo.

Y cuando gana, claro. Y marca. Durante tres encuentros seguidos de ese mes de febrero, Messi estuvo escaso de fortuna, menos protagonista de lo habitual. El tercero fue la ida de los octavos de la Champions contra el Stuttgart, un partido que tuvo consecuencias en los planteamientos futuros de Guardiola.

El Barcelona empató a uno en Alemania y Leo estuvo desaparecido. ¿Qué ocurría? Cualquier otro entrenador hubiera sentado al futbolista, para darle descanso y hacerle reflexionar. Pep reaccionó de otro modo. Se culpó por no conseguir sacar lo mejor de Leo y estudió con su ayudante Tito Vilanova las razones de un Messi tan pobre. La conclusión no fue sorprendente, había rondado muchas discusiones tácticas: se estaba desperdiciando su talento en la banda.

Y, además, Leo ya no corría paralelo a la línea de cal, sino que realizaba diagonales hacia dentro que producían un problema serio: el equipo sufría defensivamente. «Nos han hecho un traje», se

comentó en privado tras el partido en Alemania. Cristian Molinaro, el lateral izquierdo, subió al ataque con total libertad. Pep, que recordaba problemas similares ante el Lyon, admitió tras el partido que Leo no iba a jugar más en banda; claramente ni quería ni debía: el riesgo era excesivo y eso en Europa se podía pagar muy caro.

Pep sabía que Messi hablaba sobre el campo y esas diagonales tenían un mensaje claro: «Éste es mi juego». Y no sólo eso, sino que su condominio era ése, el espacio entre defensores y centrocampistas. Y cuando hacía esas carreras, la presencia de otros delanteros, literalmente, le estorbaba en su camino hacia la portería: la evolución táctica de Leo, y por tanto del equipo, era, ahora sí, imparable.

Cuando Pep encontró el momento, cuando vio a Leo dispuesto a charlar sobre el tema, la conversación fue la que imaginó: no se sentía cómodo, le gustaba jugar de otro modo. Leo nunca le comentó que Ibrahimovic tenía que desaparecer. Pero, a medida que pasaba la temporada, a Guardiola le quedó claro que ambos eran incompatibles tácticamente y que existían demasiadas debilidades sin balón.

El entrenador sabía que Leo podía ser más efectivo si a su alrededor había organización. Leo iba a ser a partir de entonces el elemento inestable y a su lado debía haber elementos estables que dieran organización ofensiva al equipo: si todos sabían lo que iba a hacer Messi, se aplicarían para darle soluciones y aprovechar su creatividad.

Esas premisas facilitaban también otra clave táctica: el trabajo de recuperación. Si se atacaba en orden, cada uno en su sitio a excepción de Leo, era más fácil iniciar la presión. Guardiola quería controlar por dónde venía el peligro rival y prefería que llegara por

el centro; Keita y Pedro, con mayor disciplina defensiva, iban a jugar abiertos los grandes partidos.

Guardiola le dijo a Leo: «Vas a jugar en el centro a partir de ahora. Y vas a hincharte a marcar, tres y cuatro por partido». Cuatro días después del empate en Alemania, Pep probó un 4-2-3-1 con Ibra de referencia y Messi detrás de él. «Estaba participando poco. Necesitábamos que interviniera más —declaró Pep en rueda de prensa para explicar el cambio—. Es capaz de jugar muy bien en todos los sitios. El año pasado le puse el noventa por ciento de las veces en la banda derecha. Sabe que, aunque juegue ahí, puede irse al centro cuando lo sienta. Pero si lo pongo de extremo, somos más previsibles».

Con Ibra en el banquillo, Messi se desplazó al centro en el partido de vuelta contra el Stuttgart en el Camp Nou, un 4-0 para el Barcelona con dos goles de la Pulga, que participó en un tercero: el bajón estaba olvidado, llevaba, con ese par, siete tantos en tres encuentros. Su tasa goleadora se iba a disparar a partir de ese momento. No lo hubiera podido hacer desde la banda. Ni tampoco como un nueve clásico, los centrales se lo hubieran comido.

¿Le encontró Guardiola su posición o fue Leo el que no dejó de pedir paso hasta conseguir plantarse en ese espacio donde se sentía tan cómodo? Seguramente la evolución del proceso explica que hubo un poco de ambas cosas.

En una conferencia en Buenos Aires en el verano de 2013, Pep lo detalló de este modo: «Cuando empecé en el Barcelona, Laudrup aparecía por el centro y yo, que era el mediocentro, podía pasar el balón a todos lados; claro, éramos uno más en el centro del campo, jugamos en superioridad. Y yo decía “hostia, esto me gusta”. Leo pilló muy rápido lo de jugar por el centro. Lo mismo lo hubiera

pillado si le dijera que fuera a jugar de lateral izquierdo. Ah, y tú dirás, es que tienes a esta bestia y así cualquiera. ¿Habrías hecho todo lo que hiciste sin Leo? Pues quizá no».

Gran parte de las decisiones de Pep se tomaron por Leo, para que marcara goles, ganara partidos. Es, por tanto, una postura egoísta del entrenador y así lo entiende el propio Guardiola. No hay sólo generosidad hacia Messi, por decirlo de algún modo, sino una elección práctica y efectiva de la que salía ganando también el preparador.

En un momento determinado, pues, le había tocado decidir qué hacer con el conjunto y Pep le había dado el equipo a Leo.

Decidir es lo más complicado, no sólo en el fútbol.

GB: Cuando llega a La Masía y Rodolfo Borrell le dice «bueno, empiezas en banda», Leo le contesta «no, no, yo soy enganche». Los siguientes entrenadores, con la excepción de Tito, le piden lo mismo, pese a que su hábitat natural está por el centro. Finalmente acaba jugando de segunda punta con Gratacós en el Barça B. Rijkaard lo devuelve a la banda y, cuando llegas tú, me imagino que Leo esperaba trasladarse a una posición donde pudiera tocar más balón. ¿Se notó cierta impaciencia o la necesidad de verse en el centro de operaciones?

PG: No, no. Es verdad que en el centro se tocan más balones que en las bandas. En las bandas se ha de ser más paciente. En realidad, los equipos iban aprendiendo a solucionar el peligro que aportaban Dani Alves y él por banda, y al final uno llega a la conclusión de que, pasados veinte minutos, este tío no había tocado la pelota. Y es lo mejor que teníamos, algo debíamos hacer para que la tocara más. Es así de simple. Y sobre todo me

di cuenta cuando íbamos a Europa, mucho más exigente a nivel físico y donde has de ser muy riguroso defensivamente, pues cuando Leo no participaba del juego se iba del partido y nos creaban problemas. Es todo un proceso de aprendizaje, de cómo uno va conociendo a los jugadores, y eso en St. Andrews no se sabía, no lo había descubierto.

GB: Leo se ha sentido muy cómodo en el centro del ataque desde niño. ¿Por qué tarda tanto en ser emplazado en esa posición?

PG: Las preguntas que te haces son éstas: adónde quiero llegar con estos jugadores, cómo quiero jugar, qué necesito. Y vas ajustando tácticamente el equipo. Es difícil que los jugadores lo entiendan, porque nunca se ponen en la mente del entrenador para tener una visión global; ellos la tienen parcial, la suya propia. Tú intentas —a través de las charlas o explicando las razones de las victorias o las derrotas— hacerles entender por qué se decide lo que se decide, por qué es un beneficio para todos. Unos lo aceptan y otros no. El gran reto de los entrenadores es hacerles entender lo que es bueno para ellos y para el equipo, y hacerles ver que cada uno tiene un rol.

En la ida de los cuartos de final de la Champions, el Barcelona viajó a Londres para enfrentarse al Arsenal de Cesc Fàbregas. Thierry Henry sufría las consecuencias del cambio táctico y se quedó en el banquillo. El francés tampoco acabó de aceptar la situación y explicó a otro futbolista años después: «Un día pedí un pase y ya no jugué más». Para Henry su degradación fue un misterio.

Víctor Vázquez, que compartió vestuario con Leo, lo explica de otro modo: «Cuando empecé a ver a Leo por el centro me recordó a nuestro equipo cadete. Hubo un sacrificio. En esa época fue

Songo'ó, porque jugaba de delantero centro por la potencia física que tenía, no por la calidad. Songo'ó era una bestia, con dieciséis años era ya chocar y chocar y tiraba a todo el mundo, era como una partida de bolos. Y cuando llegó Leo, Songo'ó tuvo que trasladarse un poco a la banda derecha con Toni Calvo, y ahí tuvieron que jugarse los dos la posición: Messi era el diez, necesitaba el espacio de Songo'ó para crecer».

En aquel encuentro en Londres se dio una situación extraña: el mejor Barcelona, el de la primera parte, contó con un Ibrahimovic torpe, intentando forzar la jugada, alejado más que nunca del estilo culé. Pero, tras el descanso, marcó dos grandes goles que ponían al equipo en clara ventaja. Fue el momento cumbre del sueco, que llevaba quince tantos en Liga y cuatro en Europa, dos más de los que había marcado Eto'ó la temporada anterior a esas alturas. Se tuvieron pocas noticias de Leo jugando detrás de Ibra y así se lo hicieron saber sin remilgos Xavi e Iniesta: requerían más de él, parecía abúlico, estuvo poco participativo.

Leo los escuchó. Era consciente de que los dos centrocampistas no sólo tenían una calidad suprema, sino que le estaban ayudando a crecer, los necesitaba. Ninguno de los dos era proclive a las grandes demostraciones en el campo, pero ambos habían adquirido una gran responsabilidad y dominio del vestuario.

Por aquella época, un utilero de la selección argentina, al que todos conocen como Marito, fue a Barcelona a seguir entrenamientos del equipo de Guardiola. Messi le presentó a los futbolistas en el vestuario. En un momento de despiste de la Pulga, Marito decidió enojarlo en busca de unas risas. El utilero gritó en dirección a Messi: «Leo, mirá lo que están diciendo de vos. Que vos jugás bien por éste [por Iniesta]». A lo que el futbolista contestó, entre risas:

«Tienen razón».

Leo siempre mostró un gran respeto hacia ambos y nunca lo ocultó.

Si Xavi e Iniesta eran sus socios en el campo, los que le hacían llegar el balón en las mejores condiciones para que pudiera hacer su jugada, Pinto, Dani Alves y Gabi Milito se habían convertido en su guardia pretoriana. Este último ocupó el espacio que había dejado Sylvinho. Si alguien le daba una patada en un entrenamiento, Milito saltaba: «¡Cuidado, eh!».

Leo sabía que había estado mal ante el Arsenal y que mereció la reprimenda de sus compañeros: tenía que reaccionar en el partido de vuelta.

PG: Aquella eliminatoria contra Arsenal fue muy bonita. El Arsenal es un equipo que juega muy bien, los partidos en Inglaterra siempre han sido espectaculares. Jugamos bien en la ida, pero siempre nos han creado problemas porque es un equipo de contraataque rápido y da muchos problemas. Y en nuestro estadio también nos han creado siempre dificultades. Lo que pasa es que contábamos con unos jugadores que... uff...

En esa temporada de ajustes colectivos, Messi llevaba ya tres *hat-trick* antes de su exhibición ante el Arsenal. Aquella noche salió a jugar el Leo más niño.

Tras el segundo gol, sentado con las piernas y los brazos extendidos, con sonrisa de chaval, parecía estar diciendo no tanto «lo he conseguido», sino «mira lo que he hecho». En el último tanto,

realizó un gesto sutil ladeando la cabeza de un lado a otro mientras corre a celebrar. Desde su interior, casi se oye una canción: «lalalalala-la, el cuarto gol al Arsenal, en Champions...».

La prensa inglesa admitió que ya no había duda acerca de quién era el mejor jugador de esa generación: acababan de ver una de sus grandes actuaciones individuales en competición europea.

Liga de Campeones. Cuartos de final, vuelta. 6 de abril de 2010.

F.C. Barcelona 4 - Arsenal F.C. 1

Barcelona: Valdés; Alves, Márquez, Milito, Abidal (Maxwell, min. 53); Xavi, Busquets; Messi; Pedro (Iniesta, min. 86), Bojan (Touré, min. 56) y Keita. No utilizados: Pinto, Fontàs, Henry y Jeffrén.

Arsenal: Almunia; Sagna, Vermaelen, Silvestre (Eboué, min. 63), Clichy; Denilson, Diaby; Walcott, Nasri, Rosicky (Eduardo, min. 73), y Bendtner. No utilizados: Fabiansky, Traoré, Mérida, Campbell y Eastmond.

Goles: 0-1, min. 18, Bendtner. 1-1, min. 21, Messi. 2-1, min. 37, Messi. 3-1, min. 42, Messi. 4-1, min. 88, Messi.

Delfín Melero, «Messi vuelve a bajar del cielo», *Marca*: «Descomunal actuación de Leo para guiar al Barça a semifinales. Messi descendió del cielo para poner las cosas en su sitio. Bendtner marcó el 0-1 y todo se acabó para el Arsenal, víctima de otro partido sobrehumano de Leo Messi,

autor de los cuatro goles de su equipo. Las claves: Leo es único, irreplicable. No juega al fútbol, practica otro deporte inalcanzable para el resto».

Rafael Molina, «Messi entra en la historia de la Champions», Marca: «Se une al selecto grupo de jugadores que habían conseguido cuatro tantos en un partido de Champions, y que formaban hasta ahora Van Basten, Simone Inzaghi, Prso, Van Nistelrooy y Shevchenko».

Luis Martín, «Todos para Leo y Leo para todos», *El País*: «[...] Leo sabe que en otro equipo, con otro entrenador y otros compañeros, difícilmente conseguiría pasárselo tan bien como en el Camp Nou. Porque con otros jugadores, otro entrenador y en otro club, la pelota sería del rival».

PG: Tito siempre me lo decía: tú puedes organizar toda tu parte del proceso de juego, colocar a los futbolistas en unas posiciones, pero después, los últimos quince metros..., hostia, eso de que uno coja, chute y meta gol..., eso se tiene o no se tiene. Y Leo tiene la facilidad de solucionarte un partido en quince o veinte minutos, como aquel día.

GB: Marcó cuatro goles contra el Arsenal, fue un día grande, se le ve feliz... ¿Se desenchufa cuando entra en el vestuario o continúa celebrando?

PG: No, está contento, está feliz, claro: se toma su tiempo, se da una ducha más tranquilamente, se queda más rato en la cena... Como todos: cuando doy una rueda de prensa después de ganar,

estoy más feliz que cuando pierdo. Eso es un proceso normal.

GB: Estoy escribiendo sobre el primer gol que marca contra el Albacete y se produce, como ante el Arsenal, una de estas situaciones del Leo infantil: Ronnie —otro crío— lo sube a caballito. Pero al acabar el partido no realiza ninguna celebración especial, porque piensa que es el primer gol de muchos. No sé si conoces a muchos jugadores con esta mentalidad, tan conscientes de que el objetivo está mucho más allá.

PG: Seguro, seguro que estos procesos, que para cualquier otro serían ya casi definitivos, para él son poca cosa. Es lo que te decía, de pequeño piensa: «Yo vengo aquí para ganar una Liga, para ganar títulos. Gano la Liga, muy bien, pero he hecho cuarenta goles, si no, a mí la Liga me importa poco». Siempre quiere más. Y tú tienes la suerte, como me pasó a mí, de encontrártelo un día por el camino en tu carrera profesional. Y seguro, en su cabeza ahora sólo está el Mundial, es decir, todo lo demás está muy bien, pero se preparará para este Mundial, eso ya lo sé. Y si llega bien y Argentina llega bien, puede pasar de todo: si él llega bien, considerad a Argentina como favorita.

Leo se guardó la pelota de recuerdo. Era el trofeo de aquella noche, no lo hizo por superstición (hay delanteros que dicen guardarla para mantener la suerte en casa). Leo no tiene ni quiere amuletos: «Sólo pienso en mi familia antes de jugar», afirmó en la web de la UEFA cuando le preguntaron por sus supersticiones.

En las semifinales, el Barcelona se encontró con el Inter de José Mourinho, quien habló de la «obsesión» de su rival por querer llegar a la final que se jugaba en el Santiago Bernabéu. Como de

costumbre, el portugués ponía las condiciones emocionales del partido. Fue la eliminatoria donde Guardiola se traicionó a sí mismo y pudo haber perdido la conexión que había conseguido con Leo. En la ida en Milán, utilizó de nuevo a Ibrahimovic de nuevo en contra de su intuición y de las decisiones tomadas durante la temporada.

Pep, que sustituyó a Zlatan al poco de iniciarse la segunda mitad en el único cambio que realizó en el encuentro, insistió con la idea en el partido de vuelta, pero la corrigió después de haber perdido una hora. En el Camp Nou, pues, se cerró definitivamente el plan Ibrahimovic.

Liga de Campeones. Semifinal. Partido de ida: 20 abril 2010.

Inter de Milán 3 – F.C. Barcelona 1

Inter: Julio César; Maicon (Chivu, min. 72), Lucio, Samuel, Zanetti; Motta, Cambiasso; Eto'o, Sneijder, Pandev (Stankovic, min. 55) y Diego Milito (Balotelli, min. 75). No utilizados: Orlandoni, Córdoba, Muntari y Materazzi.

Barcelona: Valdés; Alves, Piqué, Puyol, Maxwell; Xavi, Busquets; Pedro, Messi, Keita e Ibrahimovic (Abidal, min. 61). No utilizados: Pinto, Márquez, Bojan, Henry, Gaby Milito y Touré.

Goles: 0-1, min. 18, Pedro, a centro de Maxwell. 1-1, min. 30, Sneijder remata una asistencia de Milito. 2-1, min. 48, Maicon, a pase de Milito. 3-1, min. 61, Milito, de cabeza.

ESPN Deportes, en su artículo «Un Barcelona desconocido vivió una pesadilla en San Siro», recoge: «[...] El conjunto azulgrana estiró un episodio más la falta de pegada, la que se manifestó el sábado en el campo del Espanyol [0-0]. Ibrahimovic volvió a salir de titular pero el sueco ni recibió balones francos ni tampoco generó movimientos para que los Messi, Xavi y Busquets le buscasen con claridad. [...] Guardiola sacó a un inoperante Ibrahimovic del campo y mandó a Abidal ocupar la banda izquierda de la defensa, enviar a Maxwell al centro del campo y fijar en punta a Messi con dos torres como Samuel y Lucio».

Pablo Egea, «El Barça cae en la trampa del Inter», *Marca*: «Por primera vez desde que Guardiola se instaló en el banquillo azulgrana al de Santpedor se le ha visto inferior a su homólogo rival y no ha ganado el partido en la pizarra. En esta ocasión Mourinho le ganó la partida al culé con un partido muy bien estudiado y consiguió noquear todas las armas de los actuales campeones de la Liga de Campeones. Además, por primera vez el técnico revelación del último año falló en los cambios y dio la sensación de no tener el partido en su poder».

GB: Cuando decides que Ibra es una opción, Leo se vuelve tortuga: se mete hacia dentro, cuesta comunicarse con él, pone la barrera que se han encontrado todos los entrenadores cuando las cosas no van por el camino que pide su talento. ¿Cómo se trata esa situación?

PG: Intentándolo convencer, convencer y convencer. Y en el momento bueno, cogerlo y explicarle por qué has pensado en hacerlo así, los beneficios que tiene eso, los beneficios que tiene lo otro. Aquel año ganamos la Liga con 99 puntos y no ganamos las semifinales de Champions porque, mira, probablemente el Inter fue mejor o, quizá, el partido de vuelta no lo interpreté bien. Estas cosas pasan, porque todo lo hicimos para que él se pudiese encontrar cómodo, esa temporada jugamos con doble pivote para que él pudiese jugar en la media punta e Ibra también pudiese hacer de las suyas por el centro. Pero las decisiones siempre se toman pensando en lo mejor para todos. Ah, ¿que me equivoco? Sí, claro. Doscientas veces. Pero no busco excusas. No avanzas. Es de mediocre buscarlas.

Liga de Campeones. Semifinal. Vuelta: 28 de abril de 2010.

F.C. Barcelona 1 - Inter de Milán 0

Barcelona: Valdés; Piqué, Touré, Gaby Milito (Maxwell, min. 46); Alves, Xavi, Busquets (Jeffrén, min. 63), Keita; Messi, Ibrahimovic (Bojan, min. 63) y Pedro. No utilizados: Pinto, Márquez, Henry y Thiago.

Inter: Julio César; Maicon, Lucio, Samuel, Zanetti; Cambiasso, Motta; Eto'ó (Mariga, min. 85), Sneijder (Muntari, min. 66), Chivu y Diego Milito (Córdoba, min. 81). No utilizados: Toldo, Materazzi, Arnautovic y Balotelli.

Goles: 1-0, min. 84, Piqué recibe de Xavi dentro del área, se da la media vuelta y marca.

Pablo Egea, «Tanto remar para morir en la orilla», *Marca*: «El cuento culé no pudo tener un final feliz. La temporada y media de ensueño que suma el Barcelona tuvo un despertar inesperado. [...] [Guardiola] comenzó con tres centrales que tenían libertad para sumarse al ataque y puso a Alves en el centro del campo para lograr más presencia ofensiva, pero no salió todo perfecto. Sin espacios y con Ibrahimovic estático en la punta de ataque, faltaban ideas. Messi estuvo muy lejos del área. Tenía ganas de solucionar él solito todos los problemas del equipo, pero, en el fútbol, hay que recordar que, por muy buenos jugadores que haya, siempre ha sido, es y será: once contra once».

Ibrahimovic, sintiendo que la ascensión de un Leo de veintidós años hambriento bloqueaba la suya, le preguntó a Pep varias veces a lo largo de aquella temporada qué debía hacer para ayudar más. En cierto modo, Guardiola no tenía nada más que decirle, el equipo iba hacia otra dirección y el entrenador debía tomar decisiones.

«En el fútbol siempre ha ocurrido que el jugador “director de orquesta” o el más influyente ha condicionado la formación de la plantilla», explica Josep Maria Minguella, que además de agente fue el asistente de Vic Buckingham y Rinus Michels en el Barcelona durante seis temporadas. «Di Stéfano ya lo hacía, y Cruyff, que mandaba totalmente en el Ajax. Cuando hay jugadores que de alguna manera “molestan” al crack, los entrenadores, para que esté tranquilo, buscan la manera de facilitarle la situación. No se trata de discutir la calidad de Eto’o o de Ibrahimovic, jugadores

sensacionales, pero si quieres buscar un estilo de juego que pueda utilizar mejor a tu crack, no les pones. Además, ayuda tener en el vestuario a jugadores excelentes pero de perfil bajo, educados, en lugar de otros con una fuerte personalidad como esos dos».

¿Qué rompió la relación Pep-Zlatan? ¿La evolución táctica de Messi que pide espacio o el carácter de un jugador que no acepta modificar su conducta habitual en aras del beneficio del equipo? Ibra había sido protagonista en todos sus clubes, es lo que pedía, no estaba dispuesto a hacerle un pasillo metafórico y físico a Leo. Pero, en parte, porque tampoco sabía hacer ese movimiento que le diera el espacio a la Pulga. Y cuando a un jugador de ese nivel se le exige hacer cosas que desconoce, la relación con el que le obliga siempre se rompe.

Ibra lo contó a su manera en su autobiografía *Yo soy Zlatan*. Aunque con vocablos arrabaleros, en realidad, no dista mucho de la versión de Leo y Pep. A veces, cuando habla del asunto, el sueco parece comprender el fondo pero despreciar las formas. Otras veces, simplemente da la sensación de que no entendió nada.

«Todo comenzó bien pero entonces Messi empezó a hablar. Messi es impresionante. Jodidamente increíble. Yo no lo conozco muy bien. Somos muy diferentes. Llegó al Barça con trece años y se crió en su cultura. Él no tiene ningún problema con esa mierda de la escuela. En el equipo, el juego gira en torno a él, lo cual es natural. Es brillante, pero ahora había llegado yo, y estaba marcando más que él. Así que fue a Guardiola y le dijo: “No quiero jugar más en el lado derecho, en banda. Quiero estar en el medio”. Ahí era donde yo estaba. Pero a Guardiola no le importaba una mierda. Cambió de táctica. Del 4-3-3 pasó al 4-5-1 conmigo arriba y con Messi detrás, y me dejó en la sombra.

»Todos los balones pasaban por Messi y yo no podía hacer mi juego. Tengo que ser libre como un pájaro en el campo. Soy el tipo que quiere marcar la diferencia en todos los niveles. Pero Guardiola me sacrificó. Ésa es la verdad. Él me encerró allí arriba. Bien, puedo entender su situación. Messi era la estrella. Guardiola tenía que escucharlo a él. Pero ¡vamos! Yo había anotado un gol tras otro en el Barça, yo era letal también. No podía adaptar al equipo para un solo hombre. Quiero decir: ¿por qué diablos me compraron entonces? Nadie paga esa cantidad de dinero sólo para estrangularme como jugador. Guardiola tuvo que pensar en ambos y, por supuesto, los ánimos entre la directiva se alteraron un poco. Yo era su mayor inversión y no me sentía bien en la nueva formación. Yo era demasiado caro para no sentirme bien. Txiki Begiristain, el director deportivo, me empujaba, me decía que tenía que hablar con el entrenador. “¡Resuélvelo!”.

»Así que me dirigí al entrenador. Me acerqué a él en el campo, durante el entrenamiento, y tuve cuidado de una cosa. Yo no quería una pelea, y se lo dije:

»“Yo no quiero pelear. No quiero una guerra. Sólo quiero discutir las cosas”. Él asintió con la cabeza. Pero parecía un poco asustado, así que repetí: “Si crees que quiero pelea lo dejamos. Sólo quiero hablar”.

»“¡Bien! Me gusta hablar con los jugadores”.

»“¡Escucha! —seguí—. No estás utilizando mi capacidad. Si yo no era el goleador que querías, deberías haber comprado a Inzaghi o a algún otro. Yo necesito espacio, y ser libre. No puedo subir y bajar constantemente. Yo peso 98 kilos. No tengo el físico para ello”. Se quedó pensando. A menudo hacía eso. “Creo que se puede jugar de esta manera. ¿No? Entonces es mejor que me dejes en el banquillo.

Con todo respeto, yo te entiendo, pero me están sacrificando por otros jugadores. Esto no está funcionando. Es como que compró un Ferrari, pero lo está conduciendo como si fuera un Fiat”.

»Siguió pensando: “OK, tal vez fue un error. Éste es mi problema. Voy a trabajar en ello”.

»Me sentí feliz. Él iba a trabajar en ello. [...] La conversación pareció haber ido bien, pero de repente Guardiola empezó a ignorarme».

Tras la publicación del libro, Zlatan lo intentó explicar todo con esta frase: «Guardiola me sacrificó por Messi y no tuvo el valor de decírmelo».

Lo que no cuenta Ibrahimovic es que él mismo le exigió de este modo al entrenador un cambio que le beneficiara: «El enano tiene que salir del equipo».

«Leo no pidió nunca la marcha de Zlatan —asegura el que fuera director de fútbol, Txiki Begiristain—. Su fútbol fue el que le exigió a su entrenador una decisión. Y al Barcelona no le convenía detener ese proceso». La propuesta estaba clara: el individuo debía sacrificarse en beneficio del grupo y el sueco no quiso hacerlo.

Martí Perarnau recoge en su libro *El largo viaje de Pep* declaraciones anónimas de un futbolista del primer equipo: «En el Barça, cuando el balón está en una zona del campo, el equipo sabe que ha de tener una disposición concreta. Si cambia la zona donde está el balón, cambia la disposición de todos. Hay unos criterios establecidos y todos participamos de todo. Nadie está excluido, menos Ibra, que se autoexcluía porque no participaba. Cuando no tenía el balón ni participaba ni cumplía las instrucciones. Y cuando tenía el balón hacía sus piruetas y no cooperaba con los demás».

Pero Ibrahimovic, que había dejado de ganar dinero por ir al

Barcelona, tiene razón en varias cosas: Pep había cometido un error con su fichaje y tomó partido por Leo. Además, el sueco insiste en una cosa que también es cierta: considera a Leo el mejor del mundo y no tuvo mala relación con él. «Eso es un chisme que alguien hace correr. Nunca tuve ningún conflicto con él», explicó en el diario sueco *Fotbollskanalen*.

Así pues, al final de aquella temporada, Ibrahimovic fue el sacrificado.

En el segundo año de Guardiola, el Barcelona ganó la Liga con 99 puntos, tres más que el Madrid y tras perder solamente un partido. Leo marcó 34 goles en la competición nacional, unos números que pertenecían a otras épocas; sin ir más lejos, Gonzalo Higuaín fue el segundo máximo goleador, con 27.

La temporada siguiente, tras la cesión de Zlatan al AC Milan, llegó David Villa, a quien se le dijo que se olvidara de ser el máximo goleador del equipo y al que se le pidió que fuera siempre al espacio, que diera profundidad.

David, que creyó firmar como nueve, pronto se dio cuenta de que iba a tener que jugar en la banda y aceptó las nuevas condiciones.

7. La manita contra el Madrid de José Mourinho. Y los cuatro Clásicos en dos semanas

—*Sos calentón, ¿no?*

—*Sí.*

—*Sos cabrón.*

—*Sí, soy calentón. Más, cuando estoy jugando por alguna cosa, no me gusta perder y me caliento.*

(En la entrevista de MARTÍN SOUTO a LEO MESSI en TyC Sports, en marzo de 2013, se emite un vídeo de un altercado entre Messi y Marcelo en un Clásico)

www.youtube.com/watch?v=3Yx0SDgrPzI

Tras dos Ligas consecutivas, la temporada 2010-2011 se presentaba como la de la renovación de la ilusión. Dejaron el equipo Yaya Touré, Dmytro Chygrynskiy, Thierry Henry, Alexander Hleb, Rafa Márquez y Zlatan Ibrahimovic. Había que reciclar el mensaje, continuar un paso por delante de las propuestas defensivas de los rivales que reconocían al Barcelona como el mejor equipo del mundo y a Leo como el mejor futbolista del momento y quizá de la historia. Además de David Villa, llegaron el versátil jugador brasileño Adriano y el interior Ibrahim Afellay.

Leo venía de otra decepción con la selección, que cayó en cuartos de final en el Mundial de Alemania, y confiaba en que la Copa América de 2011, que se celebraba en Argentina, pudiera servir de enmienda. Pero de la Copa del Mundo se trajo a un amigo. Javier Mascherano, el centrocampista del Liverpool, se había pasado el verano calentándole la cabeza para que convenciera a Guardiola: quería ir al Barcelona, donde estuvo a punto de fichar doce meses antes.

«En el Mundial Leo me comentó que Pep estaba buscando un mediocentro, que se había ido Yaya Touré, y yo le decía: “Dale, habla. Habla por favor...” y él me contestaba: “Sí, yo le comento”. “Decile que no voy a ser un argentino malo [risas]” —explica *el Jefecito* Mascherano—. Cuando tenés a alguien como Leo en un club y da buenas referencias tuyas, eso ayuda mucho, muchísimo. Tanto él

como Gabi Milito me ayudaron. Gran parte de que yo esté acá y haya podido vivir todo esto es de Leo».

Mascherano llegó a un equipo que finalmente tenía la idea clara del camino y los viajeros adecuados para arribar a puerto. «Yo llegué a mitad de aquel trayecto, pero, por lo que veía, Leo era la debilidad de Pep por todo lo que aquél hacía. ¿Cómo se ve eso? Vos te das cuenta cuando un entrenador queda hasta sorprendido de las cosas que hace un jugador, ¿no? Es muy difícil encontrar eso».

Cuando se confirmó el fichaje y Mascherano voló a Barcelona, Leo se quedó esperando a que acabara el protocolo habitual. Javier se hizo la foto con el escudo en el Camp Nou, dio la rueda de prensa y Messi, solo, le dio un abrazo en la sala donde los familiares esperan al acabar un partido. «Bienvenido», le dijo.

El Jefecito encontró que los compañeros buscaban a la Pulga porque el equipo se había diseñado para aprovecharse de sus cualidades y de su facilidad para entender el juego. «Leo lee muy bien los partidos y sabe adaptarse a determinadas situaciones — explica Pedro Rodríguez—. Si el rival juega muy adelantado, siempre intenta buscar la espalda a la defensa; si está replegado, procura venir atrás para sacar el balón, para ayudarnos a crear espacio, a crear jugada. Parece fácil saber lo que ocurre en cada momento en un partido y saber por dónde tirar, pero resulta muy difícil».

La conexión con Pedro y con los jugadores que rodeaban a la Pulga (Xavi, Iniesta, Busquets) empezaba a funcionar de manera automática. «Siempre hay momentos en el campo en los que tenemos que corregirnos — cuenta Pedro—. “Oye, cierra más aquí” o “cierra más atrás”, pero son cosas puntuales. En este equipo lo tenemos todo muy mecanizado, nos conocemos todos mucho, llevamos mucho

tiempo jugando así y todo sale natural, casi no hay que hablar. Igual me puedo pasar todo el partido sin decirme nada con Leo».

Periodista: En el juego del Barcelona, hay momentos en los que el equipo lleva la pelota de un lado al otro y estás parado como un minuto, y de repente, te la pasan y «tuc», gol. En esas situaciones, ¿sentís que es como un descanso para luego engañar o es natural?

Messi: No, es natural, porque yo sé cómo es el jugador nuestro. Sé que me va a llegar la pelota en algún momento. No me tengo que volver loco y donde estoy parado puedo hacer daño al rival. Espero el momento porque me va a llegar por los jugadores que tenemos. Nosotros nos acostumbramos a tener la pelota durante todo el partido, prácticamente.

(Entrevista de MARTÍN SOUTO a LEO MESSI en TyC Sports, en marzo de 2013)

Leo Messi y el Barcelona, queda claro, vivían en lo que parecía una eterna simbiosis. ¿Eterna? Como se ha contado, estuvo cerca del Inter y el Real Madrid «ha ido a buscarlo cada año», según afirma Joan Laporta.

Desde los tiempos de Jorge Valdano como directivo del club blanco, el Real Madrid siempre le ha mantenido las puertas abiertas. Nadie llama al Barcelona, pero varios intermediarios cercanos a Florentino han estado en permanente contacto con el entorno de Messi. «Y no lo critico, porque es el mejor jugador del mundo y es normal que un club como el Madrid, como el Milan, como el Inter,

como la Juve, como el Chelsea... lo quieran —reflexiona Laporta—. El Madrid tiene gente para llegar al entorno de Leo, pero Leo siempre les ha rechazado de plano».

Es conocida la admiración del presidente del Real Madrid por Leo. En el verano de 2012, Cristiano Ronaldo dijo en la zona mixta del Bernabéu que estaba «triste» tras marcar dos goles ante el Granada que no celebró. Afirmó que era por un motivo «profesional» y que «dentro del club» conocían las razones. El portugués se había reunido el día anterior con Florentino Pérez para contarle que no se sentía valorado por el club y que quería irse. Según contó el periodista Javier Matallanas, Florentino le contestó: «Si te vas, trae el dinero para fichar a Messi».

Al margen de todo ello, y como no podía ser de otro modo, los encuentros contra el Madrid están marcados en rojo en el calendario de Leo. Y esa temporada 2010-2011 se vivió el primer Clásico con José Mourinho al frente del equipo blanco. El entrenador había sido fichado del Inter para detener el avance blaugrana y modernizar el histórico club. En la previa de aquel encuentro, Mourinho insistía en que el fútbol era una «caja de sorpresas» y no tenía claro cómo iban a responder los suyos.

Esa noche del 29 de noviembre se vivió en el Camp Nou una comunión extraordinaria entre jugadores, afición y entrenador blaugranas, entre la idea y la puesta en práctica de la misma.

GB: ¿Un partido contra el Real Madrid es un encuentro cualquiera para Leo?

PG: Leo no hace lo que hace por mí, lo hace por él mismo. Hay jugadores que se desviven y lo dan todo para que el entrenador los quiera, para que sus compañeros lo elogien, para que se

hable bien de él en público. Él compite contra él mismo y contra los rivales. Y evidentemente contra sus rivales directos personales, como lo es Cristiano, del mismo modo que Ronaldo compite contra Messi, el Barcelona contra el Real Madrid... Y no sólo compite contra él mismo, sino que además es el más exigente de todos, mucho más exigente con él mismo de lo que pueda serlo yo con él. Lo que le deja infeliz es cuando no está bien y siente que está fallando a su gente o se está fallando a sí mismo, cuando no da todo lo que podría dar. Por eso ha conseguido lo que ha conseguido y puede mantener este nivel extraordinario y por eso el equipo lo sigue apoyando.

29 de noviembre de 2010. Jornada 13 de Liga.

F.C. Barcelona 5 - Real Madrid 0

Barcelona: Valdés; Alves, Puyol, Piqué, Abidal; Xavi (Keita, min. 86), Busquets, Iniesta; Messi, Villa (Bojan, min. 76) y Pedro (Jeffrén, min. 86). No utilizados: Pinto, Adriano, Maxwell, Thiago y Mascherano.

Real Madrid: Casillas; Sergio Ramos, Pepe, Carvalho, Marcelo (Arbeloa, min. 60); Khedira, Xabi Alonso; Di María, Özil (Lass, min. 46), Cristiano Ronaldo y Benzema. No utilizados: Dudek, Albiol, Granero, Pedro León e Higuaín.

Goles: 1-0, min. 10, Xavi. 2-0, min. 18, Pedro. 3-0, min. 55, Villa. 4-0, min. 58, Villa. 5-0, min. 90, Jeffrén.

Santiago Sigüero, «El clásico repaso», *Marca*: «Una

temporada más, y van unas cuantas, el Barcelona mostró al Real Madrid la sideral distancia que los separa. Con independencia de la contundencia del marcador final —una manita con significativas reminiscencias para unos y otros—, el partido volvió a reflejar las diferencias entre un equipo hecho, redondo, y otro por montar. [...] Messi, otra vez. No marcó, pero volvió a demoler al Madrid, que sufre como nadie el talento del argentino. Una vez más, Guardiola volvió a retrasarlo unos metros. Desde la posición de media punta, en la segunda parte se hartó de filtrar balones a la espalda de la defensa blanca».

Mourinho quiso enfrentarse al Barcelona de cara, consciente de que tenía en sus manos al equipo con más calidad de su carrera. Pero el portugués cometió varios errores: le pidió a Özil, de físico frágil, que ocupara demasiado espacio en labores defensivas, incluido el encuentro con Leo cuando tuviera el balón. El equipo blanco debía desplegarse en una presión en la línea central que acabó siendo demasiado permeable, con las líneas excesivamente separadas: un goce para Leo. Los centrales no tenían referencias porque la Pulga se movía por toda la zona de ataque y Khedira y Xabi Alonso estuvieron siempre en inferioridad. En la segunda parte Mourinho sacó a Lass Diarra, un tercer mediocentro, anuncio de lo que iba a venir en los próximos encuentros.

GB: ¿Qué recuerdas de aquel 5-0? ¿Qué le pediste a Leo?

PG: Nos adaptamos a las contras de Cristiano. En función de cómo estaba Cristiano, nuestro lateral debía subir o bajar. Ésta

fue la cuestión defensiva: sabíamos por experiencia que, siendo un equipo de Mourinho, nos iba a atacar al espacio. Tenía claro que iban a esperar a que perdiéramos el balón para atacarnos lo más rápidamente posible a la espalda de nuestros defensores, sobre todo con Cristiano, que se quedaba más descolgado esperando la contra. Y, en cuanto al ataque, debíamos buscar a Leo. Había que encontrarlo en las posiciones donde se mueve bien y puede hacer gol. Curiosamente no hizo ningún gol, pero dio unos cuantos. Jugamos bien.

GB: Por aquellas fechas, dejó otro momento que no tiene nada que ver con el gol: una carrera larguísima para robarle el balón al Kun, después de haberlo perdido en campo contrario. ¿Lo ha utilizado alguna vez para decir “si lo hace este jugador...”?

PG: Sí, a veces hemos utilizado a los atacantes que han hecho esfuerzos defensivos para decir: somos esto como equipo, no sólo corren los defensas, somos esto como equipo, no lo olvidemos nunca. Aquel caso en concreto tiene miga: Leo necesita retos y en aquel momento se debatía si el Kun era mejor que Leo. Fue, pues, un reto personal: ahora corro y le quito el balón. Quizá es cuestión de retos: cuando los tiene, no hay problemas.

GB: Del 17 de abril al 3 de mayo, se juegan aquellos cuatro Clásicos famosos y controvertidos. Primero el de la Liga, luego la final de Copa del Rey, y después las semifinales de la Champions. ¿Cómo vivió Leo esos días? Porque la tensión era máxima.

PG: Bien. Aunque lleva por dentro la presión. A veces nos olvidamos de que lleva el peso de ser el mejor jugador del

mundo, de todos los tiempos, que tiene a todo un país detrás y un club que espera que gane el partido. Y eso cada día. Yo siempre pienso que es el mejor de la historia por esta razón, por la continuidad de las cosas que ha hecho. Estoy convencido de que Cruyff cambió el fútbol, Pelé por supuesto, Maradona, pero los tiempos son otros. Es verdad que hay más televisión y por tanto hay menos agresividad que antes. Antes, según dicen, había muchas más patadas y era mucho más duro que ahora. Pero también es cierto que hoy todo el mundo está mucho más preparado físicamente. Fíjate que este tío tiene una capacidad de marcar, con los tiempos que corren, cincuenta, sesenta goles, y aparecer en todos los partidos, cada día. Es muy difícil que un chaval lo haga durante tanto tiempo. Más allá de los títulos que ha ganado, a mí no me cambiará la opinión gane o no gane un Mundial. Si lo hace, felicidades, pero, si no, no variaré mi opinión. Es un jugador único y su reto ahora es el Mundial, vamos a ver. En esos días de los Clásicos probablemente sentía la presión, pero yo lo notaba bien, como siempre. Seguramente yo estaba más preocupado buscando la manera de ganar que de cómo estaban todos. Me pasé los días reflexionando y estudiando qué habíamos hecho nosotros y el rival, qué podíamos hacer para vencer, a quién teníamos disponible... El día de la semifinal de la Champions, Iniesta se lesiona y tenemos que poner a Keita... Estás ocupado en esas historias.

GB: ¿Alguna vez ha acudido a decirte “tranquilo que ganamos”? Eso se lo ha hecho a Pancho Ferraro y a alguno de los entrenadores en La Masía.

PG: No, no. No me lo dijo, o no visualmente. Pero ha habido algún momento o algún gesto con el que he pensado “éste nos hace

ganar hoy". Te cruzas una mirada, lo miras y te dices: lo gana. Él ha de estar convencido de que vamos bien para sentirse así.

El primer Clásico en aquellas dos tremendas semanas fue el de la Liga, en el Bernabéu.

El Madrid estaba a ocho puntos del Barcelona a falta de siete encuentros, pero José Mourinho lo utilizó como el inicio de las hostilidades con la vista puesta en el título de Copa y, sobre todo, en la Liga de Campeones. El césped se dejó largo y seco para impedir una buena circulación del balón, y el Madrid jugó con lo que se denominó *trivote*, tres mediocentros, uno de ellos el central Pepe. El objetivo era matar los espacios donde Leo se movía. Los dos equipos prefirieron el control y el 1-1 final contentó a ambos: el título de Liga iba a acabar de nuevo en las vitrinas del Barcelona por tercer año consecutivo.

Pero había sido un partido tenso: siete tarjetas amarillas, una roja a Albiol, dos penaltis. La afición madridista insultaba a Leo cada vez que tocaba el balón y, en el penalti que marcó, un láser apuntó a su ojo desde la grada. El esfuerzo de Mourinho por desestabilizar emocionalmente al Barcelona estaba funcionado. Leo, con el tiempo del partido ya cumplido, corrió en busca de un balón al que no llegó. La Pulga decidió dar un pelotazo en dirección a la grada que casi golpea al ex entrenador del Real Madrid John Toshack y a un corresponsal de Sky Sports, sentados a la altura del césped.

El partido continuó en la rueda de prensa y en las sesiones de entrenamiento: Mourinho quiso mantener la tensión recordando a sus jugadores que no debían ver como amigos a sus compañeros de la

selección española, a los que acusaba de teatreros y de querer influenciar constantemente al árbitro. Además, pidió, sin éxito, a directivos del Madrid que intentaran impedir que se regara el césped de Mestalla donde se jugaba la final de Copa.

La derrota golpeó muy duramente al grupo. Leo sentía que no había hecho lo suficiente: no había conseguido solucionar la propuesta táctica del Madrid. La decepción, pues, fue doble.

Al margen del encuentro que jugaba fuera del césped, Mourinho estaba interpretando bien el juego del Barcelona y el peligro de Leo. Al introducir un tercer mediocentro, Messi se encontraba un nuevo obstáculo en el camino. Pepe podía encargarse de parar esa diagonal interior hacia dentro que tan a menudo trazaba el argentino y ésa volvió a ser la gran apuesta de Mourinho para las semifinales de la Liga de Campeones.

Final de la Copa del Rey. 20 de abril de 2011.

F.C. Barcelona 0 - Real Madrid 1. Estadio: Mestalla

Barcelona: Pinto; Alves, Piqué, Mascherano, Adriano (Maxwell, min. 118), Busquets (Keita, min. 107), Xavi, Iniesta; Pedro, Messi y Villa (Afellay, min. 105). No utilizados: Valdés, Puyol, Milito y Thiago Alcántara.

Real Madrid: Casillas; Arbeloa, Sergio Ramos, Carvalho (Garay, min. 118), Marcelo; Pepe, Xabi Alonso, Khedira (Granero, min. 103); Di María, Ronaldo y Özil (Adebayor, min. 69). No utilizados: Dudek, Kaká, Benzema e Higuáin.

Goles: 0-1, min. 103, centro de Di María y remate de Cristiano Ronaldo, inapelable para Pinto.

Cayetano Ros, «CR se redime; Villa se apaga», *El País*: «[Messi] desesperado, probó a partir desde cualquier posición del ataque, bajando incluso al callejón del 8, sin ningún éxito. Sus zigzagueos acababan invariablemente entre las redes de los madridistas. La Pulga conducía demasiado porque su equipo se pasó la pelota menos que nunca en la primera parte. Tras el descanso, todo cambió y su pase en profundidad a Pedrito fue excelente, más allá de que el juez de línea anulara el gol por fuera de juego. [...] Messi se inclinó más al costado derecho, con lo que se despobló algo más el centro del campo, donde aparecieron los atajos para los azulgrana. Y con Villa como atacante central el equipo encontró una referencia que antes no tenía».

La crispación continuaba. Pep Guardiola vio a su equipo tan abatido que decidió tomar el toro por los cuernos. Su charla motivadora iba a tener lugar en Madrid de un modo premeditado en la rueda de prensa previa al partido de ida: el entrenador del Barcelona dijo que Mourinho era el «puto amo» de las ruedas de prensa. Que ese título se lo regalaba y que el otro se lo jugarían sobre el césped.

José pidió a los suyos más presión al rival y al árbitro, más faltas y contraataque pero sin arriesgar: quería jugárselo todo en el

Camp Nou. El plan falló porque Pepe realizó una entrada con los tacos por delante a Dani Alves, que exageró el choque: el reconvertido pivote recibió una tarjeta roja. Mourinho también fue expulsado. En ese momento de tantísima carga emocional, media hora antes del final, se necesitaba a alguien que tomara las riendas del encuentro.

Semifinal de Champions, ida. 27 de abril de 2011.

Real Madrid 0 - F.C. Barcelona 2

Real Madrid: Casillas; Arbeloa, Sergio Ramos, Albiol, Marcelo; Xabi Alonso, Pepe, Lass; Özil (Adebayor, min. 46), Di María y Cristiano Ronaldo. No utilizados: Adán, Kaká, Benzema, Granero, Garay e Higuaín.

Barcelona: Valdés; Alves; Piqué, Mascherano, Puyol; Xavi, Busquets, Keita; Pedro (Afellay, min. 71), Messi y Villa (Sergi Roberto, min. 90). No utilizados: Pinto, Jeffrén, Milito, Fontàs y Thiago Alcántara.

Goles: 0-1, min. 76, Leo Messi resuelve un servicio de Ibrahim Afellay desde la derecha. 0-2, min. 87, Leo Messi, en jugada personal.

José Sámano, «La pelota acaba por dar la razón al Barça», *El País*: «En otro clásico de enredos y futuras coartadas para algunos, el fútbol fue cosa del Barça y la gloria para su mejor embajador: Messi [...] Nadie simboliza este Barça como La Pulga. Enfrente, un remate del Madrid en toda la jornada y

apenas un 26,4% de posesión. Datos mucho más concluyentes que una expulsión, por rigurosa que sea. Messi, el Barça, los visitantes, evitaron el mezquino cero a cero que soñaba Mourinho [...] Messi cada día ejerce más como otro ilustrado centrocampista y la portería no le queda tan cerca como antes, por más que sepa cómo ser puntual. Ubicuo como es, La Pulga asiste y golea».

Jordi Quixano, «La encrucijada del delantero centro», *El País*: «[...] Messi. Dos versiones y una definitiva. Al principio, demasiado lejos de los metros concluyentes, de la portería de Casillas, se entretuvo en regates y quiebros en zonas estériles. A la que el Barça estuvo en superioridad numérica, se atornilló en el área rival y decidió el encuentro, ya como punto final del juego. Primero atendió con éxito un centro de Afellay y luego se marcó un eslalon precioso. Dos jugadas, dos goles».

El Clásico más internacional, del que más se habló, acabó con una demostración de calidad y equilibrio emocional de Leo en casa de Cristiano Ronaldo. Pero también con una catarata de acusaciones. La tensión se trasladó al túnel de vestuarios, donde se produjeron enfrentamientos verbales y físicos (Puyol y Pepe se cruzaron golpes). Messi decidió alejarse de la escena. Mourinho se preguntó por qué le pasaba siempre lo mismo contra el Barcelona después de anunciar que «si le digo al árbitro y a la UEFA lo que pienso, termina mi carrera hoy». El Madrid denunció al Barcelona por conducta antideportiva de Guardiola y ocho futbolistas más (entre

ellos no estaba Leo) ante el Comité de Control y Disciplina de la UEFA, un recurso que fue desestimado.

Semifinal de Champions, vuelta. 3 de mayo de 2011.

F.C. Barcelona 1 - Real Madrid 1

Barcelona: Valdés; Alves, Piqué, Mascherano, Puyol (Abidal, min. 90); Busquets, Xavi, Iniesta; Pedro, Messi y Villa (Keita, min. 74). No utilizados: Olazábal, Jeffrén, Fontàs y Thiago Alcántara.

Real Madrid: Casillas; Arbeloa, Carvalho, Albiol, Marcelo; Lass Diarra, Xabi Alonso; Di María, Kaká (Özil, min. 60), Cristiano; Higuaín (Adebayor, min. 55). No utilizados: Dudek, Benzema, Granero, Garay y Nacho Fernández.

Goles: 1-0, min. 54, Pedro. 1-1, min. 64, Marcelo.

Luis Martín, «Messi, siempre, con gol o sin él», *El País*: «La Pulga, que corre más de ocho kilómetros, demuestra su generosidad al trabajar como si fuera un obrero en vez de una estrella porque así lo exigía el guión. [...] Messi no marcó, pero es difícil resistirse a su talento. Ayer, el argentino de Rosario jugó un partido enorme, pero eso casi ya no es noticia. Celebró el tanto como si lo hubiera metido él. Generoso, La Pulga brincó con sus botas naranjas por la gloria común.

»[...] No debe resultar extraño que Messi sea quien más faltas ha recibido en lo que se lleva de la Champions: hay días en los

que sólo se le puede frenar triturando el reglamento. Así terminó, molido, tras recibir 12 faltas en total.

»[...] Tímido siempre, llegada la hora de celebrar, Messi se dejó llevar por el ambiente festivo del Camp Nou abrazado a Pedro y Busquets. Estaba en la gloria. Desbordado por las emociones. Tanto que, cuando parecía que se resistía a que asomaran más lágrimas, de emoción por supuesto, apareció Pep Guardiola, su protector, para darle un arrumaco».

Mourinho vio desde el hotel de concentración el partido de vuelta. El Madrid, por primera vez con el portugués, decidió presionar más arriba, la opción favorita de sus futbolistas.

«Queremos que tenga libertad y que pueda dar rienda suelta a su creatividad —dijo aquel día Guardiola—. Él está contento con eso, que puede hacerse porque tiene a jugadores que lo apoyan, como han hecho Pedro y Villa. Porque, si uno no tiene la voluntad, el deseo y la capacidad de saber que lo que hace beneficia al grupo, es imposible llegar a una final tan mágica como la que jugaremos el próximo día 28».

Mourinho lo había intentado con las armas con las que creía contar y su propuesta dejó huella. Consiguió que en los siguientes Clásicos hubiera que estar pendiente de lo que ocurría lejos del balón.

Así, el encuentro de Supercopa española el verano siguiente, el del dedo en el ojo de José a Tito Vilanova, no fue plácido para Leo. Tras el empate a dos de la ida, recién vuelto de las vacaciones y

contra un Madrid que se preparó para ganar el primer torneo de la temporada, el Barcelona tuvo que esperar al final de la vuelta en el Camp Nou para llevarse el título.

Casi al término del encuentro, Messi escupió cerca del banquillo del Madrid y Mourinho se llevó el dedo a la nariz sugiriendo que Leo olía mal. El 3-2 definitivo llegó a dos minutos del final: tanto del argentino, su segundo aquel día. Tras marcar hizo un gesto dirigido al banquillo del Madrid con la mano izquierda que abría y cerraba: parecía invitarles a seguir protestando, a seguir hablando. Poco después se chocó con fuerza con Fabio Coentrão, que no se había percatado de su presencia. Lo que no registraron las cámaras fueron las pequeñas patadas que recibió Leo y que casi nadie ve, al tobillo, por detrás, constantes, las que duelen.

«Vino con las chanclas y le metió tres goles al Madrid», dijo Xavi al acabar el encuentro.

En la Liga, cinco meses después, Pepe le pisó una mano con alevosía y el portugués acabó disculpándose en la web oficial del Real Madrid. Dijo que había sido un gesto involuntario. Habría más enfrentamientos personales en los siguientes años. Costaba disfrutar de los Clásicos, dejaron de ser partidos entretenidos para convertirse en batallas campales y campañas de desprestigio.

Las constantes apariciones de Leo —que consiguió empatar con Alfredo di Stéfano en goles marcados en enfrentamientos con el Madrid— confirmaban que era jugador de grandes encuentros pero, tal y como se percibió en los últimos Clásicos, Mourinho fue el primero en encontrar el antídoto táctico a su juego, abriendo el camino para que otros (Chelsea, Bayern de Múnich) cuestionaran en las próximas temporadas la hegemonía del futbolista y de su equipo.

El portugués, con las constantes dudas lanzadas sobre la

legitimidad de los triunfos blaugrana, contribuyó a otra cosa: a que la gente se cansara de ver ganar al Barcelona. Así lo entiende también Leo, como le explicó a Martín Souto en TyC Sports:

—¿Por qué creés que hay gente que festeja cuando le va mal al Barça, sin ser hincha del Madrid, cuando ustedes juegan bien, tienen *fair play*, no hay nadie odioso? ¿Envidia puede ser?

—No sé. Una vez Guardiola dijo que eso de ganar todo y tantas veces hace que la gente se canse y por eso la gente quiere que perdamos, pero puede haber muchos motivos. La gente del Madrid, porque es del Madrid.

—Pero pasa también en la Argentina esta cuestión. Es rara.

—No, la verdad es que no lo pensé ni me interesa tampoco. Sé que mucha gente nos está esperando y desea que perdamos y que quedemos fuera de todo, pero a nosotros eso no nos interesa.

8. Segunda final de Champions contra el Manchester, 2011

Sitúense: avión del Barcelona procedente de Valencia, donde el equipo se había enfrentado al Levante y conseguido el título de Liga. En pleno vuelo, unos cuantos jugadores de pie, otros aplaudiendo desde sus asientos; fiesta, cánticos. «Despacito, despacito, despacito... les rompimos el culito», referido al Madrid, por supuesto. Y un aviso por los altavoces: «Les habla el comandante. Una de las puertas de emergencia ha sido manipulada. Por favor, estamos en la fase crítica del vuelo. Ya sé que tenemos mucha alegría, pero intentad contenerla un poquito». A Leo se le había ido la mano con la celebración y manipuló la manija de una salida de emergencia. Con cara traviesa miró a su espalda por si alguien había

descubierto que era él. Las risas continuaron hasta llegar a la Ciudad Condal.

Había sido una Liga muy dura. La presión procedente de Madrid fue de difícil digestión. Pocos equipos tenían jugadores inteligentes y capaces de hacer daño a la contra como el Madrid, un conjunto que se le había hecho incómodo a Messi. Mourinho había encontrado una fórmula para impedir sus diagonales o su juego asociativo: le esperaba un mediocentro en el inicio de la jugada, agresivo en el choque y con la misión de no dejarle ni siquiera poner la tercera marcha. Además, el equipo blanco acumulaba hombres en el centro del campo. Y últimamente hasta subía la línea defensiva para estrechar los espacios.

Se había diseñado el modelo para detener al Barcelona.

Antes de la final de la Liga de Campeones, Messi había marcado 52 goles y dado 24 asistencias en todas las competiciones. «¿Y cómo paramos a este tío?», se preguntaba el diario deportivo *Marca*.

La respuesta no le quedaba muy clara a la mayoría de compañeros. Escuchen a Mariano Pernía, lateral izquierdo del Atlético de Madrid, que contó una graciosa anécdota en el programa «Tiempo extra» de TyC Sports durante un asado televisado con otros futbolistas argentinos: «La peor de Messi, la peor... Perdíamos, 3 a 1, 4 a 1, no sé, en el Calderón, y él se paró en mitad de la cancha. Se quedó parado, pero parado totalmente. Literalmente. ¡Se congeló! Y yo estaba a siete u ocho metros, y digo: “Se cagó todo” [carcajadas]. Y bueno, voy para allá..., más de compromiso que de otra cosa... Y... ¡No sé qué me hizo, no sé! [risas]. Leo amagó con salir por la derecha, por la izquierda, por la derecha. Y en un momento, ¡zas!, dejó al defensor atrás. Llegué a casa y me dice mi señora: “¿Qué te

hizo?”. Y yo: “¡Qué sé yo! ¡Decime vos que lo viste por la tele!”. Te juro que no sé. ¿Viste que te dicen todos? Messi arranca para adentro. Bueno, yo fui a tapar que arrancaba para adentro; pero no arrancó para adentro, no sé qué me hizo, no sé... [más risas].»

Para evitar que el defensor le venciera con el contacto físico, a Leo le ayudó ganar musculatura. José María Cuartetas, regente del restaurante barcelonés al que Messi solía ir a menudo, notó el cambio físico después del Mundial de 2010: «Se fue a Argentina y, cuando regresó, los tres que trabajamos ese día dijimos: “Éste ha hecho algo, se ha pasado el verano en el gimnasio”. Lo veías más musculado. Ahora tiene las piernas más formadas, más físico, más caja torácica, más brazos..., y lo comentamos con el padre, pero nos dijo que no había hecho nada, lo normal. Lo ves ahora, que le chocan y él aguanta».

Así pues, ¿cómo se le defiende a Messi? «Por más que sepas la jugada que te va a hacer, te amaga tan rápidamente y sale con tanta explosividad que le pierdes —comenta Cesc, que lo marcó estando en el Arsenal—. Es como el juego ese en el que, con una persona delante, simulas estar frente a un espejo, ésta se mueve a un lado y tú la tienes que seguir. Nunca te da tiempo a hacer lo que hace ella».

«Leo combina un toque del balón perfecto con una increíble agilidad y gran aceleración en los primeros pasos —explica el preparador Henk ten Cate—. A menudo hasta cambia de dirección en los metros iniciales. Si eres defensor, te mata, te come la moral. Lo hermoso es que hace todo eso al borde del área, con lo que prácticamente cada acción suya crea peligro desde el momento en que recibe el balón».

El fútbol es un deporte de acción-reacción y, por tanto, los equipos fueron cambiando sus estrategias a medida que el argentino

modificaba su campo de operaciones. Cuando jugaba de extremo, el lateral se encargaba de él. Además, como dijo Pep en su conferencia en Buenos Aires, «tenía la línea de banda, que es el mejor defensor que hay».

«En el partido de Copa del Rey en el que los eliminamos, jugó mucho por la derecha —explica Fernando Navarro, ex del Barcelona y ahora en el Sevilla—. Siempre intentas, como es zurdo, que se vaya para fuera, que es lo menos peligroso. En la segunda parte, yo le intentaba enviar por fuera pero lanzó un tiro al palo. Y mi portero, Andrés Palop, me gritó: “Tápale por dentro, Fernando”. En la siguiente jugada me encaró otra vez y se fue por dentro y tiró otra vez al palo. Y le digo a Palop: “¡Andrés, no me digas por dónde tengo que tirar porque igualmente me va a regatear!”».

«Lo enfrenté varias veces, las primeras usaba la 30, me acuerdo porque tengo esa camiseta guardada —explica en *El Gráfico* el ex jugador argentino del Zaragoza Leonardo Ponzio—. No era un parto porque vos ya sabías lo que te podía hacer. Y recaudos... en el Camp Nou no se podía tomar ninguno, porque son dos canchas de fútbol, pero de local, si te agrupás bien y lo marcás de a dos y le estás siempre arriba, podías tenerlo un poquito más controlado».

En sus partidos esplendorosos, nadie sabía cómo pararlo si no era cometiendo faltas: se iba con facilidad en el uno contra uno, así que los mediocentros empezaron a colaborar. Pero su crecimiento continuaba por su insistencia y calidad.

«Aunque creas saber lo que va a hacer, es tan rápido y lo hace en el momento tan justo, que se convierte en casi infalible —admite Fernando Navarro—. Espera el momento oportuno para cambiar de dirección. ¿Cuántas veces ha metido el gol este que empieza por la derecha, y conduce hacia la izquierda, más hacia la izquierda, y más

hacia la izquierda, y acaba casi en la banda contraria y chuta cruzado? Muchas veces. Y aun así, cuesta pararlo».

«Cuando pasaba por mi lado —recuerda Ponzio—, no le decía: “No me pasés más, somos los dos de Newell’s”. Eso no, pero, si iban ganando 4-0, le pedía: “Paren un poco, ya está”. Él me escuchaba, pero no daba mucha bolilla; viste cómo son ellos, juegan todo el tiempo en serio. Tampoco son de cargar, eh, son tipos que hacen su trabajo y se dan cuenta cuando el rival está sufriendo».

Al realizar sus diagonales, a finales de la época de Rijkaard y el primer año de Guardiola, el problema táctico eran sus propios compañeros: superaba líneas y rivales a tal velocidad que los suyos le estorbaban. Sus compañeros debían aprender a hacerle un aclarado, como ocurría con Michael Jordan en el baloncesto, y con el tiempo lo lógico era que desapareciera el nueve que ocupaba ese espacio que necesitaba Leo.

Cuando finalmente se trasladó al centro, la dificultad del adversario era decidir quién le marcaba, quién le salía cuando tenía el balón: los centrales preferían esperarlo al borde de su área, pero para entonces ya había empezado su carrera, y le resultaba fácil superarlos con su habilidad; por su parte, el mediocentro se veía desbordado por la presencia de más futbolistas del Barcelona que de su equipo.

«Hablar de tácticas defensivas contra el mejor Messi no sirve para mucho —sentencia el ex entrenador del Villarreal Juan Carlos Garrido—. Se han probado todas: le han hecho marcaje individual, todos metidos atrás, línea adelantada..., contra el mejor Messi ninguna táctica ha funcionado».

«Es demasiado bueno para realizarle un marcaje individual —señala Gio van Bronckhorst—. Siempre encuentra una salida en el

uno contra uno». Su compatriota Mark van Bommel, que compartió vestuario con Messi en la temporada 2005-2006, tiene una solución: «Si alguna vez se ponía un poco chulín, le hacía una entrada fuerte y ya está. Al tío le gusta hacer caños hasta en los entrenamientos. En una sesión me lo hizo dos veces, así que tuve que ponerme serio: la entrada fue espectacular. Rijkaard estaba furioso. Nos pedía que no reaccionáramos así en el entreno. Pero supongo que en un partido sí se le puede tratar de ese modo». Paolo Montero, internacional uruguayo y ex de la Juventus, está de acuerdo: «La única forma es como se hacía antiguamente: pegándole y sacándole de la cancha, es la única que veo, porque de otra manera, no... [risas]».

Los equipos, conscientes de que no se podía marcar sólo a Messi, sino que había que defender al Barcelona, empezaron a juntar las líneas por el centro y a ceder las bandas al conjunto de Guardiola: desde ahí sólo podía hacerse daño con balones al área pero el equipo blaugrana no contaba con un rematador capaz de ganar la disputa aérea.

En mayo de 2011, el Manchester tenía dónde escoger estrategias defensivas.

Para esa final en Wembley, el Barcelona ya pudo contar con Éric Abidal, que había jugado un par de minutos en las semifinales ante el Madrid en uno de los momentos más emocionantes de la temporada. El jugador francés había sido operado en marzo de un tumor en el hígado. Ante el Manchester United, fue titular.

PG: En la segunda final con el Manchester United nos conocíamos mucho más, llevábamos tres años juntos y la jugamos un poco más concienciados de su relevancia: la primera fue como un regalo para todos. Ante la amenaza de nube de ceniza de un

volcán islandés, tuvimos que ir a Londres antes. Eso nos proporcionó cuatro días enteros para nosotros, unos días relajados, algo que se daba muy raramente. Estábamos lejos de Barcelona y de la presión de la afición, amigos y familia. Estuvimos encantados de poder entrenar en el centro deportivo del Arsenal, y dispusimos de tiempo para prepararnos bien, para pensar en lo que teníamos que hacer, prepararnos para todo, sin dejar ningún cabo suelto. En la final, es más que obvio que jugamos bien, que éramos el mejor equipo. La primera final, en Roma, fue más igualada, pero en la segunda, en Wembley, fuimos mejores.

GB: Volviste a hacer un cambio táctico tras diez minutos, al retrasar a Leo a la altura de Xavi y a éste a la de Busquets, buscando superioridad desde la salida del balón. ¿O fue decisión de los futbolistas por cómo se daba el partido?

PG: En Wembley, el Manchester ya sabía que íbamos a buscar la superioridad en el centro del campo, porque ya jugábamos siempre de esa manera. Lo que pasa es que es difícil de parar: obligas al central a salir de su posición a zonas muy lejanas.

GB: Los jugadores entendían lo que requería el encuentro...

PG: De manera natural, Xavi ya se retrasaba cuando hacía falta. Poco le puedes enseñar a un jugador como Xavi. Sólo susurrarle cosas. El resto ya lo sabe.

Guardiola les pidió a los suyos que fueran ellos mismos, más Barcelona que nunca, fieles al estilo.

Final de Champions 2010-2011. 28 de mayo de 2011.

F.C. Barcelona 3 - Manchester United 1. Estadio: Wembley de Londres

Barcelona: Valdés; Alves (Puyol, min. 88), Piqué, Mascherano, Abidal, Busquets, Xavi, Iniesta; Pedro (Afellay, min. 92), Messi y Villa (Keita, min. 86). No utilizados: Olazábal, Bojan, Adriano y Thiago Alcántara.

Manchester United: Van der Sar; Fabio (Nani, min. 69), Ferdinand, Vidic, Evra; Valencia, Carrick (Scholes, min. 76), Giggs, Park; Rooney y Chicharito Hernández. No utilizados: Kuszczak, Owen, Anderson, Smalling y Fletcher.

Goles: 1-0, min. 27, Pedro. 1-1, min. 34, Rooney. 2-1, min. 54, Messi. 3-1, min. 69, Villa.

Luis Martín, «La Pulga se viste de diablo», *El País*: «Generoso como casi siempre, [Messi] jugó para el equipo antes que para sí mismo, combinó mucho y buscó pases interiores que hicieran daño. Lo consiguió, fue una pesadilla, un diablo contra los diablos rojos. Ningún jugador del Manchester United pudo echarle el guante. A Leo el gol le sale de las entrañas, así que no se fue sin su premio: un zapatazo desde fuera del área tan seco que Van der Sar no pudo ni reaccionar. “Tuve el espacio ahí, salió el arquero y por suerte entró”, describió el propio Messi. Puede que no sea su gol más bonito, pero puso por delante al Barcelona cuando más lo necesitaba. Lo gritó como nunca mientras corría a festejarlo a una esquina. Como casi

siempre, por el camino pateó un micrófono y también la valla de publicidad. Y, si no se tiró a abrazarse a los aficionados, poco le faltó».

Tuits de ese día de Martí Perarnau: «Cerrar los pasillos de la Santísima Trinidad. Ésa era la clave para MU. No lo consiguió nunca. Dejó las puertas abiertas y Xavi, Iniesta y Messi se pasearon [...] Xavi, Iniesta y Messi tocan y tocan para desordenar al rival y ganar superioridades. Cuando lo notan maduro y paralizado, dan el zarpazo [...] Pep y Xavi son los guardianes del idioma futbolístico. Messi e Iniesta, la poción mágica. Puyol, el capitán de los valores. Los pilares de la tierra blaugrana [...] Minuto 89: ocho canteranos sobre el césped, tres más en el banquillo, otros tres en grada. La Masía, más que una cantera [...] El futuro tiene interrogantes, por supuesto. Pep es uno de ellos. El hambre de Messi, otro. Guardiola lanzó, por duplicado, un mensaje al club: que no traigan a nadie que perturbe a Messi. Y que traigan a quien apoye, rodee y ayude a Messi a seguir creciendo. Mensajes orientados».

Fue un partido completo de Messi y del equipo. Exquisito en la asociación y con la aparición determinante de Leo. Acababa de llevarse la Champions el que quizá era mejor conjunto de la historia. Y lo hizo por calidad, pero también por inteligencia. «En función de cómo fuera el partido, Pep solía decirle a Leo: “Ponte en medio” o lo que sea —analiza Pedro—. Y en seguida cambiábamos el

esquema del equipo, todo muy rápido. Trabajamos mucho la táctica durante toda esa semana y por eso las cosas salían con naturalidad».

En Wembley, Messi no fue el de la jugada, el de la diagonal o el regate. «Su función en ese partido fue generar situaciones de superioridad numérica en el centro del campo entre él, Xavi, Busquets, Iniesta y Abidal cuando subía por la banda». Leo ayudó a que la posesión fuera del 68 por ciento y que el Barcelona lanzara veintidós tiros a puerta. El Manchester United quedó en cuatro. Marcó el segundo tanto y participó en el tercero. «Fue una barbaridad cómo se jugó. Creo que, hoy por hoy, no somos conscientes de lo que estamos haciendo», declaró Leo aquella noche.

Sir Alex Ferguson fue a buscar a Leo para felicitarlo sobre el césped. «*Congratulation*», le dijo.

«Realmente, nunca hemos podido controlar a Messi, era algo de lo que estábamos advertidos. No hemos logrado cerrar el centro del campo lo suficientemente bien como para contrarrestarlos», explicó más tarde.

PG: He aprendido con el tiempo que los grandes preparadores son entrenadores de personas. La táctica es muy importante, pero los Ferguson, Mourinho y demás son, sobre todo, grandes entrenadores de personas.

GB: Pese a haber dicho durante dos años que ya sabía cómo jugarle al Barcelona tras la derrota en Roma, Ferguson no supo contrarrestar su juego.

PG: No salieron a defender. Cuando nosotros estábamos bien, era difícil pararnos. Nos pasábamos el balón y les fuimos metiendo poco a poco atrás. No es que ellos hubieran decidido defender

en su área, sino que conseguimos meterlos atrás. La idea que tenían era la de apretarnos en la salida del balón y así fue en los primeros diez o quince minutos tanto en Roma como en Wembley. Pero supimos crear superioridad y el Manchester, que es un grande, perdió el control del partido.

Guardiola iba abrazando a todos y, cuando le tocó a Leo, le dio las gracias. Éric Abidal jugó todo el encuentro. Carles Puyol le cedió el brazalete de capitán para que levantara la Copa de Europa, la cuarta que conseguía el club en su historia.

«Es el mejor jugador que he visto y que voy a ver —afirmó en rueda de prensa Guardiola sobre Leo, repitiendo una afirmación que ya realizó en la Supercopa española en agosto de 2009—. Podríamos competir a muy alto nivel, pero sin él no daríamos el salto de calidad [...] Espero que no se aburra y que seamos capaces de que se sienta cómodo porque, cuando eso pasa, Leo no falla».

Messi fue nombrado mejor jugador del partido y habló para la prensa: «Queremos seguir ganando cosas. Hoy fuimos muy superiores y merecimos ganar. Ahora estamos de vacaciones. Bueno, yo me voy a la Copa América. Pero primero veremos cómo lo celebramos. Este equipo es de ganadores, todos lo sabemos, y tenemos que pensar únicamente en la celebración. Ya pensaremos en la temporada que viene».

Lionel Messi se fue a Argentina a descansar y a sufrir en la Copa América.

9. Los cinco goles al Bayer Leverkusen

Un mes y medio después de Wembley, la Argentina de Leo Messi fue derrotada por Uruguay en los penaltis en la Copa América que se celebraba en su país. «Diego Maradona tenía otra personalidad, era avasallador y contagiaba; eso es lo que no le veo a Leo Messi», se animó a decir el goleador histórico de Argentina, Gabriel Batistuta. La Pulga había marcado esa temporada 53 tantos con el Barcelona, pero no llevaba ninguno con la selección desde marzo de 2009, más de dos años atrás.

Supercopa de 2011, ida. 14 de agosto de 2011.

Real Madrid 2 - F.C. Barcelona 2

Real Madrid: Iker Casillas, Sergio Ramos, Pepe, Carvalho, Marcelo, Xabi Alonso, Khedira, Mesut Özil, Di María, Cristiano Ronaldo y Benzema. No utilizados: Adán, Arbeloa, Varane y Kaká.

Barcelona: Víctor Valdés, Dani Alves, Gerard Piqué, Eric Abidal, Adriano, Xavi Hernández, Seydou Keita, Andrés Iniesta, Leo Messi, David Villa y Pedro Rodríguez. No utilizados: Pinto, Fontàs, Busquets y Jonathan dos Santos.

Goles: 1-0, min. 13, Özil. 1-1, min. 35, Villa. 1-2, min. 45, Messi. 2-2, min. 53, Xabi Alonso.

Diego Torres, «De Formentera al cielo», *El País*: «Messi, que no jugó partidos amistosos y se pasó la pretemporada en un yate, castiga al Madrid en dos jugadas clave. Lo último que se

supo de Lionel Messi Cuccittini antes de emprender la pretemporada, el lunes de la semana pasada, fue que pasó unos días con su novia, Antonella, en un yate anclado en Formentera. De eso han pasado exactamente siete días. Le bastaron cinco sesiones de preparación física para acudir al Bernabéu a jugar la Supercopa de España. Nada de amistosos. Nada de giras de verano. A jugar.

»[...] Messi sólo hizo una cosa en la primera media hora: dar un pase raso a Villa, a la espalda de Ramos. El pase fue perfecto, con una comba que se acoplaba al desmarque como un molde a medida del movimiento del delantero. El árbitro pitó fuera de juego de Villa».

José Sámano, «El Madrid da vida al Barça», *El País*: «[...] Cuando todo presagiaba una tormenta para el Barça, el partido pegó un vuelco inesperado. A Messi no se le había visto ni la sombra. Messi, que no necesita mucha liturgia, apareció por fin y Villa, en el primer disparo de los suyos, pegó a la pelota como si fuera un plátano. El balón hizo una comba imposible para Casillas. Turbado el Madrid, incrédulo ante semejante accidente, Messi, pícaro como es, adivinó la pájara de su rival y aprovechó que a su alrededor se atropellaran Khedira y Pepe. Si el empate parecía un espejismo, el giro en el resultado era un misterio trinitario».

Cuando se confirmó la destitución de Sergio Batista y la

elección de Alejandro Sabella, el nuevo seleccionador viajó a Barcelona y charló con Pep Guardiola, quien le aconsejó que hablara poco con Leo, que lo rodeara de compañeros que lo respetaran y que le hicieran el trabajo más sencillo, que escuchara lo poco que le iba a decir y que no lo sustituyera nunca, «ni para recibir una ovación».

A la vuelta de las vacaciones, de las que Leo regresó más tarde por su participación en la Copa América, el Barcelona, que había fichado a Cesc, del Arsenal, y a Alexis, del Udinese, se enfrentó al Real Madrid de Mourinho, al que se le fue un dedo.

Se dejó la conclusión para la vuelta.

Supercopa de 2011, vuelta. 17 de agosto de 2011.

F.C. Barcelona 3 - Real Madrid 2

Barcelona: Valdés; Alves, Piqué, Mascherano, Abidal, Sergio Busquets (Keita, min. 85), Xavi, Iniesta, Pedro (Cesc, min. 82), Villa (Adriano, min. 73) y Messi. No utilizados: Pinto, Fontàs, Thiago, Keita y Alexis.

Real Madrid: Iker Casillas; Ramos, Pepe, Carvalho, Coentrão, Xabi Alonso, Khedira (Marcelo, min. 45), Di María (Higuaín, min. 63), Özil (Kaká, min. 78), Cristiano Ronaldo y Benzema. No utilizados: Adán, Marcelo, Albiol, Arbeloa y Callejón.

Goles: 1-0, min. 15, Iniesta. 1-1, min. 19, C. Ronaldo. 2-1, min. 44, Messi. 2-2, min. 82, Benzema. 3-2. min. 88, Messi.

José Sámano, «Messi sí que es único», *El País*: «El argentino

resuelve la Supercopa a favor del Barça en un duelo intenso con el Madrid. No hay Madrid que por ahora pueda con Messi, el mayor castigo de su historia. Ni siquiera cuando el equipo de Mourinho se aplica como nunca y el Barça aún tiene agujetas. Él sí que es único: con Messi al frente, el equipo azulgrana no tiene calambres».

Cayetano Ros, «Fútbol de otro planeta», *El País*: «[...] Messi. Enfadado, crispado, motivadísimo, el argentino Messi sumó dos tantos más a su rival preferido, evitando así una prórroga a la que el Madrid llegaba más fresco. Como se vio esposado por un marcaje casi al hombre de Pepe, decidió bajar a por oxígeno al centro del campo. Allí se desembarazó de Khedira y envió el pase raso en vertical a Iniesta, que abrió el partido y lo convirtió en un espectáculo impagable. Aunque faltó de rodaje, tuvo resuello para crear otra obra de arte junto a Piqué: el taconazo de éste le dejó solo ante Casillas. Esta vez resolvió con una picadita con la bota derecha por encima del cuerpo alargado del arquero madridista, que se había comido el engaño. Por otro genio. Messi remató la faena con una volea que vale una Supercopa».

Santiago Sigüero, «Messi es el ciclo», *Marca*: «[...] Messi derrotó al Real Madrid. Prácticamente solo, el argentino tumbó de nuevo a un equipo que ha encontrado en el argentino a su maldición. Porque fue un buen Madrid, de nuevo, superior en lo colectivo al Barça, pero que no resiste la comparación entre su estrella y la azulgrana. El Di Stéfano del Barça».

Esa temporada que había empezado tan bien se convirtió en fuente de malas noticias, que dejaron al grupo emocionalmente exhausto. Tito Vilanova descubrió en noviembre de 2011 que tenía un cáncer en la glándula parótida.

Leo también padecía en silencio el cáncer de un familiar muy cercano. El contraste entre la felicidad de los títulos y el golpe de realidad era difícil de llevar y Messi intentó que no se le notara en el campo de entrenamiento. Pero el mundo se había hecho adulto y complejo de repente. Se acercó todavía más a su familia y se distanció de las cosas que menos importan, así como de uno de los colaboradores de Pep, al entender Leo que había querido acercarse demasiado al confuso momento emocional que estaba viviendo.

Mientras crecía un monstruo en su interior, Abidal fue titular en la final del Mundial de Clubes contra el Santos de Neymar Jr., del que se decía que podía convertirse pronto en uno de los mejores futbolistas del mundo. Messi tenía otro reto: dejar las cosas en su sitio. En parte obligado por la llegada de Cesc Fàbregas, Guardiola buscó la máxima expresión de su idea futbolística al encajar cinco centrocampistas y Messi, que era ya un ocho creador, un nueve goleador y un diez asistente. Dani Alves y Thiago jugarían de falsos extremos en un salón de espejos futbolístico donde nadie era lo que parecía.

***Mundial de Clubes 2011. 18 de diciembre de 2011.
Santos F.C. 0 - F.C. Barcelona 4. Sede: Yokohama***

Santos: Rafael Cabral; Danilo (Elano, min. 30), Edu Dracena,

Bruno Rodrigo, Durval, Leo; Henrique, Arouca, Ganso (Ibson, min. 83); Borges (Kardec, min. 78) y Neymar. No utilizados: Aranha, Vladimir, Aguiar, Carvalho, Vinicius, Anderson, Renteria, Para y Diogo.

Barcelona: Víctor Valdés; Puyol (Fontàs, min. 85), Piqué (Mascherano, min 56), Abidal; Alves, Busquets, Xavi, Thiago (Pedro, min. 78); Iniesta, Cesc y Messi. No utilizados: Pinto, Olazábal, Alexis, Keita, Jonathan dos Santos, Maxwell, Adriano y Cuenca.

Goles: 1-0, min. 17, Messi. 2-0, min. 24, Xavi. 3-0, min. 45, Cesc. 4-0, min. 82, Messi.

Luis Martín, «Que la historia le juzgue», *El País*: «“Que la historia le juzgue”, pidió Mascherano al hablar de Messi, que ayer demostró otra vez por qué recibirá seguramente su tercer Balón de Oro consecutivo el próximo 9 de enero. Messi, escogido el mejor jugador del partido y del torneo, no tiene hoy rival capaz de competir con su talento. No lo consiguió ayer Neymar, puesto frente al espejo de La Pulga.

»[...] La FIFA andaba mosqueada con el Barcelona porque Messi no apareció en toda la semana para promocionar la final. No pasó por la zona mixta tras el triunfo en las semifinales y tampoco compareció en la rueda de prensa oficial, el sábado. Se entrenó, descansó, paseó con la familia y se fue a cenar con ella y con su novia los días que tuvo permiso. Pero no abrió la boca hasta ayer. En el campo. Y en una nueva final. El Barça sumó su 13.º título, de 16 posibles, desde que Pep Guardiola

se sienta en el banquillo azulgrana. Y Messi volvió a marcar en una gran cita, como casi siempre. Ya suma 17 tantos en finales entre todas las competiciones».

Martí Perarnau en su blog: «La primera media hora de esta final ha sido la apoteosis del rondo, sublimación de los roles metamorfoseados. Un enjambre de pequeñas avispas se han apropiado del balón y picoteado al Santos brasileiro, sucedáneo de sí mismo. Como quien sufre un *shock* post-traumático, Neymar lo ha definido con una frase sencilla: “Hoy hemos aprendido a jugar a fútbol”».

El Barcelona conseguía así su décima victoria en once finales. Y Messi igualaba a Pedro, que dos años atrás había conseguido golear en todas las competiciones: no había récord que se le resistiera y de eso también se alimentaba su ambición. Obtuvo otro: asistió asimismo en todas las competiciones; podría decirse que, de ese modo, incluso superó a su compañero. Su magnitud se estaba haciendo estratosférica.

Messi se cruzó con Neymar en la entrega de premios y mantuvieron una conversación que ponía las bases de una relación futura. Leo, que estaba al corriente del interés del club por el brasileño, le dijo que se viniera al Barcelona. Neymar, en realidad, ya tenía un acuerdo con los blaugranas y le aseguró que ése justamente era su sueño.

Después del Mundial de Clubes, Messi se fue a descansar a Rosario, donde, entre otras cosas, le pusieron al día sobre la

Fundación Leo Messi que desde 2007 destina dinero a promover proyectos en favor de la infancia y adolescencia en riesgo. En esa época, cuando a Guardiola le preguntaban por qué le daba más días de fiesta al jugador argentino, el entrenador contestaba a medias, consciente de la delicada situación familiar: «Decido yo, no deciden ellos. Hay unas razones. Leo tiene una sensibilidad muy especial en muchas cosas y quiero que esté con su familia en fin de año».

En el nuevo año, el grupo recibió otro mazazo: en marzo el club anunció que Abidal debía someterse a un trasplante de hígado al reproducirse el tumor cancerígeno. El lateral tuvo que ser operado en cinco ocasiones y perdió diecinueve kilos. Pero volvió un año después a los terrenos de juego.

Sobre el césped, Leo continuó con su progresión táctica y sus excelentes números: marcaba de nuevo con Argentina y en marzo se convirtió en el goleador histórico del club al superar, a sus veinticuatro años, el récord de César Rodríguez de 232 goles con la camiseta azulgrana.

Sin embargo, algunas cosas nunca han cambiado. Antes de algunos partidos, Leo tiene náuseas y llega a vomitar. «Es bastante común. Hay muchos jugadores que pasan por ahí —señala Pedro—. A veces le dan arcadas. Es la adrenalina, la tensión justo antes del partido. Desde fuera todo eso no se ve. Nosotros tenemos siempre la obligación de ganar y de hacerlo bien, de estar bien físicamente. Y no siempre es así. Pero es lo que toca y hay que estar preparado para todo».

Explican algunos futbolistas que las sensaciones deben ser parecidas a las de un galgo justo antes de una carrera, es como un coche con el gas a tope antes de darle al embrague. «Cuando le dan arcadas, Leo siente que es un momento muy íntimo, trata de alejarse

y se va —cuenta Mascherano—. Nos pasa a varios, a mí también. Por mucha experiencia que tengas, la adrenalina no desaparece. Y antes de un partido toda esa ansiedad por salir te genera a veces estos estados de náusea. Cuando empieza a rodar el balón todo eso se va».

«Hubo un partido en el que él estaba engripado, contra el Osasuna, en Copa», recuerda el Jefecito. Messi fue dado de baja por la mañana, por unas décimas, malestar de gripe y frío, pero tres horas antes del partido le comunicó a Pep que estaba para jugar. «Y cuando me dice eso, lo pongo en el banquillo», explicó Pep. «Tenía fiebre. Marcó dos goles. ¡Y de verdad que jugó con fiebre! —insiste Mascherano—. Los médicos le habían dado de baja porque no valía la pena contar con él, pero quiso jugar. Y entró, y bueno...». Leo salió al campo media hora antes del final, tiempo suficiente para golpear, como cuenta su compañero, en dos ocasiones.

Antes del encuentro contra el Bayer Leverkusen en el Camp Nou, la vuelta de los octavos de final de la Liga de Campeones, Leo se sintió indispuerto. Tenía dolor de cabeza. Le dieron un paracetamol. «¿Ah, sí? Me acabo de enterar de que no se encontraba bien», reconoce *el Jefecito* Mascherano.

Octavos de final de la Liga de Campeones, vuelta. 7 de marzo de 2012.

F.C. Barcelona 7 - Bayer Leverkusen 1 (ida, 3-1)

Barcelona: Valdés; Alves, Piqué, Mascherano, Adriano (Muniesa, min. 63); Busquets, Xavi (Keita, min. 52), Cesc; Pedro, Messi e Iniesta (Tello, min. 52). No utilizados: Pinto,

Sergi Roberto, Bartra y Cuenca.

Bayer Leverkusen: Leno; Castro, Schwaab, Toprak, Kadlec; Renato Augusto (Oczipka, min. 67), Reinartz, Rolfes, Bender (Schürle, min. 55); Kiessling y Derdiyok (Bellarabi, min. 55). No utilizados: Giefer, Friedrich, Ortega y Zenga.

Goles: 1-0, min. 25, Messi, a quien le llega un pase al espacio de Xavi y marca por encima del portero. 2-0, min. 42, Messi, que recibe un pase de Iniesta y golea en jugada personal. 3-0, min. 50, Messi, a pase de Cesc, de nuevo marca de vaselina. 4-0, min. 55, Tello. 5-0, min. 57, Messi: el portero no ataja el balón y aprovecha el rechace. 6-0, min. 62, Tello. 7-0, min. 84, Messi, con un zurdazo desde el borde del área. 7-1, min. 90, Bellarabi.

Ramon Besa, «Huracán Messi», *El País*: «A Messi habrá que agradecerle eternamente que quiera jugar siempre, que no distinga entre partidos amistosos u oficiales, fáciles o difíciles, importantes o banales, y no acepte ser sustituido ni con el encuentro resuelto, esté o no en forma, haga frío o calor, sea en casa o fuera, igual da que se juegue en miércoles que en sábado. No hay trámites para La Pulga, y menos en la *Champions*, competición en la que ya suma 12 goles en siete jornadas, después de los cinco ante el Bayer, un registro inédito en la historia del torneo. Nadie se exige más que el propio Messi, que convierte cada actuación en un espectáculo y como tal asume que se le reproche las funciones sin brillo. Nadie maneja mejor las líneas de pase y las asistencias que

Piqué, Xavi e Iniesta. La pelota llegó siempre masticada a pies del genial Messi».

Robert Álvarez, «El pentagoleador con jaqueca», *El País*: «Messi llegó al Camp Nou con dolor de cabeza. Comoquiera que no remitía, decidió pedirle un analgésico al doctor Ricard Pruna. [...] El entrenador del Barcelona, que departió tras el partido con el seleccionador argentino, Alejandro Sabella, se explayó en torno a las virtudes de La Pulga. “No importa si llueve o hace frío, no importa si pegan o no... Me imagino que en la época de Di Stéfano, de Maradona, de Cruyff, de Pelé decían que eran los mejores. Ahora el trono le pertenece a él, y sólo él decidirá cuándo debe dejarlo”.

»[...] “Fue un partido de Champions, o era Messi en la PlayStation2”, ironizó el atlético Falcao. “Messi no es de verdad. Para mí, el mejor de la historia”, tuiteó Rooney, del Manchester United. “No hay palabras para hablar de esta forma de jugar del Barça. Es de una clase extraordinaria, no hay discusión. Sin Messi el Barça también es el mejor equipo, pero con Messi es de otra galaxia”, concluyó el entrenador del Bayer, Robin Dutt».

GB: En el encuentro ante el Bayer Leverkusen, Leo tenía dolor de cabeza. ¿Le has visto vomitar antes de algún partido?

PG: Yo también vomitaba. Estás con la tensión, te has de sacar los nervios y te los sacas.

GB: Pero a ti se te ve nervioso. Y Messi parece de lo más

tranquilo.

PG: Probablemente le va por dentro. Pongámonos en su piel: tiene el peso de tener que hacer lo que hace una y otra vez, y seguro que a veces cuesta. Bueno, lo imagino, porque en realidad no sé cómo se lleva tanto peso.

GB: ¿Se le veía más callado el día del Leverkusen?

PG: No, no, no recuerdo nada de todo eso. Yo antes de los partidos no entro en el vestuario con el equipo, no los quiero ver, es su momento, yo estaba en mi despacho. Justo antes de salir sí que estamos juntos, pero ya está.

GB: ¿Y le dijiste alguna cosa en especial después de los cinco goles?

PG: No me acuerdo. Supongo que debí de felicitarlos a todos. En Champions, cuando pasas ronda, siempre tienes la percepción de que te quedan todavía por disfrutar dos partidos más en Europa. Nunca se sabe cuándo acabará. Con el tiempo he ido felicitando menos, debe de ser la edad. A nosotros, el cuerpo técnico, también nos tocaba disfrutar momentos y a menudo me quedaba dentro de mi despacho para celebrarlo entre nosotros. En aquel partido no recuerdo si fui o no fui a felicitarlo. Igual en Champions normalmente sí iba, porque jugar en Europa es muy bonito, la competición europea es la más bonita que hay.

10. Los Balones de Oro

—Afirma que no le preocupa cuántos goles puede marcar, sino que prefiere los títulos.

¿Hay algo que le preocupe especialmente?

—Sí, prefiero ganar títulos con el equipo antes que premios individuales o meter más goles que nadie. Me preocupa más ser buena persona que ser el mejor futbolista del mundo. Además, al final, cuando se termine todo esto, ¿qué te llevas? Mi intención es que, cuando me retire, se me recuerde por ser buen tipo. Me gusta meter goles, pero también tener amigos entre la gente con la que he jugado. Es bueno que te valoren como persona, que tengan un buen concepto de ti.

—¿Tampoco le preocupará ganar el cuarto Balón de Oro?

—Los premios están bien. Yo los agradezco, claro. Pero, en el fondo, eso les preocupa más a ustedes, que siempre están preguntando si éste es mejor que ése. ¿Xavi o Iniesta?

¿Quién lo sabe? [...] A mí me hace mejor el equipo, seguro. Sin la ayuda de los compañeros, no sería nada, no ganaría nada. Ni títulos ni premios, nada.

(Entrevista a LEO MESSI para *El País* [RAMON BESA y LUIS MARTÍN], 30 de septiembre de 2012)

Cuenta Martí Perarnau en su libro *El largo viaje de Pep* que, allá por el mes de octubre de 2010, Guardiola tuvo una charla con sus futbolistas en la que les pidió que se olvidaran de controversias, que no especularan sobre qué equipo era el mejor. De eso se iban a encargar los periodistas y tertulianos. «Mirad, les dijo, no es cuestión de discutir si somos mejores que tal o cual equipo — escribe Perarnau—. Unos tendrán una opinión y nosotros, otra. La verdadera jerarquía sólo la conoceremos como con las buenas películas, que con el paso de los años las vuelves a ver y hablas de ellas, se convierten en clásicos y son historia viva. Ahora no lo

podemos comprender del todo, les dije, pero dentro de quince años se hablará de vosotros. Seguro. Se hablará de vosotros y, entonces, en ese momento, el mundo entero reconocerá que hemos sido un gran equipo».

GB: Cuenta Rodrigo Messi que a los trece años Leo ya decía que quería ganar el Balón de Oro.

PG: ¿Lo dijo? No se equivocó, ¿no? Me quedé muy contento cuando lo ganó después de la Liga de Campeones de Roma. Le dijimos: “Ya lo tienes”. Estaba claro que le iba a caer a él. Siempre se ha puesto muy contento por estos premios, siempre se lo ha tomado como eso: algo que quiere ganar. Imagino que Michael Jordan quería ser el mejor defensor, el mejor anotador, el mejor reboteador de la NBA... Pues él igual. Y dices, ¿por qué, si ya está bien con un título de Liga, una Champions, un Balón de Oro? ¿Por qué quiere más? Porque son así. A Nadal lo daban por retirado, y va y lo gana todo. Y Jordan seguro que un día ha pensado, ¿por qué no vuelvo con cincuenta años? ¡Verás en qué lío los meto a todos estos! Nosotros somos de otra manera, de otro pueblo, de otros padres; somos competitivos, nos gusta ganar, pero tienes otra manera de pensar, y dices: oye, hoy has perdido, y te sabe mal, pero piensas, qué le vas a hacer, la vida es así. Y conoces tus limitaciones y te dices: yo no puedo hacer esto porque no sé tanto. Leo no, él siempre tiene esta percepción de que, si está bien, gana.

Primer Balón de Oro, 2009. Y Mejor jugador mundial de la FIFA

«Un día lo llamé por teléfono, justo después de que me habían dicho que Lio estaba mal por salir segundo en un Balón de Oro. Ahí le dije: “Dejate de hinchar las pelotas, se terminó el segundo puesto. De ahora en más pasás a ser el primero”. Y se vino el Messi que es número 1 de taquito».

(MARADONA en *El distinto*)

Leo Messi había sido tercero en la elección de la revista *France Football* del Balón de Oro 2007 (por detrás de Kaká y Cristiano Ronaldo) y segundo de 2008 (lo ganó el portugués). Pero, en 2009, con veintidós años, no sólo había sido escogido al final del verano como mejor jugador de la Champions y mejor delantero de la competición, sino que en diciembre se llevó también el prestigioso galardón con un dato relevante: nunca antes se había producido una diferencia mayor entre el primero y el segundo, Cristiano Ronaldo. Xavi Hernández, otro representante del Barcelona que lo había ganado todo, quedó tercero.

La ceremonia tuvo lugar en París y con Messi viajó toda la familia. Celia, la madre de Leo, se presentó al evento con un elegante traje rojo. Jorge, que estaba un poco delgado y algo indispuerto, miraba alrededor recordando decisiones, viajes, tensiones, lejanías. Rodeado de sus cuatro hijos, con Leo sosteniendo el Balón de Oro en la mano, mientras les hacían las fotos de rigor, Jorge se puso a llorar. «He conseguido el objetivo que me propuse en esta vida: tengo cuatro hijos fenomenales, todos tienen la vida encarrilada. Lo he logrado».

«Leo tiene una ventaja que le ha ayudado a madurar bien: el

entorno familiar —reconoce Joan Laporta—. Esa piña que han hecho... Lo pude comprobar en el primer Balón de Oro, fuimos todos juntos y era un placer comprobar las complicidades que tenían». Laporta, los cuatro hermanos y los padres comieron con los organizadores del evento. «Leo estaba verdaderamente emocionado, en una nube, porque sentía como que había conseguido una cosa que había estado soñando y que había convertido en realidad —recuerda el ex presidente del Barcelona—. Lo que pasa es que Leo... expresa poco sus sentimientos una vez fuera del campo, siempre está con aquella media sonrisa de pícaro, que parece que aquello no vaya con él. Seguro que preferiría estar jugando a la PlayStation que estar en todos esos actos tan institucionales».

«El padre estaba como un flan —apunta Txiki Begiristain—. El hermano también, y la madre. ¡Hostia cómo estaban! Pero él, no sé si saben bien cómo estaba».

En el siguiente encuentro en el Camp Nou ante el Espanyol, Celia le entregó sobre el césped el trofeo mientras el estadio, sus compañeros, el capitán rival y hasta el árbitro, Iturralde González, le ofrecían una cerrada ovación.

La FIFA también le concedió el premio al jugador del año en una ceremonia que tuvo lugar en Zúrich el 21 de diciembre. Si el ganador de la revista francesa era escogido por periodistas, en el de la máxima institución futbolística votaban seleccionadores nacionales y sus capitanes. De nuevo ganó con la mayor diferencia de puntos de la historia.

El día de la velada, la delegación del Barcelona quedó en el vestíbulo del hotel donde se hospedaba para salir juntos hacia el Palacio de Congresos, donde se entregaban los premios. Leo no aparecía. Lo buscaron por todas partes. «Subid a la habitación a ver

si está ahí», pidió Laporta. Y ahí estaba, sobre la cama, acabando una partida de PlayStation con Rodrigo y Matías. A toda prisa se intentaron poner unos a otros la corbata, pero no sabían bien cómo hacerlo: tuvo que acudir al rescate su padre Jorge.

Segundo FIFA Balón de Oro, 2010

El 10 de enero de 2011, Messi recibió el primer premio FIFA Balón de Oro, la fusión de los dos galardones (el de la máxima institución del fútbol y el de la revista *France Football*), que contó con un jurado de 450 personas, entre seleccionadores, capitanes nacionales y periodistas. Fue el año de la triple representación azulgrana que recompensaba lo que el Barcelona y La Masía estaban haciendo por el fútbol y también la consecución del primer Mundial por parte de la selección española.

Leo no esperaba llevarse el galardón, su nombre estaba en pocas quinielas. Debía de ser por ello que casi se olvida en casa la pajarita y el esmoquin negro de Dolce & Gabbana que tenía previsto vestir en la ceremonia. En esta ocasión a Messi le acompañaron sus padres y su hermana, además de un tío, una tía y un primo. Siete futbolistas del Barcelona habían entrado en el mejor equipo del año y con ellos también viajó Pep Guardiola, nominado a entrenador del año, un galardón que acabó consiguiendo Mourinho, campeón de la Champions con el Inter.

Para la prensa el gran favorito era Andrés Iniesta, que había marcado el tanto en Johannesburgo que le dio el título mundial a España. Nike había preparado diez mil camisetas para celebrar el galardón. Se desconoce qué pasó con ellas. El mundo del fútbol,

empezando por el presidente de la UEFA Michel Platini, consideraba que era el momento de homenajear a Xavi, por su trayectoria, títulos, por el estilo que defendía.

En España se decía que si no lo ganaba Iniesta, debería llevarse Xavi. Pero los dos centrocampistas estaban a punto de descubrir el verdadero peso mediático del futbolista español fuera de nuestras fronteras.

Guardiola fue el encargado de anunciar al elegido. «*And the winner is...* Ay, ay ay», dijo el entrenador antes de leer el nombre de Leo Messi. El entorno de la Pulga atisbó cierta frialdad en la expresión de Guardiola, algo que les costó olvidar.

Había ganado el de siempre porque era el mejor. Las discusiones futbolísticas sobre los merecimientos de Xavi e Iniesta quedaron en eso: palabras. A la hora de votar había que poner a uno primero y se escogió al que mejor juega a este juego.

Leo tuvo que improvisar un discurso. Nervioso, puso los brazos sobre el atril, inclinado hacia delante: «Buenas noches y muchísimas gracias por ese aplauso... Ehh... La verdad..., no esperaba ganarlo hoy. Ya era suficiente estando acá con mis dos compañeros y poder ganarlo aún más, ¿no? Es un día muy especial para mí. Quiero compartirlo y agradecerles a todos mis compañeros, que sin ellos obviamente yo no estaría acá. Quiero compartirlo con todos mis seres queridos, que son los que siempre me apoyaron y están al lado mío. Y quiero compartirlo con todos los barcelonistas y todos los argentinos. Muchísimas gracias».

Leo se mostró especialmente cariñoso con Andrés y Xavi en el viaje de vuelta. Iniesta sabía que no iba a tener una oportunidad igual; incluso *La Gazzetta dello Sport* había publicado que sería el vencedor. Sintió cierta decepción, pero nunca ocultó su admiración

por Leo.

«Todo el mundo tiene derecho a opinar, pero no hubo ningún tipo de problema, ni muchísimo menos —aclaró Iniesta en una entrevista a Barça TV—. Estábamos encantados con que Leo hubiera conseguido esa segunda pelota de oro y nosotros de estar ahí. Yo creo que, por encima de todo, hay que valorar el hecho de ser nominado, que es muy difícil. Sentimos que el aprecio, el cariño y el respeto de la gente era grandísimo. Los tres sabíamos que era una cuestión de equipo, que estábamos ahí nosotros pero que era una cosa colectiva, eso lo teníamos clarísimo».

Xavi no esperaba nada; de hecho, contó en privado que tenía muy claro quién se iba a llevar el galardón: Leo, por supuesto, porque simplemente... era el mejor. El centrocampista catalán no se podía creer que hubiera estado presente en la presentación de tres de esos premios a los que él no les daba demasiada importancia. Lo que más le preocupaba en aquel momento era que la temporada de *bolets* (setas) fuera buena.

«Hubiera sido una sorpresa pasara lo que pasara —explica Xavi—. Ganó Leo y para mí fue justo; es un futbolista extraordinario y se lo merece. Disfrutamos de una cosa histórica: ganó el fútbol del Barcelona, la cantera del Barça y eso me hizo particularmente feliz».

El centrocampista fue de los que allanó el camino de Leo desde su llegada al primer equipo, uno de los que le recordó desde el principio que, si se encontraba a cuatro defensores, era mejor echar el balón atrás; si tenía a uno o dos, adelante con la aventura. Las conversaciones entre Xavi y Leo fueron principalmente futbolísticas y con la llegada de Pep giraban en torno a la evolución táctica del argentino.

Xavi disfrutó viendo cómo la Pulga, con Guardiola al mando,

empezó a crecer, a hacer cosas nuevas, dando el pase justo en el momento preciso y en el sitio adecuado, con el compañero recibiendo de cara y con el balón entregado a la velocidad necesaria. Leo fue participando de la construcción del juego tal y como se hablaba en los entrenamientos y se estableció con Pep, y con Xavi y también Iniesta, una conexión que no necesitaba de palabras.

Leo se sentía muy agradecido a los que le había ayudado a llegar tan lejos, a su gente. Por mucha personalidad que tenga, por mucha distancia que marque con el resto del mundo, es generoso con los suyos y ese año, en su carrera, creía estar en deuda con los dos centrocampistas españoles. Durante el regreso de Suiza dejó claro, en público y en privado, su gratitud.

«Leo, venga, brindis», gritó Piqué, a menudo el encargado de organizar la foto del momento.

En el avión, mientras permanecía sentado al lado de su madre y con Iniesta en el asiento de atrás, le pidieron que dijera unas palabras para inaugurar el cava. «Yo quiero brindar por Xavi y Andrés, que a pesar de que gané el premio yo, ellos lo merecen igual o más que yo». Todos alzando una copa y sin ausentarse una sola sonrisa, el grupo se echó unas fotos.

El vestuario del Barcelona se quedó con una duda que jamás se despejará. ¿Qué hubiera pasado si Iniesta o Xavi hubieran ganado? Los futbolistas se prepararon ante esa eventualidad para cuidar de Leo. No hizo falta. Sin embargo, a Messi no le gustó la reacción de la prensa española ni tampoco de la internacional, que cargó contra la UEFA, la FIFA y el resto del planeta futbolístico.

La Gaceta tituló «Este Balón no es de Oro de ley»; en *ABC* se leyó que «La FIFA desprecia a la campeona del mundo» y *La*

Stampa de Turín aseguró que el fútbol había perdido el norte: «[Messi] en las competiciones que cuentan no ha ganado nada». Con eso se levantó Leo a la mañana siguiente del premio.

Por la tarde, los jugadores del Barcelona regresaron a los entrenamientos y la Pulga sintió que tenía un nuevo reto: dudaban del valor y acierto del premio, ¿verdad?

Pep Guardiola todavía recuerda aquella sesión. «Leo hizo un entrenamiento descomunal, bestial —cuenta Txiki Begiristain—. Me decía Pep: “Joder, es que tenías que haberlo visto”».

En los minipartidos que se organizaron aquel día, de seis contra seis, Messi marcó goles de todas las maneras, cinco en total, dribló, chutó, condujo el balón, asistió, corrió más que nadie. Por eso le habían dado el Balón de Oro. Se duchó y se fue a casa.

Leo había puesto a todos en su sitio.

Tercer FIFA Balón de Oro, 2011

El 9 de enero de 2012, Leo Messi recibió el tercer FIFA Balón de Oro, igualando la marca de Platini, el único que lo había conseguido de forma consecutiva. Johan Cruyff y Marco van Basten también tenían tres a su nombre. Cristiano fue segundo en aquella votación y Xavi, tercero. De nuevo apareció vestido de Dolce & Gabbana, americana de terciopelo granate oscuro, camisa blanca, corbata negra. Y esta vez se movió con la confianza del que ha estado en esa posición antes y también del que lo merece. La risa ya no era tímida, sino amplia.

Recogió el premio entre Ronaldo Nazario, Joseph Blatter y Michel Platini. Si en el primero se movía de lado a lado mirando

hacia el suelo con el premio en las manos y en el segundo se volcó sobre el atril como queriendo esconderse, en este aceptó la felicitación del mundo del fútbol. Leo se había llevado el 47 por ciento de los votos. Cristiano, el 21, y Xavi, el 9.

Y no se olvidó de su compañero de equipo también nominado, aunque sí de Ronaldo, que no estuvo presente en la ceremonia porque al día siguiente debía jugar un encuentro de Copa del Rey. Por aquel entonces, en la versión maniquea que se hace de todo en el mundo del fútbol, Ronaldo era una especie de profesor Fate de *La carrera del siglo* (*The Great Race*, de Blake Edwards), el malo que de tan malo casi cae bien como antítesis del éxito y el buen hacer del Barcelona y sus representantes, los Great Leslies, héroes clásicos, guapos, de blanco, educados, con enorme talento y exitosos. El profesor Fate, su némesis, el villano melodramático, siempre de negro, con una risa diabólica, nunca acabó de superar al Gran Leslie. Como no podía ser de otro modo, la relación entre Cristiano y Leo es mucho menos categórica y lo que representan, mucho más complejo.

«Muy especialmente —dijo— quiero compartir este Balón de Oro con mi amigo Xavi. Es la cuarta vez que estamos juntos en esta gala. Vos también te lo mereces. Es un placer estar al lado tuyo aquí y en la cancha». Xavi, que no se esperaba ese reconocimiento, declaró más tarde: «Fue un detalle inmenso, lo que hizo Leo valió más que cualquier premio». Neymar, presente por su espectacular tanto ante el Flamengo, se pasó la velada mirando a Messi con admiración.

Lionel se convirtió, aquel 7 de enero de 2013, en el primer jugador de la historia del fútbol en conseguir un cuarto Balón de Oro. Y lo celebró con un esmoquin de lunares. A su manera.

Platini, Van Basten y Cruyff lo ganaron tres veces. Beckenbauer, Di Stéfano y Ronaldo, dos. Cristiano, una. En los seis años anteriores, la alternancia había sido escasa, muestra de lo complicado que es llegar a lo más alto: Cristiano ocupó el podio en cinco ocasiones; Xavi, en cuatro; Iniesta, en dos. Messi en todas ellas.

Ni Leo votó por Ronaldo (lo hizo por Iniesta, Xavi y *el Kun* Agüero, delantero del Manchester City), ni Ronaldo por Leo (el portugués delegó su voto a su compañero Bruno Alves, que escogió a Ronaldo primero, seguido por Radamel Falcao y Robin van Persie).

Mientras Messi se dirigía al escenario, las cámaras enfocaron, con crueldad, el rostro torcido del portugués, al que le costaba impostar una sonrisa. Messi se llevó el 41 por ciento de los votos, Cristiano, el 23, y Andrés Iniesta, un 10.

Fue el año en que Rodrigo Messi contó a *l'Équipe* que su hermano lo tuvo claro desde el principio: «Me acuerdo aún cuando me dijo que le encantaría llevarse el Balón de Oro algún día. Tenía trece años».

Aunque se sabía favorito, a Leo no le salieron las palabras con fluidez: «Compartir y agradecer a mis compañeros del Barcelona, especialmente a Andrés. Para mí es un orgullo estar al lado tuyo hoy y entrenar y jugar todos los días con vos. A mis compañeros de la selección argentina. A los que me votaron, tanto capitanes como seleccionadores». Ahí Leo se detuvo. «No sé... Estoy muy nervioso.

Agradecer a mi familia, a mis amigos y por último y muy especialmente a mi mujer y a mi hijo, que es lo más lindo que me dio Dios».

Luego contó qué le había pasado: «Me quedé medio en blanco por la felicidad y un poco también por los nervios. La verdad es que no estoy acostumbrado a hablar delante de tanta gente. Dije la verdad, que estaba nervioso».

Thiago «no entiende nada todavía», dijo posteriormente en rueda de prensa, pero quería nombrarlo y también a su novia Antonella. Tuvo además un recuerdo hacia Tito Vilanova y Éric Abidal: «Obviamente, va también para Tito. Como dije recién, en ese momento no me salían las palabras. Va por Tito y Abidal. Fue un golpe duro para nosotros pero espero verles ahora, nos pone muy feliz. El premio más grande que nos puedan dar es que estén con nosotros».

Tenía un lunar aquel 2012 por el que le premiaban: «Los años los tomo por títulos conseguidos. Lamentablemente no pudimos conseguir muchos, los mejores años fueron cuando logramos títulos».

El ex jugador del Real Madrid y ahora entrenador Santi Solari describió así el nuevo logro del argentino: «Ningún otro jugador ha combinado de manera más natural la competitividad del fútbol profesional con la espontaneidad del fútbol callejero. Ningún otro jugador es capaz de resolver tan a menudo las complejidades tácticas que presentan los partidos como si estuviera jugando en el fondo de su casa. Y ningún otro ha ensamblado de forma más perfecta lo cuantitativo y lo cualitativo. Ver a Messi jugar es cavar un atajo en el tiempo: cada vez que agarra la pelota y arranca, abre una rendija por donde asomarnos a espiar la esencia del fútbol.

Cada vez que encara, nos regala un pasaje a los picados del barrio, a los recreos en patio del colegio, a las canchitas de tierra. Un viaje a las raíces mismas del juego, a esa libertad infantil del juego por el juego en sí, al que le entrega en cada acción toda su energía, como si en él estuviera contenida la memoria lúdica del mundo».

En un ritual sobrio, aprovechando la visita del Málaga al Camp Nou en partido de Copa, Leo compartió con la afición el premio, entregado por el delegado del primer equipo, Carlos Naval. Messi—que en ese encuentro usó unas botas con la serigrafía de cuatro balones de oro, en un homenaje de Adidas— se echó una foto con los cuatro galardones. Y, ya en faena, le marcó un tanto al Málaga: le robó el balón a Wellington y batió a Kameni.

Curiosamente, mientras Leo batía récords (llegó a marcar 91 goles en 2012) y ganaba títulos individuales, el Barcelona sufría desajustes en su idea coral.

Guardiola quería organizar el equipo, mantener el mensaje y el orden que les había dado éxitos. Pero la llegada de Cesc daba otro perfil al grupo, retocaba la disposición táctica que buscaba Pep. Se estaba rompiendo poco a poco el control y equilibrio que proporcionaban Xavi e Iniesta, defensores de aquel estilo. Messi respeta a los dos y sabía que con ellos podía explotar su juego. En realidad, la tendencia natural de Leo es la de romper líneas y, durante los años que estuvieron en el primer equipo Xavi, Iniesta y más tarde Pep, le insistieron en madurar las jugadas. Su confianza en la idea propuesta por los tres les hizo crecer a todos.

Pero la aparición de Cesc, con tanto talento y personalidad que era imposible que pasara desapercibida, suponía un desequilibrio en el que Messi también podía sentirse a gusto: un juego más directo, consecuentemente con más espacios, que rompía el concepto de

organización que había funcionado durante tanto tiempo.

Guardiola, sin embargo, seguía insistiendo en su idea: orden alrededor de Leo, quien, mientras se definía hacia donde se dirigía el equipo, se estaba convirtiendo, con un crecimiento natural y por intuición, en un jugador total que se movía en cualquier parte del campo y en un goleador extraordinario. Las quería todas y los marcaba todos.

Pep, que veía a la gente cansada del mismo discurso, de las mismas caras, sentía que el equipo se le estaba escapando de las manos.

11. La despedida de Pep

—¿Ese camino lo marcó Pep?

—Sí, Pep marcó el camino y en él seguimos. Él fue quien nos hizo jugar con las ganas de llevar la iniciativa, de ir siempre a por el gol. Nos dio la actitud, el convencimiento de que íbamos a ganar. Fue espectacular, más allá de lo que sabe como técnico, de que era un fenómeno por cómo analizaba los partidos y los preparaba. No creo que vaya a ver otro entrenador como él.

(Entrevista a LEO MESSI para *El País* [RAMON BESA y LUIS MARTÍN],
30 de septiembre de 2012)

Después de pasar un año jugando a la Play *on-line*, Cesc Fàbregas en Londres y Messi en Barcelona, ambos se habían reunido de nuevo en el mismo vestuario. Jugar para Pep y con Leo, y volver

a casa después de ocho años en la capital inglesa, se le hizo irresistible al centrocampista. Tres meses después de su llegada, los mejores representantes de aquella generación de 1987 coincidieron de nuevo sobre el césped durante noventa minutos. Fue contra el Viktoria Pilsen en la Champions. La conexión estaba viva: Messi marcó un *hat-trick*, uno de los tantos con asistencia de Piqué, y Cesc el otro gol en una clara victoria por 4-0.

El argentino seguía marcando y obteniendo unos números estratosféricos. Pero las dudas sobre el juego colectivo persistían. La introducción de Fàbregas añadía un nuevo centrocampista pasador al equipo, aunque con más gol que Xavi e Iniesta, y, siguiendo la máxima *cruyffista* de jugar siempre con los mejores, Pep intentó encajarlo en el sistema. Pero Cesc venía de ser durante muchos años el Messi de su equipo, jugando con libertad en el centro de operaciones del Arsenal, y se hizo difícil imponerle el juego posicional y las estrictas exigencias tácticas que los centrocampistas debían seguir para apoyar el juego de Messi.

En todo caso, Cesc empezó en un estado de forma espléndido y el equipo ganó tres títulos (las Supercopas española y europea, el Mundial de Clubes) y venció al Madrid en la Liga. Leo, mientras tanto, no se perdía un minuto de juego. O casi.

En la primera temporada de Guardiola, Leo había recibido instrucciones precisas sobre nutrición y preparación antes y después de partidos, pero poco a poco el entrenador fue asumiendo que nadie como el propio futbolista, siempre con Juanjo Brau al lado, conocía su fortaleza. Así que, si decía que estaba bien, jugaba. Pero tres años después, Pep pensó que igual hacía falta revisar esa idea de que podía jugarlo todo. Guardiola le explicó alguna vez que el equipo estaba más protegido con él en el campo, pero que podría ser

necesaria una regulación del cuerpo, que en ocasiones iba a ser más decisivo en veinte minutos que en noventa, que le quería dar descanso. Leo no lo aceptaba.

El País contó que, tras ser sustituido ante el Sevilla la temporada pasada, un partido que se ganaba 4-0, al día siguiente no fue a entrenar. Los jugadores no notaron nada raro tras el encuentro y pensaron que se había constipado o algo parecido. «Cuando está enfadado, o ha perdido un partido, no le apetece hacer nada — explica Cristina Cubero—. Básicamente, ni entrenar quiere».

En aquella nueva temporada, la 2011-2012, Messi se sentó en el banquillo por última vez contra la Real Sociedad, tras un viaje transatlántico después de jugar con la selección. El Barcelona ganaba 2-0 pero la Real remontó para un 2-2 final. Leo entró al partido con el empate en el marcador y, según *El País*, tampoco fue a entrenar al día siguiente, enfadado por no haber salido de inicio cuando se encontraba bien. Por ese tipo de reacciones, algunos llaman a Messi el «niño campeón».

Si Messi se enfadaba, podía pasar varios días sin hablar con Guardiola. Es una de las maneras habituales de Leo de tratar un conflicto: levantar un muro. Lo hace con Pep y hasta con su madre. A los pocos días se va acercando, se le ablanda la mirada y ahí Pep (o Celia) sabe que la puerta está de nuevo abierta, que les está diciendo, «háblame» o «ya estoy de vuelta». Ni siquiera Leo se aguanta a sí mismo cuando reacciona de ese modo. «Si me encierro en mí mismo, me vuelvo loco», declaró en una entrevista a *El Mundo*. Es parte de su equipaje y así lo entienden en el vestuario.

Pero la distancia que Leo marcaba en esos días de irritación era algo difícil de soportar para el preparador catalán. Guardiola entendía que si había sido un entrenador de gran éxito era porque

Messi le había ayudado a llegar a esa cima a cambio de hacerle feliz, de crearle un equipo que le ayudara a maximizar su talento. Pero también creía que se había llegado tan lejos porque Messi lo escuchaba. En esa temporada, la cuarta de Pep, el entrenador consideraba que Leo lo escuchaba un poco menos. O que no sabía llegarle como lo había hecho hasta entonces.

Así que Guardiola se entregó: decidió dejarle jugar siempre que estuviera bien. Si era lo que quería, si eso le hacía feliz, eso iba a tener.

Messi lo jugó todo hasta Navidad. En Rosario Leo pudo descansar, diez días en los que durmió, se olvidó de la dieta y apenas hizo ejercicio. Era lo que necesitaba, aunque al volver se descubrió en baja forma. Eso confirmaba las sospechas de la Pulga: era mejor seguir jugando para no perder ese afinamiento de su capacidad física que le ayudaba a marcar las diferencias.

GB: ¿Te costaba explicarle que no podía jugarlo todo? ¿Crees que ahora es más consciente de los límites de su cuerpo?

PG: Hay un punto amateur bonito en todo esto. Hay gente que dice: todos los jugadores quieren jugar. No, no todos los jugadores quieren jugar. Hay días que, si no juegan, están contentos. Él no, él desea jugar. Hace tiempo que no hablo con él y no sé si se ha dado cuenta o no de esos límites. Evidentemente, nadie conoce su cuerpo mejor que él. Yo lo hice lo mejor que supe.

A pesar de los años que pasaron juntos, Leo Messi, a menudo de difícil interpretación, tiene todavía algo de misterio para Guardiola.

Al principio, le costó entender la manera particular que tiene Leo de manejar los conflictos. ¿Cómo es posible que sea así, que esté tres días sin hablarme?, se preguntaba. Pero finalmente descubrió que la pregunta era errónea, que había que pensar como lo hace Leo, o Michael Jordan, o Tiger Woods. Que debía hacer un esfuerzo por entenderlo, en lugar de obligarlo o dirigirlo.

Intentó encontrar un equilibrio entre la concesión y el colectivo, entre los goles y los triunfos. Pep le dejó hacer, le dejó jugar, porque era lo que quería y porque, además, le marcaba dos y tres goles por partido. Esa postura trajo consigo muchos éxitos.

Pero, al final de su mandato, a Guardiola le quedó claro que los entrenadores no son más que instrumentos utilizados por los más grandes (Michael Jordan, Maradona, Pelé) para conseguir la máxima expresión de su potencial. Pep comprendió finalmente que Leo estaba por encima suyo, del Barcelona, de todo, del mismo modo que Pelé lo estaba del Santos o Maradona del Nápoles. Todos ellos construyen un edificio que les sirve para lograr el objetivo que se propusieron de pequeños. Y cuando el entrenador cambia, llega otro. Sin más.

Pep se cargó encima el desgaste de la marcha de Eto'o, de Ibra, de Bojan, el joven ariete de la cantera que se sintió maltratado por Guardiola porque dejó de jugar habitualmente pese a un esperanzador inicio de carrera y que acabó buscándose la vida lejos del Camp Nou. Pero sus decisiones se tomaron para crear sobre el campo las condiciones que beneficiaran el juego de Messi y le convirtieran en el mejor del mundo.

Messi no tiene que pedir que le quiten a delanteros: el entrenador hace esa labor por él porque sabe que es lo que necesita para crecer.

Y, ¿qué le pasará por la cabeza a Leo cuando otros delanteros sufren su ascensión? Por supuesto, debe de pensar que toca escoger y, claro, que hay que hacer elecciones que lo beneficien, porque él es el mejor y porque gana partidos. Pura lógica. Leo debe de pensar que el entrenador lo hacía porque ésa era justamente su obligación.

El Barcelona, por cierto, alimentó esa ambición extraordinaria; el club le hizo sentirse especial al poco de llegar. Qué difícil debe de ser conseguir convertirse en una persona normal cuando ése es el trato dispensado, cuando a uno siempre le dan lo que pide (mientras que, a cambio, les hagas ganar títulos) y qué complicado debe de ser llevar a tu espalda, con veintiséis años, a un país y a un club universal.

Nosotros vivimos en otro mundo, no vemos lo que Leo ve, no tenemos ni idea de lo que supone vivir con esas expectativas. Pero queda claro que es precisamente por esa presión por la que exige sin tapujos un pase a David Villa, a Cuenca o a Tello. Leo cree que se equivocan si se ha perdido la oportunidad de una jugada que él ve clara.

A Guardiola le benefició que el grupo humano con el que Leo compartía y comparte vestuario es extraordinario. Es casi imposible que en el mismo equipo se juntara la visión de Pep, la sumisión del cuarto mejor jugador del mundo al tercero, del tercero al segundo, y de todos ellos, a Messi.

Así pues, ¿quién ha ganado catorce títulos de diecinueve posibles, la extraordinaria cifra conseguida en la era Guardiola? ¿Le pertenece el éxito a Leo, a sus compañeros, al entrenador? Se dice que, con todo lo que le ha dado el Barcelona, Messi debería estar eternamente agradecido al club catalán. Pero Guardiola añadiría que todo lo que le han dado se lo ha ganado en el campo.

Pep inició su carrera como entrenador con una idea de equipo impuesta desde el banquillo, donde los jugadores son piezas que deben adaptarse a esa filosofía aunque tengan un rol específico. Pero, poco a poco, la experiencia le hizo rendirse a la magia de los jugadores, a quienes considera el principio y el fin de este juego.

La sumisión del entrenador a Leo (que en público se inició en la Supercopa europea de agosto de 2009 con aquello de «es el mejor jugador que he visto y que voy a ver»), esa reorganización para que se sintiera cómodo, era una petición generalizada del líder, del entrenador, para que el grupo se sometiera también al talento de su estrella. Y al final, ese ejercicio, a la larga, puede desequilibrarse.

En estas reflexiones se encuentra la raíz de la llamada *Messidependencia*, que en esa temporada empezaba a convertirse en un tema de tertulia: ante la duda, los compañeros empezaban a evadir responsabilidades y le daban siempre el balón; Leo lo quería siempre.

Pero hubo algo más que afectó el comportamiento del equipo aquella temporada. Es muy complicado llegar de otro club y encajar en el mejor Barcelona de la historia. La máquina casi perfecta en la que se había convertido el equipo necesitaba jugadores con suficiente talento y personalidad para que añadieran algo nuevo a su llegada. Y Chygrynskiy, Ibrahimovic, Alexis o Afellay no fueron fichajes que mejoraran el equipo.

Con cada incorporación que no encajaba, los futbolistas miraron más y más a Messi en busca de soluciones.

Y, como ocurre siempre, el tiempo erosionó las relaciones en el vestuario y la relación que Pep había creado con Leo también sufrió cierto desgaste. «Lo que no se puede pretender o no ha pasado nunca es que un grupo de jugadores dure siempre, no son máquinas —

explica el agente Josep Maria Minguella, concedor de los entresijos del Barcelona—. Hay maneras de ser, hay celos, egos diferenciados, cambios en las jerarquías, en las alineaciones; todo eso provoca un deterioro que hay que saber asumir. Históricamente ha ocurrido: viene el Ajax, y luego desaparece; más tarde, el Bayern, y lo mismo; el Milan... Y le llegó el turno al Barça, que con Pep tuvo su época. Pero, entre las características personales de Pep, que está muy encima y desgasta a los jugadores, y la erosión normal de los futbolistas, es imposible que eso un día no acabe».

El cansancio de Pep era evidente y hasta su compañera Cristina hablaba abiertamente con familiares de los futbolistas sobre la exigencia del cargo y los efectos del mismo en la salud del entrenador. Pero, en todo caso, su marcha fue más compleja que la simple necesidad de un descanso.

Posiblemente, Guardiola al final no tenía fuerzas para reinventar al equipo alrededor de Messi o no sabía cómo hacer feliz a Leo. Un ejemplo de desencuentro se produjo tras las últimas vacaciones de Navidad: Messi llegó más tarde de lo anunciado y se hizo creer que era un permiso del club, aunque no lo fue. De esos asuntos se encargaba Manel Estiarte para evitar el desgaste de Guardiola, que ya se sentía escaso de fuerzas para seguir. A Leo le molestó que no fuera el entrenador quien le hablara directamente. La convivencia prolongada tiene esas cosas: lo pequeño se engrandece.

Pep empezó a ver que el final que tanto temió y que predijo desde su primer día a cargo de la plantilla del Barcelona estaba a punto de llegar. La relación con Leo y con otros futbolistas veteranos se fue enfriando con la impaciencia que procede del exceso de confianza. Se cuestionaron las decisiones del entrenador y el mensaje dejó de llegar con la fluidez de antaño. Guardiola intentaba

proteger a los jugadores apareciendo en cientos de ruedas de prensa, pero eso a la vez creó una mitología y adulación alrededor del entrenador que, en algunos casos, estaba al límite de la religión.

Era el equipo de Guardiola, se decía.

¿Y los jugadores? El exceso de protagonismo de Pep a ojos de los aficionados y de los comentaristas no gustó en el vestuario y la distancia entre el entrenador y los jugadores fue creciendo.

A Guardiola le tocaba tomar grandes decisiones si quería recapturar la magia y autoridad de otros años, si deseaba reciclar su mensaje y la plantilla, pero prefirió no hacerlo. Quizá ya no podía o sabía poner límites y decidió no corregir la situación.

Pep siempre ha dicho que los ciclos de los equipos duran dos o tres años. De hecho, su revolucionaria era posiblemente fue estirada un año más de lo que él mismo esperaba, pero, entregado a los futbolistas y a lo que habían hecho por el club, no encontró la fuerza para sacar a algunos del camino y empezar de nuevo.

Ahí se encuentran las razones por las que Guardiola dejó el Barcelona. No lo hizo por Leo Messi, como se ha publicado en algún sitio en una visión demasiado simplista del proceso.

Con la erosión del tiempo, la relajación que proporcionan las victorias y la pérdida de la conexión que tan bien había funcionado durante tres años, la organización colectiva fue desapareciendo de forma gradual sobre el campo, especialmente sin balón. Es lo primero que dilapida un equipo cuando las cosas no van bien. Los jugadores tienden a buscar el confort, como todos los seres humanos en todas las profesiones, y el confort se traduce en hacer lo que más te apetece en lugar de lo que debes hacer.

La prensa catalana prefirió ignorar las señales de alerta y respaldó unánimemente a Guardiola, de quien esperaban que

confirmara cuanto antes que iba a renovar su contrato un año más. En algunos artículos se empezó a sugerir que algunos jugadores habían perdido la pasión y la concentración que los había llevado tan lejos. Pero el equipo seguía más o menos compitiendo ante un Real Madrid que parecía más fuerte que nunca, pese a no conseguir distanciarse del todo del Barcelona en la Liga. Y eso siempre ayuda a cubrir las rendijas.

Como los periodistas no tienen acceso al campo de entrenamiento, la poca información procedente de la ciudad deportiva se usaba para explicar todo tipo de teorías.

La airada reacción y pública recriminación de Leo al canterano Marc Bartra tras una fuerte entrada de éste fue muy criticada por quienes querían demostrar el «nuevo» comportamiento de la Pulga. Lo cierto es que la acción del joven central supuso para Messi una contusión en el gemelo que le impidió jugar un amistoso ante el Hamburgo.

Se repetía la escena de años atrás con Thiago Motta o Sergio Busquets; a nadie le gusta que le entren con tanta dureza en un entreno. Bartra, recién ascendido al primer equipo e influido por su lógico entusiasmo y sus ganas de impresionar al entrenador, calculó mal la intercepción del balón y pudo haber lesionado seriamente al argentino. Para sus compañeros, algunos de los cuales criticaron al canterano, la de Leo no fue sino la típica respuesta a un uso excesivo de fuerza.

En esta atmósfera confusa, Guardiola lo puso todo en una balanza: estaba a punto de tomar una decisión. «Sería difícil encontrar sustituto. El Barcelona lleva cuatro años jugando así por él —dijo Messi en marzo de aquella temporada—. Para mí, es más importante él que yo en el Barcelona. Nosotros estamos igual que

ustedes, a la espera de que decida si se va a quedar o no». Y, ¿qué iba a suceder si Pep decidía marcharse? «El club va a seguir y nosotros también. Pero será muy diferente sin Guardiola».

Y así se llegó al mes de abril, clave en el discurrir de una temporada que tenía al Madrid al frente de la competición española y con el Barcelona en las semifinales de la Liga de Campeones. El Chelsea era el rival a batir.

El cuerpo técnico del Chelsea se sorprendió de que Messi, encerrado en la trampa defensiva, sólo hiciera tres jugadas de alta intensidad en todo el encuentro. Los ingleses no jugaron un 4-5-1 como se dijo, sino un 4-4-1; Raúl Meireles era el undécimo jugador, que se aparcó como una especie de poste a la izquierda del campo, para impedir que Leo arrancara en el espacio donde suele iniciar su carrera.

Ida de las Semifinales de Liga de Campeones. 18 de abril de 2012.

Chelsea F.C. 1 - F.C. Barcelona 0

Chelsea: Cech; Ivanovic, Terry, Cahill, Ashley Cole; Mikel, Lampard; Mata (Kalou, min. 74), Meireles, Ramires (Bosingwa, min. 88) y Drogba. No utilizados: Turnbull, Essien, Torres, Malouda y Sturridge.

Barcelona: Valdés; Alves, Puyol, Mascherano, Adriano; Xavi (Cuenca, min. 87), Busquets, Cesc (Thiago, min. 78); Alexis (Pedro, min. 66), Messi e Iniesta. No utilizados: Pinto, Piqué, Bartra y Keita.

Gol: 1-0, min. 45+2, Drogba, a pase de Ramires desde la izquierda.

Martí Perarnau en www.martiperarnau.com: «El guión decía que el Chelsea sólo quería una cosa: robar un balón, un único balón en todo el partido, y pasárselo a Drogba para que resolviera. Sólo ha tenido una ocasión: precisamente ésa. En un momento torpe de Messi, resintiéndose del abductor por un resbalón, robo, contra y mordisco... Drogba en mayúsculas, como ha sido siempre. El de las grandes ocasiones.

»El resultado certifica mejor ejecución en los ingleses. Se cerraron bien, tapiaron todos los pasillos y tejieron un ovillo impenetrable. Cech resurgió de sus pesadillas y la pareja Terry-Cahill emularon la “táctica Levante”: esperar a Messi, sin saltar a por él. El sábado, Iborra fue una sola vez a por Messi y esa tentación le costó un gol. Hoy, Terry y Cahill no picaron el anzuelo y esperaron siempre, sabiendo que eso le duele al argentino».

Tres días después, en el Clásico del Camp Nou, se decidía la Liga. A cuatro jornadas del final, el Madrid estaba a cuatro puntos.

Según cuenta Diego Torres en su libro *Prepárense para perder*, los futbolistas del Madrid comentaron sorprendidos que Messi jugó como si se dosificara, como si estuviera protegiéndose de una lesión. «El héroe local caminaba, miraba, rumiaba. ¿Se reservaba? ¿Para qué? Algo no marchaba bien en la caseta de Guardiola y el

Madrid se presentó con Cristiano en su apogeo». Fue la segunda victoria importante del Madrid de Mourinho en un Clásico, tras la de la final de Copa de la temporada pasada.

21 de abril de 2012. Jornada 35 de Liga.

F.C. Barcelona 1 - Real Madrid 2

Barcelona: Valdés; Puyol, Mascherano, Adriano (Pedro, min. 74); Thiago, Xavi (Alexis, min. 69), Busquets, Iniesta; Alves, Messi y Tello (Cesc, min. 80). No utilizados: Pinto, Piqué, Keita y Montoya.

Real Madrid: Casillas; Arbeloa, Sergio Ramos, Pepe, Coentrão; Khedira, Xabi Alonso; Di María (Granero, min. 74), Özil (Callejón, min. 88), Cristiano Ronaldo y Benzema (Higuaín, min. 93). No utilizados: Adán, Kaká, Marcelo y Albiol.

Goles: 0-1, min. 17, Khedira. 1-1, min. 70, Alexis. 1-2, min. 73, Cristiano Ronaldo.

Santiago Sigüero, «La Liga en Cristiano», en *Marca*: «Un gol de Cristiano a la contra mató al Barça y acerca la Liga a un Madrid que realizó un ejercicio de practicidad y eficiencia en el Camp Nou. Instantes después del empate del Barça, el luso recibió un pase al espacio de Mesut Özil [...] Este tanto puede valer un título de Liga para el Madrid después de tres consecutivos para los catalanes. Y, quizá, sentar las bases de ese cambio de ciclo por el que el madridismo lleva tanto

tiempo suspirando».

Diario argentino *Olé*: «Esta vez, el duelo entre Messi y Ronaldo fue para el portugués, que le dio la victoria en el Camp Nou al Real y, encima, lidera la tabla de goleadores con 42. Muy marcado, el mejor del mundo metió un pase de gol genial y generó el 1-1».

La decisión de Pep de alinear a Tello y dejar en el banquillo a Piqué, Cesc, Pedro y Alexis desató una discusión en el vestuario. ¿Qué pretendía Guardiola? ¿Quería castigar a alguien por no ser suficientemente obediente, como sospechaban algunos futbolistas? ¿O se trataba solamente de una decisión táctica? Cuenca iba a ser titular en el encuentro ante el Chelsea y eso fue analizado desde el vestuario como otro error de cálculo. Miren el banquillo.

Vuelta de las Semifinales de Liga de Campeones. 25 de abril de 2012.

F.C. Barcelona 2 - Chelsea F.C. 2

Barcelona: Valdés; Puyol, Piqué (Alves, min. 26), Mascherano; Xavi, Busquets, Cesc (Keita, min. 74); Messi; Cuenca (Tello, min. 67), Alexis e Iniesta. No utilizados: Pinto, Adriano, Thiago y Pedro.

Chelsea: Cech; Ivanovic, Cahill (Bosingwa, min. 12), Terry, Ashley Cole; Lampard, Mikel; Mata (Kalou, min. 58),

Meireles, Ramires y Drogba (Torres, min. 80). No utilizados: Turnbull, Essien, Malouda y Sturridge.

Goles: 1-0, min. 35, Busquets. 2-0, min. 43, Iniesta. 2-1, min. 45+1, Ramires. 2-2, min. 92, Torres.

Ramon Besa, «El monólogo más trágico del Barcelona», *El País*: «Aseguran que Dios te quita aquellas cosas que antes te ha dado. No es que al Barcelona le hayan regalado los títulos desde la llegada de Pep Guardiola. El fútbol azulgrana ha cautivado incluso a aquellos a los que no les gustaba el fútbol. Ocurre que la pelota que anteriormente acababa en la red da ahora en la madera y las derrotas se encadenan con la misma celeridad que se daban las victorias. Los mismos rivales a los que el Barça sometía hace poco con su música de jazz se cobran hoy las cuentas pendientes con un juego propio de una banda de rock y los delanteros empujados en su día por Messi desfilan por el Camp Nou para cobrarse la revancha. Ya pasó con el Madrid el sábado y ayer con el Chelsea. Ocurrió con Cristiano Ronaldo y Drogba o, tanto da, con Torres. Atormentado y desvencijado, muy desafortunado, al Barça se le escapó la final de la Champions tres días después de perder la Liga».

Martí Perarnau en www.martiperarnau.com: «Partido sin historia, historia repetida, repetición de la ida, partido de la marmota: Inter 2010; Chelsea 2012. Dominio absoluto, rival sometido, una muralla de hormigón armado, magnífico ejercicio de supervivencia de un Chelsea disminuido por la

lesión precoz de Cahill y la expulsión de Terry en un gesto inconcebible en un capitán experimentado. Guardiola plantea bien el partido: abre bandas, planta un doble falso nueve con Cesc y Messi, mastica un juego similar al balonmano, de costado a costado y busca romper por el centro.

»Defensa flotante nuevamente sobre Messi, que percute y percute con el apoyo de Xavi y Busquets, pero se estrella inexorablemente contra la pared blanca. Este Barça que llegó a ser invencible, probablemente el equipo más sólido, coherente y competitivo de la historia, padece ahora su particular talón de Aquiles: le han encontrado las respuestas y deberá construir nuevas preguntas y nuevos retos».

En el vestuario lloró Pedro; también Leo, que llevaba 63 goles esa temporada pero envió un penalti al poste que hubiera supuesto el 3-1 y dio otro tiro al palo. «Era una final que queríamos jugar y se nos escapó —recuerda el extremo canario—. Es que la tuvimos. Y fue el partido en el que quizá le he visto más angustiado y como dolido, no sé si por haber fallado un penalti o por no haber podido estar en la final. Supongo que todo afecta».

Pep Guardiola convocó al presidente del Barcelona a la mañana siguiente. Sospechando su marcha, Leo Messi envió varios sms muy cariñosos a su entrenador intentando convencerlo para que no se fuera. Pep los guarda todavía.

Pero las pequeñas heridas se habían infectado. Y el cansancio se había apoderado de todo.

Dos días después, Guardiola comunicó a los futbolistas que se iba.

Los jugadores no tenían claro si Pep se marchaba o no, pero, tras recibir la confirmación y mientras entrenaban, la conversación giró hacia el futuro. ¿Quién lo iba a sustituir? Después de la sesión, el grupo supo que Tito Vilanova se iba a hacer cargo del equipo y eso se sintió como un alivio, lo menos trágico. «Después de irse el entrenador más ganador de la historia de este club, que quedara alguien tan cercano a él era algo muy bueno para nosotros», cuenta Mascherano, que recuerda el sentimiento de *shock* que invadió aquel día la ciudad deportiva.

Tras el entrenamiento, Pep, acompañado por el entonces presidente Sandro Rosell y el director deportivo Andoni Zubizarreta, anunció en rueda de prensa su decisión. Leo no estuvo presente, pero sí acudieron Puyol, Xavi, Iniesta, Busquets, Valdés, Cesc, Piqué y Pedro.

«El tiempo siempre desgasta y yo me he desgastado —dijo Guardiola—. Me he vaciado y necesito llenarme. Creo sinceramente que el próximo dará cosas que yo ya no puedo dar. Para estar aquí sentado cada tres días, el entrenador ha de estar fuerte, tener vida, pasión. La he de recuperar y sólo se consigue descansando, alejándome, porque creo que nos hubiéramos hecho daño, ésa era la percepción... Sé de dónde me voy, pero creo que hago lo que me toca. Sé lo que me llevo, eso es lo que me queda».

«¡Leo está! ¡Leo está! Las muestras de cariño de todos han sido muy grandes estos días», concluyó Guardiola cuando se le preguntó por la destacada ausencia del crack.

Messi no tenía claro lo de la rueda de prensa. Los capitanes (Valdés, Xavi, Iniesta y Puyol) recibieron la información sobre la

misma y fueron pasándola, pero no les llegó a todos. «Le dio rabia que Pep se despidiera y no estar —cuenta Piqué—. No se comunicó bien en el vestuario». Además, en un principio parecía que sólo iban a ir los cuatro, representando al grupo. A los que fueron les extrañó no verlo, ése fue el grado de confusión. Tan pronto como Leo y Mascherano conocieron la presencia de otros futbolistas además de los capitanes, supieron también que se producirían especulaciones sobre su ausencia.

Unas horas más tarde, la Pulga escribió en su Facebook: «Quiero agradecer de todo corazón a Pep lo mucho que ha dado a mi carrera profesional y personal. Debido a la emotividad que siento, preferí no estar presente en la rueda de prensa de Pep. Quise estar lejos de la prensa sobre todo porque sé que ellos buscarán los rostros de pena de los jugadores y esto es algo que he decidido no demostrar».

Quedaba un gesto por hacer. El Barcelona se enfrentaba al Espanyol en la 37.ª jornada con todo ya resuelto, y el club aprovechó que se trataba del último partido en el Camp Nou para homenajear a Pep. Antes del mismo, Leo le dijo a su padre que se sentía entristecido por la marcha de Pep; la Pulga siente cada cambio importante como un pequeño duelo. Reconocía que había hecho muchas cosas buenas por el equipo y por él, y pensó en hacerle un gesto de cariño.

El que vio el público ocurrió durante el encuentro.

Leo Messi marcó los cuatro goles del partido. La Pulga apuntó con el dedo a Guardiola tras el primero, una falta directa. Justo antes del cuarto gol, Javier Mascherano le recordó que igual sería buena idea acercarse a Pep si volvía a marcar.

Y llegó el cuarto gol. Leo corrió hacia el banquillo y se abrazó con su entrenador.

Si el abrazo que le dio a Ronaldinho fue el del cambio generacional, el del niño que agradecía a su mentor los cuidados, aquel gesto con Pep fue el de gratitud a un superior por haber entendido sus necesidades.

«Gracias por todo», le dijo Pep a Messi al oído.

Lo que nadie vio ocurrió antes del partido. Muchas veces se cree que, sin la exteriorización de sentimientos, las cosas valen menos. Pero a Leo no le gusta mostrar en público lo que siente. Messi y Pep se habían cruzado alejados de los ojos de la hinchada, en la intimidad del túnel de vestuarios. Ese abrazo duró una eternidad.

«Para agradecerle y porque me salió así»; de esa manera Leo explicó tras el encuentro su gesto, el público.

Todavía hubo tiempo de ganar la Copa del Rey ante el Athletic de Bilbao, un 3-0 con un tanto de Messi, el segundo del partido. Tras conseguir el decimocuarto título de aquella era, Pep le volvió a agradecer mil cosas a la Pulga: «Gracias, Leo. Hemos ganado la hostia, pero sin ti hubiéramos ganado la mitad».

La Pulga se fue con la selección unos días después y desde ahí tuvo palabras de recuerdo para Guardiola. «Me quedé sorprendido y triste cuando supe que se iba. Siempre tendrá mi respeto y aprecio. Ahora comienza una nueva etapa, esperemos continuar de la misma manera».

Leo Messi y Pep Guardiola no volvieron a hablarse, no mantienen el contacto.

Se vieron brevemente en la ceremonia del Balón de Oro, en enero de 2013. Se saludaron y poco más. Tampoco se cruzaron durante el amistoso que el Barcelona jugó en Múnich ante el Bayern. «No lo he visto», dijo Leo al acabar el encuentro.

La distancia, la frialdad, sólo se explica por la necesidad de

descompresión tras cuatro años muy intensos. «Ha de pasar cierto tiempo, ¿verdad? —analiza Joan Laporta—. Con la perspectiva del tiempo, uno se da cuenta de lo que ha hecho, de lo que ha sucedido, de quién estuvo a su lado. La alta competición exige una fuerza mental fuera de lo común. Y al acabar, hace falta tiempo para verlo todo con ojos nuevos. Hay cariño por ambas partes, me consta».

Pep recordará siempre que tuvo a sus órdenes al mejor jugador de la historia. Y sabe que Leo le quiere.

Y que no se lo sabrá decir.

Los dos son conscientes de lo que se han dado mutuamente. Y cuando se retiren, o cuando se vuelvan a encontrar, en algún momento se darán un nuevo abrazo. Y no hará falta decir nada más.

Pero, tras la marcha de Pep, a Leo le preocupaba, sobre todo, cómo le iba a ir con el nuevo entrenador.

¿HACIA DÓNDE VA LEO?

1. Cristiano Ronaldo

—*El tiempo viene y va en tu vida, y es muy raro que se pueda mantener una relación de tantos años con nadie, aparte de con tus hermanos y tus padres. Nosotros crecimos delante uno del otro.*

—*Por encima de todo, es una relación que nunca tienes con nadie: pasando por las mismas cosas para llegar al mismo punto, pero nunca al mismo tiempo. Ganaba uno o ganaba el otro, nunca estábamos en el mismo plano emocional al unísono, pero sí pasábamos por las mismas cosas. Así que podemos empatizar por completo.*

—*Aun así, es muy raro poder mantener ese respeto y esa intimidad con el paso del tiempo porque estuvimos tratando de vencernos y de molestarnos lo más posible de forma contante. Formabas parte absolutamente de todos los días de mi vida, tanto si me gustaba como si no, porque tenía que competir y leer sobre ti todos los días sin excepción.*

—*¿Sabes? El tema de la imagen es divertido. Tu imagen pública era la del duro, pero yo me reía, porque sabía que el duro era yo. Era así, no lo digo por presumir ni nada.*

—*Tú eras como un merengue con una bola de acero en el interior, y yo era la bola de acero con papilla dentro.*

—*Tú eras tan suave por dentro, tan vulnerable, tan emocional; y yo era el tenaz, el testarudo. La gente tenía una impresión tan diferente de lo que éramos por dentro.*

—Creo que lo que cimienta una gran rivalidad es el contraste, el yin y el yang, el blanco y el negro, como lo que teníamos tú y yo. Nosotros éramos polos opuestos a ojos del público. Yo era más pasivo en mi juego, tú más agresivo; tú eras emocional, yo frío. ¿Qué contraste veías tú?

—El estilo es lo más obvio, pero el componente emocional lo era más aún, porque yo simplemente no podía mantener mis sentimientos encerrados en una cajita. Los tenía que sacar durante el partido.

—Yo no entendía cómo podías llorar en la cancha. Intentaba comprender por qué no podías controlarte frente a sesenta millones de personas que te estaban viendo por televisión, pero por otro lado te admiraba porque podías ser capaz de mostrar tus emociones sin límites.

—Eras uno de los mejores competidores de la historia.

—Durante mucho tiempo te tuve envidia. No quería que ganaras. Otras veces admiraba tu honestidad, hablabas con el corazón en la mano. Yo me lo quedaba todo dentro, no decía nada malo de nadie en una rueda de prensa porque mi madre me solía decir: «Si no tienes nada bueno que decir de alguien, no digas nada». Siempre quise ser como tú. Te respetaba y admiraba profundamente.

—Veía titulares de prensa, el bueno contra el malo, y eso me mataba. Yo era el villano y me dolía serlo. No me gustaba, pero qué podía hacer. Cuando se decía tu nombre, todo el mundo aplaudía. Cuando decían el mío, algunos silbaban. Yo también te envidiaba.

(Extractos de una conversación entre las tenistas CHRIS EVERT [la

novia de América] y MARTINA NAVRATILOVA [la seria tenista checa] para el fascinante documental «Unmatched» de ESPN. Disculpen el cambio de género, un truco literario que espero haya funcionado).

Quizá Ronaldo y Leo un día tengan la oportunidad de pasar un fin de semana juntos como hicieron las dos tenistas a instancias de ESPN. Sería fascinante oír la conversación de estos dos gigantes que se profesan la admiración y cierta animosidad que se otorgan a las némesis. «La poética de Messi y su pandilla en nada debiera rebajar a otro elegido, Cristiano Ronaldo, futbolista de época, sublime», afirma el periodista José Sámano con razón.

Uno es alto, guapo, con un fuerte remate, un esprín de velocista. El otro, pequeño, driblador y con varias personalidades futbolísticas sobre el campo: puede ser goleador, pasador u organizador. Los dos tienen equipos que se han construido para aprovechar sus características. Ambos de origen humilde, Leo no necesita el reconocimiento exterior como Ronaldo. El argentino cuenta con un pequeño grupo de escuderos, mientras que alrededor del portugués giran varias empresas que cuidan de su dinero e imagen.

Leo podría tener una Irina Shayk a su lado, pero prefiere a la prima de su amigo, Antonella. Cristiano responde al estereotipo de crack mundial que hemos tenido siempre: busca los focos, tiene una vida de actor. Messi es el anticrack, quizá la primera estrella que sólo quiere ser futbolista.

Pero ésa es la visión superficial de la que se alimentan los medios. Los dos tienen tanto en común como cosas los separan: cuentan con el mismo perfil competitivo y han sacrificado sus vidas para conseguir lo que siempre soñaron. Ambos comparten algunas

cosas fundamentales: la patada del rival, la exigencia, el deseo profundo por ganar, el dolor de la derrota. Tanto uno como otro aprecian, buscan y quieren el título colectivo, pero también el récord individual, los goles.

Díganme si les suena esta historia.

Cristiano Ronaldo dos Santos Aveiro nació en febrero de 1985 en la isla de Madeira, el cuarto hijo de María Dolores, cocinera, y José Dinis, jardinero, una familia con dificultades económicas. José no sólo amaba el fútbol, sino que formaba parte de su mundo como utilero en el Andorinha, el equipo del barrio. Cristiano vivía con un balón y, cuando no tenía uno de cuero, se fabricaba uno con cualquier cosa. Lo fichó el Sporting de Lisboa y dejó la isla por primera vez con doce años. Se reían de él en la residencia del club por su acento de Madeira, que en Lisboa identificaban como «de niño pobre». En una sola temporada jugó en cinco categorías del Sporting, incluido el primer equipo.

Su padre falleció en 2006 y Cristiano habla de sir Alex Ferguson, su entrenador en el Manchester United, como de su segundo padre. Leo tiene en Jorge a un mánager, además de a un padre, roles de difícil compaginación. El hermano mayor de Leo, Rodrigo, hace a menudo las veces de padre con él. Por su parte, la madre de Ronaldo hace de madre del hijo del futbolista; es decir, realiza algunas labores que deberían ser propias de su pareja. Comparten, pues, cierta dispersión de roles a su alrededor.

Los dos han tenido hijos y a los dos les ha cambiado el carácter, les ha hecho madurar. Ambos acudieron a un psicólogo en diferentes fases de su carrera. Aunque con distinta predisposición: Leo no creyó que fuera de gran ayuda, mientras que Ronaldo hace un par de años acudió a uno en su intento por cambiar su imagen pública y

controlar mejor sus emociones. Y ambos se motivaron en su adolescencia con el mismo logo: se dijeron que iban a ser los mejores. Como si eso estuviera escrito en las estrellas.

En 2009, la revista alemana *Der Spiegel* confirmó que Ronaldo era el «futbolista más rápido del planeta», el resultado de un extraordinario «afinamiento de un motor de alto rendimiento»: hace tres mil abdominales habitualmente, duerme sistemáticamente ocho horas al día y tiene una fortaleza mental fuera de lo común. Su disparo, el famoso Tomahawk que alza el balón y cae en picado, es la consecuencia de una serie de veinticinco a treinta tiros libres al día.

Sus decenas de miles de horas con una pelota le permiten tomar decisiones inconscientes y conocer las permutaciones del juego sin pensar: regatea a toda velocidad mirando los pies del adversario (puede hacer trece *dribblings* en ocho segundos); anticipa la presencia de rivales, la cantidad de espacio disponible y necesario, e intuye dónde va a caer el balón incluso en la oscuridad, como demostró en un ejercicio filmado en el que le propusieron rematar con la luz apagándose en el inicio del centro. Marcó en los dos intentos: su reacción fue de trescientos milisegundos. Y también goleó en uno en el que la luz se fue antes de que el que centraba contactara con el balón.

Pero el mundo ha decidido que uno es el villano, el arrogante, el presumido, y el otro, el trabajador incansable, el modesto.

La última campaña de Pan Blanco Bimbo en México ha sustituido a Leo Messi, protagonista del anuncio en 2012, por Ronaldo porque, según afirmó un portavoz de la empresa «las imágenes preconcebidas que tenemos en España sobre Messi (humildad) y Ronaldo (soberbia) son, posiblemente, menos claras en

México. El antagonismo es más grande en el Estado español». Pero en países árabes, y también en la mayor parte de Latinoamérica, a Ronaldo se le identifica, de un modo simplista, con la rica Europa, con un club millonario y con actitudes egoístas.

El presidente de la FIFA Joseph Blatter recopiló unos clichés para su famosa y recriminable aparición frente a los estudiantes de la Universidad de Oxford. Para él, Leo es el «buen chico» y Ronaldo, «como un comandante en el campo de juego». Cristiano gasta, añadió, «más dinero en el peluquero» que Messi.

CR7 muestra sus sentimientos a menudo y por eso las aficiones contrarias intentan desestabilizarlo con gritos de «Messi, Messi», mientras que el argentino los mantiene bajo control la mayor parte del tiempo. De rivalidades como ésta se alimenta el pueblo, y a Ronaldo no le ayuda nada que él mismo haya alentado durante años la comparación.

Pero quizá ni puede evitarlo: es la tragedia de los que, durante un largo tiempo, han estado un paso por detrás siendo igualmente extraordinarios.

Pedro Pinto (de CNN): No hablamos de fútbol, sino de imagen.

¿Crees que a veces eres una víctima de la tuya?

Cristiano Ronaldo: No voy a llorar por eso, pero a veces creo que sí.

Pedro Pinto (de CNN): ¿Por qué?

Cristiano Ronaldo: ¿Por qué? Tal vez... nunca doy un ciento por ciento la respuesta correcta, porque a veces realmente no la sé. Puede que a veces esté de acuerdo, puede que tenga mala imagen en el campo, porque soy demasiado serio... Pero, si realmente me conoces, si eres mi amigo, si vienes a mi casa, si

compartes el día conmigo... te darás cuenta de que jodio perder!

Cuatro años después de llegar al Madrid, la hinchada blanca no tiene del todo claro quién es Cristiano. «Muchos no sospechan — escribe Diego Torres en *El País*— que su vida no se compone de una indefinida sucesión de paroxismos cotidianos. No saben que, salvo cuando lo traiciona la exasperación competitiva, es un muchacho sencillo, educado, noble, respetuoso con los adversarios, y agradecido de poder vivir en una ciudad que aprecia».

Competitivo, profesional, con la vida ordenada: así es Leo. También Cristiano. Y los dos se hacen mejores porque relajarse es perder esa carrera para siempre. En una memorable escena de la película *Rush*, que narra la historia de Niki Lauda, el piloto austríaco admite, recién casado, que «la felicidad es el gran enemigo, te debilita porque tienes algo que perder» y que «tener un enemigo es una bendición». Lo que sigue no puede ser casualidad: el 28 de enero de 2013 Ronaldo celebró tres goles ante el Getafe. Unas horas después, en el Camp Nou, Messi marcó cuatro ante el Osasuna.

En todo caso, el nivel de Ronaldo no decayó ese año, mientras Leo sufría lesiones que le mantuvieron fuera de los terrenos de juego o incapaz de mostrar su máximo nivel desde mayo: las estadísticas individuales fueron lideradas por el portugués, que también vencía en la impresión generalizada de que estaba siendo su año. Sin embargo, el Balón de Oro 2013, que alimentó muchas discusiones en la calle y un nivel de importancia quizá exagerado para un deporte tan colectivo, seguía sin tener un claro destinatario, pero el cambio

de fechas para la captación de votos, que permitió tener en cuenta los *play-offs* del Mundial en el que jugaba una Portugal que no se había clasificado en la fase de grupos, decantó definitivamente la balanza, al menos a ojos del público: Ronaldo le marcó cuatro tantos a Suecia y llevó a su país al Mundial de Brasil con una actuación memorable. Messi no necesitó de heroicidades a última hora porque Argentina se había clasificado con comodidad a través de la liguilla sudamericana.

A pesar de todo ello, la diferencia de votos entre Leo y Cristiano fue mínima: el 27 por ciento de los votos fueron para el portugués y el 24 para el argentino. Franck Ribéry acabó tercero. Por cierto, ni Messi votó a Ronaldo, ni Ronaldo a Messi en un voto táctico innecesario. Era el segundo Balón de Oro de Ronaldo, que se acercaba así a los cuatro de Messi. Leo le ganaba todavía en Botas de Oro al máximo goleador europeo (3 a 1) y, en el período que han compartido como jugadores del Madrid y del Barcelona (desde 2009), el club catalán ha conseguido quince títulos; el Madrid, tres. Además, según publica el CIES Football Observatory de la FIFA, el valor de mercado de Leo Messi es de 250 millones de euros, mientras que el de Ronaldo se sitúa sobre los 150 millones. Y Gerardo Molina, un experto en marketing cuya empresa, Euromerics Sport Marketing, calculó el valor de Messi por encargo de tres clubes europeos que sopesaron la posibilidad de ficharle, fue más allá: 400 millones de euros.

«Hay un club que tiene como espónsor a un gobierno que estaría dispuesto a pagar 400 millones por Leo Messi», contó Molina a la SER. «El impacto mediático de Messi quintuplica el de Cristiano. Según estudios, Cristiano vale unos 150 millones. La cláusula de Messi es de 250 millones de euros, pero para nosotros esa cifra está

devaluada y desfasada. Hoy no hay un jugador en el mundo del deporte que supere el valor de Messi».

«Tenemos unas reglas de medición, pero pondré un ejemplo: cuando un jugador se va de un equipo a otro, lo que se evalúa es que sea capaz de arrastrar a los patrocinadores. Está claro que en el caso de Messi patrocinadores como Adidas y Pepsi le acompañarán allá adonde vaya».

Para el portugués, Leo es algo más que una obsesión: es el punto de referencia. A su club le exige que lo traten como el Barcelona trata a Leo, que le den el mismo cariño.

Es fácil, pues, explicar las lágrimas que Ronaldo no pudo contener en Zúrich tras recibir el Balón de Oro. Tras cuatro años en los que su esfuerzo no recibió el premio que creyó merecer, por fin a Ronaldo le volvió a llegar la hora. Cristiano dijo que lloró porque vio a su madre hacer lo mismo. Debía de haber algo también de consecución de un logro ansiado.

«Cristiano hizo un gran año y merece el premio. No tengo nada más que decir ni nada que reclamar», afirmó Messi, que se pasó la velada con una media sonrisa que denotaba relajación. Estuvo conversador, próximo, gracioso. Poco que ver con la tensión, producto de la inexperiencia o de resultados controvertidos, de otros Balones de Oro. Al acabar la entrega de premios en Zúrich, el 13 enero del 2014, Messi escribió lo siguiente en su cuenta de Facebook: «Nos vemos en la cancha». Empezaba una nueva cuenta atrás.

«El nivel de autoexigencia varía y aumenta a medida que los logros de su enemigo crecen —escribe para este libro Pedro Gómez—. Pensar en pequeño nos hace crecer poco. Si nuestro nivel de autoexigencia no se estimula a diario, dejamos de evolucionar. Si

uno de ellos no existiese, el otro se conformaría siendo máximo goleador con veinticinco goles». Uno hace mejor al otro, como ocurría con Navratilova y Evert.

Mientras compitan, la relación entre ellos estará marcada por la lucha por un mismo espacio, ese lugar pequeño y alejado de todo donde descansan los más grandes. Pero ¿cómo se llevan? ¿Qué se dicen cuando están juntos? ¿Y cuándo no hay focos?

En la gala del Balón de Oro de 2012, Ruud Gullit creyó ver «un trato raro entre Cristiano y Messi; apenas se saludan y hablan». La relación, en presencia de otros testigos, es fría. No es mala, es respetuosa pero distante. No se odian como la gente podría sospechar; eso afirman las familias de ambos. La conversación normalmente no va más allá del «hola, qué tal estás, todo bien». En los eventos públicos, Messi siempre se rodea de los suyos o de Xavi e Iniesta, mientras que Ronaldo suele aparecer solo, como si le intimidara mezclarse con la gente.

Diego Torres, en su libro *Prepárense para perder*, cuenta la que podría ser la única ocasión en que rompieron con su costumbre de mantener las distancias. Ocurrió en la gala del Balón de Oro 2012, el día que el máximo mandatario del Real Madrid, Florentino Pérez, temió por primera vez, según el periodista, que Ronaldo pudiera acabar en el Barcelona. «El presidente se encontró el 7 de enero de 2013 apostado en un rincón apartado de un vestíbulo de la Kongresshaus de Zúrich, vigilando a Messi mientras daba una entrevista a una televisión. De pronto, al otro lado de la sala apareció Cristiano. Entonces ocurrió lo que tanto había temido el dirigente. Messi le hizo un gesto, Cristiano acudió, y se abrazaron felices como niños antes de quedar para después. Pérez confesó a sus amigos que somatizó aquello con mucha angustia. Sintió el

peligro. Lo visualizó todo. Cristiano se quedaría libre en enero de 2015 y entonces cualquier club, incluido el Barcelona, lo podría fichar sin negociar con el Madrid».

Un año antes, Ronaldo había acudido al despacho de Pérez en el Bernabéu para mostrarle su indignación por el comportamiento del club hacia él, demasiado distante, y con la lentitud de las negociaciones de renovación de su contrato. El jugador amenazó con marcharse del Madrid. «Si es una cuestión de dinero, mañana vengo con cien millones de euros», le dijo Ronaldo a su presidente. Florentino replicó: «No son cien, tu cláusula es de mil millones de euros... Si te quieres ir, tráeme el dinero para fichar a Messi».

En *El distinto*, el libro de Marcelo Sottile, se cuenta otra historia de aquella misma gala. Al parecer, CR7 pidió una sala especial para evitar cruzarse con Messi e Iniesta y exigió que le avisaran cuando todos estuvieran en el salón para entrar el último.

No son amigos pero en público mantienen la cordialidad; el resto, insisten los que los conocen de cerca, es cosa de los medios.

Messi admira el cabezazo de Cristiano, su potencia, pero está cansado de la comparación. Entiende que Ronaldo tampoco está a gusto con la misma y que por eso a veces responde al acoso mediático que gusta enfrentarlos. Ronaldo, quien compartirá con Leo por primera vez un anuncio para promocionar la tableta Google Nexus 11, cree que no se pueden comparar: «Messi y yo somos como Ferrari y Porsche».

Ronaldo, quizá afectado por la puerilidad con la que crecen muchos futbolistas, considera que, alejado de Messi, debe mostrarse valiente, que su imagen sugiera que no le tiene miedo, que acepta el reto. Todo muy macho y engañoso. Y por ello, según cuentan jugadores del Madrid, CR7 tiene un nombre para el argentino:

motherfucker (cabronazo); y si ve a algún representante de su club que habla con Leo, también acaba siendo bautizado con el mismo epíteto. En ese entorno, Ronaldo suele decir que su relación con Messi es como la que mantienen Irlanda y el Reino Unido. Y los jugadores del Madrid, con ese sentido del humor tan falto de sutileza de los vestuarios, tienen un largo listado de bromas que incluyen a Messi como el perro o la marioneta de Ronaldo, o guardado en una bolsa de la compra (de marca, por supuesto) del portugués. Y cosas peores. Uno se imagina que en la intimidad del Barcelona se dicen cosas similares.

Ronaldo encaja en el plan de negocios del Real Madrid y su búsqueda de galácticos. Messi, en el negocio romántico que es el Barcelona. Por eso el Barça no se puede plantear la venta de su futbolista bandera: si el club funcionara como un simple negocio, Leo debería ser traspasado en su plenitud, cuando se puede conseguir más dinero. Si se persigue una idea romántica, a Messi no le dejarán marchar hasta que, agotado, decida irse al Newell's.

Ronaldo fue ofrecido al Barcelona por su agente Jorge Mendes antes de fichar por el Manchester United y en 2010, estando ya en el Madrid, afirmó que «nunca se puede decir que no se va a beber de esa copa, nunca se sabe lo que puede pasar en el futuro». ¿Se imaginan a Messi, Ronaldo y Neymar juntos?

En todo caso, ambos clubes se aseguran de que el sueldo de ambos refleje su categoría y recientemente sus contratos han dado o están a punto de dar un salto histórico. Ronaldo renovó en septiembre de 2013 y cobra ahora 21 millones de euros netos según su entorno, aunque el Madrid habla de 17. El Barcelona empezó a negociar el de Messi desde agosto de 2013, seis meses después de la última renovación, cuando los representantes del futbolista se

reunieron en casa de Sandro Rosell y pusieron las bases de un nuevo acuerdo que debía concretarse antes de que terminase la temporada, aunque ya sin el presidente Rosell, que dimitió al sentirse acosado por la justicia y el entorno con respecto al complicado contrato de Neymar, que había llegado en verano del 2013. Leo podría cobrar, incluyendo premios, unos 23 millones de euros netos.

«Los dos son muy buenos —dice el ex seleccionador argentino Carlos Bilardo—. Messi viene y no sabes para dónde va, si para allá o para acá. Sin embargo, los tipos de fútbol saben hacia dónde dispara Ronaldo. Messi es de lejos el mejor».

«Es una tremenda mala suerte para Cristiano coincidir con Messi —opina el brasileño Ronaldo—. Los dos son exageradamente superiores a los demás, aunque para mí Messi es un poco mejor».

«Son distintos, lo único que tienen en común es el gol», «parten de diferentes posiciones» y «Cristiano es más de salir desde la banda a buscar el gol y Messi se mueve por donde le da la gana», explica Vicente del Bosque.

«Messi es el más difícil de parar, impredecible —analiza el ex entrenador del Valencia, Miroslav Djukic—. Cristiano destaca por su disparo, se desenvuelve mejor con espacios por delante. También es bueno de cabeza. Es todo potencia. Messi es más asociativo, algo que no es normal en un goleador. Muy bueno en el uno contra uno y en los espacios reducidos».

A Gerard Piqué le salió una frase acertada para compararlos: «Messi es extraterrestre y Cristiano, el mejor de los humanos».

Al final éste es un debate falso, claro. No existe un modo preciso de medir a los individuos en este juego tan colectivo. Pero una cosa parece clara.

No es lo mismo un campeón que una estrella. El campeón lo

tiene muy claro: es armonioso, creativo. La estrella se rompe en cualquier momento porque tiene el ego muy alto. El alma del campeón, cuando hay una dificultad, se agranda. No hay que ponerle límites al campeón, no hay que atosigarlo, porque te llena la canasta de goles, de títulos.

A pesar de lo que se diga, a pesar de lo que parezca, Ronaldo y Messi son dos campeones.

2. Tito Vilanova, el nuevo líder

—*¿Los técnicos están sobrevalorados? ¿Ustedes dicen «nosotros ya nos conocemos entre todos, podemos jugar tranquilos» o no?*

—*No. Yo creo que hoy, capaz que más que antes, es importantísimo un técnico. Vos te podrás conocer, jugar de memoria, pero lo necesitás por un montón de detalles, por preparar un partido. Nosotros desde que no está Tito lo notamos. Obviamente respetamos a Roura, es nuestro entrenador y está en el mismo camino que nosotros para intentar ayudar, pero al principio del año nuestro técnico era Tito y no tenerlo fue un golpe duro.*

—*¿Trabajaba mucho Tito en la época de Pep, no?*

—*Sí, y después, por la manera de ser de Tito. Tito es una persona muy inteligente y que sabe mucho de fútbol. Distinta personalidad de la de Guardiola, distinta manera de hacer llegar su mensaje desde el primer día, fue una persona respetada desde cuando era segundo y por eso no notamos el cambio.*

(Entrevista de MARTÍN SOUTO a LEO MESSI en TyC Sports, en marzo de 2013).

Cuando Leo supo que Tito era el escogido, sonrió. Nada más, pero tampoco hacía falta: el ex asistente de Guardiola no sólo fue el primero que le hizo jugar en su posición favorita detrás del delantero, sino que llevaba cuatro años con él. La continuidad fue bienvenida por el argentino. «Es una persona normal, abierta. Va de frente, dice las cosas a la cara sin problema. Eso me gusta», declaró Messi a *El País*. Tito era un entrenador de fútbol, sin más; el club finalmente volvió a asumir algunas de las responsabilidades que se le habían otorgado a un Guardiola exhausto.

El primer verano de la era post Guardiola no contó con muchos cambios en la plantilla. Tito Vilanova estuvo buscando un central y un mediocentro, o mejor uno que pudiera cumplir ambas funciones: se pensó en Javi Martínez, pero llegó Alex Song del Arsenal. Jordi Alba fue fichado del Valencia, un lateral eminentemente ofensivo. Se fue Seydou Keita y, en esa temporada 2012-2013, el equipo perdió altura y potencia física.

El Barça venía de ganar una Copa del Rey, el Mundial de Clubes y la Supercopa española, títulos menores, y la sensación era que necesitaba unos retoques, recuperar algunas esencias que se habían abandonado y más alternativas para cuando los contrarios se cerraban atrás, que era casi siempre.

Leo había marcado 211 tantos en 219 partidos con Guardiola; o, afilando más, 150 en sus últimos 135 encuentros. Las estadísticas se ampliaban a medida que la influencia en el juego de Messi crecía. La salud mental de un equipo se puede medir por el reparto de goles. Cuando los marca siempre el mismo, significa que el frágil juego de equilibrios se está rompiendo.

El reto era doble: el nuevo entrenador debía conseguir que nadie

evadiera responsabilidades; es más difícil parar a un conjunto cuando no repite la misma jugada, cuando todos participan de todo. Al mismo tiempo, Leo tenía que permitir el crecimiento de otros futbolistas a su alrededor: los contrarios tendrían más de qué preocuparse.

Pero Vilanova decidió que su reinado debía empezar con un pacto con sus pupilos. Se iba a mantener el statu quo, los cambios tácticos y de jerarquía iban a ser mínimos. Incluso se abandonó la costumbre de comer todos juntos, esa sutil medida de control sobre la alimentación que impuso Guardiola.

Los inicios eran esperanzadores: Leo tocaba menos el balón que con Pep, pero seguía siendo decisivo, tanto que se firmó el mejor arranque en la historia de la Liga hasta ese momento.

Poco a poco se fue perdiendo cierto rigor en el juego, especialmente sin balón. Leo y Cesc, consecuentes con su estilo, disfrutaban intentando acabar la jugada lo antes posible. Los movimientos ya no se masticaban con Xavi e Iniesta. En las charlas de Tito se hablaba de posesiones largas, pero se aplicaban poco.

Las claves del Barcelona de Guardiola eran, por un lado, la organización que permitía estar permanentemente bien colocados para ejercer la presión y, por otro, el juego sin balón de Alexis, de Villa, de Pedro, quienes, mientras esperaban abiertos en banda, dejaban al resto del equipo cocinar la jugada. Los tres sabían lo que tenían que hacer porque conocían perfectamente lo que los otros proponían. Cuando ese rigor y control desaparece, cuando se busca la jugada individual o la transición rápida, todo queda a expensas del talento de los futbolistas.

Y, en medio de ese proceso, Tito Vilanova recayó en su enfermedad. A partir de ahí, el juicio a su trabajo se hizo,

lógicamente, desde una óptica más sentimental que profesional.

En mayo de 2012 los médicos habían anunciado su recuperación absoluta después de ser operado de urgencia de un tumor en la glándula parótida justo antes de viajar a Milán para un partido de Liga de Campeones. Pero el 19 de diciembre se supo que Tito tenía que apartarse del banquillo del Barcelona y al día siguiente fue operado de nuevo.

Desde ese momento, Vilanova apareció y desapareció de la ciudad deportiva y de los partidos intentando compaginar bravamente su recuperación con la dirección del equipo. A mitad de enero de 2013 viajó unos días a Nueva York para buscar una segunda opinión y regresó a Estados Unidos la siguiente semana para someterse a sesiones de quimioterapia y radioterapia. No estuvo presente en la derrota ante la Real Sociedad (3-2), a la cual el equipo respondió con una demolición del Osasuna en la siguiente jornada (5-1).

Desde Nueva York, Tito aleccionaba vía telefónica a los futbolistas antes de algunos partidos y, durante los encuentros, estaba en contacto directo por WhatsApp con Jordi Roura, quien le sustituía en su ausencia. A los dos meses regresó para incorporarse paulatinamente a la dinámica del grupo.

Tito, a su vuelta, contó al equipo cómo lo estaba pasando. Leo no es de escuchar mucho, o parece no escuchar: en las charlas se le despista la mirada. Pero en esa reunión, Leo miraba fijamente a los ojos de Tito, atento a cada una de sus palabras. Messi padeció, como le ocurrió al resto, el dolor del bofetón que les dio la vida.

En noviembre Éric Abidal había regresado a los entrenamientos, aunque trabajaba alejado del grupo, y en diciembre los doctores le dieron el visto bueno para que pudiera jugar: participó en cinco

partidos, uno de ellos completo. A su recuperación se agarraban todos cuando veían a Tito caminar sereno con una bufanda ocultando las cicatrices de su cuello.

La situación era tremendamente anómala. La apuesta de la dirección deportiva por Roura, que había analizado partidos y escrito informes de los rivales para Guardiola, significaba en la práctica dejar al equipo en manos de la autogestión, con la tranquilidad de que se trataba de un vestuario comprometido y capaz de manejar la situación de modo inteligente. Mandaban los veteranos, Leo también.

El día a día era complicado. La mayor parte de los entrenamientos no duraban más de cuarenta minutos: veinte de rondos y veinte de posesión. Faltaba el cuidado por el detalle. Y la dinámica iniciada durante la temporada se fue acentuando: se perdió la presión arriba por una cuestión de actitud. Si no se exige al futbolista, el juego sin balón es lo primero que se resiente.

En esos días de autogestión, Messi fue retrasando su posición, buscando participar en la creación y también en la ejecución. Y añadió una estadística interesante a sus récords habituales: casi el 15 por ciento de los goles los estaba marcando con su pierna derecha, su «pierna mala». El esfuerzo por mejorar de nuevo quedaba recompensado.

Sin una autoridad relevante en el grupo, el equipo se entregó todavía más a Leo, un proceso que ya había empezado con Guardiola. Y la Pulga, como siempre, quería más: más balón, más goles, más influencia.

«Guardiola puso todo a favor de obra desde el primer día: creó el *Messisistema* —escribe en el *Sport* Martí Perarnau—. Al principio consistía en que todos jugaran para Xavi a fin de que éste

activara a Messi». El periodista rescata una entrevista del centrocampista en el periódico alemán *Süddeutsche Zeitung* para explicarlo gráficamente: «Si noto que Messi no ha estado en contacto con la pelota desde hace cinco minutos, pienso: “Así no va. No puede ser. ¿Dónde está?”. Entonces lo agarro y le digo: “Ven, acércate, comencemos a jugar”. Messi es atacante y los atacantes se apagan a veces. Como si estuvieran en *off*. Pero cuando se acerca al medio campo vuelve a disfrutar». Sin embargo, con Cesc se eludía a Xavi para llegar antes a Leo: se ponían así las bases de la *Messidependencia*.

Ante tal actitud generalizada, Leo se volvió más exigente, temeroso de que el conjunto se cayera, duro con los que no respondían bien. Se le acentuaron sus características de niño (con alguna reacción que no pasaba los filtros de su verdadera edad) y, al mismo tiempo, los de adulto con mucho recorrido. Ésa es la compleja mentalidad de las grandes estrellas y la dificultad que tenemos para entenderlas: algunos hombres veinte y treinta años mayores que ellos nunca han asumido la responsabilidad de un Leo de veintiséis.

Los futbolistas se atrevían a hablar de tácticas, como hizo Leo en febrero en Barça TV tras remontar con dificultades al Sevilla en el Camp Nou: «El equipo sigue manteniendo la pelota, pero no creamos las mismas ocasiones de peligro. Nos falta algo de profundidad para romper a las defensas». Leo sugería una solución: «El tener una referencia como el Guaje [David Villa] provoca que los centrales queden fijados y no salgan fuera. Todo ayuda a que se creen más espacios para el resto». Messi jugaba más liberado con Villa, que jugó en esa posición entre los centrales rivales para que Leo tuviera más espacio. El Guaje vio puerta en tres encuentros,

convirtiéndose en el segundo goleador de la plantilla.

Aunque esa idea táctica le servía al equipo, se hacía patente que Messi, como el conjunto, necesitaba que alguien dirigiera su talento, su instinto y sus necesidades. Cualquier otra cosa no beneficiaba a nadie y a Leo le acortaba la vida: con límites, con retos y objetivos, Messi puede durar mucho más, su influencia es más efectiva que sin esos parámetros, sin esas directrices. Pero nada de eso estaba ocurriendo.

Durante esa campaña se habló a menudo de la relación entre Villa y Messi, especialmente a partir de una discusión muy pública que tuvo lugar en la quinta jornada de Liga, en la primera parte del Barcelona-Granada, después de que Villa no le pasara un balón a Leo cuando éste veía que tenía espacio para rematar. Canal Plus hizo la siguiente transcripción:

—Messi: ¡Pónmela delante! ¡Delante! ¡Pónmela ahí!

—Villa: ¡Pero si no puedes controlarla! ¡No me jodas!...
Hostias, si tengo una, y te la he dado a ti.

—Messi: ¡No te jode, ahí! —comenta señalándole el espacio donde debía recibir el balón.

El Guaje había perdido relevancia en el once después de fracturarse la tibia en el Mundial de Clubes en diciembre de 2011. Tito consideraba a Alexis mejor compañía para Leo en el ataque y Villa, campeón del mundo, no es de los futbolistas que acepten de buen grado la suplencia. Algo lógico por otro lado, porque hasta antes de la lesión se había adaptado perfectamente al sistema del Barcelona.

«Ya dije que no busquen problemas donde no los hay, que miren a otro lado —declaró Leo en *El País* por aquel entonces—. Aquí no hay nada. Es un vestuario que funciona más allá de lo deportivo, espectacular. Hace tiempo que estamos juntos, pero resulta que el nivel humano de la gente es muy grande. No sabe nadie lo bien que lo pasamos. Y tras tantos años no es fácil».

Pese a todo, en un encuentro en Glasgow ante el Celtic, que acabó con la segunda derrota del conjunto blaugrana esa temporada, Villa decidió chutar a portería pese a tener opción de pase a Leo: la tensión se podía cortar con un cuchillo.

Y en un partido ante el Bayer Leverkusen, Alexis marcó dos tantos pero recibió una bronca de Leo por no escoger mejor algunos pases. Los receptores de las demandas de Messi eran delanteros y extremos, los que deben ceder el balón: la exigencia de Leo tiene una base futbolística. Como le había ocurrido a Messi en la época de Ronaldinho, los futbolistas nuevos debían encarar y superar lo establecido para crecer. Los futbolistas que no superan ese reto, caen por la borda.

—Ésa no te la puedo dejar pasar. ¿Nunca te peleaste con un compañero?

—Sí, pero no a piñas. Para mí, lo que pasó, pasó. Queda en la cancha. Puedo estar caliente uno o dos días, pero después ya fue.

—¿Y te pasó con algún amigo de putearte, pero amigo-amigo?

—¡Sí! Me pasó con Pinto en una práctica, en un partido reducido, que ganaron ellos, empezaron a festejar y terminamos discutiendo, peleando mal. Y él ya me conoce, al otro día vino, me miró, nos empezamos a reír y ya está.

(Entrevista de MARTÍN SOUTO a LEO MESSI en TyC Sports, en marzo de 2013).

Por cierto, Pinto, amigo y protector de Leo, es portero, como lo es Óscar Ustari o Juan Cruz Leguizamón. Leo siempre se ha sentido a gusto con ellos, al parecer más que con el resto, quizá por el atractivo de compartir la sensación de ser outsiders, «distintos», utilizando el título del libro de Messi que publicó *Olé*.

En todo caso, la tensión sobre el campo y las disputas futbolísticas reflejaban de nuevo la ausencia de liderazgo. El niño que había hecho un gran esfuerzo para llegar a lo más alto ahora tenía otro reto: manejar el éxito. La lucha no había acabado, simplemente había cambiado. Incluso el mejor del mundo necesita conducción.

El año terminaba con tres grandes noticias para Messi: el 2 de noviembre nació Thiago, el primer hijo de Leo y Antonella. Exactamente a las 17.14 horas. Twitter se volvió loco: por la buena nueva y porque la hora coincidía con el año de la derrota catalana en la Guerra de Sucesión española en cuyo recuerdo se celebra el día nacional de Catalunya.

Además, 2012 fue un año de logros extraordinarios, algunos de los cuales parecen casi imposibles de superar. No sólo batió el récord de Gerd Müller de goles en un año con 91 tantos y ganó su cuarto Balón de Oro consecutivo, sino que su bolsa terminó repleta de trofeos y marcas: máximo goleador de la Copa de Europa por cuarto año consecutivo; el único jugador que ha marcado cinco goles en un partido de Liga de Campeones (contra el Bayer Leverkusen);

consiguió el mayor número de *hat-tricks* en una temporada en la Liga; marcó más goles de forma consecutiva en la Liga que nadie; fue máximo goleador de la selección argentina, superando a Gabriel Batistuta; fue máximo goleador histórico en una temporada europea; récord de *hat-tricks* en Liga como jugador del Barcelona; máximo anotador del Barcelona en la historia de los Clásicos; máximo pichichi histórico de la Liga en un temporada; máximo goleador europeo del Barcelona; marcó un gol cada 63 minutos jugados contando partidos de club y selección; máximo goleador del Barcelona en la historia, batiendo el récord de César Rodríguez..., y esto es sólo una pequeña selección (cortesía de @MessiStats).

Y, finalmente, Leo acordó una nueva renovación que finalmente fue firmada en febrero de 2013.

Con una llamada telefónica, Messi dio el visto bueno al nuevo contrato anunciado al mismo tiempo que el de Xavi y Puyol, en un mensaje de cohesión hacia el vestuario. Los dos capitanes y la gran estrella unían su futuro al club. Jorge Messi había recibido y rechazado una oferta sensacional de un equipo ruso, dispuesto a pagar 400 millones de euros por el futbolista, al que ofrecían 32 millones de euros al año.

El argentino había renovado en dos ocasiones con Guardiola, y con Tito firmó su estancia hasta 2018. Mantuvo la misma cláusula de rescisión (250 millones), su fijo subía a 13 millones netos (22 brutos) y recibía un premio de 3,2 millones al año por jugar un 60 por ciento de los encuentros.

El Barcelona seguía con su paso firme en la Liga pese a las dudas, y el Madrid, envuelto en un clima de tensión y desconfianzas, había perdido su rueda. Pero en los encuentros directos, José Mourinho había conseguido hacer evolucionar tácticamente a su

equipo para dificultar la aportación de Leo. Aunque, como se ha dicho, igualó con dieciocho goles los del legendario Alfredo di Stéfano en los Clásicos, se le atragantaba la línea defensiva alta de los blancos, que le alejaba de la portería. El Madrid eliminó al Barcelona de la Copa tras un empate a uno en el Bernabéu y una derrota 1-3 en el Camp Nou.

Además, debía superar en cada enfrentamiento contra su gran rival el «otro fútbol».

Según explica Diego Torres en su libro, Mourinho pidió a sus jugadores que tocaran la cara de Messi, una travesura que le saca de quicio. Álvaro Arbeloa y Xabi Alonso lo hicieron, ante el asombro de la Pulga, que miró al linier para pedir explicaciones. Al acabar el partido, se filtró un supuesto incidente con el leal asistente de Mourinho, Aitor Karanka (al parecer Leo le dijo: «¿Tú que c... miras, muñeco de Mourinho?») y con Arbeloa, con el que teóricamente se cruzó y al que soltó: «¿Qué miras, bobo? Te espero en Barcelona».

En una rueda de prensa posterior, José Callejón, explicó: «Lo de Aitor sí lo vi porque venía detrás de él. A lo mejor es normal que dentro del campo todos estemos calientes y digamos cosas de las que luego nos arrepentimos. Pero que un compañero de profesión espere después de un partido una hora u hora y media para increpar a un compañero que estaba con su mujer, eso sobra».

El Barcelona había abandonado el estadio cuarenta y cinco minutos después del partido y otros testigos aseguraron que Leo se dirigió hacia la puerta del autobús cuando Arbeloa salía con el coche, pero que no hubo ningún tipo de conversación. El prestigioso periodista del diario madrileño *Marca* Paco García Caridad dijo en antena y escribió en Twitter que «el intento de desprestigiar a Messi

raya el esferpento. ¿Quién filtra las cosas que supuestamente hace Messi? ¿Mou? ¿Su segundo? ¿Se sabe el filtrador? ¿Ahora hay que manchar la imagen de Messi?». El objetivo parecía claro: añadir leña a una campaña de desprestigio que se había iniciado meses atrás, coincidiendo con la discusión con Villa.

Mientras tanto, los goles de Leo y las apariciones constantes de Iniesta escondieron las deficiencias que amenazaban al equipo. Xavi y Puyol, dos de los capitanes, estaban físicamente mermados y otro, Víctor Valdés, le comunicó al club que se iba al final de su contrato, en verano. Los entrenamientos carecían de intensidad, los enfados de los futbolistas por no jugar se multiplicaron. El equipo llegó a encajar goles en trece partidos seguidos. Sobre el campo, las líneas no se juntaban. Se había impuesto la rutina y faltaba meticulosidad, trabajo táctico.

Y, en abril, llegó la fase más importante de la temporada, la que decide los títulos. Ramon Besa resumía en *El País* lo que el equipo necesitaba: «Se impone cerrar el gimnasio y la enfermería, pasar lista en el entrenamiento y recuperar la cultura del esfuerzo».

A Leo no se le veía feliz. «En el día a día lo veo normal, lo veo bien —dijo Dani Alves en *El Mundo*—. Pero yo no soy hipócrita, no maquillo las cosas. Es evidente que en los últimos partidos ha estado bajo anímicamente. ¿Por qué? No lo sé, no he buscado saberlo. Sólo quiero saber lo que a uno le interesa compartir. Y si a alguien no le interesa compartir su vida o lo que vive, ¿quién soy yo para preguntar? Respeto su espacio. Pero he notado que estaba un poco más cabizbajo de lo normal».

Pese a su enorme efectividad en la Liga, donde llegó a marcar en 19 partidos consecutivos y 38 veces en 25 jornadas, Messi había estado desaparecido en los Clásicos de Copa, y ocurrió algo

parecido ante el AC Milan en la ida de los octavos de final de la Liga de Campeones, un 2-0 que exponía las deficiencias del Barcelona.

Marcelo Sottile, prosecretario del diario *Olé*, explicó con destreza las sensaciones que daba el equipo: «El Barcelona parece un equipo deprimido. El espejo no le devuelve la imagen del mejor, del más lindo. Hoy se ven más de once caras que tienen poco ánimo; poco rato de lucidez individual; poco recurso táctico desde el banco; y hasta poco físico —producto de las piernas o de la cabeza triste— para cambiar el ritmo y superar las estrategias del Milán y del Madrid, que le han ganado con orden y mucho fútbol».

Leo ejerció su liderazgo y declaró a ESPN: «El equipo está un poco apagado. Hemos tenido resultados malos y es el momento de levantarse, de confiar en nosotros mismos, de hacer lo mismo que hicimos estos años».

Tocaba remontada ante el Milan en el Camp Nou en el partido de vuelta.

Pero se trató del canto del cisne.

Por esas fechas le preguntaron a Leo en Barça TV si necesitaba descanso, ya que lo estaba jugando todo. «Me va bien acumular minutos, porque así no pierdo el ritmo y me encuentro mejor», fue su respuesta.

Al poco tiempo empezó una pesadilla.

2 de abril de 2013. En el partido de ida de cuartos de final de Liga de Campeones ante el PSG, con Tito Vilanova presente en el banquillo, Messi, que había marcado el primer tanto del encuentro, nota un pinchazo en la pierna derecha tras un disparo y es sustituido en el descanso. Juanjo Brau, temiendo lo peor, pide el cambio. Ibrahimovic empata a diez minutos del final. El partido termina 2-2

tras el gol de penalti de Xavi en el 89 y un error de Valdés en el tiempo de descuento.

Vuelta de los octavos de final de Liga de Campeones. 12 de marzo de 2013. F.C. Barcelona 4 - AC Milan 0

Barcelona: Valdés; Alves, Piqué, Mascherano (Puyol, min. 77), Alba; Xavi, Busquets, Iniesta; Messi; Pedro (Adriano, min. 83) y Villa (Alexis, min. 75). No utilizados: Pinto, Cesc, Song y Tello.

Milan: Abbiati; Abate, Mexès, Zapata, Constant; Montolivo, Ambrosini (Muntari, min. 60), Flamini (Bojan, min. 75); Boateng, Niang (Robinho, min. 60) y El Shaarawy. No utilizados: Amelia, Bonera, De Sciglio y Nocerino.

Goles: 1-0, min. 5, Messi, a la escuadra. 2-0, min. 39, Messi, desde la frontal del área. 3-0, min. 55, Villa cruza el esférico tras un pase de Xavi. 4-0, min. 92, Jordi Alba resuelve un contragolpe, un pase de Alexis.

Ramon Besa, «El Barça de Messi venga al de Cruyff», *El País*: «[...] No será el Milan quien cante el réquiem al Barcelona de Messi, mitad coloso, mitad guerrero, a veces estético y en otras épico, siempre presente en una noche pletórica. Las mejores victorias acostumbran a llegar después de las derrotas más dolorosas. [...] El 10 acabó con una de las mejores organizaciones defensivas del mundo. [...] La suya [de Messi] es una dictadura consentida, por agradecida y amable, anoche

más dulce que nunca. Alrededor del 10, el Barça edificó un partido majestuoso, muy bien gestionado tanto desde el punto de vista emocional como táctico, jugado con la cabeza y los pies, bien visto por los técnicos y los jugadores, jaleado por una entusiasta hinchada. [...] Extraordinario en la presión, el Barça jugaba en el campo del Milan».

Martí Perarnau: «Cada pieza vuelve a estar donde debía estar, no donde acabó estando en las semanas anteriores. Cada cual a lo suyo y nadie en tierra de otros y menos en tierra de nadie».

3 de abril de 2013. Las pruebas médicas revelan una lesión en el bíceps femoral. De nuevo el músculo del sprint y de los cambios de ritmo. Es baja para el encuentro ante el Mallorca.

10 de abril de 2013. Se sienta en el banquillo en el partido de vuelta ante el PSG. Los franceses se adelantan con gol de Pastore: juegan con velocidad y valentía y asustan al Barcelona. En lo que parece un acto reflejo, tras encajar el tanto, Messi se sube las medias: estaba previsto que saliera al campo, aunque su lesión necesitaba claramente mucho más tiempo para sanar.

Salta al terreno de juego doce minutos después del gol.

El cuerpo técnico puso al Cid Campeador sobre el caballo.

Atemorizado, el PSG se echa atrás.

«El 10 eliminó al PSG con una jugada, un toque y un golpe de cintura, un pase y una ocasión. Imperiales durante una hora, los franceses se rindieron nada más ver a Messi. Abatidos y desnortados, desvencijados, los azulgrana se sintieron invencibles

media hora con el 10», escribió Ramon Besa.

«Es el efecto Leo —afirma Cesc Fàbregas—. Lo cambiaron por mí y, ya sólo entrar al campo, la afición levantó el ánimo».

«Cuando entró, nos vinimos todos arriba», admite Piqué.

«Es un poco lo que genera Leo —dice Mascherano—. Nos estaban dominando, estábamos quedando fuera de la competición: y entra con una pierna, consigue atraer a tres jugadores y hacer la jugada para que Pedro termine definiendo. ¡Con una pierna!».

El gol del canario da al Barcelona el pase a semifinales.

11 de abril de 2013. Una nueva resonancia a Messi confirma que, pese a jugar ante el PSG, la lesión no se ha agravado.

23 de abril de 2013. Des cansa tres partidos y es titular ante el Bayern (4-0). Es el momento de descubrir si la autogestión ha funcionado.

La derrota es inapelable y confirma que el equipo ha perdido competitividad.

27 de abril de 2013. Leo disputa media hora ante el Athletic de Bilbao, da una asistencia a Alexis y marca un gol extraordinario. En un espacio muy pequeño, se marcha de todos los rivales que le salen al paso y chuta desde el borde del área con un zapatazo colocado, certero, delicado, lejos del portero Gorka Iraizoz. «¿¡Cómo lo pudo hacer!? —se pregunta el jugador del Athletic Ander Herrera—. Estaba de espaldas y dio un giro tremendo. Yo estaba protegiéndole y se me fue. La próxima vez que le vea le voy a pedir que me lo explique bien». Claudio Vivas, asistente de Marcelo Bielsa en el conjunto vasco, vio algo más que un tanto: «La frustración de una temporada se vio reflejada en ese gol».

Semifinales de Liga de Campeones, ida.

Bayern de Múnich 4 - F.C. Barcelona 0

Bayern: Neuer; Lahm, Boateng, Dante, Alaba; Martínez, Schweinsteiger, Robben; Müller (Pizarro, min. 82), Ribéry (Shaqiri, min. 89) y Mario Gómez (Luiz Gustavo, min. 71). No utilizados: Tarke, Van Buyten, Rafinha y Tymoshchuk.

Barcelona: Valdés; Alves, Piqué, Bartra, Jordi Alba; Xavi, Busquets, Iniesta; Alexis, Messi y Pedro (Villa, min. 83). No utilizados: Pinto, Montoya, Abidal, Cesc, Thiago y Song.

Goles: 1-0, min. 25, Müller, después de un saque de esquina. 2-0, min. 49, Mario Gómez, tras otro córner. 3-0, min. 73, Robben la cruza ante Valdés. 4-0, min. 82, Müller remata un centro de Alaba.

Ramon Besa, «Más cerca de Atenas que de Wembley», *El País*: «El viaje azulgrana por los estadios de la Champions ha sido un vía crucis que había tenido remedio en el Camp Nou hasta que ayer fue crucificado en Múnich. La sensación es que el equipo se ha ido consumiendo hasta caer desvencijado, el camino inverso al del exuberante Bayern. [...] Ningún equipo juega hoy tan bien como lo hacía el Barça. Y mucho menos el propio Barça. Ya no vale la pena seguir esperando a que se cure Messi, tan apocado como el propio Barça. A la pata coja no se gana al Bayern».

Luis Martín, «Messi salta al campo, pero no juega», *El País*:

«La estadística oficial de la UEFA dice que Messi tiró una vez en el partido, pero en la memoria de los millones de personas que vieron el partido quedará el recuerdo por siempre de la noche que la Pulga saltó al campo y no jugó. [...] De las 11 ocasiones que intentó el regate, sólo le salieron bien dos».

El Barcelona empata a dos.

Pero las lesiones musculares son muy delicadas, muy traidoras. ¿Fue la decisión correcta jugar ante el Athletic cuando la Liga estaba ya cerca? ¿No hubiera sido mejor arriesgar por razones de más peso? ¿Se volvió a lesionar en San Mamés? ¿Se tomó la decisión para coger ritmo real de competición?

30 de abril de 2013. En la previa del partido de vuelta ante el Bayern, Leo Messi declara: «Necesitamos un Camp Nou que sea una olla a presión. Sólo podremos acercarnos a la remontada si todos creemos en ello».

Semifinales de Liga de Campeones, vuelta. 1 de mayo de 2013.

F.C. Barcelona 0 – Bayern de Múnich 3

Barcelona: Valdés; Alves, Piqué, Bartra (Montoya, min. 86), Adriano; Song, Xavi (Alexis, min. 55), Iniesta (Thiago, min. 65); Pedro, Cesc y Villa. No utilizados: Pinto, Dos Santos, Messi y Tello.

Bayern: Neuer; Lahm (Rafinha, min. 76), Boateng, Van Buyten, Alaba; Javi Martínez (Tymoshchuk, min. 74), Schweinsteiger (Luiz Gustavo, min. 66), Müller; Robben, Ribéry y Mandzukic. No utilizados: Starke, Dante, Shaqiri y Gómez.

Goles: 0-1, min. 48, Robben. 0-2, min. 72, Piqué (en propia puerta). 0-3, min. 76, Müller.

Ramon Besa, «Esperpento del Barça», *El País*: «Adiós Europa. [...] La despedida europea del Barça fue tan humillante que costará levantar el ánimo para cantar el alirón. A costa de querer dimensionar la Liga, dimitió de mala manera de Europa. Nunca compitió desde la alineación y menos a partir de los cambios. El escarnio ha sido mayúsculo de principio a fin, en la ida y en la vuelta, con y sin Messi. El barcelonismo acompañó en masa a su equipo hasta que llegó a las puertas del Camp Nou y se enteró de que no jugaba Leo. A algún socio le dieron ganas de darse media vuelta por sentirse sorprendido, estafado o desengañado. Nadie reparó entonces en el partido ni en la remontada, en el Barça ni en el Bayern, aturdida la hinchada por la suplencia del 10, cuyas lesiones son tan indescifrables para la crítica como su juego para los defensas: sólo se sabía hasta ahora que jamás se borraba y era capaz de jugar a la pata coja. Preocupa la gestión del caso Messi».

Messi no aparece en el once titular.

Vilanova justificó esa ausencia explicando que, al final del partido en Bilbao, Leo había sentido algo raro. «El lunes no se entrenó y hoy por la mañana, después del entrenamiento, después de hablar con los doctores y los fisios, he charlado con él al llegar al hotel. Tal como estaba, había riesgo de que se rompiera. Y él, que no se sentía cómodo, pensaba que así no podría ayudar al equipo».

5 de mayo de 2013. Encuentro ante el Betis. Messi reaparece en un momento de necesidad. Sale del banquillo en el minuto 56 con empate a dos. Su presencia se hace notar: Messi marca dos veces en una noche complicada para el Barcelona (4-2). Es, sin duda, la Liga de Messi.

12 de mayo de 2013. Leo se retira en el minuto 67 del partido ante el Atlético de Madrid en el Vicente Calderón tras resentirse de las molestias en el bíceps femoral de la pierna derecha. Tito ha realizado ya los tres cambios y el Barcelona juega con uno menos el resto del encuentro. Vence al Atlético por 1-2.

¿Qué ocurría con Messi?

Leo conoce bien el lenguaje de su cuerpo y también esa lesión del bíceps femoral, su talón de Aquiles. Sabía que estaba haciendo algo que iba contra su recuperación, pero las necesidades del equipo hicieron que apurara al máximo. La misma lesión en otro futbolista de carrera más lineal, con menos desgaste muscular, podía curarse en quince días, pero Leo tiene unas características físicas, un desgaste explosivo muscular energético altísimo. Y las recuperaciones son largas y laboriosas.

Desde que se rompiera el músculo en la ida del encuentro ante el PSG, Messi había realizado con Juanjo Brau un tratamiento que no correspondía a la lesión que tenía, que en realidad requería un

trabajo terapéutico y descanso. Los dos dedicaron siete y ocho horas al día para llegar al encuentro de vuelta, ocho días más tarde. Nunca tenían prisa por marcharse a casa. El objetivo era que estuviera para al menos 15 minutos, 35 en el mejor de los casos.

En el partido en el Camp Nou ante el conjunto francés, Leo no salió cojo, sino que su aportación tenía unas recomendaciones de Juanjo Brau muy estrictas: «Estás por lo que estás y tienes que correr la buena». Su preparador físico sabía que podía controlarlo o aconsejarlo en las instancias en las que no tuviera la pelota: «Cuando no tengas el balón quédate allá arriba, no te desgastes tanto, porque, si no, no llegaremos a todo», le dijo.

Añadió un consejo más, pero Juanjo sabía que no era necesario: «Haz lo que tengas que hacer cuando te llegue la pelota»; en posesión, Leo siempre hace lo que se le ocurre en ese momento, sin pensar en las consecuencias.

«Recuerdo que, cuando salió a calentar, la atmósfera del estadio cambió, el estado emocional de la gente también —cuenta Brau—. Se decían: “Ahora podemos ganar”. Esa ilusión genera el chico. A veces tenemos mucha gasolina, pero la chispa que pone él no la tiene otro».

Y el tratamiento funcionó: consiguió jugar y cambiar la dinámica del encuentro.

En el partido de ida ante el Bayern de Múnich, Leo no recayó de la lesión como se comentó, pero en medicina no hay milagros. Pese al trabajo poco ortodoxo del cuerpo técnico en los veintiún días posteriores a su lesión ante los franceses, Leo no había llegado para competir al máximo. Las necesidades del equipo le hicieron jugar ante el Athletic de Bilbao. Los entrenadores dirán siempre que en el fútbol se tiene que ganar, no se puede esperar a la semana siguiente,

y obtener puntos en San Mamés ayudaba a cerrar una Liga que era importante para todos: el cuerpo técnico quería obtener el título la primera temporada tras la marcha de Guardiola, los futbolistas deseaban que se viera que se ganaban cosas sin Pep y que la autogestión, además de necesaria, era efectiva.

Tras el encuentro ante el Athletic, Leo tuvo molestias, una de las consecuencias habituales de la lesión del bíceps femoral. Aunque el músculo haya cicatrizado, el dolor, que surge inesperadamente, no siempre desaparece del todo. Tito y Leo decidieron que, con el 4-0 de la ida, el argentino, que seguía sin estar para noventa minutos, sólo iba a jugar si era preciso.

Leo Messi había participado en tres partidos durante las tres semanas en las que debería haber estado descansando.

Y, por cierto, una lesión ya no le hace llorar. Le duele salir del campo, pero ya no es un chuchillo clavado en el corazón. Es como si supiera que en algo ha fallado y que se puede reparar. Que sabe cómo. Nadie va a dudar de su posición en el equipo mientras está fuera, eso no corre peligro. Y ha madurado. El Messi adulto no ve que una lesión sea el final del mundo. Le entristece, pero sabe que hay solución.

Además, Leo es ahora padre. Y los padres no lloran, lloran los niños, llora Thiago.

«Hablé mucho con él —explica Cesc—. Estas lesiones se tienen que curar. Yo pasé un año horroroso en el Arsenal, con siete recaídas, y cuando entras en esa dinámica estás perdido. Le comenté que se tenía que curar del todo para estar tranquilo. Pero cuando haces falta y juegas lesionado y recaes, te metes en un pozo, el trastorno es tanto mental como físico». Entre partidos, Leo decía a sus compañeros que estaba «de puta madre». Y entrenaba sin

problemas. Pero un entrenamiento no es un partido.

«¿Quién le va a decir que no puede jugar a Messi? ¿El entrenador...? No creo —explicó a los medios españoles Homero de Agostino, el médico de la selección argentina—. Messi tiene una condición superlativa y, sobre todo, una gran fuerza mental, por lo que no hay nada que lo frene. Pero el pobre Messi se ve un poco obligado a cumplir con todo el mundo. Es incapaz de decir no».

La gestión de esa lesión se llevó a cabo de tal forma por circunstancias coyunturales; estuvo llena de riesgos, y uno de ellos iba más allá de su problema muscular. Cuando un jugador tiene tanta responsabilidad, el entorno, el club, los entrenadores, le desgastan antes. «No podemos permitir que Leo tenga que ser cada día resolutivo. No es un problema de capacidad, es de desgaste, porque es tan humano como nosotros», apunta Juanjo Brau. Todo el mundo se ve capacitado para hablar de Messi, pero a menudo nos olvidamos de que hay otro Leo: el que no va de corto, el que se levanta cada mañana, el que no es una superestrella, sino un chico. Estar siempre en la excelencia reporta un gasto emocional muy grande. ¿Cuánto durará a ese nivel?

El Barcelona ganó su vigésimo segunda Liga y los números de Messi lo convirtieron en máximo responsable de este triunfo: marcó el 40,5 por ciento de los goles y fue pichichi con 45 tantos, anotando 61 entre las tres competiciones en las que participó el equipo. Por primera vez un futbolista había goleado en todos los encuentros de una vuelta completa de la Liga. Había superado los 345 tantos que Maradona había anotado en toda su carrera. Con veinticinco años.

En declaraciones a TV Azteca, Leo reclamaba comprensión para un año muy complicado: «Cuando vino Tito nos encontramos muy bien, porque prácticamente no cambió nada. Pero, cuando se fue él,

sí que notamos el cambio; no porque Roura o la gente que se quedó no pudiese hacerlo, sino porque nos faltaba el primer técnico, el que nos había hablado desde el primer día». La eliminación del Bayern, a su parecer, confirmaba que los equipos sabían jugarle al Barcelona: «Hace años que venimos jugando de la misma manera y los técnicos y equipos rivales te estudian. Pero no nos podemos volver locos por lo que pasó este año. No podemos cambiar el estilo del Barcelona porque es lo que lo ha caracterizado siempre».

Tito Vilanova, en su primera rueda de prensa tras su regreso de Nueva York, había dicho que se sentía con fuerzas para seguir la temporada siguiente. Lo que no contó es que en enero, antes de viajar a Estados Unidos, había puesto su cargo a disposición de la directiva. Si querían buscar sustituto, lo entendería perfectamente, les dijo. No se le aceptó, pero, después de conseguir el título liguero, volvió a ofrecer su dimisión. Sandro Rosell le insistió en ambos casos en que, si los médicos le permitían seguir y él se veía dispuesto, el trabajo era suyo.

La mañana del viernes 19 de julio, Tito Vilanova dirigió el entrenamiento del equipo con total normalidad. Los jugadores fueron citados a las siete y media para una segunda sesión. Tito les pidió que se reunieran antes de salir al campo. Y les dio la noticia: «Era la ilusión de mi vida, pero lo tengo que dejar». Les agradeció su trabajo y su ayuda. Y se fue a casa a recuperarse de un cáncer que no le abandonaba.

Se canceló el viaje del equipo a Polonia, donde iba a jugar un amistoso. El anuncio oficial corrió a cargo de Rosell y Andoni Zubizarreta. En primera fila de la sala de prensa, se sentaron Puyol, Messi, Pinto y Mascherano, hundidos.

Leo ha vivido de cerca los temores y miedos de un cáncer

padecido por un familiar cercano. Y Tito era un entrenador en quien confiaba, que había sido básico en su crecimiento futbolístico. Se sentía en deuda con Vilanova y tenía ganas de darle todo lo que había recibido de él.

No pudo ser.

3. La imagen de Leo

En 2010, aprovechando la creciente fama internacional de la Pulga, Adidas decidió organizar una visita a la capital británica, una de esas ideas que levantan a los ejecutivos de marketing de los asientos pero que sufren en la ejecución. Era un 15 de septiembre, con la Liga recién empezada, y a Messi se le pidió que jugara un partido de fútbol con chavales de quince años en Hackney Marshes, un parque al este de Londres. Leo llegaría, se sentaría en el banquillo y el entrenador sustituiría a uno de los que vestían de azul para que saliera el argentino. Los chavales habían empezado a jugar y no sabían nada de lo que estaba a punto de ocurrir, pero sospechaban que se estaba tramando algo cuando vieron las cámaras de Sky Sports.

Leo llegó en helicóptero.

No pudo dar más de diez pasos antes de ser abordado por cientos de aficionados que habían descubierto, por las pistas que dejó la marca deportiva en sus redes sociales, lo que se había planeado. Se lo tuvieron que llevar en volandas al siguiente ejercicio publicitario: regalar botas de fútbol en una parada del famoso mercado de Brick Lane, cosa que consiguió hacer.

Finalmente tenía que desplazarse a Tower Hamlets, un barrio

obrero y multicultural londinense donde iba a jugar un partido de fútbol sala con los primeros nueve chicos que llegaran al campito, un escenario rodeado de bloques de pisos modestos. No se le pudo garantizar la seguridad y se decidió cancelar este último evento.

De hecho, Leo había viajado a Tower Hamlets (en una furgoneta con cristales oscuros que aparcó cerca del campo), pero los responsables de la seguridad pensaron que iba a ser casi imposible sacarle de ahí a tiempo para devolverlo al aeropuerto de London City. El cámara de Sky Sports, que esperaba con el reportero sobre el círculo central, tuvo que abandonar discretamente el lugar con alguna burda excusa que casi creó un altercado. Poco después, al conocerse que Leo se marchaba de Londres, los jóvenes tiraron botellas, latas y lo que encontraron en dirección al campo hasta que la policía dispersó a la gente del lugar.

Se acusó a la empresa organizadora de «faltarles al respeto a los aficionados», pero el patrocinador logró atraer la atención del mundo durante todo un día.

Fue una idea arriesgada que no salió bien del todo, de la que Adidas aprendió.

Tres años después, Leo Messi pasó un verano complicado, y no sólo porque no acabara de recuperarse de la lesión que sufrió en el partido ante el PSG.

Cuando ya había conquistado el corazón de los argentinos, tras otro año más de récords, títulos y elogios en el Barcelona, estando en la cima, de repente Leo apareció en portadas de revistas de cotilleo y en las páginas de información general con informaciones extrafutbolísticas de todo tipo.

Repasemos algunas: un tipo cuenta que, años atrás, Leo le había hecho un desprecio a Guardiola con una lata de refresco y reta a

quien dude de su palabra a que lo lleve ante los tribunales, sugiriendo de ese modo que su fuente procede de la misma plantilla blaugrana. Consultados para este libro, tanto Leo como Pep niegan el incidente, pero un desmentido tiene menos recorrido que una historia de supuestos enfrentamientos.

Otra historia absurda sale a la luz: una revista argentina publica fotos de una fiesta en Las Vegas en las que se ve a Leo hundiendo su rostro en el generoso pecho de una *stripper*; muchos no saben que esas imágenes fueron burdamente trucadas y sólo recuerdan la cara inocente de Leo mirando a la cámara.

Ese verano también salió a la venta un libro que, según los Messi, cuenta falsedades sobre Pep y Leo, así como sobre los pagos de su tratamiento hormonal, pero con una selección tan cuidadosa de palabras que los Messi no pueden querellarse, como desearían.

Por si fuera poco, dos de los cuatro amistosos que programó para el verano (Lima y Los Ángeles) supusieron sendos quebraderos de cabeza para Messi. En el primero —bautizado como «Duelo de gigantes» porque enfrentaba a amigos de Messi con los de Neymar—, hubo un incidente a raíz de la expulsión del campo de amigos y familiares de ambos por parte de la policía peruana. Leo no sabía qué había ocurrido, pero se publicó que la policía había sido dura con los invitados y que, cuando aquél se enteró, pidió que le sustituyeran en la segunda mitad y se marchó del estadio sin ni siquiera ducharse. No es verdad, pero el desmentido de los Messi no llenó el mismo espacio en prensa.

El encuentro en el Memorial Coliseum de Los Ángeles se canceló, generando un cruce de acusaciones. La Pulga decidió no participar por el precio desorbitado de las entradas para lo que se suponía que era un partido benéfico, pero hubo más que tampoco se

explicó: los promotores, que habían organizado los viajes y los pagos de los futbolistas invitados, no recibieron el presupuesto suficiente de la compañía que vendió las entradas. Alguien se pasó de listo y se guardó parte del dinero ingresado, pero se acusó a Messi de dejar tirados a cincuenta mil aficionados.

Leo argumentó y expresó su decepción en Facebook, pero su imagen se vio de nuevo afectada.

El diario *El Mundo* publicó por esas fechas que se había producido una estafa de blanqueo de dinero en partidos benéficos bajo el nombre «Amigos de Messi» que se jugaron en 2012, especialmente el de junio en Bogotá (Colombia) y acusó, falsamente, al padre de Leo de estar implicado en la misma. Cuando las autoridades colombianas dieron por cerrada su investigación contra la red de narcotráfico que estaba detrás del blanqueo de dinero procedente de sus actividades ilícitas, y tras confirmar que ni Messi ni su padre ni ningún otro jugador azulgrana estaban involucrados en la trama, el mismo diario no pidió disculpas, pese a que Leo y Jorge sólo habían sido interrogados en busca de información.

En realidad, Leo no tenía nada que ver con la organización ni las invitaciones a futbolistas para los amistosos jugados en Colombia, Perú y Chicago, a excepción de los jugadores del Barcelona, a los que se les comentó que los encuentros eran una distracción veraniega y generaban una contribución que salía de las arcas de la Fundación Leo Messi. Los ingresos que recibía la Fundación por la presencia de Leo (el futbolista no cobró por su participación) pasaban a Unicef, que elegía la ONG que se beneficiaba de la donación y posteriormente gestionaba el traspaso de la misma.

En este clima enrarecido, donde de repente se hacía fácil lanzar dianas hacia la familia Messi, se acusó a Leo de descuidar su

recuperación durante el verano y de irse a jugar pachangas en lugar de descansar. Tras las lesiones de finales de la temporada 2012-2013, su cuerpo requería atención y en eso los críticos tenían razón. Lo que no se sabía hasta ahora es que Lionel se llevó en esos viajes a Juanjo Brau para continuar con su preparación física en los meses veraniegos y así poder estar a punto al inicio de la temporada siguiente: ésas fueron sus vacaciones.

Su imagen estaba siendo golpeada desde varios frentes. La campaña de desprestigio estaba siendo cruel.

«En Messi hay la sensación de que lo quieren destronar», explicó Gerard Piqué en *Sport*. «Al final hay unas leyes, unas normas, y alguien que manda, que imparte justicia. Y llegado un punto, se debe decir basta. Tras tirar toda esta mierda hacia una persona que no ha hecho lo que dicen, alguien debe impartir justicia, pero no tenemos que ser nosotros».

¿Qué estaba ocurriendo? La prensa madrileña entendía que por fin se veía al verdadero Messi. Desde el entorno de Leo se pregunta si el apoyo al catalán mostrado en el acto de Turkish Airlines no fue una especie de «principio del fin» del aprecio general hacia la Pulga en España.

¿No será que el mundo se cansó de ver siempre el mismo rostro, los mismos ganadores? Ahora, con Neymar, los patrocinadores y el público tienen una opción nueva, que es atractiva por esa misma razón, porque puede proponer otra mirada distinta. Además, Nike buscaba convertir al brasileño en el rostro del campeonato mundial en su país, y Leo, aunque solía usar esa misma marca, ahora viste Adidas. Los patrocinadores, más aún los grandes, no olvidan esos vaivenes. Además, se sospecha que en la lucha por el Balón de Oro 2013 se filtraron algunas de estas historias con el objetivo de afectar

el resultado.

El entorno de Leo es pequeño y mayormente pasivo ante el interés comercial (se escoge un porcentaje pequeño de lo que se les propone, no se iba a buscar patrocinadores) y durante la mayor parte de su carrera se consideró que era la mejor manera de cuidar la imagen de un futbolista que sólo quiere jugar.

«Hace tiempo que somos una empresa familiar, pero la diferencia es que los beneficios no son para la familia, sino para Lionel —explica Jorge Messi en el libro de Sique Rodríguez *Educados para ganar*—. Es una manera de defender su futuro. Es su negocio. Todo gira en torno a él. Todo está a su nombre. Es la manera que tenemos de protegerlo».

Sin embargo, cuando Leo empezó a ser atacado, sus protectores tuvieron dificultades para manejar las diferentes crisis. Aunque pequeño (un jefe de prensa, abogados y el resto de la familia con diferentes labores en la empresa), el entorno de Messi es mucho más complejo que el de Ronaldinho o el de Maradona, incluso que el de Ronaldo, porque, tras más de una experiencia negativa, prefiere cerrar las puertas al que no es del círculo próximo.

Y además Leo es muy precavido.

Una vez, un periodista italiano que entrevistó a Messi en Barcelona explicó a sus colegas cómo le había ido: «Mal, porque para entrevistar a Messi te preparas igual que un defensa se prepara para jugar contra él, y no sabes cómo, pero te acaba burlando; o sea, que de las diez preguntas que tenía hechas no he sacado nada».

El periodista se refiere a esa actitud defensiva de Leo. Messi no entiende una entrevista como una manera de conectar con el aficionado, sino como un chequeo a su persona. En el mundo de Messi se suele decir «ya sabéis cómo es Leo», que es otra manera

de cerrar la puerta a la intromisión. El suyo es un mundo cerrado, casi como el de un niño, extremadamente protegido. Y eso él lo defiende, le va bien, encaja con su personalidad.

Pero hubo que tomar medidas para que el entorno de Leo pudiera extender sus redes y su protección. Se cambió la estructura de la empresa para que encajara mejor en el ritmo de crecimiento de Leo. La imagen de Leo está vinculada únicamente a su *performance*, a sus resultados sobre el campo. No cuenta con una política de mercadotecnia, como David Beckham, por ejemplo, que se sitúa en el otro extremo, aquel en el que casi todo es imagen. Pero requiere, como cualquier otra estrella, un crecimiento cuidadoso, una atención a las elecciones de empresas a las que vincularse y una profesionalización máxima. Neymar y Ronaldo tienen más de veinte profesionales que cuidan de su imagen, todo un aparato de comunicación. ¿Es ésta la solución? Para proteger a Leo y buscar acuerdos que exploten su imagen de ídolo «natural», los Messi empezaron a ser asesorados por la agencia internacional de publicidad McCann.

Para mejorar la efectividad del entorno de Leo, se centralizaron las oficinas de la Fundación y de Leo Messi Management en Barcelona, mientras el futbolista insistió que seguía confiando plenamente en los que le llevaban sus asuntos: «Estoy unido a mi padre y a mi familia en lo personal y en lo profesional. Si de mí depende, y mientras él quiera, seguirá siendo el presidente de nuestra empresa y de la fundación».

Esteve Calzada, experto en publicidad y ex director de marketing del Barcelona, en su libro *Show me the money*, pone un ejemplo claro de la diferencia: «Cuando en la gala de la FIFA de diciembre de 2010 Lionel Messi fue llamado a subir al estrado para recibir su

segundo Balón de Oro, su sorpresa fue tal que no supo ni qué decir ni qué postura adoptar ante los micrófonos, demostración clara de que no tenía nada preparado. Tampoco saludó por el nombre a sus compañeros de reparto de aquel año, Xavi y Andrés Iniesta. Al año siguiente, al repetir premio en el mismo escenario, quedó muy claro que sí había preparado su comparecencia con sus asesores, en una intervención en la que no faltaron los agradecimientos y la dedicatoria especial del trofeo a su compañero de equipo Xavi, que nuevamente había resultado nominado».

«Durante los años Laporta —apunta el ex vicepresidente económico del Barcelona Ferran Soriano— siempre quisieron llevar la imagen de Leo entre ellos, de un perfil bajo, aunque hubieran podido contratar a cualquiera de las grandes agencias publicitarias. Es como aplicarse un mecanismo de defensa: es un “no quiero nada de eso”. Esto tiene la ventaja de que nadie te engaña, y una desventaja: no maximizas el valor. En todo caso, por jugar al fútbol gana veinte millones y pico, y en publicidad debe de estar en los quince o veinte. Si ingresas cuarenta millones al año, ¿para qué quieres más?».

Los Messi son puntillosos con los gastos. De mentalidad conservadora en lo económico, no tienen grandes dispendios, miran cada euro que se gasta. «Saben que pueden ganar más, pero no les interesa», concluye Soriano.

Según un informe de la Liga BBVA realizado por Brand Value Solutions, en la temporada 2011-2012 Messi tuvo un peso mediático del 11 por ciento sobre el total de la presencia de jugadores, por un 9,2 por ciento de Ronaldo. Por ello, ha sido imagen de bebidas refrescantes, líneas aéreas (el anuncio con Kobe Bryant para Turkish ha superado los 105 millones de visitas en Internet, uno de los diez

más vistos en 2012), maquinillas de afeitar, relojes, pan de molde, ropa deportiva y hasta de una marca de cosméticos nipona en cuyo anuncio tuvo que decir unas palabras en japonés.

Otra vertiente de este universo paralelo al fútbol con el que tiene que lidiar Messi es su estética, y en este apartado tiene mucho que contar su amigo Domenico Dolce, para el que incluso posa como modelo de ropa Dolce & Gabbana, la misma marca que luce en los Balón de Oro y de la que ya hace tiempo que es cliente habitual. Puede que lo eligieran como icono mediático porque representa a un tipo de hombre más cercano a la realidad que el de los cuerpos perfectos de otros futbolistas.

Aunque Leo prefiere un *look* más *casual*, la marca de moda le ha dado un toque más sofisticado, y el hecho de que escogiera un esmoquin de lunares para recoger su cuarto Balón de Oro o uno fucsia para la gala de 2013 dice mucho de su evolución en este aspecto. Y si él se atrevía a llevarlo con su físico estándar, otros podrían animarse a hacer cosas parecidas. De eso trata esto de la publicidad y los iconos.

Lo que está claro es que Leo ha dejado atrás a aquel chaval que se subió a un escenario, el día que cumplió veinte años, a tocar instrumentos y jalearse al público para que el grupo de cumbia que estaba actuando siguiera tocando (hay un vídeo en YouTube del momento; la banda, por cierto, compuso el tema *El pibe de oro* en homenaje al argentino).

Dejó atrás ese tiempo donde se movía con más libertad, y tuvo que aprender a marcharse forzadas a levantar un muro todavía más alto alrededor de su persona.

El confuso verano de 2013 trajo consigo otra distracción: una grave acusación por fraude fiscal, la mayor crisis relacionada con su

imagen.

Al aflorar sus problemas con Hacienda se produjeron dos situaciones que reflejaban el estado de nuestra sociedad. Por un lado, un alto porcentaje de la prensa española e internacional (mayoritariamente deportiva) decidió que Messi debía demostrar que no era culpable y, por otro, la noticia llegó a rincones más allá del fútbol.

Nada justifica la inocencia con la que la familia de Leo siguió los consejos financieros y fiscales, pero no está de más ponerlo todo en contexto.

En 2013, la Agencia Tributaria pidió a los inspectores que actuaran contra famosos para aprovechar la repercusión mediática. Y así se acusó de presuntos incumplimientos fiscales al chef Sergi Arola, a la rica heredera Liliana Godia y a Leo Messi, con el objetivo de lavar la imagen dañada de las autoridades españolas, acusadas de ser demasiado livianas con personajes conocidos. Leo, como los demás acusados, se convertiría en ejemplo en una época de crisis en la que los ciudadanos examinan con mayor atención y juzgan con mayor dureza este tipo de actuaciones.

«A mí me lo hicieron en 1979 —explica Johan Cruyff a *La Vanguardia*—. Cuando eres un personaje público, utilizan a los famosos para que la gente tenga miedo. Y Messi es uno de ellos. Yo no me puedo imaginar que Leo sea responsable, porque sabe tanto de Hacienda como yo, que es cero. Por lo tanto, es la gente que está alrededor suyo y que maneja estas cosas. Prensa y Gobierno lo utilizan para decir “mira a quién hemos pillado”. Lo hacen para dar ejemplo. A mí también me lo hicieron y tuve que esperar nueve años hasta que me dieron la razón».

En el fútbol —como en el resto de profesiones—, todo el que

puede busca la manera de pagar menos, y la gestión de los derechos de imagen es el modo oficial que tienen clubes y futbolistas para ahorrar gastos. Los jugadores de élite, que tributan al máximo en la escala de gravamen, prefieren que los clubes conviertan parte de su salario en derechos de imagen y que esto se pague a una empresa creada por el futbolista, cuya tributación es menor. De ese modo los impuestos se «evitan», no se evaden.

En el caso de Leo, su contrato destina un 85 por ciento del dinero a percibir a sueldo y el restante 15 por ciento a los derechos de imagen, que es lo que permite la ley española. En general, el Barcelona nunca ha querido implicarse en el negocio de la imagen. Según el club, es una fuente permanente de conflictos, ya que los jugadores suelen estar poco dispuestos a ceder parte del dinero ganado en sus acuerdos comerciales. Con distinta óptica lo ve el Real Madrid, que se queda el 50 por ciento de los ingresos de sus jugadores por estos temas. El Barcelona recibe el porcentaje acordado por los derechos de imagen para el patrocinador principal y con el resto Leo puede hacer lo que quiera.

¿En qué consistió el fraude? Los futbolistas tienen la obligación de pagar sus impuestos sobre su salario en el país donde juegan. En cambio, los derechos de imagen tributan en el país de la compañía que los detenta. Y lo habitual es que se produzca una externalización casi sistemática en las naciones en las que la carga impositiva es muy elevada. Dicho con otras palabras, el dinero se declara en lugares con impuestos mucho menores.

Ese desvío de capital puede ser fraudulento o no. Cuando en el país receptor se crean empresas fantasmas que no operan, podemos hablar de fraude. Leo y su padre no son expertos financieros. El futbolista nunca ha tratado esos temas, ni siquiera sabe lo que tiene

en el banco. Su padre puso el asunto en manos de Rodolfo Schinocca, asesor de la familia la pasada década, que intentó quedarse con los derechos de imagen de Messi. Schinocca prometió dinero fácil y los Messi cayeron en el engaño: el asesor acabó montando una estructura donde el dinero quedaba principalmente en sus arcas. El ex asesor y los padres de Leo se querellaron mutuamente; la causa contra los Messi quedó sobreseída por el Tribunal Supremo argentino, mientras que la querrela contra Schinocca sigue adelante.

Cuando la Hacienda española empezó a inspeccionar a jugadores con compañías en el extranjero, Messi entró en la lista. Se acusó a Leo y a Jorge de evadir artificioosamente más de cuatro millones de euros relacionados con la explotación de su imagen entre 2007 y 2009. La fiscal denunció que Jorge Messi y Schinocca habían creado un entramado de empresas ficticias con sede en paraísos fiscales (Belice y Uruguay, principalmente). Desde allí se facturaron contratos con Danone, Adidas, Pepsi-Cola o Telefónica. Además se afirma que «la iniciativa para defraudar partió de Jorge Messi» y que en 2006 «Leo Messi ratificó mediante escritura pública otorgada ante notario la iniciativa defraudadora de su padre».

El 4 de septiembre de 2013 los Messi consignaron en el juzgado de Gavà cinco millones de euros para hacer frente a la deuda (4,1 millones más intereses) e intentar reducir las responsabilidades penales. Jorge asumió ante un juez toda la responsabilidad en la creación del entramado, lo que debería comportar el archivo de la causa contra el jugador al no estar al corriente del delito. En el escrito presentado por el padre de Messi, éste no sólo exculpa a su hijo, sino que acusa a su ex socio Schinocca, asume falta de control

sobre sus asesores financieros y expresa su voluntad de colaborar con la justicia.

Paralelamente, Messi presentó declaraciones complementarias de la renta de 2010 y 2011, 10 millones de euros adicionales que eliminaron el delito durante esos años.

Nadie está libre de culpa: en Inglaterra, en 2010, docenas de futbolistas ingleses recibieron una carta de Hacienda notificándoles que se les abría una investigación por evasión de impuestos. Es raro el que no lo intenta, y a los Messi les cazaron.

El 27 de septiembre, Jorge y Leo declararon en el juzgado de Gavà. Leo temblaba como un flan mientras declaraba como imputado. Fue el día que Jorge se inculpó. «Mi hijo no sabe cómo se genera el dinero», explicó.

Al día siguiente, Leo se lesionó. Una pequeña lesión fibral en el bíceps femoral de la pierna derecha, su talón de Aquiles, que le mantuvo tres semanas en el dique seco. Estas cosas casi nunca pasan por casualidad.

En aquel julio de 2013 el jugador dijo en la rueda de prensa que iniciaba el nuevo curso que estaba «tranquilo; es un tema que lleva mi papá con los abogados y asesores, y confiamos en ellos, que son los que deben solucionar el tema. Yo de esto no entiendo nada». Prometió no hablar más del tema y lo cumplió.

Pero el asunto hizo sentir a los Messi que al club le faltó algo de cariño: el entonces presidente Sandro Rosell prefirió no comunicarse con Jorge cuando el asunto saltó a la luz pública, y le llamó al día siguiente. Otros directivos criticaron en privado el modo como los Messi gestionan la fortuna de Leo, pero ninguno se ofreció a apoyar o ayudar a la familia para clarificar el asunto.

«Mientras sea legal, haremos todo lo que Messi nos pida —

explicó Rosell unas semanas después—. Le ayudaremos en todo lo que podamos. Si sigue siendo el número uno, claro que se le subirá la ficha. Porque cada año demuestra que merece más y más. Para mí es el mejor jugador de la historia del club y también de todo el fútbol. Pero está claro que no le daremos el dinero para pagar este asunto [el de Hacienda].»

Lo que sí hizo el Barcelona fue apoyar desde el principio la Fundación Leo, una idea que, según cuenta Jorge Messi en el libro de Sique Rodríguez, surgió «después de que Messi visitase un hospital de enfermos terminales en Estados Unidos».

Cristina Cubero estaba presente aquel día: «Fuimos a un hospital de Boston, con niños con cáncer, estábamos en una sala, llegó una madre que le dijo “soy argentina, mi hija te quiere conocer”. Y vino la niña, hinchada, calvita..., le dijeron a Leo que estaba terminal. Yo ya estaba fuera, y Messi salió llorando, me vio y se abrazó a mí, estuvo cuatro minutos abrazado a mí. Llorando como un bebé. Él siempre me dice que fue a raíz de ver aquello que empezó a colaborar con asociaciones contra el cáncer».

El padre de Leo narra en el libro de Rodríguez que fue el propio futbolista quien les dijo que «parte de los beneficios debían ser reinvertidos en la sociedad. Nuestra fundación trabaja con niños que tienen problemas de todo tipo. Desde problemas de salud hasta cuestiones de exclusión social».

No es la única vertiente solidaria del rosarino: es embajador de buena voluntad de Unicef; ha cedido su nombre a una empresa de Rosario para que fabrique productos infantiles cuyas ventas destinarán un porcentaje para la fundación, que invertirá lo recaudado en obras de bien público.

Donó unos 790 000 dólares para remodelar una sala del

Hospital de Niños en Rosario mientras que la fundación tiene varios acuerdos con hospitales catalanes: ha colaborado con la reforma de Can Ruti; ha invertido en el departamento de niños con problemas oncológicos en el centro sanitario de Sant Joan de Déu. También financia la formación de médicos argentinos y otorga becas para la investigación.

Además, colabora con un equipo de fútbol, el Club Sarmiento, ubicado en el barrio en el que nació Leo. «No manejamos el club, tenemos algunos jugadores en Boca, en River, en Newell's, en Central —cuenta Jorge Messi en la revista *Kicker*—. Es un potrero, pero ahora se va a agrandar, poner mejores vestuarios, canchas sintéticas».

Y algún dinero le ha caído al Newell's Old Boys. El club en el que piensa retirarse.

4. La llegada de Neymar

En la final del Mundial de Clubes que enfrentó al Santos de Neymar contra el Barcelona, la estrella brasileña le comentó a Leo que quería jugar en el club blaugrana. «Messi le dijo que en el Barça estaría muy bien», ha reconocido el entonces presidente Sandro Rosell, que en aquella final de 2011 ya tenía atado al brasileño. Su aterrizaje empezó a prepararse desde entonces: «Nadie puede igualar actualmente a Messi», repetía el brasileño, un guiño más a Leo que al Barcelona.

Antes de llegar a la Ciudad Condal, Neymar era conocido por sus goles (172 desde su debut en 2009), por su velocidad explosiva desde la banda izquierda o como mediapunta, por sus regates

inverosímiles y por haber liderado a Brasil ante la todopoderosa España en la final de la Copa Confederaciones. Influenciado por el fútbol sala, su juego es muy brasileño, jovial, con una gran variedad de recursos. Pero, además, tiene alma de ganador y hambre de títulos: ganó la Copa Libertadores en 2011, tres campeonatos regionales de São Paulo consecutivos, la Copa de Brasil de 2010 y, con la selección, el Sudamericano Sub-20.

Su historia suena familiar: descubierto a los doce años por el Santos, sufrió el escarnio de padres de otros niños que lo insultaban por su estilo de juego. Algunos directivos del club no querían invertir en su futuro porque lo veían como un jugador de fútbolín, pequeño, y por los celos que provocaba. Finalmente fue titular en el primer equipo desde los diecisiete años e inauguró su cuenta de goles en su tercer partido.

Pese a su buena temporada en el año del Mundial de Sudáfrica y a la presión mediática, el seleccionador Dunga no contó con él. Debutó con Brasil con el siguiente seleccionador, Mano Menezes, en agosto de 2010, marcando un tanto ante Estados Unidos. Fue el inicio de su liderazgo en la *canarinha*.

En sus primeros años, las entrevistas ofrecían poca información: Neymar era tímido y contestaba con monosílabos. Y con una gran sonrisa. Es «sencillo y humilde», dice su compañero Dani Alves. Desde entonces, ha madurado: moderó su comportamiento sobre el campo, que a veces pecaba de insolencia. En Brasil protagonizaba piscinazos demasiadas veces, producto de sus ganas de ser protagonista, pero cambió de actitud al llegar al Barcelona. Tiene carisma y es tremendamente mediático. El público le quiere, imita sus peinados y baila las canciones que le gustan; es en parte responsable del éxito de *Ai se eu te pego*, de Michel Teló. Y es

adicto a las redes sociales. Genera veintidós millones de euros anuales.

«Simplemente me gusta jugar con la pelota», ha declarado.

Su padre, que jugó en equipos modestos, es su agente y ha controlado siempre su imagen, su dinero y su agenda, especialmente las visitas regulares a la iglesia. Su novia es una actriz brasileña de telenovelas, Bruna Marquezine, y tiene un hijo, Davi Lucca, que nació en agosto de 2011 fruto de una relación anterior.

El chico perfecto.

El mundo del patrocinio le abrió las puertas de par en par. En mayo de 2013, según el *ranking* de la revista estadounidense *SportsPro*, Neymar tenía más valor comercial que Messi, el segundo de la lista, y que Cristiano, el octavo. «No hay duda de que Messi es el mejor jugador del mundo, pero también sabemos que no es particularmente carismático fuera del campo ni tampoco se muestra tan animado o confiado frente a las cámaras», afirmó el redactor jefe de *SportsPro*, David Cushnan.

Por lo general, a los medios internacionales, siempre en busca de una nueva estrella, les gustó la sonrisa de Neymar, que contrastaba con la seriedad de Messi; la expansión de uno frente a la introversión del otro. De hecho, el experto en marketing Esteve Calzada cree que, para las marcas comerciales, el brasileño lo tiene todo: «Es considerado atractivo —así lo corroboró un estudio efectuado entre mujeres brasileñas—, tiene una imagen ciertamente rebelde —relevante para atraer marcas destinadas a adolescentes—, tiene un indudable perfil solidario —colabora con Unicef y participa con regularidad en partidos benéficos— y es también sencillo y natural, con lo que cae simpático de forma universal y no polariza».

La gran coreografía de Neymar empezó a desplegarse justo

después de la máxima expresión de la comunión de la afición con Messi: el día del partido ante el Bayern en el Camp Nou, cuando numerosos aficionados, de camino ya al estadio, decidieron volverse a casa cuando se enteraron de que Leo no jugaba. Eran unas semifinales de la Liga de Campeones. Ésas son las expectativas con las que ha de vivir el argentino a sus veintiséis años.

Quizá por ello, su llegada a Barcelona sí mezcló sentimientos encontrados en la prensa catalana. *Sport* se preguntaba si era buena idea traer a otro gallito: «Su presencia mediática es desproporcional a su aportación sobre el campo y el agravio comparativo es alarmante: Neymar, por su precio, sueldo y tratamiento del club, llega para ser uno de los dos futbolistas principales de la plantilla. ¿Qué posición en la jerarquía ocuparán ahora Xavi, Iniesta o Cesc? El Barcelona tiene muy difícil justificar que Neymar cobre más que él [que Messi]».

Según el Barcelona, que dice haber pagado 57 millones de euros por su traspaso, Neymar tiene una ficha de 11,34 millones de euros anuales brutos, a lo que hay que añadir otros dos millones si es finalista del Balón de Oro; 800 000 euros anuales como incentivos para compañías que utilizan a Neymar en sus campañas publicitarias y para el uso de la imagen del Barcelona en Brasil; medio millón anual para colaborar con una fundación de Neymar que realiza obras sociales en Brasil, y 400 000 euros anuales que serán destinados a una empresa del padre de Neymar que se dedica a descubrir jugadores. Además, como publicó *As* durante el verano, el Barcelona tiene que pagar cuarenta millones de euros de indemnización a una empresa del padre de Neymar en cinco años, las mismas temporadas del contrato de su hijo. Si eso se suma todo ello al sueldo del jugador (cuesta creer que el dinero que va

destinado al padre o a su empresa no forma parte de los emolumentos al futbolista) lo convierte en el mejor pagado de la plantilla con 21,04 millones de euros, por delante de Leo en ese momento.

Las dudas sobre el acuerdo con el Barcelona y las extrañas cláusulas que parecían engordar el sueldo de Neymar y la comisión de su padre acabaron en los tribunales después de que se admitiera a trámite la demanda del socio culé Jordi Cases contra Sandro Rosell: el aficionado buscaba respuestas que no encontró cuando pidió explicaciones al club. «El caso Neymar» provocó finalmente el 23 de enero del 2014 la dimisión del presidente, cansado por la presión, el desgaste y las amenazas a su persona.

La llegada del brasileño, pues, desequilibró al equipo, por lo menos en el aspecto financiero. Y, no por casualidad, empezaron a surgir todo tipo de problemas. Víctor Valdés anunció su marcha, David Villa fue traspasado al Atlético de Madrid, el Bayern adquirió a Thiago. Los representantes de Cesc Fàbregas, que bajó un escalón en la jerarquía del equipo y seguía cobrando cuatro millones netos, estuvieron en contacto con el nuevo entrenador del United, David Moyes, quien intentó su fichaje. El agente de Andrés Iniesta pidió un contrato nuevo, que acabó por firmar en la Navidad de 2013.

El Barcelona procuró parar el *tsunami* que provocó la llegada de Neymar iniciando negociaciones para un nuevo acuerdo con Messi en agosto, seis meses después de su última renovación.

Johan Cruyff anunciaba tormenta con la llegada del brasileño. «¿Dos jefes en un mismo barco? Hay que aprender del pasado», advirtió quizá recordando que Maradona y Bernd Schuster, por ejemplo, no funcionaron juntos. Y dio un consejo a Sandro Rosell, su

archienemigo: «Con Neymar fichado, yo me habría planteado la posibilidad de vender a Messi y es algo con lo que algunos estarían de acuerdo y otros no. Porque estás hablando de un equipo, de sus jugadores, de todos sus entornos, de sus intereses... Hay demasiadas cosas que entran en juego. Por eso es tan difícil dirigir una plantilla con tanta calidad, hay muy poca gente que sirve para hacer esto». No era un conflicto como el de Ronaldinho-Eto'o, en el que el mundo entero sabía que el brasileño era el número uno, sino un Lewis Hamilton-Fernando Alonso, ambos en la misma lucha por el trono.

Joan Laporta también expresó dudas: «Tiene mucho talento. Y me gusta el plan en el que ha venido, para apoyar al equipo y a Leo. Si me pongo en su lugar [de Messi], no me gusta que de alguna manera lo intenten destronar. El riesgo [de Neymar] está en el terreno extradeportivo». Desde la directiva del Barcelona, se preguntaba cómo iría el tema cuando Neymar se pasara la temporada entera en la banda izquierda, como asistente de Leo.

«Neymar era una prioridad», sentenció Tito Vilanova, que recordó que el año del triplete los delanteros eran Messi, Eto'o y Henry, y la cosa fue bien. A Tito no le preocupaba mucho el asunto porque, como acostumbra a decir, Messi era el menos tirano de todos los genios del fútbol y no era muy difícil tenerle contento.

Pese a causar el final de su presidencia, Sandro Rosell consideró el fichaje de Neymar un éxito de su mandato, además de otra victoria frente al Madrid, mientras en el vestuario se tenían dudas sobre la necesidad de fichar a un delantero como él. Conscientes del liderazgo de Messi y sabedores de la fuerte personalidad que Neymar esconde tras su sonrisa, los veteranos se preguntaron qué pasaría el día en que el brasileño marcara tres goles en el Camp Nou y el estadio lo celebrase. Nadie quería estar

en la piel de Tata Martino, el sustituto de Vilanova.

¿Y Messi?

Su primera declaración al respecto, en julio, era reveladora: «Es un grandísimo jugador y no tendrá problemas para adaptarse dentro y fuera de la cancha. Le conozco muy poco, parece buen chico y no va a tener problemas conmigo. No sé por qué dicen ustedes esas cosas —se preguntó, apuntando a los que dudaban—. Le va a dar muchísimo [al equipo], porque es muy desequilibrante. Generamos muchas posibilidades de uno contra uno y en eso Neymar es muy fuerte. Ojalá haga muchos goles por su bien y por el del equipo, que es lo que hemos de buscar, el bien de todos».

A Leo le preguntaron por el fichaje de Neymar antes de llevarlo a cabo, como se suele hacer con los líderes del vestuario. No había problema, le dijo a la directiva. Pero debió dolerle que, meses después, se regateara tanto durante las negociaciones por su último contrato, mientras que Neymar, sin haber demostrado aún su valía, se había convertido en el mejor pagado nada más llegar y con sólo veintiún años. Es cosa de códigos futbolísticos: cuatro Balón de Oro merecían más respeto.

Afirma Ramon Besa en *El País* que, tras la llegada del brasileño, el mensaje que se lanzó desde el entorno del futbolista argentino tenía un código ciertamente defensivo, como «de barrio»: «Que no haga boludeces», que lo que haga sea para que ganemos todos, no para contentar a la masa como le ocurre a menudo a los brasileños.

Cuando *Marca* preguntó a Johan Cruyff si Neymar podría ser un caso equiparable al de Eto'o, Ibrahimovic o Bojan, el holandés explicó un par de cosas que sólo se saben si se ha estado en un vestuario: «Según lo planteas, parece que Messi es un dictador.

Cuando tú tienes la posibilidad de ser el mejor en cada partido, tienes que ser un poco dictador, porque no sólo se la juega el equipo, sino también el número uno y su prestigio. En ese sentido la presión sobre Messi es enorme, porque todo el que va al campo quiere ver maravillas. Y para que salgan esas maravillas las cosas tienen que funcionar. Es algo lógico, porque tú estás por encima del resto y, si las cosas no salen bien, al primero que le van a pegar es a ti. Es el problema de ser el número uno, por eso debes ser muy exigente con todo tu equipo. Dentro y fuera del campo».

Contando a Neymar, el Barcelona se había gastado en cinco años 205 millones de euros en delanteros, en busca del mejor compañero de Leo. En todo caso, el contexto era diferente al de la llegada de Ronaldinho: no se trataba, como diez años atrás, de activar el «círculo virtuoso», la política de Laporta y su equipo de trabajo que alimentaba mutuamente el éxito económico y el deportivo, sino más bien de darle forma nueva a una plantilla y a un estilo de juego que necesitaba bríos nuevos.

A menudo, la nueva figura aterriza como contraposición a la anterior, no como acompañante, lo que genera tensiones para quien defiende un espacio que se ha ganado. El convulso verano de 2013 hizo temer a algunos comentaristas que se produjera con Messi ese fenómeno tan propio de muchos clubes de fútbol: entre todos suben a una estrella a lo más alto para dejarla caer. En parte, fue lo que pasó con Ronaldinho.

Si, entre tanto cambio, se sufre la pérdida de un entrenador amigo, como le ocurrió a Leo, los psicólogos deportivos afirman que es difícil estar a tope. De hecho, todos estos eventos coincidieron con el regreso de sus lesiones.

Finalmente se produjo la presentación de Neymar en el Camp

Nou. El 3 de junio de 2013.

Desde Brasil llegaban noticias de que el jugador estaba preparado para lidiar con cualquier cosa (el legendario Jairzinho apuntó que «no existe mayor presión que la de la hinchada brasileña») y en una larguísima rueda de prensa con 334 periodistas de todo el mundo, Neymar dejó claro que sabía las reglas: «No me preocupa ser el líder del equipo ni el mejor jugador del mundo. El mejor está aquí y es Messi. Es una suerte y un honor poder jugar junto a él y ayudarle a que siga siéndolo y a que gane más Balones de Oro».

El Barcelona cuenta ahora con el mejor del mundo y con el que dicen que lo será pronto. Y el momento es interesante: Leo Messi había superado todos sus registros en los dos años previos, pero a la vez el club dejó de ganar los grandes títulos: solamente una Liga y una Copa en esas dos temporadas. ¿Será que lo que le va bien a la figura no es necesariamente bueno para el equipo? Como mínimo, la idea merece reflexión.

Y de ahí surge otra pregunta: ¿debatíó convenientemente el club lo que significaba la llegada de Neymar para Messi, el líder del mejor Barcelona de la historia? ¿Se ha estudiado, desde el punto de vista futbolístico, lo que puede aportar el brasileño, al que se fichó por su potencial y su aparente capacidad para cambiar dinámicas de juego? ¿Se ha reparado en si iba a afectar al ecosistema del equipo?

Daba la impresión de que el club había decidido controlar el mercado y comprar al mejor jugador disponible (bien para apoyar o sustituir a la estrella, bien para evitar que lo fichara un rival, como intentó hasta última hora el Real Madrid), sin pensar quizá en las consecuencias. Ni en si era lo adecuado. Tras la marcha de Guardiola y de Tito Vilanova, después de perder la corona europea

ante el Bayern, el Barcelona estaba en un cruce de caminos y requería algún tipo de reinención. Se debatía el método, el ideario, los valores, porque el barcelonista se encontraba en un espacio indefinido y sin liderazgo en el banquillo. Mientras se dudaba, se decidió mostrar el poderío de la institución fichando a Neymar.

«Guardiola, más allá de vivir una situación de máxima tensión y de que perdiese el mundo de vista, hubiese dicho: el día que llegue Neymar lo recibiré, le diré que se siente y lo que tiene que hacer», analiza Ramon Besa. En lugar de eso, da la sensación de que el brasileño ha llegado y se ha dejado al tiempo y al buen hacer de Tata Martino su adaptación con cierto aire de improvisación.

Pero ¿era Neymar lo que necesitaba Leo? ¿O su fichaje fue, por encima de todo, un triunfo institucional? ¿Se iba a crear un clan brasileño con Alves, Adriano y Neymar que viviese en el piso de al lado del de Messi, Mascherano y Pinto, y sustituyera al clan catalán o al clan Guardiola que iba deshaciéndose con la marcha de los asistentes de su época que todavía permanecían en el club?

El Barcelona parecía estar montando un equipo en el que la afirmación de Messi pasaba por la negación de Neymar, la dualidad eterna, un asunto delicado.

En todo caso, las respuestas a todas esas preguntas se las dejaron al *extranjero* Tata Martino.

Al inicio de la nueva temporada todo parecía ir sobre ruedas: el equipo batía registros de victorias y Neymar se adaptó con facilidad a su posición en la banda izquierda. El Tata parecía haber dado con la tecla.

Neymar demostró que era, por encima de todo, un gran futbolista y, aprovechando la ausencia de Leo, se marcó un enorme partido en octubre ante el Valladolid en el Camp Nou jugando en la posición

del argentino: marcó sólo un gol en la victoria por 4-0, pero el equipo giró a su alrededor.

Hacia mucho tiempo que no surgía un jugador con sus características: velocidad de desplazamiento, velocidad gestual, habilidad, visión de juego. Demostró que podía ser un crack si tenía continuidad, pero también que era inteligente: al regreso de Leo, continuó con su actitud modesta, exquisita, obedeciendo órdenes, sin reclamar un rol protagonista.

Como hacía en Brasil, continuó yéndose de los rivales por habilidad y velocidad. Pero cambió una cosa: cuando llegaba al área en su país, finalizaba; en el Barcelona, buscaba a Leo, quería ser jugador de equipo, aunque eso supuso cierta desnaturalización. Neymar vino a sumar y claramente lo estaba consiguiendo.

Sabía lo que le tocaba hacer, y era consciente de que le llegaría su momento.

Un comportamiento que recuerda a lo que el propio Leo pensó y vivió cuando llegó al primer equipo.

Las portadas de los diarios catalanes fueron cambiando: se veía a menudo a un Neymar con gesto surfero, paseando por Barcelona, cantando por YouTube una canción a su novia. Iba acaparando más portadas que Messi.

Hay una diferencia clara entre Neymar y otros jugadores (Eto'o, Bojan, Zlatan, Villa) que no han durado en su intento de acompañar en la delantera a Leo. A excepción del sueco, el resto no tenían la vitola ni atraían las expectativas del brasileño; ni siquiera Ibrahimovic aterrizó con la aureola de Neymar. Y cuando Leo necesitó el espacio que ocupaban, ellos —en el campo— y el entrenador decidieron apoyar al argentino.

Pero Neymar no es un nueve; por tanto, ya no molesta en la

carrera de Leo, ya no ocupa su espacio. Además, pese a ser otra gran estrella, ha aceptado sumiso el rol que le han ofrecido. Nunca antes se había preguntado tan abiertamente si el recién llegado se iba a entender con Messi, si éste lo iba a recibir bien o mal. Y Leo se ha visto en la obligación de insistir en que, por supuesto, le ha abierto las puertas, que no podía ser de otro modo. El mundo mira a la Pulga para ver si efectivamente ha aceptado la presencia de otro gran futbolista, si puede vivir y sobrevivir a este nuevo reto: la vida en lo más alto no acaba al alcanzar la cumbre.

Sin motivo para la queja, Messi debería aceptar y disfrutar la llegada de Neymar, para acallar a los que dudan.

Pero, un día, Neymar pedirá paso.

Igual para entonces Messi, cinco años mayor que el brasileño, ya esté en lo siguiente, el Newell's. Porque, como no lo esté, el escenario que surgirá será un choque de trenes fascinante y de difícil predicción.

5. Tata Martino

El legendario entrenador de la NBA Pat Riley explica en su libro *Showtime* lo que denomina «la enfermedad del más» (*The disease of more*). Para el ex de Los Angeles Lakers, «el éxito es a menudo el primer paso hacia el desastre», un proceso que experimentó con los Lakers tras obtener el título en 1980. Todo el mundo se volvió más egoísta: los jugadores ganaron como equipo, pero querían una recompensa como individuos: más dinero, más minutos de juego, más reconocimientos. Pasaban más horas en la piscina de algunas estrellas de Hollywood que en el campo de entrenamiento.

Perdieron la perspectiva y dejaron de hacer las pequeñas cosas que les ayudaban a ganar. El desastre se confirmó con los penosos resultados de la temporada posterior al éxito.

Cuando uno se deja llevar por lo que trae consigo la victoria, se gana menos.

Pat Riley creía que la solución era el refuerzo de la autoridad de un entrenador con ideas claras y personalidad. Y sin miedo a tomar decisiones.

Algo de ese despiste se instaló en el Barcelona de la era Vilanova pero, como se ha dicho, la ambición de Messi y el buen juego de Iniesta les permitieron ganar la Liga. En todo caso, el desequilibrio era evidente y todo, demasiado, dependía de Leo.

El Messi que Gerard Piqué y Cesc Fàbregas encontraron a su llegada al Barcelona no era el chaval reservado con el que compartieron vestuario de cadetes. Se seguía alimentando de victorias, pero el fútbol lo había endurecido. Aunque una cosa la seguía manteniendo: tenía el mismo ascendiente en el conjunto que cuando eran críos. Y en su ausencia se sentían con los mismos nervios.

«Desde que jugaba en el fútbol base, ha ido adquiriendo una responsabilidad —explica Pedro—. Siempre le exigían destacar, meter goles en todos los equipos. Y ahora tiene estatus de mejor jugador del mundo y es difícilísimo mantenerlo, porque cada día salen nuevos jugadores que quieren hacer grandes cosas. Y él sigue demostrando ese nivel y aceptando esa responsabilidad. Lo malo es cuando no está. Yo mismo echo en falta todo lo que me genera dentro del campo..., cuando no está se nota mucho».

¿Qué debería hacerse cuando la influencia de un futbolista es tan grande? ¿Seguir creando condiciones para que marque más goles?

¿O buscarle un sustituto? ¿Qué dicen los grandes entrenadores al respecto?

Pep Guardiola ha comparado el dominio que de su deporte tiene Leo Messi con el jugador de baloncesto Michael Jordan. Son los mejores y lo fueron durante muchos años, y el norteamericano pasó por una situación similar a la de Messi: el equipo dependió durante mucho tiempo de su figura.

Cuando Phil Jackson se convirtió en el preparador de los Chicago Bulls en 1989, heredó un equipo que contaba con Jordan cuando ya se le consideraba el mejor jugador del mundo y todo pasaba por él. Jordan era el máximo anotador, máximo asistente y máximo reboteador, pero los Bulls no obtenían títulos con él. Aunque el Barcelona lo ha ganado todo con Leo, el ejemplo sirve porque Phil Jackson decidió reestructurar el equipo reequilibrando la relación de la estrella con el conjunto.

Jackson hizo un esfuerzo consciente por bajar del pedestal a Michael Jordan, repitiendo insistentemente el pensamiento de una monja budista: «Ningún hombre es una isla. Ningún hombre hace camino en solitario. Lo que pongo en la vida de los otros me regresará». No son palabras fáciles para deportistas que han llegado a la élite escuchando que son únicos, especiales, responsables máximos de las victorias. Así que Jackson les preguntaba a menudo: «¿Entendéis lo que estoy diciendo? Nadie va a ningún lado solo. Estamos en esto juntos».

«Tuve muy buena relación con Michael —cuenta ahora Phil Jackson—. No compré para nada la idea de que Jordan era un dios. Le tuve que pedir que hiciera menos de lo que hacía. “No quiero que seas el que más puntos consiga. Los que marcan más puntos no ganan campeonatos”, le dije». Pero Jordan quería seguir siendo el máximo

anotador.

Al mismo tiempo, el nuevo entrenador fichó jugadores de calidad para mejorar el quinteto titular, pero la prensa seguía manteniendo su atención en la estrella, lo que podría haber roto la cohesión que Jackson estaba construyendo.

Pero ambos, Jackson y Jordan, llegaron juntos a la misma conclusión: el jugador podía seguir teniendo las mejores estadísticas anotadoras incluso si bajaba su media de puntos. Jordan se prestó voluntariamente a reducir su influencia (tras escuchar al entrenador, así que casi mejor decir que creyó prestarse voluntariamente), permitiendo de ese modo el crecimiento de los jugadores que tenía a su alrededor. Jordan aceptó el rol de reducir el «yo» para conseguir un «nosotros» victorioso.

Lo que le ocurrió al Chicago Bulls esa temporada requiere un esfuerzo de voluntad tremendo y esa filosofía permitió al equipo ganar seis anillos de la NBA.

Curiosamente, Michael Jordan no ganó ningún campeonato sin Phil Jackson, pero éste sí ganó títulos sin Michael. De hecho, volvió a hacer lo mismo con Kobe Bryant. Los mejores necesitan dirección.

«El Barça ha funcionado con Romario, Laudrup, Stoichkov, Koeman, Eto'o, Ronaldinho —explica *Charly* Rexach, asistente de Johan Cruyff en el victorioso Dream Team blaugrana—. Siempre hemos tenido estrellas y jugadores importantes; el problema es saber gestionar eso». Charly considera que el entrenador tiene que saber poner límites desde el primer día para que todos saquen lo mejor de sí mismos.

«La clave de todo es tener un buen entrenador —reflexiona Rexach—. Alguien que diga: “Messi es bueno porque hace unas cosas; el otro es bueno porque hace otras cosas, y tú ¿qué sabes

hacer? ¿Por qué te ficharon? Muy bien, pues haz lo que hacías en tu último equipo. Pero en el momento en que hagas algo que no sea lo tuyo... aire». Así va».

«El año que viene lo único que te queda es batir tus récords», le dijo un conocido entrenador a Leo a finales de la temporada 2012-2013. Leo se rió. El reto para esa campaña era, en realidad, mucho mayor.

Había que equilibrar las estadísticas del mejor jugador del mundo con la mejora de un equipo que había perdido algunas de sus esencias, un trabajo necesario tras el paréntesis por falta de liderazgo.

Se habló de Ernesto Valverde y de Manuel Pellegrini para reemplazar a Vilanova y se conversó con Luis Enrique cuando Tito tuvo que abandonar el banquillo. Finalmente, cuatro días después del anuncio de su marcha, se escogió a un rosarino, un ex jugador de Newell's con el récord de mayor número de partidos jugados con el conjunto leproso, en cuya despedida un pequeño Leo hizo jueguitos en el centro del campo. Su única experiencia europea había sido como futbolista del Tenerife.

Las razones de la elección de Gerardo *Tata* Martino son varias: acababa de ganar la Liga y llegó a la semifinal de la Copa Libertadores con un Newell's Old Boys que favorecía la presión alta y la posesión; no conocía a Leo Messi, pero sí a su padre Jorge, y los informes que llegaron al Barcelona de diferentes fuentes fueron excelentes. «No hay equipos que jueguen como nosotros, pero sí que hay una cultura del juego que nosotros hemos instaurado —cuenta Andoni Zubizarreta en la revista del club—. Esto se ha universalizado y por eso puedes encontrar algunas soluciones que no son necesariamente las más cercanas».

Sandro Rosell conocía a Martino desde hacía años y habían hablado de fútbol en varias ocasiones cuando el presidente del Barcelona trabajaba en Nike. Le pidió el teléfono del Tata al presidente de Paraguay, amigo común de ambos, y le llamó directamente. «Dale», contestó Martino cuando se le propuso el cargo, y abandonó de inmediato su idea de tomarse un año sabático.

«Y salvando las distancias, la percepción era que él dominaba donde estamos», cuenta Zubizarreta.

Leo había dicho en *Olé* un año atrás que admiraba al Tata, a cargo de su Ñuls. «A mí me gusta Martino, es un grandísimo técnico y se vio en el Clausura lo que hizo por el equipo, la manera en que terminó y cómo lo logró. Encontró el equipo, lo hizo jugar bien y que todos lo respeten».

«Sé que los Messi hablaron con el Barça y se lo agradezco — declaró el nuevo entrenador antes de viajar de Buenos Aires a Barcelona—. Seguro que Lionel y Jorge han tenido gravitación y han hablado con la dirigencia del Barça. Los porcentajes y la incidencia no los conozco».

Matías Messi mostró la felicidad de la familia cuando escribió lo siguiente en su cuenta de Twitter: «Qué linda sorpresa que haya sido elegido Martino como técnico de este equipo».

Pero un día después, tras un amistoso ante el Bayern de Múnich en el Allianz Arena, Leo Messi manifestó: «Yo no tengo nada que ver con el fichaje de Martino ni tengo por qué dar explicaciones. Es cosa del presidente Rosell y del club».

Según se dijo desde el Barcelona, Martino había «asumido» la influencia de los Messi en su elección y el propio Tata tuvo que desmentirse a sí mismo en su primera rueda de prensa en el Camp Nou. También lo niega Sandro Rosell en este libro. La asunción de

que Martino era, cuanto menos, de la onda de Leo eralógica: por geografía, por sentimiento hacia el mismo club y porque hasta ahora el éxito del Barcelona tenía mucho que ver con que se pusieran las condiciones para que su estrella funcionara al máximo nivel.

El nuevo entrenador del Barcelona está involucrado en un gran proyecto en las divisiones inferiores del Newell's que de momento ha tenido que dejar en manos de un ex internacional Sub-20 argentino, Jorge Theiler, y otros ex jugadores del equipo rosarino. El Málaga —que igual que la Real Sociedad quiso fichar a Martino— ha invertido en el programa y durante un tiempo se intentó convencer a Jorge y a Leo Messi para que participaran. Adrián Coria, ex entrenador de Leo en Rosario, forma parte del cuerpo técnico que el Tata se llevó a Barcelona. Pero la conexión entre los Messi y Martino, comentan en Rosario, no va más allá.

Traer un entrenador argentino que entendía al Barcelona era, pues, una decisión coherente. Pero ¿entendía suficientemente Martino el estilo del Barcelona tras verlo sólo por televisión?

En la presentación del nuevo preparador se habló de Messi y de su posición en el campo: «Leo ha jugado en diferentes lugares en los últimos años, últimamente como centro delantero, lo cual beneficia sus características. Y ha explotado un rol de goleador que en los años anteriores no tenía. Con lo cual, te diría que seguirá jugando en el mismo lugar. Lo ideal sería tener un equipo que le siga brindando todas las opciones. Me resulta difícil porque el Barcelona ya ha hecho todo y cualquier cosa que diga parecerá que proponga algo nuevo, que no es así. Quiero que encuentre las mismas comodidades, que se sienta bien dentro del equipo y él se encarga de lo demás».

En el campo de entrenamiento, Leo Messi y el *Tata* Martino se saludaron por primera vez.

Martino sabía que había llegado a una plantilla con grandes estrellas y grandes futbolistas, pero quiso dejarles claro desde el primer día cuál era su rol. Y lo hizo de un modo muy inteligente: anunciando en su charla inaugural conjunta que no cambiaría nada. «No se cansen de ganar», les dijo, y anunció que quería recuperar la presión alta de los mejores años de Guardiola. Incluso el preparador físico, el profesor Elvio Paolorosso, insistió en la idea de que todo iba a seguir igual, que se había estudiado la metodología del Barcelona y que no iba a introducir muchas variantes. «Mi única meta es que sean felices y que seamos un grupo unido», concluyó Paolorosso.

Ese día, el Tata siguió de cerca las evoluciones de Leo, que se marcó un entrenamiento sensacional, presionando, desequilibrando, marcando goles, robando el balón. «Hasta el pequeño quiere apretar cuando la perdemos —comentó en privado uno de los veteranos al final de la sesión—. Y eso al final nos enchufa a todos». El equipo se mostró muy involucrado desde la llegada de Martino.

Leo y el Tata conversaron durante la sesión y luego Martino se reunió con el capitán Carles Puyol, al que le recalcó las mismas claves: le dijo que tranquilo, que no variarían los entrenamientos ni las concentraciones, que seguirían siendo cortas.

Chicos —les vino a indicar— el statu quo se mantiene.

El primer partido de Liga, ante el Levante, marcó, sin embargo, una nueva pauta: el Tata sustituyó a Leo en el minuto 71. Messi llevaba desde mayo de 2010 sin ser reemplazado a no ser que fuera por lesión. Neymar saltó al campo en el 64, su entrada en el equipo iba a ser paulatina. Jugó en la banda izquierda.

Martino se explicó en rueda de prensa: «Hay que ahorrar partidos. [Leo] es muy inteligente y nos pusimos de acuerdo muy

rápido en este sentido. Hablé con él hace unas semanas sobre la importancia de entender que era bueno descansar. Varios ratos en varios partidos hacen que puedas descansar un encuentro completo. Yo de un partido parejo no lo sacaré. Ni yo ni nadie. Sería de locos». El Barcelona venció 7-0 al Levante.

Martino establecía así una necesaria reflexión sobre su rol en el equipo y sobre su cuidado. Y, al mismo tiempo, situó a Neymar en el papel que le pertenecía: el brasileño iba a jugar para beneficiar las cualidades de la estrella.

Le pidió a los laterales que subieran un poco menos, y no siempre los dos; a los extremos, que abrieran el juego en lugar de meterse hacia dentro; a los centrocampistas, que entraran más en el área, que no bajaran tanto a recibir y que superaran líneas más rápidamente; a los centrales, que sacaran el balón controlado y lanzaran diagonales hacia los extremos; a los defensores, que aplicaran el marcaje individual en los balones parados, y al portero, que a veces jugara en largo. También exigió un cambio de actitud para recuperar la presión alta.

A pesar de lo que el Tata había anunciado en su primera rueda de prensa, habló con Leo de la posibilidad de jugar en otras posiciones e incluso de utilizar un sistema parecido al de Argentina, con Messi por detrás de Higuaín. La Pulga aceptó que en algunos partidos era buena idea sorprender a los rivales colocándole en la banda o incluso más retrasado.

Así que Martino estaba cambiando cosas. Desde el primer día.

Lo que logró fue un juego más directo, como ocurrió con Vilanova, y jugadores como Messi, Cesc y Neymar empezaron a disfrutar de más espacio. Los conceptos aplicados correspondían a un entrenador moderno, e introducían frecuentes retoques al modelo

Barça, un estilo que había alcanzado un momento sublime con Pep Guardiola, pero que necesitaba un lavado de cara. Leo, que se sentía a gusto con los cambios tácticos, ya había anunciado en marzo de 2013, en la entrevista con Martín Souto en TyC Sports, que el equipo tenía que reflexionar y buscar alternativas:

—Los partidos que más nos costaron son en los que los rivales se encerraron atrás y nos dejaron ir por afuera. Así nos ganó el Chelsea, el Inter de Mourinho, el Real Madrid nos plantea los partidos así...

—Está bien, pero ellos tenían que ganar. Si ustedes se quedan atrás y la pelota queda en el medio, no se juega al fútbol...

—Pero nosotros no sabemos jugar de otra manera, y a veces lo pagamos caro. Lo hablamos antes de los partidos importantes. En el partido de Copa también sucedió lo mismo. Ellos tenían que salir a buscar el resultado y el primer gol viene por un tiro libre nuestro que queremos sacar rápido, un lateral que quiere sacar rápido, y viene la contra, un mano a mano de Ronaldo con Piqué...

—Sí, ¿y lo han hablado? ¿Han dicho «aflojemos, démosle un poco la pelota»?

—Sí, pero ya te digo, no estamos acostumbrados a eso. Estamos acostumbrados a buscar los partidos de la misma manera y a jugar así.

La propuesta de Martino tuvo una aceptación generalizada. «Hemos recuperado automatismos que se perdieron con el tiempo por la ausencia de Tito —dijo Xavi, que añadió—: El año pasado

entrenamos poco tácticamente». Alves, Busquets, Piqué (que habló del abuso del tiquitaca) y Valdés, pesos fuertes del vestuario, dieron públicamente su respaldo a los cambios, aunque los medios debatieron las bondades de un estilo que se alejaba del que les había llevado al paraíso futbolístico, especialmente cuando por primera vez en cuatro años un rival (el modesto Rayo Vallecano) consiguió más tiempo de posesión que el Barcelona. Leo se apuntaba a los elogios: «Cuantas más variantes tengamos, mejor».

En el vestuario, el Tata se encontró con otro asunto que debía manejar para garantizar un buen trayecto durante esa temporada y las siguientes: el cambio de liderazgo. Los cuatro capitanes estaban pasando por una fase transitoria: se buscaba sustituto a Víctor Valdés; Carles Puyol hizo esfuerzos titánicos por recuperarse de su última lesión de rodilla y eso le alejó del día a día; Xavi ya no podía jugar tan a menudo como en años anteriores, e Iniesta es de los que prefiere mostrar su influencia en el grupo sobre el césped más que en el vestuario. Poco a poco, Gerard Piqué, Javier Mascherano y Cesc Fàbregas fueron ganando galones con su personalidad y rendimiento en el campo.

Leo sobrellevó un inicio de temporada irregular en cuanto a lo físico: sufrió una lesión el 22 de agosto en la ida de la Supercopa ante el Atlético de Madrid, un hematoma en el bíceps femoral de la pierna izquierda. Hasta ese momento sólo había completado un partido de veinticinco, el 4-0 ante el Bayern de Múnich. Volvió a caer el 29 de septiembre ante el Almería, lesión fibrilar en el mismo músculo de la pierna derecha, la misma que padeció ante el PSG y en la que, cuando queda cicatriz, hay un 30 por ciento de posibilidades de recaída.

En el club se decía que durante el verano no había descansado lo

suficiente, ignorando el trabajo que hizo con Brau, pero el cuerpo médico intentaba explicar lo menos posible, en parte por ocultar información y en parte por cuidar de la cabeza de Leo, que difícilmente soporta alejarse del balón.

Messi rebajó la intensidad de los entrenamientos que hacía a la carta, siguiendo las características de su cuerpo. Se puso en manos de nuevo de una nutricionista externa al club (Silvia Tremoleda, que además es triatleta) y en septiembre perdió dos kilos y ganó en musculatura.

Si el cuerpo le respondía y se desprendía de las lesiones que habían resurgido en una época de cambios traumáticos y novedades, la temporada pintaba bien. El Real Madrid perdió puntos al inicio de la Liga y en Europa el equipo también funcionaba.

En el primer Clásico de la era Martino, en el Camp Nou el 26 de octubre, se introdujeron nuevas variantes tácticas: tras predecir correctamente que el Madrid iba a intentar no caer en inferioridad numérica en el centro del campo con el uso de un trivote, uno de ellos Sergio Ramos, a Messi se le pidió que jugara en la banda derecha. Ramos tenía la misión de detener las carreras de Leo, pero, si la Pulga se alejaba de esa zona, su labor se hacía infructuosa.

La presencia de Messi en la banda atrajo defensores y liberó espacio para Neymar, de extremo izquierda, y Cesc, de falso nueve. El partido dejó unas notas más: Leo, en su segundo partido en cinco días tras haber estado fuera de los terrenos de juego durante tres semanas por lesión, gastó parte de su energía en labores defensivas, especialmente en la primera mitad, y escogió cuidadosamente su participación con el balón al no estar físicamente preparado todavía para noventa minutos a su nivel habitual.

Su influencia en el partido fue mínima y el equipo miró más a

Neymar, al que sintió en mejor forma que la Pulga. Pero, a pesar de la victoria por 2-1 (con goles del brasileño y de Alexis, y del canterano madridista Jesús), el Barcelona se mostró vulnerable: el equipo defiende mejor con el balón, pero la insistencia de Neymar y Messi en acabar las jugadas cuanto antes, sin «cocinarlas» con la ayuda de Xavi e Iniesta, obligaba a los once a correr arriba y abajo mucho más que de costumbre, lo que les impedía posicionarse adecuadamente para aplicar la presión alta. Eso acabó con la energía de la mayor parte de los blaugranas y, en la segunda mitad, el Barcelona no pudo evitar retrasarse demasiado cerca del área; el Real Madrid mereció el empate.

Martino debía equilibrar a su conjunto para no recibir un peor castigo en partidos grandes.

«No hay ningún problema con Messi, está bien físicamente — aseguró el preparador argentino tras el encuentro—. No hay ninguna preocupación por Messi. No me preocupa que haga o no goles. La aportación que hace es de suma importancia». Mientras se debatía qué le ocurría, serio sobre el campo, Leo sufrió una nueva lesión en el bíceps femoral, la de los velocistas, la de casi siempre, en el encuentro ante el Betis que le iba a mantener de baja «hasta que el cuerpo se sienta bien», como anunció él mismo.

6. La lesión y su recuperación

Si juntamos las razones que se dieron para explicar las lesiones de Messi, mejor no salir de casa porque se nos va a romper el bíceps femoral a nosotros también. Resulta que no se podía ir de vacaciones: sus viajes, por ejemplo, a Chicago, Las Vegas o Los

Ángeles no son analizados como una manera de relajar la tensión competitiva, sino como un cansancio innecesario. ¿Me están diciendo que el resto de futbolistas pasó el verano en casa?

Jugó un par de amistosos y no todos los partidos completos. ¿No sería peor dar patadas a un balón con los amigos en un potrero de campo desigual y sin hora de finalización? Y, si los viajes lesionan, ¿cómo es que no están todos los jugadores de todos los equipos con el mismo problema muscular todas las semanas de la temporada?

Se dijo que los cambios personales pueden descentrar, y no hay duda de que es así. Pero, si tener un hijo causa lesiones, ¿por qué no caían Piqué o Cesc?

Además, habría que saber con certidumbre si se podía poner en el mismo saco todas las lesiones en el mismo músculo, porque no es lo mismo si es en la parte superior (como la que le ocurrió ante el Chelsea) o la inferior (la última ante el Betis). En realidad, se añadieron a la lista lesiones que ni siquiera fueron microrroturas y otras que no pasaron de ser molestias (cuando la pared del músculo sufre daño, pero no el propio músculo).

Era su quinta lesión del año, todas en el mismo músculo, pero, y esto es importante, en piernas y zonas diferentes. En realidad, al producirse la última en una zona diferente a la del PSG, por ejemplo, se podría estar hablando no de una repetición de la lesión del bíceps femoral, sino de la consecuencia de un golpe en pleno sprint, es decir, cuando el músculo está en tensión y, por tanto, en un mayor peligro: Messi había recibido un rodillazo de un defensor del Betis que obligó a su pie a caer de manera forzada. ¿Qué tiene eso que ver con su alimentación?

Se escribe la historia empezando por el final, cuando en realidad no hay una confirmación científica que demuestre conclusivamente la

procedencia de las lesiones musculares. De nuevo, entre tanta crítica y alimentado por el misterio y el silencio del departamento médico del Barcelona, daba la sensación de que el mundo se estaba cansando de Messi, que todo valía con tal de desmitificar el mito.

Puestos a buscar culpables, o al menos las razones que puedan impedir una repetición de sus problemas musculares, Leo y el club se dispusieron a revisarlo todo. Cinco años y medio atrás se hizo con éxito y el paso del tiempo cambia las obligaciones y necesidades del cuerpo de un atleta. Se concluyó que había que volver a individualizar la preparación, porque por ahí va la evolución del fútbol.

En ese contexto, la «desaparición» de Juanjo Brau se relacionó a sus nuevos problemas musculares. Leo había decidido, antes de la lesión ante el Betis, que no era necesario que Juanjo viajara a Argentina para el nuevo amistoso de la selección, pero, en todo caso, a veces no es mala idea cambiar de rutina, de caras.

La preparación de Messi era ya, desde meses atrás, una mezcla de lo que ofrecía el leal Brau con lo que también aportaban tanto el preparador físico como el recuperador de la selección argentina. Además, Andoni Zubizarreta anunció que le iba a ayudar en el nuevo proceso de recuperación su compatriota y kinesiólogo de la selección albiceleste Luis García, que ya estuvo trabajando con él en el último año de Rijkaard. «Juanjo [Brau] tiene ahora una dedicación que ha ocupado un espacio un poco superior —añadió el director deportivo—. Y eso hace que quizá la atención a Leo no sea tan personal».

Claramente, el problema con Messi era físico pero también psicológico: llevaba demasiado tiempo sin sentirse bien. Leo lo pasó muy mal, y no solamente con la última lesión, la del Betis.

Desde la lesión ante el PSG y durante los meses siguientes, la Pulga preveía que las cosas podían torcerse en cualquier momento porque sentía dolores, no estaba a gusto con su cuerpo. Iba asimilando la situación y trabajando para poder estar disponible para el equipo, pero nunca con la sensación de que estuviera todo resuelto, nunca sintiéndose al cien por cien. Cuando el contacto con el defensor del Betis estiró su pierna y como consecuencia se rompió el bíceps femoral, la sensación fue extraña: predecible sí, pero no por ello menos dolorosa. Leo se hundió.

Se hizo difícil conocer la longitud exacta de la rotura porque el sangrado baja y oculta la lesión. Oficialmente no se habló de extensión, pero se llegó a publicar que era de seis centímetros. Había buenas noticias: era fácil de curar y nada complicada. Leo, por su parte, quería empezar de cero, mirarlo todo con detalle, y para ello debía descansar la mente también, alejarse del día a día de los partidos porque eso devora cualquier mirada a largo plazo. Iba a permanecer lejos de la prensa y trabajar en una burbuja.

Se decidió que se alejara del equipo, del club, de la ciudad y regresara a «casa», a Argentina. Para recuperarse, para establecer unas pautas físicas que le permitieran volver su nivel y aguantar el resto de una temporada cargada de objetivos y responsabilidades.

Tras los quince días necesarios de descanso para que la rotura cicatrizada, Leo dedicó más de diez horas al día a los trabajos de recuperación en las instalaciones de la federación argentina en Ezeiza, cerca de Buenos Aires. Llegaba a las 8.30 de la mañana, tomaba mate con el que anduviera por ahí, desayunaba y al poco iniciaba las sesiones de kinesiología y fisioterapia, bajo la supervisión de Luis García. Tras comer en el centro deportivo y hacer la siesta, ya por la tarde, saltaba al campo para correr,

regatear obstáculos, saltar... Así hasta las 7 de la tarde cuando regresaba a su apartamento en Buenos Aires a cuarenta minutos de distancia.

Dobles jornadas de lunes a viernes, cinco horas el sábado y el domingo descanso. Leo realizó una carga de trabajo para muscular la pierna y acondicionarse al campo, una especie de pretemporada concentrada, algo que llevaba años sin realizar. Los miedos fueron desapareciendo poco a poco y antes de las Navidades comenzó a reflotar su confianza: se vio apto para un sprint, o un freno. La sensación de poder realizar esos gestos físicos con total libertad, sin dolores, con la ligereza del buen estado de forma es lo más importante para un futbolista. Leo se sentía bien. Y eso también era una impresión nueva.

De vez en cuando llegaban a las redes sociales unos pequeños videos de Leo correteando en Ezeiza, grabados en un teléfono móvil, de menos de un minuto, con encuadrados de poca calidad: el descanso del guerrero estaba lleno de actividad. Y el guerrero parecía cada día más preparado para la lucha.

Empezó a añadir a la rutina los nuevos elementos de trabajo individualizado, ejercicios específicos para su particular musculatura que debería hacer diariamente. El Barcelona había abandonado la idea de Guardiola de que no es lo mismo entrenar a Xavi Hernández que a Leo. Luis García, el profesor Elvio Paolorosso, que trabaja con Martino, y Dady, el preparador físico de la selección, iban a ser a partir ahora los que vigilaran de cerca las necesidades físicas de Leo.

Curiosamente, Ronaldo también paró justo antes de Navidad. Se perdió encuentros de Liga y Copa porque tenía molestias y quería curarse del todo. Dieciocho días sin jugar y luego el parón invernal

que le sirvió para recuperar fuerzas. «No tiene que estar bien ahora, sino en abril», confirmó en privado un miembro del cuerpo técnico del Real Madrid. La lucha por ser el mejor, esa necesidad de jugarlo todo que traía de cabeza a Guardiola y a Mourinho, requería ahora un respiro para los dos monstruos competitivos que definen esta era.

Al inicio de su recuperación, Leo recibió su tercera Bota de Oro como mejor goleador europeo de la temporada 2012-2013, en la que había conseguido 46 tantos en 32 encuentros, además de marcar en 21 partidos consecutivos y proclamarse por cuarto año consecutivo mejor goleador de la Liga de Campeones. Se convertía también en el primero en conseguir el trofeo en tres ocasiones. «Ahora tengo que fortalecer todo el cuerpo para que no me pase nada y pueda jugar tranquilo, aunque eso, como digo yo, depende del de arriba», afirmó Messi ese día.

Durante aquel verano argentino, justo antes de pasar la Navidad con su familia en Rosario, se produjo una única tormenta. El vicepresidente económico del club, Javier Faus, se mostró contrario a una nueva renovación de Leo: «no veo motivo alguno para mejorar el contrato de un señor al que se le revisó el mismo hace dos años». Era un 10 de diciembre. Diez días después, Messi, leyendo unas notas que se le preparó para que no se le pasara nada, grabó unas declaraciones que fueron enviadas a la emisora catalana RAC1: «Es una persona que no sabe nada de fútbol y quiere manejar el Barça como si fuera una empresa, y no lo es», afirmó el futbolista, convirtiéndose en portavoz de sí mismo por primera vez ante una pequeña crisis. «El Barça es el mejor equipo del mundo y debe ser representado por los mejores dirigentes. Y le recuerdo que ni yo ni nadie de mi entorno pedimos ninguna renovación y eso lo sabe él muy bien».

La reacción, por inesperada y contundente, pilló sorprendida a la directiva blaugrana; más de uno creyó al principio que se trataba de una imitación del argentino. A Rosell no hubo que recordarle que era la primera vez que el jugador entraba en este tipo de polémicas, y además no lo hacía con la intermediación de su padre, como había ocurrido antes, sino por su propia iniciativa. Jorge Messi intentó aplacar unos días después la situación recordando que nadie tenía nada contra el Barcelona. En el fondo del asunto estaba la sensación generalizada, confirmada con la dimisión de Rosell un mes después, de que la directiva medía con diferentes barómetros económicos la importancia de Neymar y la de Messi. Pese a que Rosell se había reunido con los representantes de Leo en agosto y que se rebatió públicamente a Faus al insistir que el argentino no debía preocuparse por su sueldo, la renovación se demoraba: en realidad, el problema era, pues, de falta de tacto.

Surgieron nuevos rumores sobre el interés de equipos extranjeros y del Real Madrid por Leo, y se dijo públicamente por primera vez que quizá Rosell quería desprenderse del futbolista. El entonces presidente debió intervenir para parar el tsunami informativo: «Messi es el mejor del mundo y debe cobrar como tal», afirmó Sandro Rosell en la comida navideña con los medios de comunicación. Un mes después, el propio Faus hizo suyas esas mismas palabras: «tanto a nivel económico, deportivo como social, la proyección del Barça en el mundo no se entiende sin Leo Messi... El mejor jugador del mundo se merece el mejor tratamiento económico del mundo».

Leo dio por concluida la crisis.

El 2 de enero, tras 58 días de baja, con dos kilos menos que cuando marchó a Argentina, la cicatriz en el músculo había

desaparecido y realizó su primera sesión de trabajo con el Barcelona en mes y medio. Con la herida también se había enterrado la acumulación de preocupaciones. Leo compareció en una sesión vespertina a puerta cerrada programada por el *Tata* Martino y entrenó con el grupo con total normalidad. A Xavi se le oyó decir: «¡Qué bien juega el chico nuevo!».

En su segunda sesión marcó un hat trick y dio una asistencia: golpeaba bien el balón, pareció no reservarse, pero tuvo que esperar a la ida de los octavos de final de la copa ante el Getafe el 9 de enero para volver a jugar un partido.

Sin Leo, el efecto *Tata* daba sus frutos a nivel estadístico aunque se mantenía la duda de si el juego más directo que proponía iba a funcionar en los retos más trascendentes: en todo caso, las rotaciones se hicieron habituales, la autoridad del entrenador había reaparecido sin grandes traumas y la entrada de un nuevo talento ofrecía nuevas soluciones. Neymar acaparó protagonismo en diciembre mientras regresaba la Pulga. En ese primer año con el nuevo entrenador y la nueva figura, todos estaban para sumar esfuerzos. El mayor reto en la nueva era del *Tata* y Neymar tendrá lugar tras el Mundial. Según como se dé el mismo, las jerarquías establecidas podrían temblar.

El equipo, pues, no lo había hecho mal sin Messi: siete victorias y dos derrotas, y seguía en lo más alto de la clasificación pero Martino no dejó de elogiar su regreso: «Estamos hablando del mejor jugador del mundo. Nos hará crecer y sentir más seguros». Ante el Getafe en copa, por fin vestido de corto, el *Tata* le dio 27 minutos para ir cogiendo forma y probarle con vistas al importante partido de Liga que se jugaba a continuación, ante el Atlético de Madrid del *Cholo* Simeone, primero contra segundo, en el partido más

importante de enero.

Leo, en esa media hora del torneo del KO, marcó dos tantos en una contundente victoria por 4-0, el primero al culminar una penetración de Montoya y el segundo, tras una carrera en la que arrancó con una explosividad que hacía meses no se le veía. Regateó a todos los que se le pusieron en su camino y marcó con un disparo de su pierna izquierda. Era el doblete número 70 de su carrera con el primer equipo del Barcelona y volvía a convertirse en el máximo goleador del conjunto con dieciséis tantos, uno más que Pedro. «La carrera de Leo es un guión cinematográfico», dijo certeramente el *Tata* Martino que en la previa reconocía haberle visto de nuevo su «mirada asesina».

«Me vino muy bien salir de todo esto y estar en mi país», dijo Leo al concluir el partido. «No sentí dolores en el isquio. Curada la lesión, trabajé físicamente para poder disfrutar en el campo». Añadió una coletilla que mataba muchos rumores: «Mi idea es quedarme y hacer toda mi carrera en el Barcelona».

De camino a casa, Leo apenas habló. Fue su padre el que no podía contener las palabras: sentía la felicidad de haber visto a su hijo disfrutar de nuevo sobre una cancha.

Al día siguiente el diario *Olé* le regaló una portada histórica: cambiaron las letras del rotativo para dejar «léO» como nombre

El siguiente rival, el temido Atlético de Madrid, al que no se le había podido batir en la Supercopa española que el Barcelona se llevó por diferencia de goles. En un gesto sintomático, el discurso de Messi sobre su recuperación había cambiado con respecto a otras temporadas, confirmación pues de la aceptación del que empieza a conocer sus límites. Sobre su posible participación en el importante encuentro, Leo afirmó: «Hablaré con Martino y con el médico. Más

allá de las lesiones, quiero volver a jugar. Si puedo estar, estaré. Siempre pienso en el club. Aquí no hay nadie imprescindible. Y lo hace bien cualquiera que juegue».

En la última visita al Manzanares, ocho meses atrás, el Barcelona ya había ganado el título de Liga pero un Leo todavía renqueante quiso jugar. Se le aconsejó que no lo hiciera. Y se lesionó. Así lo explicaba Luis Martín en *El País*: «Leo arremetió con todo lo que encontró a su paso su paso al llegar al camerino visitante del Manzanares, cabreado como nadie la había visto, culpando a todos y a todo de su desgracia. A todos menos a su tozudez, claro. Ni Juanjo Brau, su entonces fisioterapeuta de confianza, pudo calmarle y hacerle entrar en razón. Puede que fuera esa tarde cuando su amigo entendió que algo se había roto en su relación de confianza».

De nuevo en el Manzanares, en un partido del que el Atlético podría salir líder si ganaba, Leo habló con el Tata y con los servicios médicos y aceptó quedarse en el banquillo, al lado de Neymar, que había perdido la titularidad en favor de Pedro y Alexis, en un estado de forma sensacional. El Tata ganaba autoridad, la Pulga mostraba que sabía escuchar. «Estamos en enero, no en abril, y queda demasiado como para no cuidarle», anunció premonitoriamente Martino antes del encuentro.

Cesc Fàbregas fue el falso nueve y Leo entró al campo con empate a cero, en un partido muy trabado y sin muchas ocasiones de gol. Messi apareció un par de veces, pero la importancia del encuentro, con empate final sin goles, estuvo más en la dinámica entre el entrenador y su máxima estrella.

Leo fue titular en el partido de vuelta ante el Getafe por primera vez en dos meses, donde marcó dos tantos más: promediaba un gol

cada cuarenta minutos desde su regreso. En el segundo, arrancó desde la línea de tres cuartos y se marchó de cuatro defensas y finalmente también del portero. Su aumento de velocidad en carrera, el cambio de ritmo, el túnel que ejecutó ante un defensor, todo ello confirmaban que Messi había vuelto.

«Leo hizo lo que tenía de hacer: tratarse bien, hacer una buena pretemporada y volver como volvió», explica Cesc. En ese encuentro Neymar sufrió un esguince de tobillo que le iba a tener casi un mes apartado de los terrenos de juego: «Ojalá lo de Neymar no sea grave y no esté fuera mucho tiempo porque le necesitamos», dijo Leo al acabar el partido.

Fue de nuevo titular ante el Levante, su primer partido completo de Liga tras la lesión ante un equipo que defendió muy retrasado y que ya le había complicado la vida al Real Madrid y al Atlético. Messi abrió la defensa granota en tres ocasiones pero aparecieron las manos salvadoras del espléndido guardameta Keylor Navas. El Barcelona concedió su sexto gol en jugada a balón parado y el empate a uno final apretó la clasificación en lo más alto: los tres equipos que luchaban por la Liga quedaban separados por un punto.

En aquel encuentro en el Ciutat de València, Leo arrancó a menudo desde la medular, pese a la presencia de Xavi, un ejercicio que se iba a repetir en la ida de los cuartos de final de la Copa ante el mismo rival, en su partido 400 con la camiseta blaugrana (décimo en la historia del club, a 301 de Xavi). El 1-4 final prácticamente aseguró el pase a la siguiente ronda pero dio para varios apuntes interesantes: se adelantó un Levante con suplentes en una primera parte mediocre del Barcelona, Cristian Tello marcó tres tantos con asistencias de Leo, que pareció muy cómodo en esa posición más retrasada.

En el partido de Liga siguiente, ante el Málaga, dio una nueva asistencia, arrancando desde más atrás, haciendo de falso ocho más que de falso nueve, una posición ocupada a menudo por Cesc en ese encuentro. Iba a ser la tónica de los siguientes partidos. «De Messi estamos esperando los goles y volvió convertido en estrategia», explicó acertadamente Jorge Valdano en la SER.

«Puede hacer absolutamente lo que le venga en gana, finalizar bien, presionar y quitar, asistir...», explicó el *Tata* Martino. «Está capacitado para cubrir todos los rubros. Atrae tanto la atención de los rivales..., él ve los pases que vemos nosotros en la cancha desde la tribuna, tiene capacidad de precisión para habilitar, es asombrosa. Si él está conforme en esta faceta, poco importa que no marque gol».

Mientras se debatía por qué Leo se retrasaba a la altura de Xavi, marcó dos tantos ante el Sevilla a principios de febrero en Liga (sus primeros en jugada desde su lesión de noviembre). Fueron finalizaciones tras dos contraataques (el Barcelona marcaba más que el Madrid en transiciones rápidas), pero era difícil ocultar algunos problemas del equipo que se hacían habituales: cierta falta de intensidad, errores defensivos, falta de control del juego, irregular juego de posición. El Barcelona iba ganando gracias fundamentalmente a la calidad individual de sus estrellas. Leo, al mes de su vuelta, ya era de nuevo el máximo goleador del equipo.

¿Estábamos ante un nuevo Messi? ¿O un nuevo Messi en año de Mundial y tras una lesión que le abrió los ojos? Con la selección, Leo juega detrás de dos delanteros, más retrasado de lo que lo ha hecho durante años en el Barcelona. ¿Se estaba preparando? En realidad, alejarse del área era también moderar su gasto de energía haciendo igualmente daño, otro tipo de daño.

7. Alejandro Sabella

Todo pasa por el Mundial de Brasil.

Es el campeonato que, en teoría, verá a Leo en su plenitud, con veintisiete años. Se juega en Sudamérica y tradicionalmente la selección argentina se ha sentido más cómoda cuando la competición se organiza en su continente. Opta a ganarlo. En casa del máximo rival. El equipo gira alrededor del rosarino y se han creado las condiciones necesarias para maximizar no sólo sus características, sino también las de sus compañeros de ataque, Sergio Agüero, Gonzalo Higuaín y Ángel di María. Es el Real Madrid de las selecciones: disfrutan jugando a la contra, con velocidad, presionando fuerte sin balón, pero manteniendo la posesión si el partido lo requiere.

Leo se está ejercitando mental y físicamente para llegar en perfectas condiciones. Tras cada percance muscular, sólo volverá cuando esté plenamente recuperado.

Para Leo, es su Mundial.

¿Qué pasará si Leo lo gana? Todo el bagaje, todo lo que ha aprendido, todo lo que ha luchado para que la selección y la hinchada lo entienda, se pone sobre la mesa en el mes de junio en Brasil. Después del desgaste a todos los niveles que supone prepararse para ello y tras jugar un mes de competición durísimo, la descarga psicológica será enorme. Si se gana, el suspiro de alivio, la relajación, será absolutamente necesaria e inevitable.

Y volverá al Barcelona con todos los deberes hechos. ¿Será quizá el momento de ver a otro Messi, de dar un salto en su evolución táctica y convertirse en creador, en lugar de ejecutor como

lo es ahora? ¿No se permitiría así alargar su vida deportiva? Dando un paso atrás en el campo podría utilizar otras características de su juego que no siempre requieren una explosividad y una exigencia muscular máxima. Ante el lógico declive físico de Xavi, Leo podría convertirse en el organizador del equipo y en el asistente de Neymar. «Ahora soy yo el que hago jugar», podría ser su logo posmundialista.

Pero ¿y si no lo gana?

Esa misma presión psicológica se vería aumentada e inacabada. Se volverá a decir que sí, que es un gran jugador, pero que no ha sido capaz de llevar a su país a la consecución de un Mundial, como lo hicieron Pelé, Maradona, Zidane incluso. ¿Cómo se responde a eso? Su afán de ejecución, de ser importante, de seguir demostrando al mundo que está equivocado, podría multiplicarse en beneficio del equipo (querrá seguir marcando más goles, ganando más partidos) o, por el contrario, dificultaría el trabajo de Martino, quien pretende convertirlo en el Jordan de aquel Chicago Bulls victorioso. Leo querrá seguir demostrando que es el mejor del mundo y el entrenador tendrá que saber manejar esa ambición.

En todo caso, se ha hecho todo lo necesario y conveniente para que Argentina, y Leo, lleguen a Brasil como serios candidatos al título.

Pese a la contundente victoria por 4-1 en 2010 en un amistoso ante la selección española, recién campeona del Mundo, y pese al placer que le produjo escuchar a la hinchada argentina cantar su nombre por primera vez, el entonces seleccionador Sergio Batista no consiguió compaginar el crecimiento futbolístico de la Pulga con un equipo que funcionara. Intentó el 4-3-3 del Barcelona y alejó de la selección a Carlos Tévez porque entendía que no encajaba en la

nueva dinámica de grupo, pero los resultados no se dieron: fracasó en la Copa América celebrada en Argentina al caer ante Uruguay en los cuartos de final en los penaltis. El guardameta rival Fernando Muslera fue, sin duda, el hombre del partido, pero el dato, que apuntaba a un mal resultado pero a una buena actuación de la selección argentina, no tranquilizó a una hinchada impaciente con su equipo. Fueron los peores momentos de Messi con la albiceleste.

A Alejandro Sabella le tocó barrer las cenizas e iniciar un nuevo proyecto que debía partir del talento de la delantera. A sus cincuenta y seis años, echó mano de su experiencia no sólo como futbolista, sino también como asistente de Daniel Passarella, el seleccionador que llevó Argentina al Mundial de 1998. Su perfil bajo contribuyó a levantar el ánimo sin hacer mucho ruido y su rigor futbolístico le ayudó a tomar decisiones, algunas dolorosas: Tévez no iba a regresar, Riquelme tampoco. Las convocatorias y el estilo se fueron haciendo consistentes y giraban alrededor del mismo grupo.

Los cuatro delanteros (Messi, Di María, el Kun e Higuaín) marcaron el 90 por ciento de los goles en las eliminatorias. Y en el centro del campo, la disciplina táctica de Javier Mascherano y el toque de Fernando Gago, su experiencia y equilibrio, les hicieron líderes dentro y fuera del terreno de juego.

En los dos títulos de Messi con Argentina (el Mundial Sub-20 y los Juegos Olímpicos), tuvo a Gago por detrás y a Agüero de socio en la delantera. Ahora los tres se reencontraban bajo la dirección de Sabella.

Y Leo, con socios que le hacían mejor, dándole mayor libertad cerca del área, empezó a ser el del Barcelona.

«Lo único que yo dije apenas llegué a la selección fue que había que dejarlo en paz —explica Alejandro Sabella en el libro *El*

distinto—. Una vez erró un penal y fue como si hubiera caído un asteroide a la Tierra. ¡Por favor! Entonces empezaron: que si está deprimido, qué le pasa a Messi... Resulta que después, en dos partidos, metió cinco goles. Tenemos que entender que Messi es un ser humano».

A Sabella le sirvieron los consejos de Pep Guardiola: «Blíndale en el equipo con compañeros que hagan su trabajo más sencillo». «Y haz que se sienta querido», añadió. Con esa intención, el nuevo seleccionador voló a Barcelona para darle la capitanía a Messi.

Javier Mascherano: Yo era el capitán y soy el que se la da [la capitanía] a él. Lo hablo acá con él, en la ciudad deportiva del Barcelona. Le expliqué que yo no iba a ser más capitán. Más allá de que obviamente no había hablado con el entrenador todavía, pero ya le comenté que yo no iba a serlo más. Yo sentía que el capitán tenía que ser él, por todo lo que nos representaba, por todo... Ya lo venía pensando antes. Quería hacerlo antes de la Copa América. Bueno, no se dio, y... llegó un momento en el que le dije: «Mirá Leo, para mí el capitán tenés que ser vos. Yo creo que acá el que nos representa a todos nosotros sos vos».

Guillem Balagué: ¿Cuándo fue eso exactamente?

JM: En 2011, después de la Copa América. Obviamente hay un seleccionador nuevo y lo elige a él, no es que yo... Después se dio justo que también el entrenador dijo «Quiero que Leo...». Y bueno, se lo pidió a él y lógicamente él aceptó.

GB: ¿Y qué respondió Leo cuando se lo comentaste?

JM: Él no quería en ese momento. Decía: «¡No! ¿Cómo? ¡Si sos vos!...». Y yo le contestaba: «No, Leo, el que tiene que ser acá

vos vos. El que nos representa, y nos representa de la mejor manera, vos vos, y creo que acá nadie te regala nada. Lo justo es que seas vos».

Le sentó bien la capitania a Leo, le llenó de serenidad, más allá de su primera charla (o la segunda si se cuenta la del encuentro ante Grecia en el Mundial de 2010), en la que tuvo ciertas dificultades. «Me contó el otro día —explica Gerard Piqué— que en Argentina existe la tradición de que los capitanes den una charla antes de cada partido. Cuando le dieron el brazalete de capitán y le tocó dar una, llegó y dijo: “No hay charla, hala, para el campo”. ¡Eso en el primer partido como capitán!».

Pero se fue haciendo poco a poco con las responsabilidades del cargo, incluso las menos atractivas para él. «Al principio nos hablaba de manera más individual —cuenta Pablo Zabaleta—. Pero ahora ya dice: “Esto es Argentina, vamos a por ellos desde el principio, acordaos de la importancia para el país...”. Cosas generales y de grupo, con alguna indicación individual. Es claramente el líder». Y Pablo dejó de aconsejarlo como lo hacía años atrás: este Messi estaba en otra dimensión, aunque mantuviera el mismo cariño por el defensor. Y ya no era el niño del Mundial de Holanda.

«No son cosas tácticas, para eso está el entrenador que nos da la charla en el hotel —explica Óscar Ustari—. Cuando volvemos del calentamiento, nos cambiamos, todos gritamos, todos pegamos unos gritos (¡vamos muchachos, somos Argentina, vamos a ganar!). Luego Leo nos junta antes de volver a salir, en círculo. Y nos tranquiliza, o nos habla de la selección, de la gente que ha venido. Puede que en el

túnel diga algo más. Y en el medio tiempo, se está atando las botas, por ahí lo escuchás que va diciendo: “Vamos a hacerlo de la misma manera, así vamos bien...”».

Fernando Signorini, el ex preparador físico de la selección, ofrece una visión diferente del brazalete: «No la necesitaba para nada [la capitánía]. Es más, creo que es mucho más capitán Mascherano que Leo, y el mismo Leo lo reconoce, no es tonto. Pero forma parte del juego, porque esto viene de cuando Bilardo se la dio a Diego, porque a Diego le producía un qué sé yo. Pero el capitán, el líder, prácticamente no hay más: han cambiado las épocas, las pautas culturales, la sociedad. Un líder era cuando la sociedad era distinta: más contemplativa, más respetuosa en las formas. Hoy está todo en discusión y está bien que así sea, porque realmente las cosas están mal, en el fútbol y en la sociedad. Mientras Leo sea feliz haciendo lo que hace, que no traten de agregarle demasiados compromisos como futbolista. Él, que juegue, que es lo que sabe hacer».

Si Maradona fue un capitán que se peleaba con el rival dentro y fuera de la cancha, con tintes de reivindicación política, Leo sólo quiere opinar sobre sistemas de juego.

«Por él pasa todo el juego, pero a su vez tiene dos líderes positivos detrás suyo, Zabaleta y Mascherano —apunta *el Profe* Salorio—. A veces es bueno tener un líder y dos atrás. En todo caso, el Leo que yo conocí no es éste de ahora. El Leo éste es un tipo que ya pide, exige, en el buen sentido de la palabra, ¿eh? Cuando exige, exige lo que tiene que exigir, y cuando pide, pide lo que tiene que pedir. No es un contestatario como puede ser Diego».

Leo habla sin decir ni una palabra en los entrenamientos, cuando no se queja al recibir otra falta, al pedir el balón constantemente, al llamar desde Barcelona a los compañeros lesionados, al rechazar

privilegios, al participar en la organización de los viajes.

El periodista Ezequiel Fernández Moores narra en *El País* su primera decisión con el brazalete: «Decenas de niños saltan a la pista del estadio IBK de Calcuta. Los policías se hacen fotos con Lionel Messi. Su presencia en la India es un éxito. El promotor del partido, feliz, le paga 200 000 dólares más. “Muchachos —dice mientras reúne a sus compañeros el nuevo capitán de la selección argentina—, yo sufro el calor como ustedes, hice el viaje como ustedes y me vacuné como ustedes. Esta plata es de todos”. Es el 2 de septiembre de 2012, un amistoso que Argentina gana por 1-0 a Venezuela, en el debut del nuevo seleccionador, Alejandro Sabella».

En junio de 2013, la Federación de Fútbol de Guatemala pactó entregar un millón de dólares a la AFA por un amistoso entre las selecciones de ambos países. Leo era duda por unas molestias que arrastraba desde su lesión ante el PSG. Si el rosarino jugaba, abonarían medio millón más. Leo viajó y jugó en Guatemala, y ese medio millón extra que se ganó por su presencia fue repartido entre todos los seleccionados.

«Yo en Perú lo vi de lateral por la derecha, al mejor del mundo —añade Óscar Ustari—. Bajando a defender. Eso fue en eliminatoria. Y vos decís, es el mejor de todos y está acá, defendiendo. Claro, cómo no te vas a contagiar si el compañero que lo ha ganado todo está acá. Claro que hay que armar el equipo en función de esa persona».

Los puntos fueron cayendo en las eliminatorias, pese a algún resbalón. Y el zurrón se llenaba de goles. Venía de no marcar tantos ni en el Mundial de Sudáfrica ni en la Copa América de 2011, pero desde la llegada del nuevo seleccionador promedió casi un tanto por encuentro (20 en 22, cuando anteriormente llevaba 17 en 61).

El ecosistema era finalmente armonioso.

«Hay una cosa de Argentina muy interesante —analiza Carlos Bilardo—. Esa presión en tres cuartos de cancha que a Leo lo hace correr poco. Es decir, no tiene un traslado tanto como en Sudáfrica, corre menos metros. Siempre que está Leo, el rival tiene que tener por lo menos tres tipos sobre él. Y los demás se ven con espacio y tiempo para hacer daño».

Pero a todo líder le aguarda el momento de la coronación, y el suyo llegó un día de mucho calor en Barranquilla, Colombia.

Lo explica Sabella en el prólogo de este libro: fue el día en que todo se puso en su sitio. Argentina venía de perder ante Venezuela, una derrota histórica al ser la primera ante la Vinotinto, y de empatar contra Bolivia. En Barranquilla empezó marcando Colombia. El calor, otro enemigo, era insoportable. Y el Kun se reivindicó como su mejor acompañante en la delantera.

«Por cómo somos los argentinos, ese partido contra Colombia en la eliminatoria, cuando le damos vuelta con un segundo tiempo espectacular de Lionel, fue clave —recuerda el escritor Eduardo Sacheri—. ¡Ah! Estábamos destinados a perder ese partido y complicarnos en la eliminatoria, y nos hizo ganar. Con épica: un Messi que no da más, muerto de calor, casi al borde del agotamiento... Que lo da vuelta en esas condiciones, ante un rival muy difícil».

En ese momento la sociedad argentina se reconcilió con Leo.

A continuación, la albiceleste ganó en Chile, en Paraguay, no perdió ni en Quito ni en La Paz, cuatro partidos que habían acabado en derrotas en las eliminatorias del Mundial anterior, el de Sudáfrica. «Hasta ese momento no había una definición de su papel sobre el campo —explica el profesor Salorio—. Ahora tiene una

posición prefijada. No me gusta cuando la tiene que ir a buscar tan atrás [la pelota], por eso Gago es un gran socio suyo. Siempre dije que la diferencia entre el Barcelona y la selección argentina es que el Barcelona tiene a Frank Sinatra con buenos músicos. La selección argentina no tenía buenos músicos para Frank Sinatra. Y ahora lo está armando».

***15 de noviembre de 2011. Colombia 1 - Argentina 2.
Estadio Roberto Menéndez, Barranquilla***

Colombia: Ospina; Zúñiga, Mosquera, Yepes, Armero; Pabón (D. Moreno, min. 61), Bolívar, A. Aguilar (Arias, min. 76), J. Rodríguez; Ramos y J. Martínez (Quintero, min. 76). No utilizados: Castillo, Zapata, Henríquez, Valencia, Vallejo, Gutiérrez y Marrugo.

Argentina: Romero; Zabaleta, F. Fernández, Burdisso (Desábato, min. 36), C. Rodríguez; Sosa, Mascherano, Guiñazú (Agüero, min. 46), Braña; Messi e Higuaín (Gago, min. 85). No utilizados: Andújar, Orión, Demichelis, Monzón, Álvarez, Gaitán, Pastore, Denis y Lavezzi.

Goles: 1-0, min. 45, Pabón. 1-1, min. 61, Messi. 1-2, min. 84, Agüero.

Cayetano Ros, «Agüero enciende a Messi», *El País*: «El delantero del Manchester City mejora a La Pulga y Argentina remonta ante Colombia. [...] Encendió a Messi, que inició las dos acciones de la remontada. La primera la culminó él mismo

tras un centro de Sosa. Y en la segunda lanzó a Higuaín, el remate de este lo despejó Ospina y Agüero remachó, al final, a una Colombia desolada. A pesar del calor y la humedad, el fabuloso trío atacante argentino desbarató en Barranquilla la iniciativa colombiana en la cuarta jornada de la liguilla mundialista».

El 2012 siguió la misma línea. Leo marcó doce goles igualando la marca de Batistuta, aunque éste lo hizo en año de Mundial. Y cayó un *hat-trick* en un amistoso ante Brasil en junio. Acabando una contra tras robo de balón de Higuaín, el primero. Tras una pared con Di María, el segundo. Desde fuera del área, el último, el de la victoria por 4-3, a seis minutos del final, tras una carrera parecida a la del Getafe pero sin rivales a su paso.

El encuentro ante Venezuela en la cancha del River, en marzo de 2013, despejó cualquier duda. Las entradas se agotaron. Las miles de camisetas con el diez llevaban el nombre de Messi; se iba al estadio bonaerense a celebrar que la selección contaba con el mejor del mundo. Se convirtió en la proclamación popular del nuevo guía.

Para conmemorar su partido número cien con la selección, la AFA montó ese día un homenaje. Fue visto y no visto. Placa, unos aplausos tras el anuncio por altavoces. El presidente Julio Grondona, a sus ochenta y un años, besó a Leo Messi, el jugador al que le ofreció la selección; o así querrá que se escriba la historia. Y partido.

Las gradas contaban con pancartas que lo saludaban. «Hacé lío, Messi», «Messiento enamorado», «Leo Messi, orgullo nacional» y

«Dios y el Messías».

La Monumental se levantó cada vez que intentó una de sus carreras.

Y de repente se escuchó un cántico que hasta entonces le había pertenecido a Diego. «Vení, vení, cantá conmigo, que un amigo vas a encontrar, que de la mano, de Lionel Messi, todos la vuelta vamos a dar». Lo de la mano era por la de Maradona a Inglaterra.

La victoria fue incluso más contundente en el juego que en el resultado, 3-0: un gol de penalti de la Pulga y dos de Higuaín con dos asistencias de Leo por huecos de esos que sólo se ven en la repetición por la televisión.

A los veinticinco años, por fin Messi se había metido a la afición en el bolsillo.

Sobre el césped se apreció un pequeño detalle que definía al grupo, a punto de clasificarse para el Mundial de Brasil: de vez en cuando, la pelota le pasaba a un par de metros y Messi se desentendía de la presión. Se le permitía. Estaba más contenido porque tenía permiso para centrarse en el juego con balón y en alguna presión por sorpresa. «Con otro cuerpo técnico o en otro momento, hubiera intentado ser Messi los primeros diez minutos completos y después se hubiera fundido definitivamente —considera Eduardo Sacheri—. Me parece que Messi se siente, hoy en día, feliz en la selección como no se sintió nunca. Y por otro lado, en ningún momento fuimos capaces de aceptar que el problema éramos nosotros, no Messi».

Leo había mejorado sus prestaciones con Sabella; el problema no había estado sólo en la grada, en el banquillo o en el diario. «Yo sabía que en la selección no rendía bien, pero no era el único —declaró Leo Messi en marzo de 2013—. La selección no rendía. La

gente o el periodismo pretendían que yo fuera y ganara los partidos solo, y eso nunca se hizo en ningún equipo. Sabía que no estaba en mi mejor nivel pero no quería eso».

La llegada de Sabella —confirmaba la Pulga— había ayudado. Fue «un cambio importante en la manera de armar el equipo, de pararse dentro de la cancha y ordenarse tácticamente». Y Alejandro, por su parte, añadió su granito al folclore al encontrar un nuevo adjetivo para definir al delantero: «inmessionante», término incluido en la edición de 2013 del diccionario Santillana, entre «inmersión» e «inmigración».

Tras la clasificación para el Mundial después de golear a Paraguay por 5-2 con dos tantos de Messi y dejando al descubierto cierto aire de fragilidad en la defensa, la nación empezó a imaginar un buen campeonato en Brasil. Al fondo de la habitación llena de argentinos extáticos y expectantes, sentado en una silla con las piernas cruzadas, mirándolo todo con distancia, un veterano de guerra, Fernando Signorini, el que fuera preparador físico de la selección en Sudáfrica.

«Una preocupación es la gran cantidad de partidos que le hacen jugar, porque eso agota los sistemas —afirma—. Que lo dejen tranquilo, que se vaya con la mujer una semana a tomar sol, que renueve todas las pilas, porque, si no, va a ser como en Sudáfrica, que llegó después de sesenta y pico encuentros, jugando todo hasta último momento. Y después tenés que entrenar, bajás la carga pero tenés que entrenar, te seguís cansando. Es imposible que un pura sangre pueda hacer récord en San Isidro todos los domingos. Las autoridades deberían respetar más al futbolista y a la afición, que quiere espectáculo».

Signorini cuenta cómo un día, en la época que los dos formaban

parte de la selección de Maradona, le convenció para que no jugara un partido, un amistoso de la selección contra Catalunya. Y eso no es fácil.

«Sabía que venía cansado y qué sé yo cuánto. Y entonces, hablé con Diego y le dije: “Este partido Leo no lo tiene que jugar. ¿Qué representa para nosotros? ¿Doscientos mil dólares más para la AFA? Bueno, tampoco le viene de aquí a la AFA. Acá tenemos que pensar en el ser humano también”. Entonces le dije a uno de los miembros del cuerpo técnico: “Cuando venga Lio, mándalo para mi habitación”. Y vino. Apenas entró le digo:

»—¿Cómo estás?

»—Bien.

»—Duele el tobillo izquierdo, ¿no?

»—No, profè.

»—Sí, sí, está hinchado, así como está. Este partido no lo puedes jugar. ¿Vos sabés lo que vamos a hacer? Yo ya hablé con Diego, vos ahora agarrás, te vas de acá, esto lo arreglamos con el cuerpo médico del Barcelona, vos te tomás el avión, volás a Buenos Aires, a Rosario... este partido no lo jugás. ¿Estamos de acuerdo? Pero esto entre nosotros.

»Le hice un poco de piojito en la cabeza, y luego se fue. Como un nene, el Lio. Y todo el mundo a darle consejos. ¿¡Pero quién carajo vivió lo que vive él para aconsejarlo!?».

A Leo no le cabe en la cabeza no ganar en Brasil, niega esa posibilidad como negaba la de no llegar al primer equipo del Barcelona. Le alimenta que, aunque se sienta el número uno, cree que aún no ha hecho historia. «Y si nos volvemos en cuartos de final, le van a prender fuego otra vez —reflexiona Sacheri—. Salvo que haga una cantidad de maravillas inusitadas y pese a eso perdamos,

pero ni siquiera...». Y si gana, que se haga a un lado Diego. «O los ponemos a ambos en el altar, al padre y al hijo. La ventaja del cristianismo es que así podemos armar una cosa más multitudinaria en la divinidad».

Ahora que Messi se acostumbró a ser Messi, su objetivo es ganar el Mundial.

Como si estuviera escrito en las estrellas.

8. El diez definitivo

Leo corre otro peligro, añade Fernando Signorini. «Lo decía Atahualpa Yupanqui: “La vanidad es yuyo malo que envenena toda huerta”. A lo que se refiere es a que, en Argentina, si se tiene éxito, te meten “vanidad en vena”. Leo, dice el preparador físico, no puede correr ese riesgo. «Yo, realmente, le desearía que venga poco a Argentina, al menos que venga el tiempo suficiente para disfrutar pero sin perder nada de la espontaneidad y de la frescura que tiene. Mirá lo que le está pasando a Diego, el infierno que le están haciendo vivir a un tipo que en definitiva es reo de haber hecho felices a tantos a través de su talento, ¿no?»».

Ante la posibilidad de ganar un Mundial y que su país proyecte en él sentimientos por todo lo que escasea en otros ámbitos, con todo lo que se deposita en un partido de fútbol, Signorini ofrece un consejo: «Se tiene que hacer fuerte en lo familiar. Porque ahora es él más su novia, más su hijo y los que vendrán, y sus afectos. Todo lo demás es mentira. Es un chico fantástico, y fantástica ella también; la conocí y me parece que hacen una pareja de esas que te llevan a mirarlos con una sonrisa y decir: “Mirá qué lindo, ¿no? Qué bien

que se llevan, y pensar que tienen que pasar una experiencia...”».

Quedan tantos retos para Leo... Un nuevo Balón de Oro, por ejemplo. Cada año seguirá recibiendo llamadas de clubes multimillonarios, todas ellas rechazadas hasta ahora. Podría quedar la duda de saber si Leo se hubiera animado a pensar en probar en Inglaterra, la liga más entretenida del planeta y la más rica, si las condiciones climáticas fueran diferentes: tanto el Manchester City como el Chelsea llevan años mostrando su interés. Pero, después del intento del Inter años atrás, no ha existido una posibilidad real de que Leo dejara el Barcelona.

Aunque la relación con Sandro Rosell no fue tan fluida como la que tenía con Joan Laporta, fue un matrimonio más o menos bien avenido. Y necesario: Leo debe sentirse a gusto para dar lo mejor de sí mismo, y el Barcelona está dispuesto a seguir complaciendo a su estrella para continuar creciendo hasta que Leo diga basta.

¿Será Leo o su cuerpo el que dé el primer paso? Un nuevo estudio asegura que un niño que se especializa en un deporte antes de los quince años aumenta 1,5 veces más el riesgo de lesiones y agotamiento. Es una idea antigua: Adriano, Robinho, Kaká, Owen, Cassano, Ronaldinho..., todos ellos estuvieron en lo más alto del panorama futbolístico, pero no pudieron conservar durante mucho tiempo su alto nivel competitivo.

Fueron sobrepasados por el éxito, incapaces de convivir con él.

Ese síndrome de *burnout*, definido inicialmente en los setenta por Freudenberg, es más psicológico que físico, un desequilibrio entre las demandas percibidas por el jugador y su capacidad para satisfacerlas. Y ese fuego que quema y consume va engullendo la motivación.

Messi siempre ha sido capaz de responder a los nuevos retos, de

manejar lo que le echen, pero en algún momento le tocará modificar sus pensamientos, sus creencias sobre la realidad. «Su entrenamiento mental pasará a ser más importante que su entrenamiento físico, técnico o táctico —explica el preparador físico Pedro Gómez—. Su propia motivación será su motor. ¡Que siga jugando como si fuera un niño!».

Charly Rexach explica magistralmente la transformación del futbolista: «No lo empiezas a acusar hasta los veintinueve o treinta años, así que le quedan unos cuantos todavía, pero de repente tardas más tiempo en recuperarte de cada partido. Y hay otro efecto peor que el físico: cada vez te diviertes menos, no te dejan divertirse. Con veinte años, juegas liberado, haces las tonterías que quieras. Poco a poco te dan la responsabilidad de decidir los partidos, los tienes que ganar tú. Y luego llega otra fase, la de cuando estás 3-0, y tú has hecho un gol o dos, y en la segunda parte el entrenador te manda al banquillo, porque el partido que hay que ganar es el que viene. Aunque tú protestes y digas que quieres jugar un poco más para divertirse, el entrenador te dice que no, que se divertirá otro. Así que, cuando te vas haciendo mayor, sólo juegas para ganar».

A Leo le empezarán a quitar la pelota.

«Cada vez hay más responsabilidad y cada vez es más difícil mantener el nivel —reflexiona Rexach—. Messi ha asumido esa responsabilidad y la lleva perfectamente bien, y va tirando. Pero también necesita de otros que tiren, que otro meta el gol si él no está. Para que, cuando vuelva a salir, estemos por delante: hoy en día tienes tres derrotas y puedes perder una liga».

«Me animo a decir que tendrá que hacer un cambio —dice el ex seleccionador de la Sub-20 argentina, Pancho Ferraro—. Yo también, como jugador, pasé por un cambio. Recién a los veintiocho

años cambió el clic de mi cabeza para ser técnico, porque yo antes no quería. Yo a Messi hoy, con veintiséis, veintisiete años, no lo veo como director técnico. Veo que él va a querer jugar siempre. Y va a tener treinta y tres, treinta y cuatro años, y va a querer seguir jugando. Pero se lo tendrá que preparar, a través de los años, no ahora, pero más adelante, para ver qué le gusta».

Jorge Messi explicó en *Kicker*, en abril de 2013, que se imagina en qué consistirá esa transformación en el campo: «Le veo más atrás en la cancha, como un armador de juego, cosa que ya está haciendo de vez en cuando en el Barça. Allí muchas veces arranca con las jugadas desde bien atrás».

Pep Guardiola confía en la inteligencia e intuición de Leo para dar el siguiente paso. «¿Mediocentro? Noooo. Bueno, no lo sé. Es una opción, supongo. Yo sólo sé que, si él está bien, bien, hasta el día que se jubile su equipo siempre será el favorito para ganar el partido que juegue. Estando bien. Evidentemente, no puedes estar once meses siempre a un buen nivel, durante quince o veinte años de carrera deportiva. Pero si él se mete en la cabeza que está bien, y lo está, no hay equipo que lo pueda batir».

El cambio táctico, su nueva evolución, es también el resultado del avance del contrario, capaz de tapar los espacios interiores para que Messi no haga daño. Pese a algún bache muscular, está en su cúspide como futbolista, en su mejor momento deportivo. No se puede hablar de declive físico, pero le están poniendo trampas para que no pueda desarrollar su juego. Igual le toca aprovechar el miedo que genera en el rival para buscar a sus compañeros, no tanto para utilizarlos de pared y acabar la jugada, sino para convertirse en un falso diez, en el hombre que inspire, que cree para el equipo, una evolución que, como dice su padre, ya ha iniciado. Para que ello sea

efectivo, el *Tata* Martino deberá retocar también la organización del Barcelona.

Y un día se irá a casa, a jugar y a estar al lado de su gente, de su madre, a pasarlo bien de nuevo. En Newell's.

Y finalmente dejará de jugar. Ya no le veremos cada fin de semana.

Lo dejó Di Stéfano, lo dejó Pelé. Y Maradona.

Y habrá que cuidarle bien para que la pérdida sea llevadera. Y también habrá que preparar a los suyos. Todos, su familia, son Leos que un día se retirarán de serlo. «De casualidad justo estaba hablando de eso el otro día con mi señora —explica Jorge Messi en *Kicker*—. Le dije que el día que Leo no juegue más, creo que se me va a caer una ilusión y no voy a ver más fútbol. Yo amo mucho todo lo del fútbol e imaginarme que Leo algún día no juegue más me impacta. Ni me lo quiero imaginar».

—[Sobre si sería técnico] ¿Te gusta? ¿En el futuro pensás...?

—Y..., yo siempre digo que no, que hoy en día no voy a ser técnico, pero de acá a un tiempo no sé lo que puede pasar. Capaz que me pica, que quiero probar y veo.

—A ver..., juguemos, juguemos... ¿cómo jugaría un equipo de Messi?

—Y... yo de los técnicos que tuve, de todos aprendí cosas. En este tiempo del Barça, que tuve la suerte de estar con Rijkaard, con Guardiola. Las mismas ideas, la misma filosofía de juego, pero ya te digo: ni lo pienso porque no creo que vaya a serlo.

(Entrevista de MARTÍN SOUTO a LEO MESSI en TyC Sport, en marzo de 2013).

En la misma entrevista, Lionel cuenta que un día, no hace mucho, fue a ver jugar a su hermano Matías en el barrio, con los pibes, con el hermano de Éver Banega. La Pulga quiso apuntarse.

Y no le dejaron.

No estaba apuntado a la lista de futbolistas de aquella liga *amateur* y el rival no aceptó que se añadiera al equipo de su hermano.

Normal.

—Cuando termines con el fútbol, ¿te gustaría vivir en la Argentina?

—Sí, hoy te digo que sí, mañana no sé lo que puede pasar. Mi hijo va a ir creciendo, seguramente va ir a la escuela acá y no sé cuándo voy a volver yo para allá. Me gustaría vivir en Rosario. No sé, porque acá estoy espectacular. Llevo muchísimos años acá y es mi casa. Me gustaría volver a Rosario, pero no sé lo que va a pasar.

(Entrevista de MARTÍN SOUTO a LEO MESSI en TyC Sport, en marzo de 2013).

Un hijo sirve a menudo de incentivo. Muchos progenitores quieren empezar y acabar el entreno, dedicarle ese momento al fútbol con toda la intensidad de la que son capaces, para volver a casa a jugar con el niño. Piqué, Cesc, Leo, los tres padres en la misma época, pertenecen a ese grupo.

Como en todo cambio, existen también pérdidas. Leo ha crecido

con toda su familia al lado, unos más cerca que otros, pero sólo geográficamente. Y ahora le toca separarse de ellos, y vivir con su mujer, con su hijo. Cuando eso ocurre, a veces, el jugador —que sabe que los suyos lo han sacrificado todo por él— se siente de algún modo en deuda y se fractura un poco por dentro. En ocasiones la nueva independencia viene acompañada de cambios físicos, de casa, de pueblo, de entorno. De tensiones. Y eso también puede provocar lesiones.

El nacimiento de un hijo trae consigo nuevas ansiedades.

Le decía a menudo Antonella a Lionel que tener un hijo debía ser, iba a ser, lo más lindo que te puede pasar. «Hasta que no lo tenés, no sentís lo que es —reflexiona la Pulga en TyC—. Es inexplicable».

Thiago nació en la séptima planta de un hospital con vistas al Camp Nou. La afición del Barça lo celebró con la pancarta «Bienvenido Thiago Messi al mundo... leproso». Se publicó que Leo le había hecho socio a los tres días de nacer e incluso que era el número 2.288.152. Pero no es cierto. Se puede sospechar el equipo del cual se hará hincha, pero Thiago todavía no forma parte de la familia leprosa.

Ahora Messi le cambia pañales a Thiago, lo baña. Y cuenta que sólo le meó encima una vez.

Y, mientras tanto, la vida le cambia. «Ya no piensas en ti mismo. Piensas en él, en que no tenga ningún tipo de problema nunca, de nada. Sí, cambia, claro que cambia la idea de las cosas», dijo Messi en *El País*.

«Ha cambiado, Leo —señala el portero Óscar Ustari—. Cuando le pregunto, me manda fotos, incluso mi hijo se llama Bautista Lionel por él. “¿Cambiás pañales?”. Sí, me dice. [Thiago] Es su nueva

pelota, mucho más importante. En la intimidad, es una persona muy alegre, que está de fiesta todo el tiempo, todo el tiempo cargando. Y ahora es padre».

«Primero está Thiago, después todo lo demás», declaró en ESPN. En el primer partido posterior a su paternidad, se calzó unas botas con el nombre de su hijo en los tacos y unas semanas después lució una muñequera con las palabras «Te amo, Thiago». Y el día del padre se tatuó su nombre en el gemelo.

Y casi todo es nuevo: la primera Navidad ejerciendo de padre fue diferente. «Ahora está él y es quien se lleva todos los mimos, yo como papá estoy aprendiendo», confesó a *Olé*.

Pero no todo cambia. Leo duerme todavía esa siesta reparadora, en el sofá, o en la cama. Justo antes de caer desplomado, se mira el teléfono, por donde asoma la cara de su hijo.

Al acabar el entreno, Leo busca a Thiaguito y, si duerme, será quien le despierte. Y ahí se va a pasear con su mujer o va en coche hasta la casa de su padre para pasar la tarde. Cuando viaja con el equipo, Thiago lo busca sin comprender por qué no está su papá, y Leo lo llama por teléfono y le dice que le extraña y que no ve la hora de regresar para estar con él. Thiago escucha sin entender todavía. Lo de todos los padres del mundo, vamos.

Cuenta Leo que hasta sus sobrinos le llaman Messi. «Yo les digo: “¡Vos también sos Messi!”». Quizá tendrá que explicarle a su hijo quién fue la Pulga.

Un día llevará a Thiago a jugar al fútbol al parque. Cuando tenga diez años, Leo estará por los treinta y siete.

Y le pasará el balón.

EPÍLOGO

Sandro Rosell, ex presidente del F.C. Barcelona, habla de Leo Messi

Leo es un jugador único. Para mí, el mejor jugador que he visto, el mejor de la historia, con diferencia. Leo es un futbolista capaz de hacer cosas excepcionales, a una velocidad y una precisión que no está al alcance del resto. Marca diferencias de forma individual, pero además es un jugador solidario que también sabe jugar para sus compañeros, y por eso marca goles con la misma facilidad que da asistencias. Tardaremos mucho, muchísimo tiempo en ver un jugador con su dimensión deportiva y humana.

El Leo persona está a la altura del Leo jugador, y eso es lo mejor que se puede decir de él. Su manera de ser encaja perfectamente con los valores que transmite el club a sus deportistas de las categorías inferiores: la humildad, la solidaridad con el compañero, la ambición para luchar por los objetivos. Messi es un chico tímido, tranquilo, sencillo, que disfruta con las pequeñas cosas. Es un líder de hechos, no de palabras. Él habla en el campo, y ahí habla mejor que nadie.

Yo diría que desde que Messi debutó, el Barça actual, el del mejor equipo de la historia, no se entendería sin él. Nada sería igual.

Messi tuvo mucha suerte de toparse con un entrenador como Rijkaard cuando llegó al primer equipo. Rijkaard lo supo llevar sin prisas ni urgencias. Puede que Leo, en algún momento, no lo entendiera, porque no jugaba todo lo que él hubiera querido, pero me consta que después ha sabido agradecerle a Rijkaard que actuase sabiendo lo que era mejor para él en cada momento. De todas

maneras, querría destacar también el trabajo de Josep Colomer, que fue quien gestionó la trayectoria de Leo Messi hasta llegar al primer equipo y quien puso al jugador en manos de Rijkaard. Gestionar este camino fue tanto o más difícil que hacerlo debutar.

Con Ronaldinho la relación fue excelente. Ronaldinho adoptó a Messi cuando éste llegó al primer equipo, lo protegió como un hermano mayor. El carácter extrovertido de Ronaldinho contrastaba con la timidez de Messi, pero el brasileño contribuyó a que ganase en confianza e hizo de puente en la relación con el resto de compañeros.

El 5-0 al Madrid fue probablemente el mejor partido del Barça que he visto jamás. Messi dejó muy claro al mundo quién era el número uno. No marcó, pero recuerdo que hizo un partido excepcional. Fue una pesadilla para los defensas, dio dos asistencias de gol, estuvo en todas partes, presionando, robando balones; fue imparable. Su cara de felicidad al final del encuentro lo decía todo.

El día de la entrega del Balón de Oro en 2010, con Xavi e Iniesta, fue uno de los días más felices que recuerdo, porque más allá de que lo ganase Leo, la nominación de tres jugadores del Barça fue un reconocimiento mundial a la Masia y a nuestro estilo. Fue una página de oro en nuestra historia. Aunque no cuente como título, es comparable a ganar una Champions. Messi estaba muy contento por haberlo ganado, pero estoy seguro de que hubiera estado igual de contento si el balón se lo hubieran llevado Xavi o Iniesta.

El día más feliz que he vivido como presidente del Barça fue el 28 de mayo de 2011, la final de la Champions. Aquel gol de Messi en el minuto 54, que supuso que nos pusiéramos 2-1 en el marcador, fue clave para doblegar la resistencia del Manchester United. Un

chute potente y colocado con la pierna izquierda, imparable. Pero recuerdo especialmente la celebración de Leo, una mezcla de rabia y alegría. Creo que aquel gol fue un momento de liberación para él.

En contra de lo que alguien pueda pensar, Messi no tuvo nada que ver en la elección de Gerardo Martino como técnico del Barça. Ni siquiera se conocían, ni habían hablado nunca. Al Tata lo trajo su idea del fútbol, que coincide con la que tiene el Barça. Pero, más allá de eso, Martino es de Rosario, como Messi, y es un entrenador al que le gusta mucho hablar con los jugadores de una manera directa, y eso beneficia tanto a Messi como a cualquier miembro del vestuario. Independientemente del Tata, yo veo a Leo muy feliz. Atraviesa un momento profesional excepcional, ha madurado mucho como jugador y como persona y su paternidad seguro que contribuye a que sea muy feliz en su vida privada, porque a Leo siempre le han gustado mucho los críos, eso ya se veía con sus sobrinos.

Otro momento histórico en la carrera de Leo fue cuando se le concedió el cuarto Balón de Oro, en enero de 2013. Se convirtió en el único futbolista que ha ganado cuatro balones de oro consecutivos, pero seguro que no será el último. Messi romperá todos los records imaginables porque sólo tiene veintiséis años y cada año que pasa se supera como jugador. Se hace muy difícil imaginar dónde está su techo. Será el mejor mientras él quiera, mientras siga manteniendo la ambición de serlo y el fútbol siga siendo su prioridad.

APÉNDICE PARA EL CAPÍTULO 2, «ESPERANDO A LIO», DE LA PRIMERA PARTE

(*1) Origen de las declaraciones de los personajes que no fueron entrevistados para este libro

Gabriel Digerolamo: declaraciones para el programa «Informe Robinson: Messi».

Ernesto Vecchio: citas extraídas de Canchallena, Argentina (www.canchallena.com y www.rosariofutbol.com).

Diego Rovira: artículo de Ignacio Fusco para la revista *Don Julio*, n.º 1, Argentina (www.revistadonjulio.com).

Roberto Mensi: artículo de M.^a Julia Andrés, «El Diego que hizo crecer a Messi» (revista digital florecerdelupines.blogspot.com.es).

Jorge Valdano: entrevista de Enric González para la revista *JotDown* (www.jotdown.es).

Leandro Benítez: artículo «Messi, el gen argentino» en *Revista Digital Cabal*, Argentina (www.revistacabal.coop).

Franco Casanova: artículo de Federico Bassahún en *Perfil*, Argentina (www.perfil.com).

Néstor Rozín: declaraciones en el documental «Messi, la historia argentina».

William y Kevin Méndez: artículo de Javier Saúl para Canchallena, Argentina (www.canchallena.com).

Matías Messi: declaraciones para el programa «Informe Robinson: Messi».

Eduardo Abrahamian y Federico Vairo: del libro de Roberto Martínez, *Barçargentinos* (editorial De Vecchi).

Jorge Messi: de la revista alemana *Kicker*, el documental «Informe Robinson: Messi» y el libro *Barçargentinos*, de Roberto Martínez (editorial De Vecchi).

(*2) Personajes (reales) en la (quizá innecesaria) obra de teatro «Esperando a Lio».

Enrique Domínguez: entrenador de Leo Messi (1998-1999), cuando éste tenía once y doce años. A su equipo le llamaron Máquina de la 87. Fue su último año en la escuela de Newell's.

Adrián Coria: entrenador de Leo en las categorías inferiores de Newell's.

Néstor Rozín: ex dirigente de Newell's, reconocido empresario de la ciudad.

Gazzo: locutor de radio, presentador y conductor en la época del programa «Baby Gol».

Ángel Ruani: padre de Luli Ruani, compañero en la Máquina de la 87.

Ernesto Vecchio: el director técnico que más años tuvo a Lionel Messi en el *baby* rojinegro; reconocido formador.

Gabriel Digerolamo: entrenador de Leo Messi en sus inicios en las categorías inferiores de Newell's.

Roberto Mensi: miembro de la comisión directiva de Newell's, encargado de la comunicación. Además es periodista deportivo, productor de www.morenoycordoba19hs.com.ar y columnista en www.elrojinegro.com.

Gerardo Grighini: compañero de Messi en las categorías inferiores de Newell's, en la Máquina de la 87. Defensor y centrocampista.

Diego Rovira: el nueve del Newell's y goleador en la época en que jugó con Messi en la Máquina de la 87.

Leandro Benítez: defensa y lateral izquierdo, antiguo compañero de Messi en la Máquina de la 87 de Newell's. Su último club fue el Quilmes Atlético Club.

Juan Cruz Leguizamón: fue portero de Newell's en la Máquina de la 87, y amigo de Messi. Actualmente juega en el Central Córdoba.

Franco Casanova: compañero de Messi en la Máquina de la 87.

Claudio Vivas: fue entrenador y coordinador de la escuelita Malvinas (su padre fue el fundador de la misma), y también dirigió la 4.^a y la 5.^a división de Newell's. Ayudante de campo de Bielsa en la selección. Uno de los artífices, junto con Tocalli y Pékerman, de que Messi esté jugando en la selección argentina.

William Méndez: el verano de 1997 Messi estuvo alojado en la casa de la familia Méndez en Pueblo Libre, Perú, durante la celebración de un torneo. William es el padre del chico que jugó con Messi en aquella ocasión.

Kevin Méndez: la Copa de la Amistad en 1996, en Perú, la organizaba el Cantolao, equipo en el que jugaba Kevin Méndez, el hijo de William Méndez. Hoy, Kevin es chef profesional y dice guardar la primera camiseta que intercambió Leo con otro jugador.

Néstor Casal: ex compañero de trabajo de Jorge Messi.

Matías Messi: hermano mayor de Leo, el segundo detrás de Rodrigo.

Roberto Saviano: escritor italiano, autor de *Gomorra*.

Diego Schwarzstein: médico rosarino que trató a Messi su déficit

de la hormona del crecimiento.

Jorge Valdano: ex futbolista y entrenador argentino, campeón del mundo con Argentina en el Mundial de México'86. Jugaba de delantero y su primer equipo fue el Newell's.

Lucas Scaglia: dicen que es el mejor amigo de Leo, compañero en el Newell's, primo de la pareja de Messi, Antonella. Actualmente juega en el Deportivo Cali de Colombia.

Sergio Levinsky: escritor, sociólogo y periodista argentino.

Liliana Grabin: psicóloga especializada en psicología del deporte.

Eduardo Abrahamian: ex jugador de River y, por entonces, dirigente de los infantiles de dicho equipo.

Federico Vairo: figura de los cincuenta y sesenta y, por entonces, supervisor de las pruebas de infantiles en el Club Atlético River Plate.

Olé: diario deportivo argentino.

Kicker: revista deportiva alemana.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

- Aguinis, Marcos, *El atroz encanto de ser argentinos*, Planeta, Barcelona, 2001.
- Amez de Paz, Eduardo, *La vida por el fútbol*, publicado por el autor, Rosario, 2002.
- Archetti, Eduardo, *El potrero, la pista y el ring*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.
- Calzada, Esteve, *Show me the money*, Libros de Cabecera, Barcelona, 2012.
- Cubeiro, J. C., y Gallardo, L., *Messi, Falcao y Cristiano Ronaldo*. Alienta Ed., Barcelona, 2013.
- Diario Sport, *Los cracks de la Masía*, Diario Sport, Barcelona, 2010.
- Frieros, Toni, *Leo Messi, el tesoro del Barça*. Diario Sport, Barcelona, 2006.
- García-Otero, J. M., *Sueños de un principito*, Al Poste Ediciones, Madrid, 2013.
- Gil, Jordi, *Descubriendo a Cesc Fàbregas*, Diario Sport, Barcelona, 2012.
- Hunter, Graham, *Barça: The making of the greatest team in the world*, BackPage Press, Glasgow, 2012.
- Ibrahimovic, Zlatan, *Yo soy Zlatan Ibrahimovic*, Albert Bonniers Förlag, Estocolmo, 2011.
- Jackson, Phil, y Delehanty, Hugh, *Eleven Rings: The Soul of Success*, Penguin Books, Londres, 2013.
- Levinsky, Sergio, *Maradona, rebelde con causa*, Ediciones

- Corregidor, Buenos Aires, 1996.
- Martín, Ramiro, *Messi, un genio en la escuela del fútbol*, Ediciones Lectio, Valls, 2013.
- Martínez, Roberto, *Barçargentinos*, De Vecchi Ediciones, Barcelona, 2013.
- Mateo, Juan, y Lillo, Juan Manuel, *Liderar en tiempos difíciles*, McGraw-Hill / Interamericana de España, Aravaca, 2003.
- Minguella, J. M., *Casi toda la verdad*, Base Ed., Barcelona, 2008.
- Perarnau, Martí, *El largo viaje de Pep*, Primera Impresión, Madrid, 2012.
- , *El camí delsampions*, Columna Edicions, Barcelona, 2011.
- Pereira, L. M., y Bandeira, J. P., *Biblia de Messi*, Prime Books, Carcavelos (Portugal), 2012.
- Puig, Albert, *La fuerza de un sueño. Los caminos del éxito*, Plataforma, Barcelona, 2010.
- Torquemada, Ricard, *Fórmula Barça*, Ediciones Lectio, Valls, 2012.
- Rodríguez Gairí, Sique, *Educados para ganar*, Now Books, Badalona, 2011.
- Sottile, Marcelo, *El distinto*, Arte Gráfico Editorial Argentino, Buenos Aires, 2013.
- Syed, Matthew, *Bounce: the myth of talent and the power of practise*, HarperCollins UK, Londres, 2010.
- Torres, Diego, *Prepárense para perder*, Ediciones B, Barcelona, 2013.
- Udenio, Enrico, *La hipocresía argentina*, Libros en red, Buenos Aires, 2007.
- Villoro, Juan, *Quan no perdiem mai*, Alfaguara Ediciones, Madrid, 2011.

Vídeos

Baabour, Gustavo, «Messi, la historia argentina», programa especial de TN Deportivo emitido el 13 de enero de 2013 por el canal de noticias TN de Argentina.

Expediente Fútbol, «Leo Messi: la pulga, expediente. Sus inicios» [programa de televisión], Fox Sports, 2009.

Gok, Guney, «Lionel Messi World's Greatest Player» [documental], ITV 4, 2012.

Lax, Lisa, y Stern, Nancy, *Unmatched* [DVD], Hanna Storm, ESPN films, 2010.

López, G., Serrat, J., y Represa, R., *Porta 104: Messi, ADN blaugrana* [DVD], Barça TV, 2009.

McDowall, Mike, «Ronaldo, tested to the limit» [documental], Castrol Edge, 2011.

Olivera, Luciano, «Mundo Leo» [programa de televisión], DeporTV, 2013.

Robinson, Michael, «Informe Robinson: La leyenda del Trinche», Canal Plus, noviembre de 2011.

Robinson, Michael, «Informe Robinson: Messi», Canal Plus, diciembre de 2007.

Souto, Martín, «Messi íntimo. Especial Líbero» [programa de televisión], «Líbero», TyC Sports, 2013.

Spot de Audemars Piguet con Leo Messi, de la serie «Defining moment», 2013.

Varsky, Juan Pablo, entrevista a Kun Agüero en DirectTV Sports.

Vídeos varios del programa «Punto Pelota», de la cadena Intereconomía.

Artículos (encargados expresamente para el libro o cedidos por sus autores)

Levinsky, Sergio, «El síndrome de los niños profesionales».

Gómez Piqueras, Pedro, «¿Acabará quemando el fuego del F.C. Barcelona a Leo?».

—, «Leo Messi, factor X de un genio en *flow* constante».

—, «Los diez poderes emocionales de Leo Messi».

—, «Messi y el rondo».

—, «Si alcanzas la meta, ¡sigue, sigue, sigue!».

—, «Inteligencia emocional y fútbol».

—, «F.C.B., fútbol cuántico de una época todavía por llegar».

Artículos consultados

Altman, Daniel, «*Economía y fútbol. Penurias compartida*», publicado en Brando (www.conexionbrando.com).

Asch, Hugo, «Los padres de la patria», publicado en Perfil.com.

Candance, Piette, «Argentine home city's pride in football star Messi», publicado en BBC News.

Caparrós, Martín, «Diatriba contra Messi», publicado en SoHo.com.co.

Casas, Gabriel, «Messi, el ídolo sin épica», publicado en Marcha.org.ar.

Carlin, John, «Pep Guardiola: football's most wanted», publicado en *Financial Times Magazine* (www.ft.com).

Casciari, Hernán, «Messi es un perro», publicado en *Orsai*.

Daskal, Ouriel, «Talent is not a gift. It's a skill», publicado en Soccerissue.com.

Padilla Castro, Nelson, «Los pecados capitales de Messi»,

publicado en *El Espectador* (<www.elespectador.com>).

Saviano, Roberto, «Pequeño gran hombre», publicado en Ñ, revista de cultura suplemento del diario *Clarín*, Argentina.

Thompson, Wright, «El ídolo sin ciudad», publicado en ESPN Deportes.

Viel, Ricardo, «Neymar y el monstruo», publicado en *El Puercoespín* (<www.elpuercoespín.com.ar>).

González, Enric, «Jorge Valdano: en la sociedad actual no hay más héroes que los deportistas», publicado en *JotDown* (<<http://www.jotdown.es/2012/05/jorge-valdano-en-la-sociedad-actual-no-hay-mas-heroes-que-los-deportistas/>>).

Revistas

AuGol, revista deportiva, Argentina (www.augol.com).

Barça, revista oficial del F.C. Barcelona.

Canchallena, revista digital de deportes del diario La Nación, Argentina (www.canchallena.lanacion.com.ar).

Don Julio, once historias de fútbol, Argentina (www.revistadonjulio.com).

El Gráfico, revista deportiva, Argentina (www.elgrafico.com.ar).

ESPN Deportes (<http://espndeportes.espn.go.com/la-revista/>).

Gente, publicación semanal argentina (www.gente.com.ar).

JotDown, revista cultural, España (www.jotdown.es)

Kicker, revista deportiva, Alemania (www.kicker.de).

L'Équipe Sport Style, Francia (www.sportetstyle.fr).

Negro & White, Argentina (www.negrowhite.net).

Orsai, Barcelona/Argentina (www.editorialorsai.com).

Panenka, revista de fútbol, Barcelona (www.panenka.org).

Revista Digital Cabal, Argentina (www.revistacabal.coop).

XL Semanal, suplemento del domingo del grupo Vocento, España (http://www.vocento.com/nacionales_suplementos_xlsemanal.php).
Worldsport 360 (www.worldsport360.com).

Diarios

As, Madrid, España (www.as.com).
Clarín, Buenos Aires, Argentina (www.clarin.com).
Corriere della Sera, Milán, Italia (www.corriere.it).
El Comercio de Perú, Lima, Perú (www.elcomercio.pe).
El País, Madrid, España (www.elpais.com).
El Periódico de Catalunya, Barcelona, España (www.elperiodico.com).
El Sol, Mendoza, Argentina (www.elsolonline.com).
La Capital de Rosario, Rosario, Argentina (www.lacapital.com.ar).
La Razón, Buenos Aires, Argentina (www.larazon.com.ar).
La Voz, periódico independiente de Castelldefels, Barcelona, España (www.lavoz.cat).
La Vanguardia, Barcelona, España (www.lavanguardia.com).
Marca, Madrid, España (www.marca.com).
Mundo D, suplemento deportivo de La Voz, Córdoba, Argentina (www.lavoz.com.ar).
Mundo Deportivo, Barcelona, España (www.mundodeportivo.com).
Noticias Hoy, México D. F., México (www.noticiashoy.com.mx).
Panorama, Maracaibo, Venezuela (www.panorama.com.ve).
Perfil, Buenos Aires, Argentina (www.perfil.com).
Sport, Barcelona, España (www.sport.es).

Blogs

Blog de Alejandro Carnero: «La pelota no dobla», <<http://la-pelota->

no-dobla.blogspot.com>.

Blog de Humberto Perozo: «Desde mi arquería»,
<http://desdemiarqueriapanorama.blogspot.com.es/>.

Blog de Roberto Martínez: «Toque y Gambeta»,
<http://toqueygambeta.com>.

AGRADECIMIENTOS

Recién acabada la biografía de Pep Guardiola, Orion sugirió que hiciera un libro sobre Messi. «¿Por qué no?», dije sin mirar el calendario. Al final, han sido unos meses muy duros pero muy gratificantes, con muchos viajes, lecturas y conversaciones tratando de entender qué mueve y motiva a alguien tan especial como Lionel Messi.

Pero nada de esto hubiera tenido sentido si no hubiera podido conversar con la gente que más lo quiere. Mil gracias por el tiempo, las aportaciones, la dedicación y el cariño.

Hablando de cariño, este libro no habría llegado a puerto sin el tiempo, esfuerzo y amor que ha puesto en él Maribel Herruzo. Dar las gracias no es suficiente, así que nos fuimos a Esauira a acabar todo esto. Y muchas gracias también a Kike Duce, por cuidar tan bien (¡y cocinarle tan rico!) a Maribel todo este tiempo.

Que Miguel García Vega, mi mejor amigo y uno de los cerebros más privilegiados que conozco, haya leído y editado el original ha sido uno de los mayores lujos de este proyecto. Sus comentarios al respecto merecerían un libro aparte. Maribel tiene la mayor parte de ellos guardados, así que un día nos juntamos y nos reímos.

Mil gracias también a Orion y a Alan Samson por darme la oportunidad, otra vez, de emplear mi tiempo de manera sabia, escribiendo, en lugar de gastarlo en, no sé, intentar relajarme o algo así. En serio, es un honor y un privilegio tener su confianza. Gracias, David Luxton, por escucharme y contestarme a cualquier hora del día o la noche; como sabes, el concepto de tiempo desapareció de mi mente en estos locos meses. Y también a Lucinda McNeile, que

ha ejercido presión de la más sutil y elegante de las maneras, aportado grandes dosis de apoyo y aliento.

Gracias a Eva Raventós, Vanessa López y Berta Bruna (mis editoras en España), pacientes ante tanto retraso, cambios y alteraciones varias.

El duro trabajo de Peter Lockyer durante todo un verano ha ayudado a dar forma al libro en su versión inglesa, y la inyección de entusiasmo de Marc Joss al final me dio un nuevo empujón imprescindible.

El de los ánimos, las correcciones, la motivación y tantísimo más fue, como siempre, William Glasswell.

Sergio Levinsky estuvo siempre disponible y encantadoramente entusiasta, y todo el tiempo fue una necesaria fuente de buenas noticias procedentes de Argentina (Nota de Maribel: cuando no le ocurrían cosas de cronopio total). Él consiguió los contactos o las entrevistas con Alejandro Sabella, el profesor Salorio, Fernando Signorini, Pancho Ferraro, Liliana Grabin, Carlos Bilardo, Gustavo Oberman, Eduardo Sacheri y Gerardo Grighini. Brent Wilks nos dio todo su apoyo para que la casa entera no colapsara.

Estaré eternamente agradecido, otra vez, a Pep Guardiola por concederme su tiempo para hablar sobre una etapa única y tan especial en su vida. Y a Manel Estiarte, por haberme cuidado y haber entendido perfectamente este proyecto. Lo mismo tengo que decir de Esteve Calzada, quien puso el primer ladrillo de este edificio; te debo todavía más cenas, Esteve.

Santi Solari fue el guía perfecto en Rosario, y con él iniciamos una conversación que continúa incluso cuando él no está cerca. Pedro Gómez me dio nuevos ángulos en este simple y, sin embargo, complejo mundo del fútbol. Los conocimientos y el aliento de Pep

Segura, Pako Ayestarán y *Tusabesquieneres* transitan a través de este libro.

Mientras yo escribía y viajaba, Stevie Rowe y Scott Minto manejaban maravillosamente mis humores y cansancio. Gracias por ser tan comprensivos. Damien O'Brien, James Wheeler (¡gracias por tus estadísticas!), Luke Arthur, George Lansdale, Adam Chenery, Graham Hunter y el resto del equipo de la revista han tenido siempre una palabra de apoyo que me ha dado más energía de lo que ellos piensan.

Muchísimas gracias al presidente Sandro Rosell por sacar tiempo de su ocupada agenda para agregar su toque personal a este libro. Y también a Joan Laporta, quien disfrutó recordando una época muy especial (y gracias también a Jordi Finestres, al que le di muchos dolores de cabeza). Debo unas cuantas comidas a Iñigo Juárez; escoge el restaurante.

He aprendido muchísimo sobre Messi y el fútbol (y sobre la vida) hablando y escuchando a sir Alex Ferguson, Edwin van der Sar, Michel Salgado, Steve Clarke, Fabio Capello, Rafa Benítez, Henrik Larsson, Asier del Horno, Patrick Vieira, Claudio Vivas, Pere Gratacós, Henk ten Cate, Xavi Llorens, Álex García, Quique Domínguez, Juan Carlos Garrido, Rodolfo Borrell, Gerardo el *Tata* Martino, Xavi Hernández, Andrés Iniesta, Pancho Ferraro, Carlos Marconi, Carlos Bilardo, Alejandro Sabella, Fernando Signorini, Gerardo Salorio, Juanjo Brau, Diego Schwarsztein, Liliana Grabin, Cesc Fàbregas, Eidur Gudjohnsen, Javier Mascherano, Pedro Rodríguez, Giovanni van Bronckhorst, Fernando Navarro, John Obi Mikel, Ander Herrera, Gerardo Grighini, Guillermo Amor, Gustavo Oberman, Gerard Piqué, Sylvio Mendes Campos *Sylvinho*, Óscar Ustari, Víctor Vázquez, Pablo Zabaleta, Roberto Martínez, Ramon

Besa, Ferran Soriano, Txiqui Begiristain, Joan Gaspart, Carles Rexach, José María Cuartetas, Josep Maria Minguella, Francis Cagigao y las profesoras Andreas Sosa, Diana Torreto, Mónica Domine, Silvana Suárez y Cristina Castañeira.

Necesitaba la ayuda de esos amigos que siempre me han echado una mano y han devuelto mis llamadas inmediatamente: Chemi Teres, Gerard Autet, Nathan Smith, Pedro Pinto, Xavi Alegría, Sergio Alegre, Gabrielle Marcotti, Raphael Honigstein, Hernán Amez, que me enseñó Rosario, Cristina Cubero, mi profesor y amigo Moisés Álvarez, Peter Bennett, Gaizka Mendieta, Joey Barton y, por supuesto, Mark Wright, que sabe cómo contar una historia y cómo ahuyentar fantasmas.

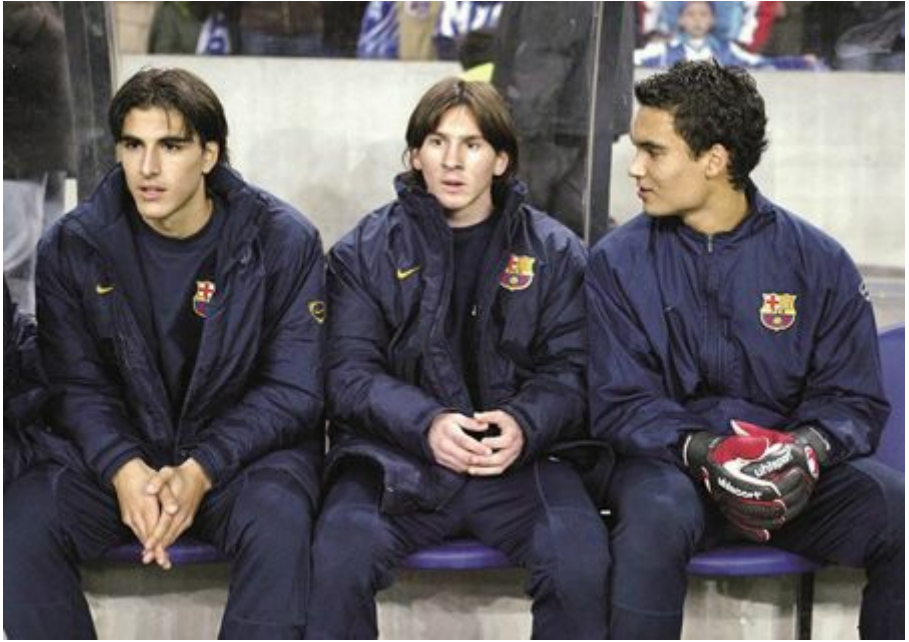
Un agradecimiento especial por el tiempo y el trabajo a Óscar Elías, Eugenia Vega, mi prima Elena Cruz, Oliver Trust, Mariajo Fernández (por ayudar a Maribel cuando fue necesario), Magda Gascón (por su entusiasta y completa aportación sobre la política lingüística en Catalunya), Federico Bassahún y Nacho Fusco (editores de *Don Julio*), Gerard Nus (por su inteligente transcripción de la conferencia de Guardiola en Buenos Aires), Luis Calvano, Coco Ventura, Diego Torres, Javier Sánchez Napal (autor de la canción *Mundo redondo*), Martín Souto (quien realizó la fantástica entrevista a Leo para TyC Sports) y Brian Zwaschka (por sus sugerencias sobre Phil Jackson y Michael Jordan). Y gracias, Jorge Sánchez, gracias por las dos palabras y la terraza.

Mi hermano Gustavo sabe lo duro que es trabajar con fechas de cierre y entendía por lo que estaba pasando, porque él también estaba en pleno maratón. Mi hermana Yolanda hasta transcribió entrevistas, ¡todo el mundo echó una mano! Mi madre me cuidó incluso cuando ella luchaba por ahuyentar sus propios dolores de

cabeza. Y ver a mi padre leyendo el libro de Pep, después de décadas de no abrir ninguno, y que luego buscara nuevas lecturas, es la mejor recompensa que he recibido por escribirlo.

Así que, gracias a todos.

FOTOGRAFÍAS



El día de su debut con el primer equipo ante el Porto, el 16 de octubre de 2003. Sí, estaba un poco perdido.



Después saltó al campo y cobró vida.



Ronaldinho adoptó a Messi como a un «hermano». Este tipo de protección, ¿ayuda o limita?



Un hombre para las grandes ocasiones: final de la
Champions de 2009.



Una temporada extraordinaria. En 2009, el Barcelona lo ganó todo.



Un día su padre le dijo que debía dedicarle tiempo a sus fans. No fue necesario que se lo dijese de nuevo.



El gol de la victoria en el Mundial de Clubes de 2009, en el tiempo de descuento. Fue un partido duro.



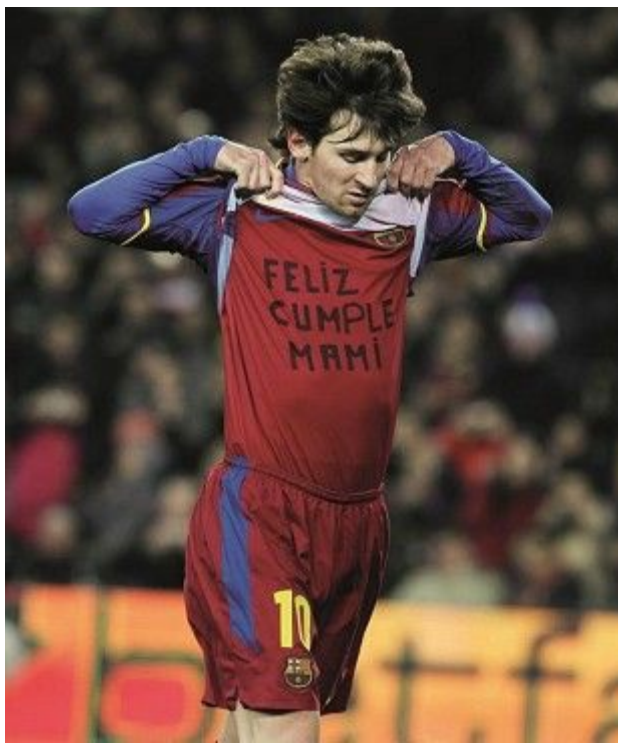
Seis títulos de seis posibles. El año perfecto para el Barça y para Leo.



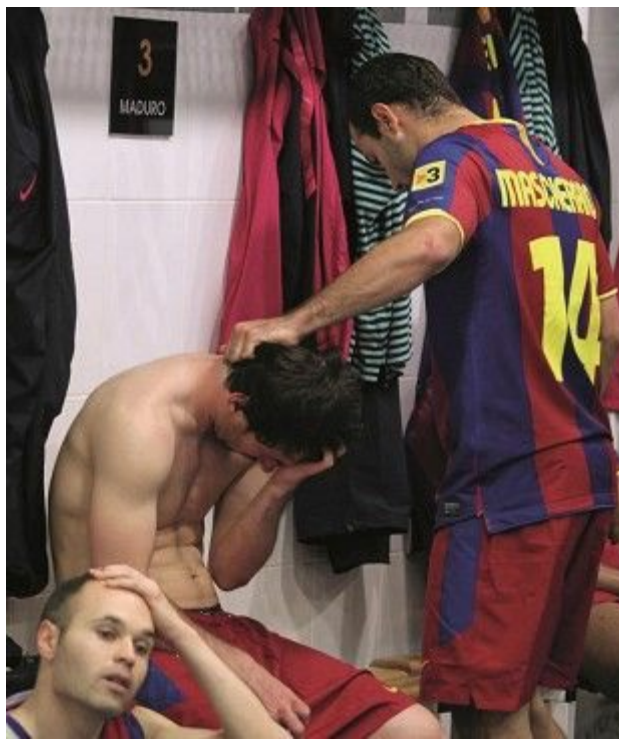
Con Pep Guardiola, muchos de sus hábitos cambiaron y su preparación física pasó a ser más individualizada. Después de dos años para olvidar debido a las lesiones, aprendió a escuchar a su cuerpo.



Primer Balón de Oro, en 2009. Con su madre, Celia, y su padre, Jorge. El camino hasta aquí había sido muy difícil.



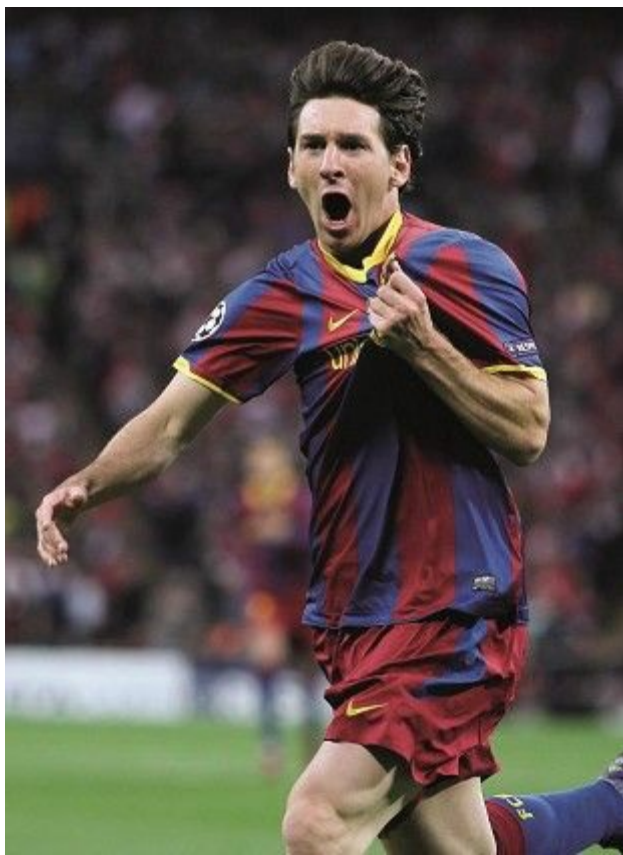
Quando Leo tenía trece años, su madre tuvo que volverse a Argentina para cuidar de la mitad de la familia, que no se adaptaron a la vida en Barcelona. Y su mamá es el centro del mundo. Aquí, celebrando su cumpleaños después de otro gol.



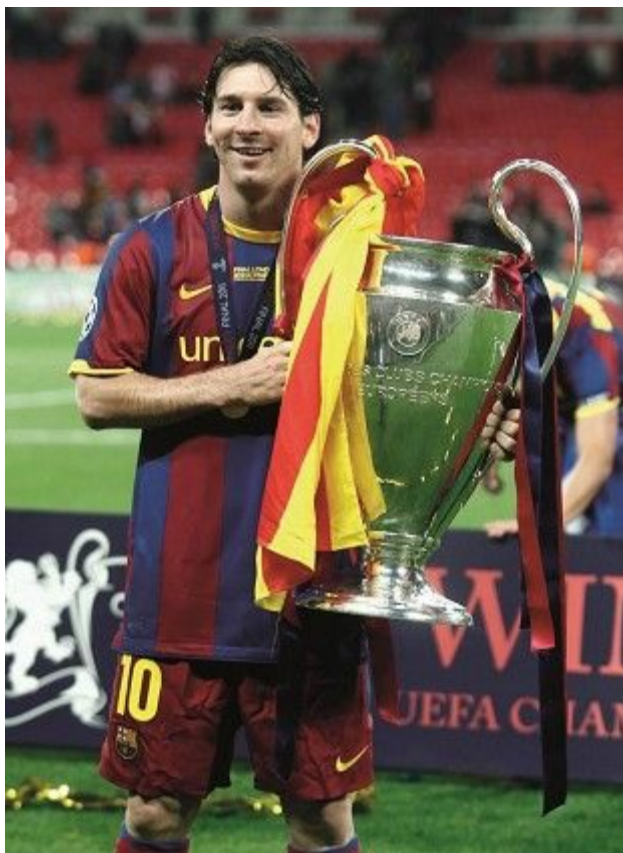
Messi lloró el día que el F.C. Barcelona perdió contra el Sevilla en la Copa. Después de haber ganado cada uno de los títulos en el primer año y medio con Pep, cada derrota era una pequeña desgracia.



Tras la salida de Ronaldinho, los catalanes cuidaron de Leo. Sabían que iba a hacerlos mejores, que les iba a ayudar a ganar.



El hombre del partido, el jugador que marcó el 2-1. En Wembley, Leo Messi ayudó al Barcelona a ganar otra Champions.



Su tercer triunfo en la Champions... aunque él sólo celebró dos.



En 2011, en Wembley, el mundo tuvo que admitir que no era sólo algo especial. Era, probablemente, el mejor jugador nunca visto. Sir Alex Ferguson se desvió para estrecharle la mano precisamente por esa razón.



Ganar es el objetivo, pero marcarle y vencer ante el Real Madrid es siempre algo especial.



Pep tuvo que aprender cómo hablarle a Leo. No fue una comunicación fácil ni fluida al principio.



Siempre encantado de firmar la camiseta de la selección argentina, incluso aunque durante muchos años sus compatriotas no hayan creído en él.



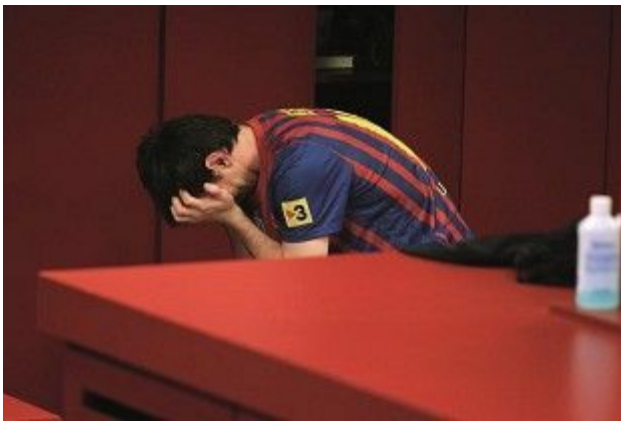
La final del Mundial de Clubes de 2011 ante el Santos significó la consagración del estilo del Barça.



Ese día, Leo Messi le pidió a Neymar que se uniese al F.C. Barcelona.



Tercer Balón de Oro. Y quería más.



Messi llora en silencio. Después de ganarlo todo, las derrotas duelen más.



Y cuando llora -y todavía lo hace- sólo quiere estar en su propio mundo y que nadie lo moleste. Es difícil tratar con él en esos momentos.



En el último partido de Pep Guardiola en el Camp Nou, Messi anotó cuatro tantos y se despidió de él en el campo. «Gracias por todo, Leo», le dijo Pep.



Tito Vilanova fue el primer entrenador en La Masia que lo hizo jugador en su posición. Se reencontraron en el primer equipo y Leo lo apoyó mucho cuando se convirtió en su entrenador. Ver cómo caía enfermo fue un duro golpe para Messi.



Trata de vivir con lo que la fama lleva consigo... Pero ésta es, sin duda, la parte que menos le gusta.



Messi ha tardado un poco en lanzarse comercialmente, principalmente porque quería ser primero un jugador y no una marca.



Leo no juega para complacerte ni a ti, ni a mí, ni a nadie. Pero seguro que agradece el reconocimiento.



Leo y la pilota. Una relación muy especial.



Con José Manuel Pinto, un buen amigo que sabe cómo cuidar de él.



Leo y su padre. Leo y su mánager.



En el campo prefiere ser discreto, pero tienen una fuerte personalidad que sólo conoce su entorno más cercano.



Su trabajo con la Fundación Leo Messi para los niños comenzó después de una visita a un hospital de niños con cáncer que le hizo llorar.



Nadie llegó tan lejos.



Su contrato, renovado de nuevo. El club quiere asegurarse de que siempre sea feliz.



Leo y el Barça, un matrimonio excelente. Él le ha dado mucho al club y el club le ha dado mucho a él.



GUILLEM BALAGUÉ trabaja en el canal televisivo *Sky Sports* donde cubre la información futbolística de España. Es el corresponsal en el Reino Unido del diario deportivo *As* y de *El Larguero* de la CadenaSer. Escribe habitualmente en el diario *The Times*. También ha trabajado para *The Observer*, la *BBC* y *Onda Cero*. Suyo es el libro *La Roja. Diario de la Eurocopa 2012*.

Notas

[1] En Argentina los jugadores y los aficionados del Newll's Old Boys (NOB) son conocidos como *rojinegros* o *leprosos*. (N. del Autor) <<

[2] Juego de perseguir similar a *tocar y parar* o al *pilla-pilla*. <<

[3] ¡Coño!, lo tenemos que fichar ahora mismo! (N.del editor) <<

[4] Nombre artístico de Fabián Gómez, un payaso y cantautor argentino que se dedica al humor enfocado hacia el público infantil.

<<